Henry Kissinger

LIDERAZGO

Seis estudios sobre estrategia mundial

Liderazgo

Seis estudios sobre estrategia mundial

HENRY KISSINGER

Traducción de
Ramón González Ferriz y Marta Valdivieso

DEBATE

Para Nancy,

la inspiración de mi vida

Introducción

Los ejes del liderazgo

Cualquier sociedad, con independencia de cuál sea su sistema político, se encuentra en un tránsito perpetuo entre un pasado que conforma su memoria y una visión del futuro que inspira su evolución. En ese recorrido, el liderazgo es indispensable: hay que tomar decisiones, ganarse la confianza, mantener las promesas, proponer una forma de avanzar. En las instituciones humanas —Estados, religiones, ejércitos, empresas, escuelas— se necesita liderazgo para ayudar a las personas a ir desde donde están a donde nunca han estado y, a veces, a donde apenas imaginan que pueden llegar. Sin liderazgo, las instituciones pierden el rumbo y las naciones se exponen a una irrelevancia cada vez mayor y, en última instancia, al desastre.

Los líderes piensan y actúan en la intersección de dos ejes: el primero, entre el pasado y el futuro; el segundo, entre los valores perdurables y las aspiraciones de aquellos a los que lideran. Su primer reto es el análisis, que comienza con una evaluación realista de su sociedad basada en la historia, sus costumbres y sus capacidades. Después, deben equilibrar lo que saben, que por fuerza extraen del pasado, con lo que intuyen sobre el futuro, que es inherentemente especulativo e incierto. Es esta comprensión intuitiva de la dirección que debe seguirse la que permite a los líderes fijar objetivos y establecer una estrategia.

Para que las estrategias inspiren a la sociedad, los líderes tienen que ser didácticos: comunicar los objetivos, mitigar las dudas y movilizar apoyos. Si bien el Estado tiene por definición el monopolio de la fuerza, la dependencia de la coerción es síntoma de un liderazgo inadecuado; los buenos líderes despiertan en el pueblo el deseo de caminar a su lado. Además, deben motivar a su entorno inmediato para que traduzca sus ideas, de manera que estas guarden relación con las cuestiones prácticas cotidianas. Ese equipo dinámico que le rodea es el complemento visible de la vitalidad interior del líder; le proporciona apoyo en su camino y hace más tolerables los dilemas de la toma de decisiones. Los líderes pueden verse magnificados —o debilitados— por las cualidades de quienes les rodean.

Los atributos vitales que necesita un líder para afrontar estas tareas, y el puente entre el pasado y el futuro, son la valentía y el carácter: la valentía para elegir una dirección entre diversas opciones complejas y difíciles, lo cual requiere voluntad para trascender la rutina; y la fuerza de carácter para mantener un curso de acción cuyos beneficios y peligros, en el momento de la elección, solo pueden vislumbrarse de forma incompleta. El valor emplaza a la virtud en el momento de la decisión; el carácter refuerza la fidelidad a los valores durante un periodo prolongado.

El liderazgo es aún más esencial durante las transiciones, cuando los valores y las instituciones pierden relevancia, y el plan esbozado para un futuro digno es objeto de disputa. En esos momentos, los líderes están llamados a hacer diagnósticos y a pensar de manera creativa: ¿cuáles son las fuentes del bienestar de la sociedad? ¿Y las de su decadencia? ¿Qué herencias del pasado deben conservarse y cuáles adaptarse o descartarse? ¿Qué objetivos merecen un compromiso y qué perspectivas deben rechazarse, por muy tentadoras que sean?

Y, en el extremo, ¿es la sociedad lo bastante vital y segura para tolerar el sacrificio como paso intermedio hacia un futuro más satisfactorio?

La naturaleza de las decisiones de liderazgo

Los líderes están inevitablemente cercados por restricciones. Actúan en la escasez, puesto que todas las sociedades se enfrentan a los límites de sus capacidades y de su alcance, dictados por la demografía y la economía. También actúan en el tiempo, ya que cada época y cada cultura reflejan sus propios valores, hábitos y actitudes dominantes que, en conjunto, definen los resultados deseados. Y los líderes actúan en una situación de competencia, pues deben enfrentarse a otros actores —aliados, socios potenciales o adversarios— que no son estáticos, sino adaptables, y que tienen sus capacidades y aspiraciones particulares. Además, con frecuencia los acontecimientos suceden con demasiada rapidez para permitir un cálculo preciso; los líderes tienen que hacer juicios basados en intuiciones e hipótesis que no pueden probarse en el momento de la decisión. Para el líder, la gestión del riesgo es tan crítica como la capacidad de análisis.

Una «estrategia» es la conclusión a la que llega un líder en estas condiciones de escasez, temporalidad, competencia y fluidez. En su búsqueda del camino a seguir, el liderazgo estratégico podría compararse a atravesar una cuerda floja: al igual que un acróbata puede caerse si es demasiado tímido o demasiado audaz, un líder está obligado a moverse dentro de un margen estrecho, suspendido entre las certezas relativas del pasado y las ambigüedades del futuro. El castigo por un exceso de ambición —lo que los griegos llamaron *hubris*— es el agotamiento, mientras que el precio por dormirse en los

laureles es una irrelevancia progresiva y la decadencia final. Si quieren llegar a su destino, los líderes deben adecuar poco a poco los medios a los fines y el propósito a las circunstancias.

El líder estratega se enfrenta a una paradoja inherente: cuando las circunstancias demandan una respuesta inmediata, el margen de decisión suele ser mayor si la información relevante es más escasa. Cuando se dispone de más datos, el margen de maniobra tiende a estrecharse. Durante las primeras fases del rearme estratégico de una potencia rival, por ejemplo, o ante la repentina aparición de un nuevo virus respiratorio, existe la tentación de considerar el fenómeno incipiente como algo transitorio o manejable según los estándares establecidos. Para cuando la amenaza ya no pueda negarse o minimizarse, el margen de actuación se habrá reducido o el coste de enfrentarse al problema puede haber crecido de manera exagerada. Si no se maneja bien el tiempo, los límites empezarán a imponerse. Incluso la mejor de las opciones disponibles será entonces compleja de ejecutar; en caso de tener éxito, sus recompensas se reducirán y, si fracasa, los riesgos serán más serios.

Es entonces cuando el instinto y el juicio del líder son esenciales. Winston Churchill lo entendió bien cuando escribió en *Cómo se fraguó la tormenta* (1948): «Los hombres de Estado no solo están llamados a resolver cuestiones fáciles. Esas a menudo se resuelven solas. Es en el momento en que el equilibrio zozobra y las proporciones quedan ocultas por la niebla cuando se presenta la oportunidad de tomar decisiones que salven al mundo».[1]

En mayo de 1953, un estudiante de intercambio estadounidense preguntó a Churchill cómo podía prepararse alguien para afrontar los retos del liderazgo. «Estudia la historia. Estudia la historia», fue la rotunda respuesta de Churchill. «En la historia están todos los secretos del arte de

gobernar».[2] El propio Churchill era un estudioso y escritor de historia prodigioso que entendía bien el continuo en el que trabajaba.

Sin embargo, el conocimiento de la historia, aunque esencial, no es suficiente. Algunas cuestiones permanecen siempre «ocultas por la niebla», vetadas incluso a los eruditos y los experimentados. La historia enseña por analogía, mediante la capacidad de reconocer situaciones comparables. Pero sus «lecciones» son, en esencia, aproximaciones que los líderes deben estar preparados para reconocer y de las que son responsables de adaptar a las circunstancias de su tiempo. Oswald Spengler, filósofo de la historia de principios del siglo XX, captó esta labor cuando describió al líder «nato» como «ante todo un valorador; un valorador de hombres, situaciones y cosas [...] [con la capacidad] de hacer lo correcto sin "saberlo"».[3]

Los líderes estratégicos necesitan también cualidades propias de un artista, que intuye cómo esculpir el futuro utilizando los materiales disponibles en el presente. Como observó Charles de Gaulle en su reflexión sobre el liderazgo, *El filo de la espada* (1932), el artista «no renuncia al uso de la inteligencia», que es, a fin de cuentas, la fuente de «lecciones, métodos y conocimientos». Al contrario, añade a estos fundamentos «una cierta facultad instintiva que llamamos inspiración», que es la única que puede proporcionar el «contacto directo con la naturaleza del que surge la chispa vital».[4]

Fruto de que la realidad es compleja, la verdad en la historia difiere de la verdad en la ciencia. El científico busca resultados verificables, el líder estratégico conocedor de la historia trata de sintetizar el saber práctico a partir de la ambigüedad inherente. Los experimentos científicos ratifican o ponen en duda resultados anteriores, lo que da a los científicos la oportunidad de modificar las variables y repetir sus pruebas

experimentales. A los estrategas se les suele permitir una única prueba; normalmente sus decisiones son irrevocables. Así, el científico aprende la verdad de forma experimental o matemática; el estratega razona, al menos en parte, por analogía con el pasado, estableciendo primero qué acontecimientos son comparables y qué conclusiones anteriores siguen siendo relevantes. Incluso entonces, el estratega debe elegir las analogías con cuidado, ya que nadie puede experimentar realmente el pasado; solo se puede imaginar como si uno estuviera «a la luz de la luna de la memoria», según la frase del historiador neerlandés Johan Huizinga.[5]

Las decisiones políticas significativas rara vez implican a una sola variable; las acertadas requieren una mezcla de conocimientos políticos, económicos, geográficos, tecnológicos y psicológicos, todos ellos orientados por cierto instinto para entender la historia. A finales del siglo XX, Isaiah Berlin explicó la imposibilidad de aplicar el pensamiento científico más allá de su ámbito y, en consecuencia, el desafío continuo del oficio de estratega. Sostuvo que el líder, al igual que el novelista o el pintor de paisajes, debe absorber la vida en toda su deslumbrante complejidad,

> lo que convierte a los hombres en necios o sabios, inteligentes u obtusos, en lugar de preparados, o instruidos, o bien informados, es la percepción de estas esencias singulares de cada situación tal como es, con sus diferencias específicas, de aquello en ella que la diferencia de cualquier otra situación, es decir, aquellos aspectos de la misma que no la hacen susceptible de tratamiento científico.[6]

Seis líderes en su contexto

La combinación de carácter y circunstancias es lo que crea la

historia, y los seis líderes cuyos perfiles aparecen en estas páginas —Konrad Adenauer, Charles de Gaulle, Richard Nixon, Anwar Sadat, Lee Kuan Yew y Margaret Thatcher— fueron modelados por las circunstancias de su dramático periodo histórico. Todos se convirtieron además en artífices de la evolución de sus sociedades y del orden internacional durante la posguerra. Tuve la suerte de conocer a los seis en el punto álgido de su influencia y de trabajar de cerca con Richard Nixon. Tras heredar un mundo en el que la guerra había anulado cualquier certeza, redefinieron los propósitos nacionales, abrieron nuevas perspectivas y dotaron de una nueva estructura a un mundo en transición.

A su manera, los seis líderes pasaron por el horno de fuego de la «segunda guerra de los Treinta Años», es decir, la serie de conflictos destructivos que abarca desde el inicio de la Primera Guerra Mundial en agosto de 1914 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1945. Al igual que la primera guerra de los Treinta Años, la segunda empezó en Europa, pero se extendió a todo el mundo. La primera transformó a Europa, que pasó de ser una región en la que la legitimidad provenía de la fe religiosa y la herencia dinástica a un orden basado en la igualdad soberana de los Estados laicos y empeñado en difundir sus preceptos por todo el mundo. Tres siglos después, la segunda guerra de los Treinta Años retó a todo el sistema internacional a superar la desilusión en Europa y la pobreza en gran parte del resto del mundo con nuevos principios de orden.

Europa había entrado en el siglo XX cuando se encontraba en el momento álgido de su influencia mundial, convencida de que era seguro —si no inevitable— que su progreso durante los siglos previos continuara sin fin. La población y la economía del continente crecían a un ritmo sin precedentes. La industrialización y un comercio cada vez más libre habían traído al mundo una prosperidad histórica. Existían

instituciones democráticas en casi todos los países europeos: predominantes en Reino Unido y Francia; en la Alemania imperial y Austria poco desarrolladas, pero cada vez más relevantes; e incipientes en la Rusia prerrevolucionaria. Las clases cultas de la Europa de principios del siglo XX compartían con Lodovico Settembrini, el humanista liberal de la novela de Thomas Mann *La montaña mágica*, la fe en que «las cosas estaban tomando un rumbo favorable a la civilización».[7]

Esta visión utópica alcanzó su apoteosis en un exitoso tratado de 1910, *La gran ilusión*, del periodista inglés Norman Angell, que sostenía que la creciente interdependencia económica entre las potencias europeas había hecho que la guerra fuera prohibitivamente cara. Angell proclamó «el irresistible distanciamiento del hombre del conflicto y su acercamiento a la cooperación».[8] Esta y muchas otras predicciones comparables no tardarían en ser desmentidas; quizá la más notable fue la afirmación de Angell de que «ya no es posible que un Gobierno ordene el exterminio de toda una población, de las mujeres y los niños, en el antiguo sentido bíblico».[9]

La Primera Guerra Mundial agotó tesoros públicos, acabó con dinastías y destrozó vidas. Fue una catástrofe de la que Europa nunca se ha recuperado del todo. Cuando se firmó el armisticio, el 11 de noviembre de 1918, habían muerto casi diez millones de soldados y siete millones de civiles.[10] De cada siete soldados movilizados, uno no regresaría nunca.[11] Dos generaciones de jóvenes europeos habían quedado mermadas: hombres jóvenes asesinados, mujeres jóvenes que se quedaron viudas o solas, innumerables niños huérfanos.

Aunque Francia y Reino Unido salieron victoriosos, ambos quedaron exhaustos y políticamente vulnerables. La derrotada Alemania, despojada de sus colonias y muy endeudada, fluctuaba entre el resentimiento hacia los vencedores y el conflicto interno entre sus partidos políticos rivales. Los

imperios austrohúngaro y otomano se derrumbaron y Rusia sufrió una de las revoluciones más radicales de la historia y quedó al margen de cualquier sistema internacional.

Durante los años de entreguerras, las democracias decayeron, el totalitarismo avanzó y las privaciones acecharon al continente. Los entusiasmos marciales de 1914 hacía tiempo que se habían apagado y, en septiembre de 1939, Europa recibió el estallido de la Segunda Guerra Mundial con un presentimiento teñido de resignación. Y, esta vez, el mundo entero compartió el sufrimiento de Europa. Desde Nueva York, el poeta angloamericano W. H. Auden escribiría:

> *Olas de ira y de miedo*
> *corren sobre las iluminadas*
> *y oscurecidas tierras del planeta,*
> *obsesionando nuestras vidas privadas;*
> *el inmencionable olor de la muerte*
> *ofende la noche de septiembre.*[12]

Las palabras de Auden resultaron premonitorias. En la Segunda Guerra Mundial se perdieron al menos sesenta millones de vidas, concentradas sobre todo en la Unión Soviética, China, Alemania y Polonia.[13] En agosto de 1945, de Colonia a Coventry y de Nankín a Nagasaki, las ciudades habían quedado reducidas a escombros fruto de la artillería, los bombardeos aéreos, los incendios y los conflictos civiles. Las economías destrozadas, la hambruna generalizada y las poblaciones agotadas que dejó la guerra se vieron superadas por los costosos trabajos de la reconstitución nacional. Adolf Hitler había destruido el estatus nacional de Alemania, casi su legitimidad. En Francia, la Tercera República se había derrumbado ante el asalto nazi de 1940 y, en 1944, apenas empezaba a recuperarse de ese vacío moral. De las principales

potencias europeas, solo Reino Unido había conservado sus instituciones políticas de antes de la guerra, pero estaba en bancarrota y pronto tendría que enfrentarse a la pérdida progresiva de su imperio y a persistentes dificultades económicas.

Estas convulsiones dejaron una marca indeleble en los seis líderes que se retratan en este libro. La carrera política de Konrad Adenauer (nacido en 1876), que fue alcalde de Colonia entre 1917 y 1933, se vería influida por el conflicto de entreguerras con Francia por la región de Renania, así como por el ascenso de Hitler; durante la Segunda Guerra Mundial, los nazis le encarcelaron en dos ocasiones. A partir de 1949, Adenauer sacó a Alemania del momento más bajo de su historia, dejando de lado la aspiración de dominar Europa, que había estado presente durante décadas, anclando su país en la Alianza Atlántica y reconstruyéndolo sobre una base moral que reflejaba sus propios valores cristianos y sus convicciones democráticas.

Charles de Gaulle (nacido en 1890) fue prisionero de guerra dos años y medio en la Alemania guillermina durante la Primera Guerra Mundial; en la Segunda, dirigió al principio un regimiento de tanques. Después, tras el colapso de Francia, reconstruyó la estructura política del país en dos ocasiones: la primera en 1944, para restablecer la esencia de Francia, y la segunda en 1958, para revitalizar su alma y evitar una guerra civil. De Gaulle guio la transición histórica de Francia, que pasó de ser un imperio derrotado, dividido y desbordado a un Estado nación estable y próspero bajo una Constitución sólida. A partir de ahí, devolvió a Francia un papel significativo y sostenible en las relaciones internacionales.

Richard Nixon (nacido en 1913) sacó una lección de su experiencia en la Segunda Guerra Mundial: su país debía desempeñar un papel más importante en el orden mundial que

nacía entonces. A pesar de ser el único presidente estadounidense que ha dimitido de su cargo, entre 1969 y 1974 modificó las tensiones existentes entre las superpotencias en lo peor de Guerra Fría y sacó a Estados Unidos de la guerra de Vietnam. De paso, situó la política exterior estadounidense en una posición global y constructiva, abriendo las relaciones con China, iniciando un proceso de paz que transformaría Oriente Próximo y haciendo hincapié en un concepto de orden mundial basado en el equilibrio.

Dos de los líderes que se abordan en estas páginas vivieron la Segunda Guerra Mundial como súbditos coloniales. Anwar Sadat (nacido en 1918), entonces oficial del ejército egipcio, fue encarcelado durante dos años por intentar, en 1942, colaborar con el mariscal de campo alemán Erwin Rommel en la expulsión de los británicos de Egipto, y luego durante tres años más, gran parte de ellos en régimen de aislamiento, tras el asesinato de Amin Osman, exministro de Finanzas probritánico. Motivado durante mucho tiempo por convicciones revolucionarias y panárabes, en 1970 Sadat fue proyectado, debido a la repentina muerte de Gamal Abdel Nasser, a la presidencia de un Egipto que había quedado conmocionado y desmoralizado por la derrota en la guerra de 1967 contra Israel. Mediante una astuta combinación de estrategia militar y diplomacia, procuró devolver a Egipto los territorios perdidos y la confianza en sí mismo, al tiempo que aseguraba la tan ansiada paz con Israel con una filosofía trascendental.

Lee Kuan Yew (nacido en 1923) se libró por poco, en 1942, de ser ejecutado por los japoneses que ocupaban su país. Lee trazó la evolución de una ciudad portuaria empobrecida y multiétnica al borde del Pacífico y rodeada de vecinos hostiles. Bajo su tutela, Singapur se convirtió en una ciudad-Estado segura, bien administrada y próspera, con una identidad nacional compartida que proporcionaba unidad en medio de la

diversidad cultural.

Margaret Thatcher (nacida en 1925) se reunía con su familia en torno a la radio para escuchar las retransmisiones de la guerra del primer ministro Winston Churchill durante la batalla de Inglaterra. En 1979, el Reino Unido que heredó era una antigua potencia imperial cargada de un aire de fatigada resignación por la pérdida de su influencia global y el declive de su importancia internacional. Ella renovó su país mediante una reforma económica y una política exterior que mantuvieron un equilibrio entre la audacia y la prudencia.

De la segunda guerra de los Treinta Años, los seis líderes sacaron sus conclusiones sobre qué había llevado al mundo por el mal camino, además de una vívida apreciación de hasta qué punto era indispensable un liderazgo político valiente y con aspiraciones. El historiador Andrew Roberts nos recuerda que, aunque la idea más común de «liderazgo» connota una bondad inherente, el liderazgo «es, en realidad, completamente neutral desde un punto de vista moral, tan capaz de llevar a la humanidad al abismo como a las tierras altas iluminadas por el sol. Es una fuerza proteica de un poder aterrador» que debemos tratar de orientar hacia fines morales.[14]

Epítomes de liderazgo: el estadista y el profeta

La mayoría de los líderes no son visionarios, sino gestores. En todas las sociedades y en cualquier nivel de responsabilidad, se necesitan administradores que guíen a diario las instituciones que se les confían. Pero, durante los periodos de crisis —ya sea este una guerra, un cambio tecnológico rápido, una disrupción económica inquietante o turbulencias ideológicas—, la gestión del *statu quo* puede ser el curso más arriesgado de todos. En las sociedades afortunadas, esos momentos convocan a líderes

transformadores. Sus diferencias pueden clasificarse en dos tipos ideales: el estadista y el profeta.[15]

Los estadistas visionarios comprenden que tienen un par de tareas esenciales. La primera es preservar su sociedad, manipulando las circunstancias en lugar de dejarse abrumar por ellas. Estos líderes aceptarán el cambio y el progreso, mientras se aseguran de que la sociedad conserva su sentido esencial mediante las evoluciones que fomentan en ella. La segunda es atenuar la visión con la cautela, teniendo en cuenta una cierta noción de los límites. Estos líderes asumen la responsabilidad no solo de los mejores resultados, sino también de los peores. Suelen ser conscientes de las muchas y grandes expectativas que no han cumplido, de las innumerables buenas intenciones que no han podido realizarse, de la obstinada persistencia en los asuntos humanos del egoísmo, el ansia de poder y la violencia. De acuerdo con esa definición de liderazgo, los estadistas tienden a establecer protecciones ante la posibilidad de que incluso los planes mejor elaborados puedan frustrarse, o de que la formulación más elocuente tenga motivos ocultos. Tienden a desconfiar de quienes personalizan la política, pues la historia muestra la fragilidad de las estructuras que dependen en gran medida de una personalidad. Ambiciosos pero no revolucionarios, trabajan en lo que perciben como la corriente de la historia, haciendo avanzar a sus sociedades, al tiempo que consideran sus instituciones políticas y valores fundamentales como una herencia que debe transmitirse a las generaciones futuras (aunque con modificaciones que mantengan su esencia). Los líderes sensatos que encajan con la calificación de estadista reconocerán cuándo las nuevas circunstancias exigen que se superen las instituciones y los valores existentes. Pero entienden que, para que sus sociedades prosperen, tienen que asegurarse de que el cambio no excede lo que estas pueden soportar. Entre estos

estadistas se encuentran los líderes del siglo XVII que dieron forma al sistema estatal de Westfalia,[16] así como los líderes europeos del siglo XIX, por ejemplo, Palmerston, Gladstone, Disraeli y Bismarck. En el siglo XX, Theodore y Franklin Roosevelt, Mustafá Kemal Atatürk y Jawaharlal Nehru fueron líderes de la clase estadista.

El segundo tipo de líder —el visionario o profeta— trata a las instituciones predominantes no tanto desde la perspectiva de lo posible como desde una visión de lo imperativo. Los líderes proféticos invocan sus visiones trascendentes como prueba de su honradez. Anhelan un lienzo en blanco en el que imponer sus proyectos, adoptan como tarea principal la de borrar el pasado, con sus tesoros y sus trampas. La virtud de los profetas es que redefinen lo que parece posible; son los «hombres irrazonables» a los que George Bernard Shaw atribuyó «todo el progreso».[17] Como creen en las soluciones definitivas, los líderes proféticos tienden a desconfiar del gradualismo y lo consideran una concesión innecesaria al tiempo y las circunstancias; su objetivo es trascender el *statu quo*, y no tanto gestionarlo. Akenatón, Juana de Arco, Robespierre, Lenin y Gandhi son algunos líderes proféticos de la historia.

La línea divisoria entre los dos tipos puede parecer absoluta, pero no es impermeable. Los líderes pueden pasar de un modo a otro, o tomar prestado de uno mientras adoptan en buena medida las formas del otro. Churchill en sus «años salvajes» y De Gaulle cuando era líder de la Francia Libre pertenecieron, en esas fases de su vida, a la categoría profética, al igual que Sadat después de 1973. En la práctica, los seis líderes que aparecen en este libro lograron una síntesis de las dos tendencias, aunque se inclinaron por el modelo estadista.

Para los antiguos, la combinación óptima de los dos estilos la ejemplificaba el liderazgo de Temístocles, el líder ateniense que salvó a las ciudades-Estado griegas de ser absorbidas por el

Imperio persa. Tucídides describió a Temístocles como «a la vez el mejor *juez* en esas crisis repentinas que permiten poca o ninguna deliberación, y el mejor *profeta* del futuro, incluso de sus posibilidades más lejanas».[18]

El encuentro entre los dos tipos suele ser poco concluyente y frustrante, debido a sus distintas medidas del éxito: para los estadistas, la prueba es la durabilidad de las estructuras políticas cuando se encuentran bajo presión, mientras que los profetas miden sus logros de acuerdo con estándares absolutos. Si el estadista evalúa las posibles líneas de actuación basándose en su utilidad más que en su «verdad», el profeta considera este enfoque un sacrilegio, un triunfo de la conveniencia sobre el principio universal. Para el estadista, la negociación es un mecanismo de estabilidad; para el profeta, puede ser un medio para convertir o desmoralizar a los adversarios. Y si, para el estadista, la preservación del orden internacional trasciende cualquier disputa que se produzca en su seno, los profetas se guían por su objetivo y están dispuestos a derrocar el orden existente.

Ambos tipos de liderazgo han sido transformadores, sobre todo en periodos de crisis, aunque el estilo profético, representativo de los momentos de exaltación, suele implicar mayor disrupción y sufrimiento. Cada enfoque tiene también su némesis. La del estadista es que el equilibrio, aunque pueda ser una condición necesaria para la estabilidad y el progreso a largo plazo, no supone un impulso por sí sola. Para el profeta, el riesgo es que un estado de ánimo eufórico pueda sumir a la humanidad en la inmensidad de una visión y reducir al individuo a un objeto.

Cualesquiera que sean sus características personales o su modo de actuación, los líderes se enfrentan inevitablemente a un reto constante: impedir que las exigencias del presente abrumen al futuro. Los líderes ordinarios tratan de gestionar lo inmediato; los grandes intentan mejorar la sociedad en función de su visión. Cómo debe abordarse este reto es algo que la humanidad ha discutido desde que se planteó la relación entre lo deseado y lo inevitable. En el mundo occidental, a partir del siglo XIX, la solución se atribuyó cada vez más a la historia, como si los acontecimientos sobrepasaran a los hombres y las mujeres en un gran proceso del que eran instrumentos, no creadores. En el siglo XX, numerosos estudiosos, como el eminente historiador francés Fernand Braudel, insistieron en considerar a los individuos y a los acontecimientos que estos conforman como meras «perturbaciones superficiales» y «crestas de espuma» en un mar más amplio de enormes e ineluctables mareas.[19] Los principales pensadores —tanto los historiadores sociales como los filósofos políticos y los teóricos de las relaciones internacionales— han imbuido a las fuerzas inconclusas de la fortaleza del destino. Ante los «movimientos», las «estructuras» y las «distribuciones de poder», se dice que la humanidad está privada de toda elección y, por extensión, no puede sino abdicar de toda responsabilidad. Estos son, por supuesto, conceptos válidos para el análisis histórico, y cualquier líder debe ser consciente de su solidez. Pero siempre se aplican según la agencia humana y se filtran a través de la percepción humana. Resulta irónico que no haya habido herramienta más eficiente para que los individuos consolidaran malignamente el poder que las teorías sobre las inevitables leyes de la historia.

La cuestión que esto plantea es si estas fuerzas son endémicas o están sujetas a la acción social y política. La física ha aprendido que el proceso de observación altera la realidad. De

la misma manera, la historia nos enseña que los hombres y las mujeres conforman su entorno con su interpretación del mismo.

¿Son los individuos importantes para la historia? A un contemporáneo de César o de Mahoma, de Lutero o de Gandhi, de Churchill o de Franklin Delano Roosevelt, difícilmente se le habría ocurrido plantear esa pregunta. Estas páginas tratan de líderes que, en la infinita disputa entre lo deseado y lo inevitable, comprendieron que es la agencia humana lo que convierte en inevitable aquello que parece serlo. Fueron importantes porque fueron más allá de las circunstancias que heredaron y, así, llevaron a sus sociedades hasta la frontera de lo posible.

1

Konrad Adenauer

La estrategia de la humildad

La necesidad de renovación

En enero de 1943, en la Conferencia de Casablanca, los aliados proclamaron que no aceptarían nada que no fuera una «rendición incondicional» de las potencias del Eje. El presidente estadounidense Franklin Delano Roosevelt, que fue quien impulsó el anuncio, buscaba impedir así que cualquier Gobierno que sucediera a Hitler tuviera la posibilidad de alegar que había sido engañado para rendirse con promesas incumplidas. La completa derrota militar de Alemania, junto con su total pérdida de moral y de legitimidad internacional, condujo inexorablemente a la progresiva desintegración de la estructura civil alemana.

Observé este proceso como miembro de la 84.ª División de Infantería del ejército estadounidense, mientras esta se desplazaba desde la frontera alemana cercana a la región industrial del Ruhr hasta el río Elba, cerca de Magdeburgo, a poco más de ciento cincuenta kilómetros de la batalla de Berlín, que entonces estaba en pleno desarrollo. Cuando la división estaba cruzando la frontera alemana, me transfirieron a una unidad responsable de la seguridad y la prevención de la actividad guerrillera que Hitler había ordenado.

Una persona como yo, cuya familia había huido de la

pequeña ciudad bávara de Fürth seis años antes para escapar de la persecución racial, no podría haber imaginado un contraste mayor con la Alemania de mi juventud. Entonces, Hitler acababa de anexionar Austria y estaba desmembrando Checoslovaquia. La actitud dominante entre el pueblo alemán rayaba en la prepotencia.

Ahora, en muchas ventanas colgaban sábanas blancas para simbolizar la rendición de la población. Los alemanes, que pocos años antes habían celebrado la perspectiva de dominar Europa, desde el canal de la Mancha hasta el río Volga, estaban amedrentados y desconcertados. Miles de desplazados —que habían sido deportados de Europa del Este como mano de obra forzada durante la guerra— se agolpaban en las calles en busca de comida y refugio, y de la posibilidad de volver a casa.

Fue un periodo dramático en la historia de Alemania. La escasez de alimentos era seria. Mucha gente se moría de hambre y la mortalidad infantil duplicaba a la del resto de Europa occidental.[1] El sistema de intercambio de bienes y servicios existente se derrumbó; los mercados negros ocuparon su lugar. El servicio de correo era entre deficiente e inexistente. El servicio ferroviario era esporádico y los estragos de la guerra y la escasez de gasolina hacían que el transporte por carretera fuera extremadamente difícil.

En la primavera de 1945, la tarea de las fuerzas de ocupación consistía en instituir algún tipo de orden civil hasta que el formado personal militar del Gobierno pudiera sustituir a las tropas de combate. Esto ocurrió alrededor de la celebración de la Conferencia de Potsdam (entre Churchill/Attlee, Truman y Stalin), que tuvo lugar en julio y agosto. En esa cumbre, los aliados dividieron Alemania en cuatro zonas de ocupación: para Estados Unidos, una parte del sur que contenía Baviera; para Reino Unido, el norte industrial de Renania y la cuenca del Ruhr; para Francia, el sur de Renania y el territorio

contiguo a la frontera alsaciana; y para los soviéticos, una zona que se extendía desde el río Elba hasta la línea Óder-Neisse, que formaba la nueva frontera polaca, reduciendo el territorio alemán anterior a la guerra en casi una cuarta parte. Cada una de las tres zonas occidentales se puso bajo la jurisdicción de un alto funcionario de las potencias ocupantes con el título de alto comisario.

El Gobierno civil alemán, que en su día había demostrado ser eficiente e incuestionable, había llegado a su fin. Ahora eran las fuerzas de ocupación las que ejercían la autoridad máxima hasta el nivel de distrito (*Kreis*). Estas fuerzas mantuvieron el orden, pero fueron necesarios casi dieciocho meses para restablecer las comunicaciones en un grado que fuera fiable. Durante el invierno de 1945-1946, la escasez de combustible obligó a Konrad Adenauer, que sería canciller cuatro años después, a dormir con un pesado abrigo.[2]

La Alemania ocupada no solo cargaba con el peso de su pasado inmediato, sino con la complejidad de su historia. En los setenta y cuatro años transcurridos desde la unificación, Alemania había sido gobernada sucesivamente como una monarquía, una república y un Estado totalitario. Al final de la guerra, el único recuerdo de un Gobierno estable se remontaba a los inicios de la Alemania unificada, durante la cancillería de Otto von Bismarck (1871-1890). Desde entonces y hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914, el Imperio alemán se vio perseguido por lo que Bismarck llamaría la «pesadilla» de las coaliciones externas hostiles, provocadas por el potencial militar y la retórica intransigente del país. Como la Alemania unificada era más fuerte que cualquiera de los muchos Estados que la rodeaban y, con la excepción de Rusia, estaba más poblada que ellos, su poder creciente y potencialmente dominante se convirtió en un desafío permanente para la seguridad de Europa.

Tras la Primera Guerra Mundial, la recién establecida República de Weimar se vio empobrecida por la inflación y las crisis económicas, y consideró que las estipulaciones punitivas incluidas en el Tratado de Versalles, con el que había empezado la posguerra, eran abusivas. Con Hitler, después de 1933, Alemania trató de imponer su totalitarismo en toda Europa. En resumen, a lo largo de la primera mitad del siglo XX, la Alemania unida había sido alternativamente demasiado fuerte o demasiado débil para la paz de Europa. En 1945, su posición en Europa y en el mundo había quedado diezmada y era la menos segura desde la unificación.

La tarea de devolver la dignidad y la legitimidad a esta sociedad machacada recayó en Konrad Adenauer, que había sido señor alcalde (*Oberbürgermeister*) de Colonia durante dieciséis años, antes de que Hitler le destituyera. Por suerte, Adenauer fue elegido por sus antecedentes para un papel que requería al mismo tiempo humildad para gestionar las consecuencias de una rendición incondicional y fortaleza de carácter para lograr que su país recuperara su posición internacional entre las democracias. Nacido en 1876 —solo cinco años después de la unificación alemana bajo el mandato de Bismarck—, Adenauer estuvo vinculado toda su vida a su ciudad natal, Colonia, con su imponente catedral gótica junto al Rin y una historia como lugar importante en la constelación hanseática de ciudades-Estado mercantiles.

De adulto, Adenauer había vivido las tres configuraciones que adoptó el Estado alemán unificado después de Bismarck: su truculencia con el káiser, la agitación interna con la República de Weimar y el aventurerismo con Hitler, que culminaron en la autodestrucción y la desintegración. Al tratar de encontrar de nuevo un lugar para su país en un orden de posguerra legítimo, se enfrentó, en el mundo, a un legado de resentimiento y, en casa, a la desorientación de una sociedad golpeada por una

larga secuencia de revolución, guerra mundial, genocidio, derrota, partición, colapso económico y pérdida de la integridad moral. Eligió un camino al mismo tiempo humilde y audaz: confesar las iniquidades alemanas; aceptar las penas de la derrota y la impotencia, incluida la partición de su país; permitir el desmantelamiento de su base industrial como reparación de guerra; y procurar, mediante la sumisión, la construcción de una nueva estructura europea en la que Alemania pudiera convertirse en un socio fiable. Adenauer tenía la esperanza de que Alemania se convirtiera en un país normal, aunque siempre, sabía, tendría una memoria anormal.

De los primeros años de vida al exilio interno

El padre de Adenauer, Johann, que había sido suboficial del ejército prusiano, fue durante tres décadas funcionario administrativo en Colonia. Johann, que no tenía más estudios que la escuela primaria obligatoria, estaba decidido a lograr que sus hijos tuvieran oportunidades educativas y profesionales. La madre de Adenauer compartía este objetivo; hija de un empleado de banca, complementaba los ingresos de Johann con trabajos de costura. Juntos, prepararon con diligencia al joven Konrad para la escuela y trataron de transmitirle sus valores católicos.[3] La conciencia del pecado y la responsabilidad social siempre estuvieron sutilmente presentes en la infancia de Adenauer. Cuando era estudiante en la Universidad de Bonn, se ganó la fama de constante por su costumbre de sumergir los pies en un cubo de agua helada para sobreponerse al cansancio en las largas noches de estudio.[4] Su título de Derecho y los antecedentes familiares en el funcionariado indujeron a Adenauer a entrar en la administración pública de Colonia en 1904. Recibió el título de

Beigeordneter, o concejal, con especial responsabilidad en los impuestos. En 1909 fue ascendido a teniente de alcalde y en 1917 se convirtió en señor alcalde de Colonia.[5]

Los alcaldes de Colonia solían ser antiguos funcionarios que habían procurado elevar su conducta por encima de la política violenta e intensamente partidista de la época. La reputación de Adenauer creció hasta tal punto que, en 1926, en Berlín se llegó a discutir si se le podría reclutar como canciller de un Gobierno de unidad nacional. El intento fracasó debido a la dificultad de encontrar una alianza no partidista, la condición de Adenauer para aceptar el cargo.

La primera actuación visible de Adenauer a escala nacional estuvo relacionada con la designación de Hitler como canciller el 30 de enero de 1933. Para fortalecer su posición, Hitler convocó elecciones generales y propuso al Parlamento alemán la llamada ley de habilitación, que suspendía el Estado de derecho y la independencia de las instituciones civiles. En el mes posterior a la designación de Hitler como canciller, Adenauer manifestó públicamente su oposición tres veces. En la Cámara Alta prusiana, a la que pertenecía en virtud de su cargo de señor alcalde de Colonia, votó en contra de la ley de habilitación. Rechazó una invitación para recibir a Hitler en el aeropuerto de Colonia durante la campaña electoral. Y la semana anterior a las elecciones ordenó la retirada de las banderas nazis de los puentes y otros monumentos públicos. Fue destituido de su cargo la semana siguiente a la predestinada victoria electoral de Hitler.

Tras su destitución, Adenauer pidió asilo a un viejo amigo de la escuela que entonces era abad de un monasterio benedictino. Se le concedió, y en abril Adenauer se instaló en la abadía de Maria Laach, a ochenta kilómetros al sur de Colonia, a orillas del lago Laacher. Allí, su principal ocupación fue concentrarse en dos encíclicas papales —promulgadas por los papas León

XIII y Pío XI— que aplicaban la enseñanza católica a los acontecimientos sociales y políticos, en especial a la evolución de la condición de la clase obrera moderna.[6] En estas encíclicas, Adenauer encontró doctrinas que encajaban con sus convicciones políticas: hacer hincapié en la identidad cristiana más que en la política, condenar el comunismo y el socialismo, corregir la lucha de clases mediante la humildad y la caridad cristiana, y garantizar la libre competencia en lugar de los cárteles.[7]

Adenauer pasaría poco tiempo en Maria Laach. Mientras asistía a una misa de Navidad —que había atraído a gente de los alrededores para verle y apoyarle—, los oficiales nazis presionaron al abad para que echara a su admirado invitado. Adenauer se marchó en enero.

La siguiente década de su vida trajo consigo dificultades e inestabilidad. Hubo momentos de peligro serio, sobre todo tras el fallido complot contra la vida de Hitler en julio de 1944, organizado por representantes de la clase alta prusiana, algunos de los cuales eran todo lo que quedaba de la vida política y militar anterior a los nazis. La venganza de Hitler consistió en intentar destruir a todos estos elementos. Durante un tiempo, Adenauer escapó de su destino viajando constantemente, sin permanecer nunca en un lugar más de veinticuatro horas.[8] El peligro nunca alteró su rechazo a Hitler por pisotear el Estado de derecho, que Adenauer consideraba la condición *sine qua non* del Estado moderno.[9] Aunque era un conocido disidente, Adenauer no estaba dispuesto a unirse a los conspiradores contra el régimen, ya fueran civiles o militares, en gran medida porque era escéptico sobre sus posibilidades de éxito.[10] En términos generales, como describe un académico, «él y su familia hicieron todo lo que pudieron por vivir de la manera más tranquila y discreta posible».[11]

A pesar de su alejamiento de la política, los nazis acabaron

encarcelándolo. En otoño de 1944, pasó dos meses en la celda de una prisión desde cuya ventana presenció ejecuciones, entre ellas la de un chico de dieciséis años; por encima de él escuchaba los gritos de otros reclusos que estaban siendo torturados.

Al final, su hijo Max, que estaba en el ejército alemán, consiguió su liberación. Cuando los tanques estadounidenses entraron en Renania en febrero de 1945, Adenauer empezó a pensar si podría encontrar un papel que desempeñar en su país, que se hallaba militarmente derrotado, moralmente devastado, económicamente inestable y políticamente colapsado.[12]

El camino hacia el liderazgo

La salvaje reacción de Hitler ante el golpe de julio, en el frenético último año de la Segunda Guerra Mundial, había diezmado las filas de aquellos que podían intentar sucederle. Algunos políticos destacados del Partido Socialdemócrata habían sobrevivido a los campos de concentración —entre ellos el que más tarde sería rival de Adenauer, Kurt Schumacher— y tenían la estatura política necesaria para el cargo de canciller. Pero carecían de un grupo de seguidores lo bastante amplio para conseguir el apoyo social necesario para implementar la rendición incondicional del país y las sanciones que la acompañaban, condiciones previas para ganarse la confianza de los aliados occidentales.

En mayo de 1945, las fuerzas estadounidenses que habían ocupado Colonia restituyeron a Adenauer en su puesto de alcalde, pero con el traspaso de la ciudad a la autoridad británica, como resultado del acuerdo de Potsdam, surgieron tensiones, y los británicos lo destituyeron al cabo de pocos meses. Aunque fue excluido temporalmente de la actividad

política por la potencia ocupante, Adenauer se concentró de manera discreta en la construcción de una base política para preparar el resurgimiento del autogobierno alemán.

En diciembre de 1945, Adenauer asistió a una reunión para formar un nuevo partido influido por el cristianismo católico y protestante. Acudieron antiguos miembros del Partido de Centro Católico, al que Adenauer había estado vinculado como alcalde de Colonia, así como del conservador Partido Nacional del Pueblo Alemán y del liberal Partido Democrático Alemán. Muchos de ellos se habían opuesto a Hitler, y algunos habían sido encarcelados por su resistencia. El grupo carecía de una dirección política y una doctrina claras; de hecho, en esta primera reunión el tono de los debates fue más socialista que liberal clásico. Se dejó de lado la cuestión de los principios fundamentales, en parte debido a las objeciones de Adenauer, y el grupo se limitó a acordar su nombre: Unión Demócrata Cristiana (CDU, por sus siglas en alemán).[13]

El mes siguiente, Adenauer contribuyó a imbuir a la CDU de su filosofía política, como el partido de la democracia, el conservadurismo social y la integración europea, rechazando el pasado reciente de Alemania así como cualquier forma de totalitarismo. En enero de 1946, en un congreso de los miembros importantes de la CDU celebrado en la zona de ocupación británica, en Herford (Westfalia), Adenauer profundizó en estos principios y consolidó su liderazgo en el partido emergente.

El primer discurso público de Adenauer tras el final de la guerra, pronunciado el 26 de marzo de 1946, fue un anticipo de su posterior liderazgo político. Mientras criticaba la conducta de Alemania bajo el mandato de Hitler, Adenauer preguntó a una audiencia de miles de personas reunidas en el aula magna de la Universidad de Colonia, que había quedado muy dañada, cómo era posible que los nazis hubieran llegado

al poder. Después de hacerlo habían cometido «grandes crímenes», dijo, y los alemanes solo podrían encontrar el camino hacia un futuro mejor si aceptaban su pasado.[14] Ese esfuerzo sería necesario para el resurgimiento del país. Desde esta perspectiva, la actitud de Alemania después de la Segunda Guerra Mundial debía ser la opuesta a su reacción ante la primera. En lugar de entregarse de nuevo al nacionalismo autocompasivo, el país debía buscar su futuro dentro de una Europa unificada. Adenauer estaba proclamando una estrategia de humildad.

Alto y aparentemente imperturbable, Adenauer tendía a hablar de una manera lacónica, aunque mitigada por el tono cadencioso de Renania, y más conciliadora que el habla prusiana, en la que, según Mark Twain, las frases marchan a través de las conversaciones como formaciones militares. (Renania había tenido una historia autónoma hasta que Prusia se la anexionó en 1814-1815). Al mismo tiempo, Adenauer destilaba vitalidad y seguridad en sí mismo. Su estilo era la antítesis del carisma estridente de la época de Hitler y aspiraba a la autoridad serena de la generación anterior a la Primera Guerra Mundial, que había actuado regida por la moderación y los valores compartidos.

Estas cualidades, junto con la reputación que había conseguido gracias a una década de ostentoso distanciamiento de Hitler, hicieron de él el candidato más obvio para liderar el nuevo partido democrático. Pero también era capaz de maniobras prácticas para lograr su fin. En la primera reunión de la CDU que se organizó, había una silla situada en la cabecera de la mesa. Adenauer se acercó de manera resuelta a ella y dijo: «Nací el 5 de enero de 1876, así que probablemente soy el mayor aquí. Si nadie se opone, me consideraré presidente por antigüedad». Eso provocó risas y conformidad; a partir de ese momento, dirigiría el partido durante más de

quince años.[15]

El programa de la CDU, en cuyo desarrollo Adenauer desempeñó un papel clave, instaba a los alemanes a rechazar su pasado y a abrazar un espíritu de renovación basado en ideales cristianos y principios democráticos:

> ¡Se acabaron los eslóganes de un tiempo desaparecido, se acabó la fatiga de la vida y el Estado! Las mismas adversidades nos obligan a todos a ponernos a trabajar. Sería una traición a la propia familia y al pueblo alemán caer ahora en el nihilismo o la indiferencia. La CDU apela a todas esas fuerzas que están nuevamente dispuestas a construir sobre la inquebrantable confianza en las buenas cualidades del pueblo alemán y en la indómita determinación de hacer que el pensamiento cristiano y el elevado ideal de la verdadera democracia sean la base de la renovación.[16]

Adenauer fue consciente en todo momento de la posibilidad de una tragedia, y tal vez se obsesionó con ella. En su opinión, Alemania no era lo bastante fuerte, ni moral ni materialmente, para ser autónoma, y cualquier intento de serlo acabaría en desastre. Situada en el centro del continente, la nueva Alemania debía abandonar muchas de sus políticas y actitudes previas, en concreto la manipulación oportunista de su posición geográfica y la tendencia prusiana a las buenas relaciones con Rusia. (En 1947, los aliados abolirían formalmente Prusia, la raíz primaria del militarismo alemán, que entonces era un estado dentro de Alemania). La Alemania de Adenauer anclaría internamente su democracia a sus regiones católicas y los valores cristianos ecuménicos, e internacionalmente a la federación con Occidente, sobre todo a los vínculos de seguridad con Estados Unidos.[17]

La bucólica ciudad universitaria de Bonn, que no se había visto afectada por los ataques aéreos durante la guerra, fue elegida capital temporal de la RFA a la espera de la

reunificación, momento en el que Berlín volvería a ser la capital. Era también la preferencia personal de Adenauer, porque estaba situada cerca de su pueblo natal, Rhöndorf, y lejos de la agitación de la política. Adenauer pudo influir en la elección de Bonn en septiembre de 1948 —antes de convertirse en canciller— gracias a su ascendencia como líder de la CDU y presidente del Consejo Parlamentario, un grupo de personalidades políticas alemanas al que los aliados habían encargado la planificación de la evolución política y la elaboración de una nueva Constitución, o ley fundamental. Más tarde, Adenauer bromearía con que había convencido al consejo de que apoyara a Bonn porque Rhöndorf era demasiado pequeña (con una población inferior a dos mil habitantes) para ser la capital.[18] También había rechazado, con menos buen humor, Múnich, mucho más cosmopolita, debido a la fama que tenía Baviera de ser un lugar de sentimentalismo impetuoso y, como comentó con desprecio, porque la capital no debía estar junto a los campos de patatas. Adenauer desdeñó otras ciudades importantes como Frankfurt, sede de un efímero Parlamento en 1848, en las que las perspectivas de la democracia podían verse alteradas por manifestaciones públicas y disturbios.

El restablecimiento del orden civil y la toma de posesión del canciller

En 1946 empezó poco a poco la reconstrucción alemana. Se convocaron elecciones para niveles cada vez más altos de la Administración, se restauraron las estructuras y se trasladó firmemente la responsabilidad política a los alemanes. En enero de 1947, Estados Unidos y Reino Unido establecieron una política económica común para sus zonas. Francia se unió al

año siguiente, dando lugar a la «Trizona». El economista Ludwig Erhard fue designado director del Consejo Económico y supervisó la fluida transición a la nueva moneda, el Deutschmark, el marco alemán. A eso, Erhard añadió la eliminación del control de precios y el racionamiento. Sus audaces políticas económicas inspiraron una recuperación que con el tiempo permitió una reconstrucción política basada en una Constitución aprobada por las potencias aliadas.[19]

El 23 de mayo de 1949 —cuatro años después de la rendición incondicional— entró en vigor la nueva Constitución alemana (la ley fundamental) y se estableció formalmente la República Federal, que comprendía las tres zonas occidentales. La República Democrática Alemana, que sustituía a la zona de ocupación soviética, se constituiría formalmente varios meses después.

Ahora, la partición de Alemania reflejaba las líneas divisorias de Europa. El proceso culminó con la elección de un Parlamento, el Bundestag, en agosto. El 15 de septiembre, el Bundestag votó a un canciller que, según la Constitución, necesitaba una mayoría absoluta y que solo podría ser destituido por una mayoría absoluta que hubiera elegido un sucesor concreto; una medida estabilizadora. Aunque en este Parlamento de un Estado remanente Adenauer fue elegido por un margen de un voto (presumiblemente el suyo), consiguió ganar cuatro elecciones consecutivas y ocupar el cargo durante catorce años.

La soberanía de Alemania, con todo, seguía estando muy limitada. Los aliados, que ejercieron una autoridad enorme sobre la Alemania Occidental ocupada a través de sus respectivos altos comisionados, aseveraron de manera oficial que el pueblo alemán «disfrutaría del máximo grado posible de autogobierno». Pero identificaron una serie de cuestiones —que iban desde los asuntos exteriores hasta el «uso de fondos,

alimentos y otros suministros»— sobre las que los tres altos comisionados y otras autoridades de ocupación tendrían la última palabra.[20] El Estatuto de Ocupación, del que proceden las citas anteriores y que fue promulgado dos semanas antes de que en mayo se creara la República Federal, estaba por encima de la ley fundamental. Un documento relacionado, el Estatuto del Ruhr, establecía el control aliado sobre el centro industrial del mismo nombre y disponía los criterios para el desmantelamiento de la industria alemana para las reparaciones.[21] Sin embargo, otra base industrial —la cuenca del Sarre— recibió un estatus autónomo especial en una fase comparativamente temprana.

La tensión entre el mantenimiento de la autoridad aliada y el restablecimiento del autogobierno alemán fue muy evidente el 21 de septiembre de 1949, cuando los tres altos comisionados se reunieron en Bonn para recibir a Adenauer como nuevo canciller de la República Federal y primer sucesor legítimo de Hitler. Adenauer había afirmado antes de la ceremonia que no impugnaría la partición de Alemania ni el debilitamiento de su soberanía en virtud de los diversos estatutos impuestos por los aliados como precio de la rendición incondicional. Pero aprovechó su toma de posesión para demostrar que lo haría con dignidad y respeto a sí mismo. Se le había reservado un lugar más allá de la alfombra roja donde se habían reunido los altos comisionados. Al comenzar la ceremonia, en lo que suponía un absoluto incumplimiento del protocolo, Adenauer abandonó su lugar y se dirigió a la alfombra *junto a* los altos comisionados, indicando así que la nueva República Federal insistiría en el futuro en un estatus de igualdad, aunque aceptara las consecuencias de las transgresiones de Alemania en el pasado.

En un breve discurso de aceptación, Adenauer subrayó que, como canciller, aceptaba el Estatuto de Ocupación y otras

limitaciones a la soberanía. En el estatuto, la subordinación de Alemania a sus disposiciones se había combinado con su partición; en reconocimiento de la aceptación de estos sacrificios, instaba por lo tanto a los altos comisionados a aplicar las disposiciones de los diversos estatutos de manera «liberal y generosa» y a hacer uso de las cláusulas que permitían cambios y progresos que facilitaran al pueblo alemán lograr la «libertad plena» a su debido tiempo.

El centro del discurso de aceptación de Adenauer no fue la petición de generosidad a los vencedores, sino su visión sin precedentes de una nueva Europa, en la que estaba implicando a la nueva Alemania. Al rechazar cualquier regreso al nacionalismo o a las motivaciones de la Europa de preguerra, Adenauer sintetizó los argumentos para construir «una federación europea positiva y viable» concebida para superar

> la estrecha concepción nacionalista de los Estados que prevaleció durante el siglo XIX y principios del XX [...]. Si volvemos ahora a las fuentes de nuestra civilización europea, nacida del cristianismo, no podemos fracasar en el restablecimiento de la unidad de la vida europea en todos los ámbitos. Esta es la única garantía efectiva para mantener la paz.[22]

El discurso de Adenauer implicaba una profunda transformación de su país. En el contexto de la rendición incondicional, era también un inteligente llamamiento a la igualdad con los vencedores, la única reivindicación que podía hacer Alemania.

El discurso también abrió perspectivas más cruciales. El nuevo canciller aceptaba al mismo tiempo la división indefinida (y posiblemente permanente) de su país y proclamaba una política exterior en colaboración con las potencias extranjeras que ahora lo ocupaban. Mientras

reconocía la sumisión de Alemania, anunciaba como objetivos nacionales el establecimiento de una federación con los adversarios históricos de su país en Europa y una alianza con Estados Unidos.

Adenauer presentó estas ideas visionarias sin florituras retóricas. Los deberes de las naciones, tal como él los veía, eran su única justificación; el embellecimiento oratorio solo podía distraer de ese entendimiento básico. El estilo discreto de Adenauer también insinuaba el papel que él preveía para la nueva Alemania en la conformación de una nueva Europa a través del consenso.

Había pasado más de un siglo desde que un líder europeo se había enfrentado al reto de devolver a su país al orden internacional. Francia había sido totalmente derrotada al final de las guerras napoleónicas y su capital había sido ocupada por fuerzas extranjeras, pero la unidad nacional francesa se mantuvo intacta, y el Congreso de Viena de posguerra aceptó a Talleyrand como alto representante de Francia con igualdad de derechos como Estado histórico. Konrad Adenauer asumió una tarea comparable en circunstancias mucho más difíciles. Sus vecinos *no* aceptaban a su país como un igual. Para ellos, Alemania seguía estando en buena medida «a prueba».

En una sociedad desmoralizada y derrotada, uno de los retos más difíciles para la habilidad de un estadista es la transición hacia el restablecimiento de la soberanía democrática. Los vencedores son reacios a conceder a un antiguo enemigo la autoridad legal, y menos aún la capacidad, para recuperar su fuerza. El perdedor abatido evalúa el progreso en función del grado y la rapidez con que es capaz de recuperar el control sobre su futuro. Adenauer disponía de los recursos internos necesarios para superar estas tensiones. Su estrategia de humildad se componía de cuatro elementos: aceptar las consecuencias de la derrota; recuperar la confianza de los

vencedores; construir una sociedad democrática y crear una federación europea que trascendiera las divisiones históricas de Europa.

El camino hacia una nueva identidad nacional

Adenauer consideraba que fortalecer los lazos con Occidente, y en concreto con Estados Unidos, era la clave para restablecer el lugar de Alemania en el mundo. En sus memorias, Dean Acheson describiría con entusiasmo su primer encuentro con Adenauer, en 1949, cuando era el secretario de Estado estadounidense:

> Me impresionaron la imaginación y la sensatez de su planteamiento. Su gran preocupación era que Alemania se integrara por completo en Europa occidental. De hecho, este objetivo era su prioridad, por encima de la reunificación de una Alemania tristemente dividida, y podía entender por qué sus vecinos podían considerarlo casi una condición previa para la reunificación [...]. Quería que los alemanes fueran ciudadanos de Europa, que cooperaran, sobre todo con Francia, en el desarrollo de intereses y perspectivas comunes y en echar tierra a las rivalidades de los últimos siglos [...]. Ambos debían liderar el renacimiento de Europa.[23]

Estados Unidos desempeñó un papel decisivo al apoyar estos objetivos con un plan de recuperación económica. El 5 de junio de 1947, el general George C. Marshall, predecesor de Acheson como secretario de Estado y antiguo jefe de Estado Mayor del ejército, lo había explicado en la Universidad de Harvard:

> Nuestra política no está dirigida contra ningún país o doctrina, sino contra el hambre, la pobreza, la desesperación y el caos. Su propósito debería ser el resurgimiento de una economía activa en el mundo, que

> permita la aparición de condiciones políticas y sociales en las que puedan existir instituciones libres.[24]

Adenauer consideró el discurso de Marshall y el posterior plan formal como una razón para aceptar el Acuerdo del Ruhr de 1949, otro de los medios a través de los cuales los aliados mantenían el control sobre la industria alemana. Interpretó el Plan Marshall como un freno a las exacciones a Alemania, pero, sobre todo, como un primer paso hacia la federalización de Europa:

> Si [el Estatuto del Ruhr] se utiliza como instrumento para frenar la economía alemana, el Plan Marshall carece de sentido [...]. Pero si el Estatuto del Ruhr se utiliza como un instrumento en beneficio de Alemania y de Europa, si significa el comienzo de un nuevo orden económico en Europa occidental, entonces puede convertirse en un prometedor punto de partida para la cooperación europea.[25]

Resultaba irónico que entonces el Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD), bajo el liderazgo de Kurt Schumacher, se convirtiera en el principal oponente de Adenauer en el país. El SPD tenía un largo historial de profundo compromiso con la democracia, que se remontaba a la creación del Estado alemán; pero durante el periodo imperial se había quedado aislado de los grupos dirigentes porque, como partido marxista, no había sido considerado un nacionalista fiable. Su líder en ese momento, Schumacher, cuya salud era mala como resultado de más de una década en la cárcel durante el mandato de Hitler, se convenció de que su partido nunca ganaría unas elecciones en la posguerra a menos que su objetivo se estableciera a escala *nacional*. Por eso se opuso a la estrategia de Adenauer de una restitución mediante la sumisión: «Como pueblo tenemos que hacer política alemana, es decir, una política que no esté determinada por una voluntad extranjera, sino que sea el

producto de la voluntad de nuestro pueblo».[26] La insistente demanda de Schumacher se convirtió en una especie de populismo. Aunque era comprensible en relación con la historia del SPD, era incompatible con la rendición incondicional o con la experiencia europea de la Alemania de Hitler.

Adenauer compartía los principios democráticos del SPD, pero su adhesión a la democracia también tenía un motivo estratégico. Estaba decidido a convertir la sumisión en una virtud, y entendió que la desigualdad temporal de las condiciones era la condición previa para la igualdad de estatus. Durante los debates parlamentarios de noviembre de 1949, recalcó esto al gritar (algo muy poco habitual en él): «¿Quién creen que perdió la guerra?».[27] La sumisión era el único camino posible: «Los aliados me han dicho que el desmantelamiento de las fábricas solo se detendrá si satisfago su deseo de seguridad», explicó antes de preguntar con ironía: «¿Quiere el partido socialista que el desmantelamiento continúe hasta el final?».[28]

Otro objetivo básico de Adenauer era la reconciliación con Francia. Adenauer se había reunido por primera vez con Robert Schuman, entonces ministro de Exteriores francés, en 1948. En aquel momento, la política francesa se dirigía a inhabilitar la producción industrial alemana y poner la región del Sarre bajo su control. Adenauer redefinió la cuestión; el reto final no era estratégico o financiero, sino político y ético. En julio de 1949, antes de convertirse en canciller, seguía debatiendo este tema en una carta a Schuman:

> En mi opinión, cualquier ventaja económica obtenida por [otro] país como resultado de la asignación de las fábricas desmanteladas queda empequeñecida por el gran daño que se hace a la moral del pueblo alemán [...]. Le imploro, puesto que usted valora de forma especial la cuestión de la reconciliación entre Francia y Alemania y el

principio de cooperación europea, que encuentre los recursos para poner fin a estas medidas totalmente incomprensibles.[29]

En su país, Adenauer insistía en que la cooperación con las medidas punitivas de los aliados era la única opción sensata. El 3 de noviembre de 1949, dio una entrevista al semanario alemán *Die Zeit*:

> Si nos limitamos a manifestar una respuesta negativa al estatuto del Ruhr y a la Autoridad del Ruhr, Francia lo interpretará como un indicio de nacionalismo alemán, como un acto de desafío que rechaza cualquier supervisión. Tal actitud parecería una resistencia pasiva contra la propia seguridad. Y eso, ante todo, debe evitarse.[30]

El planteamiento de Adenauer resultó efectivo. Ese mismo mes, los aliados le invitaron a negociar una nueva relación con la Autoridad de Ocupación, reduciendo el número de fábricas destinadas al desmantelamiento y estableciendo una ruta para la adhesión de Alemania al Consejo de Europa, que se había fundado ese año. El 24 de noviembre, Adenauer presentó el nuevo acuerdo ante un Bundestag en el que el nacionalismo seguía siendo generalizado. Schumacher se dejó llevar hasta tal punto que llamó a Adenauer «canciller de los aliados». Tras ser suspendido del Parlamento por este insulto, Schumacher fue admitido de nuevo poco después y reanudó su ataque de inmediato.[31] En respuesta, Adenauer subrayó que la humildad era el camino hacia la igualdad:

> Creo que en todo lo que hagamos debemos tener claro que, como resultado del colapso total, carecemos de poder. En las negociaciones, que los alemanes debemos llevar a cabo con los aliados para contar progresivamente con un poder mayor, hay que tener claro que el factor psicológico juega un papel muy importante. No se puede exigir ni esperar confianza desde el principio. No podemos ni debemos dar

por sentado que en los demás se haya producido de repente un cambio de actitud general hacia Alemania, sino más bien que la confianza solo se puede recuperar lentamente, paso a paso.[32]

El planteamiento de Adenauer fue mejor recibido por los vecinos de Alemania que por sus críticos en el país. En marzo de 1950, el Consejo de Europa invitó a la República Federal a unirse a él, aunque solo como miembro asociado. En un memorándum dirigido a su gabinete, Adenauer apoyó la adhesión a pesar del estatus discriminatorio: «Por ahora es la única manera. Debo desaconsejar que se cargue a Alemania con el odio de haber hecho que las negociaciones europeas acabaran en nada».[33]

Tres meses después, Robert Schuman, deseoso de vincular a Alemania con Francia, presentó un plan para apartar y sustituir a la Autoridad del Ruhr. Publicado el 9 de mayo de 1950, el Plan Schuman llevaría a la creación de una Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), en apariencia un mercado común para estos productos, pero cuyo objetivo esencial era político. Con este acuerdo, declaró Schuman, «la guerra entre Francia y Alemania no solo se vuelve impensable, sino materialmente imposible».[34]

En una conferencia de prensa, Adenauer respaldó el plan en términos similares, al decir que había «creado una base real para la eliminación de cualquier conflicto futuro entre Francia y Alemania».[35] En una reunión con Jean Monnet, comisario general de la Comisión Nacional de Planificación francesa y más tarde primer presidente (1952-1955) de la Alta Autoridad de la CECA, Adenauer ratificó el argumento de Schuman: «Los distintos gobiernos implicados no deberían preocuparse tanto por sus responsabilidades técnicas como por su responsabilidad moral ante las grandes expectativas que ha despertado esta propuesta».[36] Y, en una carta a Schuman del 23 de mayo de

1950, volvía a hacer hincapié en los objetivos no materiales: «De hecho, solo tendremos éxito si no dejamos que nuestro trabajo se guíe únicamente por consideraciones técnicas y económicas, y lo afianzamos en una base ética».[37]

El Plan Schuman aceleró la entrada de Alemania en una Europa unificada. Como dijo Adenauer en febrero de 1951, en un discurso pronunciado en Bonn:

> El Plan Schuman responde al objetivo de construir una Europa unificada. Por esa razón, desde el principio hemos aceptado con aprobación la idea que motiva el Plan Schuman. Nos hemos mantenido fieles a esta idea, a pesar de que a veces las cosas han sido extremadamente difíciles para nosotros.[38]

El tratado constitutivo de la CECA se aprobó el 19 de marzo de 1951. En enero del año siguiente, el Bundestag lo ratificó por 378 votos a favor y 143 en contra.[39] El Bundesrat (la cámara alta que representaba a los diez estados de la República Federal) puso de manifiesto el persistente sentimiento nacional alemán al apelar a Adenauer para que «se asegure de que la Alta Comisión Aliada suprima todas las restricciones a la producción de hierro y acero en Alemania y de que Berlín Oeste sea incluido expresamente en el territorio cubierto por la CECA».[40] Al final, Berlín Oeste se incluyó de manera específica en el territorio de la CECA y la producción alemana de acero y carbón aumentó bajo los auspicios de la nueva comunidad. Es más, como había propuesto Schuman, la CECA sustituyó oficialmente a la impopular (al menos en Alemania) Autoridad del Ruhr.

En los dos años posteriores a su nombramiento como canciller, Adenauer había logrado la participación de Alemania en la integración europea, y lo había hecho gracias a una política que trataba de superar el pasado de Alemania. Su

motivación era, sin duda, en parte táctica y nacional, además de ética. Pero la táctica se había fundido con la estrategia, y su estrategia se estaba transformando en historia.

El desafío soviético y el rearme

La Unión Soviética consideraba que la reconstrucción de la economía de Alemania Occidental y el progresivo establecimiento de las instituciones políticas alemanas suponían un desafío claro. La amenaza comunista empezaba a eclipsar el temor de las democracias occidentales a una Alemania renacida cuando, en junio de 1948, la Unión Soviética bloqueó las rutas de acceso a Berlín desde la zona de ocupación soviética circundante. Era un desafío al acuerdo entre las cuatro potencias para el gobierno de Berlín, que se había establecido en 1945 en la cumbre de Potsdam. Al final, el puente aéreo estadounidense a Berlín Oeste venció al chantaje soviético. Estados Unidos dejó claro que no permitiría el colapso de Berlín y que, de ser necesario, recurriría a una escalada militar para abrir las rutas de acceso. En mayo de 1949, Stalin canceló el bloqueo. El 7 de octubre de 1949, la Unión Soviética convirtió su zona de ocupación en un Estado soberano (aunque satélite), sellando así la partición de Alemania.

En este proceso de compromiso creciente, Estados Unidos y sus aliados establecieron lo que acabaría convirtiéndose en un pilar de la política estadounidense: la Organización del Tratado del Atlántico Norte. En 1949 la República Federal se puso bajo la protección de la OTAN, lo que equivalía a que Estados Unidos garantizaba de forma unilateral su territorio, aunque seguía sin estar armada y no era técnicamente un miembro de la organización. Pero un año después, en 1950, cuando Corea

del Norte invadió Corea del Sur, los aliados fueron conscientes de que se enfrentaban a un desafío comunista muy importante. El presidente Truman, en respuesta a las peticiones europeas, nombró al general Dwight D. Eisenhower comandante supremo aliado de la OTAN. El general insistió en que la defensa de Europa requería treinta divisiones (unos cuatrocientos cincuenta mil soldados),[41] una cifra que no podía alcanzarse sin la participación alemana.

Los aliados de Estados Unidos mantuvieron una postura comprensiblemente ambivalente ante la perspectiva de que el mismo país que les había agredido pocos años antes debiera contribuir ahora a la defensa occidental con un importante componente militar. Al principio, los líderes de Europa occidental insistieron en que las tropas asignadas a la defensa de Alemania debían ser proporcionadas por otros países. Pero tras reflexionar —y ser presionados por Estados Unidos— la mayoría de los líderes europeos aceptaron que la defensa de Alemania no podía garantizarse sin la contribución militar alemana.

En sus memorias, Adenauer reflexionaría sobre cómo la guerra de Corea había acabado con lo que quedaba de la política destinada al debilitamiento de Alemania:

> A Estados Unidos le interesaba que Alemania volviera a ser fuerte. De modo que los numerosos ejemplos de discriminación, como el Estatuto del Ruhr, el Estatuto de Ocupación y las disposiciones relativas al rearme de Alemania, solo podían tener un carácter transitorio.[42]

Adenauer consideraba que el rearme alemán era necesario por el bien de Europa, así como para la recuperación de la identidad política de su país. Aunque al principio había desalentado el debate público sobre esta cuestión, para no

interferir en los avances de la pertenencia de Alemania a las instituciones europeas, pronto cambió de opinión. Sostuvo que la confianza de los aliados se vería afectada si no se podía confiar en Alemania Occidental, o ella no confiaba en sí misma, para su propia defensa.[43]

Reino Unido y Estados Unidos propusieron formalmente el rearme alemán en agosto de 1950 y Alemania lo respaldó enseguida. Francia reaccionó sin demasiado entusiasmo con el Plan Pleven, que en octubre de 1950 propuso un ejército europeo de nacionalidad mixta que incluía unidades alemanas. Se redactó un proyecto de tratado que estipulaba la creación de una Comunidad Europea de Defensa (CED) que incluiría un contingente alemán integrado. Después de que Adenauer informara a los principales diputados del Parlamento alemán sobre el contenido del proyecto de tratado, se produjo una agria controversia.[44] Schumacher llegó a calificar el tratado como «un triunfo de la coalición aliado-administrativa contra el pueblo alemán».[45]

En marzo de 1952, para impedir la creación de una comunidad de defensa europea y el rearme alemán, Stalin ofreció formalmente la unificación alemana con cinco condiciones: (a) todas las fuerzas de ocupación, incluidas las soviéticas, se retirarían en el plazo de un año; (b) la Alemania unida mantendría un estatus neutral y no entraría en ninguna alianza; (c) la Alemania unida aceptaría las fronteras de 1945, es decir, la línea Óder-Neisse que constituía la conflictiva frontera con Polonia tras la guerra; (d) la economía alemana no estaría limitada por condiciones impuestas por terceros; en otras palabras, se aboliría el Estatuto del Ruhr que limitaba la economía alemana; y (e) la Alemania unida tendría derecho a desarrollar sus propias fuerzas armadas. Estas propuestas se dirigían a los aliados occidentales, dejando clara la posición secundaria de Alemania.

¿Era genuina la oferta de Stalin, o intentaba poner a Adenauer en una posición difícil, en la que pareciera que prefería una Alemania dividida dentro de Europa a una Alemania unida, nacional y neutral? En efecto, Stalin le pedía a Adenauer que abandonara todos los avances que había hecho hacia la integración europea a cambio de la unificación.

Hay pruebas de la época que sugieren que Stalin hizo la oferta después de que su ministro de Exteriores le asegurara repetidas veces que esta sería rechazada. No obstante, puso a Adenauer en una posición difícil. Por primera vez desde la rendición incondicional, la cuestión de la unificación del país se había planteado formalmente ante las potencias aliadas y el pueblo alemán. En Alemania, Schumacher sostuvo que no había que dejar pasar la oportunidad de negociar y que el Bundestag alemán debía negarse a ratificar la Comunidad Europea de Defensa hasta que se hubiera estudiado la nota de Stalin. «Cualquiera que apruebe la CED en estas circunstancias [actuales] —argumentó— no puede seguir llamándose alemán».[46]

Adenauer se mantuvo firme. Entendió que era probable que una negociación acabara en punto muerto y eso llevaría la unificación de Alemania a un terreno ideológico en el que se encontraría aislada, temida por todas las partes. Si actuaba de forma unilateral, la negociación se convertiría en el campo de batalla en el que los europeos resolverían sus rivalidades internas.

Para eludir estas decisiones, Adenauer evitó adoptar una posición pública sobre la oferta de Stalin, posponiendo el debate sobre ella hasta que el concepto de elecciones libres hubiera sido aceptado por todos los países ocupantes e incorporado a la Constitución de una Alemania unificada. Mientras tanto, defendió la ratificación del tratado de la CED en nombre de una defensa común de los aliados.

Esta estrategia desencadenó lo que el ministro de Exteriores británico, Anthony Eden, llamó la «batalla de las notas». Adenauer contaba con el apoyo de Eisenhower, entonces candidato a la presidencia de Estados Unidos y, hasta el 30 de mayo de 1952, todavía comandante supremo aliado de la OTAN. Más preocupados por la perspectiva de una Alemania neutral que por la presión soviética, Reino Unido y Francia participaron en la táctica de Adenauer. El consenso se expresó en las notas que los aliados enviaron al Kremlin el 25 de marzo y el 13 de mayo, en las que se exigía la celebración de elecciones libres tanto en la Alemania Occidental como en la Oriental como preludio de la unificación. La respuesta soviética del 24 de mayo afirmaba que las notas de los aliados impedían cualquier posibilidad de reunificación alemana «durante un periodo indefinido».[47]

Con una urgencia renovada por demostrar el potencial del proyecto europeo, ahora que aparentemente se había producido a costa de la unificación alemana, el 26 de mayo de 1952, Adenauer firmó los acuerdos contractuales sobre la Comunidad Europea de Defensa.[48] Pero en Francia muchos seguían sin estar dispuestos a reconciliarse con la idea de compartir ejército con una nación con la que, desde el siglo XVI, su país había librado guerras en cada generación, que había devastado parte de su territorio en la Primera Guerra Mundial y lo había ocupado todo en la Segunda. Dos años después del acuerdo, el 30 de agosto de 1954, la Asamblea Nacional francesa se negó a ratificar la CED, descartando también el Plan Pleven.

Adenauer lo calificó como un «día negro para Europa»[49] y expresó su preocupación ante los representantes de Luxemburgo y Bélgica:

> Estoy firmemente convencido, cien por cien convencido, de que el

> ejército nacional al que nos obliga [el primer ministro francés Pierre] Mendès France será un importante peligro para Alemania y Europa. Cuando yo ya no esté presente, no sé qué será de Alemania, a menos que todavía consigamos crear Europa a tiempo.[50]

Debido a estas premoniciones, Adenauer abandonó el proyecto de la CED y dirigió personalmente las negociaciones secretas con los aliados sobre las líneas generales de un ejército nacional alemán.

El liderazgo estadounidense resultó crucial. Eisenhower, que fue elegido presidente en noviembre de 1952, había decidido que la unificación de Europa y su defensa conjunta, que incluía a la República Federal de Alemania, eran, en palabras de un historiador, una

> especie de llave maestra, que desbloqueaba la solución a varios problemas a la vez y que, más importante aún, proporcionaba una especie de «doble contención». La Unión Soviética quedaría excluida y Alemania podría quedarse en Europa, sin que ninguna de las dos pudiera dominar el continente.[51]

Eisenhower ideó, junto con Eden, el ministro de Exteriores británico, una modificación del tratado de la CED que permitía el desarrollo de un ejército alemán. Menos de una década después de la rendición incondicional, la OTAN estaría constituida por fuerzas nacionales federadas, entre ellas las de Alemania.

Un viaje de Adenauer a Washington en 1953 marcó un momento culminante de este empeño. El 8 de abril, visitó la tumba del soldado desconocido. La bandera alemana —la tricolor, negra, roja y dorada de la República Federal, y no la de Prusia, con el águila negra con la espada, ni la esvástica del Reich de los mil años— se izó en el cementerio nacional de Arlington. Mientras el canciller caminaba hacia la tumba, sonó

una salva de veintiún disparos. Con esa escena terminaría Adenauer el volumen de sus memorias sobre el periodo 1945-1953:

> Una banda estadounidense tocó el himno nacional alemán. Vi cómo las lágrimas corrían por el rostro de uno de mis compañeros y también yo me sentí profundamente conmovido. El camino desde la catástrofe total del año 1945 hasta este momento del año 1953, cuando el himno nacional alemán se escuchó en el cementerio nacional de Estados Unidos, había sido largo y duro.[52]

En los años que le quedaban en el poder, Adenauer reconstruyó las fuerzas armadas alemanas sin resucitar el histórico militarismo intermitente del país. A principios de 1964, la Bundeswehr había alcanzado una fuerza general de cuatrocientos quince mil oficiales y reclutas. Un historiador lo describe como «la punta de lanza» de la alianza de la OTAN y el «eje» de la defensa de Europa occidental frente a un ataque soviético convencional.[53] Más que esto, el ejército fue un apoyo para la reincorporación de la RFA a la diplomacia internacional, una señal tangible de que la nueva Alemania contaba con la confianza de la Alianza Atlántica y era una contribuyente responsable a la defensa común.

Adenauer utilizaría el capital político acumulado durante la formación de la OTAN para lograr su meta subyacente: poner fin a la ocupación de Alemania. Para conseguir ser un miembro de pleno derecho de la OTAN y proceder al desmantelamiento del Estatuto de Ocupación, en 1954 Adenauer aceptó posponer la resolución del territorio del Sarre —que París pretendía mantener como protectorado neutral bajo ocupación francesa— hasta 1957. Fueron necesarias complicadas maniobras parlamentarias para convencer al Bundestag de que ratificara ambos tratados en febrero de 1955.[54]

Cuando los tratados entraron en vigor el 5 de mayo de 1955, la República Federal volvió a ser un Estado soberano. Si, seis años antes, la elección de Adenauer había sido ratificada por los altos comisionados aliados, ahora estos aceptaban su propia disolución. Adenauer permaneció de pie en los escalones del complejo de la cancillería —el Palais Schaumburg— mientras la bandera alemana se izaba en los edificios gubernamentales de todo Bonn. La primera gran tarea de Adenauer —garantizar el final pacífico, rápido y amistoso del Estatuto de Ocupación— se había conseguido.[55]

Dos días después, para simbolizar el compromiso de su país con la plena participación en Europa y la Alianza Atlántica, Adenauer encabezó una delegación en París, donde Alemania asumió un estatus igualitario dentro de la OTAN. En seis años decisivos, Adenauer había llevado a su país de la partición de la posguerra, las restricciones impuestas por el Estatuto de Ocupación y las reparaciones a la participación en la Comunidad Europea y la plena pertenencia a la OTAN. La estrategia de la humildad había logrado su objetivo: la igualdad en una nueva estructura para Europa, algo que ya había apuntado la toma de posesión de Adenauer.

El pasado inextricable: las reparaciones al pueblo judío

La base ética de la política exterior en la que Adenauer había confiado para establecer la relación de Alemania con los aliados occidentales era especialmente compleja por lo que respectaba al pueblo judío. Los crímenes de los nazis contra los judíos habían sido de un alcance, salvajismo y determinación sin precedentes. Unos seis millones de judíos, más de un tercio de su población mundial, fueron asesinados siguiendo una política de exterminio sistemático metódicamente planificada y

ejecutada.

Hacia el final de la guerra, los aliados occidentales asignaron a los crímenes nazis categorías de detención automática, que serían aplicadas por el personal de inteligencia aliado y se basarían en parte en el rango que había tenido el perpetrador acusado en el partido nazi. Al principio de la ocupación, esta categorización penal se aplicó a decenas de miles de individuos. A medida que el gobierno pasaba progresivamente a la República Federal, también lo hizo el proceso de desnazificación, que se convirtió así en una cuestión de política interna alemana. Adenauer consideraba que las reparaciones al pueblo judío eran un deber moral, que además beneficiaba incondicionalmente al interés nacional de Alemania; su compromiso con el proceso de desnazificación fue más opaco, porque también era jefe de la CDU y, como tal, era muy consciente de que un trabajo riguroso afectaría a una parte importante de los votantes.

Así pues, Adenauer limitó el proceso de desnazificación a una cifra que fuera políticamente manejable y defendió menos el castigo que la reconciliación interna y la compensación a las víctimas supervivientes del Holocausto. En la práctica, esto significó que las investigaciones de los crímenes de guerra se centraron sobre todo en los antiguos nazis de alto rango o en los funcionarios cuyos delitos concretos pudieran probarse ante un tribunal. Por supuesto, esto permitía un amplio margen de ambigüedad, ilustrado por el hecho de que Hans Globke —que participó en la redacción de las leyes raciales de Núremberg— se convirtiera en el jefe de gabinete de Adenauer. Al mismo tiempo, Adenauer nunca dudó al afirmar las obligaciones morales que imponía a Alemania su pasado nazi. Por eso, como símbolo de arrepentimiento y como puente hacia la justicia y la reconciliación con el pueblo judío, se comprometió a que la República Federal discutiera las reparaciones con los líderes

judíos y con Israel, al que reconoció como representante del conjunto del pueblo judío.

En marzo de 1951, el Gobierno israelí envió a las cuatro potencias ocupantes y a los dos gobiernos alemanes una petición de reparaciones para los supervivientes y los herederos por un importe de mil quinientos millones de dólares. Ni la Unión Soviética ni la República Democrática Alemana respondieron nunca directamente. Adenauer contestó en representación de la República Federal dirigiéndose al Bundestag el 27 de septiembre de 1951:

> En el nombre del pueblo alemán [...] se cometieron crímenes indescriptibles que exigen una reparación moral y material [*Wiedergutmachung*]. Estos crímenes se refieren a los daños causados a los individuos, así como a las propiedades judías cuyos dueños ya no están vivos [...]. Se han dado los primeros pasos en este sentido. Queda mucho por hacer. El Gobierno de la República Federal apoyará la rápida conclusión de una ley sobre la restitución y su justa implementación. Se devolverá una parte de las propiedades judías identificables. Le seguirán otras restituciones.[56]

Ahora el deber de Alemania, continuó Adenauer, era resolver esta cuestión con el fin de «facilitar el camino hacia la purificación interior».[57]

La Ley de Reparaciones se aprobó en el Bundestag el 18 de mayo de 1953. Los catorce miembros del Partido Comunista la rechazaron, apelando al nacionalismo alemán. El Partido Socialdemócrata apoyó las reparaciones por unanimidad. Para el Gobierno, el resultado fue más ambiguo: ciento seis miembros del Parlamento de la coalición liderada por la CDU votaron a favor; ochenta y seis, casi todos del ala conservadora bávara de la CDU, se abstuvieron.[58]

A pesar de estas reservas parlamentarias, Adenauer había logrado su objetivo. El historiador Jeffrey Herf resumió los

bienes que llegaron a Israel desde Alemania:

> Las entregas que Alemania Occidental hizo a Israel de barcos, máquinas herramienta, trenes, coches, equipamiento médico, etcétera, supusieron entre el 10 y el 15 por ciento de las importaciones anuales israelíes. Según los informes de la República Federal, las restituciones pagadas a los individuos supervivientes de la persecución política, racial y religiosa nazi, la mayoría de los cuales eran supervivientes judíos, ascendieron a 40.400 millones de marcos [alemanes] en 1971, 77.000 millones de marcos en 1986, unos 96.000 millones de marcos en 1995, y sumarían en total unos 124.000 millones de marcos. [59]

Sin embargo, los ciudadanos de Israel se encontraban muy divididos ante la perspectiva de aceptar el «dinero de sangre», como si fuera una especie de expiación por la masacre genocida. Los debates en la Knéset, el Parlamento israelí, fueron muy controvertidos y estuvieron acompañados de manifestaciones en las calles. Adenauer mantuvo en todo momento el contacto personal con Nahum Goldmann, el fundador del Congreso Judío Mundial.

La República Federal establecería relaciones diplomáticas plenas con Israel en 1965, dos años después de que Adenauer dejara su cargo. El año siguiente, Adenauer visitó Israel, por entonces el hogar de unos ciento cincuenta mil supervivientes del Holocausto, como ciudadano particular. A su llegada dijo: «Este es uno de los momentos más solemnes y hermosos de mi vida [...] nunca pensé, cuando me convertí en canciller, que algún día sería invitado a visitar Israel». [60]

A pesar de este comienzo, la visita provocó la aparición de tensiones —tal vez poco sorprendentes— entre el nonagenario Adenauer y el primer ministro israelí, Levi Eshkol. «No hemos olvidado y nunca olvidaremos —dijo Eshkol a Adenauer en una cena que ofreció en honor del estadista alemán— el terrible Holocausto en el que perdimos a seis millones de personas de

nuestro pueblo. Las relaciones germano-israelíes no pueden ser relaciones normales».[61] Añadió que las reparaciones de Alemania a Israel eran «solo simbólicas» y no podían «borrar la tragedia ocurrida». Siempre sereno, Adenauer respondió: «Sé lo difícil que es para el pueblo judío olvidar el pasado, pero, si no es capaz de reconocer nuestra buena voluntad, nada bueno saldrá de ahí».[62]

Las imágenes más memorables de la estancia de Adenauer en Israel son las de una desgarradora visita (para todos los implicados) a Yad Vashem, el monumento conmemorativo y museo del Holocausto de Israel, situado en la ladera occidental del monte Herzl, en Jerusalén.[63] Adenauer fue conducido, mientras mantenía un solemne silencio, a la cámara del recuerdo —una sala cavernosa y débilmente iluminada, con un techo que parece la lona de una carpa—, donde se le invitó a encender una llama y depositar una corona en un monumento a las víctimas desconocidas de los campos de exterminio. Cuando, de forma inesperada, se le hizo entrega de una insignia con la palabra «recordar» en hebreo, respondió: «Incluso sin esta insignia, nunca podría olvidar».[64]

Dos crisis: Suez y Berlín

Para Adenauer, el fin de la ocupación y la entrada de Alemania en el orden europeo e internacional supusieron la culminación de un esfuerzo histórico. Pero la historia no da tregua. Un año después de que, en 1955, se restableciera la soberanía alemana, el conflicto de Oriente Próximo cuestionó las premisas en las que se basaba la alianza de la OTAN.

A finales de octubre de 1956, la decisión de Estados Unidos de proponer una resolución de la Asamblea General de la ONU para condenar la operación militar franco-británica destinada a

revertir la nacionalización del canal de Suez por parte de los egipcios alteró a Adenauer. Había asumido que, por definición, la alianza protegería los intereses fundamentales de cada miembro. Ahora, la oposición formal de Estados Unidos a Reino Unido y Francia en la ONU separaba a los estadounidenses de sus principales aliados, mientras estos participaban en una acción militar que entendían como de interés nacional. ¿Podrían otros países en alguna circunstancia futura —en especial Alemania— sufrir un destino similar?

Adenauer eligió una visita rutinaria a París en noviembre de 1956, cuyo fin era debatir sobre la Euratom (la Comunidad Europea de la Energía Atómica), para expresar esta opinión, aunque lo hizo en un grupo muy restringido que incluía al primer ministro francés, Guy Mollet, y al ministro de Exteriores, Christian Pineau. El tren de Adenauer llegó a París el 6 de noviembre, un día después de que Bulganin, el presidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética, la principal patrocinadora del régimen de Nasser y su proveedora de armas, amenazara con atacar a Reino Unido y Francia con misiles si continuaban las operaciones militares en el canal de Suez.

El Gobierno francés recibió a Adenauer con una cordialidad inusual. Una compañía de la Garde Civile hizo el saludo. Se tocaron los dos himnos nacionales.[65] Un miembro del entorno de Adenauer describió la escena:

> El canciller recibió el saludo como una estatua, inmóvil. Yo pensaba en la escena en el cementerio nacional de Arlington, cerca de Washington [en 1953]. Incluso los más duros debieron sentirse conmovidos por la relevancia del momento y su simbolismo. En la situación más grave que había vivido Francia desde el final de la guerra, los dos gobiernos estaban hombro con hombro.[66]

Durante el viaje a París, Adenauer se enteró de la negativa de Estados Unidos a detener una importante y rápida pérdida de valor de la libra esterlina, lo que supuso un duro golpe para su aliado británico. Estaba consternado, pero no hasta el punto de cuestionar la importancia de la OTAN. Por el contrario, pensaba que era imperativo que Europa mantuviera sus vínculos con Estados Unidos. La alianza de la OTAN, sostuvo, era el componente más importante de la seguridad de todos los países europeos. Desaconsejó a sus anfitriones la controversia pública con Estados Unidos, y sobre todo cualquier tipo de represalia, incluso verbal. Más bien, los aliados europeos de Estados Unidos debían mejorar su cooperación *dentro* de Europa:

> Francia e Inglaterra nunca serán potencias comparables a Estados Unidos y la Unión Soviética. Tampoco Alemania. Eso solo les deja una forma de desempeñar un papel decisivo en el mundo, que es unirse para formar Europa [...]. No tenemos tiempo que perder: Europa será vuestra venganza.[67]

Fue durante la crisis de Suez cuando Adenauer empezó a considerar la necesidad de utilizar la integración europea —en concreto la relación franco-alemana— como una protección contra la indecisión estadounidense.

Francia siguió este principio durante la década posterior al regreso de De Gaulle a la presidencia en 1958, aunque (como veremos en el próximo capítulo) De Gaulle no necesitaba ningún estímulo alemán para avanzar hacia la autonomía europea.[68] La relación franco-alemana se intensificó durante la presidencia de De Gaulle tras la visita nocturna de Adenauer a la casa de este en Colombey-les-DeuxÉglises, en septiembre de 1958, una invitación que nunca se cursó a ningún otro dirigente extranjero.[69]

Dos años después de Suez, las dudas de Adenauer sobre la fiabilidad de Estados Unidos volvieron a aparecer cuando, en noviembre de 1958, el líder soviético Nikita Jruschov cuestionó el estatus de Berlín. Aunque formalmente la Autoridad de Ocupación de las cuatro potencias seguía funcionando, desde 1957 Berlín Oeste se regía *de facto* por las leyes de la República Federal; en las partes de la ciudad ocupadas por los aliados, la estructura legal se basaba en elecciones libres en las que se enfrentaban los principales partidos de la RFA.[70] En la parte oriental de Berlín, la República Democrática Alemana gobernaba por imposición soviética. Un vestigio del control de las cuatro potencias permitía a los funcionarios del Oeste y el Este circular por toda la ciudad.

El ultimátum de Jruschov a los aliados occidentales, que exigía un nuevo estatus para Berlín en un plazo de seis meses, desafiaba directamente los fundamentos de la política exterior de Adenauer y de la Alianza Atlántica. Cualquier cambio significativo en el estatus de Berlín bajo amenaza soviética sería una señal de un posible dominio comunista de la ciudad y pondría en peligro la visión de Adenauer de construir la República Federal bajo un paraguas nuclear aliado, sobre todo estadounidense. Pero, aunque Jruschov amenazó con utilizar la fuerza, no tenía la confianza necesaria para ejercerla en el plazo establecido por su ultimátum.

Eisenhower aplazó hábilmente una confrontación arrastrando a Jruschov a un intercambio prolongado, y en buena medida procedimental, sobre las cuestiones que implicaba el ultimátum. Este culminó con una invitación al líder soviético para que hiciera una gira personal por Estados Unidos en septiembre de 1959. Harold Macmillan, el primer ministro británico, siguió una estrategia parecida con una visita a Moscú en febrero de 1959. Entre los principales aliados, solo De Gaulle se mantuvo al margen de esta estrategia e insistió en la

retirada del ultimátum soviético antes de empezar las negociaciones.

Jruschov, al ser incapaz de cumplir sus amenazas —o al no querer afrontar las consecuencias militares—, retiró la fecha límite del ultimátum en mayo de 1959. Durante su visita a Estados Unidos, él y Eisenhower acordaron un comunicado conjunto que incluía la frase «las cuestiones internacionales pendientes [como la de Berlín] no se resolverán mediante la aplicación de la fuerza, sino por medios pacíficos a través de negociaciones», lo que generó un breve acercamiento en las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética.[71]

A pesar de este acuerdo, Jruschov siguió intentando persistentemente aislar y desmoralizar a la Alemania de Adenauer. En mayo de 1960, los esfuerzos de Jruschov dieron pie a una cumbre sobre Berlín que se celebraría en París y en la que participarían los líderes de las cuatro potencias ocupantes, pero no la República Federal, lo que implicaba la posibilidad de que a Alemania se le impusiera el resultado del encuentro.

Los participantes en la cumbre se reunieron según lo previsto, cuando el destino, o un accidente, intervino. Un avión espía estadounidense U-2 fue derribado en cielo ruso el 1 de mayo de 1960, y Jruschov aprovechó el incidente para exigir una disculpa a Estados Unidos antes de pasar a las discusiones de fondo. Cuando Eisenhower se negó, Jruschov abortó la cumbre, pero no volvió a lanzar su amenaza. Adenauer seguiría discutiendo las cuestiones sobre Berlín —y la fiabilidad estadounidense— con el sucesor de Eisenhower, John F. Kennedy.

Tres conversaciones con Adenauer

Por ironías del destino, más de veinte años después de haber

huido con mi familia de la Alemania nazi, tuve la oportunidad de participar en la configuración de la política estadounidense a largo plazo relacionada con el país —que entonces ya formaba parte de la alianza de la OTAN— como asesor de la Casa Blanca de Kennedy.

Primero como académico, a finales de la década de 1950, mientras cursaba estudios de Historia europea, y luego, a principios de la década de 1960, como asesor de la Casa Blanca, empecé a reunirme con funcionarios de gobiernos extranjeros. A pesar de mi admiración por el liderazgo de Adenauer, durante este periodo seguía preocupado por el efecto que podía tener la turbulenta cultura política de Alemania en las decisiones que le imponía la Guerra Fría. Como escribí en un informe para el presidente Kennedy en abril de 1961:

> Un país que ha perdido dos guerras mundiales, padecido tres revoluciones, que ha cometido los crímenes de la era nazi y que ha visto su riqueza material destruida dos veces en una generación está destinado a sufrir profundas cicatrices psicológicas. Hay una atmósfera de histeria, una tendencia a las actuaciones desequilibradas. Un amigo alemán, escritor de ficción, me dijo que Alemania era el único de los grandes países de Europa que no parecía haber sufrido un trauma psíquico después de la guerra. Sublimó sus problemas en un esfuerzo frenético de reconstrucción económica. Pero sigue siendo candidato a sufrir un ataque de nervios.[72]

Este pasaje sintetiza la atmósfera inestable en la que actuaba Adenauer y los retos psicológicos que encaraban sus políticas.

Conocí a Adenauer en 1957, durante un viaje académico a Alemania, y continuaríamos nuestros encuentros hasta su muerte, una década después. Mantuvimos alrededor de diez reuniones, las últimas de las cuales tuvieron lugar tras su jubilación en 1963, cuando me convertí en un oyente

comprensivo de sus reflexiones, a veces melancólicas, sobre su vida y el futuro de su pueblo en un país que —a pesar del final de la ocupación— parecía condenado a albergar de forma indefinida a los ejércitos británico, francés y estadounidense, ahora como elemento disuasorio de una agresión soviética.

El despacho del canciller se encontraba en el Palais Schaumburg, antigua residencia de un aristócrata renano del siglo XIX. Organizado según los estándares de esa época, era demasiado pequeño para adaptarse a la maquinaria de un Estado burocrático-tecnológico moderno. En el despacho del canciller predominaban los sillones y los sofás, con una mínima parafernalia técnica visible; su aspecto era más el de una sala de estar que el de un centro de poder. Salvo unos pocos asesores clave, el resto del personal operativo se encontraba en otro lugar de Bonn, una ciudad sin duda demasiado modesta para ser la capital de un gran país.

La autoridad de Adenauer provenía en parte de su personalidad, que combinaba dignidad y fuerza. Su rostro, cuya parte izquierda estaba paralizada a consecuencia de las heridas sufridas en un accidente de coche cuando tenía cuarenta y pocos años, y su comportamiento, a la vez cortés y distante, transmitían un mensaje inequívoco: se entraba en un mundo guiado por los principios e inmune a los eslóganes o las presiones. Hablaba con calma y solo de vez en cuando utilizaba las manos para enfatizar. Siempre bien preparado sobre los temas de actualidad, nunca habló de su vida personal en mi presencia. Tampoco indagó en la mía, aunque —dada la perenne eficacia de la burocracia alemana— seguramente conocía mi historia familiar y comprendía los caminos en los que el destino nos había colocado a ambos.

Adenauer tenía buen ojo para el carácter, y en ocasiones expresaba sus observaciones con sarcasmo. En una conversación sobre las cualidades de un liderazgo fuerte, me

advirtió que «nunca confundiera la energía con la fuerza». En otra ocasión, me hizo pasar a su despacho justo en el momento en que se iba otro visitante, que hacía poco había acaparado la atención de los medios de comunicación por haberle atacado. Mi sorpresa ante la cordialidad con la que se despidieron debió de ser evidente. Adenauer comenzó la conversación así: «Mi querido profesor, en política es importante tomar represalias a sangre fría».

Octubre de 1957

La primera conversación empezó con la relación entre Occidente y la Unión Soviética. Adenauer insistió en que el conflicto era esencial y permanente y alertó contra las concesiones a los soviéticos o a los alemanes del Este. El estatus dividido del Berlín de entonces, aunque difícil, era sostenible, dijo, y añadió que cualquier propuesta de «modificación» o «mejora» apoyada por los soviéticos estaba concebida para debilitar la unidad occidental y la autonomía de Berlín, de la misma manera que lo estaba la astuta oferta de unificación de Stalin de hacía cinco años.

La Unión Soviética tampoco era la única amenaza a la que se enfrentaba el orden mundial, según Adenauer. ¿Era consciente, me preguntó, de que en opinión de algunos observadores serios una ruptura entre China y Rusia parecía inminente? Ante la evolución de estos retos, continuó, Occidente debería tener especial cuidado y no debilitarse con disputas entre los aliados. Dado que una abierta ruptura chino-soviética no era algo esperado en aquel momento, me abstuve de hacer comentarios. Adenauer optó por considerar mi silencio como una aprobación. En 1961, en su conversación preliminar con el presidente Kennedy, repetiría este mensaje de advertencia,

añadiendo «y el profesor Kissinger está de acuerdo conmigo». [73]

El principal objetivo de la primera conversación que Adenauer mantuvo conmigo era examinar la fiabilidad de la garantía nuclear estadounidense. En aquel momento, las armas nucleares apenas tenían una década de vida y no había ninguna experiencia comparable en la historia que pudiera servir de precedente para un país que se arriesgara a ser devastado en nombre de otro. En la fase inicial de la alianza, la OTAN, según reconocía ella misma, no tenía fuerzas suficientes para una defensa convencional. Por lo tanto, la cuestión central pasó a ser esta: ¿asumiría Estados Unidos los riesgos nucleares?

Cuando sostuve que, en el nuevo orden mundial, Estados Unidos no distinguiría entre los intereses de los aliados y los suyos, Adenauer señaló con cortesía, pero con firmeza, que durante la crisis de Suez, un año antes, Estados Unidos no había tratado los intereses de sus principales aliados (Reino Unido y Francia) con ese espíritu.

Una vez abordado el asunto, la preocupación de Adenauer por la fiabilidad de Estados Unidos en la cuestión nuclear se hizo más explícita, lo que le llevó a concebir ingeniosos escenarios hipotéticos que podían poner a prueba la determinación del presidente estadounidense. ¿Podría un líder estadounidense, por ejemplo, correr el riesgo de una devastación nuclear en los últimos meses de su presidencia? ¿O en el intervalo de tres meses entre su elección y la toma de posesión? ¿O después de que una bomba de hidrógeno explotara sobre una ciudad estadounidense importante? En esta etapa de las relaciones entre Estados Unidos y Alemania, las preguntas de Adenauer, por muy directas que fueran, estaban pensadas fundamentalmente para suscitar una confirmación. Yo repetí la respuesta estadounidense estándar, una reiteración incondicional del compromiso de Estados Unidos. Pero la

preocupación de Adenauer por la estrategia nuclear aumentó en alcance e intensidad en nuestras conversaciones posteriores.

Mayo de 1961 – Una respuesta flexible

Mi siguiente conversación con Adenauer tuvo lugar el 18 de mayo de 1961, en un marco político diferente. La experiencia previa de Adenauer no le había preparado para un líder como John F. Kennedy, el nuevo presidente estadounidense. Elocuente, joven y dinámico, con un servicio distinguido en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial, representaba una ruptura generacional con todos sus predecesores, que habían nacido antes de la Primera Guerra Mundial. Imbuido de la confianza de la «generación grandiosa», Kennedy empezó a canalizar la energía y la fe que esa generación tenía en el país en un plan para conseguir los objetivos globales de Estados Unidos.[74] Aunque había pasado tiempo en Europa durante la época en que su padre fue embajador en Reino Unido (1937-1940) y había visitado Alemania en varias ocasiones como estudiante y como senador, Kennedy apenas estaba empezando a lidiar con cómo apaciguar a una Alemania derrotada, implicada al mismo tiempo en la reconstrucción de Europa y la defensa de su estructura política de las amenazas soviéticas.

Kennedy se vio obligado a adoptar medidas políticas ante el creciente arsenal de armas nucleares soviéticas. Los soviéticos habían hecho pruebas con un arma nuclear por primera vez en 1949. En 1953, cuando Eisenhower asumió la presidencia, habían fabricado unas doscientas armas nucleares; en 1961, cuando Kennedy se convirtió en presidente, poseían unas mil quinientas cabezas nucleares y estaban empezando a desarrollar sistemas de lanzamiento intercontinental, lo que

generó una preocupación prematura por la llamada brecha de misiles. Los temores resultarían exagerados porque, a principios de la década de 1960, Estados Unidos aún estaba en condiciones de imponerse con un primer ataque preventivo.

Adenauer, por su parte, seguía considerando que la Alianza Atlántica era la clave del futuro estratégico y político de Alemania. Pero en la alianza había conflictos internos sobre los objetivos políticos generales y la estrategia militar común. Como Adenauer me había dicho en nuestra conversación previa, los desacuerdos relacionados con la estrategia nuclear tenían que ver con si, cuando los aliados se vieran amenazados por una agresión, la OTAN podría confiar siempre en que Estados Unidos se identificara de una manera casi automática con los objetivos de la alianza.

Kennedy y sus asesores, sobre todo el secretario de Defensa Robert McNamara, intentaron atenuar el efecto de esa incógnita con una doctrina de respuesta flexible, según la cual contemplaron la creación de varios umbrales en el combate, para que los adversarios pudieran considerar otras respuestas que no fueran la represalia masiva. Pero las armas eran tan colosalmente destructivas que la concepción técnica de estos escenarios hipotéticos resultó más persuasiva que la diplomacia desplegada en su nombre.

El ministro de Defensa alemán, Franz Josef Strauss, se convirtió en un claro opositor a la estrategia nuclear estadounidense. La quintaesencia del bávaro, voluble, apasionado y con una barriga que atestiguaba el disfrute de las libaciones de su región, Strauss planteó la aplicabilidad de la «respuesta flexible» ante una crisis en Berlín en una conversación que mantuvo conmigo el 11 de mayo, durante esta misma visita a Bonn.[75] ¿Cuánto territorio se perdería, preguntó, antes de que se alcanzara el «umbral» de respuesta? ¿Cuál sería la duración de una «pausa»? ¿Quién tomaría las

decisiones en cada etapa prevista, sobre todo cuando se produjera el paso de la guerra convencional a la nuclear? Dudaba de que Estados Unidos pudiera o quisiera llevar a cabo una política tan compleja y ambigua. Otros alemanes que asistían a la reunión apoyaron a Strauss, en especial el jefe de Estado Mayor de las recién creadas fuerzas armadas.

Adenauer demostró la influencia que tenía la postura de Strauss al abrir sin rodeos nuestra conversación, de nuevo en su despacho del Palais Schaumburg, con la siguiente frase:[76] «Vosotros, los americanos, habéis ofendido mucho a la OTAN». Adenauer estaba desanimado por una propuesta estadounidense para que los aliados de la OTAN desarrollaran un sistema cuyo fin era controlar las fuerzas nucleares independientes de Reino Unido y Francia y conectarlas con una estrategia integrada a través de una fuerza multilateral. «¿Cómo cabe esperar que los países sin armas nucleares propias hagan propuestas sensatas?», preguntó Adenauer. El personal del secretario general de la OTAN no podía llevar a cabo esa tarea: era demasiado escaso y no estaba familiarizado con los asuntos nucleares. Si de verdad se buscaba una coordinación nuclear, sostuvo, era necesario reforzar la autoridad del secretario general y aumentar su personal.

La propuesta de la Casa Blanca a la que se refería Adenauer se había redactado con la esperanza de que, dado su desconocimiento de la estrategia nuclear, él y su entorno llegaran a la conclusión de que la responsabilidad debía seguir recayendo en Estados Unidos. Pero Adenauer había llegado a la inesperada conclusión de que había que aumentar la capacidad de Europa para disponer de fuerzas nucleares autónomas.

Por eso, a continuación, Adenauer pasó a hablar de De Gaulle. De Gaulle le había advertido que Estados Unidos, a pesar de sus promesas, había abandonado a Francia en las Naciones Unidas con la cuestión de Argelia, como ya había

hecho antes en 1956 con la de Suez. Según Adenauer, De Gaulle sostenía que la diplomacia llevada a cabo por los aliados con respecto a Berlín había carecido de decisión y rumbo. En lugar de intentar ganar tiempo, Estados Unidos debía tomar la iniciativa con valentía y rechazar de plano las exigencias soviéticas. De Gaulle le había informado de una conversación entre Eisenhower y Jruschov que, según interpretó Adenauer, podría inducir a los soviéticos a seguir presionando, sobre todo dada la débil postura de Macmillan, el primer ministro británico. La firmeza era aún más necesaria porque Adenauer también estaba convencido de que los soviéticos nunca se arriesgarían a la autodestrucción por Berlín.

Le respondí recapitulando lo que había dicho en nuestra primera conversación: que, por lo que yo sabía de la postura estadounidense, la libertad de Berlín y de toda Europa se consideraba inseparable de la nuestra. Esto llevó a Adenauer al tema de la fuerza nuclear independiente de Francia. ¿Reforzaba la alianza? ¿Era necesaria? Expresé mi escepticismo ante la posibilidad de que el Kremlin interpretara que una fuerza nuclear francesa independiente pudiera sustituir al compromiso nuclear estadounidense. Entonces, Adenauer llamó al ministro de Exteriores, Heinrich von Brentano, para que se uniera a nosotros y me pidió que le repitiera mis observaciones. ¿Cómo podía un militar profesional como De Gaulle aspirar a una ambición tan poco realista? Adenauer prometió que lo discutiría con él en su próxima reunión.

El mes siguiente, las preocupaciones de Adenauer sobre el futuro de las relaciones germano-estadounidenses se intensificaron cuando Jruschov ratificó el ultimátum sobre Berlín. En respuesta, Kennedy movilizó unidades de la Guardia Nacional y nombró al general Lucius Clay «representante personal con rango de embajador», convirtiéndolo de hecho en el principal funcionario estadounidense en Berlín. Jruschov

agravó aún más la crisis el 13 de agosto, cuando construyó un muro que cruzaba la ciudad, dividiéndola de una manera brutal. El estatus de las cuatro potencias en Berlín había quedado anulado.

La Administración Kennedy elaboró, junto con medidas para estar militarmente preparada, una serie de propuestas políticas para que el acceso a Berlín estuviera bajo la jurisdicción de una autoridad internacional que sustituyera a las cuatro potencias; estaría compuesta por el mismo número de comisarios de la OTAN que del Pacto de Varsovia (ocho para cada uno), más otros tres de países europeos neutrales. Con este plan, se le quitaba a la Alianza Atlántica la decisión final de la que dependía la paz y la guerra, que se pondría en manos de los países que se habían declarado neutrales para desentenderse de las cuestiones cotidianas. La propuesta nunca se estudió de manera formal, ya que Adenauer se negó a contemplar la perspectiva de cambiar la supervisión estadounidense de las rutas de acceso por la de tres países europeos neutrales.

Otra serie de ideas para resolver el *impasse* de Berlín implicaba de alguna manera que Alemania aceptara la línea Óder-Neisse, que había reducido su territorio previo al conflicto en casi una cuarta parte al final de la Segunda Guerra Mundial. Adenauer también rechazó esto, aunque en realidad habría estado dispuesto a aceptarlo si el marco hubiera sido el adecuado, por ejemplo, un acuerdo sobre la unificación alemana. En su opinión, la modificación de los procedimientos de acceso a Berlín —que creía que funcionaban adecuadamente — no justificaba una concesión tan grande. Sobre todo, la búsqueda constante de distintas fórmulas de negociación aislaba a Alemania. La estrategia de Adenauer se basaba en la política de contención ideada por George Kennan e implementada por los secretarios de Estado estadounidenses Dean Acheson y John Foster Dulles. Esta asumía que el bloque

soviético acabaría debilitándose si se limitaba a sus propios recursos y se veía obligado a afrontar dilemas internos. Para Adenauer, ese sería el momento de negociar la unificación.

Febrero de 1962 – Kennedy y Adenauer

En los encuentros entre Kennedy y Adenauer había cierto elemento melancólico. Ambos perseguían objetivos importantes, pero sus políticas derivaban de puntos de partida opuestos y los métodos para lograrlas eran diferentes: en Adenauer, la resistencia; en Kennedy, la flexibilidad diplomática. Adenauer había asumido su cargo en el peor momento de la historia alemana; Estados Unidos, cuando Kennedy llegó a la presidencia, estaba en el apogeo de su poder y confianza en sí mismo. Adenauer consideraba que su tarea consistía en reconstruir los valores democráticos sobre la base de la moral cristiana en medio del caos que supuso la rendición incondicional; los amplios propósitos de Kennedy reflejaban una creencia indiscutible en la misión providencial de Estados Unidos, basada en sus valores democráticos históricos y su poder dominante. Para Adenauer, la reconstrucción de Europa implicaba reafirmar los valores y las verdades tradicionales; para Kennedy, era la afirmación de la fe en el progreso científico, político y moral del mundo moderno. Para que Adenauer tuviera éxito, era necesario estabilizar el alma de Alemania; para un presidente estadounidense, en particular para Kennedy, el objetivo era movilizar un idealismo existente. Lo que empezó como una asociación histórica se fue tensando gradualmente en su ejecución, cuando el idealismo estadounidense sobrestimó la flexibilidad diplomática de la que disponía Alemania.

Durante el proceso de construcción de la comunidad

atlántica, los objetivos estadounidenses y alemanes habían discurrido de forma paralela. Las estructuras formadas en ese periodo de creatividad, entre finales de la década de 1940 y principios de la de 1950, se basaron en una visión sustancialmente común del ámbito político y en un monopolio estadounidense *de facto* en el ámbito nuclear. Pero una vez completado ese proceso, y debido sobre todo a la presión de los repetidos ultimátums de Jruschov sobre Berlín, la historia reclamó su lugar; se reafirmaron los intereses nacionales e incluso los estilos nacionales, que reflejaban siglos de diferente evolución interna. Como resultado, en 1962, Washington recibía informes de que Adenauer cuestionaba la credibilidad de los compromisos nucleares estadounidenses y la política sobre Berlín.

Como yo ya conocía a Adenauer, en febrero de 1962 McGeorge Bundy, asesor de seguridad nacional de Kennedy, me pidió que me reuniera con el canciller para ayudar a restablecer la confianza en los asuntos nucleares. Le respondí que, en la mente de Adenauer, las cuestiones políticas eran primordiales y permanentes, mientras que las cuestiones nucleares eran un símbolo de fiabilidad política y ética. Para vencer las reservas de Adenauer, se acordó que recibiera un informe especial de mi parte sobre la política de seguridad estadounidense y el potencial nuclear. Este fue elaborado por McNamara, el secretario de Defensa, y aprobado por el secretario de Estado, Dean Rusk, e incluía detalles sobre las estructuras y la planificación de la fuerza nuclear estadounidense que no se habían compartido previamente con los líderes de los países aliados (excepto los de Reino Unido). Debido a que en la sesión informativa se trataría contenido nuclear, Adenauer estuvo acompañado solo por un intérprete. [77] (Como no sabía los términos técnicos de la estrategia nuclear en alemán, mi parte de la conversación la hice en

inglés).

El 16 de febrero,[78] al empezar mi presentación explicando la firmeza del compromiso estadounidense, Adenauer me interrumpió: «Esto ya me lo han dicho en Washington. Si no me convenció allí, ¿por qué iba a hacerlo aquí?». Le respondí que yo era sobre todo un académico, no un funcionario; ¿podría posponer el canciller su juicio hasta que escuchara toda mi presentación? Sin inmutarse, Adenauer respondió: «¿Qué proporción de su tiempo dedica a la asesoría que hace en Washington?». Cuando contesté que alrededor de una cuarta parte de él, Adenauer respondió: «Supongamos entonces que me dirá tres cuartas partes de la verdad».

Este diálogo podría haber desconcertado a Walter Dowling, el embajador estadounidense en Bonn, que me había acompañado a la reunión. Pero, como profesional que era, no pestañeó. A medida que desarrollaba la presentación, que demostraba la enorme disparidad que existía en aquel momento entre las fuerzas nucleares estratégicas estadounidenses y las soviéticas, la actitud de Adenauer cambió por completo. Ahora yo estaba contestando a preguntas que antes le había dirigido a otros visitantes estadounidenses sin obtener una respuesta satisfactoria. La sesión informativa hizo hincapié en que la capacidad estadounidense para un segundo ataque era mayor y mucho más eficaz que la soviética, y que el primer ataque estadounidense sería aplastante.

El último párrafo del informe del embajador Dowling resume el efecto que tuvo la conversación en el canciller:

> En dos ocasiones, cuando Kissinger y yo ya nos íbamos, [Adenauer] nos pidió que nos quedáramos para darle otra oportunidad de expresarnos su gratitud por lo que se había dicho y su firme conformidad con ello. Dijo que se sentía aliviado al ver la fuerza que existía para defender la libertad y que [la] principal tarea era

asegurarse de que no hubiera fallos humanos. A la salida, Kissinger dijo que cuando hablábamos de nuestra potencia y nuestra dedicación a [la] comunidad atlántica, no eran simples frases vacías. El canciller respondió: «¡Gracias a Dios por esto!». Con eso, la reunión se disolvió. [79]

Entre los «fallos humanos» a los que se refería Adenauer estaban claramente su preocupación por el desarrollo de una estrategia adecuada y la posible falta de voluntad de Estados Unidos a la hora de aplicar su aplastante poder.

Unas décadas más tarde, recibí una carta desde Alemania que ilustraba el valor que daba Adenauer al cumplimiento de sus compromisos. Llevaba el nombre de un remitente que no reconocí, y me informaba de que quien la escribía había sido el intérprete en aquella lejana conversación. Siguiendo instrucciones de la Casa Blanca, yo le había pedido a Adenauer que no difundiera la información nuclear que compartí con él, y él me había dado su palabra de honor de que respetaría la petición. El remitente me confiaba ahora que, en realidad, había grabado toda la sesión informativa —como era su deber como intérprete— y se la había entregado al canciller al día siguiente. Sin embargo, Adenauer le había mandado destruir la parte con contenido nuclear, ya que no podía garantizar que la promesa que me había hecho se mantuviera una vez él hubiera dejado el cargo.

La historia había empujado a Adenauer y a Kennedy a una especie de dependencia mutua, pero no podía reconciliar la brecha generacional ni las diferencias derivadas de ella. Kennedy consideraba que su objetivo era, primero, reducir la posibilidad de una guerra nuclear y, después, eliminarla finalmente; en ese empeño, pretendía que los soviéticos participaran en un largo viaje que requería flexibilidad táctica, también por parte del canciller alemán. Pero, desde el punto de

vista de Adenauer, las tácticas del presidente estadounidense amenazaban con acabar con la estabilidad y la solidez que se había logrado tras la desintegración de la Alemania de Hitler. Kennedy tenía un planteamiento más global, Adenauer la fortaleza para afrontar el colapso moral y físico de su país, convivir con su partición y construir un nuevo orden europeo basado en la asociación atlántica.

La unificación alemana: la atormentada espera

El pueblo alemán nunca había sido gobernado desde el interior de unas fronteras que se correspondieran con las de la posguerra.[80] A falta de un acuerdo entre el Este y el Oeste, o de un colapso del equilibrio de poder existente, su institución parecía augurar la partición indefinida de Alemania entre el Este comunista y el Oeste democrático. Sin duda, la existencia de un Consejo de Control de las cuatro potencias para toda la Alemania ocupada ratificaba tácitamente el objetivo de una Alemania unificada, que las tres potencias occidentales aceptaron de manera clara. Pero inevitablemente la política interna alemana buscó la unidad entre el Oeste y el Este de forma más explícita que las potencias ocupantes. La unificación se convirtió en un asunto político perenne en la Alemania Occidental y la Unión Soviética la utilizó como instrumento estratégico, empezando por la oferta de Stalin de 1952 y culminando con los ultimátums de Jruschov sobre Berlín.

La política de Adenauer se basó en tratar la partición del país como algo provisional; creía que la unificación acabaría produciéndose gracias al desmantelamiento de la órbita de los satélites soviéticos, al mayor crecimiento económico de la República Federal, a la fuerza y la cohesión de la Alianza Atlántica y a la aparición de tensiones dentro del Pacto de

Varsovia. Esto suponía que se produciría el colapso de Alemania del Este, uno de esos satélites, tal y como ocurrió en 1989. Hasta ese colapso, las principales prioridades de la RFA seguirían siendo la Alianza Atlántica, las relaciones estrechas con Estados Unidos y la integración en Europa. La dificultad de la estrategia que sustituía la sumisión a los aliados por la resistencia residía en que era poco probable que Moscú permaneciera pasivo en el intervalo y, sin duda, intentaría anticiparse a ese resultado mediante presiones diplomáticas e incluso militares, como ocurrió en las varias crisis de Berlín. Las controversias resultantes debilitaron poco a poco la posición de Adenauer en su país.

Cuando el satélite soviético de Alemania Oriental se declaró soberano en octubre de 1949, Adenauer respondió con la llamada doctrina Brentano (denominada así por su ministro de Exteriores entre 1955 y 1961), según la cual la República Federal suspendería relaciones diplomáticas con cualquier país que reconociera a la RDA. Pero con el tiempo, y ante las presiones dentro de Alemania para que se establecieran contactos al menos con Europa del Este y Alemania Oriental, esta política resultó cada vez más difícil de mantener.

Sacudido por las derrotas electorales, e influido por las maniobras de Jruschov, el SPD empezó a cambiar de rumbo y movilizó apoyos al enfatizar su postura en favor de las negociaciones con Europa del Este, y sobre todo con Alemania Oriental. Herbert Wehner, su líder más contundente (aunque inelegible para el cargo principal debido a su detención e internamiento en Suecia durante la guerra por ser un agente soviético), dirigió un proceso interno que culminó en 1959, cuando el partido aceptó la pertenencia de Alemania a la OTAN. A medida que el SPD se presentaba cada vez más como un instrumento para la unificación, recuperó su política del principio de la posguerra, la de buscar una mayor flexibilidad

en las negociaciones con los países del Este y la Unión Soviética, aunque ahora dentro del marco de la OTAN: la llamada *Ostpolitik*.[81]

Adenauer y la CDU argumentaron que el avance hacia una posible unificación se vería socavado si el estatus de Berlín, la capital histórica de Alemania, se convertía en objeto de una negociación en la que los comunistas tenían todos los activos geográficos y militares. La afirmación del objetivo final, pensaba Adenauer, podía, paradójicamente, hacer que la partición provisional resultara soportable, a diferencia de los primeros días de la República Federal, cuando Adenauer se esforzaba por dejar de lado la cuestión.

Los debates entre la CDU y el SPD empezaron a coincidir con las divisiones dentro de la CDU por la sucesión de Adenauer. La suma de su edad —tenía ochenta y seis años en 1962— y las disputas con Estados Unidos sobre la estrategia soviética fue debilitando su posición interna. La negativa de Adenauer a oponerse al veto de De Gaulle que impidió la adhesión de Reino Unido a la CEE[82] fue criticada por una importante minoría de la CDU. Cuando, en las elecciones de 1961, la CDU perdió la mayoría en el Bundestag, fue necesario formar un Gobierno de coalición. El Partido Democrático Libre —una formación moderadamente conservadora y partidaria del libre comercio, y el único socio de coalición disponible— aceptó, con la condición de que Adenauer dejara el cargo antes de que finalizara el mandato de la coalición en 1965.

En el otoño de 1962, el problema de la jubilación de Adenauer llegó a un punto crítico. El ministro de Defensa, Franz Josef Strauss, acusó a la revista *Der Spiegel* de atentar contra la seguridad nacional al publicar documentos filtrados del Gobierno en los que se afirmaba que estaba estudiando la idea de conseguir armas nucleares tácticas para la defensa de la RFA.[83] En respuesta, Strauss acusó a *Der Spiegel* de sedición y

recomendó a la policía de Hamburgo que hiciera una redada en la redacción de la revista. Además, el periodista responsable del artículo fue detenido en España, donde estaba de vacaciones.

El 19 de noviembre, los cinco ministros liberales del gabinete dimitieron en protesta, y más adelante Strauss también se vio obligado a dimitir. Adenauer había estado al tanto del plan de Strauss —distraído por la crisis de los misiles en Cuba, según él — y, aunque superó la primera oleada de dimisiones, estaba claro que ahora le quedaba poco tiempo.

Mientras se disponía a dejar el cargo, lo que más preocupaba a Adenauer era asegurar para el futuro sus logros en política exterior. Uno de los pilares de esta había sido la contención del poder soviético, una estrategia que habían apoyado todos los presidentes estadounidenses desde Truman. Basada en la convicción de que la ideología y la asertividad estratégica soviéticas podían vencerse mediante la creación de posiciones de fuerza aliada, sobre todo en Europa central, el concepto resultó ser clarividente. Pero la contención tenía una limitación; no incluía ninguna prescripción para transmitir la fuerza occidental al adversario, ni una diplomacia para aplicarla, a menos que hubiera un ataque directo u otras presiones. En consecuencia, en la política interna del país, la fortaleza y la resistencia de Adenauer tuvieron que ceder terreno a la *Ostpolitik*.

El otro pilar principal era la convicción de Adenauer de que el futuro de Alemania y de una Europa unida dependía de la fe moral y el compromiso con los principios democráticos. Lo explicó en un discurso de 1956 sobre el futuro de Europa:

> «Las grandes ideas surgen del corazón», dice una famosa expresión. Y también nosotros, para que se materialice, debemos dejar que la gran idea de una Europa unida surja de nuestros corazones. No como si la unidad de Europa fuera una cuestión de emociones, de

> sentimientos, sino en el sentido de que un corazón firme, dedicado a una importante tarea, puede darnos la fuerza necesaria para llevar a cabo lo que nuestra razón ha reconocido como correcto y para hacer frente a todas las dificultades. Si encontramos esta fuerza, entonces haremos justicia a todas las necesidades que he mencionado. Entonces completaremos el gran proyecto de unificación que cada una de nuestras naciones necesita, que Europa necesita y que el mundo entero necesita.[84]

Durante el tiempo que estuvo en el cargo, Adenauer logró sus objetivos de implantar la democracia en Alemania y configurar una estructura europea en la que Alemania pudiera desempeñar un papel importante. Gracias a la combinación de la estrategia de Adenauer y las tácticas de Kennedy, el fin último —la unificación alemana— se logró cuando el Imperio soviético se derrumbó, más de dos décadas después de que ambos hubieran abandonado el escenario.

Conversaciones finales

Adenauer dimitió como canciller en abril de 1963, tras catorce años de servicio.

Como observó Dean Acheson en una ocasión, muchos líderes, tras dejar el cargo, actúan como si lo que se hubiera acabado fuera una gran historia de amor. Les resulta difícil alejarse de los asuntos que han ocupado sus días; las reflexiones sobre formas de actuación alternativas llenan muchas de sus horas y conversaciones.

En el caso de Adenauer fue diferente, y así lo pensé durante mi última visita, el 24 de enero de 1967, tres meses antes de su fallecimiento. La edad no le había debilitado. Le preocupaban sobre todo las tendencias a largo plazo de Alemania, más que las cuestiones actuales. Planteó un tema siempre presente en su

pensamiento, pero que hasta entonces se me había ocultado: la evolución de lo que los alemanes pensaban de sí mismos. Los alemanes eran un pueblo en conflicto y profundamente afligido, decía Adenauer, no solo debido a su pasado nazi, sino también, en un sentido más profundo, a la ausencia de un sentido de la proporción o de la continuidad histórica. La evolución de la historia plantearía a los alemanes acontecimientos inesperados ante los que podrían reaccionar de forma imprevista. Mantener la estabilidad interna de Alemania podía convertirse en un problema perpetuo.

A mi pregunta sobre si la gran coalición entre los dos principales partidos —la CDU y el SPD— formada recientemente había superado la inherente ausencia de un consenso nacional, Adenauer respondió que ambos partidos eran muy débiles. Se preguntó en voz alta: «¿Sigue habiendo líderes capaces de llevar a cabo una auténtica política a largo plazo? ¿Sigue siendo posible hoy un verdadero liderazgo?». El SPD, dijo, solo tenía un líder fuerte, Herbert Wehner, que no podía ser elegido canciller por su pasado comunista. Además, este partido estaba dividido entre los estrategas políticos de su derecha y un ala de izquierdas pacifista. Con el tiempo, esto podría hacer que por motivos nacionalistas el partido se inclinara hacia los comunistas de Alemania del Este (el SED), el satélite soviético de Alemania del Este o incluso la Unión Soviética.

En cuanto a la CDU, el partido de Adenauer, su debilidad residía en su oportunismo. El entonces canciller Kurt Georg Kiesinger, que en 1966 había sustituido al sucesor inmediato de Adenauer, Ludwig Erhard, era un orador hábil, pero más guapo que sólido, y estaba muy preocupado por las apariencias. Aun así, era mejor que Erhard, quien según Adenauer era demasiado «estúpido» para el cargo de canciller, a pesar de su increíble habilidad económica durante la posguerra. Cuando le

interrumpí para decirle que «demasiado apolítico» podría ser un adjetivo más apropiado, Adenauer respondió: «Para un líder político, el adjetivo "apolítico" es la definición de estupidez».

Adenauer era tajante sobre el papel de Estados Unidos en la guerra de Vietnam. No entendía por qué Estados Unidos se había alejado tanto del ámbito de sus principales intereses y por qué ahora le resultaba tan difícil salir de allí. En respuesta a mi comentario de que lo que nos preocupaba al defender a nuestros socios en Asia era proteger nuestra credibilidad como aliados en el teatro principal, dijo que quería pensar sobre este aspecto: «¿Podría volver mañana para que le transmita mi reacción?».

Al día siguiente, nos sentó de manera que estuviéramos cara a cara y me dijo con solemnidad: «*Schau mir in die Augen* [Míreme a los ojos]». Y luego, volviendo a mis comentarios del día anterior, dijo:

> ¿Cree que todavía pienso que nos protegerán incondicionalmente? [...] Sus actuaciones de los últimos años aquí dejan claro que, para su país, la distensión con la Unión Soviética también será una de las principales prioridades en situaciones de crisis. No creo que ningún presidente americano se arriesgue a una guerra nuclear en nombre de Berlín en ninguna circunstancia. Pero la alianza sigue siendo importante. Lo que nos protege es que los dirigentes soviéticos tampoco pueden estar seguros de este elemento de duda.

Así, con un incisivo resumen, Adenauer había vuelto al tema de nuestra primera conversación, diez años antes: la ambigüedad inherente de una amenaza nuclear. Pero también estaba articulando otro principio clave al que había llegado durante sus años de servicio: la importancia decisiva de la Alianza Atlántica.

Lo que había empezado como una petición de seguridad durante una crisis se había convertido en una percepción

estratégica a largo plazo. En las últimas palabras que me dirigió, Adenauer reiteró su compromiso con la colaboración atlántica, aunque al mismo tiempo expresó sus reservas sobre la complejidad de su implementación. Tras aceptar la estrategia que contuvo a la Unión Soviética durante casi medio siglo, se dio cuenta de que la propia ambigüedad creaba la disuasión necesaria para que los aliados de Estados Unidos pudieran evolucionar dentro de una estructura política europea y en asociación con Estados Unidos.

La tradición de Adenauer

Un gran liderazgo consiste en algo más que suscitar una exultación transitoria; requiere tener la capacidad de inspirar y mantener una visión en el tiempo. Los sucesores de Adenauer comprobaron que los principios de su visión formativa eran esenciales para el futuro de Alemania. Le pasó incluso a Willy Brandt, que en 1969 se convirtió en el primer canciller del SPD de la República Federal.

Brandt había vivido en el exilio los años de Hitler, primero en Noruega y luego en Suecia, que era neutral. Como alcalde de Berlín Oeste durante las crisis de Berlín de 1958-1962, había demostrado un fuerte liderazgo y una capacidad retórica que fortaleció a su pueblo y le ayudó a mantener la moral.

Una vez en el cargo de canciller, la forma de gobernar de Brandt fue distinta del tradicionalismo de Adenauer. Lo más relevante fue que promovió la *Ostpolitik*, que implicaba abrirse al mundo comunista al tiempo que mantenía las relaciones de Alemania con sus aliados. Al principio, tanto al presidente Richard Nixon como a mí, en calidad de su asesor de seguridad nacional, nos preocupó la posible evolución de la *Ostpolitik* hacia un nuevo tipo de nacionalismo alemán disfrazado de

neutralismo con el que la República Federal podía tratar de maniobrar entre el Este y el Oeste.

Aunque una parte de la política exterior de Brandt se distanció de la de Adenauer, el canciller estaba lo bastante comprometido con la Alianza Atlántica como para consultar con Washington cualquier negociación con Moscú. En su primera semana en el cargo, Brandt envió a Washington a Egon Bahr, amigo suyo y asesor de política exterior. Para nuestra sorpresa, Bahr confirmó el compromiso de la República Federal con la OTAN y con la continuación de los esfuerzos de la era Adenauer para unificar Europa. El nuevo canciller, nos dijo Bahr, coordinaría la *Ostpolitik* con sus aliados, en especial con la Casa Blanca. En respuesta, Nixon olvidó nuestras premoniciones y actuó de acuerdo con las garantías de Bahr mediante un proceso de consulta que se organizaba a través de mi oficina.

Brandt cumplió la palabra de Bahr. Desarrolló una política imaginativa respecto a Europa del Este, en concreto con Polonia, abrió negociaciones con la Unión Soviética sobre su relación general y también sobre el mantenimiento del acceso a Berlín. Estas negociaciones finalizaron en 1972 y nosotros las facilitamos mediante la política de vínculos.[85] Junto con los aliados occidentales, Brandt llegó a un acuerdo sobre el acceso a Berlín, que se mantuvo sin problemas hasta la unificación.

Al mismo tiempo que prolongaba el compromiso de Adenauer de consultar dentro de la OTAN, Brandt desarrolló la *Ostpolitik* con los pueblos vecinos del este. Viajó a Varsovia en 1970 y visitó el monumento que conmemora el levantamiento del gueto de Varsovia en 1943, cuando los judíos polacos se opusieron al intento nazi de deportarlos a los campos de exterminio y fueron brutalmente reprimidos. Brandt hizo penitencia ante el monumento, colocando una corona de flores y poniéndose de rodillas.

Este gesto silencioso, que resultó moralmente crucial para la reconciliación de la Alemania de posguerra con el mundo, hablaba por sí mismo. Brandt, sin duda, consideraba que la relación de la RFA con Polonia tenía un gran valor estratégico, pero también dijo de ella que tenía un «significado moral e histórico» trascendental. Era la continuación del compromiso de Adenauer con el arrepentimiento y la dignidad; de hecho, con la dignidad a través del arrepentimiento.[86]

Cualquier otra ambición que pudieran haber contemplado los defensores de la *Ostpolitik* se vio interrumpida por la dimisión de Brandt en 1974. Su sucesor fue Helmut Schmidt (1974-1982), cuya condición de socialista se debía principalmente al hecho de haber nacido en la ciudad-Estado de Hamburgo, donde los socialdemócratas eran el partido gobernante y él sería senador de la ciudad en la década de 1960. Durante sus años de formación, el joven Schmidt experimentó más caos que estabilidad. Había sido oficial de artillería antiaérea de la Luftwaffe en el frente oriental en 1941,[87] pero durante el periodo nazi era demasiado joven para ser activo en política.

Schmidt centró la política exterior alemana básicamente en los principios de Adenauer. Al igual que su gran predecesor, estaba convencido de que la moral desempeñaba un papel crucial. «La política sin conciencia tiende a la criminalidad», dijo en una ocasión, y añadió: «En mi opinión, la política es una acción pragmática en aras de unos fines morales».[88] En 1977, Schmidt me contó que, unas semanas antes, un comando alemán había realizado un atrevido asalto para rescatar a unos rehenes alemanes que habían sido secuestrados por terroristas en Mogadiscio, Somalia, lo que le había angustiado durante horas, antes de que llegara la noticia del éxito del asalto. Si le afectaba tanto la supervivencia de ochenta y seis rehenes y sus rescatadores, reflexionó, ¿cómo iba a ser capaz de aplicar la

estrategia de armas nucleares de la OTAN?

Y, sin embargo, cuando a principios de la década de 1980 llegó el momento de decidir sobre el despliegue de misiles estadounidenses de medio alcance en Alemania, Schmidt cumplió con lo que consideraba su deber, ante la oposición de la mayoría de su propio partido; es probable que este valiente acto fuera la causa de que perdiera el cargo.

Schmidt también fomentó un segundo aspecto de la política de Adenauer: la unificación de Europa. Al igual que Adenauer, dio especial prioridad a Francia. Junto con su homólogo francés, el presidente Valéry Giscard d'Estaing, renovó la cooperación entre Adenauer y De Gaulle, reforzada una vez más por la amistad personal. Ambos impulsaron la Conferencia de Seguridad Europea de 1975, que aceleró el proceso de deslegitimación de la dominación soviética en Europa del Este. Con el firme apoyo del presidente Gerald Ford, abogaron por la celebración de reuniones entre los jefes de Gobierno democráticos —entonces el G5, ahora el G7— para transmitir un enfoque común del orden mundial.[89]

La visión que había tenido Adenauer de una Alemania unificada dentro de una Europa unificadora se cumplió durante la cancillería del sucesor de Schmidt, Helmut Kohl, cuando el dominio soviético en Europa del Este se derrumbó, fruto del agotamiento y las contradicciones internas. Kohl, un reflexivo estudioso de la historia alemana que hablaba en el dialecto de su Renania natal, era menos intelectual que Schmidt y menos filosófico que Adenauer. Gobernó gracias a su dominio de las actitudes de su pueblo. Al igual que Adenauer, estaba decidido a evitar que Alemania volviera a vacilar ante las diversas tentaciones que planteaban su situación geográfica central y la complejidad de su historia. Kohl soportó manifestaciones masivas, a una escala nunca vista en Alemania, contra el despliegue de misiles estadounidenses de medio alcance en

Europa para contrarrestar un despliegue soviético comparable. Su fortaleza se vio recompensada por una negociación entre Estados Unidos y la Unión Soviética que, en 1988, desembocó en el tratado sobre Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio (INF, por sus siglas en inglés) para su control, que exigía la retirada mutua de esta clase de armas nucleares por ambas partes; el primer y único acuerdo hasta la fecha destinado a eliminar una categoría de armas nucleares.

La desintegración del régimen comunista de Alemania del Este comenzó cuando su población empezó a huir, cada vez en mayor número, a los países vecinos. En agosto de 1989, el equilibrio político cambió irreversiblemente después de que a nueve mil alemanes del Este que habían huido a Hungría se les permitiera abandonar ese país en dirección a Alemania Occidental. En octubre, miles de alemanes del Este se refugiaron en la embajada de Alemania Occidental en Praga. La desintegración final del Gobierno satélite de Alemania Oriental se confirmó cuando este se vio obligado a permitir que los refugiados subieran a trenes que, con la ayuda de funcionarios de la República Federal, atravesaron el territorio de Alemania Oriental antes de llegar al refugio de Alemania Occidental.[90]

La caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989 convirtió una vez más la reunificación alemana en una cuestión interna urgente. Figuras importantes de Alemania Occidental, incluido su presidente, el distinguido Richard von Weizsäcker, sostuvieron que Occidente debía sentirse satisfecho —al menos inicialmente— con la implantación de elecciones democráticas en la antigua zona de ocupación soviética. Kohl no pensaba lo mismo. Siguiendo la tradición de Adenauer, sostuvo que, si seguían existiendo dos Estados alemanes separados, incluso si ambos eran democráticos, nunca se unificarían sin antes desarrollar la legitimidad de su existencia por separado, lo que en efecto daría lugar a una serie de crisis crecientes.

Kohl resolvió el problema con un acto de liderazgo decisivo y valiente. Cuando el régimen de Alemania Oriental anunció la celebración de elecciones libres, Kohl se comportó como si la RDA ya no existiera y, simplemente, programó actos de campaña en Alemania Oriental de la misma manera que si las elecciones fueran en Alemania Occidental. El 3 de octubre de 1990, su homólogo de la CDU en Alemania Oriental logró una victoria electoral abrumadora, lo que abrió el camino a la unificación formal de Alemania, y a la permanencia de Alemania en la OTAN.

Kohl todavía debía convencer a Francia y Reino Unido, que, después de dos guerras mundiales, tenían reservas comprensibles. La primera ministra británica, Margaret Thatcher, era especialmente reacia.[91] El proceso no se completó hasta que, en mayo de 1990, los soviéticos aceptaron retirar sus tropas de Alemania Oriental[92] y que la Alemania unida pudiera permanecer en la OTAN. En este resultado influyeron las dificultades internas de la Unión Soviética. Pero no se habría producido sin las políticas que habían seguido los sucesores de Adenauer y los aliados en pos de su visión, descrita por él mismo, tras la rendición incondicional, como una forma de dar a su pueblo y a su dividido país el coraje para empezar de nuevo.

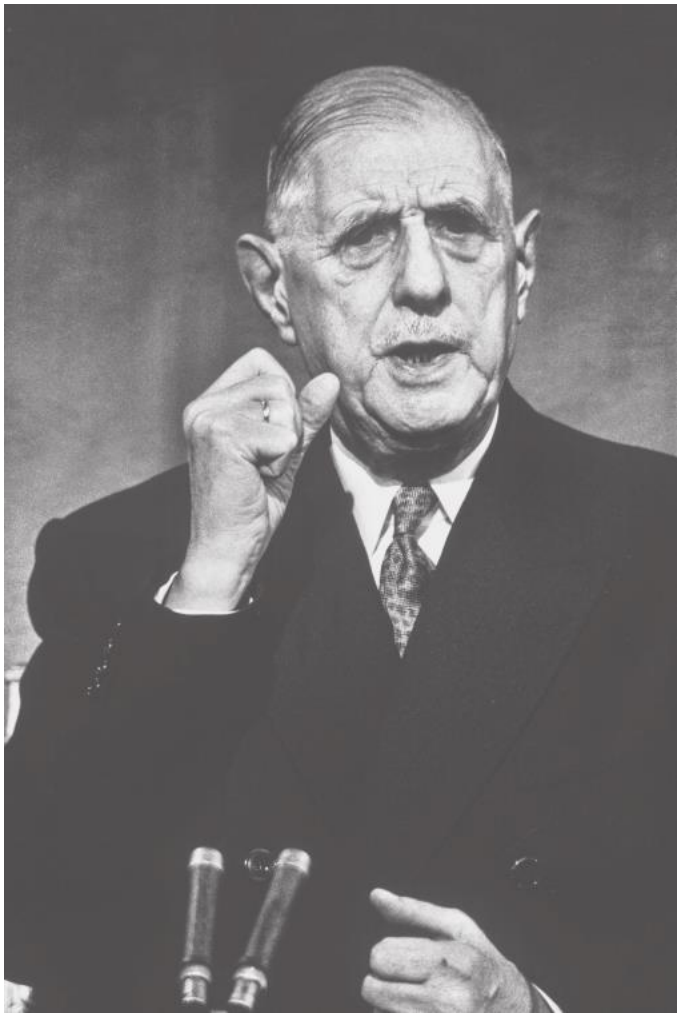
Una consecuencia imprevista de la caída del Muro de Berlín fue que, en diciembre de 1989, una desconocida investigadora en física de la Universidad Humboldt, en Alemania Oriental, hija de un pastor que nunca se había dedicado a la política, decidió unirse a un nuevo partido de Alemania Oriental llamado Despertar Democrático. Angela Merkel tenía entonces treinta y cinco años y ninguna experiencia política, pero sí un fuerte espíritu moral. A finales de 1990, su partido se fusionó con la CDU. En noviembre de 2005, fue elegida canciller de Alemania. Permaneció dieciséis años en el cargo, en los cuales

mantuvo la estabilidad de su país durante las múltiples crisis que este atravesó; consiguió sus propósitos en un mundo de alta tecnología, se perfiló como uno de los principales líderes del orden internacional posterior a la Guerra Fría y cumplió el sueño de Adenauer sobre el futuro papel de su país. Se retiró en diciembre de 2021 y fue la única canciller de la RFA que no dejó el cargo en medio de una crisis política.

En 2017, en el 50.º aniversario de la muerte de Adenauer, Angela Merkel rindió homenaje a su histórica contribución:

> Hoy rendimos homenaje a un gran hombre de Estado que, con previsión y habilidad, dio a nuestro país perspectiva y estabilidad tras el fracaso de la República de Weimar y los horrores del nacionalsocialismo. Nos inclinamos ante Konrad Adenauer con gran gratitud. También consideramos su mérito una responsabilidad a la hora de asumir nuestra tarea en un mundo confuso y difícil. A la vista de lo que consiguieron Konrad Adenauer y sus contemporáneos, deberíamos tener el valor de continuar esta labor.[93]

Por su parte, Konrad Adenauer no le dedicó demasiado tiempo al juicio de la posteridad. Cuando le preguntaron cómo le gustaría ser recordado, respondió simplemente: «Ha cumplido con su deber».[94]



2

Charles de Gaulle

La estrategia de la voluntad

Encuentros cercanos

En el mes posterior a su toma de posesión como presidente, el 20 de enero de 1969, Richard Nixon emprendió lo que fue descrito como una visita de trabajo a las capitales de Europa para subrayar la importancia que concedía a las relaciones atlánticas. Nixon fue recibido con cordialidad en Bruselas, Londres y Bonn por sus homólogos europeos, con los que ya se había reunido previamente y que estaban impacientes por confirmar el papel de liderazgo de Estados Unidos en las relaciones atlánticas.

En París, el ambiente fue algo diferente. Media docena de años antes, poco después de que Nixon perdiera las elecciones a gobernador de California, en noviembre de 1962, Charles de Gaulle le había recibido para comer en la residencia presidencial, el palacio del Elíseo. Los elogios del presidente francés a la agudeza que había demostrado Nixon en cuestiones de política exterior cuando era vicepresidente de Dwight Eisenhower (1953-1961) significaron mucho para el estadounidense, que entonces se encontraba en el punto más bajo de su carrera política. Ahora, De Gaulle recibía personalmente a Nixon y a su séquito en el aeropuerto, haciendo que el acontecimiento tuviera rango de visita de

Estado.

Fue entonces cuando conocí a De Gaulle. Él aprovechó la ocasión para hacer un discurso de bienvenida a Nixon, conciso pero afectuoso, en el que resaltó la identidad histórica y la singularidad de Francia:

> Durante doscientos años, en los que han pasado tantas cosas, nada ha podido debilitar el sentimiento de amistad que nuestro país tiene por el suyo. En otro orden, usted ha venido a vernos para que podamos precisarle nuestros pensamiento e intenciones por lo que respecta a los asuntos mundiales y para que usted pueda aclarar sus propias ideas e iniciativas. ¿Cómo no conceder el mayor de los intereses y la mayor importancia a estos intercambios?[1]

La bienvenida se centró por completo en el interés nacional francés y en la estima personal que De Gaulle sentía por Nixon. Evitó mencionar la OTAN, el Mercado Común y el multilateralismo europeo, que habían sido el discurso habitual de los demás líderes en las capitales europeas.

A continuación se celebró una recepción en el Elíseo. En el transcurso de esta, un ayudante de De Gaulle me apartó de la multitud y me llevó ante la presencia de la austera figura que dominaba la reunión. De Gaulle no irradiaba cordialidad y no dio ninguna señal de haber mantenido un contacto previo[2] ni me dio la bienvenida. Las primeras palabras que me dirigió fueron un desafío: «¿Por qué no se van ustedes de Vietnam?»; una pregunta extraña, teniendo en cuenta que su decisión de abandonar Argelia, apenas siete años antes, había estado precedida por casi tres años de esfuerzos militares intensificados. Cuando respondí: «Porque una retirada repentina dañaría la credibilidad internacional de Estados Unidos», me contestó con un cortante: «Por ejemplo, ¿dónde?» («*Par exemple, où?*»). No me fue mejor con la siguiente respuesta: «Por ejemplo, en Oriente Próximo». Esto pareció

llevar a De Gaulle a un momento de reflexión, que interrumpió así: «Qué extraño. Hasta este momento, pensaba que eran sus enemigos [es decir, los soviéticos] los que tenían el problema de credibilidad en Oriente Próximo».

Al día siguiente, De Gaulle organizó una importante reunión con Nixon en el Gran Trianón, el elegante *château* situado en los terrenos del palacio de Versalles que hizo construir Luis XIV. Cuando la conversación pasó a centrarse en Europa, De Gaulle aprovechó la ocasión para desarrollar su declaración de bienvenida durante unos treinta y cinco minutos, con una exposición de extraordinaria pasión, elegancia y elocuencia. Históricamente, dijo, Europa había sido el escenario de diversas nacionalidades y convicciones. No existía nada parecido a una Europa política. Cada parte del continente había creado su propia identidad, experimentado su propio sufrimiento, desarrollado su propia autoridad y misión. Los países de Europa se estaban recuperando de la Segunda Guerra Mundial y trataban de defenderse sobre la base de una estrategia que definiera su carácter. La situación posterior a la guerra había generado necesidades y peligros que requerían una estrecha cooperación entre los Estados de Europa, y entre Europa y Estados Unidos. Francia estaba preparada para cooperar en las tareas comunes y demostraría ser un aliado leal. Sin embargo, no renunciaría a su capacidad de defensa ni cedería la decisión de su futuro a las instituciones multilaterales.

Estos eran los principios con los que De Gaulle había rebatido las políticas atlánticas de los dos presidentes estadounidenses anteriores, Lyndon B. Johnson y John F. Kennedy. Nixon, que admiraba a De Gaulle y no estaba dispuesto a meterse en semejante debate en los primeros días de su presidencia, me invitó a opinar como profesor de Historia.

Algo aturdido por la inesperada petición, dije: «Ha sido una

presentación profunda y conmovedora. Pero ¿cómo se propone el presidente De Gaulle evitar que Alemania domine la Europa que ha descrito?». Se quedó un momento en silencio y luego respondió: «*Par la guerre*» («Mediante la guerra»).

Poco después, durante la comida, tuvo lugar otra conversación sustancial. Demostrando que estaba informado de mi trabajo académico, De Gaulle me preguntó sobre el arte de gobernar en la segunda mitad del siglo XIX: ¿qué figura me había impresionado más? Cuando mencioné al canciller alemán Otto von Bismarck (1871-1890), me preguntó qué cualidades de Bismarck admiraba más. «Su moderación, que por desgracia le falló en el acuerdo tras la guerra franco-prusiana de 1871», dije. De Gaulle terminó la conversación evocando las consecuencias de ese acuerdo: «Fue mejor así, porque nos dio la oportunidad de reconquistar Alsacia».

Solo seis años antes, De Gaulle había firmado un tratado de amistad con el canciller alemán Konrad Adenauer, con quien su relación personal era más cordial que con cualquier otro líder mundial. Pero, para De Gaulle, la amistad no eliminaba las lecciones de la historia ni las exigencias de la estrategia. También es muy posible que sus comentarios combativos estuvieran pensados para ver cómo reaccionaba su interlocutor.

Dos meses después de la reunión con Nixon, De Gaulle dimitió. No se vio obligado a hacerlo por presiones nacionales o internacionales. Eligió ese momento para su salida definitiva porque era el idóneo para una transición histórica.

¿Quién era, pues, esta figura imponente, tan elocuente en sus reflexiones sobre el orden mundial, con tanta confianza en sí misma que podía invocar despreocupadamente la guerra con Alemania entre canapés, tan segura de su legado que podía dimitir cuando juzgaba que el momento era el apropiado? De Gaulle sabía muy bien que había mantenido su legendaria estatura porque se había cubierto de misterio. ¿Quién era el

coloso que se escondía tras el velo?

El comienzo del viaje

El 21 de marzo de 1940, ante la derrota sufrida por las fuerzas francesas que intentaban repeler el ataque alemán a Noruega, Paul Reynaud fue nombrado para sustituir a Édouard Daladier como primer ministro francés. Cinco años antes, Reynaud se había interesado por las opiniones del entonces teniente coronel Charles de Gaulle, que se convertiría en su asesor.

A mediados de mayo de 1940, este soldado profesional de cuarenta y nueve años, aún poco conocido, sería ascendido de coronel a general de brigada en funciones, en reconocimiento a su extraordinario mando de un regimiento blindado en la lucha por hacer retroceder la invasión alemana en Bélgica. Dos semanas después, Reynaud, que era al mismo tiempo ministro de Defensa, eligió a De Gaulle como su subsecretario de Defensa.

De Gaulle estableció su oficina en el Ministerio de Defensa el 5 de junio, el mismo día en que los ataques aéreos de la Luftwaffe llegaron a las afueras de París. En una semana, el Gobierno francés se retiraría de la capital. El 17 de junio, el recién nombrado subsecretario, al enterarse de la dimisión de Reynaud y del plan para buscar un armisticio con Adolf Hitler, voló repentinamente desde Burdeos a Londres. El avión de De Gaulle pasó por encima de los puertos de Rochefort y La Rochelle, donde los alemanes habían incendiado muchos barcos, así como de la aldea bretona de Paimpont, donde su madre, Jeanne, agonizaba. Al marcharse, ordenó que se entregaran enseguida pasaportes a su mujer y sus tres hijos para que pudieran seguirle a Londres.[3] Al día siguiente, pronunció un discurso en la BBC anunciando la formación de

un movimiento de resistencia que se oponía a las políticas del Gobierno francés:

> El destino del mundo está en juego. Yo, el general De Gaulle, ahora en Londres, hago un llamamiento a todos los oficiales y hombres franceses que se encuentren actualmente en suelo británico, o que puedan encontrarse en el futuro, con o sin sus armas, e invito a todos los ingenieros y obreros especializados de las fábricas de armamento que se encuentren actualmente en suelo británico, o que puedan encontrarse en el futuro, a que se pongan en contacto conmigo. Pase lo que pase, la llama de la resistencia francesa no debe apagarse ni se apagará.[4]

Se trataba, cuanto menos, de una declaración extraordinaria para alguien que aún era un completo desconocido para la inmensa mayoría del pueblo francés. Un cargo ministerial de categoría inferior, el general de menor rango de Francia, pedía con absoluto descaro la oposición al Gobierno de Francia al que él mismo se había unido hacía menos de dos semanas y del que nominalmente seguía siendo miembro. Las frases breves de la emisión, a diferencia de la elevada retórica habitual en otras declaraciones históricas como la Declaración de Independencia de Estados Unidos (1776), eran exactamente lo que parecían: una invitación a los franceses en suelo británico a que se rebelaran contra su Gobierno, realizada en nombre de una empresa indefinida.

Unos días antes, el Gobierno británico había intentado disuadir a los dirigentes franceses de que firmaran una paz con Hitler por separado. Para impedirlo, el primer ministro Winston Churchill había llegado a proponer la fusión de las soberanías francesa y británica para prevenir el resultado más temido: un colapso total, seguido de la absorción de Francia en la esfera alemana.[5] De Gaulle estaba a favor del gesto —aunque desconfiaba de algunos detalles— porque pensaba que

animaría al Gobierno a aguantar más tiempo sin capitular.

Charles Corbin y Jean Monnet, que más tarde desempeñaría un papel importante en el concepto de unión europea, concibieron la iniciativa.[6] El 16 de junio, el plan para la unión *de facto* avanzaba con rapidez. De Gaulle, que entonces estaba en Inglaterra para negociar con los británicos, se lo leyó por teléfono a Reynaud, que le preguntó si Churchill lo había aprobado formalmente. De Gaulle puso al teléfono a Churchill, que repitió la oferta. Reynaud respondió que se la presentaría a su gabinete en una hora. Como escribe un historiador:

> Churchill, Attlee, Sinclair y los jefes de Estado Mayor estaban preparados para ir esa noche en el crucero Galatea hasta Concarneau, frente a la costa de Bretaña, para discutir con Reynaud y sus colegas la continuación de la batalla y el futuro de esta nueva nación. Llegaron hasta [la estación de] Waterloo, donde tomaron asiento en un tren especial listo para salir a las nueve y media de la noche hacia Southampton.
>
> Pero [...] el tren nunca salió de la estación. Un funcionario le entregó en mano a Churchill una nota en la que se le informaba de que el viaje se había cancelado debido a una «crisis ministerial» en Burdeos [ciudad a la que había huido el Gobierno francés].[7]

Reynaud había sido destituido. El mariscal Philippe Pétain, de ochenta y siete años, había sido nombrado primer ministro.

Mientras no estuvo claro el resultado final de las negociaciones del armisticio, los británicos mantuvieron oficialmente a De Gaulle al margen. No se le otorgó ningún reconocimiento oficial a su llamamiento público a los que pronto se conocería como los oficiales y hombres de la «Francia Libre», y se canceló otra propuesta de retransmisión en la BBC.[8] Pero la suerte no tardaría en estar echada: Francia firmó un alto el fuego con Alemania el 22 de junio, que puso toda su costa atlántica y la mitad del país bajo la ocupación alemana.

Esto era precisamente lo que De Gaulle estaba decidido a evitar. A partir de entonces, su objetivo principal fue restablecer la soberanía francesa mediante una liberación en la que los franceses libres desempeñarían un papel importante, y luego convertir el proceso de liberación en el renacimiento de la sociedad francesa, algo necesario tras el colapso moral y militar de 1940.

El 23 de junio, ahora con permiso del gabinete británico, De Gaulle habló de nuevo en la BBC. Desafiante, se dirigió al mariscal Pétain, de la Francia de Vichy, llamada así por la ciudad balneario del centro de Francia en la que se establecería el Gobierno en retirada, que durante los dos años siguientes fue la autoridad imperante, junto con Alemania, en la parte de Francia no ocupada.

Pétain, que a principios de la década de 1920 había sido el mentor de De Gaulle, era venerado por haber repelido, durante la Primera Guerra Mundial, el ataque alemán en Verdún. Ahora, ignorando la diferencia de sus rangos militares, el general francés más joven se dirigió al más veterano (y hasta ahora el más apreciado) con una condescendencia fulminante. De Gaulle afirmó que el alto el fuego había reducido a Francia a la servidumbre y lanzó un reproche hiriente: «Para aceptar semejante acto de degradación no le necesitábamos a usted, *M. le Maréchal*. No necesitábamos al vencedor de Verdún. Cualquiera lo habría hecho».[9]

Ese insulto acabó de consumar la ruptura de De Gaulle con la Francia oficial y aceleró sus esfuerzos por establecerse como cabeza del emergente movimiento de la Francia Libre. Para entonces, varios refugiados franceses notables, sobre todo del mundo académico, ya vivían en Londres como exiliados, pero no contaban con la estatura o la convicción necesaria para reclamar el liderazgo de un movimiento de guerra. Por su parte, la inteligencia británica había barajado la idea de

convencer a dos eminentes figuras políticas francesas de la Tercera República, que se encontraban en la Francia que aún no estaba ocupada —Édouard Daladier, antiguo primer ministro, y Georges Mandel, el último ministro del Interior—, para que formaran un Gobierno disidente en el exilio. Pero ese plan se abandonó cuando, después de que los dos hombres escaparan a Argelia, los funcionarios coloniales franceses leales al régimen de Vichy les impidieron continuar en contacto con los británicos y luego los expulsaron a la Francia metropolitana.

Fue la convicción de Churchill de que era necesaria una expresión simbólica de la resistencia francesa la que resolvió cualquier incertidumbre. «Está usted solo», le dijo a De Gaulle. «Bueno, pues le reconoceré a usted solo». El 28 de junio, apenas once días después de su llegada, el Gobierno de Reino Unido reconoció a Charles de Gaulle «como líder de los franceses libres dondequiera que se encuentren».[10] Fue una de esas decisiones de Churchill típicamente valientes, porque era imposible que conociera a fondo lo que pensaba De Gaulle y no previó las broncas que despertaría en el bando aliado.

Poco después, Reino Unido formalizó la relación con De Gaulle, aceptando la singular concepción que este tenía de la dignidad nacional francesa. El general insistió, por ejemplo, en que los recursos y fondos que Reino Unido iba a proporcionar a la Francia Libre se consideraran un préstamo a devolver, no un regalo. Además, aunque las fuerzas de la Francia Libre (que todavía no existían en un sentido formal) estarían bajo el alto mando general británico o aliado, operarían como unidades autónomas bajo los oficiales de la Francia Libre. Tal autorización representaba un logro considerable para «un brigadier sin un céntimo, exiliado en una tierra cuya lengua desconocía».[11]

Antes de 1940, De Gaulle era conocido por ser un soldado excepcional y un analista estratégico progresista, pero nada hacía pensar que un día se convertiría en un líder mítico. El 15 de agosto de 1914, fue uno de los primeros soldados franceses heridos en la Primera Guerra Mundial: recibió una bala en la rodilla durante los encarnizados combates de Dinant, una ciudad belga a orillas del Mosa. Tras una breve convalecencia, volvió al frente. En enero de 1915, se le concedió la Croix de Guerre en reconocimiento a su mando en osadas misiones de reconocimiento en las que él y sus soldados se arrastraban hasta el límite de la tierra de nadie para escuchar conversaciones en las trincheras alemanas. El 2 de marzo de 1916, después de ser herido en el muslo con una bayoneta, De Gaulle fue hecho prisionero. A pesar de intentar fugarse en cinco ocasiones, permanecería encarcelado en Alemania hasta el armisticio del 11 de noviembre de 1918.

De Gaulle había aprendido alemán en la escuela, y mientras estuvo en prisión leyó los periódicos alemanes con las ganas de un estudiante entusiasta y la curiosidad de un analista militar experto. Escribió mucho sobre el esfuerzo de guerra alemán, leyó novelas, participó en animadas discusiones sobre estrategia militar con sus compañeros de cárcel e incluso dio una serie de conferencias sobre las relaciones entre civiles y militares a lo largo de la historia de Francia. Por mucho que ansiara volver al frente, el internamiento fue su escuela de posgrado. También fue una prueba de soledad. En la libreta que llevaba en prisión, De Gaulle, con veintiséis años, escribió: «Dominarse a sí mismo debería convertirse en una especie de hábito, un reflejo moral adquirido por una constante gimnasia de la voluntad, sobre todo en las cosas más pequeñas: la ropa, la conversación, el modo de pensar».[12]

De Gaulle, que de niño había sido un lector sensible y escrito poesía, se refugió, al empezar la edad adulta, en la soledad que Pierre Corneille, dramaturgo francés del siglo XVII, sugería que era el precio de la condición de estadista: «¿A quién puedo confiar / los secretos de mi alma y las preocupaciones de mi vida?».[13] La virtud del autodominio apuntada en su diario se convertiría en un rasgo central de su carácter. A partir de entonces, el estoicismo sería su cara pública, y la ternura la reservaría principalmente para su familia, sobre todo para su esposa, Yvonne, y su hija discapacitada, Anne.

Tras regresar a las fuerzas armadas en tiempos de paz, De Gaulle se dio cuenta de que la distinción que ya no podía consumar en el campo de batalla podía lograrla gracias al trabajo intelectual. En 1924, publicó *La discorde chez l'ennemi*, un penetrante análisis sobre las causas subyacentes del colapso del esfuerzo bélico alemán en 1918. El libro, basado en su lectura de los periódicos alemanes, llamó la atención del mariscal Pétain, quien nombró a De Gaulle ayudante, una especie de asistente de investigación para un libro que estaba escribiendo —y que luego abandonó— sobre la historia del ejército francés, y demostró su respeto por las capacidades del joven al recomendarle para que diera una serie de conferencias en la Escuela Superior de Guerra francesa y al asistir personalmente a la primera.

La capacidad de mostrar gratitud no era uno de los rasgos más destacados de De Gaulle y ni el gesto de Pétain ni la diferencia de rango entre ambos le impidieron enfrentarse a su mentor por lo que consideraba un reconocimiento inadecuado por sus contribuciones literarias. Cuando su relación con Pétain se deterioró, volvió al mando y a la escritura.

En su libro más influyente, *Vers l'armée de métier*,[14] De Gaulle cuestionó la táctica defensiva de las fuerzas armadas francesas, e instó a sustituirla por una postura estratégica

basada en una guerra blindada y ofensiva. En aquella época, Francia estaba construyendo la supuestamente inexpugnable línea Maginot a lo largo de su frontera oriental con Alemania, que en 1940 se revelaría espectacularmente inútil contra una invasión blindada alemana a través de Bélgica. Sus recomendaciones, ignoradas por el ejército francés, fueron adoptadas en Alemania a mediados de la década de 1930, y pocos años después la victoria alemana sobre Francia las reivindicaría.

Desde los inicios de la guerra, De Gaulle entendió que Estados Unidos acabaría participando en ella, inclinando el equilibrio de fuerzas en contra de las potencias del Eje. Pobre del bando que pusiera a Estados Unidos en su contra. «En el mundo libre, hay enormes potencias que aún no han intervenido», proclamó De Gaulle en julio de 1940, y añadió: «Un día, estas potencias aplastarán al enemigo. Ese día, Francia debe estar del lado de la victoria. Si lo está, se convertirá en lo que era antes, una nación grande e independiente. Ese, y solo ese, es mi objetivo».[15]

Pero, en una tendencia que luego se repetiría, De Gaulle fue el único entre sus contemporáneos militares franceses que acertó con este análisis.

En circunstancias normales, con su experiencia en el campo de batalla, el ascenso a general de brigada y su brillantez intelectual, De Gaulle podría haber aspirado a un alto mando en el ejército y, después de una década más de servicio, quizá a un puesto en el gabinete francés. En cambio, que se convirtiera en el símbolo de la propia Francia era algo difícilmente concebible.

Sin embargo, los líderes que cambian la historia rara vez aparecen como el previsible final de un camino recto. Cabría

haber esperado que la entrada en escena de un general de brigada de bajo rango, que declaraba la creación de un movimiento de resistencia en medio del caos de la capitulación de Francia ante la Alemania hitleriana, hubiera acabado mereciendo, tal vez, una nota al pie que reconociera su papel como actor auxiliar en un futuro que determinarían los vencedores finales. Pero, tras llegar a Londres sin nada más que su uniforme y su voz, De Gaulle salió de la oscuridad para catapultarse hasta las filas de los estadistas mundiales. En un ensayo que escribí hace más de cincuenta años, lo describí como un ilusionista.[16] Primero como líder de la Francia Libre durante la guerra, y más tarde como fundador y presidente de la Quinta República, evocó visiones que trascendían la realidad objetiva, convenciendo a sus audiencias de que las tratara como hechos. Para De Gaulle, la política no era el arte de lo posible, sino el arte de la voluntad.

El Londres de la guerra estaba lleno de polacos, checos, daneses, neerlandeses y ciudadanos de media docena de otros países que habían huido de la ocupación. Todos se consideraban parte del esfuerzo de guerra británico. Ninguno reclamó una estrategia autónoma. Solo De Gaulle lo hizo desde el principio. Aunque aceptó la dirección británica de las operaciones militares porque sus fuerzas eran todavía demasiado reducidas para hacerlo de otra manera, su objetivo final en la guerra era diferente del de sus aliados.

Reino Unido y, después de 1941, Estados Unidos lucharon por la derrota de Alemania y Japón. De Gaulle también luchó por este objetivo, pero como un paso intermedio hacia su meta final: la renovación del alma de Francia.

De Gaulle en la historia de Francia

Es poco probable que ni siquiera Churchill, al principio de su relación, comprendiera la magnitud de la visión de De Gaulle. Según esta, durante casi dos siglos, Francia había dilapidado su *grandeur*, la cualidad mística que sumaba el éxito material a la preeminencia moral y cultural. Ahora, en el peor momento de su país, De Gaulle se presentaba como el emisario del destino, cuya tarea era recuperar la grandeza nacional de Francia. El hecho de que no hubiera tenido un presagio de esa misión, ni pudiera ofrecer alguno, no era relevante; su legitimidad derivaba de un sentido innato de la autoridad personal respaldado por una fe inquebrantable en Francia y su historia.

Según De Gaulle, Francia había ido acumulando los elementos que le daban su elevada estatura a lo largo de un largo proceso histórico que empezaba en la Europa medieval, cuando los principados feudales resolvían sus desacuerdos mediante ajustes en el equilibrio de poder. De este modo, ya en el siglo VI, durante el mandato del rey franco Clodoveo, el núcleo de Francia se desarrolló como una entidad política gobernada de forma centralizada.

A principios del siglo XVII, cuando la monarquía de los Habsburgo en Austria se expandía por Europa central y, en su extremo occidental, hasta España, Francia necesitó una mayor autoridad central y una estrategia compleja para defenderse de ese envolvimiento. La tarea recayó en Armand-Jean du Plessis, el cardenal Richelieu, que fue primer ministro de Luis XIII entre 1624 y 1642 y el principal artífice de que, más tarde, Francia se convirtiera en una potencia europea destacada durante el reinado de Luis XIV. Richelieu rechazó las estrategias imperantes basadas en la lealtad dinástica o la afiliación confesional y orientó las políticas interior y exterior de Francia de acuerdo con las «razones de Estado» (*raisons d'état*):es decir, la búsqueda flexible del interés nacional basada por completo en un análisis realista de las circunstancias.

Para De Gaulle, se trataba de la primera gran visión estratégica de los asuntos europeos desde la caída de Roma. Francia trataría entonces de explotar la existencia de multitud de Estados en Europa central, fomentando sus rivalidades y aprovechando sus divisiones de una manera que siempre garantizara que su estatus era más fuerte que cualquier posible suma de ellos. Ignorando el catolicismo de Francia y el suyo propio, Richelieu y su sucesor, Jules Mazarin, apoyaron a los Estados protestantes en la guerra de los Treinta Años, que devastó Europa central, dejando a Francia como árbitro de sus rivalidades.

Así, Francia se convirtió en el país más influyente del continente, al que solo Reino Unido hacía de contrapeso. A principios del siglo XVIII, el llamado orden europeo del *Ancien Régime* consistía en dos coaliciones que en parte se superponían, a veces estaban en guerra y a veces llegaban a acuerdos, pero nunca llevaban los conflictos al extremo de amenazar la supervivencia del sistema. Los elementos principales de este orden eran el equilibrio en Europa central, manipulado por Francia, y el equilibrio general de poder, gestionado por Reino Unido, que lanzaba su armada y sus recursos financieros contra la potencia europea más fuerte del momento, que solía ser Francia.

De Gaulle alabó la estrategia básica de Richelieu y sus sucesores en un discurso de 1939: «Francia siempre ha encontrado aliados naturales cuando ha querido. Para luchar contra Carlos V, luego contra la Casa de Austria y, finalmente, contra la pujante Prusia, Richelieu, Mazarin, Luis XIV y Luis XV se sirvieron sucesivamente de esos aliados».[17]

A principios del siglo XIX, con Napoleón, Francia no promovió sus intereses mediante alianzas y guerras restringidas, sino que,

en vez de limitarse a derrotar a sus rivales, intentó derribar el orden imperante mediante la *conquista*, al tiempo que invocaba el nuevo principio de legitimidad popular de la Revolución francesa. Pero, al final, incluso la gran fuerza de Napoleón y su «nación en armas» se vio superada por un error de cálculo fatal: invadir Rusia. De Gaulle consideraba que Napoleón había sido un genio único, pero también le culpaba de haber dilapidado el poder y el prestigio de su país: «Dejó Francia más pequeña de lo que la encontró».[18] La brillantez de Napoleón y su capacidad para cometer errores de juicio catastróficos, pensaba De Gaulle, no podían separarse fácilmente; las arrolladoras victorias napoleónicas sentaron las bases del futuro desastre de Francia. Por esa razón, De Gaulle situaba el declive del país como potencia mundial en la época de Napoleón, aunque Francia hubiera seguido siendo el centro de todo después de que este abandonara el escenario.

Aunque algunas potencias emergentes como Alemania superaron económicamente a Francia, esta siguió demostrando su eminencia cultural. En la década de 1820, fueron expertos franceses los que descifraron los jeroglíficos de la piedra de Rosetta, revelando así lenguas antiguas. En 1869, ingenieros franceses conectaron el mar Rojo con el Mediterráneo a través del canal de Suez. En el último cuarto del siglo XIX —cuando Renoir, Rodin, Monet y Cézanne llevaron las artes visuales a nuevas cotas de sublimidad— Francia era el líder artístico de Europa y seguía siendo una importante potencia económica y comercial. Cuando el barón Georges Haussmann abrió grandes bulevares en el pasado medieval de París e impuso la modernidad, la ciudad era el corazón de la civilización occidental, «la capital del siglo XIX».[19] En el extranjero, donde se desplegaban ejércitos equipados con las armas más modernas, la Tercera República francesa estableció un vasto imperio colonial bajo la bandera de la *mission civilisatrice*.[20]

Estos triunfos imperiales y culturales ocultaron la decadencia de la fuerza interior de Francia. Al término de las guerras napoleónicas, en 1815, Francia contaba con treinta millones de habitantes, superando a cualquier Estado europeo, excepto a la atrasada Rusia. Al comienzo del siglo xx, la cifra solo había aumentado hasta los 38,9 millones,[21] mientras que la población de Reino Unido había pasado de dieciséis a 41,1 millones[22] y la de Alemania de veintiuno a sesenta y siete millones.[23] En cuanto a la producción industrial, en 1914 Francia estaba por detrás de Estados Unidos, Alemania, Reino Unido y Rusia, sobre todo en las industrias clave del carbón y el acero.[24]

El creciente desequilibrio con Alemania se intentó mitigar con una renovada, y ahora también ansiosa, búsqueda de alianzas. Las más significativas fueron con Rusia en 1894 y la Entente Cordiale de 1904 con Reino Unido. Cuando las principales potencias y sus alianzas se dividieron en dos grupos consolidados, la diplomacia se volvió rígida e hizo posible que, en el verano de 1914, una crisis en los Balcanes entre Serbia y Austria, por lo demás nada destacable, precipitara una guerra mundial en la que todos los participantes sufrieron unas bajas de una proporción desconocida en toda su historia.

Las mayores pérdidas, sin embargo, fueron las de Francia, donde hubo dos millones de muertos —el 4 por ciento de su población— y las regiones del norte quedaron devastadas.[25] La revolución de 1917 convulsionó a Rusia, hasta entonces el principal aliado de Francia, y más tarde los diversos acuerdos de paz movieron su fronteras cientos de kilómetros hacia el este. La derrota de Austria, combinada con la doctrina de Woodrow Wilson, basada en la autodeterminación nacional y la ideología democrática, dieron como resultado que una plétora de Estados con una estructura débil y recursos inadecuados se enfrentaran a Alemania en Europa oriental y central. Cualquier

resurgimiento futuro de la capacidad militar alemana tendría que ser derrotado por una ofensiva francesa en la Renania alemana.

Aunque en 1918 hubiera salido victoriosa, Francia sabía mejor que ninguno de sus aliados lo cerca que había estado de la derrota. Y había perdido su resiliencia psicológica y política. Consumida su juventud, temerosa de su antagonista derrotado, sintiéndose abandonada por sus aliados y asaltada por premoniciones de impotencia, Francia vivió las décadas de 1920 y 1930 como una sucesión casi ininterrumpida de frustraciones.

Nada podría haber expresado mejor la inseguridad que sentía Francia después de 1918 que la decisión de empezar a construir la línea Maginot en un momento en el que su ejército era el más grande de Europa y el tratado de paz había limitado el de Alemania a cien mil hombres. Lo que hizo que la decisión resultara aún más patética fue que el Tratado de Versalles había prohibido específicamente a Alemania apostar fuerzas militares en Renania, el territorio que había que atravesar antes de poder atacar Francia. Tras su victoria, el país había llegado a sentirse tan inseguro que pensó que no podía contrarrestar con su ofensiva una violación flagrante del tratado de paz, llevada a cabo por un enemigo desarmado.

En 1934, cuando era teniente coronel, De Gaulle había hecho una influyente crítica de la doctrina militar francesa en *Vers l'armée de métier*. La movilidad, escribió, era la clave de la estrategia, y la supremacía aérea y los tanques, las principales fuerzas de ejecución.[26] Pero el ejército en el que él servía había diseñado una estrategia de defensa estática, que resultaría desastrosamente inadecuada.

En un pasaje de ese libro de 1934, De Gaulle expresó su melancólica conclusión:

> Érase una vez un viejo país asediado por sus hábitos y la circunspección. Antaño fue el pueblo más rico, el más poderoso de los que ocupan el centro de la escena mundial, después de grandes desgracias llegó, por así decirlo, a replegarse sobre sí mismo. Mientras los demás pueblos crecían a su alrededor, él permanecía inmóvil.[27]

Esta fue la actitud que De Gaulle, en todas las etapas de su carrera, se empeñó en revertir.

De Gaulle y la Segunda Guerra Mundial

En el verano de 1940, no parecía que la situación de De Gaulle en Londres dejara ningún margen para la restauración de la *grandeur*. Hitler había subyugado el corazón de Europa. La Unión Soviética, la última potencia continental que quedaba, había firmado un pacto de no agresión con Alemania el año anterior.[28] Francia, gobernada por Pétain bajo la ocupación parcial alemana, vacilaba entre la neutralidad y la colaboración.

Ninguna autoridad francesa constituida había designado a De Gaulle para dirigir la Francia Libre, ni ningunas elecciones habían ratificado su liderazgo. Su derecho de mando provenía de su proclamación. «La legitimidad de un poder gobernante —escribiría más tarde— deriva de su convicción, y de la convicción que inspira, de que encarne la unidad nacional y la continuidad cuando el país está en peligro».[29] Aludiendo a otro momento de peligro nacional, eligió como bandera de su movimiento la cruz de Lorena de dos barras, el símbolo de la mártir Juana de Arco, que cinco siglos antes, con sus visiones místicas, había fortalecido el espíritu de los franceses para recuperar la tierra ocupada por los invasores extranjeros. La afirmación de De Gaulle —sin pruebas evidentes que la

respaldaran— era que estaba «investido» de la «autoridad suprema» de una Francia eterna e invencible que trascendía cualquier tragedia temporal que hubiera tenido lugar dentro de sus fronteras físicas.[30]

En los meses y los años que siguieron, De Gaulle manifestó una seguridad en sí mismo y un rechazo a la transacción que le permitieron obtener concesiones de los (a menudo irritados) líderes de la alianza —Churchill, Franklin D. Roosevelt e incluso Stalin—, a quienes obligó a contar con la autoproclamada indispensabilidad de Francia en una Europa reconstituida.

Después de su llamamiento del 18 de junio de 1940, De Gaulle se comportó como si la Francia Libre no fuera una aspiración sino una realidad. Lanzó su empresa con un grupo de asesores formado por distinguidas personalidades francesas autoexiliadas en Londres y con una fuerza militar reclutada principalmente entre las diezmadas filas francesas que habían sido evacuadas de Dunkerque. A finales de 1940, cuando se creó un Consejo de Defensa del Imperio compuesto por partidarios civiles, solo había siete mil combatientes reales de la Francia Libre.

¿Cómo llevar a cabo su visión con unas fuerzas tan escasas? De Gaulle entendió que tenía pocas opciones militares. Por lo tanto, decidió conseguir la legitimidad centrándose en la creación de una base geográfica, poniendo de su lado a las difusas fuerzas de combate del Imperio francés. Con este fin, recorrió las dispersas colonias francesas para desvincularlas del régimen de Vichy, como primer paso para la liberación de la madre patria. Su principal enemigo en este proceso no era Alemania, sino Vichy; su principal objetivo no era ganar la guerra (aunque ayudaría a hacerlo), sino crear las condiciones para la renovación territorial, institucional y moral de Francia en la paz subsiguiente.

Pasarían dos meses antes de que los esfuerzos territoriales de De Gaulle dieran sus frutos. Mientras tanto, se avecinaba una decisión que desgastaría a los aliados: ¿qué hacer con la flota francesa anclada en la base naval de Mazalquivir, en las afueras de la ciudad argelina de Orán? Si caía en manos alemanas, existía el riesgo de que inclinara la balanza naval en contra de Reino Unido, o que incluso favoreciera una posible invasión nazi de las islas británicas. Churchill decidió que no estaba dispuesto a correr ese riesgo. El 3 de julio, después de exigir a la flota que navegara hacia puertos británicos, ordenó el bombardeo de la base naval argelina. El ataque mató a casi mil trescientos marineros franceses y hundió tres buques, incluido el acorazado Bretagne. De Gaulle, aunque estaba angustiado, reaccionó con calma y defendió el episodio en la BBC: «Ningún francés digno de ese nombre puede dudar por un momento de que una derrota británica sellaría para siempre la esclavitud de su país».[31] Después de la guerra dijo que, si hubiera estado en el lugar de Churchill, habría hecho lo mismo.[32]

El 26 de agosto por fin llegaron buenas noticias para los franceses libres, cuando el gobernador general de Chad, Félix Éboué, el primer administrador colonial de nivel superior y ascendencia africana en Francia, prometió el apoyo de la colonia a De Gaulle. Al día siguiente, De Gaulle alabó la noticia en una retransmisión radiofónica: «Francia es Francia. Hay en ella un resorte secreto que siempre ha sorprendido al mundo, y que no ha acabado de sorprenderlo. Francia, aplastada, humillada, abandonada, está empezando a regresar del abismo».[33]

La vuelta no sería fácil, porque el régimen de Vichy seguía controlando firmemente el África occidental francesa. En septiembre, una flotilla franco-británica navegó hacia el puerto de Dakar con el objetivo de que Senegal y las colonias vecinas se pasaran al bando de la Francia Libre. Acabó en fiasco.

Durante unos días, De Gaulle se sintió desolado.[34] Una bienvenida entusiasta en Duala, Camerún, el 7 de octubre, le levantó el ánimo, y Brazzaville, en el Congo francés, no tardaría en convertirse en la nueva capital de la Francia Libre. Una pequeña operación militar de los franceses libres consiguió tomar Gabón el 10 de noviembre, poniendo a toda el África ecuatorial francesa en la columna de De Gaulle.

Por muchas que fueran las limitaciones militares y económicas de su movimiento, De Gaulle había tocado una fibra sensible. El Día del Armisticio, el 11 de noviembre, hubo manifestaciones populares en París a favor de la Francia Libre, en las que participaron estudiantes que llevaban subversivamente pares de cañas de pescar (*deux gaules*).

Situado estratégicamente en las históricas rutas comerciales transaharianas, Chad resultaría una base crucial para las operaciones militares de la Francia Libre, sobre todo para las que se realizaron en la colonia italiana de Libia. A principios de 1941, Philippe Leclerc de Hauteclocque, coronel de la Francia Libre, dirigió una columna de cuatrocientos hombres a través de más de mil quinientos kilómetros de terreno inhóspito para llevar a cabo una temeraria incursión en Kufra, una ciudad oasis del sur de Libia donde se encontraba estacionada una guarnición italiana. El 1 de marzo, tras diez días de asedio, los italianos se rindieron. En lo que pronto se conoció como el «juramento de Kufra», Leclerc hizo jurar a sus hombres que no descansarían hasta el día en que «nuestros colores, nuestros hermosos colores, ondeen en la catedral de Estrasburgo».[35]

La batalla de Kufra fue la primera victoria militar importante de la Francia Libre durante la guerra. Supuso una gran inyección de moral y la reivindicación del precepto de De Gaulle: «En nuestra posición, quien se queda quieto se queda atrás».[36] Dos años más tarde, tras el desembarco aliado en el norte de África, Leclerc dirigiría por orden de De Gaulle una

columna de la Francia Libre, compuesta por cuatro mil africanos y seiscientos franceses, desde Chad y a través de Libia hasta Túnez, donde se unieron a los británicos en una batalla campal contra el Afrika Korps del mariscal alemán Rommel.

Pero, antes de que Leclerc pudiera marchar a través de Libia por segunda vez, los franceses libres tenían que demostrar su valentía en otros escenarios. Sus operaciones estaban concebidas para liberar, con la ayuda de los aliados, los territorios controlados por el régimen de Vichy, y demostrar así al mundo que los franceses libres eran enérgicos, capaces y estaban decididos a restaurar la posición de Francia como potencia líder en el mundo. En estas operaciones, De Gaulle insistiría en que la Francia Libre cooperaría como socio, no como solicitante.

La invasión, en junio de 1941, de Siria y Líbano, territorios que, tras la Primera Guerra Mundial, se habían establecido como mandatos franceses administrados bajo la Sociedad de Naciones, repitió el patrón africano. Mientras Reino Unido intentaba impedir que Alemania estableciera bases aéreas en Levante, De Gaulle se unió al esfuerzo con sus limitadas fuerzas para reivindicar la posición histórica de Francia en la región, lo que implicaba, en gran medida, una feroz rivalidad con Reino Unido.

Las autoridades de Vichy en Siria se negaron a tratar con los franceses libres, así que fue el comandante británico quien negoció con Henri Dentz, el alto comisionado del régimen. En julio de 1941, un acuerdo llamado armisticio de San Juan de Acre concedió a Reino Unido el protectorado de todo Levante. Sin embargo, para De Gaulle, que el territorio francés pudiera ser objeto de una negociación entre Reino Unido y el régimen de Vichy era algo aborrecible. Las disposiciones del tratado sobre la repatriación de las tropas francesas a Vichy agravaron su descontento. Esperaba aumentar su pequeño ejército con los

desertores de estas fuerzas en Siria, pero, sobre todo, le preocupaba que se sentara un precedente para la futura disposición de la propia Francia. En concreto, temía que tras la victoria final la gobernanza de Francia quedara bajo el control de los aliados y que el nuevo Gobierno francés fuera legitimado por los aliados y no por las acciones de Francia.

El 21 de julio, Oliver Lyttelton, ministro residente de Reino Unido para Oriente Próximo, recibió a De Gaulle en su despacho de El Cairo. Este le amenazó duramente con retirar a sus hombres de la fuerza conjunta y eximir a los franceses libres de la subordinación al mando británico.[37] «En el medio permeable, plagado de intrigas y corrupto que Levante ofrecía a los planes de Inglaterra —escribiría De Gaulle sobre este episodio en sus memorias— el juego [...] era fácil y tentador. Solo la perspectiva de una ruptura con nosotros y la necesidad de conciliar los sentimientos de Francia podían imponer a Londres una cierta moderación».[38] Lyttelton elaboró sumariamente una interpretación del armisticio que calmó a De Gaulle: «Reino Unido no tiene ningún interés en Siria o en el Líbano, salvo ganar la guerra. No deseamos invadir en modo alguno la posición de Francia».[39] En sus memorias, De Gaulle reconocería también la cruda verdad, que «el daño moral y material que supondría para nosotros la separación de Reino Unido iba, obviamente, a hacernos dudar».[40] Cuando De Gaulle se reunió con Churchill el 12 de septiembre, al principio la conversación estuvo marcada por el enfado y los silencios. Uno de los asistentes del primer ministro se preguntó si «se habían estrangulado el uno al otro» y, aunque los dos líderes salieron fumando puros, ni siquiera pudieron ponerse de acuerdo en unas actas conjuntas.[41]

Tras haber desafiado a Churchill, el líder que había hecho posible su prestigio, De Gaulle no dudó en enfrentarse a una figura aún más formidable, el presidente Roosevelt, por las

mismas razones: el destino de los territorios franceses que reconquistaban las armas aliadas. Se encontró con una posición menos tolerante. Roosevelt estaba centrado en ganar la guerra, y las disputas sobre el estatus dentro de la coalición le irritaban, sobre todo cuando quien las planteaba era una figura cuya reivindicación no estaba en absoluto respaldada por un poder comparable. Lo que consideraba el complejo de Juana de Arco de De Gaulle solo le hacía sentir desprecio.[42]

Las polémicas de De Gaulle con Estados Unidos empezaron por San Pedro y Miquelón, dos pequeñas islas frente a la costa de Terranova: los restos vestigiales del Imperio francés en Norteamérica, que se habían conservado en el Tratado de París de 1763. Tras el ataque a Pearl Harbor, Roosevelt se puso en contacto con el funcionario de Vichy responsable de las posesiones francesas en el hemisferio occidental, solicitando la neutralidad formal de las islas, lo que impediría que los submarinos alemanes que pasaban por allí se sirvieran de la emisora de radio. Aunque el Gobierno de Vichy accedió a la petición, De Gaulle consideró inaceptable que un país extranjero, aunque fuera benévolo, interfiriera en los asuntos internos de Francia sin su consentimiento. Por ello, ordenó al comandante de su pequeña armada, el almirante Émile Muselier, que ocupara las islas en nombre de la Francia Libre.

Lo que hizo que esta iniciativa fuera aún más atrevida es que el desembarco tuvo lugar el 23 de diciembre, justo cuando Churchill estaba llegando a Washington para reunirse por primera vez con Roosevelt como aliados de guerra. Al escribir a Muselier en la víspera de Navidad, De Gaulle le dijo que no se dejara distraer por las protestas estadounidenses:

> Hemos conseguido hacer ruido. Quédese tranquilamente en San Pedro, organice el gobierno y la emisora de radio. A cualquier representante de cualquier Gobierno extranjero que se dirija a usted

en relación con las islas, pídale que se dirija al Comité Nacional [de la Francia Libre].[43]

Las fuerzas de Muselier tomaron las islas sin resistencia y, el 26 de diciembre, organizaron un plebiscito para confirmar su lealtad a la Francia Libre.

Todo ataque sorpresa en el hemisferio occidental, incluso uno minúsculo como este, sin duda iba a molestar a Washington, sobre todo dos semanas después de Pearl Harbor. Cordell Hull, el secretario de Estado, estaba tan indignado que en un comunicado de protesta aludió a los «supuestos franceses libres», una frase muy criticada en los medios de comunicación y el Congreso.[44] De Gaulle se vengó, llamando a partir de entonces a Hull el «supuesto secretario de Estado». En febrero de 1942, Sumner Welles, subsecretario de Estado de Hull, restableció la cooperación entre la Francia Libre y Washington.[45]

De este modo, el golpe aparentemente absurdo de De Gaulle se convirtió en un símbolo de la recuperación política de Francia. De hecho, su coherente y en muchos aspectos heroico impulso de defender la identidad histórica de Francia ante las grandes disparidades de poder se convirtió en el prerrequisito para restaurar la grandeza francesa. Era muy consciente de lo exasperante que resultaba esto para sus aliados: «Tal vez piensen que no soy alguien con quien resulta fácil trabajar», reflexionó. «Pero, si lo fuera, hoy estaría en el equipo del general Pétain».[46]

El origen del comportamiento desafiante de De Gaulle era el concepto de *grandeur* que pretendía recrear. Derivado, como hemos visto, de la búsqueda francesa de la preeminencia en el continente —una preeminencia siempre a punto de alcanzarse, siempre frustrada por las políticas de equilibrio de poder de Reino Unido—, impregnó la interpretación que tenía De Gaulle

de su responsabilidad como líder de la Francia Libre. Inevitablemente, implicaba evitar cualquier tentación de los británicos de resolver de manera preventiva las disputas históricas en el transcurso de la guerra.

Churchill, que en ocasiones se exasperaba, bromeó una vez: «Sí, De Gaulle se cree Juana de Arco, pero mis malditos obispos no me dejarán quemarlo». Sin embargo, al final, De Gaulle y Churchill lograron mantener una cooperación ambivalente durante toda la guerra. Churchill hizo económicamente posibles los esfuerzos de De Gaulle y le protegió de la hostilidad de Roosevelt, por ejemplo, en mayo de 1943, cuando el presidente sugirió medio en serio exiliar a De Gaulle a Madagascar.[47]

En otoño de 1943, De Gaulle pareció darse cuenta de que se estaba acercando a los límites de la tolerancia británica. Preguntó a Ivan Maisky, el embajador soviético, si se le recibiría en territorio ruso en el caso de que los desacuerdos con Churchill se intensificaran demasiado. Sin rechazar del todo el planteamiento, el embajador soviético instó a De Gaulle a considerarlo bien antes de presentar una propuesta formal. Es improbable que De Gaulle estuviera sugiriendo que la Francia Libre se trasladara a suelo ruso; mucho más probable es que estuviera explorando opciones para el futuro y demostrando a Stalin que Rusia era una parte esencial de sus cálculos a largo plazo.

De Gaulle comprendió que, en poco tiempo, su visión tendría que hacerse realidad en la propia Francia. Se preparó con cuidado para esa batalla. Tras la fundación del Comité Nacional Francés (*Comité national français* o CNF) en septiembre de 1941, creó estructuras legales que podrían trasladarse a la madre patria cuando llegara el momento. En ausencia de un cuerpo legislativo y de tribunales, y siguiendo una antigua tradición francesa, el CNF utilizó un boletín oficial

(*Journal officiel*)[48] para promulgar «leyes» y decretos. De Gaulle también mantuvo un contacto estrecho con la importante comunidad de emigrantes en Londres, presentándose como la encarnación de la verdadera Francia. Su legitimidad nunca fue cuestionada y atrajo a un distinguido grupo de admiradores. Por último, cultivó un grupo de seguidores dentro de la Francia metropolitana, al tiempo que cortejaba a diversas facciones de la Resistencia, incluidos los comunistas.

Su personalidad —dominante, distante, apasionada, visionaria, inefablemente patriótica— mantenía unidos todos estos elementos. Así, el 18 de junio de 1942, en un mitin en el Royal Albert Hall de Londres que conmemoraba el segundo aniversario de la fundación de la Francia Libre, De Gaulle declaró:

> Una vez terminada nuestra tarea, con nuestra función completada, siguiendo a todos aquellos que han servido a Francia desde los albores de su historia, precediendo a todos aquellos que la servirán por la eternidad de su futuro, le diremos a Francia, simplemente, como [el poeta Charles] Péguy: «Madre, mira a tus hijos que han luchado por ti».[49]

Los franceses libres necesitarían toda esta devoción incuestionable y casi mística para superar su próximo desafío.

La contienda en el norte de África

El 8 de noviembre de 1942, en la «operación Antorcha», las fuerzas estadounidenses y británicas desembarcaron en el Marruecos francés y en el gran territorio de Argelia. Las tres regiones costeras de este último país no se administraban como

colonias, sino como departamentos de Francia, es decir, como parte de su territorio nacional.[50] Argelia era estratégicamente importante para los aliados, en buena medida porque era la base de un importante ejército que podía ser reclutado para aumentar sus fuerzas si se producía una invasión de Europa. Pero, para los franceses libres, ante todo planteaba la cuestión del gobierno de la propia Francia. De las fuerzas contendientes que se encontraban dentro de Argelia, la que se impusiera podía reclamar ser el gobierno legítimo de la patria francesa cuando la guerra terminara.

Las potencias «anglosajonas», como De Gaulle acostumbraba a llamarlas, no estaban muy interesadas en entregar una capacidad tan poderosa al problemático líder de los franceses libres. Nunca le informaron de sus planes; él se enteró de la invasión después de que sucediera. Y, lo que es más significativo, los aliados se llevaron con ellos a Argelia a un posible rival para el liderazgo de De Gaulle.

El general Henri Giraud, veterano de la Primera Guerra Mundial, había dirigido a las tropas francesas en Países Bajos durante la campaña de 1940. Tras ser hecho prisionero, fue encarcelado en la fortaleza de Königstein, situada en lo alto de una colina cerca de Dresde, de la que escapó en abril de 1942, a los sesenta y tres años, descendiendo en rapel por un precipicio de cuarenta y cinco metros. Esta intrépida fuga reforzó la ya heroica reputación de Giraud,[51] debida a una fuga previa de un campo de prisioneros alemán durante la Primera Guerra Mundial. Al regresar a la Francia del régimen de Vichy, se esforzó en vano por convencer a Pétain de que Alemania perdería la guerra y de que Francia debía pasarse al bando aliado. Aunque Pétain rechazó los argumentos de Giraud, se negó a extraditarlo a Alemania. El 5 de noviembre de 1942, un submarino británico bajo mando nominal estadounidense sacó a Giraud de Francia y lo llevó a Gibraltar.

El 9 de noviembre, tras el desembarco de la operación Antorcha, voló a Argel, donde tanto Roosevelt como Churchill intentaron darle el papel de figura dominante.

En esta lucha crucial por la legitimidad política, también participó un tercer contendiente que había llegado a Argel poco antes del desembarco aliado. Se trataba del almirante François Darlan, comandante de la marina de Vichy, que en teoría había ido a visitar a su hijo enfermo.

¿Era este el primer paso de Pétain para desvincularse de los alemanes? ¿O un recurso para organizar la defensa de Argelia contra una posible invasión angloamericana? En una situación tan ambigua, los papeles de colaborador y de patriota podían fusionarse. El 10 de noviembre, Eisenhower, como comandante supremo de las fuerzas aliadas, decidió aprovechar la presencia de Darlan para negociar un armisticio con las fuerzas de Vichy y nombrarle alto comisionado de Francia en África a cambio de su cooperación en la campaña aliada en el norte de África.

La autoridad concedida a Darlan duró solo cuarenta y un días. Fue asesinado en Nochebuena por un asesino cuyo motivo nunca se llegó a conocer. A todas las partes contendientes les interesaba la eliminación de Darlan, a ninguna revelar su papel en ella.

Esto dejó a Giraud como el principal rival de De Gaulle. Él representaba la aspiración de redención de la Francia de Vichy.

Antes de que la disputa entre los dos generales llegara muy lejos, Roosevelt, Churchill y sus equipos se reunieron en Casablanca en enero de 1943 para planificar la estrategia de guerra angloamericana y resolver el conflicto entre, según Roosevelt, las dos *prima donna* francesas. En su primer encuentro, el 22 de enero, Roosevelt le presentó a De Gaulle su planteamiento. Le propuso al general lo que era su pesadilla, un régimen de supervisión anglosajona en la Francia reconquistada:

> El presidente volvió a aludir a la falta de poder del pueblo francés en ese momento para reivindicar su soberanía. El presidente señaló que, por lo tanto, era necesario recurrir a la analogía legal de la «tutela» y que, en su opinión, las naciones aliadas que luchaban en ese momento en territorio francés estaban luchando por la liberación de Francia y debían mantener la situación política de «tutela» del pueblo francés.[52]

El desafío de Roosevelt obligó a que lo implícito se volviera explícito. De Gaulle utilizó al arzobispo Francis Spellman, que venía de Nueva York, para subrayar su determinación de aceptar únicamente una solución francesa. Spellman estaba visitando a las tropas estadounidenses en Marruecos y Roosevelt le había reclutado para convencer al general de que aceptara un papel subordinado en una estructura dominada por Giraud. Lejos de someterse, De Gaulle respondió con una amenaza: sería imprudente que los angloamericanos subvirtieran la voluntad nacional de Francia, no fuera que el cuerpo político francés se volviera hacia un tercero en busca de salvación, refiriéndose implícitamente a la Unión Soviética.[53] Se trataba de una variación de la maniobra que había llevado a cabo poco antes, cuando había visitado al embajador soviético en Londres.[54]

Roosevelt, apoyado por Churchill, se retractó y propuso un duunvirato de los dos generales. De Gaulle se negó, alegando de nuevo que era él quien representaba a la Francia genuina, posición en la que había insistido durante los tres días que asistió a la Conferencia de Casablanca.

Si Giraud hubiera tenido el más mínimo talento político, podría haber conseguido un resultado favorable. Sus limitaciones en este sentido fueron bien descritas por Harold Macmillan, entonces ministro residente británico en Argel y más tarde primer ministro:

> Supongo que nunca en toda la historia de la política un hombre ha desperdiciado un capital tan grande en un espacio de tiempo tan corto [...]. Se sentó a jugar a las cartas con todos los ases, todos los reyes y casi todas las reinas de la baraja [...] pero consiguió, mediante algún extraordinario juego de manos, hacerse trampas a sí mismo con su propia apuesta.[55]

La perdición de Giraud se vio acelerada por la habilidad política de su rival. Cuando el asunto pasó a ser cuál era la mejor manera de evitar que los líderes «anglosajones» impusieran una solución a una cuestión interna francesa, De Gaulle demostró de repente una inesperada flexibilidad. En abril de 1943, aunque seguía tratando a Giraud con desdén —«Toda Francia está conmigo [...] ¡Giraud debería estar atento!... Aunque acabara yendo a Francia victorioso, si lo hiciera sin mí, le dispararían»—[56] le invitó a una reunión (que finalmente se concretó el 31 de mayo). En ella, aceptó el principio de liderazgo conjunto que había rechazado unos meses antes y propuso un comité formado por dos presidentes: él mismo como jefe del departamento político y Giraud como jefe de las fuerzas armadas. Por encima estaría un Comité Francés de Liberación Nacional (CFLN) compuesto por tres personas nombradas por De Gaulle, tres por las autoridades argelinas y tres por Giraud.

Fue una táctica audaz por parte de De Gaulle, basada en la convicción de que sus habilidades de gobierno, superiores a las de Giraud, convencerían a los miembros del CFLN nombrados por las autoridades argelinas de que le apoyaran a largo plazo.[57] Y, efectivamente, dentro del marco general del CFLN —la propuesta estructural de De Gaulle había sido aceptada— aventajó al general más veterano y mucho menos sutil. En última instancia, el mando militar de Giraud acabó subordinado al control «civil» del comité, lo que presentaba a

los aliados el hecho consumado de una autoridad francesa unificada. En el proceso, se creó un nuevo comité de defensa, con De Gaulle a la cabeza, para supervisar las operaciones militares, lo que en la práctica dejaba a Giraud con el mismo estatus que el resto del personal.[58]

Más tarde, el propio De Gaulle describiría así el hundimiento político de Giraud:

> Era, pues, inevitable que Giraud se encontrara cada vez más aislado y rechazado, hasta el día en que, cercado por unas limitaciones que no aceptaba y, además, privado de los apoyos externos que eran la fuente de sus vertiginosas ambiciones, decidiera dimitir.[59]

Sutil y despiadadamente, con una autoestima y una paciencia infinitas, De Gaulle privó a Giraud de cualquier acceso a la autoridad y transformó el CFLN en la base del futuro Gobierno republicano de Francia.

Bajo el liderazgo de De Gaulle, en Argel el CFLN procedió a esbozar las instituciones que gobernarían los asuntos internos y externos de Francia después de la liberación, adelantándose a una tutela anglosajona. Una ordenanza del CFLN de junio de 1944 estableció tribunales especiales para que, tras la liberación, los colaboradores nazis fueran sometidos a juicios con jurado; algo inusual en la tradición del derecho civil francés. Solo los ciudadanos con «prueba de sentimientos nacionales», o con un claro historial de guerra aprobado por el comité de liberación local, cumplirían los requisitos para ser jurado.[60] Desde el principio, el protoestado de De Gaulle se conformó como un ejecutivo fuerte ayudado por consejos consultivos con poder limitado que informaban al general, convirtiéndolo así en el líder obvio de un futuro Gobierno.

En su trato con Roosevelt y Churchill, De Gaulle actuó como si ya fuera un jefe de Gobierno y nunca perdió de vista la

misión cuya principal tarea vendría después de la victoria. Cuando los aliados británicos y estadounidenses desembarcaron en la Francia metropolitana en junio de 1944, el general de brigada, parco y desconocido, de junio de 1940 se había convertido en el líder indiscutible del contingente francés de los aliados y del posible Gobierno.

La consecución del poder político

La prueba llegaría cuando los aliados occidentales liberaran Francia, como habían prometido a Stalin en la cumbre de Teherán a finales de 1943. En el preludio del desembarco de junio de 1944 en la costa francesa de Normandía, De Gaulle se concentró en evitar la guerra civil entre sus fuerzas y las fuerzas políticas que representaban a la Resistencia y se encontraban dentro de Francia. Esto era extremadamente importante, porque sus socios estadounidenses y británicos, aunque aceptaban con reticencia que controlara el ejército francés existente, aún no estaban preparados para tratarle como a un igual en el futuro gobierno de Francia. Tanto Roosevelt como, en menor medida, Churchill procuraron aplazar la decisión definitiva sobre este asunto hasta la conclusión de la guerra. Roosevelt compartió su predicción sobre la evolución política de Francia con Henry L. Stimson, el secretario de Guerra: «De Gaulle se desmoronará [...]. Surgirán otros partidos a medida que avance la liberación y De Gaulle se convertirá en una figura irrelevante».[61]

A pesar del triunfo de De Gaulle a la hora de unir y poner de su lado al Imperio francés de ultramar, y de superar el desafío de Giraud a su liderazgo, no estaba en absoluto predeterminado que la Francia Libre fuera a controlar la Francia metropolitana. Las autoridades de Vichy habían gozado de un considerable

apoyo popular al inicio de la ocupación alemana. Los grupos de la Resistencia interna no habían empezado a organizarse en unidades grandes hasta que los aliados desembarcaron en el norte de África. Entre las fuerzas de la Resistencia, los comunistas eran los mejor organizados; la presencia socialista también era significativa. Al final, esos grupos diferentes no llegaron a fusionarse bajo un mando único.

La pesadilla de De Gaulle era que las fuerzas aliadas que entraran en Francia pudiesen formar un Gobierno de transición y cumplir la predicción de Roosevelt. Por lo tanto, era esencial que apareciera en Francia lo antes posible, antes de que dicho Gobierno pudiera establecerse, y también en París, como una figura nacional que estuviera por encima de las divisiones de la Tercera República.

El 6 de junio de 1944, las fuerzas estadounidenses y británicas desembarcaron en Normandía, donde enseguida establecieron cabezas de playa de cien kilómetros de largo y veinticinco kilómetros de profundidad. Pasarían seis semanas antes de que pudiera reunirse un número suficiente de fuerzas aliadas para romper la firme resistencia alemana.

De Gaulle no esperaría tanto para empezar a establecer su autoridad. Desde el día del desembarco, insistió en visitar el territorio recuperado. Churchill aceptó de mala gana una visita al sector británico, y dio instrucciones al comandante británico, el general Montgomery, para que no recibiera a De Gaulle en el aeródromo, en suelo francés, sino en el cuartel general británico.

Este desaire resultó ser útil para el propósito de De Gaulle, que era demostrar su presencia política. El 14 de junio, tras una breve visita al cuartel general británico, se dirigió a Bayeux, la mayor ciudad (quince mil habitantes) del territorio capturado por los británicos. Allí, De Gaulle rechazó una copa de champán del subprefecto de Vichy que aún seguía en su puesto,

saludó a los dignatarios locales del régimen de Vichy de forma distante y se encaminó a la plaza del centro para su propósito principal, que era pronunciar su primer discurso en la Francia metropolitana. A la sombra de la magnífica catedral medieval de Bayeux, se dirigió a los allí reunidos como si hubieran sido miembros de la Resistencia francesa durante toda la guerra («Nunca habéis parado [de luchar] desde el principio de la guerra») y como si estuviera legitimado para darles órdenes:

> Seguiremos haciendo la guerra con nuestras fuerzas de tierra, mar y aire como hacemos hoy en Italia, donde nuestros soldados han alcanzado la gloria, como harán mañana en la Francia metropolitana. Nuestro Imperio, plenamente reunido en torno a nosotros, nos proporciona una enorme ayuda [...]. Os prometo que continuaremos la guerra hasta restaurar la soberanía de cada centímetro de territorio francés. Nadie nos impedirá hacerlo.
>
> Lucharemos con los aliados como un aliado. Y la victoria que obtengamos será la victoria de la libertad y la victoria de Francia.[62]

No hubo ninguna mención a las tropas británicas, que eran las que en realidad habían liberado Bayeux, ni a las fuerzas estadounidenses, que habían sufrido muchas de las bajas producidas en el desembarco. De Gaulle pretendía transformar, en la mente de sus oyentes, lo que en esencia era una expedición angloamericana en una excepcional victoria francesa. Al visitar Bayeux, no buscaba tanto reivindicar el territorio de la nación como convocar su espíritu. No sería la última vez que tratara de convencer a sus oyentes de que aceptaran como un evangelio un relato que no tenía demasiado que ver con la realidad.

De Gaulle terminó su visita con un gesto sumamente político. Al despedirse de Montgomery, comentó de manera casi casual que algunos de los suyos se quedaban. Montgomery informó del episodio, y añadió: «No tengo ni idea de cuál es su

función». Pero De Gaulle sí lo sabía: debían establecer su autoridad mediante un nuevo Gobierno civil.[63]

Durante los dos meses siguientes, De Gaulle trató de reforzar su posición entre los aliados y visitó Roma para reunirse con las tropas francesas procedentes de Argelia que se habían unido a la campaña italiana de los aliados. Después hizo su primera visita a Washington para mejorar las relaciones con su aliado estadounidense. Apenas le quedaban cuatro semanas para preparar la culminación de tres años de agitación, esperanza y ambición: ser aceptado como la encarnación de la legitimidad política francesa en suelo francés.

París era el único lugar donde podía lograr eso, y solo retrospectivamente parece inevitable su triunfo allí. No tenía ninguna fuerza militar propia. Las fuerzas de la Francia Libre que, por cortesía del general Omar Bradley, habían tomado la iniciativa en la aproximación final a París estaban bajo el mando aliado. La Resistencia era entonces lo bastante fuerte como para luchar por sí sola contra las fuerzas de ocupación alemanas. Sin embargo, De Gaulle no fue para celebrar su victoria sobre los alemanes, sino a proclamar su misión.

Tras su llegada a París en coche, el 26 de agosto de 1944, se detuvo en la estación de Montparnasse, donde la Resistencia había aceptado la rendición de las fuerzas de ocupación alemanas en la ciudad, para dar las gracias al general Leclerc, de la división de la Francia Libre. Desde allí, se dirigió al despacho del Ministerio de Defensa donde había ejercido como subsecretario durante cinco días exactos antes de exiliarse a Londres. Comprobó que no se había movido ni un mueble, ni siquiera una cortina, desde su partida. De Gaulle trató los cuatro años transcurridos como una elipsis en la historia de Francia. Escribiría en sus memorias: «No faltaba nada, excepto el Estado. Era mi deber restablecerlo».[64]

Para simbolizar la continuidad de la historia de Francia, la

siguiente parada de De Gaulle fue el Hôtel de Ville (la sede del gobierno de la ciudad de París), porque tanto la Segunda como la Tercera República se habían proclamado allí.[65] Muchos esperaban que proclamara una Cuarta República, poniendo fin a la Tercera, que había perdido la guerra. Pero eso habría ido en contra de sus planes. Cuando Georges Bidault, el jefe titular de la Resistencia, preguntó si De Gaulle proclamaría una República durante su visita a París, este respondió secamente: «La República nunca ha dejado de existir [...]. ¿Por qué debería proclamarla?».[66] Su intención era crear una nueva realidad política para el pueblo francés antes de proclamar su naturaleza.

De Gaulle fue recibido en el Hôtel de Ville con emotivos discursos de Bidault y Georges Marrane, vicepresidente del Comité de Liberación de París y miembro de alto rango del Partido Comunista. El presidente respondió con una conmovedora declaración sobre el significado de aquel día:

> Cómo ocultar la emoción que se apodera de todos nosotros, que estamos aquí, *chez nous*, en la París que se ha levantado para defenderse y lo ha logrado sola. ¡No! No ocultaremos esta emoción sagrada y profunda. Hay momentos que van más allá de nuestras pobres vidas individuales. ¡París! ¡París ofendida! ¡París rota! ¡París martirizada!, pero ¡París liberada! Liberada por ella misma, liberada por su pueblo con la ayuda de los ejércitos de Francia, con la ayuda y la asistencia de toda Francia, de esa Francia que lucha, de la única Francia, de la verdadera Francia, de la eterna Francia.[67]

La extraordinaria altura metafísica de la oratoria de De Gaulle expresó su fe en la singularidad de su país. Los ejércitos aliados a las puertas de París, que se habían apartado amablemente para permitir que los franceses libres entraran antes que ellos, no fueron mencionados. Tampoco lo fueron Reino Unido y Estados Unidos, aunque habían luchado en la

guerra con enormes pérdidas y sacrificios. La liberación de París se trató como un logro puramente francés. Al proclamarlo de esta manera, estaba convenciendo a sus oyentes de que así era: la creación de la realidad política mediante la pura fuerza de voluntad.

Esta aparente falta de gratitud hacia los liberadores y el énfasis obsesivo en el supuesto papel francés reflejaban otro propósito. De Gaulle era muy consciente de que gran parte de la población francesa se había adaptado a la ocupación. Hacer hincapié en ese periodo habría expuesto demasiadas ambivalencias, mientras que subrayar el papel de las fuerzas estadounidenses y británicas habría impedido su propósito último de que Francia recuperara la fe en sí misma.

Un desfile por los Campos Elíseos, de una magnitud sin precedentes y cuyo fervor tal vez no se hubiera visto nunca antes en la historia de Francia, selló la legitimidad de De Gaulle. Fue la primera oportunidad que tuvieron los parisinos de contemplar la encarnación física de lo que hasta entonces no había sido más que una voz en la BBC. Las multitudes, entusiastas y emocionadas, vieron a un oficial inusualmente alto que recorría el largo camino desde el Arco del Triunfo hasta la plaza de la Concordia. Con su delegado en París a su derecha y Bidault a su izquierda, De Gaulle avanzaba medio paso por delante, evidentemente emocionado pero rara vez sonriendo, estrechando de vez en cuando algunas manos. En la plaza de la Concordia, había tanta gente que tuvo que hacer el resto del camino, hasta Notre Dame, en un vehículo. En ambos lugares se escucharon disparos de francotiradores. Al igual que en intentos de asesinato posteriores —y como había ocurrido en la guerra— De Gaulle no hizo ningún movimiento para protegerse y se abstuvo de hacer comentarios. La impávida valentía física que demostró esos días ayudó a consolidar su liderazgo en Francia.

La Resistencia se incorporó enseguida al nuevo Gobierno provisional. En una conversación privada, la semana siguiente a la liberación de París, De Gaulle cortó bruscamente a un antiguo miembro de esta, que había empezado un comentario con «La Resistencia...», respondiendo: «Hemos superado la Resistencia. La Resistencia está acabada. La Resistencia debe integrarse ahora en la Nación».[68]

Dos años antes, en 1942, en un discurso pronunciado en el Royal Albert Hall de Londres, cuando aún se estaba afianzando, De Gaulle había citado a Nicolas Chamfort, escritor de aforismos del siglo XVIII: «Los razonables han sobrevivido. Los apasionados han vivido» (es decir, se han realizado). Declaró entonces que los franceses libres se impondrían porque contaban con las dos cualidades francesas: la razón y la pasión. En su caso, la razón fue la responsable de la frialdad con la que ignoró a algunos de los que habían luchado en su bando. La pasión se impuso en el desfile por los Campos Elíseos y en la misa de Notre Dame.

El 9 de septiembre, De Gaulle había formado un nuevo gabinete bajo su autoridad como presidente del Gobierno provisional. Se convenció a antiguos compañeros de la Francia Libre, experimentados políticos de la Tercera República que no hubieran trabajado para Vichy, a comunistas, a democristianos, a antiguos líderes de la Resistencia y a tecnócratas para que se unieran a este Gobierno de unidad nacional. La austeridad con la que De Gaulle abrió la primera reunión del gabinete —«El Gobierno de la República, modificado en su composición, continúa»— reflejaba su convicción de que, sin el Estado, solo habría caos.[69] Convencido de que habían sido las divisiones de Francia las que habían provocado su declive, De Gaulle estaba decidido a que su país empezara el periodo de posguerra con una unidad digna de su *grandeur* histórica.

Los acontecimientos del 26 de agosto habían celebrado, en la práctica, la coronación de un monarca republicano. Al rechazar cualquier forma de autoridad de ocupación aliada en Francia, el Gobierno provisional de De Gaulle estableció el orden con notable rapidez. Equilibró las represalias populares y judiciales contra los dirigentes del régimen de Vichy y los simpatizantes nazis con un uso generoso del indulto. Aunque antes se había esforzado por reforzar los componentes políticos de la Resistencia, ahora insistió en un sistema presidencial fuerte que trascendiera el partidismo divisivo de la Tercera República.

Una vez establecida su autoridad en Francia, De Gaulle partió hacia Moscú el 24 de noviembre, solo tres meses después de la liberación de París. «Esperemos que no haya una revolución», dijo al partir, bromeando solo a medias.[70] Las fuerzas alemanas aún ocupaban partes de Alsacia y de Lorena. La guerra proseguía en suelo francés; las tareas de reconstrucción eran abrumadoras. Era inminente una nueva invasión alemana —la batalla de las Ardenas—, aunque los generales aliados no la hubieran advertido.

De Gaulle consideraba la reincorporación de Francia a la diplomacia internacional como un paso crucial para la consolidación de su autoridad interna, así como para la regeneración moral de la nación. La derrota de 1940 había dejado a Francia al margen de la diplomacia internacional. Había sido excluida de la Conferencia de Teherán en 1943, en la que Churchill, Roosevelt y Stalin decidieron la estrategia de la guerra. Tampoco estuvo en las de Yalta y Potsdam en 1945, que establecieron la estructura de la Europa de posguerra. De Gaulle no podía restablecer la influencia de Francia si se comportaba como alguien que estuviera suplicando ser admitido en las conferencias internacionales; tenía que

demostrar a Reino Unido y a Estados Unidos que Francia era un actor autónomo con opciones independientes, cuya buena disposición merecía la pena ganarse. Si Francia quería reincorporarse al primer nivel de la diplomacia internacional, tendría que crear sus propias oportunidades, empezando por su osada misión a Moscú para hablar con Stalin.

Antes de esta visita, cuando Churchill y algunos diplomáticos estadounidenses como Averell Harriman y Wendell Willkie habían querido reunirse con Stalin, volaban por la ruta del norte hasta Múrmansk. Pero De Gaulle no disponía de aviones adecuados para esa ruta, ni de cazas con el alcance necesario para hacer de escolta. En su lugar, optó por un itinerario tortuoso en un avión francés que pasaba por El Cairo y Teherán y acababa en Bakú, en el mar Caspio, seguido de un viaje de cinco días en un tren especial, proporcionado por Stalin, que atravesaba un paisaje devastado por la batalla de Stalingrado y los combates alrededor de Moscú. La incomodidad del viaje era un precio que mereció la pena pagar. Permitió a De Gaulle discutir con el autócrata soviético el acuerdo de paz de la posguerra antes de que Stalin mantuviera la siguiente reunión con estadounidenses y británicos, y hacerlo por derecho propio como representante de una potencia. Se convirtió así en el primer dirigente aliado que discutió el acuerdo de posguerra con Stalin.

Cuando llegó al Kremlin, el principal tema de conversación fue la estructura de la Europa de posguerra. Stalin dejó claro que su objetivo era dominar Europa del Este. Propuso que Francia reconociera el Gobierno de Lublin, que él había establecido en la Polonia ocupada por los soviéticos, como sucesor del Gobierno polaco reconocido internacionalmente, cuya integridad territorial había sido el motivo por el que Reino Unido había declarado la guerra a Alemania en 1939. De Gaulle eludió la petición diciendo que necesitaba saber más

sobre el Gobierno de Lublin y dando a entender que el respaldo soviético no era por sí solo suficiente para que Francia lo reconociera, pero también que, si existía una contraprestación adecuada, no era un objetivo que Stalin no pudiera conseguir.

A su vez, De Gaulle presentó su propia propuesta para Europa central, que suponía la revocación de doscientos años de historia europea. En su opinión, los territorios alemanes al oeste del Rin debían ser cedidos a Francia, incluida la región del Sarre (una importante zona de producción de carbón) y partes de la región industrial del Ruhr. En la Alemania reconstituida, Baviera se convertiría en el estado más grande y Prusia se disolvería, asignándose su mayor parte a la reestructurada provincia de Hannover.

De Gaulle no mencionó en ningún momento que hubiera consultado a sus aliados, y Stalin sin duda comprendió que los estadounidenses y los británicos nunca estarían de acuerdo con semejante alteración del mapa de Europa. Así que respondió que tenía que discutir la propuesta con los británicos, por cuyos sentimientos no había demostrado antes ninguna preocupación especial. Pero, al omitir cualquier referencia a Estados Unidos, Stalin también dio a entender que podía llegarse a un acuerdo europeo independiente que excluyera a Estados Unidos.

Al final, los dos líderes se conformaron con un pacto de asistencia mutua cuyo objetivo era impedir una agresión de Alemania en la posguerra, pero, en una sorprendente cláusula adicional, se comprometieron a actuar de manera conjunta si cualquiera de las partes, tras tomar «todas las medidas necesarias para eliminar cualquier nueva amenaza de Alemania», era invadida. Este tratado de asistencia mutua, que recordaba a la alianza franco-rusa que precedió a la Primera Guerra Mundial, carecía de eficacia práctica inmediata por la distancia geográfica que separaba a las dos potencias y por el hecho de que el Gobierno francés acababa de establecerse hacía

tres meses.

Mientras tanto, De Gaulle experimentó tempranamente el estilo de negociación soviético que años después, durante la Guerra Fría, se convertiría en un estereotipo. El ministro de Exteriores soviético, Viacheslav Molotov, que supervisaba la preparación de los documentos finales para Stalin, rechazó el primer borrador francés, prometiendo elaborar una alternativa enseguida. Dos días después, cuando tuvo lugar lo que se había planeado como la cena final de la visita, el borrador seguía sin aparecer. De Gaulle no cedió. Después de permanecer sentado toda la cena y asistir a una serie interminable de brindis, se levantó de su asiento poco después de la medianoche (temprano, para un banquete de Stalin) y pidió que su tren saliera temprano por la mañana al día siguiente.

Regresar a casa con las manos vacías tras un viaje tan desalentador habría sido humillante, pero el reto funcionó. A las dos de la madrugada apareció un borrador soviético de respuesta que, con modificaciones, a De Gaulle le pareció aceptable. Se firmó a las cuatro de la mañana en presencia de Stalin, que bromeó con que los franceses habían sido más listos que él. Dada la fama que tenía Stalin de astuto y brutal, este tipo de comentarios autocríticos habían servido para satisfacer a muchos interlocutores antes, entre ellos el ministro de Exteriores de Hitler, Joachim von Ribbentrop.[71]

El regreso de De Gaulle tras su visita a Moscú, el 17 de diciembre de 1944, se celebró en París como la reincorporación de Francia a Europa tras cuatro años de ausencia y como un triunfo diplomático personal.[72] El acuerdo también reforzó la posición de De Gaulle dentro del país frente a los comunistas franceses. Sin embargo, a los pocos días, la guerra volvió a estar en primer plano, cuando se produjo el inicio de la ofensiva alemana en el bosque de las Ardenas y en Alsacia.

Mientras fue el líder de la Francia Libre, las declaraciones y actuaciones de De Gaulle habían evocado un tema común: reconstruir un Estado francés legítimo y poderoso, que por sí solo pudiera restablecer el orden después de la liberación y tratar a los aliados de igual a igual en la fase final contra Alemania. «El Estado, que responde por Francia —escribió De Gaulle en sus memorias de la presidencia—, tiene a su cargo, al mismo tiempo, la herencia del ayer, los intereses de hoy y las esperanzas del mañana».[73] Al concebir el Estado como un pacto generacional, sus palabras recordaban a las de Edmund Burke, que definió la sociedad como «una asociación [...] entre los que viven, los que están muertos y los que nacen».[74]

Esta idea de Estado sirvió para salvar la autoestima de Francia, al presentar al régimen de Vichy como un interregno equivocado entre un pasado glorioso y un futuro brillante; y a la Francia Libre, como la verdadera continuidad del Estado. Si De Gaulle no hubiera luchado con tanta determinación por la identidad francesa durante los años de la guerra —o si no hubiera proclamado su liderazgo de una alternativa francesa al régimen de Vichy cuya base era internacional— el mito de la continuidad habría sido inverosímil. Como hemos visto, solo una parte comparativamente pequeña de la sociedad francesa apoyó de forma activa a la Francia Libre; sin embargo, el hechizo de De Gaulle fue lo bastante poderoso como para desterrar este hecho de la memoria francesa. El olvido, paradójicamente, es a veces el pegamento de las sociedades que, de otro modo, no se cohesionarían.

El hecho de restar importancia al régimen de Vichy también dio a De Gaulle, en octubre de 1944, flexibilidad para disolver la milicia patriótica, un grupo parapolicial de antiguos combatientes de la Resistencia que perseguía a los presuntos

colaboradores nazis. En su lugar, impuso un sistema uniforme de justicia que había preparado con anterioridad en Argel. El Estado o bien tenía el monopolio de la violencia legítima dentro de su territorio o no lo tenía; las ejecuciones sumarias no tenían cabida en la Francia de De Gaulle.

Los avances militares se sucedieron con rapidez. A finales de 1944, las filas francesas aumentaron hasta los quinientos sesenta mil soldados. El 23 de noviembre, el Primer Ejército francés, comandado por el general Jean de Lattre, retomó la ciudad medieval de Estrasburgo, cumpliendo así el juramento de Leclerc en Kufra. Pero la ofensiva lanzada por Alemania contra Alsacia en diciembre de 1944 —enlazada con la ofensiva previa contra las Ardenas— amenazaba ahora con rodear la ciudad. Este acontecimiento planteó la eterna pregunta de si la estrategia de guerra debía estar determinada por consideraciones militares o políticas. Mientras el campo de batalla militar estuviera en suelo francés, De Gaulle dio prioridad a lo político.

El comandante estadounidense, el general Bradley, quería establecer una línea defensiva en la cordillera de los Vosgos, desde la que poder organizarse para lanzar una contraofensiva, una estrategia que implicaba la evacuación de Estrasburgo. La reacción de De Gaulle fue clara. Las fuerzas francesas, insistió, no se retirarían de una ciudad que, en el último siglo, había cambiado de manos cuatro veces entre Alemania y Francia. De Gaulle dio instrucciones a De Lattre para que no acatara las órdenes de Eisenhower, creando un conflicto entre sus obligaciones nacionales y las de los aliados. Al mismo tiempo, apeló a Roosevelt, Churchill y al propio Eisenhower para que lo reconsideraran, y anunció una visita personal al cuartel general de los aliados para defender su postura.

Al llegar al cuartel general de Versalles, el 3 de enero de 1945, se encontró con que Churchill ya estaba allí, para tratar

de evitar un conflicto abierto entre los aliados en medio de una ofensiva alemana. En este caso, la fortuna fue benévola tanto con la causa aliada como con el lugar de De Gaulle en la historia. La situación militar había mejorado, Eisenhower había cambiado de opinión y se permitió que las fuerzas francesas permanecieran en Estrasburgo. La respuesta conforme de Eisenhower evitó lo que, para De Gaulle, podría haber sido un espectáculo: Francia negándose a obedecer al comandante supremo mientras se libraba una batalla. Sin embargo, aunque De Gaulle se impuso, su victoria supuso que en el futuro la disposición estadounidense a complacerle tendría un coste mayor.

La fase final de la guerra, en abril de 1945, provocó otra afirmación de la autonomía francesa: De Gaulle ordenó a sus fuerzas que ocuparan Stuttgart, la ciudad industrial del suroeste de Alemania, a pesar de que había sido asignada a la futura zona de ocupación estadounidense y, a efectos operativos, al ejército estadounidense. Siguiendo su táctica habitual, De Gaulle no modificó su orden cuando se le señaló la discrepancia; como era habitual, su iniciativa tampoco fue una invitación al diálogo.

Harry Truman, el nuevo presidente, que había sucedido a Roosevelt el 12 de abril, no se dejó impresionar por la explicación que dio De Gaulle de su desafío: que, en realidad, Francia debería sustituir a Reino Unido como el principal aliado europeo de Estados Unidos. La guerra había dejado a Reino Unido demasiado exhausto para desempeñar ese papel. Truman insistió en la delimitación acordada de las zonas de ocupación y amenazó con una completa reconsideración de los compromisos existentes. A De Gaulle no le quedó más remedio que ceder, aunque no se sintió obligado a hacerlo con elegancia.

Mientras tanto, en el frente interno las carencias persistían.

«No teníamos comida para satisfacer las necesidades más básicas de la existencia», escribiría en sus memorias de guerra De Gaulle sobre el periodo posterior a la liberación.[75] La gente no podía ingerir más de mil doscientas calorías diarias. El mercado negro proporcionaba cierto alivio a quienes tenían medios, pero en casi todas partes reinaba la escasez:

> Como no había lana, ni algodón, ni apenas cuero, muchos ciudadanos vestían ropas raídas y caminaban con zapatos de madera. No había calefacción en las ciudades, porque la pequeña cantidad de carbón que se extraía se reservaba para los ejércitos, los ferrocarriles, las centrales eléctricas, las industrias básicas y los hospitales [...]. En casa, en el trabajo, en las oficinas y las escuelas, todo el mundo tiritaba de frío [...]. Pasarían años antes de que recuperásemos el nivel de vida previo a la guerra.[76]

Los franceses vivían en un estado de penuria tanto espiritual como material. El comunismo se presentaba como la expresión de la solidaridad con los oprimidos y como un espacio de prestigio gracias a su desproporcionada representación en las filas de la Resistencia, así como a las victorias de Stalin en el frente oriental. Por lo tanto, De Gaulle identificó como una «tarea inmediata» del Gobierno la realización de, en sus palabras, «reformas mediante las cuales pudiera reagrupar lealtades, obtener el apoyo de los trabajadores y garantizar la recuperación económica», todos fines beneficiosos en sí mismos, y todos con el efecto secundario de impedir que el Partido Comunista se hiciera con el control de Francia.[77]

Algunas reformas, que en épocas más plácidas habrían tardado décadas en hacerse, se presentaron en cuestión de semanas. El Gobierno provisional estableció una prestación familiar para apoyar la crianza de los hijos y reactivar la natalidad francesa. Las mujeres francesas pudieron ejercer el derecho al voto por primera vez, lo que satisfizo la antigua

convicción de De Gaulle de que una sociedad moderna requería el sufragio universal. La seguridad social se amplió de forma espectacular: «Así se desvaneció el temor, tan antiguo como la raza humana, de que la enfermedad, un accidente, la vejez o el desempleo cayeran con un peso insoportable sobre los trabajadores», escribió De Gaulle.[78] La planificación de los años de la guerra no disminuyó, se convirtió en una política económica *dirigiste*. Air France, Renault, el carbón, el gas y la electricidad se nacionalizaron. El Alto Comisionado de la Energía Atómica y la Escuela Nacional de Administración, dos pilares de la Francia de la posguerra, se fundaron en la segunda mitad de 1945.

De Gaulle demostró que los cambios revolucionarios no exigían una revolución. Se situó entre los comunistas y los liberales del libre mercado, los arrendatarios y los propietarios, recordando la ecuanimidad que el legislador ateniense Solón mostraba hacia los ricos y los pobres de su sociedad: «Ante ambos sostuve mi escudo de poder, / y no dejé que ninguno tocara el derecho del otro».[79]

Por muy poderoso que fuera el escudo de De Gaulle, amenazaba con ceder ante las tensiones políticas internas. En la posguerra, las instituciones políticas de Francia seguían en un estado embrionario; De Gaulle no podía confiar en ninguna estructura para sostener lo que más tarde llamaría su «cierta idea de Francia». Para contener los violentos cismas que durante mucho tiempo habían dividido Francia entre católicos y laicos, monárquicos y republicanos, socialistas y conservadores, era crucial contar con una autoridad central legítima.

De Gaulle no propuso una dictadura: la autoridad central sería examinada por manifestaciones periódicas de la voluntad popular. Más bien, imaginaba un ejecutivo sometido a un sistema republicano con un poder legislativo bicameral y un

poder judicial independiente:

> Para que el Estado sea, como debe ser, el instrumento de la unidad de Francia, de los intereses más elevados del país, de la continuidad de la política nacional, he considerado necesario que la legitimidad del Gobierno no provenga del Parlamento, es decir, de los partidos, sino de un dirigente situado por encima de ellos, que reciba directamente su mandato del conjunto de la nación y tenga el poder de elegir, decidir y actuar.[80]

El 21 de octubre de 1945, los votantes franceses eligieron la Asamblea Constituyente, una asamblea legislativa provisional encargada de redactar una nueva Constitución. Tres semanas más tarde, esta ratificó a De Gaulle como jefe de Gobierno por una votación casi unánime, que, como él mismo señaló con ironía en sus memorias, fue más un reconocimiento de los servicios prestados en el pasado que una comprensión de su visión del futuro.

Tan pronto como el Gobierno empezó a funcionar, volvieron a surgir los históricos dilemas de la Tercera República. Comenzaron el 21 de noviembre con la propia formación del Gobierno, que, según la Constitución, debía ser aprobada por el Parlamento. Como partido mayoritario de la Asamblea Constituyente, los comunistas exigieron las tres carteras más importantes del gabinete: Política Exterior, Defensa e Interior. Aunque De Gaulle se negó a considerar esta demanda, se sintió obligado a conceder a los comunistas importantes ministerios nacionales, como el de Economía y Trabajo.

En pocas semanas, De Gaulle se dio cuenta de que estaba perdiendo la batalla para definir la nueva Constitución. Un líder político convencional podría haber aceptado tal decepción como el precio de ostentar el poder, pero él no estaba dispuesto a cambiar sus convicciones por lo que otros juzgaban que era práctico. Durante su tortuosa experiencia en la guerra, había

demostrado que lo improbable podía transformarse en realista; si no podía lograr la renovación moral de su sociedad, renunciaría a lo que la mayoría de los líderes políticos considerarían un logro y por lo que él había luchado y sufrido tanto.

El 19 de noviembre, le preguntó al embajador canadiense si Canadá le proporcionaría residencia en su país si dimitiera. En un discurso pronunciado el 1 de enero de 1946 ante la Asamblea en apoyo del presupuesto de defensa, sugirió que podría ser la última vez que hablara «en este hemiciclo».[81] Cinco días después, se fue de vacaciones. Volvió el 14 de enero para decirle en privado a Jules Moch, el ministro del Interior: «Siento que no estoy hecho para este tipo de lucha. No quiero que me ataquen, me critiquen, me cuestionen cada día hombres cuya única pretensión es que los elijan en algún pequeño rincón de Francia».[82]

El 20 de enero, un domingo, cuando aún no habían pasado dieciocho meses desde su regreso triunfal al París liberado, De Gaulle convocó una reunión especial del gabinete. En ella leyó una breve declaración en la que exponía su desprecio por «el régimen exclusivo de los partidos» y su decisión «irrevocable» de dimitir, sin dar ninguna indicación sobre sus planes futuros.[83] Después de estrechar la mano de sus colegas, subió a su coche y se marchó. A sus atónitos colaboradores les quedó una tarea que ninguno imaginó al entrar en la sala: escoger al sucesor de una personalidad que ya era mítica. Eligieron a Félix Gouin, del Partido Socialista, que ocuparía el cargo durante cinco meses.

Los historiadores se han preguntado por qué De Gaulle dimitió en ese momento preciso. Es evidente que estaba en desacuerdo con los métodos de la Tercera República, en vigor

hasta que la Asamblea Constituyente finalizara una Constitución, que a su vez se inclinaba en una dirección que desaprobaba. Pero atacar a las instituciones que dirigía como jefe de Gobierno parecería una muestra de impotencia política o, incluso, una invitación a un golpe bonapartista. Así, paradójicamente, si su intención era hacer realidad la visión en la que había mantenido indefectiblemente la fe durante todas las adversidades y dudas —es decir, asumir el poder para infundir al Gobierno republicano una amplia legitimidad—, tenía que dimitir antes de que el trabajo de la Asamblea hubiera concluido, y no en protesta por una Constitución existente.

Lo que tal vez calculó mal este maestro de la gestión de los tiempos fue el intervalo necesario para que los dirigentes políticos reconocieran su indispensabilidad y se enmendaran.

El abandono

La repentina dimisión de De Gaulle, al igual que su huida a Londres cinco años y medio antes, confirmó su disposición a romper con la Francia oficial cuando sus convicciones ya no podían apoyar la dirección que tomaba esta. Al hacerlo, optó por «retirarme de los acontecimientos antes de que ellos me retiraran a mí».[84] Pero, si el traslado a Londres le había elevado al centro de los acontecimientos históricos mundiales y a la épica tarea de sostener a Francia en el exilio, ahora se encontraba envuelto en la soledad provinciana, un exiliado en su propio país.

Ese gesto estaba en consonancia con la imagen de hombre del destino, alejado de la política de siempre, sin interés en el poder por el poder, que De Gaulle había cultivado cuidadosamente. Su familia se instaló en la Boisserie, una casa

de campo de principios del siglo XIX situada en el pueblo de Colombey-les-Deux-Églises, a unos 225 kilómetros al este de París. El canciller alemán Konrad Adenauer la describiría tiempo después como «una casa muy sencilla que solo tiene algunas habitaciones bien amuebladas en la planta baja, pero que por lo demás [...] es muy rudimentaria».[85] Los inviernos eran grises y duros, porque no había calefacción central. «Este no es un lugar alegre —dijo De Gaulle a un visitante—. Nadie viene aquí a reírse».[86]

En las memorias de guerra, que redactó durante su exilio autoimpuesto, describió cómo encontraba la paz en su austera existencia:

> Esta parte de la Champaña está llena de calma: vastos horizontes tristes; bosques y prados melancólicos; el fresco que forman las viejas montañas resignadas; los pueblos tranquilos, sin pretensiones, donde nada ha cambiado de espíritu ni de lugar desde hace miles de años. Todo esto puede verse desde mi pueblo [...]. Desde un alto en el jardín, contemplo las profundidades salvajes donde el bosque envuelve la tierra cultivada como el mar que golpea un promontorio. Observo cómo la noche cubre el paisaje. Luego, mirando a las estrellas, me sumerjo en la insignificancia de las cosas terrenales.[87]

Durante este periodo, De Gaulle solo hizo una intervención pública que sería relevante a largo plazo: un discurso el 16 de junio de 1946 en Bayeux, en el que presentó su visión de las instituciones políticas de Francia. Dos años y dos días antes, cuando una semana después de la invasión la cabeza de playa de los aliados seguía siendo débil, De Gaulle visitó por primera vez la ciudad normanda. Seis meses tras su dimisión, recordó la importancia de haber instalado allí a un prefecto: «Fue aquí, en el suelo de los antepasados, donde reapareció el Estado».[88] Sin embargo, la labor de reconciliar las instituciones francesas con su misión histórica estaba incompleta; la Constitución de lo

que sería la Cuarta República se estaba redactando entonces y De Gaulle seguía convencido de que lo que saliera de la Asamblea Constituyente no tendría futuro.

De Gaulle expuso su diagnóstico de la dolencia de Francia con su característica franqueza: «Durante un periodo que no llega a dos generaciones, Francia fue invadida siete veces y pasó por trece regímenes». Estas «numerosas perturbaciones de nuestra vida pública» habían intensificado la «antigua propensión gala a las divisiones y a las peleas», lo que acabó dando lugar a «la desafección de los ciudadanos ante las instituciones».[89] Se necesitaba una presidencia fuerte, «situada por encima de los partidos», que representara «los valores de la continuidad», como el propio De Gaulle había hecho como líder de la Francia Libre.[90]

Al igual que Montesquieu en su momento, De Gaulle defendía una estricta separación de poderes. Era muy importante que el presidente no estuviera a merced del poder legislativo, porque eso generaría «una confusión de poderes en la que el Gobierno no tardaría en ser poco más que un conjunto de delegaciones»; en la que el interés nacional no encontraría ningún defensor; y en la que cualquier ministro del gabinete quedaría reducido a un mero «representante del partido».[91] Un poder legislativo bicameral proporcionaría a los constituyentes una cámara alta con derecho a revisar y modificar la legislación aprobada por la cámara baja, pero también a proponer proyectos de ley a la Asamblea Nacional. De esta forma, la Constitución francesa aprovecharía «las fecundas grandezas de una nación libre reunida bajo la tutela de un Estado fuerte».[92]

Este segundo discurso de Bayeux también fue notable por la manera en que De Gaulle expuso sus ideas sobre la democracia, un tema del que rara vez hablaba. A diferencia de sus homólogos estadounidenses, él solía identificar más la

democracia con su marco institucional que con una enumeración de libertades individuales. Por eso, en el influyente discurso de Bayeux, su defensa de la democracia adoptó la forma de un mordaz análisis de los defectos y la total inutilidad de la dictadura:

> El destino de la dictadura es exagerar lo que emprende. A medida que los ciudadanos se impacientan con sus limitaciones y empiezan a pensar con nostalgia en su libertad perdida, la dictadura debe, cueste lo que cueste, ser capaz de compensar eso con logros cada vez más grandes. La nación se convierte en una máquina a la que el amo impone un régimen de aceleración desenfrenada. Al final, algo tiene que ceder. El grandioso edificio se derrumba entre sangre y desgracias. La nación queda rota y peor [...].[93]

En resumen, el Gobierno republicano era el mejor baluarte entre el caos y la tiranía. El llamamiento de De Gaulle en Bayeux no sirvió para impedir el borrador final de la Constitución de la Cuarta República, que mantenía la supremacía parlamentaria y el débil poder ejecutivo de su predecesora. Se ratificó mediante un referéndum en octubre de 1946.

A pesar de que De Gaulle esperaba que el país le convocara enseguida, nadie le llamó. Se enfrentó a episodios de pesimismo con un estoicismo evidente, llegando a veces a un estado de ánimo apocalíptico. En 1947, intentó lanzar un movimiento político nacional independiente de los partidos establecidos; generó un breve entusiasmo antes de diluirse.

Mientras tanto, la situación general del país se estabilizó y mejoró. Aunque se sucedían los primeros ministros, volvieron a aparecer fuentes de vitalidad. La economía, con la ayuda del Programa de Recuperación Europea (o Plan Marshall) dirigido por Estados Unidos, empezó a recuperarse y, a principios de la década de 1950, la preparada mano de obra de Francia, su

experiencia técnica y su integración en un sistema de comercio abierto patrocinado por Estados Unidos se combinaron para lograr una prosperidad histórica.

La Cuarta República se hundió en 1958, no tanto por los problemas internos como por su incapacidad para establecer una política sobre sus posesiones coloniales. Gastó demasiados de los réditos políticos de la recuperación económica en tres crisis coloniales: el intento de mantener Indochina, la intervención en Suez y, sobre todo, la crisis argelina.

El fracaso en Indochina y la frustración en Oriente Próximo

Indochina fue la primera de una serie de dificultades que surgieron durante la posguerra y que pusieron a prueba la reivindicación de las antiguas esferas de influencia geopolítica de Francia, una demanda de la Cuarta República. Conquistada gradualmente por Francia entre 1862 y 1907, desde la caída de esta en junio de 1940, la colonia había estado bajo la doble ocupación de Japón y el régimen de Vichy. En marzo de 1945, ante el temor de una invasión aliada y la sospecha de que los colonos franceses podían estar organizando una revuelta, los japoneses derrocaron a sus antiguos colaboradores y establecieron un gobierno directo.

En agosto de 1945, cuando los japoneses se rindieron, había dos fuerzas poderosas que se estaban preparando para aprovechar el vacío: la insurgencia comunista del Viet Minh de Ho Chi Minh, que durante la guerra se había enfrentado tanto a los franceses como a los japoneses; y una campaña militar aliada cuyo objetivo era retomar la colonia, en la que estaban implicadas tropas chinas, británicas e indias, así como un cuerpo expedicionario francés bajo el mando del general Leclerc.

A principios de 1946, parecía que las fuerzas francesas habían reafirmado en buena medida el control sobre Indochina. Pero los arduos esfuerzos de Francia solo lograron un breve interregno de tranquilidad. La noche del 19 de diciembre de 1946, el Viet Minh provocó varias explosiones en Hanói, lo que marcó el inicio de otra larga y sangrienta guerra.

En 1954, el régimen colonial de Vietnam se había vuelto insostenible. Laos y Camboya se habían independizado de Francia el año anterior. La Administración Eisenhower, que acababa de salir de la guerra de Corea, no estaba dispuesta a respaldar militarmente a Francia en Vietnam. La estrategia del general Henri Navarre de atraer al general vietnamita Võ Nguyên Giáp a una batalla abierta, concentrando las fuerzas en el valle de Dien Bien Phu, que parecía una caldera, había resultado una debacle. En ocho semanas, las fuerzas norvietnamitas proporcionadas por China atraparon a los franceses y a principios de mayo provocaron su rendición.

Tras esta catástrofe, Pierre Mendès France, el único primer ministro de la Cuarta República por el que De Gaulle expresaría más tarde su respeto, se apresuró a concluir las negociaciones de Ginebra sobre el futuro de Vietnam. Según el acuerdo resultante, Francia abandonaría la colonia, que quedaría dividida por el paralelo diecisiete en el norte comunista y el sur anticomunista.

De Gaulle, que durante ese drama no tenía ningún cargo, nunca olvidó la lección. Cuando se reunió con Kennedy en mayo de 1961, desaconsejó al joven presidente estadounidense que se involucrara en la región. Como se recoge en un memorando oficial:

> El presidente De Gaulle recordó la guerra que Francia libró en Indochina. Manifestó su sensación de que una nueva guerra no llevaría a ningún sitio, aunque quien la librara fuera Estados Unidos. Si

> Estados Unidos considera que su seguridad o su honor le obligan a intervenir, los franceses no se opondrán a esa intervención, pero no participarán en ella, excepto, por supuesto, si condujera a una guerra mundial, en cuyo caso Francia estaría siempre del lado de Estados Unidos.[94]

El segundo golpe que Francia sufrió en la posguerra fue el resultado de una operación militar conjunta con Reino Unido para restaurar la posición de Occidente en Oriente Próximo. Consistió en invadir, en connivencia con Israel, que perseguía sus propios objetivos nacionales, la región del canal de Suez en 1956.

En 1954, Gamal Abdel Nasser se había hecho con el poder en Egipto, deponiendo al general Mohamed Naguib, que dos años antes había sustituido a la monarquía. Nasser creó un régimen nacionalista que se decantó cada vez más por el apoyo económico soviético y se armó con armas soviéticas. En julio de 1956, nacionalizó el canal de Suez, cuya propiedad había sido francesa y británica. Reino Unido se enfrentaba así al fin de su preeminencia en la región, y Francia a la perspectiva de que un Nasser envalentonado pudiera redoblar el apoyo a los nacionalistas insurgentes en sus posesiones del norte de África, sobre todo en Argelia.

En octubre de 1956, en una operación coordinada que se había acordado en secreto, las fuerzas británicas y francesas se movilizaron para tomar el canal días después de que las fuerzas israelíes hubieran invadido la península del Sinaí. La Administración Eisenhower, para la que la Guerra Fría era una contienda ideológica por la lealtad del mundo en desarrollo, se quedó paralizada por el temor a que la Unión Soviética aprovechara la ocasión para apropiarse de Oriente Próximo. Por eso, el 30 de octubre, veinticuatro horas después del ataque inicial de Israel, Estados Unidos presentó una resolución ante el

Consejo de Seguridad que ordenaba a las fuerzas armadas israelíes «retirarse de inmediato [...] detrás de las líneas de armisticio establecidas». Cuando esta resolución fue vetada por Reino Unido y Francia, Eisenhower llevó la cuestión ante la Asamblea General. El 2 de noviembre, esta exigió el fin de las hostilidades por una abrumadora mayoría en la votación, sesenta y cuatro frente a cinco. En una sesión nocturna celebrada los días 3 y 4 de noviembre, se aprobó una resolución aún más contundente y se empezó a discutir la creación de una fuerza de paz de las Naciones Unidas para el canal. El 6 de noviembre, la rápida pérdida de valor que experimentaba la libra esterlina se volvió alarmante. A diferencia de lo que había hecho en ocasiones previas, Estados Unidos se mantuvo al margen y se negó a intervenir para calmar el mercado.[95] Estas medidas convencieron a Reino Unido y Francia de suspender la operación.

El hecho de que Washington desautorizase la actuación anglofrancesa en Suez puso de manifiesto los límites de la OTAN como alianza militar intergubernamental, y del compromiso de Estados Unidos con sus aliados. Londres y París sacaron lecciones antitéticas de su desventura. Reino Unido, conmocionada por el declive de su papel histórico y escarmentada por sus desavenencias con Washington, se esforzó por restaurar la relación especial con Estados Unidos. Volvería a modificar elementos de las políticas históricas a cambio de aumentar su influencia en la toma de decisiones estadounidense. Francia, por el contrario, tenía muchas menos posibilidades de conseguir ese tipo de influencia en las decisiones estadounidenses, y se enconó en su frustración, creando una brecha de percepción dentro de la Alianza Atlántica que alcanzaría su plena expresión tras el regreso de De Gaulle.

Sin embargo, antes de que eso ocurriera, a las inestabilidades

crónicas de la Cuarta República se sumaría la crisis colonial de Francia en el norte de África.

Argelia y el regreso de de Gaulle

Conquistada por Francia en 1830, Argelia tenía un estatus especial dentro de los territorios franceses en el extranjero. En las décadas posteriores a la anexión, oleadas de colonos franceses y del sur de Europa se instalaron en su costa. En la década de 1950, eran casi un millón, en su mayoría franceses, a los que se conocía como *pieds-noirs*.

Como hemos visto, el litoral del norte de África desempeñó un papel fundamental en la estrategia militar aliada durante la Segunda Guerra Mundial; Argelia, en concreto, promovió la estrategia personal de De Gaulle para alcanzar el poder. A diferencia de Túnez, Marruecos o las colonias francesas subsaharianas, el litoral argelino había sido tratado constitucionalmente como parte integral de la Francia metropolitana, con un estatus comparable al de Córcega. Hasta tal punto se la consideraba parte de la patria francesa que, en 1954, el primer ministro Mendès-France pensó en trasladar allí las fábricas de armas francesas, para mantenerlas fuera del alcance de los soviéticos.

La idea de Argelia como una especie de santuario no sobreviviría a ese año. En noviembre, el territorio se vio golpeado por una oleada de ataques de guerrillas organizados por el Frente de Liberación Nacional (FLN), que exigía un Estado independiente, «soberano, democrático y social, en el marco de los principios del islam».[96] En respuesta a este desafío, Mendès-France declaró: «Nunca un Gobierno francés renunciará al principio de que Argelia es Francia».[97] Aunque Jacques Soustelle, el gobernador francés, entre otros, creía que

las iniciativas de desarrollo económico podían frenar la incipiente insurgencia, las condenas aumentaron durante los meses siguientes.

La CIA había previsto al principio un «acuerdo argelino» en el plazo de un año.[98] Pasados unos meses, sus analistas cambiaron de opinión y sostuvieron que la humillación que Francia había sufrido en Dien Bien Phu y su falta de disposición a «afrontar las realidades» —que nunca se definieron— estaban contribuyendo a avivar el conflicto en Argelia. Incluso los gobiernos franceses de izquierdas se vieron atrapados en un ciclo de escalada militar. François Mitterrand, el futuro abanderado del Partido Socialista y presidente de Francia, que entonces era ministro del Interior de Mendès-France, habló en nombre de muchos izquierdistas cuando reiteró la afirmación del primer ministro: «Argelia es Francia». Pero ahora, añadió: «La única negociación es la guerra».[99]

Lo que en un principio se había considerado una cabeza de playa para la proyección del poder francés, se estaba convirtiendo en un cáncer que corroía al país desde dentro. Los *pieds-noirs*, enfurecidos por la incapacidad del Gobierno francés en París para protegerlos, formaron grupos paramilitares que desafiaban a la autoridad electa. El ejército francés estaba cada vez más resentido con la clase política por su indecisión, a la que culpaba del estancamiento. Mientras caía un Gobierno tras otro —seis entre los ataques del FLN en noviembre de 1954 y el regreso de De Gaulle en junio de 1958—, la opinión pública francesa se exasperaba cada vez más por esta crisis aparentemente irresoluble. Algunos elementos clave de la sociedad francesa se rebelaron contra la autoridad del Estado, y lo que empezó como una insurrección de los nacionalistas árabes contra el colonialismo francés corría el riesgo de propagarse y acabar siendo una guerra civil francesa.

Argelia fue el último acto de la saga de la retirada imperial

francesa y el primero del regreso de De Gaulle para salvar a Francia por segunda vez. De Gaulle había estado observando la creciente parálisis desde Colombey. Al principio, esperaba que se reconociera enseguida su indispensabilidad. Pero ningún líder del partido asumió la responsabilidad de fomentar, no ya apoyar, una revisión de la Constitución que fuera compatible con la lista pública de prerrequisitos que De Gaulle había establecido para su regreso.

En mayo de 1958, la situación interna había alcanzado la fase crítica que De Gaulle había estipulado. Un grupo de generales, entre ellos el general Jacques Massu, comandante de los paracaidistas, exigió al presidente francés René Coty, con un llamamiento de apariencia golpista, que De Gaulle fuera nombrado jefe de un Gobierno de seguridad nacional. Al mismo tiempo, la Asamblea Nacional buscaba un primer ministro fuerte. Se decantó por Pierre Pflimlin, miembro del Partido Democristiano, que al principio dudó y luego fue incapaz de formar una mayoría estable. Argelia seguía en ebullición.

De Gaulle maniobró con gran habilidad entre las facciones enfrentadas y se negó a tomar partido. No dijo que estuviera dispuesto a asumir el cargo hasta que todos los partidos se encontraron bloqueados por sus objetivos incompatibles. La Asamblea temía cada vez más un golpe militar y recurrió a De Gaulle para que lo evitara; el ejército se sintió atraído por la idea del regreso de De Gaulle, porque el exmilitar defendía un Estado fuerte, lo que interpretaba como resolución para aplastar a los insurgentes argelinos. Para reforzar el temor a que cayeran paracaídas sobre París, los oficiales de las unidades argelinas tomaron Córcega sin derramar sangre, lo que provocó la dimisión de Pflimlin.

De un modo u otro, todos los partidarios de De Gaulle le malinterpretaron. Utilizó la presión del ejército como

herramienta, pero no pretendía tomar el poder por la fuerza. De hecho, su objetivo no era un nuevo bonapartismo, sino un Estado constitucional lo bastante fuerte para devolver al ejército a los cuarteles. Del mismo modo, quería que le pidieran que volviera de manera constitucional y no trabajar para el sistema político existente, sino abolirlo.

De Gaulle no planteó ninguna demanda específica, sino que mantuvo una astuta ambigüedad, se puso a disposición de todas las facciones y, sin restringir su flexibilidad, se presentó ante cada una de ellas como la mejor solución última a sus peores temores. Al maniobrar de tal forma que fueran las fuerzas contendientes las que acababan como solicitantes, siempre negociaba desde una posición aventajada.

Como bien entendió De Gaulle, la constelación política de la primavera de 1958 había ocasionado la que probablemente sería su última oportunidad para cumplir la tarea que, según él, la historia había asignado a Francia. Pero tuvo la sensatez de abordarla como un juego de Wei-Ch'i o go chino, que comienza en un tablero en blanco y con cada parte en posesión de ciento ochenta piezas, y en el que el éxito se logra a través de la paciencia y un mejor entendimiento de la evolución de la situación táctica.

Si hubiera compartido su programa, se habría arriesgado a alejar a todas las facciones o a empujarlas a una actuación precipitada. En lugar de eso, convenció a cada grupo de que promover su candidatura era la mejor manera de boicotear a sus rivales. Al final, el 29 de mayo de 1958, el presidente Coty invitó a De Gaulle a convertirse en el último primer ministro de la Cuarta República, extendiendo la invitación a través del secretario de la Presidencia.

Durante este periodo, De Gaulle solo dio una conferencia de prensa, el 19 de mayo —casi al final de la crisis—, en la que se describió a sí mismo como un «hombre que no es de nadie y

que es de todos» y dijo que solo volvería al poder mediante un decreto excepcional de la Asamblea Nacional, según el cual ocuparía de nuevo el cargo con el propósito de presentar una nueva Constitución.[100] Tenía una respuesta para todas las preocupaciones. Al ejército le dijo que lo normal era que su función fuera servir al Estado, a condición de que hubiera un Estado. A quienes les preocupaba la amenaza que él podía suponer para la democracia, les señaló que en 1944 había restaurado las instituciones democráticas de Francia. «¿Por qué iba, a los sesenta y siete años, a empezar una carrera como dictador?».[101] Terminó la conferencia de prensa diciendo: «He dicho lo que tenía que decir. Ahora vuelvo a mi pueblo y me pongo a disposición del país».[102]

El 1 de junio, llegaron a su fin las múltiples consultas y De Gaulle compareció ante la Asamblea Nacional por primera vez desde su dimisión en enero de 1946. Leyó sin emoción el edicto que disolvía la cámara y le otorgaba plenos poderes durante seis meses para la redacción de una nueva Constitución, que luego sería sometida a referéndum. El debate solo duró seis horas. La votación final fue de 329 votos a favor y 224 en contra de la investidura de De Gaulle como primer ministro, un trampolín temporal hacia la presidencia constitucional.

Era la segunda vez en su vida que De Gaulle asumía el liderazgo de Francia: la primera vez en 1940 para rescatarla de las consecuencias de la catástrofe nacional; la segunda en 1958 como la única manera de evitar una guerra civil. La primera vez, el otrora desconocido general de brigada culminó cuatro años de visión solitaria con la liberación de París. La segunda, convertido ya en una figura legendaria, se le llamó para que volviera del exilio interno, salvara al Gobierno constitucional de sí mismo y condujera al pueblo francés hacia un papel posimperial en el mundo, aunque también dinámico e independiente. En esta gran tarea, De Gaulle preveía cuatro

fases: restablecer la estructura constitucional de Francia para crear un Gobierno con autoridad; acabar con las aventuras coloniales de Francia, de forma que se eliminaran como un cáncer del cuerpo político; concebir una estrategia militar y política para Francia que dejara clara su indispensabilidad internacional tanto en la defensa como en la diplomacia; y, por último, defender esa idea estratégica ante los aliados, sobre todo ante unos Estados Unidos reticentes.

La quinta república

De Gaulle vinculó el proceso que acabó con la Cuarta República a tres factores. Para «salvar el país al tiempo que se mantenía la República» era esencial, en primer lugar, «cambiar un sistema político desacreditado»; en segundo lugar, hacer que el ejército volviera «a la senda de la obediencia sin demora»; y, en tercero, situarse a sí mismo en una función de liderazgo, como la única persona que podía llevar a cabo los cambios requeridos.[103]

Al asumir el cargo, De Gaulle tuvo que transformar su deliberada ambigüedad táctica en un plan estratégico para superar la agitación revolucionaria que había heredado. Los críticos de izquierdas del país concebían la desvinculación radical de Argelia como una tarea sencilla e inequívoca. Pero, en realidad, los procesos de la administración y el asentamiento franceses que habían durado más de un siglo, así como la guerra activa desde 1954, no podían desactivarse con la rapidez con la que se cambia de canal de televisión. El compromiso del ejército de que Argelia seguiría siendo francesa había llevado a De Gaulle al cargo; ahora él actuaba con la convicción de que devolver al ejército su papel de instrumento para la política nacional no era posible con una sola decisión

radical. Sería necesario un proceso que, mediante la reducción gradual del papel de los militares en el orden civil, excluyera la posibilidad de un dominio militar.

Mientras gobernaba por decreto, De Gaulle tenía seis meses para elaborar una nueva Constitución. De acuerdo con los principios establecidos en su discurso de Bayeux de 1946, la nueva Constitución sustituyó la supremacía parlamentaria de la Tercera y de la Cuarta República, y su consiguiente tendencia al enfrentamiento entre las diversas facciones, por un sistema principalmente presidencialista. En la Quinta República, el control de la defensa y la política exterior se reservaría al presidente, que era elegido por sufragio indirecto a través de electores para un mandato de siete años (que se modificó a elección directa en 1962). Para supervisar el funcionamiento del Gobierno, el presidente nombraría a un primer ministro que representara a una mayoría elegida por el pueblo en la Asamblea Nacional. Pero, para evitar un bloqueo entre los poderes ejecutivo y legislativo, el presidente también tenía derecho a disolver la Asamblea y convocar elecciones parlamentarias.

En asuntos cuya importancia nacional fuera fundamental, el presidente podía recurrir a un referéndum popular, un método que De Gaulle, aunque no sus sucesores, empleó de buena gana. En octubre de 1962, encabezó la campaña del referéndum para permitir la elección directa del presidente. Mientras sacaba a Francia de Argelia, convocó dos referéndums para demostrar que la mayoría del país respaldaba su programa.

Es probable que, al principio de la presidencia, De Gaulle no tuviera un sentido preciso de cuál sería su destino final en Argelia, aunque estaba decidido a acabar con una guerra que impedía a Francia cumplir su misión internacional y nacional. Al volver al cargo, emprendió varias estrategias simultáneas,

todas compatibles con estas dos aspiraciones que le habían valido su puesto, aun sin comprometerse con un resultado concreto.

La astuta ambigüedad de De Gaulle se manifestó plenamente durante su visita a Argelia en junio de 1958, poco después de convertirse en jefe de Gobierno. Al dirigirse a una multitud entusiasta de *pieds-noirs*, que lo recibieron como a su salvador, De Gaulle dijo: «*Je vous ai compris*» («Os he entendido»). La frase alentó la fe de aquellos cuyo compromiso con la Argelia francesa había contribuido a ponerle en el cargo, sin hacer nada que limitase sus opciones. La elección de estas palabras también pudo haberle salvado la vida: un potencial asesino se encontraba en un edificio cercano mientras De Gaulle hablaba, pero dejó su rifle cuando escuchó sus palabras.[104]

Como primera medida, De Gaulle ordenó al general Maurice Challe, el militar al mando, que lanzara una ofensiva total para desalojar a los rebeldes del campo. El objetivo era concretar sus dos opciones: integrar a Argelia en Francia mediante una victoria militar o, si eso fracasaba, desacreditar los argumentos del ejército contra un acuerdo político.

Al mismo tiempo, De Gaulle sumó a la fuerza armada una amplia reforma interna. Su Plan de Constantino, llamado así por la ciudad del este de Argelia en la que se anunció en octubre de 1958, supuso un ambicioso esfuerzo humanitario y de desarrollo económico para industrializar y modernizar Argelia. De esta forma, burlaba al mismo tiempo las voces de la izquierda y de la *Algérie française*.[105]

Para implementar su dirección estratégica, De Gaulle recurrió a un referéndum, esta vez vinculando inteligentemente la ratificación de la nueva Constitución con un nuevo acuerdo sobre las posesiones coloniales de Francia. Tanto la metrópoli como las colonias fueron invitadas a votar por sufragio universal sobre el nuevo marco constitucional. Al proponer el

concepto de «comunidad francesa», De Gaulle fue capaz de reemplazar el controvertido debate constitucional que mantenían dos líderes del África colonial francesa: Léopold Sédar Senghor (más tarde presidente de Senegal), que era partidario de una solución federal en la que los africanos se convirtieran en ciudadanos de pleno derecho de Francia y las colonias se fusionaran en dos agrupaciones regionales, y Félix Houphouët-Boigny (antiguo ministro de Sanidad francés y más tarde presidente de Costa de Marfil), que prefería una confederación más laxa.

Cada colonia podía elegir: aprobar la Constitución y unirse a la comunidad francesa o conseguir la independencia inmediata. Todas, excepto la Guinea de Sekou Touré, optaron por permanecer en la comunidad francesa, una institución que compartía unas vagas funciones de seguridad. Pero los vientos de la independencia política soplaban en toda África, y el acuerdo comunitario se vino abajo a los dos años. En 1960, el «año de África», catorce Estados francófonos consiguieron la independencia, evitando así en buena medida guerras de liberación nacional. Las dos excepciones fueron Camerún, donde una lucha sangrienta entre los insurgentes nacionalistas y el ejército francés arrasó el país durante nueve años, y Argelia, que mantuvo un estatus intermedio compatible con un resultado militar o diplomático.

Para asegurar el apoyo africano a la comunidad, en agosto de 1958 De Gaulle emprendió una campaña intercontinental de cinco días, durante la cual habló en un tono inusualmente entusiasta de la nueva misión de Francia. En la capital de Madagascar, mientras señalaba un antiguo palacio vecino, declaró: «¡Mañana volveréis a ser un Estado, como lo erais cuando el palacio de vuestros reyes estaba habitado!».[106] Sus *Memorias de esperanza* recogen la recepción en Brazzaville, la capital del Congo francés: ya sea en las «calles llenas de

banderas del centro de la ciudad» o «en los agitados suburbios de Bajo Congo y Potopoto», las multitudes «deliraban de entusiasmo» por el referéndum.[107]

En un memorando de mayo de 1969 dirigido al presidente Richard Nixon, describí la importancia del extraordinario referéndum constitucional de De Gaulle:

> Había [en él] algo más que simpatía por los nacionalistas africanos o una inteligente propensión por la marea anticolonial. La política africana de De Gaulle reflejaba su concepto de *grandeur*, así como de gratitud. Sus memorias muestran claramente una obsesión por la misión civilizadora de Francia, y él condicionó la independencia de las colonias al mantenimiento de vínculos políticos, económicos y personales que hacían que la influencia y la cultura francesas siguieran siendo dominantes. A su vez, los africanos francófonos llegaron a confiar en esa clase especial de apoyo. El resultado fue que, si en algún lugar De Gaulle convirtió a Francia en una gran potencia, ese fue África.[108]

El final del conflicto argelino

Tras completar el marco constitucional, De Gaulle dirigió la política argelina hasta su conclusión. Quien entendió claramente los problemas de Francia fue Mao Zedong, que predijo ante el líder del FLN, Ferhat Abbas, que Francia no sería capaz de mantener la participación militar en el conflicto a la escala del momento: «Verás que se enfrentan a muchas dificultades. Francia tiene que mantener un ejército de ochocientos mil hombres y gastar tres mil millones de francos al día. Si esto continúa durante mucho tiempo, se derrumbará».[109]

De Gaulle no dejó constancia del momento preciso en que llegó a la misma conclusión. Tampoco era algo inusual en él.

Además de su dramática forma de proclamar los objetivos últimos, solía presentarlos de una manera que oscureciera la naturaleza del camino.

Un par de casos ilustran este aspecto de su comportamiento. Uno de ellos me lo contó Paul Stehlin, entonces jefe de las fuerzas aéreas francesas. En una reunión en la que se discutía la estrategia nacional francesa, De Gaulle había pedido a los participantes que opinaran sobre su política respecto a la OTAN. Poco después, Stehlin, que había permanecido en silencio, fue invitado al despacho de De Gaulle. «¿Ha sido su silencio una expresión de desacuerdo?». Stehlin indicó entonces los motivos de su disconformidad, a lo que De Gaulle respondió crípticamente: «¿Y cómo sabe usted que yo no me dirijo al mismo destino, pero por mi camino?».[110]

Un segundo ejemplo del estilo reservado de De Gaulle a la hora de tomar decisiones se vio en diciembre de 1958, durante la redacción del programa para una reforma fiscal nacional. El plan propuesto, obra de un alto funcionario y economista llamado Jacques Rueff, resultó muy controvertido. Mientras lo consideraba, De Gaulle convocó en su oficina a Roger Goetze, un asesor económico, y le dijo que, incluso cuando evaluaba las perspectivas de la propuesta mejor concebida, un responsable político hacía bien en ser prudente y dudar de un tercio de ellas. «Usted es el experto —dijo De Gaulle—. Mañana por la mañana me dirá si considera que el plan tiene dos tercios de posibilidad de éxito. Si es así, lo aplicaré».[111] Al día siguiente, Goetze afirmó que confiaba en el plan de Rueffy De Gaulle lo aceptó. Proclamado por decreto y presentado a la opinión pública francesa en un discurso radiofónico, constituyó la base económica de la presidencia de De Gaulle, que comenzó oficialmente el 8 de enero de 1959.

El 16 de septiembre de 1959, en un discurso televisado, De Gaulle concretó repentinamente las opciones en Argelia frente

a Francia. Planteó tres opciones sin comprometerse de manera definitiva con ninguna. Como escribe su biógrafo Julian Jackson:

> La primera era la independencia o «secesión» (*scission*), como la denominó De Gaulle [...]. Una segunda opción era lo que él explicaba con el neologismo «francisación», que era su manera de describir lo que los defensores de la *Algérie française* llamaban «integración» [...]. La tercera opción era «el gobierno de Argelia por los argelinos, apoyado por la ayuda de Francia y en estrecha unión con ella», con un sistema federal dentro de Argelia en el que las diferentes comunidades cohabitarían pacíficamente.[112]

De Gaulle prefería la tercera opción, a la que llamaba «asociación», pero en privado pensaba que tal vez era demasiado tarde para evitar la primera, la ruptura total de Argelia con Francia.[113] La primera y la tercera opción implicaban una importante autodeterminación para la población de mayoría musulmana del país, mientras que la segunda preveía la fusión gradual de franceses y argelinos en un solo pueblo.

Cuatro meses después, en enero de 1960, con una situación militar que aún no había mejorado sustancialmente, los activistas *piednoir*, inquietos por las opciones que había enumerado De Gaulle, empezaron a construir barricadas en Argel. Cuando se conoció la noticia, yo estaba en París, y había pasado la primera parte del día con un grupo de oficiales del ejército francés que me habían invitado a conversar sobre mi libro *Armas nucleares y política internacional*. Como era de esperar, el impacto de las barricadas se impuso a la preocupación por la estrategia nuclear. Varios de mis interlocutores (en su mayoría con rango de coronel o general de brigada) culparon al presidente de la simpatía que sentían las tropas por los rebeldes *pied-noir*, y sostuvieron que cada vez

que De Gaulle aparecía en escena dividía a Francia, y que por lo tanto había que quitarle de su puesto.

Ese mismo día, comí con Raymond Aron, el gran filósofo político francés. En un café de la *rive gauche*, manifestó con vehemencia su consternación por las barricadas: «Estoy empezando a avergonzarme de ser francés; estamos actuando como españoles, en un estado de revolución permanente». Ante estas palabras, un comensal de una mesa cercana se levantó, se acercó a la nuestra, se identificó como oficial en la reserva y exigió una disculpa en nombre del ejército francés.

El 29 de enero, en Francia muchos —todos mis conocidos allí — esperaban un golpe militar, tal vez incluso un descenso de paracaidistas sobre París. Esa noche, De Gaulle habló en televisión con su uniforme de guerra. Tras una cruda descripción de la situación en Argel, se dirigió al ejército francés y le ordenó que derribara las barricadas sin excepción: «Deben obedecerme todos los soldados franceses. Ningún soldado debe, en ningún momento, ni siquiera de forma pasiva, asociarse con la rebelión. En última instancia, debe restablecerse el orden público».[114] Al día siguiente, se desmontaron las barricadas. Fue una extraordinaria demostración de liderazgo carismático.

En abril de 1961, un golpe de Estado abortado por el ejército marcó el último levantamiento de los colonos argelinos contra lo que De Gaulle entendía que era su tarea histórica: la retirada. Una vez más, tomó la palabra en la televisión para denunciar la deshonesta acción en Argelia:

> Ahora se desdeña al Estado, se desafía a la Nación, nuestro poder se degrada, nuestro prestigio internacional se rebaja, nuestro papel y nuestro lugar en África se ponen en peligro. ¿Y quién hace esto? ¡Ay! ¡Ay! Hombres cuyo deber, honor y razón de ser era servir y obedecer. [115]

El golpe de Estado fracasó, pero los sentimientos encontrados no desaparecieron. El 22 de agosto de 1962, De Gaulle y su esposa Yvonne escaparon de ser asesinados por miembros de la Organización de la Armada Secreta (OAS) armados con ametralladoras en el suburbio parisino de Petit-Clamart. (Al igual que ocurrió durante los disparos de francotiradores en una misa celebrada en la catedral de Notre Dame el 26 de agosto de 1944, De Gaulle se negó a agacharse). Otros no tuvieron tanta suerte: unos dos mil ciudadanos franceses fueron asesinados por la OAS en bombardeos y asesinatos selectivos en dos años.[116]

En agosto de 1961 —cuando llevaba tres años de presidencia— De Gaulle empezó a preparar al pueblo francés para el posible desenlace. Comenzó a retirar las tropas de Argelia con la justificación de que eran necesarias para la defensa de Europa. Para los colonos franceses, subordinar la seguridad de lo que legalmente era una provincia de Francia a la defensa europea representaba un golpe a la imagen que tenían de sí mismos y un cambio radical en las prioridades de Francia. La sociedad francesa tal vez estuviera agotada por las guerras coloniales, pero los colonos, y sobre todo el ejército, habían soportado los mayores sacrificios y se sentían muy engañados.

El desenlace llegaría con los Acuerdos de Evian, negociados en secreto por los ministros de De Gaulle y los representantes del FLN a principios de 1962. Este documento de noventa y tres páginas establecía la creación de un Estado independiente, al tiempo que salvaguardaba las acciones estratégicas francesas en su territorio, entre ellas el acceso a las instalaciones militares y un trato preferente para sus empresas energéticas. De las tres opciones que De Gaulle había considerado con anterioridad, esta era la «secesión *light*». De Gaulle anunció un referéndum sobre el pacto que se celebraría en abril en la Francia metropolitana. Obtuvo más del 90 por ciento de apoyo,

un respaldo abrumador que se vio reforzado por el descontento público ante los atentados terroristas de lo que quedaba de la OAS, que pretendían desbaratar el acuerdo. Una votación posterior en Argelia, el 1 de julio, respaldó los Acuerdos de Evian con un 99,72 por ciento de apoyo. Dos días después, Francia reconoció el nuevo Estado. Con todo, los prometidos derechos sobre los minerales no se materializaron y Francia realizaría su última prueba nuclear en el desierto argelino cuatro años después, en 1966.

De Gaulle había conseguido que la *Algérie française* pasara de ser un hecho evidente a mediados de la década de 1950 a un eslogan extremista pronunciado sobre todo por los *pieds-noirs* cinco años después. Pero, para entonces, las diversas fuerzas integracionistas que en 1958 habían ayudado a impulsar a De Gaulle a la presidencia habían quedado reducidas a un movimiento terrorista marginal. Poco después de la firma de los acuerdos de paz, ochocientos mil colonos franceses fueron expulsados de Argelia por el nuevo régimen —que combinaba aspectos del islamismo, el socialismo y el nacionalismo árabe— o abandonados a su suerte. Por temor a la violencia, en 1970 ciento cincuenta mil de los doscientos mil restantes habían optado por emigrar.[117] En cuanto a los musulmanes argelinos que habían sido fieles a Francia —los *harkis*—, la retirada los dejó indefensos ante las represalias del FLN, que los consideraba unos traidores. Unos cuarenta mil pudieron huir a Francia, pero decenas de miles se quedaron en Argelia y fueron masacrados.[118]

De Gaulle consideró su acción como un servicio patriótico a la causa de restaurar la autoestima nacional y la voz francesa en los asuntos internacionales. La retirada de Argelia permitió disponer de más recursos para el desarrollo económico y la modernización militar de Francia. Una vez embarcado en el proceso, mostró la misma implacabilidad que le había

impulsado desde su llegada a Londres en 1940.

De Gaulle nunca respondió a las sugerencias de que expresara compasión por los colonos franceses que huían de lo que consideraban su patria; tampoco hay constancia de que nunca comentara cómo le había afectado a él su política en Argelia. Aunque en ocasiones expresó sus emociones en público —en los discursos de Bayeux y París en junio y agosto de 1944, por ejemplo—, tenía por costumbre no permitir que los sentimientos personales se impusieran a su sentido del deber o a lo que consideraba las necesidades del proceso histórico. A su juicio, Argelia se había convertido en un lastre para Francia, que la aislaba del resto de los aliados y daba a la Unión Soviética y otras fuerzas radicales una oportunidad irresistible para intervenir. La amputación de Argelia salvó la vitalidad de la Quinta República; era el precio que Francia tenía que pagar para poder llevar a cabo su propia política exterior independiente y cumplir la visión que tenía De Gaulle del papel de su país en el incipiente orden mundial. No estaba exagerando cuando, mientras se desplegaba su política sobre Argelia en 1959, la calificó en privado como «quizá [...] el mayor servicio que habré prestado a Francia».[119] De Gaulle había desafiado a la historia para encauzarla en una dirección diferente.

Alemania como elemento clave en la política francesa: de Gaulle y Adenauer

El 14 de septiembre de 1958, tres meses después de convertirse en primer ministro, De Gaulle dio un paso importante en la política de reconciliación con Alemania que habían iniciado sus predecesores de la Cuarta República. Desde la guerra de los Treinta Años, ambos países se habían considerado mutuamente

un enemigo hereditario. Solo en el siglo XX, Francia y Alemania se habían enfrentado en dos guerras mundiales.

Siguiendo esta tradición, en su visita a Moscú de 1944, De Gaulle había propuesto que la Alemania derrotada fuera dividida en sus estados y que Renania se convirtiera en parte del dominio económico de Francia. En 1945 presentó un plan similar a sus aliados europeos.

Pero en 1958, al volver del exilio, De Gaulle invirtió esa norma de siglos y dio comienzo a una asociación franco-alemana. Con el fin de liberar energías para tareas más generales y crear un bloque que pudiera conducir a la autonomía europea, De Gaulle invitó al canciller alemán Konrad Adenauer a pasar una noche en la Boisserie, en Colombey-les-Deux-Églises. Ningún otro dirigente, extranjero o nacional, recibió jamás una invitación comparable; cuando el embajador francés en Reino Unido, Jean Chauvel, sugirió una visita similar para el primer ministro Harold Macmillan, De Gaulle se limitó a decirle que Colombey era demasiado pequeña para una reunión apropiada.[120]

Las cortesías dispensadas a Adenauer —como conducirle personalmente por la casa— fueron representativas de la importancia que daba De Gaulle a la nueva relación. Otro gesto hacia Adenauer, no menos singular, fue el de mantener las conversaciones sin la presencia de asistentes y en buena medida en alemán. De hecho, la etiqueta de todo el encuentro fue hábilmente orquestada para apelar a la psicología del invitado y permitir que ambos hombres, de avanzada edad y nacidos en el siglo XIX, se sintieran a gusto el uno con el otro al practicar las tradicionales cortesías.

No se propusieron ni cerraron acuerdos concretos. Pero, apenas trece años después del final de la Segunda Guerra Mundial, De Gaulle trató de invertir por completo la anterior relación entre sus países. No propuso que ambos eliminaran sus

recuerdos, muchos de los cuales necesariamente permanecerían. En vez de siglos de hostilidad, ofreció el apoyo de Francia a la rehabilitación de Alemania y a su búsqueda de una identidad europea. Es más, sugirió que se estableciera una relación estrecha para promover el equilibrio de poder y la unidad de Europa. A cambio, pidió que Alemania aceptara las fronteras europeas existentes (incluida la de Polonia) y pusiera fin a su afán de dominar Europa. Como diría más tarde en sus memorias:

> Francia, por su parte, no tenía nada que pedir a Alemania por lo que respectaba a la unidad, la seguridad o el rango, mientras que podía contribuir a rehabilitar a su antiguo agresor. Lo haría —¡con qué magnanimidad!— en nombre de la entente que se establecería entre los dos pueblos, y del equilibrio de poder, la unidad y la paz de Europa. Pero, para justificar su apoyo, insistiría en que Alemania cumpliera ciertas condiciones. Estas eran la aceptación de las fronteras existentes, una actitud de buena voluntad en las relaciones con el Este, la renuncia completa al armamento atómico y una paciencia infatigable con respecto a la reunificación [alemana].[121]

Lo que De Gaulle exigió como *quid pro quo* a esta revolucionaria reconfiguración de la política exterior francesa fue que se abandonara la tradicional política exterior de la Alemania nacional que él había conocido en su juventud. Adenauer aceptó las líneas principales de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, lo que abría el camino para que Alemania entrara en un sistema europeo. Para ambos hombres fue un paso hacia el futuro.

De Gaulle y la Alianza Atlántica

La creación de la Alianza Atlántica generó una transformación

comparable de las tendencias políticas establecidas, con un impacto aún mayor en el orden mundial. Al final de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos salió de su aislamiento histórico para desempeñar un papel global sin precedentes. Su 6 por ciento de la población mundial era superior económicamente; poseía la mitad de la capacidad industrial del mundo y el monopolio de las armas atómicas.

Hasta entonces, fuera del hemisferio occidental, las actuaciones internacionales de Estados Unidos se habían limitado a su oposición pública ante amenazas estratégicas y a retirarse a su aislamiento cuando la disminución del peligro lo permitía con seguridad. Ahora, entre 1945 y 1950, con dos grandes iniciativas —la OTAN y el Plan Marshall—, Estados Unidos abandonaba su comportamiento anterior y asumía un papel permanente en los asuntos mundiales. Junto al East River, en Manhattan, en el centro de la ciudad, la nueva y modernista sede de las Naciones Unidas simbolizaba que Estados Unidos había pasado a formar parte de un orden internacional.

Las nuevas iniciativas seguían basándose en unas premisas sobre la naturaleza de las relaciones internacionales que eran tan singulares, de hecho tan idiosincrásicas, como la propia historia de Estados Unidos: que la cooperación entre las naciones era natural, que la paz universal era el resultado inherente de las relaciones internacionales y que una división del trabajo basada en principios firmes proporcionaría la motivación y los recursos adecuados para dirigir la Alianza Atlántica.

Las conclusiones derivadas de la experiencia histórica de De Gaulle eran diametralmente distintas. De Gaulle dirigía un país al que demasiadas ilusiones rotas habían vuelto cauteloso, demasiados sueños que habían resultado frágiles habían vuelto escéptico y que no estaba condicionado por un sentimiento de

poder o cohesión nacional, sino de vulnerabilidad latente. Él tampoco creía que la paz fuera la situación natural entre los Estados: «El mundo está lleno de fuerzas opuestas [...]. La competencia entre esfuerzos es la condición de la vida [...]. La vida internacional, como la vida en general, es una batalla». [122]

Washington, seguro del dominio de Estados Unidos, se centró en tareas inmediatas y prácticas; alentó una estructura de la alianza que, en nombre de la integración, fomentara la acción conjunta de los aliados e impidiera las iniciativas autónomas. De Gaulle, que gobernaba un país atormentado por generaciones de conflictos internacionales y civiles, insistió en que la forma de cooperar era tan importante como el objetivo. Para que Francia recuperara su identidad, debía percibirse que sus acciones eran elegidas, no impuestas por obligación, y por lo tanto debía preservar su libertad de acción.

Imbuido de estas convicciones, De Gaulle rechazó cualquier planteamiento de la OTAN que pusiera a las fuerzas francesas bajo el mando internacional o una idea de Europa que disolviera la identidad francesa en instituciones supranacionales. Advirtió contra un tipo de supranacionalismo que se estaba imponiendo (como si «en adelante la autorrenuncia fuera la única posibilidad e incluso la única ambición»), que no se correspondía con el carácter nacional y los propósitos de Francia.[123]

Paradójicamente, De Gaulle consideraba que este planteamiento era compatible con una Europa unida, «para que, gradualmente, pueda establecerse a ambos lados del Rin, de los Alpes y tal vez del canal el complejo más poderoso, próspero e influyente del mundo».[124] Aunque siempre afirmó la importancia práctica de la alianza con Estados Unidos, dudaba de que fuera aplicable a todos los retos que eran relevantes para Francia. En concreto, se preguntaba si

Estados Unidos podría, o querría, mantener de manera indefinida su compromiso total con Europa, sobre todo en el ámbito de las armas nucleares.

El estilo asertivo de De Gaulle era el resultado de una combinación de confianza personal y experiencia histórica, moderada por la conciencia de que la pesadilla de lo inesperado había constituido una parte esencial de la experiencia francesa. Por el contrario, los líderes estadounidenses, aunque personalmente tenían un comportamiento comedido, basaban sus ideas en la confianza de que dominarían el futuro.

Durante una visita a París en 1959, el presidente Eisenhower abordó sin rodeos el asunto de las reservas francesas: «¿Por qué duda usted de que Estados Unidos vincule su destino al de Europa?».[125] Era una pregunta extraña, en vista de la conducta de Washington respecto a Reino Unido y Francia durante la crisis de Suez unos años antes. Evitando la tentación de sacar el tema de Suez, De Gaulle le recordó a Eisenhower que, en la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos acudió al rescate solo después de que Francia hubiera soportado tres años de peligro mortal, y que en la Segunda Guerra Mundial había entrado solo después de que su país hubiera sido ocupado. En la era nuclear, ambas intervenciones habrían llegado demasiado tarde.[126]

La vulnerabilidad geográfica de Francia también preocupaba a De Gaulle. Se opuso a varios planes para negociar la retirada de las fuerzas estadounidenses de Europa central, de los cuales el más notable fue el que presentó George Kennan en las Conferencias Reith de 1957. De Gaulle rechazó cualquier retirada simétrica de las líneas divisorias existentes en Europa porque eso dejaría a las fuerzas estadounidenses demasiado lejos y al ejército soviético demasiado cerca: «Si el desarme no cubriera una zona que está tan cerca de los Urales como del

Atlántico, ¿cómo estaría protegida Francia?».[127]

La valoración que hacía De Gaulle del desafío soviético se hizo explícita cuando, en 1958, el líder soviético Nikita Jruschov repitió un ultimátum que amenazaba el acceso de los aliados a Berlín. De Gaulle se negó con firmeza a negociar bajo amenaza. Con su elocuencia característica, atribuyó el desafío a la volatilidad del sistema interno soviético:

> Hay en este alboroto de imprecaciones y exigencias organizado por los soviéticos algo tan arbitrario y tan artificial que cabe atribuirlo o bien al desencadenamiento premeditado de ambiciones frenéticas o bien al deseo de desviar la atención de grandes dificultades. Esta segunda hipótesis me parece la más plausible porque, a pesar de las coerciones, el aislamiento y los actos de fuerza con los que el sistema comunista encierra a los países que están bajo su yugo [...] en realidad sus vicios, sus carencias, sus fallos internos y, sobre todo, una opresión inhumana que lo caracteriza, son cada vez más evidentes para las élites y las masas, a las que cada vez es más difícil engañar y subyugar.[128]

De acuerdo con esta evaluación, De Gaulle estaba dispuesto a cooperar siempre que, en su opinión, los intereses franceses y estadounidenses convergieran de verdad. Así, durante la crisis de los misiles en Cuba de 1962, los funcionarios estadounidenses se quedaron sorprendidos por el apoyo total de De Gaulle a su enérgica reacción ante el despliegue soviético de misiles balísticos en la isla; de hecho, fue el apoyo más incondicional que recibieron de un dirigente aliado. Cuando Dean Acheson, el antiguo secretario de Estado que actuaba como emisario especial del presidente Kennedy, confirmó el inminente bloqueo en Cuba y le ofreció una sesión informativa en la Casa Blanca, De Gaulle declinó la invitación alegando que, cuando un gran aliado actúa en momentos difíciles, la urgencia en sí es justificación suficiente.

Tras asumir el cargo, De Gaulle aceleró el programa militar nuclear existente en Francia. En pocos meses, inauguró su política atlántica con una propuesta para reorganizar la estrategia nuclear de la OTAN. En principio, Estados Unidos tenía importantes reservas sobre la existencia de fuerzas nucleares europeas independientes; según Washington, estas no eran necesarias y debían integrarse en los planes y los mandos conjuntos de la OTAN;[129] eran vistas como desviaciones de las fuerzas convencionales que prefería Estados Unidos. De Gaulle consideraba que abstenerse de desarrollar una capacidad militar importante era una especie de abdicación psicológica. El 17 de septiembre de 1958, envió una propuesta a Eisenhower y Macmillan para un acuerdo tripartito entre Francia y las dos potencias nucleares de la OTAN en ese momento: Reino Unido y Estados Unidos. Para evitar que cada país se viera arrastrado a una guerra nuclear en contra de su voluntad, De Gaulle propuso que todos tuvieran poder de veto sobre el uso de las armas nucleares, excepto si este era en respuesta a un ataque directo.[130] Por la misma razón, la directiva tripartita también diseñaría una estrategia común para regiones específicas fuera de Europa.[131]

¿Concebía De Gaulle esa directiva como un recurso temporal, hasta que el arsenal nuclear francés fuera lo bastante fuerte como para tener una estrategia autónoma? ¿O pretendía establecer una relación nueva y sin precedentes con Washington y Londres, que brindaría a Francia un liderazgo especial en el continente basado en las armas nucleares? La respuesta nunca se sabrá porque, increíblemente, la propuesta para crear una directiva nunca recibió respuesta.[132]

Eisenhower y Macmillan habían tratado con De Gaulle en Argel, cuando él todavía aspiraba al liderazgo y, por lo tanto,

no estaba en condiciones de aplicar sus ideas de forma unilateral. Así que pensaron que podían ignorarle. Pero su táctica solo tenía sentido si se asumía que De Gaulle estaba siendo grandilocuentemente frívolo y no contaba con otra alternativa práctica. Estas suposiciones resultaron estar equivocadas.

Para De Gaulle, el asunto era esencial para el papel de Francia en el mundo. Su determinación de mantener el control sobre las decisiones que afectaban al destino de su nación era un rasgo fundamental de su estrategia.

De Gaulle reaccionó al silencio estadounidense y británico demostrando que, de hecho, tenía otras opciones. En marzo de 1959, retiró la flota francesa del mando integrado de la OTAN en el Mediterráneo; en junio de ese año, ordenó la retirada de las armas nucleares estadounidenses que estaban en suelo francés; en febrero de 1960, Francia llevó a cabo su primera prueba nuclear en el desierto de Argelia; y en 1966 sacó por completo a Francia de la estructura de mando de la OTAN. [133] Debió pensar que Reino Unido y Estados Unidos no tendrían otra opción que apoyarle si se producía un ataque soviético, mientras él conservaba la libertad de decisión.

El 19 de abril de 1963, De Gaulle explicó en un discurso televisado sus motivos para establecer con rapidez una fuerza nuclear disuasiva independiente:

> Para disuadirnos, siempre se alzan simultáneamente las voces del inmovilismo y de la demagogia. «Es inútil», dicen algunos. «Es demasiado costoso», dicen otros [...]. Pero esta vez no permitiremos que la rutina y la ilusión inviten a invadir nuestro país. Además, en medio del mundo tenso y peligroso en el que vivimos, nuestro principal deber es ser fuertes y ser nosotros mismos.[134]

El 24 de agosto de 1968, Francia realizó su primera prueba

termonuclear (bomba de hidrógeno). Ahora era tecnológicamente una potencia nuclear plena.

Respuesta flexible y estrategia nuclear

En 1961, el presidente John F. Kennedy, que acababa de tomar posesión del cargo, ordenó una revisión de la política de defensa estadounidense. En concreto, le preocupaba la modificación de la doctrina que predominaba entonces, la de la represalia masiva (propuesta por primera vez por el secretario de Estado de Eisenhower, John Foster Dulles), que establecía que Estados Unidos se enfrentaría a una agresión mediante una represalia nuclear aplastante en los lugares que decidiera.

Mientras Estados Unidos contara con un arsenal nuclear muy superior, la doctrina era bastante plausible, aunque incluso entonces se plantearon dudas sobre la predisposición a emplear realmente esas armas en cualquier contingencia.[135] Con la ampliación de la capacidad nuclear soviética, la credibilidad de una represalia masiva disminuyó; los aliados llegaron a la conclusión, dada su propia indecisión sobre el uso de las armas nucleares, de que Estados Unidos también se inhibiría.

Al mismo tiempo, Reino Unido, cuyas armas nucleares, en su mayoría, debían lanzarse desde aviones, temía que las crecientes defensas antiaéreas soviéticas pudieran poner en peligro la capacidad de represalia británica. Por eso trató de adquirir un arma estadounidense que entonces estaba en proceso de desarrollo: un misil que se lanzaba a distancia y desde el aire llamado Skybolt. Al principio, Kennedy ignoró la resistencia de su secretario de Defensa, Robert McNamara, que de primeras se oponía a las capacidades nucleares autónomas.

Kennedy pronto cambió de opinión. Al presidente, y sobre todo a McNamara, la actividad simultánea de varias fuerzas

autónomas le parecía demasiado peligrosa y presionó a los países aliados para que eliminaran gradualmente sus fuerzas nucleares. En julio de 1962, McNamara hizo una declaración en la que se oponía a las fuerzas nucleares independientes: «Las capacidades nucleares limitadas, que operan de manera independiente, son peligrosas, caras, propensas a la obsolescencia y carecen de credibilidad como elemento disuasorio».[136]

Hasta entonces, no habían salido a la luz las preocupaciones sobre la utilidad de una fuerza nuclear independiente británica; la relación especial con Estados Unidos parecía excluir las acciones nucleares autónomas de Reino Unido. Pero, en noviembre de 1962, McNamara canceló el programa Skybolt entre su país y Reino Unido, al parecer por motivos técnicos. En este último, la cancelación del Skybolt se recibió con indignación, como si acabara con su estatus de potencia nuclear y socavase su estatus especial entre las alianzas de Estados Unidos.

En una reunión celebrada en Nassau en diciembre de 1962, el presidente Kennedy y el primer ministro Macmillan establecieron un compromiso: Estados Unidos ayudaría a Reino Unido a construir submarinos Polaris, cuyos misiles serían capaces de superar las defensas aéreas soviéticas. Los submarinos se pondrían bajo el mando de la OTAN, pero, en casos que implicaran el «interés nacional supremo», Reino Unido podría emplearlos de manera autónoma. A Francia se le ofreció un acuerdo similar.

Macmillan aceptó, confiando en que la cláusula de escape del «interés nacional supremo» daría a su país libertad, porque un uso autónomo de las armas nucleares se produciría, por definición, solo cuando se tratara de un desafío nacional supremo.

La reacción de De Gaulle fue la contraria. Trató el acuerdo de

Nassau como una afrenta, más aún si se tenía en cuenta que se le había comunicado públicamente, sin haber hecho ninguna consulta previa. En una conferencia de prensa del 14 de enero de 1963, repudió la oferta estadounidense tan públicamente como la había recibido, observando con sarcasmo: «Por supuesto, hablo sobre esta propuesta y este acuerdo porque se han publicado y porque se conoce su contenido».[137]

De paso, De Gaulle también rechazó el planteamiento de Kennedy de que las relaciones atlánticas debían basarse en un concepto con dos pilares y que el pilar europeo debía organizarse según líneas supranacionales: «Sin duda, tal sistema se encontraría con que es impotente para arrastrar y dirigir a los pueblos y, para empezar, a nuestra propia gente, a los dominios donde su alma y su carne están en cuestión».[138]

Por último, en la misma conferencia de prensa, y a pesar de que Macmillan le había cortejado asiduamente durante los dos años anteriores, De Gaulle vetó la adhesión de Reino Unido a la Comunidad Económica Europea, destruyendo así la gran estrategia de Macmillan y la noción estadounidense de una asociación con dos pilares.

¿QUÉ ES UNA ALIANZA?

Históricamente, las alianzas se han formado para establecer una coherencia entre la capacidad de una nación y sus intenciones. Se ha hecho de cinco maneras: 1) reuniendo las fuerzas adecuadas para derrotar o disuadir a un posible agresor; 2) transmitiendo esta capacidad; 3) proclamando obligaciones más allá del cálculo de una relación de poder; si estas eran inequívocas, no habría sido necesaria esa expresión formal; 4) definiendo un *casus belli* específico; y 5) eliminando, como medio diplomático durante una crisis, cualquier duda

sobre las intenciones de las partes.

La aparición de las armas nucleares alteró estos objetivos tradicionales. Para los países que confiaban en las garantías nucleares de Estados Unidos, ningún despliegue de fuerzas, más allá del existente, tenía sentido; todo dependía de la credibilidad de las garantías estadounidenses. Por eso el esfuerzo para reforzar la OTAN mediante la creación de unas fuerzas convencionales aliadas nunca cumplió su objetivo. Los aliados no consideraban que las armas convencionales aumentaran significativamente la fuerza común y nunca cumplieron sus compromisos sobre estas, en parte debido al temor de que, al hacerlo, pudieran provocar que la fuerza nuclear estadounidense fuera prescindible. Cuando participaban en acciones militares estadounidenses —por ejemplo, en Afganistán e Irak— no lo hacían solo en busca de sus intereses estratégicos en esos países, sino como una estrategia para seguir cobijándose bajo el paraguas nuclear estadounidense.

De Gaulle operó en los intersticios de estas ambivalencias. Para justificar que su país contara con un armamento nuclear de disuasión independiente, invocó la incertidumbre consustancial a las garantías nucleares. Pero lo cierto es que habría persistido en la autonomía nuclear con independencia de los términos de las garantías estadounidenses. Para De Gaulle, el liderazgo era la elaboración de un objetivo nacional a partir de un cuidadoso análisis que abordaba el engranaje de las relaciones de poder existentes y la evolución histórica. En el caso de Francia, depender de «armas extranjeras» para su propia seguridad, escribió en sus *Memorias de guerra*, «envenenaría su alma y su vida durante muchas generaciones». [139] En la década de los sesenta, trató de reconstruir un ejército poderoso, completado con una fuerza nuclear disuasiva independiente, que permitiera al país cumplir con su deber de

conformar el futuro.[140] Una función auxiliar nunca sería apropiada para Francia. Y esto era una cuestión moral, no técnica:

> En cuanto al futuro inmediato, ¿en nombre de qué iban a ser llevados algunos de los hijos [de Francia] a una lucha que ya no era la suya? ¿Qué tenía de bueno suministrar fuerzas de apoyo a las de otra potencia? ¡No! Para que el esfuerzo valiera la pena, era esencial que no solo algunos franceses, sino Francia, regresaran a la guerra.[141]

De Gaulle pensaba que las obligaciones internacionales eran contingentes por naturaleza, debido a dos razones: las circunstancias en las que podían evolucionar eran, por definición, imprevisibles; y las propias obligaciones se veían modificadas por cambios en el entorno geopolítico o la percepción de los líderes. En consecuencia, De Gaulle fue, por un lado, uno de los defensores más firmes de la Alianza Atlántica cuando el desafío soviético al orden internacional fue real, como durante la crisis de los misiles en Cuba en 1962 o el ultimátum soviético sobre el estatus de Berlín. Pero, por el otro, nunca dejó de insistir en la libertad de su país para juzgar las consecuencias de los acontecimientos según se presentaran.

El concepto estadounidense de la OTAN preservó la paz del mundo durante más de medio siglo. Los presidentes de Estados Unidos consideraron las alianzas como un contrato legal que debía aplicarse de acuerdo con un análisis casi jurídico de sus términos. La esencia del contrato residía en la uniformidad de la respuesta prometida ante un desafío, que se creía que afectaba de igual manera al conjunto de la alianza. Para De Gaulle, la esencia de las alianzas residía en el alma y las convicciones de su país.

El presidente Nixon puso fin a las controversias teóricas sobre el control de las armas nucleares y las tensiones entre

Francia y Estados Unidos disminuyeron sustancialmente. A partir de entonces, las fuerzas nucleares autónomas de Francia se desarrollaron sin la oposición de Estados Unidos y con ayudas ocasionales cuando estas eran compatibles con la legislación estadounidense. Aunque la Quinta República ha lanzado varias operaciones militares convencionales —sobre todo en África y Oriente Próximo—, nunca ha amenazado con utilizar sus armas nucleares de forma independiente, y las políticas nucleares estadounidense y francesa han oscilado entre la compatibilidad y la coordinación. Siguiendo el camino marcado por De Gaulle, Francia ha conservado la autonomía gaullista de su estrategia nuclear y una estrecha coordinación con Estados Unidos.

El final de la presidencia

A finales de la década de 1960, De Gaulle había revivido Francia, reconstruido sus instituciones, acabado con la ruina de la guerra de Argelia y se había convertido en un participante fundamental del nuevo orden europeo. Había colocado al país en una posición que le permitía impedir aquellas políticas internacionales que le resultaban molestas, al tiempo que fomentaba una serie de acuerdos en cuya gestión Francia se había vuelto indispensable. Richelieu había iniciado este estilo de gobernar en el siglo xvii; en el xx, De Gaulle lo había revivido.

Tras diez años en la presidencia, De Gaulle había cumplido con las tareas históricas que podía abordar y solo le quedaba la gestión de los hechos cotidianos. Pero esos asuntos mundanos no eran los que habían motivado su legendario viaje. Varios observadores empezaron a detectar en él aburrimiento, casi melancolía. En 1968, Kurt Georg Kiesinger, entonces canciller

de Alemania, me habló de una conversación en la que De Gaulle le insinuó su dimisión: «Durante siglos, nosotros y los alemanes hemos recorrido el mundo, en general, con espíritu competitivo, buscando un tesoro escondido, para descubrir al final que no existe ningún tesoro escondido y que lo único que nos queda es la amistad». Se empezó a especular con otra retirada de la vida pública y una posible sucesión.

Sin embargo, la historia no permitiría que la odisea de De Gaulle acabara sin más. En mayo de 1968, una revuelta estudiantil que se convirtió en una protesta general —la expresión de un movimiento europeo— consumió gran parte de París. Los estudiantes ocuparon la Sorbona, donde adornaron las ventanas y las columnas con carteles maoístas.[142] Levantaron barricadas en el Barrio Latino y se enzarzaron en batallas callejeras con la policía. Por todas partes, las pintadas proclamaban la sensibilidad anárquica de los manifestantes: «Está prohibido prohibir».[143] Al ver las vacilaciones del Gobierno, y envalentonados por los estudiantes, los sindicatos convocaron una huelga nacional.

El final de la presidencia de De Gaulle parecía inminente. François Mitterrand y Pierre Mendès-France —dos eminencias de regímenes anteriores— iniciaron conversaciones para tantear la sucesión, con el primero como presidente y el segundo como primer ministro. El primer ministro Georges Pompidou empezó a negociar con los manifestantes, aunque nunca quedó claro con qué fin, si para organizar una transición o sustituir a De Gaulle. En Washington, el secretario de Estado Dean Rusk informó al presidente Johnson de que los días de De Gaulle estaban contados.

Pero De Gaulle no había concebido el Estado como el elemento central del renacimiento de Francia para permitir que maniobras propias de la Tercera República anularan su autoridad. El 29 de mayo, un miércoles, abandonó París de

repente con su esposa y voló a Baden-Baden para reunirse con el general Jacques Massu, comandante de la guarnición francesa de la Guerra Fría en Alemania Occidental.

Massu había sido comandante de los paracaidistas franceses en Argelia y tenía muchos motivos para sentirse traicionado por De Gaulle. Es más, este lo había cesado de su mando por haber declarado públicamente que no cumpliría de forma automática las órdenes del jefe de Estado. Pero en Argelia también había estado expuesto al mito nacional con el que De Gaulle había impregnado sus acciones, que resultó lo bastante poderoso para restaurar la lealtad de Massu. Cuando De Gaulle le insinuó su dimisión, Massu respondió que su deber era no abandonar la escena e imponerse. El presidente no tenía derecho a huir cuando el frente de batalla estaba dentro de Francia. Podría llegar el momento de dimitir, pero no era ahora; el deber exigía que continuara la lucha, una empresa para la que contaba con el pleno apoyo de Massu.[144]

Con esta confianza asegurada, De Gaulle voló de vuelta a París y restableció la autoridad gubernamental, en buena medida sin utilizar la fuerza. Al igual que una década antes, en su ascenso al liderazgo de Francia, optó por desafiar la estructura política haciendo un llamamiento a la sociedad francesa —esta vez convocando elecciones nacionales en lugar de asumir los poderes de emergencia—, a pesar de que el apoyo de Massu le permitía contar con el ejército (al que nunca necesitó invocar) como último recurso.

Al día siguiente, De Gaulle se dirigió a una manifestación masiva en la plaza de la Concordia, en la que participaron al menos cuatrocientas mil personas que se habían reunido en nombre del orden público. Los líderes de la Francia Libre, la Tercera y la Cuarta República y la Resistencia se pusieron de su lado y, por extensión, del orden constitucional de la Quinta República. París no había visto una expresión de unidad igual

desde la marcha de agosto de 1944, que De Gaulle había encabezado por los Campos Elíseos el día después de la liberación de la ciudad.

Al día siguiente de la manifestación, Pompidou, tras interpretar lo ocurrido, presentó de inmediato su dimisión. Un día después, intentó retirarla, pero un ayudante de De Gaulle le dijo que Maurice Couve de Murville acaba de ser nombrado en su lugar hacía una hora. En las elecciones posteriores, los partidarios de De Gaulle obtuvieron una mayoría abrumadora, la primera mayoría absoluta de una agrupación política en toda la historia de las repúblicas francesas.[145]

El único reto que le quedaba a De Gaulle era la gestión de su salida. Afirmar que el cargo se había vuelto demasiado agotador era incompatible con la actitud que le había llevado desde su puesto de general de brigada de bajo rango al reino de los mitos. Pero la jubilación después de una derrota política era igualmente incompatible con ese mito.

El medio que eligió De Gaulle fue una cuestión técnica. Se había convocado un referéndum nacional sobre dos medidas relacionadas con reformas provinciales que llevaban algún tiempo en el calendario legislativo. Aunque ninguna era constitucionalmente importante, De Gaulle anunció una preferencia en la redacción de cada medida que era difícil de conciliar con la otra. El referéndum estaba previsto para el 27 de abril de 1969, un domingo. Antes de salir hacia su habitual retiro de fin de semana en Colombey-les-Deux-Églises, De Gaulle ordenó que se empaquetaran sus posesiones y papeles, y al día siguiente de perder el referéndum, ya desde Colombey, anunció que renunciaba a la presidencia sin ofrecer ninguna explicación. Nunca volvió al palacio del Elíseo ni hizo ninguna declaración pública. Cuando más tarde se le preguntó por qué había elegido estos temas en particular para retirarse del cargo, De Gaulle respondió: «Por su trivialidad».

Mi último encuentro con De Gaulle había tenido lugar cuatro semanas antes, en marzo de 1969, en relación con el funeral del presidente Eisenhower. De Gaulle anunció su intención de estar presente, y Nixon me pidió que me reuniera con él en el aeropuerto en nombre del presidente. Llegó sobre las ocho de la tarde; las dos de la mañana, hora de París. Parecía muy cansado. Le informé de algunos preparativos técnicos que Nixon había dispuesto para facilitar sus desplazamientos, sobre todo en cuestión de comunicaciones. Le hablé en inglés, y él me contestó en inglés, idioma que empleaba en contadas ocasiones: «Por favor, agradezca al presidente su recibimiento y todas las cortesías que me ha brindado». No hubo más conversación.

Al día siguiente, De Gaulle pasó una hora con Nixon y luego asistió a una recepción en la Casa Blanca para los líderes extranjeros y los dignatarios de Washington que acudían al funeral. Estuvieron presentes unos sesenta jefes de Estado y primeros ministros, además de miembros del Congreso y otros líderes estadounidenses. Una buena parte del contingente de Washington era progresista, y en principio poco entusiasta del presidente francés.

De Gaulle llegó cuando la recepción había empezado, con el uniforme de general de brigada francés. Su presencia transformó el carácter del evento. Los grupos dispersos que hasta entonces participaban en conversaciones aleatorias se reunieron en un círculo en torno a él, lo que me llevó a comentarle a un asistente que esperaba que De Gaulle no se acercara a una ventana, porque toda la sala se caería. Parecía responder a los comentarios y las preguntas con cortesía, pero con el mínimo esfuerzo; había venido a presentar los respetos de Francia a Eisenhower, no a charlar. Al cabo de quince minutos como máximo, se dirigió a Nixon para expresarle sus condolencias y abandonó la recepción rumbo al aeropuerto.

Un mes después, se retiró.

Los estadounidenses suelen recordar hoy a De Gaulle —si es que lo recuerdan— como una caricatura: el líder francés ególatra con delirios de grandeza, siempre agraviado por ofensas reales e imaginarias. A menudo era un fastidio para sus compañeros. Churchill se enfurecía con él de vez en cuando. Roosevelt conspiró para marginarlo. En la década de 1960, las administraciones de Kennedy y Johnson no dejaron de pelearse con él, al creer que su política era una oposición crónica a los objetivos estadounidenses.

Esas críticas no carecían de fundamento. De Gaulle podía ser altivo, frío, áspero y mezquino. Como líder, irradiaba mística, no calidez. Como persona, inspiraba admiración, incluso temor, pero rara vez afecto.

Sin embargo, como hombre de Estado, De Gaulle sigue siendo excepcional. Ningún líder del siglo xx demostró mayores dotes de intuición. En todas las cuestiones estratégicas importantes a las que se enfrentaron Francia y Europa durante al menos tres décadas, su juicio fue acertado, y lo fue en contra de un consenso abrumador. A su extraordinaria clarividencia se sumaba el valor de actuar según su intuición, incluso cuando las consecuencias parecían un suicidio político. Su carrera validó la máxima romana de que la fortuna favorece a los valientes.

Ya a mediados de la década de 1930, mientras el resto del ejército francés optaba por una estrategia de defensa estática, De Gaulle comprendió que serían las fuerzas ofensivas motorizadas las que decidirían la próxima guerra. En junio de 1940, cuando casi toda la clase política francesa creía que la resistencia a los alemanes era inútil, la opinión de De Gaulle fue la contraria: que tarde o temprano Estados Unidos y la Unión Soviética se verían arrastrados a la guerra, que su fuerza

combinada acabaría aplastando a la Alemania de Hitler y que, entonces, el futuro estaba del lado de los aliados. Pero, insistió, Francia solo podría desempeñar un papel en el futuro de Europa si recuperaba su alma política.

Tras la liberación de Francia, volvió a romper con sus compatriotas, al reconocer que el incipiente sistema político no estaba a la altura del desafío. Por lo tanto, se negó a continuar al frente del Gobierno provisional y renunció de repente a la posición crucial que había construido con tanto cuidado durante su servicio en la guerra. Se retiró a su casa de Colombey-les-Deux-Églises, con la esperanza de que le volvieran a llamar si se producía la parálisis política que había predicho.

La oportunidad tardó doce años en llegar. En medio de la amenaza de una guerra civil, De Gaulle planeó una transformación del Estado francés que devolvió al país una estabilidad que él no había conocido en toda su vida. Al mismo tiempo, a pesar de la nostalgia por las glorias pasadas de Francia, amputó sin compasión a Argelia del cuerpo político, tras llegar a la conclusión de que retenerla sería fatal.

La forma de gobernar de De Gaulle es singular. Con un compromiso implacable con el interés nacional francés y un legado trascendente, su carrera generó pocas lecciones formales para la elaboración de políticas, ninguna guía detallada que poder seguir en circunstancias específicas. Pero el legado del liderazgo debe ser inspirador, no solo doctrinal. De Gaulle dirigió e inspiró a sus seguidores con el ejemplo, no con prescripciones. Más de medio siglo después de su muerte, la política exterior francesa todavía puede describirse como «gaullista». Y su vida es un ejemplo de cómo los grandes líderes pueden dominar las circunstancias y forjar la historia.

En la introducción de este libro se reflexiona sobre la clasificación de los grandes líderes como profetas o estadistas. El profeta se define por su visión; el estadista por su capacidad de análisis y su habilidad diplomática. El profeta busca lo absoluto, y para él la transacción puede ser una fuente de humillación. Para el estadista, la transacción puede ser una etapa en el camino, que está compuesto de ajustes comparables y muchos matices, pero que está guiado por la visión del destino.

De Gaulle definió sus objetivos a la manera visionaria del profeta, pero su ejecución fue la del estadista, férreo y calculador. Su estilo de negociación consistía en actuar de forma unilateral para crear un hecho consumado y negociar principalmente correcciones de sus propósitos, no alteraciones. Adoptó este estilo incluso con Winston Churchill, de cuyo apoyo financiero y diplomático dependía por completo en 1940 y a quien debía su posición y su continuidad en el cargo.

El hecho de haber reconocido la capacidad de De Gaulle justo después de que llegase a Inglaterra, sin recursos, armas, apoyos o conocimiento del idioma, y de haberlo aceptado como líder de la Francia Libre, que entonces existía como fuerza política básicamente en la imaginación del francés, fue una medida de la grandeza de Churchill. Pronto supo que la visión de De Gaulle incluía el recuerdo de siglos de rivalidad violenta entre sus dos naciones, y que consideraba el dominio británico en los teatros contiguos a Europa, como Oriente Próximo o África, algo lamentable, incluso ofensivo.

Sin embargo, y a pesar de sus conflictos ocasionalmente graves, Churchill se puso del lado de De Gaulle en las cuestiones clave. Sin su apoyo, De Gaulle no habría sobrevivido a la oposición de Roosevelt, que llegó hasta las puertas de

París.

Churchill apoyó la formación de la Francia Libre como un vestigio de su experiencia, trascendental y romántica, de la alianza franco-británica en la Primera Guerra Mundial, que culminaría con la oferta británica de fusionar formalmente los dos Estados cuando Francia estuvo al borde del desastre en la segunda. Churchill mantuvo y reforzó este compromiso mientras De Gaulle pasaba de la conveniencia a la grandeza.

Estos gigantes del liderazgo poseían un talento analítico poco común y un sentido especial para los matices de la evolución histórica. Pero dejaron diferentes legados y bebieron de fuentes distintas. Churchill surgió de la participación en la política británica; al igual que De Gaulle, comprendió mejor su tiempo y su porvenir —y corrió mayores riesgos— que casi todos sus contemporáneos. Dado que su visión iba por delante de la percepción que tenía su nación, para ocupar el cargo más alto tuvo que esperar a que los retos a los que se enfrentaban sus contemporáneos confirmaran su previsión. Cuando por fin llegó su momento, fue capaz de guiar a su pueblo en un periodo terrible. Lo hizo gracias a su carácter, que suscitó respeto y afecto, pero también porque entendió el esfuerzo que su gente se veía impelida a hacer como parte de un continuo con la historia británica, que él fue capaz de evocar con una maestría única. Se convirtió en el símbolo de la resistencia y el triunfo de su pueblo.

Si Churchill consideraba que su liderazgo permitía al pueblo británico florecer y culminar su historia, De Gaulle se comportó como un caso único destinado a elevar a su pueblo hacia una eminencia que en buena medida se había disipado. Desafiante y fuera de lugar en la época en la que vivió, De Gaulle buscó el consenso proclamando la importancia moral y práctica de una

grandeur desaparecida; apeló no tanto a la continuidad histórica como a lo que había sido, siglos atrás, y podía volver a ser. Con este relato, ayudó a que Francia se recuperara de su caída y la condujo a una nueva visión de sí misma. Como lo describió André Malraux, fue «un hombre de anteayer y de pasado mañana».[146]

En el siglo XVII, Richelieu había trazado la política de un gran Estado, pero lo hizo en nombre de un rey al que tenía que convencer del rumbo correcto. De Gaulle tuvo que definir una visión mientras la aplicaba, y fue al pueblo francés al que tuvo que convencer en distintas etapas. Sus declaraciones, por lo tanto, no tienen el carácter de máximas; están pensadas menos para dirigir que para inspirar. Y siempre se refería a sí mismo en tercera persona, como si sus opiniones no fueran propias y debieran percibirse como expresiones del destino.

Aunque tanto Churchill como De Gaulle salvaron a su sociedad y a su pueblo, había una diferencia fundamental en sus estilos de liderazgo. Churchill reflejaba la quintaesencia del liderazgo británico, que se basa en un nivel alto pero no excepcional de capacidad colectiva, de la que, con suerte, en un momento de gran necesidad puede surgir una personalidad excepcional. El liderazgo de Churchill fue una emanación extraordinaria de la tradición, adaptada a las circunstancias; su estilo personal era entusiasta y un humor delicioso lo aligeraba. El liderazgo de De Gaulle no era fruto de un proceso histórico, sino la expresión única de una personalidad y un conjunto especial de principios. Su humor era sardónico,[147] pensado para subrayar la singularidad, así como la peculiaridad, de la cuestión. Mientras que Churchill veía su liderazgo como la culminación de un proceso histórico y una realización personal, De Gaulle trataba su encuentro con la historia como un deber, destinado a ser una carga independiente de toda satisfacción personal.

En 1932, cuando De Gaulle tenía cuarenta y dos años, era comandante en el ejército francés y no parecía previsible su relevancia personal, esbozó un concepto de grandeza no apto para cobardes:

> La indiferencia, el carácter y la personificación de la grandeza, estas cualidades [...] rodean de prestigio a quienes están preparados para llevar una carga que es demasiado pesada para los simples mortales. El precio que tienen que pagar por el liderazgo es una incesante autodisciplina, la asunción constante de riesgos y una lucha interior perpetua. El grado de sufrimiento que esto conlleva varía según el temperamento del individuo; pero está destinado a no ser menos atormentador que el cilicio del penitente. Lo cual ayuda a explicar esos casos de abandono que, por lo demás, son tan difíciles de entender. Ocurre constantemente que hombres con un historial ininterrumpido de éxito y elogio público abandonan de repente la carga [...]. La satisfacción y la tranquilidad, y las alegrías sencillas a las que se llama felicidad, se niegan a quienes ocupan puestos de poder. Hay que hacer una elección, y es difícil: de ahí esa vaga sensación de melancolía que rodea la majestad [...]. Un día alguien le dijo a Napoleón, mientras contemplaban un monumento viejo y noble: «¡Qué triste es!». «Sí, —fue la respuesta— tan triste como la grandeza».[148]

Detrás del misterio

Charles de Gaulle atrajo a admiradores, que le resultaron útiles, pero mantener una relación con él no implicaba ni reciprocidad ni continuidad. Pasa por la historia como una figura solitaria, alguien distante, profundo, valiente, disciplinado, inspirador, exasperante, comprometido por completo con sus valores y su visión, y que se niega a que la emoción personal los atenúe. En la Primera Guerra Mundial, cuando era prisionero de guerra en Alemania, escribió en su diario: «Uno debe convertirse en un

hombre de carácter. La mejor manera de actuar con éxito es saber dominarse constantemente».[149]

Y, sin embargo, a mediados de la década de 1950, De Gaulle termina sus memorias de guerra con un poema en el que reflexiona sobre el paso de las estaciones en Colombey, y es la única vez que utiliza el pronombre personal en sus escritos: «A medida que la edad triunfa, la naturaleza se acerca a mí. Cada año, en las cuatro estaciones de las que tantas lecciones extraigo, encuentro consuelo en su sabiduría». La primavera logra que todo brille, «incluso las ráfagas de nieve», y hace que todo sea joven, «incluso los árboles marchitos». El verano proclama las glorias de la abundancia de la naturaleza. La naturaleza se retira en otoño, todavía hermosa con su «manto de púrpura y oro». E incluso en invierno, cuando todo es «árido y está helado [...] se lleva a cabo una labor secreta», que prepara el terreno para un nuevo crecimiento, tal vez incluso la resurrección:

> La vieja tierra, erosionada por el tiempo, sacudida por la lluvia y la tormenta, exhausta pero ¡siempre dispuesta a producir lo que necesita la vida para continuar!
>
> La vieja Francia, abrumada por la historia, postrada por guerras y revoluciones, siempre vacilando entre la grandeza y la decadencia, pero ¡revivida, un siglo tras otro, por el genio de la renovación!
>
> El hombre viejo, agotado por terribles experiencias, distanciado de los hechos humanos, que siente la proximidad del frío eterno, ¡pero siempre buscando en las sombras el resplandor de la esperanza![150]

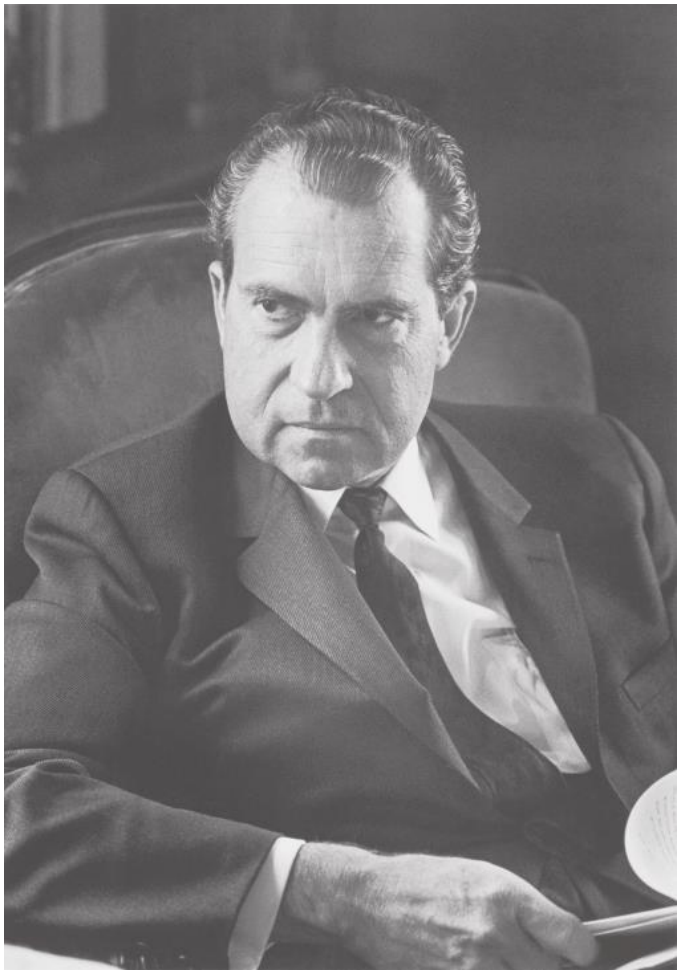
La armadura aparentemente impenetrable de De Gaulle ocultaba una profunda reserva de emoción, incluso de dulzura, que donde mejor se puede ver es en su relación con su hija Anne, que era discapacitada.

Anne tenía síndrome de Down, pero Charles e Yvonne de Gaulle decidieron criarla en casa, contraviniendo la costumbre

de la época de enviar a los niños discapacitados a un hospital psiquiátrico. Una fotografía de 1933 capta la ternura de su relación: De Gaulle y Anne están sentados en la playa, él tiene cuarenta y dos años, viste un traje oscuro de tres piezas, corbata y tiene un sombrero a su lado —de uniforme incluso cuando iba de paisano— y ella lleva ropa blanca de playa. Parecen estar jugando a las palmas.

Anne murió de neumonía en 1948, con veinte años. «Sin Anne, quizá nunca habría hecho lo que hice. Ella me dio el corazón y la inspiración», le reveló más tarde De Gaulle a su biógrafo Jean Lacouture.[151] Tras su muerte, De Gaulle llevó su foto enmarcada en el bolsillo del pecho durante el resto de su vida.

De Gaulle murió de un aneurisma menos de dos años después de renunciar a la presidencia, el 9 de noviembre de 1970, en la Boisserie. Estaba, cómo no, jugando una partida de solitario. Fue enterrado junto a Anne en el cementerio parroquial de Colombey-les-Deux-Églises.



3

Richard Nixon

La estrategia del equilibrio

El mundo al que llegó Nixon

Richard Nixon fue uno de los presidentes más controvertidos de la historia de Estados Unidos, y el único que se vio obligado a dimitir del cargo. También tuvo un impacto trascendental en la política exterior de su tiempo y en el posterior, porque fue el presidente que, en el momento álgido de la Guerra Fría, reformuló un orden global en declive. Tras cinco años y medio en el cargo, Nixon puso fin a la intervención estadounidense en Vietnam, estableció a Estados Unidos como la potencia exterior dominante en Oriente Próximo y, mediante una apertura hacia China, impuso una dinámica triangular en la antes bipolar Guerra Fría que acabaría dejando a la Unión Soviética con una desventaja estratégica decisiva. Desde diciembre de 1968, cuando me pidió que ejerciera como su asesor de seguridad nacional, hasta el fin de su presidencia en agosto de 1974, colaboré estrechamente en su liderazgo y toma de decisiones. Durante los veinte años restantes de su vida, mantuvimos contacto frecuente.

Ahora, con noventa y nueve años, no vuelvo a Nixon para revivir las controversias de hace medio siglo (que ya he tratado en tres tomos de memorias), sino para analizar el pensamiento y la personalidad de un líder que asumió su cargo en mitad de

una agitación cultural y política sin precedentes y que, al adoptar una noción geopolítica del interés nacional, transformó la política exterior de su país.

El 20 de enero de 1969, cuando Nixon juró su cargo, la Guerra Fría había alcanzado su plena madurez. Estaba empezando a quedar claro que Estados Unidos no tenía capacidad material ni emocional para cumplir algunos de los compromisos en el exterior que había asumido durante el periodo de posguerra, en el que su poder parecía ilimitado. El conflicto interno por Vietnam estaba acercándose a su punto de máxima intensidad. Algunos exigían que el ejército estadounidense se retirara y que se rectificaran las políticas del Gobierno. Tanto Estados Unidos como la Unión Soviética estaban desplegando misiles que podían llevar cargas mayores, eran más precisos y tenían capacidad intercontinental. La Unión Soviética se aproximaba a Estados Unidos en el número de armas nucleares estratégicas de largo alcance y, de acuerdo con algunos analistas, podía incluso estar alcanzando la superioridad estratégica. La posibilidad de que se produjeran ataques repentinos y apocalípticos, y que se abriera un amplio periodo de chantaje político, generaba inquietud.

En los meses previos a la elección de Nixon, en noviembre de 1968, empezaron a conformarse los retos a los que se enfrentaría su presidencia en tres grandes escenarios estratégicos: Europa, Oriente Próximo y Asia Oriental.

En agosto de 1968, la Unión Soviética y sus satélites de la Europa oriental ocuparon Checoslovaquia, que había cometido el pecado, dentro de la órbita soviética, de liberalizar su sistema. En Alemania, se mantenía la amenaza soviética a Berlín Oeste —que había iniciado en 1958 el primer ministro Nikita Jruschov, con su ultimátum a las potencias ocupantes occidentales para que retiraran sus fuerzas en menos de seis meses–, que regresaba periódicamente, cuando Moscú

amenazaba con bloquear la ciudad cercada. Europa y Japón, que se habían recuperado de la devastación de la guerra bajo el paraguas de la seguridad de Estados Unidos, empezaron a competir económicamente con este y a albergar sus propias nociones, en ocasiones divergentes, del cambiante orden mundial.

Al mismo tiempo, tras una exitosa prueba nuclear en octubre de 1964, la República Popular China (RPC) se había convertido en el quinto país —tras Estados Unidos, la Unión Soviética, Reino Unido y Francia— en obtener las armas más devastadoras del mundo. Pekín oscilaba entre su implicación en el sistema internacional y la retirada de este, formaba y financiaba a guerrillas maoístas en todo el mundo, pero, al mismo tiempo, en la primavera de 1967, en mitad de las turbulencias de la Revolución Cultural, retiró sus embajadores de casi todos los países del mundo.[1]

En Oriente Próximo, Nixon se enfrentaba a una región arrasada por los conflictos. El acuerdo Sykes-Picot de 1916, según el cual Reino Unido y Francia habían acordado incorporar los territorios del tambaleante Imperio otomano a sus respectivas esferas de influencia, había llevado a la formación de entidades principalmente árabes y musulmanas que parecían miembros de un sistema de Estados comparable al creado por la Paz de Westfalia. Pero solo lo parecían: a diferencia de los territorios europeos, que en esencia seguían bajo el sistema westfaliano, a mediados del siglo XX los Estados de Oriente Próximo no reflejaban identidades o historias nacionales comunes.

A pesar de la preeminencia histórica de Francia y Reino Unido en Oriente Próximo, después de la carnicería de las dos guerras mundiales ambos países fueron cada vez menos capaces de proyectar allí su poder. Algunos levantamientos locales, provocados al principio por movimientos anticoloniales,

estaban siendo subsumidos en conflictos mayores, tanto dentro del mundo árabe como entre países árabes y el Estado de Israel. Este último, tras haber sido reconocido por la mayor parte de los países occidentales en los dos años posteriores a su independencia, en 1948, buscaba ahora el reconocimiento de sus vecinos, que lo consideraban inherentemente ilegal y el ocupante de unos territorios que les pertenecían legítimamente a ellos.

Durante las décadas que precedieron a la toma de posesión de Nixon, la Unión Soviética empezó a explotar y exacerbar este creciente torbellino en Oriente Próximo, estableciendo vínculos con los regímenes militares autoritarios que habían sustituido la estructura gobernante, en buena medida feudal, que había dejado el Imperio otomano. Los ejércitos árabes, recién equipados con armas soviéticas, expandieron la Guerra Fría a un Oriente Próximo que antes había estado dominado por Occidente, avivando las disputas en la región e intensificando el riesgo de que desataran un cataclismo global.

Sin embargo, por encima de todas estas preocupaciones, cuando Nixon asumió la presidencia, Vietnam se hallaba en un sangriento punto muerto. La Administración anterior, la de Johnson, había mandado a más de quinientos mil soldados estadounidenses a una región tan lejana cultural y psicológicamente de Estados Unidos como lo estaba geográficamente. En el momento de la toma de posesión de Nixon, cincuenta mil más estaban de camino. La tarea de sacar a Estados Unidos de esa guerra inconclusa —y de hacerlo en las circunstancias nacionales más turbulentas desde la guerra de Secesión— recayó en Nixon. Los cinco años previos a su elección también habían sido testigo de controversias políticas nacionales de una intensidad sin precedentes en la historia estadounidense posterior a la guerra civil: los asesinatos del presidente John F. Kennedy, de su hermano Robert (entonces el

favorito para la candidatura presidencial demócrata) y de Martin Luther King Jr., el pionero líder por los derechos civiles. Las protestas violentas por la guerra de Vietnam y las manifestaciones de repudio por el asesinato de King estremecieron las calles de las ciudades estadounidenses y bloquearon Washington durante varios días seguidos.

La historia de Estados Unidos está repleta de broncas controversias domésticas, pero la situación a la que se enfrentaba Nixon no tenía precedentes: por primera vez, una creciente élite nacional estaba convencida de que la derrota en la guerra era al mismo tiempo inevitable estratégicamente y éticamente deseable. Esa convicción implicaba una ruptura del consenso, establecido durante siglos, de que el interés nacional era un objetivo legítimo e incluso moral.

En cierto sentido, este conjunto de creencias marcó la reaparición de un impulso aislacionista previo, según el cual la «implicación» de Estados Unidos en conflictos extranjeros no solo era innecesaria para el bienestar de la nación, sino que resultaba corrosiva para su carácter. Pero ahora, en lugar de sostener que los valores de la nación eran tan elevados que impedían la participación en conflictos lejanos, esta nueva forma de aislacionismo sostenía que Estados Unidos se había vuelto demasiado corrupto para servir de ejemplo moral en el extranjero. Los partidarios de esta postura, tras establecerse —y más tarde conseguir una influencia casi dominante— en las instituciones de educación superior, no contemplaban la tragedia de Vietnam dentro del marco de la geopolítica ni como una lucha ideológica, sino como el anuncio de una catarsis nacional que produciría un giro introspectivo que debería haberse producido hacía mucho.

A la vez que daba clases en la Universidad de Harvard, ejercía a tiempo parcial como asesor de política internacional del gobernador de Nueva York, Nelson Rockefeller, que había sido el principal rival de Nixon en la candidatura republicana, tanto en 1960 como en 1968. De modo que no esperaba que se me invitara a formar parte del equipo del recién elegido presidente. Pero esa llamada se produjo y me ofrecieron el cargo de asesor de seguridad nacional, el segundo nombramiento presidencial de mayor rango que no está sujeto a la confirmación del Senado (después del jefe de gabinete de la Casa Blanca). La decisión de Nixon de ofrecerle esa responsabilidad a un profesor de Harvard, que en el pasado se había opuesto a él, ilustraba bien la generosidad de espíritu del presidente electo y su predisposición a romper con el pensamiento político convencional.

Poco después de su victoria electoral en noviembre de 1968, Nixon me invitó a nuestra primera reunión relevante en la sede de su equipo de transición, el Pierre Hotel de Nueva York. (Solo le había visto una vez antes, brevemente, en una fiesta de Navidad organizada por la extraordinaria Clare Boothe Luce). El encuentro nos brindó la oportunidad de abordar la situación internacional del momento y repasamos, de manera reflexiva y relajada, los mayores retos de la política exterior. Nixon expresó sus puntos de vista y me pidió mi opinión. En ningún momento de la reunión sugirió que esta tuviera que ver con la contratación de personal para su Gobierno, ni mucho menos que estuviera pensada para valorar si yo encajaba en algún puesto concreto.

Cuando me iba, Nixon me presentó a un desgarbado californiano que, me dijo, era su jefe de gabinete, H. R. Haldeman. Sin mediar explicación, Nixon le pidió que estableciera una línea telefónica directa con mi despacho en Harvard. Haldeman escribió la orden del presidente electo en

un bloc amarillo, pero no hizo nada al respecto. Eso fue, junto con la toma de contacto con la multifacética personalidad del presidente entrante, una lección adelantada sobre la manera en que funcionaba la burocracia en la Casa Blanca de Nixon: algunas afirmaciones del presidente eran simbólicas y sugerían qué dirección tomar, pero no eran una llamada a la acción inmediata.

Intrigado y un tanto dubitativo, volví a Harvard para ver cómo evolucionaban los acontecimientos. Unos días más tarde, John Mitchell, un abogado que era socio del mismo bufete que Nixon y estaba a punto de ser nombrado fiscal general, me llamó para hacerme una pregunta: «¿Vas a aceptar el trabajo o no?». Cuando le contesté: «¿Qué trabajo?», él murmuró algo parecido a «otra cagada» antes de invitarme a una nueva reunión con el presidente electo al día siguiente.

Esta vez, me ofrecieron de manera explícita el cargo de asesor de seguridad nacional. Torpemente, pedí algún tiempo para pensarlo y consultar con colegas que conocían mis opiniones políticas previas. Otros presidentes o consejeros delegados que había conocido, tras oír esa respuesta vacilante, me habrían ahorrado la necesidad de reflexionar y habrían puesto punto final a la conversación en ese mismo instante. Pero Nixon me dijo que me tomara una semana y —entrañablemente— me sugirió que consultara a Lon Fuller, su viejo profesor de Derecho contractual en Duke, que entonces daba clase en la facultad de Derecho de Harvard y conocía la manera de pensar y comportarse de Nixon.

Al día siguiente, consulté con Nelson Rockefeller, que acababa de regresar de un viaje a su rancho de Venezuela. Su reacción no solo acabó con cualquier ambivalencia, sino que demostró que en el país seguía existiendo una unidad subyacente. Me regañó por posponer mi decisión y me instó a aceptar la oferta de Nixon de manera inmediata. Cuando el

presidente te invita a desempeñar un servicio importante, dijo, el retraso no es la respuesta adecuada. «Ten en mente —añadió Rockefeller— que Nixon se la está jugando mucho más contigo que tú con él». Esa tarde llamé a Nixon para decirle que sería un honor formar parte de su Administración.

Nixon y yo acabaríamos desarrollando una relación que, en su aspecto más operativo, podría describirse como de «compañeros», aunque el compañerismo rara vez existe cuando el poder está repartido de una manera tan desigual entre las dos partes. El presidente puede despedir a su asesor de seguridad sin seguir ningún procedimiento ni dar un preaviso, y tiene la autoridad de imponer sus preferencias sin una comunicación formal o sin que medie discusión alguna. Y, sean cuales sean las aportaciones del asesor de seguridad, el presidente tiene la última responsabilidad de todas las decisiones.

A pesar de esta realidad, cuando se trataba de cuestiones de seguridad nacional y política exterior, Nixon nunca me trató como un subordinado. Se relacionaba conmigo como una especie de colega académico. No sucedía lo mismo cuando se trataba de cuestiones de política interior o asuntos electorales. Nunca me invitaron a reuniones sobre esos temas (excepto durante el episodio de los «papeles del Pentágono», cuando se filtraron documentos clasificados del Departamento de Defensa).

Desde el principio, nuestra relación adoptó este tono amable entre compañeros. Nixon evitó siempre hacer referencias desdeñosas a mi vínculo anterior con Nelson Rockefeller. Su conducta conmigo fue siempre cortés, incluso cuando se encontraba sometido a grandes presiones. Esta constante amabilidad era aún más extraordinaria porque, junto al Nixon resuelto y reflexivo descrito en estas páginas, había otro Nixon: uno inseguro sobre su imagen, dubitativo de su autoridad y

plagado de agobiantes dudas sobre sí mismo. Este otro Nixon siempre estaba acompañado por una versión del «espectador imparcial» de Adam Smith; es decir, un segundo «tú», que está fuera de ti, que observa y juzga tus acciones. Me parecía que Nixon se había pasado la vida perseguido por esa gran inseguridad.

Esta parte de Nixon buscaba constantemente la aprobación, un premio que con frecuencia los grupos de gente que más le importaban no le concedían. Mostraba una reserva palpable incluso con personas con las que tenía una relación asentada. Las personas que no pertenecían a su círculo más estrecho —sobre todo las que tenían un cierto rango— eran tratadas como si exigieran una especie de representación. El objetivo de Nixon no siempre era compartir información; con frecuencia, el lenguaje que utilizaba pretendía transmitir un fin que no necesariamente se había comunicado a la otra parte.

Dadas estas complejidades, en ocasiones Nixon hacía afirmaciones que no reflejaban del todo lo que pretendía. No hay que confundir esta conducta con la indecisión. Era claro acerca de sus objetivos y los perseguía con determinación y sutileza. Al mismo tiempo, sin embargo, con frecuencia quería preservar sus opciones, seleccionando el momento y el foro más ventajosos para debatirlas.

La suma de estas cualidades dio lugar a las características especiales que tuvo la Administración Nixon. Extremadamente informado, en especial sobre cuestiones de política exterior, y muy efectivo presentando sus análisis, Nixon, sin embargo, rehuía las confrontaciones cara a cara. Era reacio a transmitir órdenes directas a los miembros de su gabinete que no estaban de acuerdo con él, y hacía que Haldeman o Mitchell llevaran a cabo esa tarea, o, si se trataba de cuestiones de política exterior, que me encargara yo.

Ejercer como asistente de Nixon requería conocer este *modus*

operandi: no todos los comentarios que hacía el presidente, ni todas las órdenes que emitía, debían interpretarse o llevarse a cabo de manera literal. La instrucción que dio a Haldeman después de nuestra primera reunión para que se instalara una línea telefónica directa con mi despacho es un ejemplo: quería transmitir a su personal que iba a intentar sumarme a su equipo, pero aún no estaba preparado para ofrecerme el cargo en circunstancias en las que yo podía rechazarlo delante de otras personas.

Otro ejemplo más relevante: en agosto de 1969, un avión de pasajeros estadounidense que se dirigía de Roma a Israel fue secuestrado por terroristas palestinos y llevado hasta Damasco. Cuando comuniqué la noticia a Nixon, que estaba en Florida, disfrutando de una cena de sábado con viejos amigos, respondió: «Bombardea el aeropuerto de Damasco». Esa afirmación no pretendía ser una orden oficial; Nixon, en realidad, quería impresionar a sus asesores y sus compañeros de mesa con su determinación para poner fin a los secuestros.

Como Nixon sabía bien, iniciar una acción militar de esas características requiere algo más que una simple orden del presidente. Tiene que haber una directiva posterior que contenga las instrucciones operativas para los departamentos que tienen que implementarlas. Anticipándose a esa decisión posterior, Melvin Laird, el secretario de Defensa, el general Earle Wheeler, que era jefe de Estado Mayor, y yo nos pasamos buena parte de la noche asegurándonos de que se adoptaban los pasos preliminares para llevar a cabo ese ataque; en concreto, enviamos portaviones de la Sexta Flota a Chipre para que se posicionara con el fin de llevar a cabo la orden. Aunque el equipo de un presidente tiene la obligación de ejecutar sus órdenes, también debe darle la oportunidad de reflexionar sobre las implicaciones de sus actos.

En este caso, Nixon resolvió la cuestión a la mañana

siguiente. Durante la reunión de primera hora, le puse al día sobre la situación de los rehenes en el aeropuerto de Damasco y le transmití que los buques de la Sexta Flota estaban ahora cerca de Chipre. «¿Ha pasado algo más?», preguntó. Cuando le respondí que no, contestó con una sola palabra —«Bien»—, que pronunció sin mover un solo músculo de la cara. Nada más se dijo ni se hizo en relación con el ataque aéreo.[2]

Por lo tanto, el equipo más cercano de Nixon aprendió que las afirmaciones contundentes no pretendían necesariamente dar pie a acciones explícitas. Con frecuencia, transmitían un estado de ánimo o eran utilizadas para valorar el punto de vista de un interlocutor. Con el fin de posponer acciones irreversibles hasta que el presidente pudiera tomar una decisión ponderada, Haldeman estableció un sistema con asesores, de modo que las reuniones con Nixon en el despacho oval debían tener lugar en presencia de un asistente presidencial. Los asesores sénior, a su vez, estaban obligados a transmitir las directivas recibidas al jefe de gabinete de la Casa Blanca. Podían surgir problemas cuando quien se encontraba en compañía del presidente mientras este debatía consigo mismo sus opciones acerca de una cuestión era alguien que no tenía un contacto regular con él. Es ilustrativo, por ejemplo, la concisa explicación que Bryce Harlow, antiguo asesor de Eisenhower y amigo de Nixon, dio de la debacle del Watergate: «Algún idiota entró en el despacho oval e hizo lo que le ordenaron».

Como cabía esperar, la valoración que Nixon hacía de sus propias cualidades era más franca de lo que el relato precedente podría sugerir. Poco después de mi visita secreta a China en julio de 1971 —y del anuncio de Nixon de que él haría el mismo viaje el año siguiente—, el presidente me mandó recomendaciones para informar a la prensa. Refiriéndose a sí mismo en tercera persona, escribió:

> Una línea efectiva que podrías utilizar en tus conversaciones con la prensa es que RN está preparado como nadie para este encuentro y cómo, irónicamente, en muchos sentidos tiene unos rasgos y un pasado similares al [primer ministro chino Zhou Enlai]. Sigue una lista de algunas cuestiones que se podrían enfatizar.
>
> 1) Convicciones firmes.
> 2) Superó la adversidad.
> 3) Las crisis sacan lo mejor de él. Frío. Imperturbable.
> 4) Un líder duro, osado, fuerte. Dispuesto a asumir riesgos cuando es necesario.
> 5) Un hombre que mira al largo plazo, al que nunca le preocupan los titulares de mañana, sino qué resultado habrá dado una medida dentro de unos años.
> 6) Un hombre con una visión filosófica.
> 7) Un hombre que trabaja sin notas; en reuniones con setenta y tres jefes de Estado y jefes de Gobierno, RN ha mantenido horas de conversación sin tomar ninguna nota...
> 8) Un hombre que conoce Asia y ha insistido en viajar a Asia y estudiar Asia.
> 9) Un hombre cuyo estilo personal es muy fuerte y muy duro cuando es necesario —de acero—, pero que es sutil y casi puede ser amable. Cuanto más dura es su posición, normalmente, más baja es su voz. [3]

No hace falta decir que esta nota muestra al mismo tiempo una notable inseguridad y una resuelta voluntad de autopromoción. Pero el retrato que Nixon hacía de sí mismo era, en esencia, preciso: tenía mucha experiencia en política exterior; era más eficaz cuando se encontraba en medio de una crisis; era osado pero dado a deliberaciones y análisis detallados, y en ocasiones agotadores; tenía un enorme apetito de información; adoptaba una mirada a largo plazo y desarrollaba cuidadosas reflexiones sobre los retos a los que se enfrentaba la nación; y con frecuencia mostraba lo mejor de sí mismo en reuniones planificadas, con líderes mundiales, en las

que había mucha presión, al menos en las que requerían una presentación y no una negociación. Que le preocupara la apariencia de estar al mando —hasta el punto de que en ocasiones embellecía su historial— no contradice los logros de su Administración.

Dado lo que estaba en juego a escala nacional y la urgencia con la que frecuentemente había que tomar las decisiones, en la Casa Blanca ninguna relación sénior estaba exenta por completo de fricciones. En mi caso, a veces, cuando los medios destacaban mi contribución a la política nacional en detrimento de la de Nixon, sus inseguridades le provocaban resentimiento. El filósofo francés Raymond Aron —amigo mío de toda la vida y mi mentor intelectual— comentó en una ocasión que la importante cobertura que la prensa dedicaba a mi trabajo era una coartada de su hostilidad hacia Nixon. Las tensiones resultantes solo se abordaban muy de vez en cuando, e, incluso cuando eso sucedía, no era Nixon quien lo hacía, sino colaboradores como Haldeman o John Ehrlichman, el asesor de asuntos nacionales.

Sin embargo, nunca tuve que oír palabras como las que, según supe más tarde, en ocasiones dirigía a otros. Cuando se hicieron públicas las transcripciones de las conversaciones de Nixon en el despacho oval, llamé a George Shultz (que había sido jefe de presupuesto y secretario del Tesoro) para preguntarle si me había acostumbrado tanto a los insultos que ya no recordaba cómo los utilizaba Nixon. Los recuerdos de Shultz eran comparables a los míos; en nuestro trato con él, Nixon se mostraba cortés y escrupuloso.

Los defectos de Nixon —su nerviosismo, las inseguridades que suscitaba su necesidad de inspirar el máximo respeto, su renuencia a enfrentarse a los desacuerdos cara a cara— acabaron haciendo mella en su presidencia. Pero los logros de la carrera de Nixon merecen reconocimiento; fueron un

esfuerzo formidable para trascender las inhibiciones que habrían derrotado a un líder de menor categoría.

La toma de decisiones sobre seguridad nacional en la Casa Blanca de Nixon

Cada Casa Blanca establece un mecanismo para la toma de decisiones que solo el comandante en jefe está en posición de adoptar. En cuanto fue nombrado jefe de gabinete, Haldeman creó una organización en la Casa Blanca que permitía a Nixon equilibrar sus convicciones y sus inhibiciones, y relegar sus debilidades al tiempo que alcanzaba un considerable nivel de coherencia.

Como norma general, el acceso al presidente se producía en presencia de uno de los dos asistentes presidenciales de la Casa Blanca: Erlichman para la política nacional y yo para las cuestiones de seguridad nacional. Nuestras oficinas eran responsables de preparar al presidente para las próximas reuniones, de esbozar tanto las cuestiones que podían plantearse como las posibles respuestas que ofrecer. Nixon estudiaba esas recomendaciones cuidadosamente antes de las reuniones, pero durante las conversaciones nunca tenía notas ante sí.

Cuando Nixon y yo coincidíamos en Washington, normalmente yo era la primera persona con la que se reunía por la mañana. Le acompañaba en sus viajes al extranjero y asistía a todas las reuniones oficiales. Cuando uno de los dos viajaba dentro del país, solíamos hablar por teléfono al menos una vez al día. El primer tema de nuestra agenda era por lo general el informe presidencial diario, preparado por la Agencia Central de Inteligencia, la CIA. Si no había ninguna crisis, Nixon dedicaba relativamente poco tiempo a las

cuestiones cotidianas y mucho más a los precedentes históricos o las dinámicas de una región o una situación concretas. Siempre se centraba en lo que constituían potenciales puntos de inflexión o decisiones clave inminentes. Durante estas conversaciones, que con frecuencia se prolongaban durante muchas horas, se conformó el pensamiento estratégico de la Administración Nixon.

Nixon, que fue vicepresidente de Eisenhower, trató de replicar los procedimientos de su predecesor en materia de seguridad nacional, al mismo tiempo que los adaptaba a sus necesidades. Para ello, pidió al general Andrew Goodpaster, que durante un tiempo había coordinado el Consejo de Seguridad Nacional (NSC, por sus siglas en inglés) de Eisenhower, que trabajara conmigo para crear una estructura comparable.[4] Con Eisenhower, el personal del NSC había preparado las reuniones recabando las opiniones de los distintos departamentos. Durante las presidencias posteriores de Kennedy y Johnson, McGeorge Bundy y Walt Rostow transformaron la organización de Goodpaster, que llegó a tener alrededor de cincuenta profesionales, entre los que se encontraban algunos académicos que participaban en importantes preparaciones para las reuniones del NSC. Durante la Administración Nixon mantuvo un tamaño similar; en la actualidad, ha crecido hasta los cuatrocientos profesionales.[5]

Cuando, al principio de la transición presidencial, Goodpaster y yo llamamos a Eisenhower, que entonces tenía una enfermedad cardiaca terminal y se encontraba ingresado en el hospital Walter Reed, yo aún tenía la idea (heredada de mis días en Harvard) de que la cabeza del expresidente era tan imprecisa como la sintaxis que en ocasiones empleaba en sus ruedas de prensa. Pronto descubrí que no era así. Conocía a fondo las cuestiones de seguridad nacional, así como sus ramificaciones administrativas. Los rasgos faciales de

Eisenhower eran vívidos y expresivos, transmitían una seguridad en sí mismo fruto de décadas de mando. Su manera de hablar era poderosa, directa y elocuente.

Después de dar la bienvenida a Goodpaster, Eisenhower no perdió el tiempo y formuló su argumento inicial. Supe que no había estado a favor de mi nombramiento como asesor de seguridad porque, dijo, consideraba que los académicos no estaban bien preparados para la toma de decisiones de alto nivel. Sin embargo, me ayudaría en todo lo que pudiera. Su opinión era que el planteamiento del presidente Johnson, según el cual el Departamento de Estado presidía la dimensión interdepartamental del proceso de la seguridad nacional, no había funcionado porque el Departamento de Defensa se había resistido al liderazgo del Estado, y en todo caso el personal del Departamento de Estado estaba mejor pertrechado para dialogar que para la toma de decisiones estratégicas.

Después, Eisenhower enumeró sus recomendaciones, que en esencia consistían en colocar la actividad relacionada con la seguridad nacional bajo el mando del asesor de seguridad de la Casa Blanca. Este, o la persona que él designara, presidiría varios subcomités regionales y técnicos. A continuación, un comité cuyo nivel sería el de vicesecretario revisaría las deliberaciones de los grupos para el Consejo de Seguridad Nacional.

Goodpaster redactó esas recomendaciones y Nixon las adoptó. La estructura ha seguido prácticamente intacta desde entonces. En cualquier Administración, sin embargo, los intangibles de la personalidad afectan, inevitablemente, a la distribución del poder real.

Durante las reuniones del NSC en las que estaban presentes los cargos del gabinete designados (los secretarios de Estado, Defensa y el Tesoro, además del director de la CIA), Nixon se mostraba hábil formulando propuestas que implicaban un

objetivo requerido, pero no se comprometía con una implementación concreta. La exploración de opciones se convirtió en su manera de obtener información acerca de las potenciales formas de actuar sin provocar una confrontación sobre la decisión. Esta estrategia permitía al presidente separar las políticas a largo plazo de los procesos cotidianos. También le permitía comprender el abanico de opciones, como si se enfrentara a un problema intelectual abstracto, independiente de las preferencias personales o las prerrogativas de los departamentos. Siempre que era posible, Nixon comunicaba la decisión final después, cuando —no recuerdo ninguna excepción— no tenía que enfrentarse cara a cara con ninguna discrepancia.

Adoptar la estructura del NSC de Eisenhower facilitó la duradera voluntad de Nixon de controlar la política exterior desde la Casa Blanca. Un memorando de decisión emitido a su nombre anunciaba su plan de acción. En situaciones particularmente controvertidas —como, por ejemplo, en 1970, la incursión en Camboya para buscar a las divisiones norvietnamitas estacionadas allí—, Haldeman o el fiscal general John Mitchell transmitían personalmente la decisión final al secretario de gabinete indicado, señalando que era un asunto cuya discusión ya estaba cerrada.

Las inhibiciones de Nixon no constreñían su decisión. En momentos de crisis, lideraba el proceso, aunque fuera de manera indirecta, por medio de mi equipo. Y en varias cuestiones clave —como en 1972, durante la respuesta a la ofensiva de Pascua, el ataque de Vietnam del Norte contra Vietnam del Sur, o el transporte aéreo estratégico de armas y suministros a Israel durante la guerra del Yom Kippur, en octubre de 1973— intervino dando una orden directa.

En enero de 1969, cuando Nixon asumió el cargo, la naturaleza del debate estadounidense sobre Vietnam se había

alterado. Las primeras disputas internas sobre el Sudeste Asiático habían sido las tradicionales: el desacuerdo giraba en torno a los medios para alcanzar unos fines en los que se estaba de acuerdo. Las universidades debatían sobre Vietnam en charlas participativas, en las que se daba por sentada la buena fe de las dos partes. En la presidencia de Johnson, los juicios sobre la conducta de los estadounidenses en Vietnam pasaron a versar, precisamente, sobre la cuestión de la buena fe. Quienes se oponían a la guerra afirmaban que era inmoral y contraria a los valores tradicionales de su país. Su afirmación era un reto para las políticas ya establecidas y para la legitimidad moral de los sucesivos gobiernos, hasta el punto de que algunos activistas antiguerra intentaron socavar las actividades del Gobierno mediante enormes manifestaciones, que a veces duraban días. Otra táctica consistió en el filtrado masivo de información gubernamental clasificada, algo que se justificaba con una definición de la transparencia gubernamental incompatible con cualquier secreto.

«El secreto —reconoció Nixon en sus memorias— sin duda se cobra un alto precio en forma de un intercambio de ideas dentro del Gobierno menos libre y creativo». Pero, añadía, en cierta dosis siempre es necesario en los asuntos de Estado. «Puedo decir sin lugar a dudas que sin secretos no se hubiera producido la apertura hacia China, el acuerdo SALT con la Unión Soviética, ni el acuerdo de paz que puso fin a la guerra de Vietnam».[6]

En este sentido, Eisenhower me dio una lección básica sobre el trabajo en Washington. A mediados de marzo de 1969, cuando era evidente que el expresidente se estaba debilitando, Nixon me invitó a sumarme a una reunión con su predecesor para informarle sobre una reciente reunión del NSC acerca de Oriente Próximo, en la que se había abordado la creciente presencia militar soviética en la región y el equilibrio de

nuestra respuesta, entre las medidas diplomáticas y otras de distinta naturaleza. Mientras aún estaba tomando una decisión, Nixon me pidió que redactara para Eisenhower las opciones discutidas por el NSC.

A la mañana siguiente, el contenido de la reunión del NSC apareció en los medios. El general Robert Schulz, el asistente militar de Eisenhower, me llamó muy temprano para ponerme en contacto con el expresidente. Mientras soltaba una retahíla de tacos que normalmente no se asociaba a su benigna fachada pública, Eisenhower me reprendió: la filtración de las deliberaciones del NSC había limitado las opciones de Nixon. Cuando le pregunté si creía que mi oficina era la responsable de la filtración, soltó otro catálogo de tacos para subrayar que mi trabajo consistía en proteger el carácter secreto de la información clasificada en todo el sistema de seguridad nacional. Si había interpretado que se limitaba a la seguridad de mi oficina, no estaba cumpliendo con mi trabajo.

Mi respuesta —que solo llevábamos en el Gobierno dos meses y que en ese tiempo habíamos hecho todo lo posible por controlar las filtraciones— no le sentó mucho mejor. «Joven [yo tenía entonces cuarenta y seis años], déjeme darle un consejo fundamental», dijo Eisenhower con un tono casi paternal. «Nunca le diga a nadie que es usted incapaz de llevar a cabo una tarea que se le ha encomendado». Esas fueron las últimas palabras de Eisenhower que oí. Murió dos semanas después.

La visión que tenía Nixon del mundo

Las valoraciones de Nixon sobre el pasado, y sus intuiciones sobre el futuro, eran el resultado tanto de su importante experiencia internacional como figura política como de sus

reflexiones durante los años en que no desempeñó ningún cargo público. Los viajes internacionales como vicepresidente —y previsible candidato presidencial— le habían puesto en contacto con líderes mundiales que intentaban entender lo que se pensaba en Estados Unidos y calibrar sus propias expectativas futuras. En esos círculos era tratado como una figura seria, una actitud que no siempre era evidente entre sus adversarios nacionales o los periodistas.

Las convicciones de Nixon sobre política exterior no encajaban del todo en las categorías políticas existentes entonces. En su carrera como congresista, se había implicado de manera notable en el debate sobre el juicio a Alger Hiss, antiguo funcionario del Departamento de Estado y supuesto agente soviético, al que buena parte de la clase política consideraba víctima de una «caza de brujas», hasta (aunque también después) que fue condenado por perjurio y encarcelado. De esta forma, cuando Nixon juró su cargo como presidente, tanto los conservadores como los progresistas tenían una idea formada sobre él. Los conservadores le consideraban un sólido anticomunista y un partidario de la línea dura en la Guerra Fría. A los progresistas les preocupaba que pudiera iniciar un periodo de exhibición de fuerza estadounidense en el exterior y de controversia nacional en casa.

Las ideas de Nixon sobre la política exterior eran mucho más matizadas que la percepción que sus críticos tenían de ellas. Estaban conformadas por su experiencia de servicio público en la marina durante la Segunda Guerra Mundial, en el Congreso y como vicepresidente. Nixon estaba firmemente convencido de la legitimidad básica del estilo de vida americano; en concreto, de las oportunidades para la movilidad social, como ejemplificaba su propia vida. En consonancia con las certezas de la política exterior de la época, creía que Estados Unidos

tenía una responsabilidad especial en la defensa de la libertad en el plano internacional, y en concreto la libertad de sus aliados democráticos. Al tratar de poner fin al conflicto en Vietnam, que había heredado, le preocupaba el impacto que tendría la retirada estadounidense en la credibilidad de la nación como aliado, pero también como potencia y presencia en el mundo en general.

Nixon plasmó sus ideas sobre las responsabilidades internacionales de Estados Unidos en un discurso del 6 de julio de 1971. En él, explicó las obligaciones de su país en Vietnam en términos no partidistas, sin culpar a sus predecesores demócratas ni a la izquierda contraria a la guerra. Reconoció y describió las críticas a la línea política de Estados Unidos frecuentes entonces:

> A Estados Unidos no se le puede confiar el poder; Estados Unidos debería retirarse de la escena mundial y ocuparse de sus propios problemas, y dejar el liderazgo mundial a otro, porque la forma en que llevamos a cabo nuestra política exterior es inmoral.[7]

Tras aceptar que Estados Unidos había dado unos primeros pasos equivocados en Vietnam, como lo había hecho en otras guerras, formuló una pregunta fundamental: «¿Qué otra nación del mundo os gustaría que tuviera la posición de potencia preeminente?». Estados Unidos era

> una nación que no buscó una posición preeminente en el mundo. Nos llegó por lo que sucedió en la Segunda Guerra Mundial. Pero he aquí una nación que ha ayudado a quienes eran sus enemigos, que ahora es generosa con quienes podrían ser sus oponentes [...]. El mundo tiene mucha suerte [...] de tenerla en una posición de liderazgo mundial.[8]

Nixon reiteró su visión de posguerra de un liderazgo global de Estados Unidos, pero puso en duda las ideas dominantes

sobre su política exterior. Entonces, como ahora, una importante escuela de pensamiento sostenía que la estabilidad y la paz eran el estado normal de las relaciones internacionales, mientras que el conflicto era una consecuencia de la incomprensión o la malicia. Una vez que las potencias hostiles fueran claramente superadas o derrotadas, volverían a surgir la armonía o la confianza subyacentes. Según esta concepción quintaesencialmente estadounidense, el conflicto no era inherente, sino artificial.

La percepción de Nixon era más dinámica. Consideraba la paz como un estado de equilibrio frágil y fluido entre las grandes potencias, un estado de las cosas precario que a su vez constituía un componente vital para la estabilidad internacional. En una entrevista con la revista *Time* en enero de 1972, insistió en el equilibrio de poder como un requisito para la paz:

> Cuando una nación se vuelve infinitamente más poderosa que su competidor potencial es cuando surge el peligro de la guerra. De modo que creo en un mundo en el que Estados Unidos es poderoso. Creo que el mundo será más seguro y mejor si Estados Unidos, Europa, la Unión Soviética, China y Japón son fuertes y sanos, y se equilibran mutuamente y no se enfrentan entre ellos, un equilibrio igualado.[9]

Cualquiera de los grandes hombres de Estado británicos del siglo XIX habría hecho una afirmación semejante sobre el equilibrio de poder en Europa.

Aunque Europa[10] y Japón nunca se convirtieron en potencias de una capacidad comparable durante los años de la presidencia de Nixon, desde entonces hasta el final de la Guerra Fría, e incluso después, la «triangulación» entre China y la Unión Soviética se convirtió en un principio de las políticas estadounidenses; de hecho, contribuyó de una manera

importante al exitoso resultado del conflicto.

Nixon ubicaba su estrategia en un contexto estadounidense específico. A principios del siglo xx, Theodore Roosevelt (1901-1909) había expresado la idea de que un día Estados Unidos heredaría el papel de Reino Unido como sostenedor del equilibrio global, un papel basado en la experiencia europea de mantener un equilibrio de poder en el continente.[11] Pero presidentes posteriores rehuyeron esta clase de análisis. En cambio, se volvió dominante la visión de Woodrow Wilson (1913-1921), según la cual debía buscarse la estabilidad internacional para conseguir la seguridad colectiva. Definía esta como la aplicación conjunta del derecho internacional; en palabras de Wilson, «no un equilibrio de poder, sino una comunidad de poder; no rivalidades organizadas, sino una paz común organizada».[12]

Nixon pretendía restaurar en la política exterior estadounidense las ideas de Theodore Roosevelt sobre el equilibrio de poder. Al igual que Roosevelt, consideraba que el interés nacional era el objetivo que debía definir el cumplimiento de la estrategia nacional y la política exterior. Reconocía que entre los intereses nacionales a menudo se producen tensiones y que no siempre son reconciliables y dan resultados en los que todas las partes ganan —lo que se llama un *win-win*—, y consideraba que la tarea del hombre de Estado consistía en identificar y gestionar esas diferencias. Eso podía conseguirse mitigándolas o, cuando fuera necesario y como último recurso, venciéndolas mediante la fuerza. En esos casos extremos, tendía a aplicar una máxima que con frecuencia repetía a sus colaboradores: «Pagas el mismo precio por llevar a cabo una medida sin ganas o con dudas que por llevarla a cabo de la manera correcta y con convicción».

En la concepción que tenía Nixon de la política exterior, Estados Unidos debía ser el principal definidor de un sistema

fluido de equilibrios cambiantes. Este papel no tenía un objetivo final fácil de describir, pero, si el país se desentendía de él, creía, se produciría un caos global. La responsabilidad permanente de Estados Unidos consistía en participar en un diálogo internacional y asumir el liderazgo de ese diálogo cuando fuera conveniente. En su primer discurso de investidura, Nixon proclamó, pues, «una nueva era de negociaciones».

Diplomacia y vínculo

La política exterior de Nixon se centraba en un doble acercamiento a los adversarios: uno consistía en construir la fortaleza y las alianzas estadounidenses, sobre todo la Alianza Atlántica; el otro se basaba en mantener un diálogo constante con los adversarios, como la Unión Soviética y China, en esa nueva «era de negociaciones». Al establecer un vínculo entre los designios geopolíticos y los ideológicos, Nixon trató de superar dos obstáculos que habían dificultado que Estados Unidos hiciera frente a sus retos internacionales.

En *Diplomacia* (1994) llamé a estos conceptos la estrategia psiquiátrica frente a la teológica. La primera sostiene que las negociaciones son fines en sí mismos, de tal modo que, cuando Estados enemigos se reúnen cara a cara, su disputa puede abordarse como un malentendido manejable y potencialmente resoluble, casi parecido a los conflictos personales. El acercamiento teológico concibe a los adversarios como infieles o apóstatas y considera el hecho mismo de negociar con ellos una especie de pecado.[13]

En cambio, Nixon entendía las negociaciones como un aspecto de una estrategia general, parte de una red continua de factores relevantes entre los que estaban el diplomático, el

económico, el militar, el psicológico y el ideológico. A pesar de ser un veterano anticomunista, Nixon no consideraba que las diferencias ideológicas con los Estados comunistas fueran una barrera para la relación diplomática. Consideraba más bien que la diplomacia era el mejor método para desbaratar planes hostiles y transformar las relaciones antagonistas en un compromiso con el adversario, o en su aislamiento. Por lo tanto, la apertura a China se basó en la convicción de que las rigideces comunistas de Mao Zedong podían compensarse si se sacaba partido de la amenaza soviética a la seguridad de China. De igual modo, durante la guerra árabe-israelí de octubre de 1973, su convicción de que los clientes de Moscú en Oriente Próximo serían incapaces de alcanzar sus objetivos regionales por la fuerza creó una ventana estratégica y psicológica para debilitar la influencia soviética y colocar a Estados Unidos en posición de liderar las negociaciones de paz.

Nixon nunca albergó la presunción de que establecer relaciones personales con los líderes extranjeros pudiera trascender los intereses nacionales en conflicto. «Todos debemos reconocer que Estados Unidos y la Unión Soviética tienen diferencias muy profundas y fundamentales», dijo Nixon en 1970 durante un discurso ante la Asamblea General de la ONU, y explicó que pensar lo contrario «menoscabaría la seriedad de nuestros desacuerdos. El progreso genuino en nuestras relaciones requiere medidas específicas, no solo evocadoras. Una verdadera *détente* se construye mediante una serie de acciones, no a través de un cambio superficial en el estado de ánimo visible».[14] Negociar con adversarios ideológicos desde una posición de fuerza llevaría a un orden favorable a los intereses y las aspiraciones de seguridad de Estados Unidos.

Siguiendo estos principios, al inicio de su presidencia Nixon obtuvo la aprobación del Congreso para desarrollar una

defensa nacional con misiles, una iniciativa que muchos consideraron la provocación de un halcón a Moscú. Pero, en las décadas siguientes, la defensa con misiles ha demostrado ser un componente indispensable de la estrategia. De igual manera, cuando las fuerzas sirias apoyadas y equipadas por los soviéticos invadieron Jordania en 1970, Nixon invocó una alerta regional, y, cuando el primer ministro soviético Leonid Brézhnev amenazó con intervenir al final de la guerra del Yom Kippur, en octubre de 1973, activó una alerta global. Aunque insistía en contener a la Unión Soviética, su objetivo último era construir una estructura de paz. Nixon explicó esta posición durante una Asamblea General de la ONU, en 1970: «El poder es un hecho de la vida internacional —dijo—. Nuestra obligación mutua es disciplinar ese poder para, junto con otras naciones, asegurarnos de que se utiliza para mantener la paz, no para amenazar la paz».[15]

Con todo, ¿cómo se definía y se alcanzaba la «paz»? A George Kennan, el artífice visionario de la política de contención posterior a la Segunda Guerra Mundial —junto con los secretarios de Estado Dean Acheson y John Foster Dulles—, parecía bastarle con construir la fortaleza estadounidense mientras aguardaba pacientemente a la Unión Soviética, confiado en que la historia acabaría provocando la transformación o el colapso de esta. Pero dos décadas marcadas por un tenso empate termonuclear, agravado por el trauma de Vietnam, habían hecho que Estados Unidos necesitara una estrategia más activa. La política de Nixon estaba concebida para hacer que, aprovechando sus diferencias mediante la diplomacia, Moscú y Pekín aceptaran la legitimidad del sistema internacional y se comportaran según unos principios compatibles con los intereses de seguridad y los valores de Estados Unidos.

Nixon se describió a sí mismo como un hábil negociador. Lo

cual era cierto en las discusiones de amplio espectro, diseñadas para arrastrar a un interlocutor a un diálogo estratégico. Pero su reticencia a la confrontación directa le desanimaba a implicarse en el equilibrio recíproco y el ajuste de matices en los que opera la diplomacia.

En todo caso, negociar detallados acuerdos diplomáticos es un arte del que los presidentes hacen bien en abstenerse. Dada la enorme confianza en uno mismo que es necesaria para alcanzar su cargo, los presidentes suelen ser unos negociadores demasiado acomodaticios o demasiado beligerantes (o ambas cosas): lo primero, cuando recurren a su capacidad para manipular mediante el encanto personal; lo segundo, cuando al valerse de las presiones que propiciaron el ascenso en su país, identifican diplomacia y confrontación.

Un bloqueo diplomático entre líderes importantes complica cualquier ajuste en la gobernanza interna de ambas partes; otra razón por la que las cuestiones de detalle deben gestionarse en niveles inferiores, en los que el conocimiento técnico es mayor y el acuerdo resulta personalmente menos amenazador. Si en la fase final solo quedan algunos asuntos pendientes, los líderes se ven liberados para llegar a un resultado importante con un acuerdo simbólico y una floritura festiva.

Las fortalezas de Nixon como hombre de Estado se hallaban en los dos extremos de la estrategia geopolítica: el rigor analítico en la concepción y una enorme osadía en la ejecución. Daba lo mejor de sí mismo en los diálogos sobre objetivos a largo plazo y en los intentos de arrastrar a su homólogo al límite de un acuerdo estratégico. Si durante las negociaciones sobre los detalles de la limitación de armas estratégicas, que mantuvo cara a cara con Brézhnev en la cumbre de Moscú de 1972, Nixon se mostró inquieto, con Zhou Enlai, durante la cumbre de Pekín de ese mismo año, deseaba de veras abordar los principios de la geopolítica estadounidense y china (y fue

efectivo al hacerlo). Eso creó los fundamentos de una estrategia paralela Estados Unidos-China que pretendía frustrar la búsqueda soviética de la hegemonía global.

Nixon combinaba su actitud en las negociaciones con una estrategia que a los profesionales de la política exterior les parecía inadecuada: la creación de vínculos. El 4 de febrero de 1969 mandó sendas cartas al secretario de Estado, William Rogers, y al secretario de Defensa, Melvin Laird. En ellas subrayaba el enfoque de la nueva Administración.[16] En esencia, este suponía un cambio radical con respecto a la tendencia de las administraciones previas a compartimentar lo que parecían cuestiones distintas:

> Reconozco que la Administración anterior consideró que, cuando percibimos un interés mutuo con la Unión Soviética sobre un tema, debíamos buscar un acuerdo e intentar aislarlo lo más posible de la inestabilidad de los demás conflictos. Lo cual puede ser juicioso por lo que respecta a numerosas cuestiones bilaterales y prácticas como los intercambios culturales o científicos. Pero, en las cuestiones cruciales de nuestro tiempo, creo que debemos intentar avanzar en un frente lo bastante amplio como para dejar claro que vemos alguna relación entre las cuestiones políticas y las militares.[17]

Entre los partidarios de la visión predominante, que consistía en negociar cuestiones a medida que surgían, para evitar que contaminaran los posibles ámbitos de cooperación, este memorando provocó inquietud, por decirlo suavemente. Ese planteamiento replicaba la estructura de los departamentos del Gobierno, en la que los distintos departamentos y oficinas presionaban en favor de sus «líneas de trabajo» preferidas. Nixon se dio cuenta de que, en ese momento, con esta segmentación se corría el riesgo de permitir que la Unión Soviética marcara la agenda y utilizara las negociaciones como una tapadera para avanzar en sus objetivos imperiales.

Al final, el planteamiento de Nixon alteró mucho los cálculos de los soviéticos. Tres semanas después de que, el 15 de julio de 1971, se anunciara la intención de Nixon de visitar China, el presidente fue invitado a una cumbre en Moscú. En mayo de 1972 —solo tres semanas después de que Nixon ordenara el bombardeo de Vietnam del Norte y el uso de minas en el puerto de Hai Phong, y tres meses después de la cumbre de Pekín—, una cumbre de una semana en Moscú entre Estados Unidos y la Unión Soviética demostraría que esta última estaba dispuesta a estabilizar las relaciones con Estados Unidos. Durante la cumbre, Nixon y Brézhnev firmaron el acuerdo sobre la limitación de armas estratégicas (SALT I), el tratado sobre misiles antibalísticos (ABM, por sus siglas en inglés) y el acuerdo sobre incidentes en el mar. Eran pasos hacia el objetivo que Nixon había presentado en su discurso de investidura: fortalecer la «estructura de paz». El tratado de limitación de ensayos nucleares subterráneos continuó ese proceso, como lo hicieron los Acuerdos de Helsinki de 1975, que se firmaron durante la Administración de Gerald Ford.

Estos acuerdos subrayaron otro término —*détente*— que acabó asociándose a la política exterior de Nixon y suscitó controversia. Derivado del infinitivo francés *détendre* («aflojar») y, por lo tanto, sujeto a inescrutables interpretaciones, sugería una relajación de las tensiones entre las superpotencias. La principal objeción a la *détente* era que la diplomacia estadounidense debía centrarse en socavar, y finalmente destruir, el sistema soviético y el de sus demás adversarios. Nixon y yo sosteníamos, al contrario, que declarar como objetivo principal el derrocamiento de todo el sistema eclipsaría cualquier controversia con el riesgo de que se produjera una confrontación definitiva en una era de armas de destrucción masiva y tecnología revolucionaria en otros campos. Nosotros, en cambio, preferíamos una fuerte posición

militar acompañada de una diplomacia que garantizase, mediante múltiples opciones, la defensa de los intereses estratégicos estadounidenses.

Otro objetivo de la *détente* era dar a los soviéticos un papel en algunos aspectos claves de la relación entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Había que fomentar las relaciones cuando la conducta soviética fuera responsable y reducirlas o modificarlas en periodos de tensión. Había que mantener sobre la mesa simultáneamente los métodos de la fuerza y de la diplomacia y ejecutarlos como parte de la misma estrategia. Como veremos, Estados Unidos respondió enérgicamente a retos que suponían un riesgo alto, planteando un incentivo máximo para que la otra parte se contuviera, como en la crisis de Jordania en 1970, el conflicto en el sur de Asia en 1971 y la guerra de Oriente Próximo en 1973. Al mismo tiempo, siempre dejó abierto un horizonte de coexistencia con los adversarios.

Un viaje a Europa

Nixon viajó por primera vez al extranjero como presidente un mes después de su investidura, entre el 23 de febrero y el 2 de marzo de 1969. El objetivo declarado era «restaurar un nuevo espíritu de cooperación» después de que diferencias sobre Vietnam y las políticas en Oriente Próximo hubieran tensado la relación de Estados Unidos con sus aliados europeos.

Pero el elevado propósito del viaje se encontró con las complejidades de la cada vez más intensa búsqueda de una identidad por parte de Europa. Aunque en buena medida el continente se había recuperado económicamente de la devastación de la Segunda Guerra Mundial, apenas estaba iniciando el proceso de crear instituciones comunes y seguía lejos de su declarado propósito de crear una estratégica

geopolítica común. Durante cuatro siglos, las proezas militares y las contribuciones a la filosofía política de Europa habían conformado el mundo. En ese momento, sin embargo, sus naciones temían por encima de todo las presiones de la Unión Soviética, que esta ejercía con el apoyo de su fuerza militar. En consecuencia, aunque los aliados consideraban indispensable el apoyo militar estadounidense a través de la OTAN, también trataban de conseguir una mayor autonomía para poder conformar su futuro político y, en especial, económico.

Nixon había participado por primera vez en cuestiones de política exterior cuando era congresista, como miembro de la Comisión Herter de 1947, la antecesora del Plan Marshall de 1948. El viaje del comité a Europa en otoño de 1947 ayudó a Nixon a conformar su duradero compromiso con el vínculo orgánico existente entre Estados Unidos y el continente. En ese momento, Europa deseaba una conexión más profunda con Estados Unidos. Un cuarto de siglo después, cuando Nixon se convirtió en presidente, los líderes europeos seguían preocupados por la evolución interna del continente, pero su compromiso para impulsar la asociación política con Estados Unidos era solo nominal.

Para complicar aún más la situación, en el año posterior a la visita de Nixon, todos los grandes gobiernos europeos cambiaron debido a cuestiones internas. Dos meses después del viaje, Charles de Gaulle —que había vetado en dos ocasiones la entrada de Reino Unido en la Comunidad Europea, la predecesora de la UE— se retiró y fue sustituido por Georges Pompidou. De igual modo, el canciller Kurt Georg Kiesinger, nuestro anfitrión en Alemania, que básicamente había seguido el curso de Adenauer, sería sustituido antes de que acabara el año por Willy Brandt, que adoptaría una política más flexible hacia la Unión Soviética bajo el paraguas de la *Ostpolitik*.[18]

El primer ministro Harold Wilson, nuestro anfitrión

británico, perdió las elecciones ante el líder conservador, Edward Heath, que intentó poner distancia entre Londres y Washington, dando mayor prioridad a conseguir la entrada en una Europa unida que a fortalecer los vínculos ya existentes entre su país y Estados Unidos. Por lo tanto, Nixon, que emprendió el viaje con la idea de transmitir las garantías a largo plazo de Estados Unidos, se encontró con un grupo de líderes centrados en sus horizontes políticos nacionales.

No fueron las únicas ironías en su visita de ocho días. A pesar de que sus anfitriones le alentaban a iniciar conversaciones con la Unión Soviética sobre el control de las armas nucleares y a poner fin a la guerra de Vietnam, se sentían incómodos cuando él aceptaba los términos generales de sus recomendaciones. «En su debido momento, y con las debidas preparaciones, Estados Unidos establecerá negociaciones con la Unión Soviética en un amplio rango de temas», afirmó Nixon durante unas declaraciones en la sede de la OTAN en Bruselas, reconociendo que esas conversaciones «afectarán a los aliados europeos», aunque solo serían dirigidas por Estados Unidos. Con eso en mente, subrayó la importancia de mantener la cooperación y la unidad: «Lo haremos basándonos en la consulta y la cooperación plenas con nuestros aliados, porque somos conscientes de que las posibilidades de éxito de las negociaciones dependen de nuestra unidad». [19]

El discurso generó ambivalencia. Los aliados europeos recibieron bien el apoyo ante la amenaza soviética, pero les seguía preocupando lo que podrían suponer en realidad las negociaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética. La intención declarada de Nixon de inyectar fluidez diplomática en una situación internacional congelada produjo una mezcla de aprobación y nervios, mientras que su llamada a una «genuina consulta con los aliados antes de que se consume el hecho» suscitó algunas preguntas sobre la cohesión de la

alianza que han continuado hasta nuestros días.

Durante la presidencia de Nixon, la relación entre Estados Unidos y Europa avanzó en cuestiones de cooperación y consulta, y su compromiso con la OTAN fue absoluto. Se exploraron cuestiones estructurales aún más profundas, pero no se resolvieron: ¿qué grado de cooperación era necesario fuera de la zona del tratado, por ejemplo en Oriente Próximo o Asia? ¿Qué grado de unidad necesitaba la alianza en medio de un mundo en fragmentación y una tecnología desatada? ¿Cuánta diversidad podía soportar?

La ambivalencia puede atribuirse en parte a la guerra de Vietnam, que en general los líderes europeos percibían como una distracción de sus principales preocupaciones de seguridad. La disparidad de juicio entre Estados Unidos y Europa respecto a los riesgos globales, como la *Ostpolitik* alemana, que defendía un acercamiento político activo con la Unión Soviética, también creó dificultades.

Durante el tercer año de la presidencia de Nixon se produjo una transformación significativa de las relaciones atlánticas en el campo económico. El acuerdo de Bretton Woods de 1944 había establecido unos tipos de cambio fijos entre las divisas extranjeras y el dólar, que permitió a los gobiernos intercambiar dólares por oro a treinta y cinco dólares la onza. Había funcionado bien durante dos décadas, pero a finales de la década de 1960 experimentaba una creciente tensión.[20] A medida que Europa occidental y Japón se recuperaban de la Segunda Guerra Mundial, acumularon reservas de dólares; cuarenta mil millones en 1971, frente a las reservas de oro de Estados Unidos, que valían diez mil millones. Como no confiaban en la capacidad de Estados Unidos para mantener la convertibilidad del oro, los gobiernos extranjeros, liderados por Francia, exigieron que se cambiaran aún más dólares por oro.[21]

Nixon reaccionó con su característica decisión. En agosto de 1971, deliberó con sus asesores económicos durante tres días en Camp David. El presidente de la Reserva Federal, Arthur Burns, trató de preservar el sistema de Bretton Woods, mientras que el secretario del Tesoro, John Connally, y el director de la Oficina de Gestión y Presupuesto, George Shultz, eran partidarios de acabar con el vínculo entre el dólar y el oro; Shultz llegó a proponer un nuevo sistema de tasas de cambio flotantes.[22] Nixon se puso del lado de Connally y Shultz, consideró que no se podía mantener la convertibilidad entre el dólar y el oro y que cualquier intento de hacerlo daría pie a ataques especulativos contra el dólar. Anunció la suspensión temporal de la convertibilidad del dólar con el oro el domingo 15 de agosto.[23]

Pero esta decisión, así como la unilateralidad con la que se adoptó, intranquilizó a algunos aliados. Francia se oponía con firmeza a la suspensión del vínculo. Al ministro de Finanzas francés, Valéry Giscard d'Estaing (que más tarde se convertiría en presidente), le preocupaba que, sin la atadura del vínculo, la inflación económica de Estados Unidos se propagara por el sistema financiero global.[24] Por su parte, a Alemania Occidental le inquietaba que el cambio repentino y unilateral fuera un presagio del resurgimiento de un nacionalismo económico.[25] Para calmar este recelo y desarrollar las líneas de un nuevo acuerdo monetario a largo plazo, el subsecretario del Tesoro, Paul Volcker, se reunió con sus homólogos europeos.

Estos esfuerzos culminaron en el Acuerdo Smithsonian de diciembre de 1971, que devaluó el dólar y estableció nuevas tasas de cambio. Pero las tasas de cambio fijas resultaron difíciles de sostener sin el patrón oro, y el acuerdo se vino abajo en febrero de 1973, lo que llevó a las grandes economías a adoptar tasas de interés flotantes.[26] A pesar del temor

inicial, el sistema perdura aún hoy. Las decisiones radicales de Nixon en Camp Davis transformaron el orden monetario global y lo llevaron hacia un equilibrio más flexible, pero, en última instancia, más sostenible.

En 1973, Nixon respondió a los continuos debates sobre el sistema monetario y la intranquilidad europea por las armas nucleares y la guerra de Vietnam proponiendo el Año de Europa. Este implicaba la declaración de una asociación a largo plazo entre Europa y Estados Unidos tras el fin inminente de la guerra de Vietnam.

En un discurso pronunciado en abril de 1973 propuse, en nombre de Nixon, que Estados Unidos y sus socios europeos hicieran a final de año una declaración de los objetivos comunes en los campos político y estratégico, que se basaría en la Carta Atlántica firmada por Franklin Roosevelt y Winston Churchill el 14 de agosto de 1941. El propósito era poner al día los esfuerzos comunes de seguridad con el desarrollo tecnológico y definir los objetivos políticos comunes a la luz de la evolución de las crisis existentes en distintas partes del mundo. La propuesta demostró ser prematura. Nuestros aliados se mostraron receptivos a una revisión de los objetivos estratégicos que tenían que ver con su seguridad inmediata, pero se resistieron a la definición global de una unidad política transatlántica.

Nixon apoyaba la estructura de la OTAN, defendió vigorosamente la libertad de Berlín y logró un estatus mejorado para la ciudad, que puso fin a más de una década de crisis y amenazas relacionadas con el acceso a la urbe. También mantuvo un diálogo político constante con la OTAN y los principales líderes de Europa. Después de su presidencia, las iniciativas estadounidenses fuera del ámbito de la OTAN —como operaciones de contrainsurgencia en Afganistán o Irak, por ejemplo— recibieron el apoyo europeo, pero más para

mantener el compromiso estadounidense con la defensa de Europa frente a Rusia que para expresar un objetivo global común. El objetivo último de Nixon, una relación orgánica con Europa sobre cuestiones globales, sigue, pues, en la agenda hasta el día de hoy.

La guerra de Vietnam y su conclusión

Cuando Nixon llegó a la presidencia, Estados Unidos llevaba casi dos décadas implicado en Vietnam; cuando tomó posesión, en enero de 1969, ya habían muerto en combate treinta mil soldados estadounidenses, y en todo el país se habían producido numerosas protestas contra la guerra, algunas de ellas violentas. Durante mi primera reunión con Nixon en el hotel Pierre, después de las elecciones, subrayó que estaba resuelto a terminar la guerra de Vietnam durante el primer mandato. Prometió a las familias de los soldados caídos una salida compatible con el honor estadounidense. Intentaría lograrla mediante la diplomacia del vínculo con la Unión Soviética. Es posible que su idea de abrirse a China también desempeñara un papel. Pero no vendería el país. La seguridad de los pueblos libres, así como la paz y el progreso internacionales, dependían de la restauración y, en última instancia, de la renovación del liderazgo estadounidense. Los esfuerzos militares y políticos tenían que seguir siendo coherentes.

Estados Unidos se había sumado a la defensa de Vietnam del Sur contra los insurgentes comunistas durante la presidencia de Harry Truman, cuando se envió allí a asesores militares. Eisenhower aumentó la ayuda estadounidense y el número de asesores militares agregados a la embajada estadounidense en Saigón: pasaron de treinta y cinco a casi setecientos en 1956.

[27] Hacia el final de su presidencia, Eisenhower llegó a la conclusión de que los intrusos norvietnamitas estaban abriendo nuevas rutas de suministro hacia Laos y Camboya, dos países débiles y neutrales que hacían frontera con Vietnam del Sur, rutas que amenazaban cada vez más la seguridad de Saigón, por lo que había que combatirlas.

El sistema de suministros, más tarde llamada la ruta de Ho Chi Minh, recorría las accidentadas selvas a lo largo de casi mil kilómetros de la frontera occidental de Vietnam del Sur, lo que la hacía difícil de descubrir, atacar o interceptar. Se había convertido en el eje de la estrategia norvietnamita para socavar y en última instancia derrocar al Gobierno survietnamita.

Durante la transición presidencial de 1960, Eisenhower aconsejó a su sucesor, John F. Kennedy, que desplegara fuerzas de combate en la región y, si era necesario, que resistiera las incursiones en la frontera con los países neutrales. Kennedy no siguió de manera inmediata el consejo de Eisenhower y buscó una solución política negociando con Hanói. El resultado fue el Acuerdo Internacional sobre la Neutralidad de Laos de 1962. Pero más tarde, cuando Hanói violó la neutralidad de Laos con una infiltración aún mayor, Kennedy respondió mandando a quince mil soldados estadounidenses a formar y asesorar a las unidades de combate de Vietnam del Sur. Como creía que el aristocrático gobernante de Vietnam del Sur, Ngo Dinh Diem, carecía de un amplio apoyo y de la voluntad política necesaria para ganar, la Administración Kennedy alentó a los militares del país a sustituirle. El golpe, que llevó al asesinato de Diem el 2 de noviembre de 1963, desfondó al Gobierno survietnamita en mitad de una guerra civil en la que, por definición, el objetivo principal es el Gobierno acosado. Los norvietnamitas utilizaron esta oportunidad para introducir unidades de combate regulares con el fin de reforzar sus fuerzas de guerrilla.

Siguiendo los consejos del equipo de seguridad nacional que había heredado de Kennedy, después del asesinato de este el 22 de noviembre de 1963, Lyndon B. Johnson aumentó los esfuerzos militares estadounidenses en Vietnam (el único disidente fue George Ball, el subsecretario de Estado).[28] Johnson no tardaría en darse cuenta, sin embargo, de que las ambigüedades políticas de la región se veían agravadas por la complejidad de diseñar una estrategia militar.

La mera escala del despliegue estadounidense en un lugar tan distante hacía imperativo que Estados Unidos pusiera fin a la guerra rápidamente. Pero la estrategia de Hanói consistía en prolongar el conflicto para agotar psicológicamente a los estadounidenses. En un combate entre un ejército mecanizado y una guerrilla establecida en la selva, esta última tiene ventaja, puesto que gana en tanto que no pierda. En enero de 1969, Vietnam del Norte había consolidado el tercio occidental de Laos y algunas partes de Camboya, fuera del alcance de las fuerzas estadounidenses, como bases a través de las cuales mandaba la mayoría de sus suministros a Vietnam del Sur, poniendo en riesgo la parte más meridional de este, incluido Saigón. Se encontraba, pues, logísticamente en posición de poner a prueba la resistencia interna estadounidense aplicando una estrategia que Pham Van Dong, el primer ministro norvietnamita, le había dicho al corresponsal de *The New York Times*, Harrison Salisbury, que se basaba en la creencia de que los norvietnamitas estaban más comprometidos con Vietnam que los estadounidenses. En esencia, que había más vietnamitas dispuestos a morir por Vietnam que estadounidenses.[29]

El callejón sin salida del campo de batalla y el aumento de las bajas crearon una fractura cívica en el frente interno estadounidense. Empezó durante la Administración de Johnson, cuando en los campus universitarios se comenzaron a debatir sus objetivos y viabilidad. Cuando Nixon prometió el

cargo, ya había estallado y se había convertido en una confrontación sobre la relación entre los valores y los métodos estadounidenses: ¿era la guerra justa? Si era injusta, ¿no sería mejor abandonar por completo el empeño? Aunque al principio esta última postura se consideró radical, no tardó en convertirse en un lugar común entre amplios sectores de la élite estadounidense.

Se le dio la vuelta por completo al excepcionalismo americano. El idealismo justiciero que había inspirado y respaldado la asunción de responsabilidades internacionales del país tras la Segunda Guerra Mundial se invocaba ahora, a la luz de Vietnam, para repudiar por completo el papel global de Estados Unidos. La crisis de fe desatada por Vietnam fue mucho más allá de la guerra, afectando al propio carácter y la esencia de los objetivos estadounidenses.

Las charlas participativas universitarias se convirtieron en manifestaciones masivas y se llegó a un punto, en el año electoral de 1968, en el que se impidió al presidente Johnson hacer apariciones públicas si no eran en bases militares. Con todo, la retirada unilateral de la guerra seguía siendo impopular entre la sociedad en general, y tanto Hubert Humphrey, el candidato presidencial demócrata, como su oponente republicano, Richard Nixon, rechazaron la retirada unilateral. Pero durante la campaña ambos prometieron que buscarían la manera de poner fin a la guerra mediante la negociación.

Nixon no fue explícito acerca del método, solo dijo que sería una estrategia distinta: la plataforma de *protesta* demócrata habló de retiradas, sin especificar. La cuestión que dividió al Partido Demócrata y produjo disturbios en su convención presidencial de agosto fue una medida en la que se pedía la *retirada* de las dos fuerzas militares (la estadounidense y la norvietnamita) de Vietnam del Sur. El senador Edward «Ted»

Kennedy y otras palomas demócratas se limitaron a especificar que el tamaño de la retirada estadounidense sería «de una cifra significativa».[30]

Desde nuestra primera reunión, Nixon insistió en que obtener un resultado honorable en Vietnam era parte del liderazgo mundial estadounidense. Durante el periodo de transición tras las elecciones, definimos «honorable» como dar al pueblo de Indochina, que había luchado por la libertad, la oportunidad de determinar su propio destino. Por aquel entonces, las protestas internas habían pasado a exigir la retirada unilateral; Nixon rechazaba eso obstinadamente. En su opinión, el interés nacional requería navegar entre la victoria y la retirada. La retirada incondicional, según Nixon, era el camino hacia la abdicación espiritual y geopolítica; en otras palabras, una grave reducción de la relevancia de Estados Unidos en el orden internacional.

Una vez investido, Nixon descubrió razones prácticas para rechazar la retirada unilateral. La junta de Estado Mayor estimó que harían falta dieciséis meses para preparar la retirada de medio millón de soldados y su equipamiento. Incluso aceptando que la estimación del Estado Mayor estaba influida por lo mucho que le desagradaba la idea, la caótica experiencia de sacar a cinco mil soldados estadounidenses de Afganistán en 2021 demuestra los potenciales desórdenes que puede provocar una retirada unilateral en condiciones de guerra. En Vietnam, en 1969, las fuerzas estadounidenses contaban con más de ciento cincuenta mil efectivos que hacían frente a por lo menos ochocientos mil norvietnamitas, y a un número comparable de survietnamitas cuya conducta, si se sentían traicionados, podía ir de la hostilidad al pánico.

Por lo tanto, Nixon, como había dicho durante la campaña, decidió implementar una diplomacia basada en vínculos con la Unión Soviética. Mantuvo esta estrategia incluso durante la

ofensiva de Vietnam del Norte, que empezó tres meses después de la toma de posesión —antes de que hubiera realizado ninguna gran acción militar— y que provocó más de seis mil bajas estadounidenses durante los primeros seis meses de su presidencia.[31]

Nixon buscó una combinación de diplomacia y presión para inducir a Moscú a retirar su apoyo a Hanói. Mis subordinados crearon un plan diplomático exploratorio según el cual presentaríamos a los norvietnamitas las concesiones que estábamos dispuestos a hacer, quizá a través de Moscú. Al mismo tiempo, también desarrollaron opciones para la escalada militar (que consistían en esencia en un bloqueo y la reanudación de los bombardeos) bajo el nombre en clave de «Duck Hook» (literalmente, «gancho de pato», un tipo de golpe de golf).[32] Si Moscú rechazaba nuestra oferta, Nixon intentaría imponerla mediante la fuerza militar. (Lo que pasó fue que las partes militares se implementaron, en gran medida, tres años más tarde, en mayo de 1972, en respuesta a la ofensiva total de Pascua de Hanói).

Cyrus Vance, que había negociado con Vietnam del Norte para la Administración Johnson, pareció receptivo a la idea de convertirse en negociador especial si nuestra propuesta era recibida favorablemente. Con la aprobación de Nixon, pasé la idea (sin detalles) a Anatoli Dobrynin, el embajador soviético en Estados Unidos. Nunca recibimos una respuesta de Moscú, pero en una reunión en agosto de 1969 —la primera que mantuve con los norvietnamitas— el viceministro de Asuntos Exteriores, Xuan Thuy, manifestó que conocía la propuesta y la rechazó con el argumento de que Hanói nunca negociaría a través de terceros.

Mientras se seguía pensando en la vía diplomática, el 25 de julio de 1969 Nixon presentó al mundo un concepto estratégico completo para el sudeste de Asia.[33] Inesperadamente,

escogió como escenario de su discurso la isla de Guam, en el Pacífico occidental, donde se detuvo una tarde durante un viaje alrededor del mundo, poco después de saludar a los astronautas estadounidenses que acababan de llegar de la luna.

En una declaración que parecía extemporánea para una conferencia de prensa —pero que, en realidad, había sido cuidadosamente preparada en la Casa Blanca y perfeccionada durante el viaje—, Nixon presentó su política para el Sudeste Asiático como una forma de enfatizar las relaciones estadounidenses con los socios regionales. Invocando los peligros generados por los regímenes comunistas de China, Corea del Norte y Vietnam del Norte, Nixon sostuvo que Estados Unidos «debe evitar la clase de medidas políticas que han hecho que algunos países de Asia dependan tanto de nosotros que nos vemos arrastrados a conflictos como el que tenemos en Vietnam». La prensa que viajó con él inevitablemente pidió más detalles. Nixon se los había preparado. Respondió:

> Creo que ha llegado el momento de que Estados Unidos, en nuestra relación con *todos nuestros amigos asiáticos*, sea bastante enfático en dos cuestiones: una, que mantendremos los compromisos de nuestros tratados [...]. Pero, dos, que por lo que se refiere a problemas de seguridad interna, por lo que se refiere a problemas de defensa militar, con la salvedad de la amenaza de una gran potencia que implique armas nucleares, Estados Unidos va a alentar, y tiene el derecho a esperar, que ese problema lo manejen cada vez más las propias naciones asiáticas y que asuman su responsabilidad.[34]

Lo que sería conocido como «doctrina Nixon» constaba de tres principios esenciales:

- Estados Unidos mantendría todos los compromisos de sus tratados.

- Ofrecería protección si una potencia nuclear amenazaba la libertad de una nación que fuera nuestra aliada, o de una nación cuya supervivencia Estados Unidos considerara vital para nuestra seguridad y la seguridad de la región como un todo.
- En casos que implicaran otro tipo de agresión —es decir, agresiones convencionales por parte de potencias no nucleares—, Estados Unidos ofrecería asistencia militar y económica cuando se le pidiera. Pero intentaría que la nación directamente amenazada asumiera la responsabilidad principal de aportar los soldados necesarios para su defensa.[35]

Bajo la «vietnamización», que es como se acabó llamando, y de acuerdo con el tercer punto, Estados Unidos proporcionaría equipamiento y entrenamiento militares, así como soporte aéreo continuado, para permitir que Saigón resistiera hasta que tuviera la fuerza necesaria para defenderse por sí sola. El objetivo de la doctrina Nixon era demostrar la resolución estadounidense y que los survietnamitas tuvieran la capacidad suficiente para que Hanói aceptara un resultado político que permitiera al pueblo de Vietnam del Sur determinar su propio futuro.

Nixon prometió mantener los compromisos estadounidenses con los aliados con los que hubiera firmado un tratado, como Corea del Sur y Tailandia, pero también defender otras naciones asiáticas que estuvieran amenazadas por potencias nucleares, implícitamente China y la Unión Soviética. Nixon se distinguió de sus predecesores en que vinculó el nivel de ayuda estadounidense a que las naciones amenazadas asumieran la responsabilidad de defenderse a sí mismas. Un objetivo subyacente era tranquilizar a los países que habían basado su supervivencia en la fe en que el papel que Estados Unidos tendría en las negociaciones para finalizar la guerra de Vietnam no se traduciría en una retirada estratégica de Asia.[36]

Al final de la presidencia de Johnson se había establecido una negociación formal con Vietnam del Norte que había proseguido con Nixon. Durante la presidencia de este, representantes de Hanói, Estados Unidos, el Gobierno de Saigón y el Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur se reunían en sesiones semanales en el hotel Majestic de París. Hanói nunca contempló esas charlas como parte de un proceso diplomático, sino más bien como otra fase en su estrategia psicológica para socavar la voluntad estadounidense y derrocar el Gobierno «ilegítimo» de Vietnam del Sur.

El objetivo de Hanói en estas negociaciones, que el presidente Johnson anunció en los últimos días de la campaña presidencial de 1968 sin mucha esperanza, era doble. Con respecto al Gobierno de Vietnam del Sur, el propósito era deslegitimarlo, primero rechazando tener trato con él y después insistiendo en que fuera el Frente de Liberación Nacional el representante de Vietnam del Sur en la negociación. Después de llegar a un compromiso que permitió que los dos gobiernos de Vietnam del Sur que reclamaban su legitimidad participaran en las negociaciones formales, Hanói se negó a abordar cualquier cuestión relevante. Su objetivo seguía siendo postergarlo todo hasta que el agotamiento o las desavenencias internas forzaran a Estados Unidos a abandonar a su aliado survietnamita. El foro oficial en el hotel Majestic, donde los norvietnamitas estaban liderados por Xuan Thuy, logró la inusual hazaña de que, en cuatro años de supuestas negociaciones, no se hiciera progreso alguno y de no dejar tras de sí más que una sucesión de declaraciones formales y vacías.

En el verano de 1969, Nixon había explorado el canal de Moscú para lograr lo que consideraba un resultado honorable. Pero, antes de optar por aumentar la presión, decidió hacer otro intento para dar vida a las negociaciones. Este constaba de dos partes, y me mandaba a mí a un viaje alrededor del mundo

para encontrarme en París, el 4 de agosto, con Xuan Thuy. Fue la primera reunión clandestina, que en el siguiente abril ya se había convertido en un canal secreto entre Le Duc Tho y yo.

Francia era el único país de la OTAN que mantenía relaciones diplomáticas con Hanói, y la reunión había sido organizada por Jean Sainteny, el embajador francés en Hanói. La esposa de Sainteny se había convertido en mi amiga personal, después de asistir durante tres meses al seminario internacional que yo daba en la escuela de verano de Harvard. En consecuencia, la primera reunión secreta entre la Casa Blanca de Nixon y los representantes vietnamitas tuvo lugar en el elegante apartamento de Sainteny en la rue de Rivoli. Nos presentó a los vietnamitas con la instrucción de que no rompiéramos los muebles.

Siguió una discusión que sería el preludio de los próximos tres años de punto muerto. Xuan Thuy pronunció un discurso sobre la naturaleza épica de la lucha por la independencia de los vietnamitas y la determinación de Hanói de pelear por ella hasta el fin. En los años siguientes, oiría incontables repeticiones que terminaban con una enumeración de las condiciones de Hanói. Yo, por mi parte, explicaba nuestra disposición a negociar a partir de un proceso político en el que todos los grupos —incluidos los comunistas— pudieran participar.

Nixon me había ordenado que utilizara la ocasión para dar un paso osado: iba a transmitir que, si el 1 de noviembre no habíamos recibido ninguna respuesta significativa a nuestra propuesta por alguno de los canales de negociación, tendríamos que considerar medidas que no fueran diplomáticas; es decir, la fuerza militar. Xuan Thuy, que como todos los negociadores vietnamitas con los que traté se comportaba con una impecable cortesía, respondió repitiendo las condiciones de Hanói: la retirada de todas las fuerzas estadounidenses y el

derrocamiento del Gobierno de Saigón antes de cualquier negociación relevante.

Como Nixon no tenía ninguna intención de discutir en términos como esos, decidió repetir el ultimátum al embajador soviético Dobrynin en la Casa Blanca el 20 de octubre. Nixon cogió un bloc amarillo de su escritorio del despacho oval y se lo dio al embajador diciendo: «Será mejor que tome notas».[37] Dobrynin hizo preguntas esclarecedoras y alegó ignorancia en cuanto al fondo. Para subrayar la fecha límite a Moscú y Hanói, Nixon llegó al punto de anunciar un discurso sobre Vietnam para el 3 de noviembre, poniendo énfasis en la fecha. Resultó que fue uno de los más elocuentes que dio.

Desafiando las protestas que durante semanas habían paralizado Washington, Nixon pidió a la «gran mayoría silenciosa» estadounidense que se mantuviera firme en la búsqueda de una paz honorable:

> Que los historiadores no cuenten que, cuando Estados Unidos era la nación más poderosa del mundo, cruzamos al otro lado de la calle y permitimos que las últimas esperanzas de paz y libertad de millones de personas fueran sofocadas por las fuerzas del totalitarismo.
>
> Por eso esta noche os pido —a vosotros, la gran mayoría silenciosa de mis compatriotas estadounidenses— vuestro apoyo.[38]

Pero entonces Nixon dio marcha atrás en una medida que ya había anunciado. Fue la única vez que sucedió esto durante mi relación con él. Mientras nos acercábamos a la fecha límite de noviembre sin que Hanói cambiara su actitud ni el presidente tomara una decisión relevante, escribí dos informes, según el principio de que el asesor de seguridad debe dar al presidente un análisis de las cuestiones sometidas a decisiones relevantes.

El primer informe se preguntaba si, de hecho, la vietnamización podía alcanzar los objetivos que habíamos

establecido. El segundo informe, un día después, analizaba los incentivos que había en la estrategia en vigor para alcanzar una solución diplomática.[39] Nixon decidió mantener su decisión *de facto*.

Evitando la escalada militar con la que había amenazado, y que su equipo estaba preparando, pero también la retirada unilateral demandada por Hanói y los manifestantes estadounidenses, optó, en esencia, por el proceso de «vietnamización» que había perfilado en la conferencia de prensa de Guam. En el discurso del 3 de noviembre, describía su estrategia como una retirada progresiva de las tropas estadounidenses mientras proseguían las negociaciones, que aguantarían hasta que Saigón tuviera la fuerza suficiente para lograr una salida política que permitiera a la gente de Vietnam del Sur determinar su propio destino. La vietnamización, tal como la desarrolló el secretario de Defensa Melvin Laird y la anunció Nixon, implicaba un proceso de retirada gradual de las fuerzas estadounidenses y su sustitución por soldados survietnamitas. En el momento de dar el discurso, ya se estaba implementando la retirada de unos cien mil soldados estadounidenses.

En ese momento, yo estaba incómodo con la decisión de Nixon. Con los años, pensando en las alternativas, he llegado a la conclusión de que escogió el camino más sensato. Si hubiera seguido sus primeros instintos, habría tenido una crisis dentro del Gobierno, a la que se habría sumado la parálisis nacional por las manifestaciones de protesta en las principales ciudades. La apertura a China aún era solo una idea; la primera respuesta de Pekín no había llegado todavía.[40] Aún no nos habíamos enfrentado a la Unión Soviética en Oriente Próximo ni por Berlín, y las negociaciones con ella seguían en una fase exploratoria. Además, a principios de ese año crucial, durante el viaje de Nixon a Europa, nuestros aliados europeos habían

mostrado su desagrado por la guerra en el Sudeste Asiático.

De modo que, a pesar de mis reservas iniciales, en los años siguientes implementé con convicción la decisión de Nixon. Tanto él como yo estábamos convencidos de que la estabilidad de la cambiante estructura internacional tenía que estar apuntalada por la credibilidad estratégica estadounidense, que no había que derrochar, en especial cuando se trataba de China y Rusia. A pesar del desdén de las élites, Nixon se esforzó por cumplir sus promesas a la «mayoría silenciosa» de Estados Unidos, para evitar una derrota humillante en Vietnam y dejar de mandar a sus hijos a un combate irresoluto. En el centro del debate nacional estaba la cuestión de si esos dos objetivos eran compatibles, lo que generaba constricciones impuestas por un ambiente de revuelta en los campus y en las calles, así como una constante reflexión en el equipo de Nixon.

Por lo que respecta a Hanói, no había luchado durante décadas contra Francia y Estados Unidos por un proceso político o un acuerdo negociado, sino para lograr una victoria política total. Para explorar todas las vías de negociación, Nixon retomó entonces las conversaciones políticas secretas con Hanói, que mandaría a Le Duc Tho, su principal negociador y miembro del Politburó, a París, donde yo contactaría con él más o menos cada tres meses. Pero esas reuniones solo eran sustantivas en comparación con las negociaciones formales, y ni siquiera de una manera significativa. En cada sesión, Le Duc Tho leía una declaración en la que enumeraba supuestas transgresiones estadounidenses contra Vietnam. Los términos mínimos y máximos de Hanói seguían siendo idénticos: que, como preludio de las negociaciones, el Gobierno de Saigón fuera sustituido por personalidades amantes de la paz y que se retiraran todos los soldados estadounidenses. Cuando exploramos su definición de «amantes de la paz», resultó que ninguna figura política conocida de Vietnam del Sur cumplía

con sus criterios.

Nixon no cedió. Dos años más tarde, el 25 de enero de 1972, para asombro de los medios de comunicación, que durante mucho tiempo le habían acusado de desatender el proceso de paz, publicó los registros de mis dos años de negociaciones secretas con Le Duc Tho. En un discurso de esa misma noche, anunció lo que en esencia era una oferta final que combinaba un alto el fuego, el autogobierno de Vietnam del Sur y la retirada estadounidense, la estrategia adoptada en silencio desde el discurso del 3 de noviembre de 1969.[41]

La respuesta de Hanói consistió en lanzar, el 30 de marzo de 1972, su ofensiva de Pascua contra Vietnam del Sur, desplegando todas sus divisiones de combate menos una. Por primera vez desde la toma de posesión de Nixon, Hanói se hizo con una capital de provincias, Quang Tri. Debió calcular que Estados Unidos no pondría en riesgo una cumbre con Moscú programada para mayo con una escalada militar en un año de elecciones.

A esas alturas, aun así, nos acercábamos a nuestros objetivos con la vietnamización: a finales de 1971, se habían retirado todas las unidades de combate. A finales de 1972, quedaban en el país menos de veinticinco mil soldados estadounidenses, frente al medio millón que había cuando Nixon fue nombrado presidente. Las fuerzas terrestres survietnamitas, con apoyo aéreo estadounidense, dirigían ahora solas la batalla para rechazar la última ofensiva de Hanói. Las bajas estadounidenses se habían reducido de manera drástica, pasando de 16.899 en 1968 y 2.414 en 1971 a 68 en 1973, cuando, tras los Acuerdos de Paz de París, Estados Unidos retiró los soldados que quedaban.[42]

El momento elegido por Hanói para llevar a cabo la ofensiva de Pascua había elevado el riesgo de cualquier acción que Nixon adoptara en respuesta. Su visita de Estado a China había

sido un histórico primer paso para transformar la Guerra Fría y las reuniones de la cumbre de Moscú a finales de mayo serían otro acontecimiento de referencia. El consenso en Washington recomendaba contención militar. De manera igualmente predecible, Nixon rechazó esa opción.

El 8 de mayo de 1972, durante una reunión del NSC en la Casa Blanca, el presidente reconoció que una intensificación de las represalias podría echar por tierra la cumbre de Moscú y los meses de trabajo preparatorio que se le habían dedicado. Pero, si no se hacía nada o éramos expulsados de Vietnam, supondrían entrar en las negociaciones con Moscú con un precedente de abdicación nacional.

Dirigiéndose a la nación con este espíritu, Nixon explicó la posición estadounidense. Básicamente, reiteró la oferta de paz que había hecho en enero: un alto el fuego con la retirada de los soldados estadounidenses a cambio de que Hanói aceptara un Gobierno de Saigón formado mediante un proceso político acordado. Nixon explicó:

> En esta guerra solo nos quedan dos cuestiones. En primer lugar, ante una invasión masiva, ¿damos un paso al lado, ponemos en riesgo la vida de sesenta mil estadounidenses [entre ellos el personal civil] y condenamos a los survietnamitas a una larga noche de terror? Esto no sucederá. Haremos lo que haga falta para salvaguardar la vida de los estadounidenses y el honor de Estados Unidos. En segundo lugar, ante la completa intransigencia en la mesa de conversaciones, ¿nos unimos a nuestro enemigo para instalar un Gobierno comunista en Vietnam del Sur? Esto tampoco sucederá. No cruzaremos la línea que media entre la generosidad y la traición.[43]

Siguiendo la máxima que utilizaba con frecuencia —que uno paga el mismo precio por hacer algo sin ganas que por hacerlo con convicción— Nixon ordenó entonces el paquete de medidas originalmente diseñado en 1969. Entre ellas estaba la

colocación de minas en los puertos del norte y el bombardeo de sus líneas de suministro estuvieran donde estuviesen, derogando pues el acuerdo mediante el que se detuvieron los bombardeos, en vigor desde 1968.

Moscú optó por ignorar el reto y la cumbre tuvo lugar tal como estaba programada. Aunque los soviéticos condenaron la escalada, así como el bloqueo, limitaron su crítica a una cena en la dacha de Brézhnev, no emitieron ninguna amenaza y esa misma noche mandaron al ministro de Asuntos Exteriores, Andrei Gromyko, y a mí a retomar las conversaciones sobre el SALT. Poco después de la cumbre, el jefe titular del Estado soviético, Nikolai Podgorny, visitó Hanói. No se tomaron acciones en represalia; Moscú había llegado a la conclusión de que no podía abandonar sus esfuerzos para equilibrar nuestra iniciativa con China.

En julio, nuestros aliados survietnamitas recuperaron Quang Tri. Hanói se estaba quedando aislado; ni la Unión Soviética ni China acudieron en su ayuda, más allá de una protesta pública. El mismo mes, retomamos las negociaciones con Le Duc Tho. Aunque sus declaraciones formales siguieron siendo las mismas, su tono se volvió un tanto más conciliador. Hizo preguntas para explorar la rapidez con la que se podría negociar un acuerdo final, si es que encontrábamos la manera de avanzar. Después, durante nuestra reunión del 8 de octubre, de repente presentó un documento formal que describió como la aceptación por parte de Hanói de la oferta final que Nixon había hecho en enero. Dijo: «Esta nueva propuesta es exactamente lo que el propio presidente Nixon ha propuesto: alto el fuego, liberación de los prisioneros y retirada de los soldados».[44]

En esencia, era una descripción precisa, aunque durante las negociaciones surgirían muchas trampas. Pero la aceptación del Gobierno de Saigón como una estructura duradera satisfacía

uno de nuestros objetivos principales. Al terminar Tho, le pedí un receso. Cuando salió de la habitación, me volví hacia Winston Lord, amigo mío y asesor especial, le di la mano y dije: «Quizá lo hemos logrado».[45]

Tras postergarlo todo durante tres años, ahora Le Duc Tho se comportaba de manera muy distinta. Hanói estaba ansioso por concluir las negociaciones antes de que se celebraran las inminentes elecciones presidenciales en Estados Unidos, tras las cuales se temía que tendría que negociar con un presidente reelegido por una abrumadora mayoría.

Nixon era consciente de que, aunque ya se estaba recortando la financiación de la guerra, era probable que en su segundo mandato tuviera que enfrentarse a un Congreso hostil. Durante un breve instante, los cálculos estratégicos de ambos bandos fueron en paralelo; el conflicto había llegado finalmente a lo que los teóricos de los acuerdos negociados llaman «madurez». En consecuencia, Le Duc Tho y yo nos pasamos tres días y tres noches redactando un texto final (sujeto a la aprobación de Nixon y Saigón). La paz estaba casi al alcance de la mano. Hanói nos presionaba para que acabáramos nuestro trabajo cuanto antes.

Pero ni Nixon ni yo queríamos imponer el fin de la guerra a gente que había luchado a nuestro lado durante veinte años. Y Saigón, consciente de que su lucha por la supervivencia no terminaría con un acuerdo de paz, insistió en prolongar las negociaciones con detalles, demostrando con ello que el norte no era el único capaz de resistir. Pero los retrasos de Saigón tenían, en realidad, un significado más profundo: el miedo a que los dejaran solos con un enemigo decidido para el que la palabra «paz» solo tenía un significado táctico.

La situación era ahora exactamente la inversa de la que habíamos vivido durante la mayor parte del primer mandato de Nixon. Hanói, que nos presionaba para que termináramos un

acuerdo que había eludido durante una década y para que nos comprometiéramos con lo que habíamos negociado, publicó el texto completo en el estado en que estaban las negociaciones. El 26 de octubre de 1972, en una conferencia de prensa, expliqué la situación de las negociaciones y subrayé que seguíamos comprometidos con su final, que presenté (con la aprobación de Nixon) utilizando la frase «la paz está al alcance de la mano». Terminé con un párrafo concebido para reflejar al mismo tiempo nuestra urgencia y nuestros límites:

> No harán que aceptemos alocadamente un acuerdo hasta que las estipulaciones sean las correctas. No harán que rechacemos un acuerdo cuando las estipulaciones sean las correctas. Y con esta actitud y con cierta cooperación del otro lado creemos que muy pronto podremos restaurar tanto la paz como la unidad en Estados Unidos.[46]

Después de la reelección de Nixon el 7 de noviembre, Le Duc Tho, que juzgó que ahora el tiempo estaba de su lado, regresó a sus tácticas dilatorias previas al avance. A principios de diciembre, Nixon llegó a la conclusión de que Hanói estaba intentando prolongar las conversaciones hasta su segundo mandato y ordenó una campaña aérea de bombarderos B-52 contra objetivos militares. Fue muy criticada por los medios de comunicación, el Congreso y en el ámbito internacional. Pero dos semanas más tarde, Hanói regresó a las negociaciones y acordó las modificaciones requeridas por Saigón. Los Acuerdos de Paz de París se firmaron el 27 de enero de 1973 e incluyeron los principales términos que Nixon había descrito un año antes.

Nueve naciones —además de los gobiernos de Saigón y Hanói y los comunistas de Vietnam del Sur— apoyaron formalmente los acuerdos, lo que supuso el punto álgido de la

política de Nixon sobre Vietnam.[47] En marzo, sin embargo, en una flagrante violación del acuerdo, Hanói empezó a utilizar de nuevo la ruta de Ho Chi Minh para infiltrar inmensas cantidades de equipamiento militar en Vietnam del Sur. A principios de abril de 1973, Nixon decidió reanudar un ataque aéreo a las líneas de suministro de Hanói.[48] Se planeó para principios de abril, cuando todos los prisioneros estadounidenses hubieran regresado del cautiverio en Vietnam del Norte.

Pero después, a mediados de abril, John Dean, el abogado de la Casa Blanca, empezó a cooperar con los fiscales federales acerca de las alegaciones sobre la participación de su oficina en grabaciones y otras actividades que estaban siendo investigadas. Esto se convirtió enseguida en el escándalo conocido como Watergate. Su influencia convirtió la renuencia del Congreso en una prohibición total de las acciones militares en Indochina.

El acuerdo de Vietnam siempre dependió de la voluntad y la capacidad para imponer sus términos. Se basaba en la asunción de que, durante la ofensiva norvietnamita de 1972, Saigón había demostrado que era capaz de resistir a las fuerzas militares norvietnamitas, siempre que recibiera los suministros permitidos por el tratado (concretamente, las sustituciones uno por uno); y que, en caso de un ataque masivo, tuviera a disposición la fuerza aérea estadounidense.[49]

En mitad de la investigación del Watergate, una sociedad exhausta no iba a apoyar nuevos conflictos en Indochina. El Congreso cortó por completo la ayuda militar a Camboya, condenándola a ser gobernada por los jemeres rojos asesinos; redujo un 50 por ciento la asistencia económica y militar a Vietnam del Sur y prohibió cualquier acción militar «en, sobre o desde las costas de Vietnam del Norte, Vietnam del Sur, Laos o Camboya»[50]. En estas circunstancias, se volvió imposible

imponer las limitaciones del acuerdo de Vietnam y desaparecieron las constricciones que tenía Hanói.

Con los Acuerdos de París, Nixon había llevado a su país a una salida que fusionaba el honor con la geopolítica, a pesar de que luego se viera aplastado por el desastre nacional. En agosto de 1974 dimitió de la presidencia. Ocho meses más tarde, Saigón cayó ante una invasión de todas las fuerzas armadas norvietnamitas, incluidas todas las divisiones de combate. Aparte de Estados Unidos, ninguno de los nueve garantes internacionales del acuerdo se dignó a protestar.

La guerra de Vietnam inició una división interna de la sociedad estadounidense que la ha desgarrado hasta el día de hoy. El conflicto introdujo una clase de debate político basado cada vez menos en la sustancia y más en las motivaciones políticas y las identidades. La ira ha sustituido al diálogo como mecanismo para resolver disputas, y el desacuerdo se ha convertido en un choque de culturas. En el proceso, los estadounidenses han corrido el riesgo de olvidar que las sociedades no se hacen grandes mediante el triunfo de una facción o la destrucción de los adversarios internos, ni con victorias de unos sobre otros, sino mediante los objetivos comunes y la reconciliación.

La diplomacia de las grandes potencias y el control armamentístico

La relevancia de Nixon como hombre de Estado se debe a su visión fundamentalmente geoestratégica. Tras el viaje inicial a Europa de 1969, empezó una ofensiva diplomática para debilitar el control de Moscú sobre sus satélites de Europa del Este, arrastrándolos individualmente hacia la órbita de la diplomacia estadounidense.

En agosto de ese mismo año, tras proponer una reunión con Nicolae Ceauşescu, el líder autocrático de Rumanía, Nixon se convirtió en el primer presidente estadounidense que visitó a un miembro del Pacto de Varsovia. Ceauşescu estaba tan ansioso por el simbolismo de la presencia de un presidente estadounidense que pospuso el congreso del Partido Comunista que estaba previsto para la fecha propuesta por Nixon y canceló una visita a Rumanía del líder soviético Leonid Brézhnev, que tenía planeado asistir al congreso. Los carteles que daban la bienvenida a Brézhnev fueron retirados o se pintó encima de ellos.

Nixon fue recibido por una muchedumbre entusiasmada. El Estado había organizado a una parte de ella para favorecer la aspiración de Ceauşescu de conseguir autonomía dentro de la órbita soviética. Pero también era un reflejo del deseo de libertad nacional del pueblo rumano. (Como parte del séquito de Nixon, me beneficié de los lujos que nos brindaron los líderes comunistas: una gran suite con una piscina cubierta). Nixon alentó esas emociones positivas en su brindis, en declaraciones públicas y, sobre de todo, en sus conversaciones con Ceauşescu. También le contó a este su interés en abrirse a China y le utilizó como un medio para abrir el diálogo con esta. Cinco meses después, descubrimos que se lo había transmitido a Pekín, que más tarde, en ocasiones —con moderación— utilizó a Rumanía como un canal alternativo con Washington.

El objetivo estratégico de Nixon era aumentar el coste que pagaban los soviéticos por mantener su imperio europeo, hasta el punto de que para hacerlo tuvieran que redirigir los fondos y la atención que dedicaban a otros objetivos clave. En el transcurso de su presidencia, Nixon visitaría otros países de la Europa del Este que buscaban independizarse de Moscú, entre ellos Yugoslavia en 1970 y Polonia en 1972. Cuando Willy Brandt se convirtió en el primer canciller socialdemócrata de

Alemania Occidental, la Casa Blanca aceptó las líneas básicas de la *Ostpolitik*, su iniciativa para normalizar las relaciones con Alemania Oriental, los satélites soviéticos y, en última instancia, la Unión Soviética. En los primeros días del mandato de Brandt, Nixon aceptó ese cambio con respecto a la política de Adenauer, al mismo tiempo que hacía que el nuevo canciller se comprometiera con mantener el proceso de consulta con los aliados. Intentamos que la *Ostpolitik* fuera compatible con los objetivos de la OTAN y conseguir influencia en los planes soviéticos. Esta estrategia resultó ser efectiva tanto para Estados Unidos como para la República Federal.

Al final del primer mes como presidente, y justo antes de su viaje a Europa, Nixon invitó al embajador Anatoli Dobrynin al despacho oval y le transmitió su voluntad de tratar directamente con los líderes soviéticos. Unos días después, el presidente me designó como su principal canal de comunicación con el embajador soviético para temas sensibles.

Este acuerdo estableció un patrón para el resto de la presidencia de Nixon. El contacto directo con Moscú se efectuaba a través de lo que se acabó llamando «el Canal», un conducto Kissinger-Dobrynin que comunicaba a Nixon y al líder soviético. Uno de los temas principales fue el impacto que tenían las amplias reservas de armas nucleares de los dos países en el orden mundial y cómo prevenir una catástrofe global, fuera de manera preventiva o en la escalada de un conflicto entre ellos.

Como vicepresidente durante la Administración de Eisenhower, Nixon había reflexionado sobre el impacto de la tecnología en la estrategia y en cómo reaccionar ante las amenazas nucleares y cómo podían utilizarse teóricamente esas temibles armas. Heredó la doctrina de la represalia a gran escala, que basaba la disuasión nuclear en la capacidad para infligir un daño considerado inaceptable por el oponente. Ese

concepto, que posteriormente pasaría a llamarse «destrucción mutua asegurada», pretendía reducir un dilema paralizante a un sobrio cálculo sobre los riesgos de escalada en ambas partes. En la práctica, sin embargo, esta teoría —como cálculo de la destrucción «aceptable» frente a la «inaceptable»— implicaba una estimación de víctimas que, en cuestión de horas, podía superar el total de las dos guerras mundiales.

En una ocasión, Nixon dijo ante un periodista que el liderazgo ejecutivo en la era nuclear requería, entre otras cualidades, la voluntad de sugerir que uno estaba dispuesto a llevar a cabo actos irracionales en favor del interés nacional. [51] Aunque esta afirmación fue uno de esos casos en los que Nixon intentaba impresionar a un interlocutor más que transmitir un mensaje sobre una manera de operar, despertó fuertes críticas por su supuesta imprudencia. Y, sin embargo, en esencia, reflejaba una vieja y fundamental verdad sobre la capacidad destructiva que tenían las potencias nucleares.

Como hemos visto en capítulos anteriores, Charles de Gaulle y Konrad Adenauer eran reacios a basar su seguridad en armas que estaban en manos de los aliados y que no ofrecían una manera creíble de resolver un conflicto sin una destrucción catastrófica. Habían surgido tres preguntas acerca del uso de las armas nucleares: ¿era posible convencer a un adversario o a un aliado de la propia predisposición a asumir una forma de guerra que probablemente alteraría el orden civil de tu país? ¿Era posible incorporar el cálculo racional en un acto que, en última instancia, era irracional? ¿Y era posible lograr un equilibrio entre la autodestrucción y la diplomacia?

Estos dilemas, que surgieron hace casi ochenta años, en los albores de la era nuclear, aún no se han resuelto. No se ha detonado operativamente un arma nuclear desde Nagasaki. Las potencias nucleares, incluso cuando han tenido conflictos con países no nucleares, han preferido sufrir las bajas propias de la

guerra convencional que recurrir a las armas para acelerar el éxito. Los ejemplos de la Unión Soviética en Afganistán y de Estados Unidos en Corea, Vietnam e Irak son un testimonio de ello.

Nixon comprendía que, en el momento en que asumió el cargo, la capacidad nuclear estadounidense se estaba volviendo un asunto controvertido en el proceso de asignaciones del Congreso. Por lo tanto, nombró secretario de Defensa a Melvin Laird, que durante unos años había sido presidente de la subcomisión de Defensa de la Comisión de Asignaciones de la Cámara. Nixon estaba decidido a impedir una situación en la que un agresor pudiera organizar una amenaza estratégica verosímil desarrollando una capacidad nuclear superior. Laird ayudó a que el compromiso de Nixon con la defensa con misiles y el objetivo de contar con armas estratégicas cuyo diseño y capacidad fueran más variados avanzara en el Congreso. Laird también aumentó la flexibilidad y la invulnerabilidad de las fuerzas estratégicas estadounidenses mediante el desarrollo de misiles de crucero y armas móviles terrestres.

En segundo lugar, Nixon se tomaba en serio el control armamentístico. El Tratado sobre la Prohibición de Ensayos de Kennedy y Brézhnev de 1963 representó la primera medida formal de control de armas nucleares. Cuatro días después del asesinato del presidente Kennedy, el presidente Johnson propuso que se retomaran las negociaciones sobre armas estratégicas con la Unión Soviética.[52] Sin embargo, las conversaciones preliminares para establecer los temas que debían tratarse estuvieron tan limitadas por las controversias cotidianas que hasta el verano de 1968 —justo antes de la elección de Nixon— ambas partes no acordaron los términos que permitieron el inicio de las negociaciones.[53] La cumbre planeada, sin embargo, se abandonó tras la invasión soviética de Checoslovaquia en agosto de 1968.

Así pues, a Nixon se le planteó pronto la cuestión de si debía proseguir las negociaciones con la Unión Soviética sobre el control armamentístico. La decisión se convirtió en un símbolo de la dirección general de su Administración. Aplicando la noción de vínculo, Nixon acordó formalmente abrir las Conversaciones sobre Limitación de Armas Estratégicas (SALT, por sus siglas en inglés) con los soviéticos una vez estuviera establecida una estrategia para Vietnam. El consentimiento estadounidense a las negociaciones sobre el control armamentístico, anunciado en octubre de 1969, requería la adaptación de las instituciones administrativas existentes. Para el Pentágono, el control armamentístico era un tema nuevo: hasta entonces, el departamento se había centrado en el desarrollo de capacidades nucleares, no en su restricción. Las negociaciones sobre el control armamentístico, en las que participaría personal militar de alto rango que en ese momento empezaba a conocer el tema, requerían nuevas estructuras de mando.

Al principio de su presidencia, Nixon propuso construir un sistema de *defensa* de misiles con doce sedes que cubriera todo el país. Eso cuestionaba el consenso intelectual vigente, según el cual el equilibrio estratégico solo se lograría mediante la destrucción mutua asegurada. Una iniciativa defensiva, dijeron los críticos, socavaría la disuasión y erosionaría la vulnerabilidad mutua. Esta crítica, así como las preocupaciones por el coste y la eficacia del programa, llevaron a que en el Congreso muchos se opusieran a él y trataran de reducir su presupuesto.

Al otro lado de la Guerra Fría, la Unión Soviética consideraba que la capacidad de nuestro inminente misil antibalístico (ABM) era muy elevada y temía que las defensas estadounidenses erosionaran su capacidad ofensiva. Si, como resultado de una defensa de misiles, Estados Unidos no temía

tanto un segundo golpe de los soviéticos, razonaban estos, sería más probable que lanzara un ataque sorpresa destinado a desarmar preventivamente al adversario.

El principio de las negociaciones SALT desembocó en un punto muerto sobre el procedimiento y el orden. Los soviéticos pedían negociar primero las constricciones sobre las armas defensivas, y solo después abordar las armas ofensivas. Nixon insistió en retener la opción defensiva con el objetivo de ejercer la presión necesaria para negociar las limitaciones ofensivas. Y para asegurar la protección de nuestra población civil.

La inminencia de las negociaciones sobre la limitación de las armas nucleares suscitó una nueva serie de debates nacionales. El consenso progresista apoyaba primero la apertura rápida de las negociaciones SALT y, después, su aceleración como forma de relajar tensiones. Pero en ese momento, cuando el control armamentístico se estaba haciendo un lugar en la agenda internacional, un nuevo grupo de progresistas y conservadores empezó a criticarlo con el argumento de que este solo hacía frente a los síntomas y no a las causas subyacentes: la naturaleza autoritaria del sistema comunista y sus violaciones de los derechos humanos.

Además, las características de los dos sistemas de armas nucleares complicaban cualquier definición viable de equilibrio. Los sistemas estratégicos soviéticos eran grandes e imprecisos; las armas estadounidenses eran más transportables y precisas. Ese equilibrio se vería perturbado si Estados Unidos añadía peso lanzable a su precisión o los soviéticos mejoraban su peso lanzable con más precisión.

Después de meses de discusiones, Nixon intervino directamente. El 11 de marzo de 1971 estableció un objetivo inicial de cuatro sedes defensivas, rechazó los requisitos soviéticos de que fueran «cero» y me pidió que rompiera el bloqueo de la agenda en lo tocante a la relación de las armas

defensivas con las armas ofensivas a través de conversaciones privadas con Dobrynin.[54] No hizo públicas esas conversaciones, en parte para impedir que, mientras tanto, el Congreso diezmara el sistema de misiles de defensa e hiciera que perdiéramos su valor en la negociación.

La decisión de intervenir aceleró las negociaciones. A finales de marzo de 1971, activé el canal con Dobrynin y propuse, de parte de Nixon, que se negociaran simultáneamente las limitaciones ofensivas y defensivas. Las conversaciones posteriores sirvieron para establecer un proceso —mediante las negociaciones celebradas en Viena y dirigidas por Gerard Smith en el lado estadounidense y Vladímir Semenov en el lado ruso —[55] que llevó al acuerdo SALT I cerrado por Nixon y Brezhnev en la cumbre de Moscú de mayo de 1972.

Aunque tuvo un papel central en el diseño de las negociaciones, Nixon mostró menos interés en los detalles. Al principio de cada ciclo de negociaciones, mi personal y yo elaborábamos un resumen de las deliberaciones internas, incluidas las proyecciones de desarrollos potenciales. Nixon hacía comentarios al margen, que casi siempre se limitaban a cuestiones generales de principios. Durante las negociaciones, yo le mandaba cada noche un resumen de la situación. Él se reservaba sus opiniones para momentos en los que era inminente un acuerdo. Aunque era poco probable que las discusiones técnicas sobre equilibrios armamentísticos llamaran su atención, siempre fue muy claro sobre sus tres objetivos principales: impedir que el adversario lograra la capacidad de atacar primero, evitar un proceso automático de escalada en caso de conflicto y demostrar a la sociedad estadounidense su compromiso para poner fin, o al menos aliviar, la carrera armamentística.

La cumbre de Moscú dio pie a los primeros acuerdos amplios sobre el control de armas estratégicas de la era nuclear. Los

acuerdos confinaron la defensa de misiles balísticos a dos sedes (el tratado sobre ABM), limitaron el número de armas ofensivas estratégicas a los niveles existentes (SALT I) y establecieron maneras de abordar incidentes en el mar y accidentes nucleares. Como consecuencia secundaria de estas conversaciones, Estados Unidos (junto con Francia y Reino Unido) tomó la iniciativa en las negociaciones con la Unión Soviética para generar un nuevo acuerdo que mantuviera el acceso franco a Berlín hasta la caída del Muro de Berlín en 1989.

Durante el resto de su vida, Nixon consideró que el control armamentístico era un componente esencial del orden internacional. Y, de una forma u otra, durante todas las presidencias posteriores hasta la de Trump, se llevaron a cabo negociaciones relevantes sobre el tema. En 1975, la Administración Ford completó los Acuerdos de Helsinki, cuyas negociaciones había iniciado Nixon, según los cuales todas las naciones europeas —con la salvedad de Albania—, la Unión Soviética y Estados Unidos acordaron unos principios comunes en seguridad, economía y derechos humanos. La Administración Carter concluiría el segundo acuerdo SALT, que el Senado nunca ratificó, pero cuya esencia se respetó. La Administración Reagan llegaría al único acuerdo de control armamentístico con la Unión Soviética para eliminar por completo un tipo de armas, las de alcance intermedio. Finalmente, la Administración de George H. W. Bush negoció el Tratado de Reducción de Armas Estratégicas (START I), que llevó a Washington y Moscú a reducir sus arsenales nucleares estratégicos casi un 60 por ciento, pasando de un total de cuarenta y ocho mil cabezas de combate en 1991 a alrededor de veinte mil en 2001.[56] Lo que empezó como una novedad con Nixon se convirtió en algo habitual después de él.

Cuando Nixon asumió el cargo, los emigrantes judíos procedente de la Unión Soviética eran apenas unos centenares cada año.[57] Nixon me autorizó a presentarle el tema a Dobrynin en términos prácticos, no ideológicos. Le dije al embajador soviético que estábamos prestando mucha atención a las prácticas soviéticas en materia de emigración; el respeto soviético por nuestras preocupaciones quedaría reflejado en nuestro tratamiento de las prioridades soviéticas. En otras palabras, una mejora de las condiciones para que los judíos emigraran haría que los estadounidenses aumentaran su cooperación.

Dobrynin nunca ofreció una respuesta formal, pero aceptó conversar sobre casos concretos particularmente difíciles. En 1972, al final del primer mandato de Nixon, la emigración judía anual procedente de la Unión Soviética había superado las treinta mil personas.[58] Nixon nunca hizo gala de este hecho en las campañas electorales ni anunció el aumento de la cifra; los soviéticos nunca reconocieron que era el resultado de un acuerdo.

La política estadounidense en el país socavó este entendimiento tácito. El senador Henry «Scoop» Jackson, de Washington, un serio estudioso de los asuntos internacionales que como demócrata había mostrado buena fe bipartidista para colaborar con el intento de la Administración Nixon de sostener un gasto de defensa adecuado, reinterpretó el asunto de la emigración judía en términos ideológicos. Sostuvo que la promoción de la emigración debería convertirse en parte formal de la diplomacia estadounidense y propuso una enmienda a la Ley de Comercio de 1974 que condicionaba las relaciones comerciales de Estados Unidos con el bloque del Este al comportamiento soviético en materia de emigración.

Posteriormente, la emigración decreció de manera constante, pasando de alrededor de treinta y cinco mil personas en 1973 a menos de quince mil en 1975.[59]

Los objetivos de Nixon con respecto a la emigración judía fueron semejantes a los de sus sucesores, pero sus métodos eran más amplios y sutiles, y subordinaron las confrontaciones ideológicas a los acuerdos prácticos individuales.

La apertura a China

En 1967, Nixon, que en ese momento aún no ocupaba ningún cargo público, publicó un artículo pionero en *Foreign Affairs*. En él mencionaba la posibilidad de que China no pudiera dejarse «para siempre fuera de la familia de las naciones».[60] Enmarcó la propuesta en términos de gran estrategia, subrayando los beneficios que implicaba para la paz global que China pudiera restringir su apoyo a insurgencias revolucionarias de todo el mundo y llegar a mantener algún día relaciones diplomáticas con Occidente. Con todo, el ensayo de Nixon no definía ninguna forma particular de alcanzar una eventual apertura diplomática.

Dos años más tarde, cuando Nixon se convirtió en presidente, la apertura se volvió un asunto práctico. China se encontraba entonces en mitad de la Revolución Cultural. Como parte de un gran plan de purificación ideológica, Mao Zedong había llamado a los embajadores chinos de todos los países excepto de Egipto. (Aunque en un puñado de países, por ejemplo, Polonia, se quedaron los diplomáticos chinos con un rango inferior al de embajador). El primer acercamiento procedió del propio Nixon. Durante su visita a Rumanía en junio de 1969, como hemos visto, comunicó su intención de entablar relaciones con los chinos a Ceauşescu, que afirmó que

transmitiría la sugerencia. No llegó ninguna respuesta, probablemente porque los chinos temían la penetración soviética en un país satélite, incluso uno tan desafiantemente autónomo como Rumanía.[61]

Durante la Conferencia de Ginebra de 1954, al final de la guerra francesa para conservar Vietnam, la embajada de Varsovia se había designado el lugar de contacto entre Washington y Pekín. De hecho, se llevaron a cabo ciento sesenta y dos reuniones entre embajadores. Terminaron porque ambos lados rechazaron las condiciones previas del otro: Estados Unidos se negó a abordar la devolución incondicional de Taiwán a China; Pekín se negó a ofrecer la certeza de que solo perseguiría ese objetivo a través de medios pacíficos. Durante varios años, ni siquiera se celebraron estas reuniones formales. Pero en enero de 1970 decidimos activar ese canal. Ordené al embajador en Polonia, Walter Stoessel, que en la próxima ocasión social en la que coincidiera con un diplomático chino se acercara a él. Asumiendo que la orden era una iniciativa privada mía, Stoessel la ignoró, lo que era una señal de las rivalidades entre la Casa Blanca y el Departamento de Estado. Llamado a consultas, Stoessel acabó en el despacho oval, donde el presidente le dio las instrucciones personalmente. Justo después Stoessel presentó la oferta en un acto social en Yugoslavia. Al principio, el diplomático chino se alejó corriendo, pero al final lo acorraló y recibió nuestra propuesta.

Dos semanas más tarde, el embajador chino en Polonia apareció sin previo aviso en la embajada estadounidense con instrucciones para iniciar un diálogo. Se celebraron cuatro reuniones. En el lado estadounidense, el progreso se enfrentaba al burocrático sistema formal de autorizaciones, primero en el seno del Gobierno y después en el Congreso, y en un momento dado Nixon exclamó: «Van a matar a este bebé antes de que

nazca».

En todo caso, poco después de la incursión de Estados Unidos en Camboya en mayo de 1970, los chinos rompieron el canal de Varsovia en protesta. Ese octubre, sin embargo, Nixon repitió a Yahya Khan, el presidente de Pakistán, a quien se había convocado a la Casa Blanca en relación con una visita a las Naciones Unidas, su interés en establecer un contacto directo.

Esta vez, Nixon recibió una respuesta directa de Zhou Enlai, el primer ministro chino, que escribió de parte de Mao. El 9 de diciembre de 1970, en cuatro crípticas frases, Zhou elevó la conversación con Yahya Khan al estatus de mensaje formal y lo calificó como la primera ocasión en que Estados Unidos se había acercado a China a nivel presidencial, «por medio de una cabeza, de una cabeza a otra cabeza».[62]

Zhou señaló que China estaba dispuesta a negociar con Estados Unidos sobre el regreso de Taiwán a la madre patria. Nosotros respondimos, crípticamente, que si iba a producirse un diálogo las dos partes debían tener la libertad de proponer las cuestiones que les preocuparan. Siguió un intercambio de mensajes sin membrete ni firma, para minimizar el riesgo de que se divulgaran y de una reacción en Moscú y de incertidumbre en el resto del mundo. Retomando los métodos diplomáticos tradicionales, un mensajero de Washington entregaba los mensajes en la capital de Pakistán, Islamabad, y de Pakistán se enviaban a Pekín, y las respuestas chinas seguían la misma ruta a la inversa.

El ritmo de este intercambio se vio ralentizado por la determinación de ambas partes de no permitir que el otro sacara partido de su predisposición. Y, también, para ocultárselo en la mayor medida posible al Kremlin. En consecuencia, el diálogo entre Nixon y Mao se realizó durante un periodo de muchas semanas a través de mi intercambio de

mensajes con Zhou, que consistían en unas pocas frases. Un error de cálculo soviético contribuyó a acelerar la cuestión.

Durante la primavera de 1971, nuestros intercambios secretos estaban produciendo resultados y se acordó que yo visitara Pekín. Negociábamos simultáneamente sendas cumbres con los dos adversarios. Nixon resolvió el dilema táctico con la orden de hacer ofertas a los dos, empezando por los soviéticos. Si ambas eran aceptadas, procederíamos de acuerdo con el orden de la respuesta.

En junio de 1971 envié a Dobrynin nuestra propuesta para una cumbre en Camp David. Los soviéticos nos resolvieron el problema, al hacer que su aceptación dependiera de nuestro apoyo en las negociaciones con la República Federal de Alemania, Reino Unido y Francia sobre un nuevo acuerdo relativo a Berlín. En cambio, durante mi visita secreta a Pekín en julio de 1971, Zhou Enlai propuso una visita de Nixon a Pekín sin ningún requisito previo. Tres días después de mi regreso de China, Nixon aceptó la invitación de Pekín. Un mes más tarde, Dobrynin ofreció una invitación a Moscú sin condiciones. Como estaba planeado, la pusimos tres meses después de la fecha prevista para la de Pekín.

Para programar el viaje secreto se planeó una visita mía a Vietnam, Tailandia, India y Pakistán. Una vez en Islamabad, hicimos tiempo para un último tramo anunciando una indisposición. Mi ausencia durante los dos días siguientes se explicaría como una visita a una estación de montaña para recuperarme. Todo el proceso —desde la conversación de Nixon con Yahya Khan el 25 de octubre de 1970[63] a mi llegada a Pekín el 9 de julio de 1971— requirió ocho meses. El viaje como tal, desde mi partida de Washington a la llegada a Pekín, requirió ocho días. Solo pasé cuarenta y ocho horas en Pekín.

¿Cómo utilizar mejor ese breve tiempo? El Gobierno

estadounidenses contaba con una agenda bien definida gracias a las conversaciones entre los embajadores en Varsovia. Entre los puntos de la lista estaban Taiwán, reclamaciones financieras y de bienes debidas a la expropiación de propiedades en Estados Unidos, prisioneros y la navegación en el mar de la China meridional. Pero Nixon y yo llegamos a la conclusión de que estos temas y otros comparables probablemente llevarían a distracciones técnicas o bloqueos ideológicos que podían obstruir el progreso hacia el objetivo de una relación continuada. Recibí la orden de expresar nuestra predisposición a discutir sobre Taiwán, pero, específicamente, solo en el marco de la relación general entre China y Estados Unidos tras el final de la guerra en Vietnam.

Como parte de este énfasis en la geopolítica, Nixon pronunció un discurso en Kansas City, Missouri, el 6 de julio de 1971, mientras yo estaba de camino. Explicó su idea de un orden mundial basado en el equilibrio entre las grandes potencias y omitió cualquier referencia a Taiwán. Afirmó:

> Cuando pensamos en términos económicos y en potencialidades económicas, no consideramos que Estados Unidos sea el número uno en el mundo desde un punto de vista económico, la potencia mundial preeminente, no consideramos que haya solo dos superpotencias, hay [...] cinco grandes superpotencias: Estados Unidos, Europa occidental, la Unión Soviética, la China continental y, por supuesto, Japón. [64]

El único acuerdo al que llegamos durante la visita secreta fue una invitación para que Nixon viajara a China. Las dos partes se concentraron en perfilar su enfoque general como punto de partida para futuras conversaciones. Yo insistí en el discurso de Nixon; Zhou inició una conversación con una cita de Mao: «Hay agitación bajo los cielos, pero la situación es excelente».

Durante mi segunda visita, tres meses después, en octubre de

1971, se abrió un diálogo diplomático más específico. El objetivo era preparar la cumbre y redactar un comunicado sobre ella. El intervalo de cuatro meses entre mi segunda visita y la cumbre de Nixon reflejaba nuestra convicción de que no había que correr el riesgo de que se produjera un bloqueo en la primera reunión cara a cara entre Nixon y Mao, en la que la conversación estaría limitada por las necesidades internas de cada parte y los medios de comunicación que esperaban fuera.

Había llevado conmigo un comunicado estándar que enumeraba nuestras intenciones generales, pero sin concretar. Zhou volvió a la mañana siguiente con un mensaje explícito del presidente: tras haber evitado el contacto de alto nivel durante tantos años, nuestros países no debían simular ahora que estábamos cerca de una armonía general. Mao sugirió que el comunicado incluyera una enumeración completa de nuestros desacuerdos en cuestiones específicas, junto con algunos acuerdos claramente definidos. En ese contexto, el comunicado llamaría mucho más la atención sobre los acuerdos que sobre las repetitivas declaraciones de buena voluntad. Dejamos que los líderes esbozaran durante la cumbre una declaración conjunta acerca del futuro de Taiwán, pero, como advertencia a la Unión Soviética, Zhou y yo nos pusimos de acuerdo en oponernos conjuntamente a la hegemonía en Asia.

La súbita predisposición de Pekín se debía, sin duda, a la presión ejercida por más de cuarenta divisiones armadas soviéticas desplegadas junto a las fronteras chinas de Manchuria y Sinkiang. La cooperación de alto nivel con China para establecer un equilibrio global se anunciaría ahora explícitamente y transformaría la naturaleza de la Guerra Fría.

No había precedentes del borrador previo a la cumbre que redactamos, ni habría más tarde un sucesor comparable. Tal y como se había decidido, ambas partes elaboraron largas listas de sus desacuerdos, junto con algunas declaraciones de

acuerdo. Cada parte se hizo responsable de sus propias formulaciones. Como ninguno de nosotros pidió un veto para la otra parte, esta manera de proceder nos dio la oportunidad de afirmar el punto de vista estadounidense sobre Taiwán de manera explícita como parte de nuestro comunicado conjunto. El borrador fue entonces sometido a la aprobación de Nixon y Mao.

Al final, en la cumbre, Mao solo estuvo disponible durante cuarenta y cinco minutos, debido —como nos dijeron luego los médicos chinos— a una grave crisis médica sufrida la semana anterior. Pero había aprobado el borrador del comunicado, que recogía toda la postura estadounidense sobre Taiwán y otras cuestiones. A la luz de esto, adquirió un especial significado una declaración que hizo en su breve reunión con Nixon: China no quería Taiwán enseguida, explicó, porque los taiwaneses «eran un puñado de contrarrevolucionarios. [...] Podemos pasar sin ellos por ahora, y dejar que suceda dentro de cien años». [65]

Eliminar, durante la cumbre, la urgencia que durante mucho tiempo había frustrado las negociaciones entre las dos partes hizo posible una declaración que expresara lo que ha seguido siendo el principio rector de las relaciones entre Estados Unidos y China en los cincuenta años posteriores: «Estados Unidos reconoce que todos los chinos a ambos lados del estrecho de Taiwán sostienen que no hay más que una China y que Taiwán es parte de China. El Gobierno de Estados Unidos no cuestiona esa postura».[66]

Tras una proposición formal de Nixon en la cumbre, se añadieron estas palabras en lo que hoy se conoce como el comunicado de Shanghái, que se hizo público al final de su visita.

Ni Nixon ni yo inventamos esas palabras; de hecho, las sacamos de una declaración redactada durante la

Administración Eisenhower para preparar unas negociaciones con Pekín que nunca tuvieron lugar. La declaración tenía la virtud de mostrar con precisión los objetivos establecidos tanto por Taipéi como por Pekín. Al renunciar al apoyo de Estados Unidos a la solución de «Dos Chinas», el comunicado mantenía la ambivalencia acerca de *qué* China lograría los deseos que postulara el pueblo chino.

Al cabo de unos días, Zhou aceptó nuestra fórmula. Su ambigüedad liberó a ambas partes para llevar a cabo una política de cooperación estratégica que alejaría el equilibrio internacional de la Unión Soviética. La declaración implicaba que, en un futuro próximo, Taiwán sería tratado como un ente autónomo. Ambas partes ratificarían el principio de Una China, mientras que Estados Unidos no haría declaraciones o llevaría a cabo acciones que dieran pie a las Dos Chinas, y ninguna de las partes trataría de imponer su preferencia. La insistencia de Estados Unidos en una solución pacífica quedó plasmada de manera explícita en la parte estadounidense del comunicado. Dos comunicados adicionales acordados por las administraciones de Carter y Reagan ampliaron estos acuerdos. Juntos, han seguido siendo la base de las relaciones a uno y otro lado del estrecho de Taiwán. Si alguna de las partes los cuestionara, aumentaría de manera significativa el riesgo de una confrontación militar.

Durante los veinte años posteriores a la visita de Nixon, Estados Unidos y China llevaron a cabo una política de colaboración en toda clase de cuestiones para contener el poder soviético. Durante este periodo, la cooperación entre Estados Unidos y China se extendió incluso al ámbito de la inteligencia, aunque con un alcance limitado. Durante una visita posterior, en febrero de 1973, Mao me pidió, demostrando el grado del compromiso de China, que equilibrara el tiempo que yo pasaba en China con el tiempo que dedicaba a Japón, para que los

japoneses no se sintieran postergados y se dedicaran menos a la defensa común contra la Unión Soviética: «No queremos que Japón tenga una relación más estrecha con la Unión Soviética —dijo Mao—, preferimos que tengan mejor relación con vosotros». [67]

El mes siguiente, durante una conferencia en la Universidad Lehigh de Pennsylvania, el primer ministro de Singapur, Lee Kuan Yew, reflexionó sobre el significado de la diplomacia de la Administración Nixon:

> Vivimos tiempos estimulantes. Hace bastante tiempo que el mundo no ha sido testigo de cambios tan radicales en la relación de las grandes potencias como en los dos últimos años. Estamos siendo testigos de cambios en el equilibrio de poder a medida que los pesos han ido cambiando. Y las grandes potencias están aprendiendo a convivir pacíficamente [...].
>
> Las viejas divisiones inamovibles de la Guerra Fría parecían fluidas y difusas. Washington había pasado de la confrontación a las negociaciones con Pekín y Moscú. Fueran cuales fuesen sus distintas razones, las dos potencias comunistas querían que disminuyera la intensidad de la guerra de Vietnam y que Estados Unidos se retirara de manera honorable [...].
>
> China, por su parte, muestra una mayor cordialidad hacia los capitalistas Estados Unidos y Japón que hacia la Rusia comunista [...].
>
> Las divisiones ideológicas parecen ser menos relevantes. Por el momento, los intereses nacionales parecen la guía más fiable para las acciones y las políticas de los gobiernos. [68]

Nixon no podría haber deseado una apreciación mejor de su política.

Mao murió en 1976. Dos años después, Deng Xiaoping regresó de su segunda purga e instituyó la política reformista que había iniciado en 1974, tras regresar de la primera. Desde ese momento hasta la llegada de la Administración Trump en 2017, la política estadounidense respecto a China se basó en

principios esencialmente no partidistas establecidos durante este periodo.

Hoy en día, China se ha convertido en un formidable competidor económico y tecnológico de Estados Unidos. En las actuales circunstancias, en ocasiones surge la pregunta de si Nixon, en caso de seguir vivo hoy, se arrepentiría de la apertura a China. Era un reto que previó. Su discurso de Kansas City de 1971 trasluce una conciencia total del potencial impacto de China en el sistema internacional:

> El éxito de nuestra política de terminar con el aislamiento de la China continental hará que crezca enormemente el reto económico que representará no solo para nosotros, sino para otros en el mundo [...] ochocientos millones de chinos, abiertos al mundo, con toda la comunicación y el intercambio de ideas que inevitablemente tendrán lugar a consecuencia de esa apertura, se convertirán en una fuerza económica en el mundo de un enorme potencial.[69]

Es célebre la afirmación del primer ministro británico Palmerston: «No tenemos aliados eternos, y no tenemos enemigos perpetuos. Nuestros intereses son eternos y perpetuos, y es nuestra obligación seguir esos intereses». Construir la cooperación con China para hacer frente a la Unión Soviética era un interés primordial de Estados Unidos durante la Guerra Fría; hoy, cualquier política estadounidense hacia China tiene que producirse en el contexto de su vasta economía —comparable a la de Estados Unidos—, su creciente poder militar y su habilidad diplomática labrada mediante la preservación de miles de años de una cultura característica.

La apertura a China, pues, como todo éxito estratégico, no fue solo una respuesta a problemas contemporáneos, sino también un «billete de entrada» para retos futuros. El más notable de todos es este: a medida que la tecnología moderna ha ido acrecentando la capacidad destructiva de la guerra

nuclear mediante la aparición de toda clase de armas de alta tecnología y mejoras radicales en la inteligencia artificial, China, Rusia y Estados Unidos han empezado a modernizar sus arsenales militares. Con armas que desarrollan la capacidad de perseguir a sus objetivos y aprender de la experiencia, y ciberarmas que pueden eludir la rápida identificación de su origen, es imperativo establecer un diálogo permanente paralelo al desarrollo tecnológico que asegure la estabilidad del orden mundial y quizá la supervivencia de la civilización humana. (Véase más sobre esto en la conclusión del libro).

Tormenta en oriente próximo

Al principio de su mandato, Nixon tuvo que hacer frente a dos cuestiones que, al mismo tiempo, estaban perpetuamente vinculadas y eran, en apariencia, contradictorias: cómo mantener la posición de Occidente en el (mayoritariamente árabe) Oriente Próximo al tiempo que se cumplía el compromiso estadounidense con la seguridad de Israel. Al igual que sus predecesores, Nixon abrazó ambos objetivos, pero también intentó cumplirlos con una nueva perspectiva estratégica.

El último año de la Administración Johnson definió la configuración de la crisis en Oriente Próximo que heredó Nixon. La guerra de 1967 entre Israel y sus vecinos árabes —Egipto, Siria y Jordania— terminó con Israel ocupando la península del Sinaí, que pertenecía a Egipto; los Altos del Golán en Siria y la Cisjordania palestina en Jordania. Estas conquistas transformaron la posición negociadora de las dos partes. Israel iniciaría un proceso de paz —si es que este podía iniciarse— en posesión de una tangible prima territorial que pretendía utilizar para conseguir objetivos estratégicos intangibles: es decir, el

reconocimiento de su legitimidad y su existencia, así como unas fronteras seguras que implicaban el ajuste de las líneas del armisticio de 1949.

La ONU intentó crear un marco internacional para este proceso mediante la resolución 242 del Consejo de Seguridad. Adoptada en 1967, contenía todas las palabras sagradas —«paz», «seguridad», «independencia política»—, pero en una secuencia que les quitaba todo significado operativo y permitía a cada parte aplicar sus propias definiciones.

> *El Consejo de Seguridad […]*
>
> 1. *Afirma* que el acatamiento de los principios de la Carta requiere que se establezca una paz justa y duradera en el Oriente Próximo, la cual incluya la aplicación de los dos principios siguientes: i) La retirada de las fuerzas armadas israelíes de los territorios que ocuparon durante el reciente conflicto; ii) El cese de todas las situaciones de beligerancia o alegaciones de su existencia, y respeto y reconocimiento de la soberanía, integridad territorial e independencia política de todos los Estados de la zona y de su derecho a vivir en paz dentro de fronteras seguras y reconocidas y libres de amenaza o actos de fuerza.[70]

La ampliación de los territorios de los que Israel debía retirarse quedaba formulada de manera ambigua. También la formulación de «una paz justa y duradera», una condición que en un mundo de Estados soberanos ha demostrado ser, siempre, difícil de mantener. En consecuencia, cada parte interpretó el texto en el marco de sus convicciones preexistentes.

En marzo de 1969, el presidente egipcio Nasser intentó acelerar el proceso bombardeando las posiciones israelíes en el canal de Suez con artillería pesada. Israel respondió con intensas incursiones aéreas en el interior de Egipto. Nixon tomó una serie de decisiones inmediatas: asignó las negociaciones de Oriente Próximo a William Rogers, el secretario de Estado, pero

simultáneamente me encargó a mí que pensara una secuencia según la cual la diplomacia en Oriente Próximo llegara a su punto culminante una vez concluidos nuestros esfuerzos diplomáticos acerca de Vietnam, para evitar una controversia interna simultánea por dos asuntos tan distintos.

Los esfuerzos de mediación de Rogers dieron pie a un acuerdo de alto el fuego en el canal de Suez patrocinado por las Naciones Unidas. Este estableció una zona desmilitarizada de cincuenta kilómetros de ancho a ambos lados del canal. Rogers lo propuso el 19 de junio de 1970 y lo anunció el 7 de agosto. Nasser y los soviéticos lo violaron de manera inmediata: desplazaron cincuenta baterías de misiles antiaéreos avanzados suministrados por los soviéticos a la zona desmilitarizada de la orilla occidental del canal.[71]

El conflicto militar al lado del canal, pues, parecía inminente, y un subgrupo del Consejo Nacional de Seguridad llegó a la conclusión de que, muy probablemente, sería Israel el que lo empezaría. Nixon rechazó esa valoración. No era partidario de que Israel iniciara un conflicto tan lejos de sus fronteras; esa acción, sostuvo, podía suscitar una confrontación con la Unión Soviética o un enfrentamiento más amplio. Un conflicto junto al canal de Suez afectaba a los intereses de seguridad de Estados Unidos; si era necesario, las fuerzas estadounidenses se involucrarían para disuadir al máximo a la Unión Soviética. Nixon se reservó para sí la puesta en marcha de esa acción y prohibió que se explorara hasta que él lo aprobara. La cuestión se estabilizó durante unas cuantas semanas hasta que el centro de gravedad de la crisis de Oriente Próximo se desplazó del canal de Suez al futuro del Estado jordano.

Durante este periodo, Nixon buscó una estrategia general centrada en disminuir el papel crucial que la ayuda militar soviética había jugado en el fomento de los planes radicales árabes.[72] En las conversaciones diarias de la mañana en su

despacho privado en la Casa Blanca, sostuvimos que Egipto y Siria modificarían sus presiones una vez se dieran cuenta de que Estados Unidos estaba dispuesto a desbaratar la asistencia soviética, que iba desde el suministro de aviones y artillería pesada hasta alrededor de veinte mil asesores de fuerzas terrestres sobre el terreno. Además de bloquear esa estrategia y contener a las baterías antiaéreas, planeamos apoyar unas negociaciones serias para Oriente Próximo, siempre que los Estados árabes negociaran directamente con Israel.

Entusiasmado con esta estrategia, Nixon me pidió que empezara a mencionarla en público; en consonancia, durante una conversación con un periodista al principio de la Administración expliqué: «Estamos intentando expulsar la presencia militar soviética, no tanto los asesores, pero sí los pilotos de combate y el personal de combate, antes de que se establezcan de manera firme».[73]

La primera prueba a la que se vio sometida la estrategia surgió en septiembre de 1970, cuando la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), un grupo terrorista antiisraelí formado en El Cairo en 1964, secuestró cuatro aviones de pasajeros occidentales e hizo aterrizar a tres de ellos en Jordania. (El cuarto, que aterrizó en El Cairo, lo hizo explotar poco después de que se liberara a los pasajeros).[74] Con esta acción, que inició una serie de acontecimientos que en el mundo árabe serían conocidos como el «septiembre negro», los terroristas palestinos estuvieron a punto de transformar Jordania, un país soberano, en una base de operaciones.

El rey Husein, el intrépido monarca que había manejado durante décadas la hostilidad de los vecinos árabes, además de las preocupaciones de seguridad israelíes, con habilidad diplomática y valentía, lanzó el guante. Cerró los campamentos de refugiados palestinos en suelo jordano, que se habían convertido en bases de la OLP, y expulsó a los residentes, la

mayoría de ellos a Líbano.

Entre crecientes tensiones, los ejércitos sirio e iraquí empezaron a concentrar sus fuerzas en las fronteras con Jordania. Luego, por nuestra parte, se celebraron unas cuantas reuniones del Grupo de Acción Especial de Washington (WSAG, por sus siglas en inglés). (El WSAG era un grupo flexible con representantes de varias agencias de nivel de vicesecretario que coordinaba la gestión de crisis bajo la presidencia del asesor de seguridad). Llegamos a la conclusión de que Husein no cedería y que Israel no toleraría un ataque militar de sus vecinos contra Jordania. Cuando trasladamos estas ideas a Nixon, él repitió enfáticamente sus instrucciones para la crisis de Suez: había que preservar Jordania, pero Israel no debía realizar ninguna acción en ese sentido sin la aprobación de Estados Unidos y no podía llevarse a cabo una acción militar estadounidense, ni amenazar específicamente con ella, sin su consentimiento.

El 18 de septiembre, una división armada siria cruzó la frontera jordana y avanzó sobre la ciudad de Irbid. El rey Husein resistió y pidió ayuda estadounidense.

La crisis se había convertido en un reto estratégico directo. Si Jordania se desintegraba y los ejércitos árabes aparecían en la frontera oriental de Israel, se produciría una guerra que conduciría a las fuerzas soviéticas a la región, para apoyar a los asesores soviéticos que ya se encontraban allí con las fuerzas armadas sirias e iraquíes. La respuesta militar israelí era, pues, probable, y el apoyo estadounidense a ella, al menos en el plano diplomático, era esencial.

La gestión de las crisis, a veces, produce incoherencias. Cuando, un domingo por la noche,[75] comuniqué a Nixon la noticia de la invasión siria de Jordania, él se encontraba jugando a los bolos en el sótano del edificio de oficinas ejecutivas Eisenhower (algo infrecuente). Era importante impedir que la crisis en Jordania escalara, pero tampoco

podíamos permitir que la ocupación siria de partes estratégicas de Jordania llevada a cabo con armas y asesores de la Unión Soviética se convirtiera en un *fait accompli*. Cuando le transmití estas cuestiones, Nixon autorizó los primeros pasos para contener la crisis y revertir la aventura siria. En su presencia —aún en la bolera— llamé a Isaac Rabin, entonces embajador israelí en Washington, para informarle de que no permitiríamos que la invasión siria siguiera adelante. Apoyaríamos una movilización de las fuerzas israelíes para amenazar el flanco sirio, pero la acción militar debía esperar a que se produjeran nuevas conversaciones. Después contacté con el secretario de Estado Rogers para informarle de las ideas del presidente. Respondió que le incomodaba la acción militar, pero que le pediría a Joe Sisco, el asistente al secretario de Estado, que acudiera a la sala de crisis de la Casa Blanca para ayudar a coordinar la diplomacia. Nixon no estaba dispuesto a gestionar una crisis en la Casa Blanca con ropa de jugar a los bolos. Desapareció unos minutos para cambiarse y ponerse un traje y se unió a Sisco y a mí en la sala de crisis.

La diplomacia convencional sugeriría exigir contención a las dos partes y crear alguna clase de conferencia diplomática para acordar los asuntos pendientes. Pero, en las circunstancias del momento, probablemente esas acciones habrían acelerado la crisis, al darle al agresor tiempo para ampliar sus conquistas. La convocatoria de una conferencia internacional *antes* de la retirada de Siria habría sido una recompensa por los secuestros y la invasión. Habría establecido una presencia militar siria en el interior profundo del territorio jordano. Y, en lugar de distanciar a los regímenes árabes de sus patrocinadores soviéticos, como pretendía nuestra política, esa acción por parte de Estados Unidos probablemente habría reforzado su dependencia de Moscú.

Cuanto más grande es una conferencia, más difícil es lograr

un consenso. La negación a reconocer el derecho de Israel a existir había sido parte integrante de la diplomacia árabe desde la fundación de Israel. Mientras, por su parte, la mayoría de los países europeos apoyaban la legitimidad de Israel, pero también se oponían a su insistencia en llevar a cabo negociaciones directas antes de un alto el fuego. Aunque esto no hubiera sido así, el ritmo de la diplomacia habría sido inherentemente más lento que el avance de las fuerzas armadas con sus asesores soviéticos sobre el territorio en Jordania.

Por lo tanto, en la sala de crisis Nixon decidió que cualquier llamada a la contención por parte de otros países se dirigiera en primer lugar a los invasores sirios y sus patrocinadores soviéticos. Insistiríamos sobre la retirada siria de Jordania como condición previa para iniciar las negociaciones. Esa política requería cierta demostración del compromiso de Estados Unidos. Así, Nixon aumentó un escalón el nivel de alerta para las fuerzas estadounidenses en Europa. Se llamó a los marineros de la Sexta Flota a sus barcos en el Mediterráneo y, en Estados Unidos, se activó para una potencial acción la 82 División Aerotransportada.[76] Se concibió la alerta —casi exclusivamente para las fuerzas convencionales— con el fin de advertir a las partes concernidas, especialmente la Unión Soviética y Siria, de que Estados Unidos estaba tomando en consideración la acción militar.

Tras establecer esta estrategia, Nixon siguió su práctica habitual de dejar la implementación en manos de sus subordinados. Salió de la sala de crisis y dejó que Sisco, el general Alexander Haig (entonces mi segundo) y yo nos ocupáramos de los detalles. De parte de Nixon, se envió a la primera ministra israelí Golda Meir un mensaje en el que se decía que Estados Unidos resistiría la intervención de potencias exteriores —en referencia a la Unión Soviética— y se le urgía a no ir más allá de la movilización existente para dar tiempo a

que nuestra estrategia tuviera efecto. El mensaje al rey Husein indicaba que podía confiar en nuestro apoyo para restaurar el *statu quo*. También se mandaron mensajes a los aliados de la OTAN, advirtiéndoles de la urgencia de las decisiones y los razonamientos que había tras ellas.

Ante esta demostración de que Estados Unidos se negaba a tolerar la presión militar siria apoyada por la Unión Soviética, Moscú puso fin a su papel en la crisis. La tarde del día siguiente, el 21 de septiembre, el segundo de Dobrynin me buscó en una recepción diplomática en una embajada y me llevó aparte para informarme de que los asesores soviéticos habían abandonado a las fuerzas sirias en el momento en que cruzaron a Jordania. Tras la desaparición de gran parte del apoyo soviético, los soldados sirios regresaron a sus bases y Husein recuperó el control de su país.

La estrategia con que se gestionó la crisis de Jordania reflejó un patrón que se repetiría en la forma en que Nixon gestionaría crisis posteriores: un periodo de reflexión, seguido por una acción repentina suficientemente amplia como para convencer al adversario de que una mayor escalada planteaba un riesgo inaceptable. En ambos sentidos, la experiencia de septiembre de 1970 sería un presagio de otra crisis en Oriente Próximo aún más relevante, la de octubre de 1973.

La guerra en Oriente Próximo de 1973

La Unión Soviética empezaba a explorar la coexistencia con Estados Unidos, pero al mismo tiempo Moscú hacía llegar su ayuda y sus armas a sus Estados clientes árabes, lo que aumentaba las expectativas de una nueva confrontación. En el interior de Estados Unidos también se habían producido numerosos cambios. En noviembre de 1972, Nixon fue

reelegido por el segundo mayor margen en el voto popular de la historia estadounidense. Pretendía sustituir a Rogers como secretario de Estado, pero aún no había decidido quién sería su sucesor, lo que en parte era la razón de la lentitud de la diplomacia en Oriente Próximo. Sin embargo, el motivo básico era la determinación de Nixon de evitar que se produjera un debate nacional simultáneo sobre Vietnam y Oriente Próximo. De ahí la decisión de posponer la diplomacia en Oriente Próximo hasta después de las elecciones. En agosto de 1973, Nixon decidió nombrarme secretario y fui confirmado el 21 de septiembre.

Dos semanas más tarde, el 6 de octubre, empezó una guerra en Oriente Próximo. Egipto y Siria invadieron el Sinaí y los Altos del Golán. Al mismo tiempo, la crisis del Watergate se aceleró rápidamente después de que John Dean, el abogado de la Casa Blanca, declarara al fiscal las irregularidades de esta (y su papel en ellas).

En Oriente Próximo, el equilibrio de los incentivos árabes había cambiado tras el impacto de la crisis de Jordania y la muerte, en septiembre de 1970, de Gamal Abdel Nasser en Egipto, que había sido la fuerza motriz tras la política de confrontación árabe. Le sucedió Anwar Sadat, que al principio siguió con la estrategia de su predecesor de apoyarse en los soviéticos con el fin de conseguir que Estados Unidos presionara a Israel para que se retirara del Sinaí. Pero entonces, en el verano de 1972, Sadat expulsó de repente a más de veinte mil asesores militares soviéticos desplegados en Egipto y ordenó la requisición de sus instalaciones y equipamiento pesado.[77] En febrero de 1973, mandó a la Casa Blanca a su asesor de seguridad, Hafiz Ismail, para que explorara la actitud de Estados Unidos en una renovada negociación.

Los términos de Ismail siguieron siendo esencialmente los mismos que ya antes habían provocado un punto muerto con

Israel: la retirada de Israel a las fronteras de 1967 como condición para el reconocimiento y las conversaciones directas. Un aspecto nuevo del mensaje era la insinuación de que Egipto podría dar nuevos pasos a escala nacional, con independencia de sus aliados árabes.

Nixon recibió a Ismail en el despacho oval y le dijo que lanzaríamos un esfuerzo de paz tras las elecciones israelíes de noviembre, cumpliendo un acuerdo al que Nixon había llegado con Golda Meir en 1972. Yo reiteré las garantías de Nixon en una reunión privada posterior y esbocé unas posibles aplicaciones. Para Sadat, aquello era una perspectiva demasiado incierta, puesto que tras las elecciones israelíes solían (y suelen) sucederse semanas —o meses— de negociaciones para la formación de un Gobierno. Y el 6 de octubre —el Yom Kippur, el día más sagrado del calendario judío, cuando la mayoría de los israelíes van a la sinagoga— Sadat brindó una impactante sorpresa a Israel y Estados Unidos. Las fuerzas egipcias cruzaron el canal de Suez y las fuerzas sirias avanzaron hasta los Altos del Golán. El asalto repentino cogió a los israelíes, los estadounidenses y el mundo por sorpresa y sin preparación.

En ese mismo momento, Nixon se enfrentaba al Watergate y sus consecuencias. El 6 de octubre, el primer día de la guerra, me sorprendió la inminente dimisión del vicepresidente Spiro Agnew, que había sido acusado de corrupción en su cargo anterior, el de gobernador de Maryland. El 20 de octubre, en lo que los medios llamaron «la masacre del sábado noche», Nixon despidió al fiscal general Elliot Richardson y al vicefiscal general William Ruckelshaus, que no habían querido despedir al fiscal especial Archibald Cox. El fiscal general en funciones, Robert Bork, sí lo hizo, lo que llevó a la apertura del proceso de *impeachment* contra Nixon en la Cámara de Representantes.

A pesar de la sucesión de desastres políticos nacionales,

Estados Unidos asumió un papel central en la declaración de un alto el fuego y en la puesta en marcha de un proceso de paz en Oriente Próximo que se prolongaría durante las décadas siguientes. Nixon nunca perdió de vista los objetivos estratégicos centrales: desplegar una diplomacia creativa con los Estados árabes, mantener la seguridad de Israel, debilitar la posición de la Unión Soviética y salir de la guerra con una diplomacia estadounidense sostenible que trabajara en pos de la paz. El rasgo principal de esa diplomacia había quedado prefigurado tres años antes en la crisis de Jordania: para evitar el bloqueo y las tensiones que se multiplicaban, estábamos decididos a impedir una conferencia poco manejable con todas las partes en la que se abordaran todas las cuestiones. La alternativa era un planteamiento paso a paso que implicara a las partes que estaban genuinamente dispuestas a avanzar hacia la paz. La viabilidad de este enfoque la determinarían los resultados de las batallas que se estaban librando en ese momento.

El ataque sorpresa había cogido desprevenido a la jerarquía militar israelí. De igual modo, la falta de preparación de nuestros servicios de inteligencia quedó al descubierto en su primera evaluación, según la cual había sido Israel, y no Egipto y Siria, quien había lanzado el ataque sorpresa, y era inminente una derrota aplastante de los ejércitos árabes. De hecho, las fuerzas armadas egipcias cruzaron el canal de Suez, se adentraron quince kilómetros en la península del Sinaí y formaron ahí un cinturón. Y lo mantuvieron frente a los inmensos contraataques israelíes gracias a la defensa de misiles tierra-aire soviéticos que neutralizaron la fuerza aérea israelí. El ejército sirio, mientras tanto, capturó parte de los Altos del Golán; en un momento dado, parecía posible que Siria se adentrara en el propio Israel.

Pero el cuarto día, el 9 de octubre, los reservistas israelíes ya

estaban plenamente movilizados y sus fuerzas estaban en marcha. En Washington, esa mañana a primera hora, se pensaba que la victoria israelí era inminente.

Con el fin de tratar de alcanzar nuestros objetivos, el segundo día de la guerra Nixon había liberado equipamiento militar de alta tecnología para que lo transportara un avión de carga civil israelí. El agregado militar israelí, el general Mordechai Gur, me llamó el 9 de octubre con una petición urgente. Las pérdidas israelíes habían sido inesperadamente grandes; tanto, de hecho, que la primera ministra estaba dispuesta a volar hasta Washington para presentar su petición en persona. Le dije que esa visita transmitiría una sensación de desesperación. Por encima de todo, Nixon estaba gestionando la inminente dimisión del vicepresidente Agnew. Al final de ese día, Nixon me autorizó a que asegurara al embajador israelí que sustituiríamos todas las pérdidas israelíes después de la guerra y que los israelíes debían utilizar sus reservas mientras se organizaba y se llevaba a cabo el reabastecimiento.

Después siguió lo que casi pareció un punto muerto técnico y político. La capacidad aérea de Estados Unidos en tiempos de paz está reforzada por la autoridad del Pentágono para requisar aviones civiles. Pero las líneas aéreas eran reacias a operar en zonas de combate, y un obstáculo técnico se convirtió en uno político: para llegar a Israel desde Estados Unidos, los aviones civiles tenían que detenerse para repostar, y Portugal y España —las paradas más adecuadas— se negaron a permitirlas debido a la preocupación por la reacción árabe y la presión soviética.

Cuando esas complicaciones perduraron hasta el séptimo día de la guerra (12 de octubre), Nixon tomó una decisión idiosincrásica: ordenó el uso de aviones de transporte militares, que no necesitaban repostar, para transportar lo que fuera necesario. No era solo una decisión táctica; esto dio a los israelíes los medios para revertir los primeros contratiempos y

supuso un importante aumento de la implicación de Estados Unidos en la guerra. La mañana del 12 de octubre, durante una reunión en la Casa Blanca para abordar la crisis, Nixon rechazó la sugerencia de hacer un uso limitado del aerotransporte militar: «Van a echarnos la misma culpa por tres aviones que por trescientos». En última instancia, señaló el presidente, nuestra estrategia sería juzgada por el resultado político, y explicó: «Nuestro papel debe ser el de desempeñar un papel constructivo en las iniciativas diplomáticas para conseguir un acuerdo real». Yo me mostré de acuerdo y añadí: «Si podemos mantener nuestra postura, estaremos en mejor posición que nunca para contribuir a un acuerdo».[78]

El objetivo dominante siguió consistiendo en corregir el equilibrio de fuerzas primero en el campo de batalla y después como preludio de la diplomacia. Nixon afirmó este principio general durante una llamada telefónica conmigo dos días más tarde:

> La idea es básicamente [...] el objetivo de los suministros no es simplemente alimentar la guerra, el objetivo [es] mantener el equilibrio [...] porque solo con el equilibrio en esa zona puede producirse un acuerdo equitativo que no perjudique a una parte o la otra [...].[79]

La diplomacia del alto el fuego

Mientras en Washington se debatía el suministro aéreo, el embajador israelí Simcha Dinitz me informó de una nueva iniciativa surgida de Jerusalén. Golda Meir había recibido propuestas de su ministro de Defensa, Moshe Dayan, y de su jefe de Estado Mayor, David Elazar, de que pidieran un alto el fuego. Sostenían que la nueva línea egipcia a lo largo de Suez

sería demasiado difícil de romper hasta que Israel hubiera encontrado la manera de imponerse a los misiles antiaéreos soviéticos. Meir estaba dispuesta a aceptar, pero solo después de que progresara una contraofensiva israelí en los Altos del Golán que estaba en marcha para amenazar a Damasco. Dije que vería si Reino Unido apoyaría la resolución del Consejo de Seguridad a tal efecto, programada para el sábado 13 de octubre.

El aerotransporte estadounidense aceleró el fin de las operaciones en el campo de batalla con la ayuda de un error de cálculo de Sadat. Cuando la ofensiva israelí en los Altos del Golán se encaminaba hacia Damasco, el presidente sirio Hafez al-Asad le pidió ayuda. Debido a su compromiso con su aliado sirio, y sobrevalorando el logro que había supuesto que Egipto cruzara el canal, Sadat rechazó la propuesta de alto el fuego que exploraba Reino Unido y ordenó que se atacara a dos divisiones blindadas en el Sinaí con el objetivo de lograr el paso hacia las zonas más elevadas del centro. Pero esta ofensiva llevó a las fuerzas blindadas egipcias más allá del cinturón de los misiles tierra-aire situado junto al canal, y así se expuso a todo el poder de la fuerza aérea israelí. El domingo 14 de octubre, doscientos cincuenta tanques egipcios quedaron destruidos. Esto permitió a los blindados israelíes romper el bloqueo junto al canal de Suez —que sus propios comandantes habían considerado congelado tres días antes— y cruzar el canal hacia Egipto el 16 de octubre.[80] El jueves 18 de octubre Sadat habló de un alto el fuego, y Dobrynin exploró fórmulas de alto el fuego en Washington. El viernes 19 de octubre los soviéticos me invitaron a Moscú para completar el proceso con Brézhnev.

La situación militar egipcia era ahora lo bastante difícil como para disuadir a los soviéticos de que sacaran partido de nuestros problemas internos. En Moscú, la propuesta de un alto

el fuego se completó el domingo 21 de octubre con la aquiescencia de Nixon, y fue aprobada en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas el lunes 22 de octubre.[81] El alto el fuego, que se hizo efectivo doce horas después de su aprobación, también incluía estipulaciones para iniciar las negociaciones entre las partes y lograr un acuerdo político.

A pesar de habernos pedido que propusiéramos un alto el fuego tres días antes, los líderes israelíes dudaron si aceptarlo porque querían sacar más partido de su incursión al otro lado del canal de Suez. En consecuencia, volví a Washington desde Moscú con parada en Israel, en el transcurso de la cual Israel aceptó el alto el fuego. Al llegar a Washington el mismo día que había empezado en Moscú, descubrí que había sido más fácil proclamar el alto el fuego que hacerlo efectivo. Se rompió casi de inmediato. En las negociaciones para un alto el fuego, a menudo las partes quieren líneas de alto el fuego que les resulten favorables. Este quebrantamiento en concreto, con todo, no era táctico sino estratégico. Porque las fuerzas israelíes que avanzaban hacia la ciudad de Suez estaban a punto de encerrar al Tercer Ejército egipcio al este del canal.

En Moscú, que eso sucediera pocos días después de haber trabajado conjuntamente en una propuesta de alto el fuego pareció un desafío directo y algo deliberado. Durante la noche del miércoles 24 de octubre las comunicaciones procedentes de Moscú se fueron volviendo cada vez más amenazadoras y culminaron en un ominoso mensaje de Brézhnev alrededor de las nueve de la noche. Tras relatar la versión soviética sobre los avatares de las negociaciones celebradas el fin de semana anterior, propuso que las fuerzas militares soviéticas y estadounidenses llevaran a cabo una acción conjunta para imponer el alto el fuego. Advirtió:

> Diré directamente que, si os parece imposible actuar conjuntamente

con nosotros en este asunto, nos tendremos que enfrentar a la urgente necesidad de considerar dar pasos adecuados unilateralmente. No podemos permitir arbitrariedades por parte de Israel.[82]

Nos enfrentábamos al periodo más dramático y humanamente complejo de la presidencia de Nixon. Inteligencia nos informó de que las divisiones aerotransportadas soviéticas estaban preparándose y que había armas soviéticas de alta tecnología entrando en el Mediterráneo por barco. Convoqué una reunión de los líderes del WSAG en la sala de crisis. (Yo ejercía al mismo tiempo de secretario de Estado y asesor de seguridad nacional). El reto consistía en rechazar el despliegue militar conjunto con los soviéticos en Oriente Próximo dirigido contra un gran aliado (que, en esas circunstancias, alteraría radicalmente el equilibro político) y disuadir a Moscú de que emprendiera una acción militar unilateral.

Nuestra reunión se celebró en un ambiente dramático. Semanas de presiones personales e internacionales habían dejado exhausto a Nixon y habían obligado a los médicos de la Casa Blanca a pedirle que se retirara antes de que llegara el mensaje de Brézhnev. Por lo tanto, fue necesario tomar decisiones de una manera inusual. El NSC estaba convencido de que Estados Unidos no podía desplegar fuerzas como amortiguador entre Israel, un aliado estadounidense, y Egipto, un país cuyas operaciones militares eran posibles gracias a las armas soviéticas y que estaba siendo abastecido mediante el transporte aéreo soviético. Pero Estados Unidos tampoco podía tolerar que fuerzas de combate soviéticas en la región impusieran unilateralmente planes estratégicos soviéticos. La posición sobre estos temas era unánime.

El NSC alcanzó el consenso que necesitábamos para rechazar la propuesta de Brézhnev. Pero eso hacía que tuviéramos que

disuadir a los soviéticos de tomar medidas unilaterales. La reunión procedió en ausencia del presidente, y el general Haig (que había sustituido a Haldeman como jefe de gabinete) actuaba como su intermediario mientras yo me ocupaba de los contactos diplomáticos. Llamé al embajador Dobrynin desde la reunión para desaconsejarle cualquier acción unilateral soviética y le informé de que estábamos preparando una nota de respuesta formal a Brézhnev. Siguiendo los procedimientos basados en decisiones anteriores y la experiencia de la crisis de Jordania, el NSC recomendó medidas para impedir acciones soviéticas inmediatas, entre ellas subir el nivel de alerta nuclear a DEFCON 3, lo que significaba que se trataba de una crisis seria al límite de la preparación para la guerra nuclear.

En una carta de respuesta a Brézhnev de parte del presidente, rechazamos la propuesta de un despliegue conjunto de Estados Unidos y la Unión Soviética en Egipto, pero reiteramos el compromiso estadounidense con la diplomacia consultiva en el proceso de paz. Retuvimos la carta unas cuantas horas para permitir que asimilaran el impacto de la alerta y que se produjeran consultas internas y con los aliados. En el intervalo, informé a los embajadores de la OTAN y a otros aliados, especialmente a Israel.

Debido a las frecuentes interacciones entre las partes implicadas, me quedé en la sala de crisis mientras el general Haig salía de vez en cuando para intermediar con el presidente. Y así, con la convicción unánime del NSC —que posteriormente nunca se puso en duda, a través de filtraciones o en libros de memorias— de que el tiempo era esencial para impedir una acción soviética irremediable, llevamos a cabo los objetivos estratégicos de Nixon.

Al amanecer, Nixon regresó al despacho oval y apoyó los detalles de la recomendación del NSC. A mediodía, Brézhnev se retractó plenamente. Respondió al presidente alterando su

exigencia de una intervención militar conjunta con una contrapropuesta para que las dos naciones mandaran a un número limitado de observadores con el fin de cerciorarse del alto el fuego. En una conferencia de prensa, Nixon resumió lo que había pasado y subrayó la oposición estadounidense a la introducción de fuerzas soviéticas en el conflicto existente, así como nuestra voluntad de desempeñar un papel relevante en la búsqueda de la paz.

¿Qué provocó la retractación de Brézhnev? Su decisión estaba en línea con un patrón general del comportamiento soviético durante toda la crisis de 1973: en lo diplomático, apoyar minuciosamente a sus socios en Oriente Próximo y, en lo material, prestarles su transporte aéreo, pero evitar comprometer la *détente* enfrentándose militarmente a Estados Unidos. También pudo ser una muestra del debilitamiento de la voluntad, y el declive general, económico y social, que dieciocho años más tarde culminarían con la caída del Imperio soviético.

El proceso de paz de Oriente Próximo

Para que cualquier proceso de paz en la región tuviera posibilidades de avanzar, la primera tarea consistía en acordar las condiciones aparentemente irreconciliables de las partes en guerra. Israel insistía en el reconocimiento diplomático como requisito para poner fin a las hostilidades; la condición de Egipto y Siria era que Israel aceptara regresar a las fronteras de 1967. Ninguna parte aceptaba el requisito de la otra, y ambas rechazaban un acuerdo provisional como punto de partida.

Esas no eran las únicas complicaciones. Si todas las partes implicadas en el alto el fuego, incluida la Unión Soviética, iban a participar en el proceso de paz, la más intransigente tendría

poder de veto en la conferencia resultante, lo que daría a los soviéticos o a los Estados árabes radicales una oportunidad para poner trabas a Occidente en la búsqueda de sus objetivos en la Guerra Fría. Sin embargo, decidimos legitimar las negociaciones mediante una conferencia multilateral que implicara a todas las partes. Si se llegaba a un punto muerto, con todo, transformaríamos el proceso en un mecanismo paso a paso con las partes que estuvieran dispuestas a avanzar.

Se programó una conferencia para el 22 de diciembre en Ginebra y se invitó a todas las partes al alto el fuego. Asad se negó a asistir. Sadat —que no quería someterse al veto soviético— asumió el liderazgo diplomático y pidió un mecanismo paso a paso. Israel insistió en un proceso paralelo basado en una serie de concesiones mutuas, un proceso que más tarde el primer ministro Isaac Rabin definiría como intercambiar «un trozo de tierra por un trozo de paz». En ese momento no era posible un acuerdo general, y era la única reunión. Se procedió con un mecanismo paso a paso.

Durante la presidencia de Nixon, se llegó a un buen número de acuerdos para Oriente Próximo con la mediación de Estados Unidos. En enero de 1974, Egipto e Israel consiguieron un acuerdo de retirada que creó una zona neutral a lo largo del canal de Suez, distanció las fuerzas militares y estableció restricciones a los movimientos militares y los arsenales en cada zona. En junio de 1974, Siria e Israel llegaron a lo que era en esencia un acuerdo de retirada. Sus estipulaciones técnicas y constatables se basaban en prohibir a ambas partes el despliegue de armas pesadas a una distancia determinada de la línea del frente de la otra. Esta limitación ha demostrado ser suficiente para mantener constricciones mutuas esenciales entre los dos países durante el medio siglo transcurrido desde las negociaciones del acuerdo, también durante la guerra civil de Siria que empezó en 2011.

Estos acuerdos fueron posibles porque todas las partes implicadas aceptaron un mecanismo paso a paso y también porque acabaron confiando en Estados Unidos para el papel de mediador. Todas las partes tuvieron que hacer sacrificios para aceptar este camino: Egipto y Siria modificaron la exigencia de la devolución de territorios que consideraban suyos como un precio de entrada a las negociaciones; Israel renunció a territorios en el Sinaí y a sus posiciones de avanzada en Siria a cambio de promesas de paz que serían, por definición, reversibles.

En 1975, a estos acuerdos se sumó otro entre Egipto e Israel mediante el cual las fuerzas israelíes se retirarían a los pasos de montaña del Sinaí a cambio de que El Cairo ofreciera concesiones políticas que abrirían el canal de Suez e incluirían el tránsito israelí por él. El acuerdo iba a ser supervisado por un puesto de radar estadounidense en el Sinaí. A finales de 1976, Egipto e Israel estaban negociando poner fin a su estado de beligerancia a cambio de una nueva retirada de los pasos en el centro del Sinaí hacia una línea que iba de Ras Mohammad a El Arish, que está a treinta kilómetros de la frontera egipcio-israelí.

La aceptación del Kremlin de este proceso supuso una enorme transformación geopolítica en una región estratégicamente importante en la que la Unión Soviética había parecido influyente hasta hacía muy poco. También fue una vindicación de la diplomacia de los vínculos y de la estrategia negociadora de Nixon. Durante la crisis, la diplomacia de la *détente* permitió que hubiera un canal de comunicación siempre abierto con Moscú, lo que sirvió para prevenir colisiones innecesarias. Aún más importante fue que esta estrategia diplomática dio a los soviéticos una participación en otras cuestiones que habían sido reacios a poner en riesgo, como las conversaciones sobre el estatus de Berlín y lo que se convertiría

en los Acuerdos de Helsinki de 1975.

En 1979, el presidente Carter, el primer ministro israelí Begin y el presidente Sadat firmaron un acuerdo de paz formal entre Israel y Egipto en una emotiva ceremonia en el césped de la Casa Blanca. El proceso de paz, esbozado en 1974 durante desayunos en la oficina privada de Nixon, había sido completado.[83]

Bangladés y el entrelazamiento de la guerra fría

En la segunda mitad del siglo XX, el sistema internacional basado en el equilibrio europeo del siglo XIX se transformó de nuevo. En un proceso presagiado un siglo antes por el auge de un Japón en proceso de industrialización, las civilizaciones asiáticas tradicionales como India y China empezaron a entrar en el sistema internacional como grandes potencias por derecho propio. En lugar de recurrir a la competición de alianzas que en el siglo XIX había caracterizado la competencia por la preeminencia en Europa, estas potencias emergentes demostraron que eran capaces de retar el equilibrio global de manera autónoma. Si la descolonización de Asia y África había ampliado por primera vez el sistema de Estados westfalianos a todo el mundo, ahora el crecimiento del poder de India y China disminuyó aún más la fortaleza relativa de los viejos poderes imperiales. El orden internacional —hasta entonces definido por las relaciones de las potencias occidentales— se estaba convirtiendo en el orden global.

La decisión de Nixon de introducir a China en el sistema westfaliano —negociando con ella no como una adjunta al bloque liderado por la Unión Soviética, sino como un contrapeso a esta y un nuevo actor con derecho a recibir atención seria por su propio derecho— abrió el campo a

combinaciones estratégicas sin precedentes. Al explotar la creciente hostilidad entre las dos principales potencias comunistas, este movimiento convirtió la conquista por el orden global en un empeño verdaderamente multipolar.

En marzo de 1971, esta incipiente realidad se reafirmó. Casi exactamente en el mismo momento en que las conversaciones con Zhou Enlai estaban introduciendo a China en el sistema internacional —aunque por entonces aún en secreto—, lo que había empezado como, en esencia, una perturbación regional en el sur de Asia entre Pakistán e India arrastró rápidamente a Estados Unidos, China y Rusia. El problema emergente en el este de Pakistán, pues, planteó una situación sin precedentes: una crisis en la que estaban implicadas tres grandes potencias nucleares, todas compitiendo como soberanos iguales.

Los orígenes de esta crisis tenían sus raíces en la partición del subcontinente indio, que se había producido más de dos décadas antes entre terribles derramamientos de sangre. Gobernada durante el periodo colonial como una sola e inmensa unidad, el Raj británico se dividió en 1947, durante la descolonización, en dos Estados soberanos, India y Pakistán. Este segundo quedó dividido a su vez en dos entidades, ambas bajo soberanía paquistaní, pero separadas por casi dos mil kilómetros de territorio indio.

De los dos Estados, India era de confesión laica y su población era en gran medida hindú, aunque contaba con un importante y creciente elemento musulmán. Pakistán era explícitamente musulmán, pero sus dos mitades, étnica y lingüísticamente diversas y geográficamente separadas, incluían a pueblos para quienes una fe islámica común no ofrecía una sensación de unidad compartida, ni por supuesto cohesión política.

Este Estado pakistaní dividido era gobernado desde Islamabad, en Pakistán Occidental, donde la pluralidad punjabí

dominaba el ejército nacional y otras relevantes instituciones de gobierno. Históricamente, la población de Pakistán Oriental, que en su mayoría era bengalí, había estado dividida en varias facciones a las que el Gobierno de Islamabad con frecuencia intentaba enfrentar. Pero, en enero de 1969, estalló en Pakistán Oriental una inmensa protesta que llevaría a la declaración de un nuevo Estado independiente, Bangladés, el 26 de marzo de 1971.

El principio de la crisis no suscitó inmediatamente una reacción estratégica de ninguno de los grandes actores internacionales, con la excepción de India. En octubre de 1970, el presidente de Pakistán, Yahya Khan, llamó a Nixon en relación con una sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas, la misma ocasión en la que aceptó transmitir a Pekín el interés que había expresado el presidente en abrirse a China. Nos dijo que pretendía celebrar unas elecciones en diciembre, de las que esperaba que Pakistán Oriental saliera dividido entre facciones, lo que le permitiría seguir explotando las divisiones entre los bengalíes.

Pero las elecciones de diciembre de 1970 produjeron el resultado contrario a las expectativas de Yahya Khan. En Pakistán Oriental, la Liga Awami, un partido político defensor de la autonomía de Bangladés, logró la mayoría absoluta. El marzo siguiente se había desbaratado el orden en Pakistán Oriental y se había proclamado su independencia —o, como lo veía Pakistán Occidental, su secesión— bajo el liderazgo de Sheikh Mujibur Rahman.

Tratando de restaurar el orden en Pakistán Oriental por medio de una violencia sistemática, Yahya Khan abolió el sistema electoral y declaró la ley marcial. El resultado fue un terrible derramamiento de sangre y un torrente de refugiados que huyeron de Pakistán Oriental, sobre todo a través de las fronteras de India. Mientras Islamabad trataba este asunto

como una cuestión interna y rechazaba la interferencia internacional, India vio la crisis como una oportunidad para acabar con su envolvimiento estratégico. Afirmando que un número creciente de refugiados bangladesíes en su territorio ponía en riesgo su economía, empezó a organizarlos como guerrillas antipaquistaníes.

En Estados Unidos la noticia de la devastadora cifra de fallecidos en el conflicto tuvo un impacto inmediato. El enfrentamiento en el distante sur de Asia se fusionó con el debate nacional ya existente sobre el carácter del poder estadounidense y las cuestiones morales suscitadas por Vietnam. La Administración Nixon fue objeto de apasionadas críticas porque su respuesta no implicó, como muchos deseaban, una condena rotunda de las acciones de Pakistán Occidental. El discurso estadounidense sobre la situación en Pakistán Oriental siguió estando dominado por los defensores de los derechos humanos, algunos de los cuales utilizaron las páginas de los grandes periódicos para pedir a Nixon que adoptara gestos en gran medida simbólicos.

Las propuestas iban desde apoyar la misión de investigación de los hechos de las Naciones Unidas y la presencia de la Cruz Roja en Pakistán Oriental a la suspensión de toda la ayuda militar y económica de Estados Unidos a Pakistán Occidental. [84] Para quienes tomaban las decisiones en Estados Unidos, sin embargo, el cálculo era mucho más complejo. Pakistán Occidental estaba ya ampliamente armado, y trágicamente ni un embargo de armas ni una suspensión de la ayuda harían que los líderes paquistaníes dejaran de mandar a su ejército contra la gente de Pakistán Oriental. Sin duda, esas medidas transmitirían la condena estadounidense a las atrocidades paquistaníes, pero también disminuían la capacidad de influencia de Estados Unidos y amenazarían la incipiente apertura a China, para la que Pakistán era nuestro principal

intermediario.

Paradójicamente, los críticos establecían semejanzas entre la reacción de la Administración a esta última crisis y su conducta en Vietnam, pero con argumentos diametralmente opuestos: en Pakistán Oriental la culpa, se decía, era por la *ausencia* de intervención de Estados Unidos en una crisis lejana, descrita como si el país consintiera la iniquidad; por lo que respectaba a Vietnam, la condena a Estados Unidos era por su continuada implicación.

La reticencia de Washington a implicarse públicamente en la crisis tenía poco que ver con la insensibilidad (aunque algunas discusiones internas no transmitían una elevada moralidad); la Casa Blanca de Nixon estaba centrada en la apertura a China, y la tragedia que se desarrollaba en Pakistán Oriental coincidía con la fecha y la agenda de mi inminente viaje secreto a Pekín y complicaba nuestras comunicaciones sobre él. Además, Pakistán tenía un tratado de alianza con Estados Unidos por medio de la SEATO (las siglas en inglés de la Organización del Tratado del Sudeste de Asia), un acuerdo negociado por el secretario de Estado John Foster Dulles en 1954.

Ninguna política de Nixon fue nunca tan unidimensional como se nos atribuyó en el transcurso de la crisis de Pakistán. Se responsabilizó de ello a la antipatía de Nixon por la primera ministra india, Indira Gandhi. Sin duda, sus críticas airadas a las políticas estadounidenses en la Guerra Fría, y especialmente de la guerra de Vietnam, eran irritantes, pero solo eso. En todo caso, la política adoptada era mucho más compleja. En cuanto se produjo la crisis a principios de marzo, el personal del NSC llegó a la conclusión de que el resultado probable —y deseable — era la autonomía y la eventual independencia de Pakistán Oriental. Pero queríamos llegar a este objetivo sin enfrentarnos directamente con Pakistán ni estropear nuestro canal con China.

La Casa Blanca aprobó una enorme ayuda alimentaria para aliviar a los refugiados de Pakistán Oriental. También llevamos a cabo conversaciones encubiertas de la CIA con representantes de la Liga Awami con un ojo puesto en la creación de contactos para posibles negociaciones oficiales posteriores. De una manera similar, se autorizó al Departamento de Estado para que estableciera contactos entre la Liga Awami e India; esos intentos, con todo, fueron rechazados por India, cuyo objetivo era alentar a Pakistán Oriental a no buscar solamente la autonomía política, sino la secesión. En total, la sustancia de las medidas políticas estadounidenses durante la primera fase (más o menos entre marzo y julio de 1971) fue prevenir que una crisis regional se convirtiera en una global y seguir adelante con la posible transformación de la Guerra Fría por medio de la apertura a China.

Mi visita secreta a China complicó ambos objetivos. De camino a Pekín en julio de 1971, con paradas en Saigón, Bangkok, Nueva Delhi e Islamabad —y especialmente mientras estuve en las dos últimas capitales— me vi expuesto a toda clase de opiniones acerca de la crisis del sur de Asia. La actitud india —en especial la de la primera ministra Gandhi—se centraba menos en la cuestión de los refugiados que en la creación de Pakistán Oriental como país independiente. Mientras estuve en India, expliqué el apoyo estadounidense a la cuestión de los refugiados, especialmente mediante la provisión de comida, y nuestros esfuerzos para alentar el diálogo con la Liga Awami. Aunque atentos y educados, mis interlocutores indios se dedicaban en buena medida —y con gran énfasis— a transformar lo que antes fue la mitad de un adversario declarado en su frontera oriental en un nuevo país que sería neutral, o incluso amistoso, con respecto a India. En mi informe para Nixon, sugerí la posibilidad de que India pudiera hacer realidad sus declaradas ideas geopolíticas y resolver la crisis

mediante una intervención militar decisiva en Pakistán Oriental, un paso agresivo que podía provocar la respuesta de China, que durante mucho tiempo había sido aliada de Pakistán.[85]

En mi siguiente parada, Islamabad, desde donde partiría hacia China la mañana siguiente, me reuní con el presidente Yahya Khan y con el secretario de Asuntos Exteriores Sultan Khan. Mi informe para Nixon resumió mis conversaciones sobre la cuestión de Pakistán Oriental:

> Subrayé la importancia de intentar apaciguar la cuestión [de Pakistán Oriental] durante los próximos meses. Una manera de hacerlo, he sugerido, podría ser intentar separar lo más posible, al menos a ojos internacionales, la cuestión de los refugiados de la cuestión de la reconstrucción de la estructura política de Pakistán Oriental. Si se intenta eso, sería importante que Pakistán reuniera una serie de pasos importantes en un paquete diseñado para tener un impacto importante tanto en los refugiados como en la comunidad mundial, y quizá que internacionalizara el esfuerzo.[86]

Nuestra recomendación, pues, era sumar varias medidas reformistas que estábamos alentando en un paquete que contribuyera a reconstruir la estructura política de Pakistán Oriental. La consecuencia práctica sería la autonomía.

La apertura a China se anunció en julio de 1971, y la visita de Nixon a Pekín estaba programada para el febrero siguiente. Ese verano la crisis de Bangladés ya había entrado en una segunda fase. En Pakistán Oriental, se había puesto fin a la mayor parte de los sistemáticos abusos a los derechos humanos.[87]

Para contrarrestar el potencial realineamiento del sistema internacional tras la apertura estadounidense a China, Gandhi dejó de ocultar su plan de alentar la secesión de Pakistán

Oriental. Aceleró el apoyo de India a la campaña de guerrillas en Bengala y, en agosto, dio otro paso hacia una confrontación concluyendo un acuerdo de amistad y apoyo militar con la Unión Soviética.

Este tratado fue la primera iniciativa de la Unión Soviética en una estrategia para el sur de Asia que implicaría expandir sustancialmente la ayuda militar y el apoyo diplomático a India.[88] Fue una respuesta directa a las estrategias de China y Estados Unidos que transformó el conflicto en Bangladés: este pasó de reto regional y humanitario a una crisis de dimensiones estratégicas globales, exactamente lo que habíamos intentado evitar. Si Pakistán iba a desintegrarse bajo la presión de la Unión Soviética e India tan poco tiempo después de haber facilitado nuestra apertura a China, no solo estaría en peligro la inminente cumbre de Nixon en Pekín, sino que se vería afectada la premisa misma de la estrategia hacia China, que era contrarrestar a la Unión Soviética.

Nixon estaba sometido a una enorme presión interna para que se pusiera del lado de India, cuya democracia era muy admirada. La cuestión para la Casa Blanca, sin embargo, nunca había sido la estructura interna de Pakistán Oriental, sino el mantenimiento de un equilibrio internacional adecuado. Yo subrayé esta cuestión al embajador indio Lakshmi Jha en el transcurso de una serie de encuentros celebrados durante el verano de 1971. El 9 de agosto, informé a Nixon de la siguiente conversación con Jha:

> A Estados Unidos le interesa una India fuerte, autosuficiente e independiente [...]. Bengala Oriental obtendría autonomía aún sin la intervención de India. Nosotros, al mismo tiempo, no tendríamos otro interés en el subcontinente que ver una India fuerte y en progreso y un Pakistán independiente. De hecho, había una diferencia entre nuestra

> percepción de India y nuestra percepción de Pakistán. India podía ser una potencia mundial, mientras que Pakistán siempre sería una potencia regional. Por todas estas razones, el problema se resolvería solo si separáramos la cuestión de la asistencia de la de los refugiados, y la cuestión de los refugiados de la del acomodo político. El embajador dijo que no tenía problemas en separar la asistencia de los refugiados, pero que no veía la manera de separar los refugiados del acomodo político.[89]

El 11 de septiembre, mientras crecían las tensiones, volví a explicar la posición estadounidense al embajador Jha:

> No teníamos interés en que Bengala Oriental siguiera siendo parte de Pakistán. Nos interesaba prevenir el estallido de una guerra y prevenir que esa cuestión se convirtiera en un conflicto internacional. Por lo que respecta a lo demás, no adoptaríamos ninguna posición activa, ni en un sentido ni en el contrario.[90]

A medida que la crisis empeoraba, empezó a presentar ciertos paralelismos con las semanas previas al estallido de la Primera Guerra Mundial: dos coaliciones de grandes potencias se enfrentaban entre sí por un conflicto regional que, en su inicio, no les afectaba. Desde el punto de vista estadounidense, considerábamos que no era deseable humillar a Pakistán tan poco tiempo después de que hubiera hecho viable nuestra iniciativa con Pekín. También era importante preservar el diseño estratégico subyacente en la visita de Nixon a China: reducir la presión soviética en todo el mundo y reequilibrar el orden internacional. Permitir a la Unión Soviética que abriera caminos en el sur de Asia mediante su nueva alianza con India socavaría el segundo objetivo.

Pero nuestro interés más inmediato y primordial era impedir el estallido de una guerra en el subcontinente. En octubre de 1971, Yahya Khan visitó de nuevo Washington. Durante su

estancia, Nixon mencionó la cuestión de la autonomía para Pakistán Oriental. Perturbado por los despliegues militares en todo Pakistán y la reprobación internacional, Yahya Khan prometió autonomía para Pakistán Oriental tras la creación de una Asamblea Constituyente programada para marzo de 1972. Nosotros interpretamos la autonomía para Pakistán Oriental como un preludio para la próxima emergencia de una Bangladés independiente.

Después de recibir a Yahya Khan, entre el 3 y el 6 de noviembre de 1971 tuvimos la visita de Gandhi en Washington. Fue un desastre. A la dificultad de las cuestiones que debíamos tratar se sumaba la reserva mutua entre los dos líderes. Cuando Nixon informó a Gandhi de que Khan había aceptado sustituir la ley marcial por el gobierno civil y la autonomía en Bangladés, ella mostró poco interés. Había puesto sus esperanzas en una Bangladés independiente, no en una región autónoma patrocinada por Estados Unidos. Era una realista brillante y curtida y había llegado a la conclusión de que el equilibrio de fuerzas existente le permitiría imponer el resultado estratégico preferido por India.

El 4 de diciembre, tras esos fríos y formales encuentros en la Casa Blanca, India invadió Pakistán Oriental, con lo que volvió a reconfigurar el conflicto. Y lo llevó a su tercera y última fase. Como Sadat dos años antes, Gandhi entendió que el uso unilateral de la fuerza podía transformar los términos de un acuerdo posterior. Mientras Pakistán Oriental se encaminaba inexorablemente hacia la autonomía, que probablemente condujera a la independencia bajo el impacto de las superiores fuerzas indias, Nixon había limitado las críticas públicas a declaraciones en la ONU acerca de la desconsideración de India por las fronteras reconocidas internacionalmente. Pero, cuando Gandhi decidió sellar la disputa territorial en la frontera occidental de India tomando medidas contra la parte ocupada

por Pakistán de Cachemira, la provincia del Himalaya que había sido dividida en 1947, tras lo cual India se quedó la parte más grande y más relevante históricamente, Nixon adoptó una postura más activa. India, con el respaldo de la ayuda militar y diplomática de la Unión Soviética, tenía la capacidad de desmembrar Pakistán provincia a provincia. Y, si Pakistán se hallaba al borde de la disolución a consecuencia de la alianza entre India y la Unión Soviética, China podía implicarse directamente en los combates, lo que llevaría a una gran guerra que desbarataría el orden global. En todo caso, esa secuencia de acontecimientos demostraría la particular irrelevancia estadounidense en una región estratégicamente importante.

Nixon había estado dispuesto a dejar la evolución interna de Pakistán Oriental a los líderes internos de Bangladés, que aspiraban a la independencia. Pero trazó la línea en la colusión indio-soviética que amenazaba la existencia de Pakistán Occidental. Idiosincrásicamente, no permitió que la posición estadounidense fuera ambigua. Para transmitir que Estados Unidos tenía un compromiso con el equilibrio estratégico en el sur de Asia, ordenó que un cuerpo especial de la Séptima Flota, liderada por el portaviones USS Enterprise, se desplazara hacia el golfo de Bengala. También me autorizó a que sugiriera en un informe de contexto que el éxito en la próxima cumbre de Moscú dependería del comportamiento de la Unión Soviética en la crisis del sur de Asia, deslizando que estábamos dispuestos a suspender la cumbre en caso de que los soviéticos nos retaran. Para aumentar la presión en público, Nixon hizo la propuesta formal de que todas las partes hicieran un alto el fuego inmediato.

Dos meses antes de la cumbre de Pekín y cinco antes de la de Moscú, había llegado el dramático momento de tomar una decisión. La noche del viernes 10 de diciembre de 1971 me reuní con Huang Hua, el primer embajador de Pekín en las

Naciones Unidas. Durante la reunión, que había pedido China, el embajador me avisó de que esta no podía seguir cruzada de brazos si proseguían las tendencias militares del momento. El domingo por la mañana, la tensión aumentó cuando me pidió otra reunión. Nos preocupó que su fin fuera informarnos de alguna acción militar china. La petición llegó cuando Nixon y yo íbamos a tomar un vuelo a las Azores para reunirnos con el presidente francés Georges Pompidou con el objetivo de comentar el reciente abandono del patrón oro por parte de Estados Unidos. Nixon no pensaba que pudiera cancelar la reunión con tan poco tiempo sin provocar un pánico financiero, y me pidió que le acompañara por si la situación en el subcontinente se intensificaba.

De modo que Alexander Haig, que entonces era mi segundo, representó a Estados Unidos en la segunda reunión con Huang Ha. ¿Qué decir si China anunciaba una acción militar? ¿Y si la Unión Soviética respondía? Nixon instruyó a Haig para que utilizara la fórmula que habíamos usado con Israel durante la invasión siria de Jordania en 1970: Haig no haría comentarios específicos, pero estaba autorizado a decir que Estados Unidos no se mostraría *indiferente* ante una acción militar soviética.

En ese caso, no fue necesario utilizar esas instrucciones. El mensaje chino repetía la misma advertencia de dos días antes, ahora suavizada por el apoyo a nuestra petición de alto el fuego. El jueves 16 de diciembre India proclamó un alto el fuego en el escenario occidental, como respuesta, al menos en parte, al llamamiento de Nixon.[91]

La resolución del conflicto fue un punto de inflexión en la Guerra Fría, aunque en ese momento no se reconoció como tal ni es ampliamente aceptado hoy en día. La oferta de un alto el fuego por parte de India fue en parte consecuencia de la voluntad de Nixon de utilizar los mensajes de carácter militar y la diplomacia de alto nivel para reequilibrar la ecuación

estratégica y así desactivar la crisis. Su comportamiento puso en riesgo las cumbres planeadas con Pekín y Moscú. Al mismo tiempo, mostró la voluntad de utilizar resueltamente el poder estadounidense con fines geopolíticos, una lección que no ignoraron los aliados tradicionales.

Con frecuencia se describe la crisis de Bangladés en los términos de los debates de la década de 1960 sobre las obligaciones morales de Estados Unidos en el mundo. También puede verse como la primera crisis por la conformación del primer orden genuinamente global en la historia mundial. En ambos sentidos, morales y estratégicos, la conclusión relativamente rápida de la crisis de Pakistán Oriental —en menos de un año— de una manera favorable para el orden mundial y los valores humanos contrasta notablemente con la guerra civil siria, que, iniciada en 2011, duró más de una década, por no mencionar los vigentes conflictos en Libia, Yemen y Sudán.

En Bangladés, Estados Unidos actuó basándose en una definición cuidadosamente ponderada del interés nacional. Se centró en sus principales objetivos estratégicos y los ajustó a las cambiantes circunstancias y las capacidades estadounidenses. Se tomó en serio las consideraciones humanitarias y adoptó relevantes medidas viables en favor de ellas.

La crisis de Bangladés representó un gran paso en la transformación de la Guerra Fría: de una rígida estructura bipolar a un equilibrio global más complejo que incluía a Asia como elemento cada vez más importante. Gracias a la combinación de diplomacia, audacia y contención ejercida en los momentos adecuados, la posibilidad de una guerra global por Bangladés pasó de posible a inconcebible. En última instancia, cada actor en la crisis salió ganando lo suficiente —o, en el caso de Pakistán, perdió demasiado poco— como para que en las décadas siguientes ningún gran país perturbara el

acuerdo.

Al cabo de dos meses, la cumbre con Mao se celebró como estaba programado y dio pie al comunicado de Shanghái, en el que China y Estados Unidos declararon su oposición a cualquier intento, por parte de cualquier potencia, de adquirir la hegemonía en Asia. Bangladés alcanzó la independencia; Estados Unidos reconoció el nuevo estatus de Bangladés menos de cuatro meses después del alto el fuego.[92] Aunque Estados Unidos había tensado sus relaciones con India y la Unión Soviética, la cumbre de Moscú tuvo lugar en mayo de 1972, como se había planeado antes de la crisis del sur de Asia, y produjo resultados que orientaron el futuro de la Guerra Fría hacia un resultado final pacífico. Las relaciones de Estados Unidos con India empezaron a mejorar en menos de dos años y han tenido una trayectoria positiva desde entonces. Durante mi visita a Nueva Delhi en 1974, los dos países crearon la Comisión de Cooperación Estados Unidos-India, que se convirtió en la base institucional para la sincronización de intereses que ha seguido acelerándose hasta el día de hoy.[93]

Nixon y la crisis de estados unidos

Con frecuencia, la memoria histórica está revestida de la apariencia de inevitabilidad. Han desaparecido las dudas, el riesgo y la naturaleza contingente de los acontecimientos que acompañan —y, en ocasiones, amenazan con sobrepasar—a los participantes del momento. El liderazgo de Nixon consistió en la fortaleza para sobreponerse a su propia sensación de desastre latente y, en mitad de la angustia provocada por la incertidumbre, en la fusión de complejas tendencias geopolíticas en una amplia definición del interés nacional y el sostén de este ante la adversidad. Nixon trabajó partiendo de la

convicción de que la paz era la consecuencia, frágil y peligrosamente efímera, de la política diligente dentro de un mundo en el que la tensión y el conflicto eran algo casi predestinado. La obligación del hombre de Estado era intentar resolver los conflictos a partir de una inspirada visión del futuro.

En el funeral de Nixon en 1994 señalé que había «hecho progresar la idea de la paz de su juventud cuáquera». Esto es cierto en un sentido evidente e inmediato: hizo volver a casa a las tropas desplegadas en Vietnam, ayudó a poner fin a guerras en Oriente Próximo y el sur de Asia, e introdujo con los soviéticos incentivos para la contención en la competición entre las superpotencias por medio de iniciativas diplomáticas y no de medidas unilaterales. Pero su visión de la paz también quedó manifiesta en el modo en que reconfiguró el orden global introduciendo la multipolaridad en el sistema global gracias a la apertura a China, al tiempo que hacía avanzar los intereses estadounidenses y la estabilidad general.

Nixon transformó el papel de Estados Unidos, de una dominación titubeante a un liderazgo creativo, y durante un tiempo tuvo éxito. Pero el colapso de su Administración en agosto de 1974 debido a la tragedia del Watergate, a lo que se sumó la caída de Saigón ocho meses más tarde, impidió que su manera de entender la política exterior lograra la influencia en el pensamiento estadounidense que merecía. En consecuencia, el eventual triunfo de Estados Unidos en la Guerra Fría y el desmoronamiento del Imperio soviético se percibieron en gran medida en términos más ideológicos que geopolíticos y se comprendieron como una vindicación de las confiadas verdades que atesoraba Estados Unidos sobre el mundo.

Estas verdades, a su vez, han guiado buena parte de la estrategia estadounidense en el periodo posterior a la Guerra Fría. Entre ellas está la creencia de que los adversarios se

desmoronarán debido a sus propias dinámicas o podrán ser derrotados; de que la fricción entre países es la mayoría de las veces el resultado de malentendidos o malevolencia y no de intereses divergentes o de valores que cada parte considera válidos; y de que, solo con un empujón de Estados Unidos, se desarrollará, como expresión inexorable del progreso humano, un orden mundial basado en reglas.

Hoy en día, medio siglo después de la presidencia de Nixon, estos impulsos han llevado a Estados Unidos a una situación que resulta sorprendentemente similar a la que Nixon heredó a finales de la década de 1960. Una vez más, la historia trata sobre todo de una confianza exuberante que genera extralimitaciones, y después de extralimitaciones que dan pie a debilitantes dudas en uno mismo. Una vez más, en casi todas las regiones del mundo, Estados Unidos se enfrenta a grandes desafíos entrelazados a sus estrategias y sus valores. La paz universal, prevista durante mucho tiempo, no ha llegado. En lugar de ella, existe un renovado potencial para confrontaciones catastróficas.

Y, una vez más, la oscilación entre el temerario triunfalismo y la abdicación justa anuncia peligros para la posición de Estados Unidos en el mundo. La política exterior estadounidense necesita una flexibilidad nixoniana, al mismo tiempo realista y creativa. A pesar de las muchas diferencias importantes que hay entre los tiempos de la presidencia de Nixon y la actualidad, tres conocidos principios de su política seguirían siendo beneficiosos para Estados Unidos: la centralidad del interés nacional, el mantenimiento del equilibrio global y la creación de sostenidas e intensas conversaciones entre los grandes países para construir un marco de legitimidad dentro del cual puede definirse y observarse el equilibrio de poder.

Ciertas cualidades del liderazgo de Nixon ayudarían a

materializar esos principios: la comprensión de cómo se relacionan entre sí distintos aspectos del poder nacional; el conocimiento de los cambios mínimos que se producen en el equilibro global y la agilidad para contrapesarlos; la imaginación para la osadía táctica; la facilidad para vincular la gestión de perturbaciones regionales con una estrategia global y la visión para aplicar los valores históricos de Estados Unidos a sus retos contemporáneos.

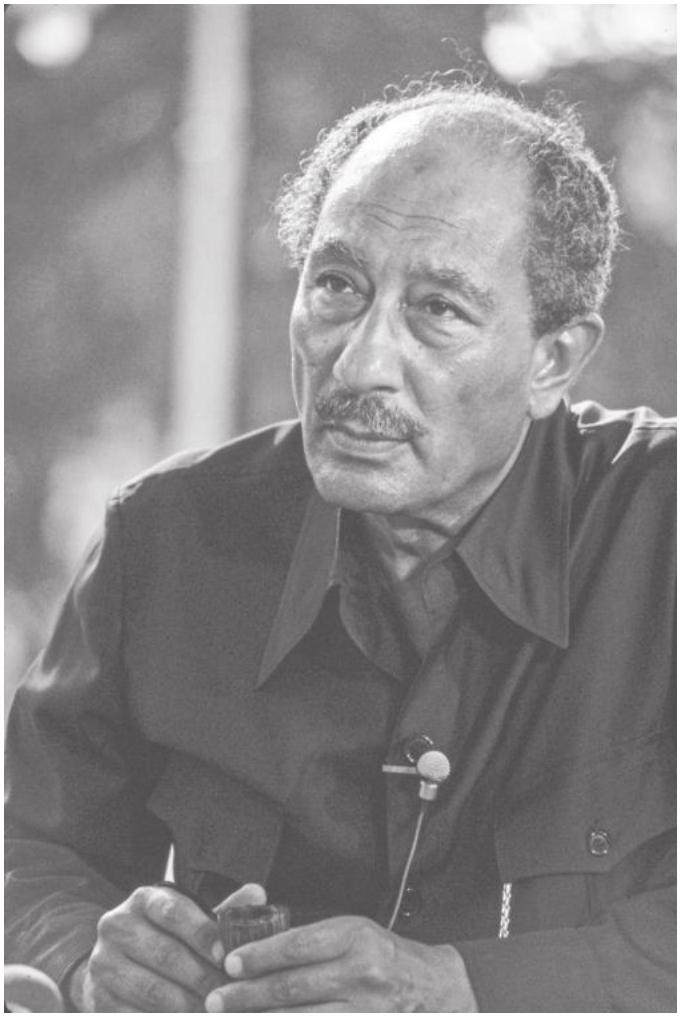
Gestionar el orden global requiere una acusada sensibilidad de Estados Unidos ante acontecimientos cambiantes y con frecuencia ambiguos. También exige la capacidad de identificar las prioridades estratégicas. Debemos preguntarnos: ¿qué amenazas y oportunidades requieren aliados? ¿Y cuáles son tan centrales al interés nacional y la seguridad de Estados Unidos como para enfrentarnos a ellas solos, si es necesario? ¿En qué momento el compromiso multilateral suma fuerzas y cuándo multiplica los vetos? Para lograr el objetivo de la paz, las formas de competición confrontacionales deben dejar espacio a una noción de legitimidad compartida. Juntos, el poder equilibrado y las legitimidades acordadas ofrecen la estructura más sólida para la paz.

Hacia el final de su primer mandato, Nixon se dirigió a una sesión conjunta del Congreso en la que presentó los resultados en política exterior que había logrado su Administración hasta ese momento. Los presentó, al mismo tiempo, como logros nacionales y una misión mundial:

> Estados Unidos tiene en sus manos una oportunidad inédita. Nunca ha habido un momento en el que esté más justificada la esperanza ni en el que sea más peligrosa la complacencia. Nuestro inicio ha sido bueno. Y, dado que hemos empezado, la historia ahora nos impone una obligación de seguir con ello.[94]

La esencia de la diplomacia de Nixon consistió en la aplicación disciplinada del poder y del propósito nacional de Estados Unidos después de que el país se hallara al borde de ser consumido por las controversias domésticas. Después de las elecciones de 1972, existía la posibilidad de que los métodos y el pensamiento que había tras los logros diplomáticos del primer mandato de la Administración se convirtieran en una duradera «escuela» de política exterior estadounidense, en una recalibración no solo de la estrategia, sino también de la mentalidad. En ese escenario, se habría entendido que el excepcionalismo estadounidense se debía tanto al hábil y comedido ejercicio de su fuerza inherente como a su determinación para validar sus principios fundadores.

Pero, solo dos semanas después de que Nixon pronunciara este discurso, se produjo una incursión en el edificio Watergate.



4

Anwar Sadat

La estrategia de la trascendencia

El especial atributo de Anwar Sadat

A los seis líderes que abordo en este libro les une su compromiso de afianzar un nuevo propósito para sus respectivas sociedades y todos ellos tratan de relacionar ese propósito con una tradición significativa. Aunque a veces su legado haya sido controvertido, cinco de ellos han pasado a la posteridad y forman parte de la historia de sus países.

El caso de Anwar Sadat, presidente de Egipto entre 1970 y 1981, ha sido diferente. Sus triunfos fueron sobre todo de carácter conceptual y su implementación se vio truncada al ser asesinado; sus herederos regionales, que fueron escasos, solo adoptaron los aspectos prácticos de su iniciativa, en lugar de los visionarios, y no mostraron el coraje decidido que él le había infundido. Por eso pocos recuerdan su gran logro —la paz con Israel— y casi todos ignoran su propósito moral más profundo, a pesar de que constituyó la base de los Acuerdos de Oslo entre israelíes y palestinos, la paz entre Israel y Jordania y la normalización diplomática de Israel con los Emiratos Árabes Unidos, Bahréin, Sudán y Marruecos.

Durante un periodo de conflictos regionales aparentemente irresolubles y de estancamiento diplomático, Sadat aportó una audaz visión de la paz, cuya concepción no tenía precedentes y

cuya ejecución fue osada. Sus primeros años de vida fueron poco notables y, tras ser revolucionario durante sus años de formación, se convirtió en una figura secundaria, incluso después de alcanzar un alto cargo nacional, y ni siquiera fue tomado en serio tras su ascenso a la presidencia. Aun así, Sadat propuso un concepto de paz cuya promesa sigue sin cumplirse. Ninguna otra figura contemporánea de Oriente Próximo pretendió unas aspiraciones comparables, ni demostró la capacidad para llevarlas a cabo. Su breve episodio sigue siendo, pues, un impresionante signo de exclamación en la historia.

Como presidente de Egipto, Sadat no encajó en el molde de sus contemporáneos regionales: líderes nacionales dedicados a unir el Oriente Próximo árabe y el norte de África bajo una única bandera. A diferencia de su carismático predecesor, Gamal Abdel Nasser, su histriónico vecino libio Muamar al Gadafi o Hafez al Asad, el adusto realista militar de Siria, Sadat, tras examinar el enfoque que tenían estos dirigentes del sistema internacional, cambió radicalmente a los métodos de diplomacia practicados en Occidente. Su estrategia daba prioridad a la soberanía nacional y la alineación con Estados Unidos frente al nacionalismo panárabe y la no alineación que por aquel entonces se extendían por el mundo árabe e islámico. A su imaginación estratégica, Sadat sumaba unas cualidades humanas extraordinarias: fortaleza, empatía, audacia y una gravedad al mismo tiempo práctica y mística. Sus políticas surgían orgánicamente de sus reflexiones personales y sus propias transformaciones interiores.

Este capítulo es un intento de rastrear esas evoluciones, de comprender cómo se inoculó contra la creencia convencional de la época y trascendió así las ideologías que, durante décadas, habían contorsionado Oriente Próximo y desangrado a Egipto.

La historia de Egipto dotó al país de un excepcional sentido de continuidad y la conciencia de una civilización plena. Durante milenios, el valle del Nilo al norte de Asuán ha seguido siendo el corazón de su territorio. Y a pesar de veintitrés siglos de dominio nominalmente extranjero —primero los ptolomeos y luego los romanos, los bizantinos, una sucesión de califas, los mamelucos, los otomanos y por último los británicos— normalmente Egipto ha sido capaz de arrebatar el control local a sus aparentes conquistadores. Aunque desde tiempos de Alejandro Magno Egipto nunca fue del todo independiente, tampoco se conformó con ser una colonia; fue, en cambio, una civilización que practicaba la eternidad bajo una apariencia faraónica. Un carácter tan distintivo siempre proclamaría algo más que un mero estatus provincial. En este sentido, la misión principal de Sadat, antes y durante su presidencia, fue una expresión de esa aspiración de la civilización egipcia a asegurarse una independencia duradera.

A pesar de su continuidad, durante siglos Egipto ha vacilado entre dos identidades de civilización. Una se originó en el antiguo reino mediterráneo de la dinastía ptolemaica, radicado en Egipto, que se orientaba a Grecia y Roma. En ese marco, Egipto ocupó un lugar destacado durante el periodo helenístico y el principio del alto Imperio romano. Alejandría era el principal puerto del mundo antiguo y las fértiles orillas del Nilo producían buena parte del grano de la cuenca mediterránea.

La segunda identidad del país, más reciente —la de un Estado islámico orientado a La Meca—, fue revitalizada por los expansionistas del siglo XVIII y principios del XIX, como el mameluco Alí Bey y el comandante militar otomano Muhamad Alí, que pretendían ejercer su influencia y conquistar Arabia y el Levante. En 1805, tras la breve aparición de Napoleón en

Egipto, Muhamad Alí se nombró a sí mismo primer jedive —en esencia, un virrey bajo el protectorado otomano— e inició una dinastía que gobernaría Egipto durante los siguientes ciento cincuenta años; sus descendientes también serían conocidos como jedives. Así pues, la visión egipcia moderna tiene en gran medida, aunque no del todo, una perspectiva islámica.[1]

Durante el largo siglo XIX, el espíritu de independencia egipcio se entrelazó con los ideales occidentales. Egipto experimentó una profusión de pensamiento árabe liberal (el *nahda*, el Renacimiento egipcio), inspirado en gran medida por las traducciones de escritos liberales y revolucionarios franceses.[2] A finales de la década de 1870, los otomanos, los administradores del país desde el siglo XVI, establecieron temporalmente una Constitución escrita que respaldaba la representación política popular y experimentaba con el gobierno parlamentario.

En este momento de inspiración, las identidades de Egipto se superpusieron para producir una fusión intelectual encarnada por los grandes filósofos reformistas Jamal al Din al Afghani y su alumno Muhamad Abduh, que articularon un islam revigorizado compatible con los principios de las estructuras políticas occidentales.[3] Pero estos visionarios resultaron ser la excepción a la regla. El país tendría que esperar tres cuartos de siglo hasta que llegara otra figura que pudiera superar las divisiones del pensamiento egipcio.

Los jedives egipcios, que en la segunda mitad del siglo XIX habían logrado la independencia *de facto* del debilitado dominio otomano, cargaron al país de deuda, lo que condujo, en 1875, a la venta a Reino Unido de la participación de Egipto en el canal de Suez y a la cesión de los derechos de su explotación. De esta forma, a partir de 1876, París y Londres se hicieron con el control de las finanzas egipcias. En 1882, Reino Unido ocupó Egipto y se nombró a sí mismo su «protector».[4]

A partir de entonces, el nacionalismo egipcio empezó a mostrarse contrario a las mismas potencias europeas cuyos escritores lo habían inspirado en su momento. El nacionalismo, recién combinado con un sentimiento de solidaridad árabe y alimentado por el resentimiento ante la continua injerencia británica, caracterizó la mentalidad de gran parte de Egipto durante la primera mitad del siglo XX.

Este fue el ambiente en el que nació Anwar Sadat en diciembre de 1918.

Los primeros años de vida

Anwar Sadat fue uno de los trece hijos de un padre de ascendencia parcialmente turca, que trabajaba como empleado del Gobierno para el ejército, y de una madre cuyo progenitor sudanés había sido llevado a Egipto a la fuerza y esclavizado.[5] La familia vivió en Mit Abu al Kum, un pueblo rural del delta del Nilo, hasta que Anwar cumplió seis años, momento en el que se trasladaron a un suburbio de El Cairo.

El periodo en El Cairo fue difícil: el padre de Sadat se casó con otra mujer, relegando a la madre de Sadat y a sus hijos a un estatus secundario dentro de la familia. Había muchas bocas que alimentar, y a veces la familia era demasiado pobre para comprar pan.[6] Sadat casi nunca se refirió a esta época en público, y prefería recordar la infancia en un campo idílico en lugar de en un piso urbano abarrotado y muy vulgar.[7] En apariciones públicas futuras, a menudo se presentaría como un niño del Nilo y un agricultor.[8]

En su juventud, Sadat demostró un patriotismo instintivo previo a cualquier teorización o ideología política. De niño, en Mit Abu al Kum, idolatraba al icono anticolonial Mahatma Gandhi y se vestía con una sábana blanca, «fingiendo que no

quería comer».[9] Era consciente de la continuidad del poder británico porque determinaba el carácter del empleo de su padre; por ejemplo, cuando en 1924 los británicos obligaron a las tropas egipcias a retirarse de Sudán, su padre volvió a casa.

El joven Anwar robaba de vez en cuando albaricoques del huerto real como tentempiés.[10] A los ocho años, se unió a las manifestaciones callejeras que pedían la destitución de los ministros probritánicos de Egipto. De adolescente, despreciaba al agente de policía británico que conducía su moto por el barrio de Sadat en El Cairo.

La familia daba mucha importancia a la educación: el abuelo paterno de Anwar sabía leer y escribir (algo raro en las aldeas egipcias de la época) y su padre fue el primer hombre de Mit Abu al Kum que obtuvo un título educativo.[11] A pesar de sus limitaciones económicas, la familia se las arregló para pagar los estudios de Anwar y de su hermano mayor. Criado como un musulmán devoto, aprendió tanto la tradición coránica como la cristiana en dos escuelas diferentes de clase media en las que fue alumno. Leía mucho y con voracidad.

Sadat cobró mayor conciencia de las peculiaridades de su clase cuando fue admitido en la Real Academia Militar de El Cairo, que apenas había empezado a aceptar a estudiantes de las clases baja y media.[12] Logró su aceptación gracias al laborioso y aleccionador proceso de pedir referencias a conocidos lejanos con el suficiente estatus en la jerarquía estatal como para tener influencia.

Al principio de la edad adulta, sus instintos patrióticos empezaron a convertirse en una filosofía política y un sentido de identidad. En la pared del piso de El Cairo había un retrato de Kemal Atatürk; leyó la biografía del héroe turco mientras estaba en la academia militar.[13] Después, frecuentó las librerías para continuar su educación.

Durante su juventud, Sadat siempre se sintió inferior, tanto

en su familia como en la escuela. Las circunstancias de sus primeros años de vida le prepararon para la supervivencia, ya fuera mediante el robo o los pequeños engaños de la conformidad. Estas habilidades de adaptación le servirían en sus años de revolucionario y al principio de su presidencia.

Aunque era inteligente y propenso a la espiritualidad desde niño, el joven Sadat no estaba en absoluto formado del todo y no tenía las ideas que desarrollaría más tarde. Aun así, estaba abierto a nuevas visiones y era realmente curioso. Su apertura natural le permitió entender un amplio rango de posibilidades. Y tenía la persistencia para seguir hasta el final lo que implicaran las nuevas nociones.

La adolescencia y los primeros años de la vida adulta de Sadat transcurrieron en un contexto de tendencias políticas contradictorias. De 1882 a 1914, el Imperio otomano conservó Egipto como una provincia autónoma, aunque el control británico lo había convertido *de facto* en un «protectorado velado».[14] En 1914, con el estallido de la Primera Guerra Mundial, Reino Unido declaró a Egipto un sultanato bajo protección británica y alentó la revuelta árabe contra los vestigios del dominio otomano.[15] En 1922, tras años de agitación debida a la marginación a la que los británicos habían sometido al popular partido Wafd,[16] a Egipto se le concedió de mala gana la largamente prometida independencia formal, pasando así de ser un protectorado y un sultanato a un reino. El sultán Fuad I, noveno de la dinastía Alí, se convirtió en el rey Fuad I. Al principio, se trató de un cambio nominal; Reino Unido seguía reservándose la explotación del canal de Suez, la prevención de la injerencia extranjera en Egipto y la «protección» de la seguridad del país, los asuntos exteriores y las comunicaciones internacionales.[17]

La independencia simbólica condujo de manera gradual a avances reales en el autogobierno, por ejemplo, con el tratado

anglo-egipcio de 1936, que aumentó algunos de los poderes del Gobierno egipcio y redujo la presencia militar británica en el país. Pero el optimismo frente a este progreso se vio contrarrestado por la creciente frustración popular ante la incapacidad del partido Wafd para conseguir la plena independencia o la restauración del control egipcio sobre Sudán, que seguía bajo dominio británico.[18]

La desesperanza pública por las reformas y la oposición a los británicos alcanzó un *crescendo* en febrero de 1942, cuando las tropas y los tanques británicos rodearon el palacio de Abdín, obligando al rey Farouk, sucesor de Fuad, a aprobar un Gobierno elegido por los británicos.[19] Más tarde, los nacionalistas egipcios señalarían la humillación del rey como una causa directa de la revolución de la década siguiente.[20]

Los principios que apoyaban los grupos revolucionarios egipcios apelaban a las primeras convicciones religiosas y políticas de Sadat. Como creía en un Egipto islámico,[21] idolatraba al jeque Hasan al-Banna, fundador de los Hermanos Musulmanes, y se reunió con él.[22] Al-Banna también mantenía una actitud inflexible respecto a la consecución de la independencia real. Debido a su ascendencia sudanesa, Sadat llegó a considerar la continuidad del gobierno británico en Sudán como una afrenta personal. Para él, los británicos eran unos intrusos criminales y Winston Churchill un «ladrón» y un «enemigo odiado» que había humillado a Egipto.[23]

En 1939, cuando era un teniente de diecinueve años recién salido de la academia, Sadat conoció a otro joven oficial llamado Gamal Abdel Nasser. Nasser había formado el Movimiento Oficiales Libres, un grupo revolucionario clandestino dentro del ejército egipcio. Al igual que los Hermanos Musulmanes, los Oficiales Libres planeaban emplear las armas para conseguir la independencia. Sadat aceptó con entusiasmo la invitación de Nasser para unirse al movimiento.

El fervor antibritánico de Sadat le llevó por el camino de la violencia revolucionaria. En junio de 1940, con la caída de Francia y el creciente deseo de expansión de Italia, el norte de África se convirtió en un campo de batalla de la Segunda Guerra Mundial. Sadat, obsesionado con expulsar a los británicos, incluso cuando nominalmente su país luchaba junto a ellos, se inspiró en Aziz al Masri, un destacado líder de la revuelta árabe contra el Imperio otomano durante la Primera Guerra Mundial. Al Masri se había asociado con los británicos para echar a los otomanos de la península arábiga.[24]

Valiéndose del ejemplo de al Masri —tratar al enemigo del propio enemigo como a un amigo—, Sadat empezó a mantener correspondencia con las fuerzas alemanas que operaban en el norte de África y a prestarles apoyo. Apostado al lado de los soldados británicos, Sadat alimentaba pensamientos de rebelión. En sus memorias recordaría que «en aquella época, en el verano de 1941 [...] tracé el primer plan para una revolución».[25]

Luego, en el verano de 1942, intentó enviar mensajes a los colaboradores del general Erwin Rommel, que dirigía la ofensiva nazi desde Libia hacia Egipto. No fue el único: en El Cairo, en febrero de 1942, las multitudes le habían pedido a gritos ayuda a Rommel y a sus tropas.[26] Pero los mensajes de Sadat fueron interceptados; fue detenido por los británicos y encarcelado.

Reflexiones en la cárcel

Sadat estuvo los seis años posteriores, durante la guerra y después de ella, entrando y saliendo de prisión (1942-1944 y 1946-1948). Se escapó en más de una ocasión de su primer encarcelamiento, viviendo durante estos interludios como

fugitivo y permaneciendo activo en el Movimiento de Oficiales Libres. En enero de 1946, fue acusado de participar en el asesinato de Amin Osman, el ministro de Finanzas probritánico. Esperó el juicio durante veintisiete meses, con frecuencia en confinamiento solitario, hasta su absolución final, aunque más tarde admitiría que sí había estado involucrado.

Mientras soportaba el encarcelamiento y el aislamiento prolongado, los demás Oficiales Libres continuaron con sus actividades. Convirtieron el incipiente movimiento en una organización jerárquica bien financiada. La mayoría de ellos, aunque tramaban la revolución en secreto, permanecieron en las filas ordinarias del ejército egipcio. Les esperaba un golpe que transformaría sus objetivos: la creación del Estado de Israel el 14 de mayo de 1948.

Tras la promulgación de la declaración de independencia del nuevo Estado, leída por David Ben Gurion en una reunión en Tel Aviv, y el reconocimiento inmediato de Israel por parte del presidente estadounidense Harry Truman, los Estados árabes vecinos entraron en la guerra civil que había estado consumiendo a los árabes y los judíos del Mandato de Palestina. Egipto, Transjordania, Siria e Irak invadieron Israel, lo que supuso el inicio de una infructuosa campaña de diez meses que intentó impedir la formación de un Estado israelí independiente. A eso le seguirían veinticinco años de guerra intermitente.

En octubre de 1948, las fuerzas egipcias sufrieron pérdidas importantes; en enero de 1949, se habían visto obligadas a retroceder y estaban rodeadas en la Franja de Gaza; en febrero, habían firmado un armisticio; fue el primer combatiente árabe en hacerlo, pero no el último.[27]

La derrota supuso una vergüenza para la Liga Árabe, que había sido incapaz de coordinar los diversos ejércitos nacionales de sus miembros. Los veteranos de la guerra de

1948-1949, entre ellos Naguib y Nasser, los futuros presidentes egipcios, creían que esa derrota aplastante había sido consecuencia de la desunión árabe. Esto catalizó un nuevo proyecto panárabe: una unión militar de los Estados árabes encargada de enfrentarse a Israel y combatir la influencia occidental. Tal vez porque muchos egipcios percibieron la creación de Israel como una nueva imposición europea en la región, el país se identificó aún más con las causas árabes y el resentimiento hacia Occidente se volvió más virulento.

Cuando Sadat salió de la cárcel y se reunió con los Oficiales Libres (ahora como miembro de su órgano de dirección, el Consejo Constituyente), en cierto modo siguió apartado de ellos. Muchos miembros de los Oficiales Libres habían luchado en la guerra de 1948. Sadat, en cambio, solo había tenido una relación indirecta con la guerra, y su entusiasmo por la unidad árabe estaba, en consecuencia, atenuado.

Además, en la cárcel había experimentado una profunda transformación. En lugar de languidecer en su confinamiento solitario, había desarrollado lo que más tarde recordaría como una «fuerza interior». Tras haberse formado con los ritmos lentos de su infancia rural, declaró que en la cárcel había encontrado una serenidad aún mayor. Pero la suya no era una serenidad que se prestara a la calma. Era, más bien, «una capacidad [...] de cambio».[28] En sus memorias, Sadat reflexionaría: «Mi contemplación de la vida y la naturaleza humana en aquel lugar aislado me había enseñado que quien no puede cambiar el entramado mismo de su pensamiento nunca será capaz de cambiar la realidad y, por lo tanto, nunca conseguirá ningún avance».[29]

Cuando por fin fue liberado en agosto de 1948, Sadat seguía comprometido con la causa revolucionaria, pero ya no era un seguidor acrítico de las ideas de sus compatriotas. Había cultivado la confianza necesaria para cuestionar sus

convicciones anteriores.

La independencia de Egipto

La deshonra del monarca egipcio, los estragos de la Segunda Guerra Mundial y la vergüenza por la derrota de 1948 se sumaron al sentimiento antibritánico de la sociedad egipcia. En octubre de 1951, el Parlamento del país derogó unilateralmente el tratado anglo-egipcio de 1936, que, a pesar de sus aparentes ventajas para la soberanía del país, había servido de base para que continuara la presencia militar británica alrededor del canal de Suez. Cuando los británicos se negaron a irse, los egipcios bloquearon a las tropas que quedaban en el canal.

La situación de punto muerto derivó en intensas escaramuzas. El 25 de enero de 1952, los tanques británicos demolieron la comisaría de policía egipcia en Ismailía, matando a cuarenta y tres hombres. Dos días después, miles de cairotas indignados tomaron las calles. Los disturbios posteriores hicieron que gran parte del centro de El Cairo se llenara de humo; se le llamó el «sábado negro».[30] Durante los meses siguientes, fue imposible mantener un Gobierno mediante mayoría parlamentaria; se formaron tres gobiernos sucesivos que luego se disolvieron.

Los Oficiales Libres entendieron que la situación había llegado a un punto crítico: el pueblo estaba preparado, y el Gobierno condenado. Con la esperanza de «neutralizar a los británicos» si convencían a los estadounidenses, aliados de Reino Unido, de un hecho consumado, los Oficiales enviaron un mensaje a la embajada de Estados Unidos avisando de que se produciría un movimiento importante de manera inminente.[31] El 23 de julio de 1952, llevaron a cabo con éxito un golpe de Estado contra Farouk, que abdicó en favor de su hijo

pequeño, el rey Fuad II.

Fue Sadat quien redactó la declaración de abdicación del rey y anunció por la radio el triunfo de los Oficiales. Su moderada alocución hizo hincapié en la reconstitución interna del Gobierno y el ejército de Egipto, la expulsión de la influencia extranjera y el establecimiento de relaciones diplomáticas con otros Estados en condiciones de igualdad.[32]

Un consejo de regentes se encargó de gestionar la monarquía, como era habitual en el caso de un rey niño. Pero el poder real recaía ahora en el Consejo de Mando Revolucionario (CMR), encabezado por el general Naguib. El CMR proclamó una nueva carta constitucional, según la cual gobernaría durante un periodo de transición de tres años. En el verano de 1953, el CMR abolió la monarquía, declaró a Egipto una república y nombró a Naguib presidente y primer ministro. Nasser fue nombrado viceprimer ministro.

No tardaría en aparecer una competición por el liderazgo entre Nasser y Naguib. Este último gozaba de un amplio apoyo nacional, pero pertenecía a una generación mayor; en cambio, el carisma de Nasser seguía encendiendo la imaginación de los Oficiales Libres. En la primavera de 1954, Nasser convenció a los oficiales del ejército más importantes, uno de los principales apoyos de Naguib, de que el compromiso de su líder con el pluralismo y el parlamentarismo había llevado a Egipto a un paso de la anarquía.[33]

Una vez ganado el ejército, Nasser era libre de perseguir sus ambiciones. En octubre de 1954, mientras hablaba en un estrado, le dispararon ocho balas. Todas fallaron milagrosamente. Nasser, ileso, terminó su discurso: «Adelante, dispárenme —improvisó—. No podéis matar a Nasser porque todo el pueblo egipcio se convertirá en Nasser».[34]

Hay quien sostiene que el tiroteo fue un montaje. Lo fuera o no, su efecto fue relevante. En noviembre de 1954, Nasser

aprovechó la consiguiente ola de popularidad para llegar a la presidencia conforme a la Constitución de transición de tres años y se hizo con el liderazgo del CMR, expulsando de paso a Naguib.[35]

La disputa entre Nasser y Naguib era también una batalla sobre el futuro de la democracia en Egipto.[36] En 1954, el ala del CMR partidaria de Naguib había redactado una Constitución que otorgaba importantes poderes al Parlamento. Pero esa facción fue superada por los partidarios de Nasser y, en junio de 1956, la primera Constitución republicana de Egipto creó un Ejecutivo sometido a relativamente pocos controles; una manifestación del malestar de los militares por el hecho de compartir el poder.[37] Al mismo tiempo, Nasser fue reelegido presidente.

Con una maniobra inteligente y un estilo extraordinario, Nasser había apartado a su principal competidor. Desde el principio, el Consejo se había ganado la buena disposición de los egipcios corrientes con una serie de medidas políticas populares: la inversión en industrialización y educación, una reforma agraria (que debilitó a la aristocracia) y la eliminación de los títulos (en su mayoría ostentados por las élites turco-circasianas). En respuesta a las violentas provocaciones de los Hermanos Musulmanes, en el invierno de 1953 el Consejo también ilegalizó los partidos políticos. De esta manera, Nasser y sus aliados políticos consiguieron sustituir la revolución por la autoridad autocrática.[38]

El portavoz de la revolución

Durante la presidencia de Nasser, Sadat fue quien impulsó los medios de comunicación estatales egipcios: fundó el diario *al Gumhuriah* (La República) en diciembre de 1953 y fue varios

años su director y un conocido columnista.[39] Bajo su dirección, el periódico continuó denunciando el imperialismo,[40] y en este periodo Sadat también escribió tres libros sobre la revolución egipcia, uno de ellos en inglés, *Revolt on the Nile* (1957), con un prólogo de Nasser.

De septiembre de 1954 a junio de 1956, Sadat fue ministro de Estado (sin cartera) en el gabinete de Nasser y, aunque no tenía formación legal, se convirtió en miembro del Tribunal Revolucionario del CMR, un órgano judicial. Al principio, el tribunal se centró en eliminar a los monárquicos y los leales a los británicos, pero acabó volviéndose contra los Hermanos Musulmanes.[41]

Sadat enseguida asumió responsabilidades mayores. En 1957, tras la consolidación del poder de Nasser y la reintroducción de los partidos políticos en la Asamblea del Pueblo (el Parlamento egipcio), Sadat se convirtió en secretario general de la Unión Nacional (el partido más poderoso de Egipto) y en miembro del Parlamento.[42] En 1960, se convirtió en presidente de la Asamblea. A pesar de sus altos cargos, mantuvo un perfil bajo.

Durante la década siguiente, incluso cuando en 1969 ascendió a la vicepresidencia, siguió evitando llamar la atención. Más tarde, después de convertirse en presidente, un periodista le preguntó si su talla relativamente menor había sido el motivo de su buena relación con Nasser. El periodista, señala Sadat en sus memorias, debió llegar a la conclusión de que era o bien «absolutamente insignificante» o extremadamente «astuto» para evitar las fricciones que solían acompañar una colaboración prolongada con Nasser. Sadat respondió:

> Durante la vida de Nasser no fui intrascendente, ni tímido o astuto en ningún momento de la mía. La cuestión es muy sencilla. Nasser y yo nos hicimos amigos a los diecinueve años. Luego vino la

> revolución. Él se convirtió en presidente de la República. Me alegré, porque el amigo en el que confiaba se había convertido en presidente, y eso me hizo feliz.[43]

Sadat tenía razón al señalar que él era difícilmente intrascendente. Aunque evitara la publicidad, desempeñó papeles clave en los programas de Nasser, sobre todo en política exterior, augurando muchas de las iniciativas que desarrollaría como presidente.[44]

Nasser trató de deslegitimar y encarcelar a los Hermanos Musulmanes porque suponían una amenaza política, pero también quería mantener el apoyo de la población musulmana, mayoritaria en Egipto. Con ese fin, en 1954 creó el Congreso Islámico, una organización para desarrollar las relaciones entre el Estado y los imanes más importantes.[45] Nombró a Sadat su presidente.

Sadat, cuya fe era profunda, había mantenido correspondencia con los principales Hermanos Musulmanes y estaba excepcionalmente preparado para servir de puente entre el Gobierno laico de Nasser y la hermandad, así como otros líderes islámicos. Más adelante, a lo largo de su carrera, volvería a intentar combinar el laicismo y la espiritualidad en la sociedad egipcia, en ambos casos con resultados desiguales.

El Congreso Islámico también tenía un propósito importante en el extranjero: alinear a Egipto con Arabia Saudí contra el Pacto de Bagdad, una alianza defensiva antisoviética patrocinada por Reino Unido y alentada también por Estados Unidos.[46] Nasser consideraba que el pacto era una estratagema occidental para apropiarse del mundo árabe —y para fortalecer a Irak como contraparte de Egipto— y, en 1954, se negó a unirse a él.[47] Ese mismo año, Sadat cambió los planes de Jordania de unirse al pacto, al presionar a algunos de sus ministros para asegurar el fracaso del acuerdo. Un

observador occidental lo consideró «una de las causas directas de la ruptura de las negociaciones».[48] Sadat consiguió un resultado similar en Líbano con métodos parecidos.

A finales de la década de 1950, Sadat se había convertido en una parte indispensable, y al mismo tiempo relativamente discreta, del Gobierno egipcio. Controlaba a los grupos de apoyo clave dentro del país y disfrutaba de una relación colegiada con otros legisladores. Había demostrado ser un diplomático hábil, con una particular empatía.[49] Era una figura pública profesional que acataba la línea del presidente Nasser.

Sin embargo, dentro de esas limitaciones, ya había empezado a formular una visión original de hacia dónde podía dirigirse su país.

Nasser y sadat

Nasser ejerció una influencia hipnótica en la imaginación popular de Egipto y el mundo árabe. Durante su mandato, destacó en la gestión de los enfrentamientos —primero con Reino Unido, luego con Israel—, pero no fue tan hábil en los aspectos prácticos de la administración. Como escribió un especialista en Oriente Próximo en 1967, Nasser tenía

> un talento notable para saber lo que quiere en un momento dado, y cómo cambiar su postura y procurar la reconciliación con los oponentes cuando se ve sobrepasado [...]. Pero es evidente que no le gusta llegar a acuerdos definitivos y a largo plazo, quizá en parte por su temperamento, pero sobre todo porque la revolución egipcia, al igual que otras revoluciones árabes, sigue tratando de encontrar una idea clara de sus propósitos.[50]

A mediados de la década de 1950, Nasser continuaba con lo

que Sadat consideraba la línea original de la revolución: la defensa de las prerrogativas nacionales de Egipto. En octubre de 1954, negoció un nuevo acuerdo con Reino Unido para sustituir formalmente el anulado tratado anglo-egipcio de 1936: los soldados británicos se retirarían en un plazo de dos años, liberando el suelo egipcio de tropas extranjeras por primera vez desde la ocupación de 1882.[51] Desde el inicio, Nasser mantuvo canales abiertos tanto con Estados Unidos como con la Unión Soviética. Cuando en 1955 se celebró la Conferencia de Bandung, se había convertido en un icono del Movimiento de los Países No Alineados.

Nasser sabía que para defender la soberanía de Egipto tendría que reforzar su autosuficiencia económica. Con esa intención, se embarcó en la construcción de la alta presa de Asuán, un proyecto emblemático que, una vez completado, controlaría el caudal del Nilo, reduciendo las inundaciones, aumentando la tierra cultivable y produciendo energía hidroeléctrica. En diciembre de 1955, Estados Unidos, Reino Unido y el Banco Mundial acordaron financiar la construcción de la presa.

Sin embargo, pronto quedó claro que Egipto no sería capaz de devolver el préstamo. Desde la revolución, la inversión privada y el desarrollo habían sido lentos. Las provocaciones de Nasser a Occidente —la propaganda antiestadounidense; su apoyo a las fuerzas antioccidentales en el Congo, Libia y Argelia; un acuerdo de armas con Checoslovaquia;[52] el reconocimiento de la República Popular China[53]— llevaron a Estados Unidos y Reino Unido a creer que estaba del lado soviético. Washington canceló la financiación de la presa de Asuán el 19 de julio de 1956. Reino Unido y el Banco Mundial rescindieron sus compromisos poco después.

Para agravar el problema, Estados Unidos anunció públicamente que el motivo de esa cancelación era la

incompetencia económica de Egipto. «A nadie le gusta que un banco le deniegue un préstamo», comentó Eugene Black, presidente del Banco Mundial, y añadió que «la gente se enfada [sobre todo] cuando al día siguiente lee en el periódico que se lo han denegado porque su crédito no era bueno».[54] Para Nasser y Sadat, la cuestión iba más allá de la solvencia. Los líderes egipcios consideraron que las potencias occidentales estaban utilizando la deuda para humillar a Egipto e impedir su desarrollo, al igual que habían hecho setenta años antes cuando ocuparon el país.

Nasser tomó represalias a los pocos días. La Compañía del Canal de Suez, propiedad en su mayoría de accionistas franceses y británicos, había operado en el canal desde finales del siglo XIX. El 26 de julio de 1956, Nasser anunció su nacionalización y, en su lugar, estableció la Autoridad del Canal de Suez, de propiedad estatal. Egipto, y no los colonizadores de Egipto, iba a recoger los beneficios de los lucrativos peajes del canal, la ruta marítima más rápida y transitada entre Europa y Asia. Esos nuevos ingresos, afirmó Nasser, financiarían la alta presa de Asuán.[55]

La nacionalización del canal fue un desafío a toda la posición británica en Oriente Próximo. En agosto de 1956, el primer ministro británico, Anthony Eden, escribió al presidente Eisenhower: «La destitución de Nasser, y el establecimiento en Egipto de un régimen menos hostil a Occidente, debe [...] figurar entre nuestros objetivos prioritarios». Eden estaba convencido de que Nasser era un nuevo «Mussolini», cuyas ambiciones ponían «a su merced» la propia existencia de Reino Unido.[56]

Ese octubre, tras una conspiración secreta, Reino Unido, Francia e Israel invadieron Egipto para retomar el canal. La intervención diplomática estadounidense forzó una votación en la Asamblea General de la ONU contra Reino Unido y Francia,

que eran aliados formales de Estados Unidos. La libra esterlina sufrió una rápida pérdida de valor y Estados Unidos impidió que el FMI apoyara la moneda. Abandonado por el principal aliado británico, Eden, con problemas de salud y humillado, interrumpió el proyecto y dimitió en enero de 1957.

La salvación por parte de Estados Unidos no alteró la hostilidad de Nasser hacia Occidente. Más bien, aprovechó la ocasión para subir la apuesta. Tras el final del conflicto, mantuvo el canal cerrado durante otros cinco meses, interrumpiendo los suministros hacia Europa procedentes de Asia, lo que hizo mella en las economías británica, francesa y de otros países europeos.

El cierre del canal también supuso un problema para los israelíes; durante la invasión habían sufrido pérdidas militares directas y ahora se enfrentaban a la suspensión de la ayuda estadounidense, la interrupción del suministro de petróleo y la proscripción de sus barcos en el canal.[57] Bajo la presión de Eisenhower y la amenaza de sanciones estadounidenses, Israel se retiró del Sinaí, lo que creó la impresión, en algunas mentes egipcias, de que Washington podía dictar las políticas israelíes. Al mismo tiempo, una serie de acciones punitivas del Gobierno de Nasser en su país provocaron la expropiación masiva y el éxodo forzoso de unas tres cuartas partes de los sesenta mil judíos de Egipto.[58]

Aunque el cierre del canal aumentó la fama de Nasser y ayudó a impulsar la posición de Egipto en la escena internacional, fue una victoria algo pírrica. Tras la crisis de Suez, Francia, Reino Unido y Estados Unidos bloquearon los activos del Gobierno egipcio en sus respectivos países.[59] Dañado por la invasión, el canal necesitaba reparaciones costosas y, mientras tanto, no generaba ingresos para sus nuevos operadores egipcios. El turismo cayó y las empresas se marcharon, heridas que se hicieron aún más dolorosas cuando

Nasser secuestró, en noviembre, la compañía petrolera anglo-egipcia, varios bancos y compañías de seguros y otras entidades de propiedad europea.[60] El capital extranjero huyó de Egipto.

Los soviéticos aprovecharon la ocasión para formar un nuevo alineamiento internacional que consolidara el distanciamiento entre Egipto y Occidente. Durante los siguientes ocho años, el líder soviético Nikita Jruschov prometería grandes préstamos en condiciones favorables: 325 millones de dólares para la alta presa de Asuán, seguidos de casi 175 millones para otros proyectos industriales.[61] La ayuda soviética, el equipo militar y decenas de miles de asesores militares llegaron a Egipto.[62]

En el mundo árabe, el hecho de que Nasser nacionalizara la Compañía del Canal de Suez y se defendiera de las operaciones militares europeas e israelíes lo convirtieron en un héroe. Disfrutaba de su papel de líder y lo cultivaba con eslóganes de solidaridad árabe. Pero, cuando fue coronado como líder de los árabes, estos quisieron que fuera él quien dirigiera. Para Egipto, que dependía de la ayuda exterior de Estados Unidos para los alimentos y de la Unión Soviética para las armas, asumir las cargas de los demás era un proyecto indeseable e inviable.

Sin embargo, cuando Siria se acercó a Egipto con una petición de unión, Nasser no pudo negarse. Hacerlo habría supuesto evidenciar los límites de su compromiso con el mundo árabe. Así nació la República Árabe Unida (RAU), un malogrado experimento de unidad árabe que duró solo tres años, desde 1958 hasta 1961. Las crecientes aspiraciones panárabes llevaron a Nasser a involucrar a Egipto en la guerra civil de Yemen, un conflicto extenuante e improductivo que más tarde se denominaría «el Vietnam de Egipto». Las fuerzas egipcias no se retirarían por completo de Yemen hasta 1971.

Cuando ya había ampliado demasiado los compromisos de Egipto en el extranjero, en 1967 Nasser decidió desafiar a Israel. Basándose en informaciones soviéticas —que resultaron ser falsas— de que Israel estaba a punto de atacar Siria, Nasser cerró el estrecho de Tirán y trasladó su ejército a la península del Sinaí, que tras la crisis de Suez había sido desmilitarizada. En la guerra resultante, la fuerza aérea israelí aniquiló a su contraparte egipcia, mientras las tropas israelíes ocupaban Cisjordania, la Franja de Gaza, los Altos del Golán, Jerusalén Este y todo el Sinaí. La guerra de los Seis Días, librada en junio de 1967, en la que en el bando árabe participaron las fuerzas conjuntas de Egipto, Siria y Jordania —ayudadas en algunos teatros por contingentes sudaneses y en otros por guerrillas palestinas—, terminó con Israel triplicando con creces su territorio, situando sus fuerzas en el canal de Suez y con la humillación de sus vecinos árabes.

Nasser se sintió tan avergonzado por la derrota que renunció a la presidencia el 9 de junio. Volvió al cargo reclamado por las manifestaciones populares e intentó recuperar su prestigio lanzando una guerra de desgaste contra Israel. Pero, en vez de recuperar la antigua gloria de Egipto, la guerra en Yemen, la guerra de los Seis Días y la guerra de desgaste (que duró hasta 1970) tuvieron el efecto acumulativo de agotar los recursos del país y aumentar aún más su dependencia de la Unión Soviética.

En 1967 y 1968, la economía egipcia se contrajo.[63] El desarrollo nacional disminuyó. La productividad siguió siendo baja. El segundo cierre del canal de Suez, que duraría ocho años, privó al país de los ingresos que habían motivado la nacionalización del canal. Además, el programa de industrialización de Nasser había convertido la tierra cultivable en espacios para fábricas, con la consecuencia de que Egipto dependía ahora del grano importado.

La Unión Soviética, que financiaba los grandes proyectos

internos de Nasser, pronto demostró ser más una mercenaria que una aliada. La caída de Jruschov en 1964 precipitó un nuevo enfoque, más duro, bajo el mandato de Leonid Brézhnev, Alexéi Kosygin y Nikolái Podgorni. En 1966, la ayuda económica soviética ya se estaba acabando,[64] al igual que su cooperación. Los líderes soviéticos empezaron a defender políticas de austeridad para Egipto; en mayo de 1966, Kosygin denegó una petición de El Cairo para posponer el pago de su deuda.[65]

En junio de 1967, el líder egipcio rompió las relaciones con Estados Unidos por su ayuda militar a Israel. En 1970, los soviéticos habían dejado de responder a las peticiones de ayuda, préstamos y reducción de la deuda de Nasser.[66] En pos del panarabismo, Nasser había provocado el aislamiento de Egipto.

La perspectiva de Sadat

Incluso en su mejor momento, la amistad entre Egipto y la Unión Soviética había sido tan formal que llegaba a la frialdad. Sadat fue testigo directo del desprecio que sentían los soviéticos por lo que consideraban la dependencia egipcia. En junio de 1961, cuando era presidente de la Asamblea Nacional de Egipto, fue recibido en Moscú por Nikita Jruschov, el jefe de Gobierno soviético. Se dice que, durante la cena, Jruschov le dijo a Sadat: «Difícilmente podemos confiar en su Nasser cuando está perdiendo el control del país y no resuelve los problemas de su país». Sadat abandonó la cena de inmediato y se fue de Moscú sin despedirse de sus anfitriones.[67]

Durante otros nueve años, mientras Sadat veía cómo Nasser dependía de los soviéticos y al mismo tiempo estos le desalentaban, se convenció de que alinearse con ellos resultaba

nefasto. El 28 de septiembre de 1970, tres meses después de una última, e inútil, petición de más ayuda a Moscú, Nasser sufrió un ataque al corazón y murió. En sus memorias, Sadat cita a Zhou Enlai, el primer ministro de la República Popular China, cuando le dijo que los rusos habían causado el desplome de la salud de Nasser. El propio Sadat estaba seguro de que su maltrato había acelerado el final: «Fue sin duda una razón importante del deterioro de su moral, que precipitó una enfermedad cardiaca terminal y la diabetes. Cómo y cuándo muere un hombre está, por supuesto, predeterminado por Dios, pero Zhou tenía razón».[68]

Nasser pensaba que Egipto se encontraba en la intersección de tres círculos —el árabe, el islámico y el africano—[69] y percibía «un destino compartido» con el conjunto del mundo árabe.[70] Creía que era su misión liberar al mundo árabe del yugo del colonialismo. Consideraba que la unidad árabe era un primer paso esencial —la derrota de 1948 ante Israel había demostrado los riesgos de que los países árabes actuaran solos — y se veía a sí mismo como su líder unificador y carismático.

Pero, si la guerra de 1948 fue el conflicto formativo de Nasser, el de Sadat fue el de 1967; para él, la guerra de los Seis Días había ilustrado el peligro de anteponer la solidaridad panárabe al interés nacional. Por su parte, Sadat sentía «la llamada del Mediterráneo» y deseaba la plena «aceptación [de Egipto] en el sistema mundial».[71] Un alto grado de compromiso con el mundo árabe era una obligación táctica, pero no civilizacional. En la larga historia de Egipto, los lazos árabes eran una de las muchas influencias; por lo tanto, las propuestas de panarabismo se juzgarían por sus méritos prácticos inmediatos.

La muerte de Nasser se produjo pocos días después de que intentara disimular las divisiones árabes entre el rey Husein de Jordania y Yasir Arafat, el presidente de la Organización para

la Liberación de Palestina (OLP), que en septiembre de 1970 había secuestrado cuatro aviones comerciales y había intentado derrocar a Husein, quien a su vez expulsó a la OLP de su país.[72] Incluso sin atribuir la muerte de Nasser al estrés de estos esfuerzos, Sadat era consciente de que Nasser se había arrinconado a sí mismo. La ruptura de las relaciones con Estados Unidos después de 1967 había hecho que Egipto dependiera únicamente de la ayuda soviética. La percepción de Sadat, que evolucionaba con el tiempo, era que la alineación con la Unión Soviética había generado pocas recompensas y la congelación de la posición de su país. Pero cualquier alineamiento futuro con Estados Unidos tendría que ser compatible con la autonomía de Egipto.

Ya antes de la muerte de Nasser, Sadat empezó a actuar según sus instintos. Mientras Nasser se inclinaba por los soviéticos, Sadat se acercó a Estados Unidos con declaraciones basadas en un cálculo directo del interés nacional. En 1959, le dijo al embajador estadounidense en Egipto que las posiciones estadounidense y egipcia en África debían considerarse compatibles.[73] En 1962 y 1963, cuando Egipto entró en Yemen y se puso del lado de una insurrección contra el imán gobernante encabezada por el ejército, Sadat se mantuvo en contacto con Washington, instándole a no intervenir del lado de los monárquicos; su propósito era evitar un conflicto directo entre Estados Unidos y Egipto.[74] Pero en 1964, a pesar de estos esfuerzos, las relaciones entre ambos países se habían vuelto abiertamente hostiles, debido a tensiones relacionadas con Congo, Yemen y la política de ayuda estadounidense.[75] Sin embargo, en 1966, Sadat se convirtió en el primer egipcio de alto rango que visitaba Estados Unidos con carácter oficial desde la revolución. Esta vez, esperaba convencer a Estados Unidos de que desempeñara el papel de intermediario honesto, mientras Egipto intentaba llegar a un acuerdo con Arabia Saudí

sobre Yemen.[76]

Estas eran peticiones objetivas basadas en consideraciones racionales de interés mutuo. Si Sadat, como alto funcionario egipcio, hubiera dado muestras de algún tipo de amabilidad inusual, sin duda alguno de sus interlocutores estadounidenses lo habría notado. Ni en sus años como ministro del Gobierno, ni en su década como líder de la asamblea legislativa, los funcionarios estadounidenses consideraron que su actitud hacia Estados Unidos fuera particularmente calurosa.

En ese momento, Sadat aún no había desarrollado sus ideas visionarias sobre la paz. Es probable que en el otoño de 1970 entendiera la inutilidad práctica de mantener una guerra perenne con Israel: la lucha intermitente era costosa y el tesoro público de Egipto ya estaba agotado. Los ataques aéreos, que amenazaban a El Cairo, paralizaban la economía egipcia.[77] El conflicto, que enfrentaba a Egipto con Occidente, estaba impidiendo que el país operara en un sistema internacional más amplio. Cuando era ministro de Nasser, se había sentido más atraído por marcos regidos por la soberanía estatal que por los guiados por la hegemonía imperial o la solidaridad regional. Y entendía las posibilidades de la neutralidad, cosa que Nasser no había hecho. Pero no había encajado estas piezas para formar una visión coherente y a largo plazo del futuro curso de Egipto, o de sí mismo como su timonel.

Tampoco había pruebas evidentes entonces de su potencial para convertirse en un pacificador. De hecho, casi todos los indicios apuntaban en la dirección contraria. A pesar de sus contactos con Estados Unidos, era un crítico frecuente y vehemente de ese país, una tendencia que persistió, al menos en público, durante los primeros años de su presidencia. En su libro *Revolt on the Nile*, publicado en 1957, afirmó que Israel existía porque «el Departamento de Estado soñaba con imponer su autoridad en el mundo islámico, desde el Cáucaso hasta el

océano Índico».[78] Y, en 1970, rechazó categóricamente la posibilidad de reconocer a Israel: «¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca! Es algo que nadie puede decidir [...].¡Nuestro pueblo aplastará a cualquiera que lo decida!».[79] Trató a Israel como una punta de lanza del imperialismo estadounidense: «Israel ha sido la primera línea de defensa de los intereses estadounidenses y [...] los estadounidenses le dieron luz verde para cometer la agresión de Gaza».[80]

Estas críticas prolijas a Estados Unidos eran una manifestación de su tendencia al efecto dramático. Sadat creía que «en Egipto, las personalidades siempre han sido más importantes que los programas políticos».[81] Al inicio de su presidencia, convocó a un alto asesor soviético para reprenderlo. Con el uniforme de comandante supremo de las fuerzas armadas egipcias, advirtió al asesor: «Yo soy Stalin, no Kalinin [entonces presidente simbólico de la Unión Soviética]. Si no cumples esta orden mía, te trataré exactamente como te trataría Stalin».[82] Su forma de hablar era enfática, tendente a la exuberancia; en ocasiones relataba enfrentamientos y acciones valientes de los que no había pruebas muy precisas. A veces, esto le hacía parecer más un retórico, cuyo medio eran el drama y el estatus, que una figura con propósitos políticos.

Durante los dos primeros años de su presidencia, la oposición a Estados Unidos siguió pareciendo un elemento central de la política de Sadat. Comparó así los supuestos beneficios de la asociación de Egipto con la Unión Soviética con la tacañería de Occidente, que se había «negado a proporcionarnos una sola pistola, aunque pagásemos su precio en moneda extranjera», [83] o que había fingido «ayudarnos y luego renegó, con la esperanza de socavar la confianza de nuestro pueblo en sí mismo, en sus sueños y en su liderazgo revolucionario».[84] A principios de 1971, se referiría a las propuestas presentadas por Golda Meir, entonces primera ministra de Israel, como «una

quimera, basada en el complejo de la victoria».[85] Hasta bien entrada su presidencia, los responsables políticos estadounidenses consideraron a Sadat una versión de Nasser menos dramática.

La revolución correctiva

Los líderes carismáticos como Gamal Abdel Nasser basan su política en la capacidad de hechizar. Su retórica inspiradora y su comportamiento están pensados para contener las desalentadoras verdades de la vida cotidiana. La realidad, obstinada, solo se vuelve evidente cuando la personalidad singular y cegadora desaparece.

Así era el ambiente en octubre de 1970, tras la muerte de Nasser. Sadat, en calidad de vicepresidente, asumió la presidencia como líder transitorio, de acuerdo con la Constitución egipcia y sujeto a la confirmación del Parlamento. Su toma de posesión se vio eclipsada por el funeral de Nasser, en el que millones de personas se echaron a la calle para presentar sus respetos. La procesión se desbordó hasta tal punto que Sadat temió que la multitud se llevara el cuerpo de Nasser e impidiese su entierro.[86]

Aunque estaba desde hacía casi dos décadas en los niveles más altos de la política nacional, Sadat seguía siendo poco conocido entre el pueblo egipcio y aún menos en el extranjero, debido a su reticencia a acaparar la atención.[87] Durante su ascenso político, en Washington no se le había tenido en gran estima. En diciembre de 1969, cuando fue nombrado vicepresidente, la creencia general, no solo en la prensa, sino en Washington y en nuestra embajada de El Cairo, era que Sadat debía su ascenso a que era intrascendente y, por lo tanto, no estaba en posición de amenazar el liderazgo de Nasser.[88]

A finales de septiembre de 1970, Nixon se enteró de la muerte de Nasser y de la sucesión automática de Sadat a la presidencia mientras estaba a bordo de un portaaviones, el USS Saratoga, en el Mediterráneo.[89] La intuición compartida por la mayoría de los presentes —así como por los informes de inteligencia disponibles— era que Sadat no duraría mucho como presidente. Parecía encarnar la continuidad de la ideología agresivamente nacionalista de Nasser y, además, parecía un hombre de poca influencia o sustancia.[90] Un asesor sénior le dio seis semanas, tras valorar su sucesión como una «forma conveniente de bloquear la selección de un rival más fuerte».[91] Asimismo, un informe de la CIA de la época no incluyó a Sadat entre «los hombres más importantes que rodeaban a Nasser en el momento de su muerte» y predijo que era «muy improbable que hiciera un intento de asumir el poder de forma permanente».[92]

Las cualidades personales de Sadat contribuyeron a su relativa oscuridad. Aunque a veces daba muestras de asertividad, como al humillar al asesor soviético o en sus críticas a Estados Unidos, estas actuaciones tenían un fin concreto. En realidad, su calma era preternatural. Un atributo que le había aislado en cierto modo de las presiones de la ambición y el frenesí de la vida política. Durante sus dieciocho años en el Gobierno, se había mantenido alejado del centro de la vorágine. Fue uno de los pocos miembros del CMR a los que no se les otorgó desde el principio un cargo ministerial. A veces, este distanciamiento fue intencionado: al menos en una ocasión, se dio de baja como miembro del CMR por su desagrado ante las poses y las luchas internas.[93]

La combinación de una personalidad quietista y su amistad con Nasser había limitado los incentivos habituales para desarrollar una base política propia, y además nunca fue un político natural. Pasaba más tiempo reflexionando, y en cierto

sentido orando, que en el estrado. Su tendencia a la soledad le dotó de perspicacia y un pensamiento independiente, pero también le valió la reputación de solitario.

Al igual que los observadores extranjeros, muchos espectadores egipcios también creían que Sadat no sería más que un líder de transición. Sus colegas del CMR, sobre todo el poderoso grupo encabezado por Ali Sabri, Sharawi Gomaa, Sami Sharaf y el general Mohamed Fawzi, lo veían como alguien fácil de controlar.[94] Sabri era miembro de la aristocracia egipcia y se le consideraba el sucesor lógico de Nasser porque había sido su vicepresidente, primer ministro y jefe de inteligencia. Gomaa había sido el ministro de Interior de Nasser, Fawzi su ministro de Defensa y Sharaf un estrecho colaborador presidencial, de hecho, su *consigliere*. (Al comienzo de su presidencia, Sadat mantendría a los tres, al último como ministro de Estado).

Para que se produjera la sucesión formal, Sadat debía ser propuesto para la presidencia por el comité ejecutivo de la Unión Socialista Árabe (ASU, por sus siglas en inglés), el único partido político de Egipto. Ese grupo, con el apoyo del influyente Consejo de Ministros, acordó darle su aprobación el 7 de octubre de 1970.[95] En parte, accedieron porque no se ponían de acuerdo en quién de ellos podía desempeñar el papel de Nasser, y juzgaban a Sadat demasiado débil para desafiarlos. Para asegurarse el control, impusieron cinco condiciones al nombramiento, entre ellas la promesa de gobernar en tándem con los líderes de la ASU y la Asamblea Nacional, entre los que destacaban los aliados de Sabri y Gomaa. En efecto, esta cohorte se había otorgado a sí misma poder de veto sobre la política presidencial. Sadat aceptó, fue nominado y debidamente elegido.

A pesar de los obstáculos a los esfuerzos del difunto presidente para conseguir la unidad árabe, el deficiente estado

de las fuerzas militares y la mala gestión económica que había debilitado tanto al sector privado como al público, Nasser siguió siendo un icono querido por el pueblo egipcio. Los que se vieron decepcionados por la situación económica y política que dejó atrás buscaron a otro a quien culpar. Fue sobre Sadat, el nuevo presidente, en quien recayeron estas cargas.

Suceder a un líder carismático es, en el mejor de los casos, una tarea imponente; si bien la política puede transmitirse, el carisma es intangible. Era improbable que Sadat despertara el interés del pueblo, que aún lloraba a Nasser. Y, sin control sobre el funcionamiento de su Gobierno, él sabía que sería una marioneta. Necesitaba, ante todo, consolidarse.

En los seis meses posteriores a su elección, tomó una serie de decisiones unilaterales que no concordaban con las ideas de quienes pretendían ejercer el veto sobre él. Abolió por decreto el embargo y la confiscación de la propiedad privada, insinuó un gesto de paz hacia Israel y declaró un acuerdo de federación con Siria y Libia.[96]

Sorprendidos por las iniciativas del nuevo presidente al margen de los límites de su acuerdo, y amenazados por el debilitamiento de su poder en la Asamblea Nacional, Sabri y Gomaa empezaron a tramar un golpe militar.[97] Sadat descubrió el complot y los despidió. Los conspiradores dimitieron entonces como grupo, con la esperanza de instigar una crisis constitucional. Pero Sadat, ayudado por las relaciones que había acumulado en la Asamblea desde 1952 y durante sus años como presidente, trabajó toda la noche con el fin de encontrar sustitutos para cada uno de los puestos vacantes en su recién reconstituido Gobierno.

En lugar de ceder a las exigencias de sus oponentes, como se esperaba, los barrió de un solo golpe, un movimiento que se conocería como la «revolución correctiva». En veinticuatro horas, había encarcelado a la mayoría de los conspiradores;

noventa y uno serían juzgados. Esta capacidad de decisión no había sido evidente en la carrera anterior de Sadat, pero se convertiría en el sello de su presidencia. Cada uno de sus audaces e inesperados movimientos estaba deliberadamente calculado para servir a un objetivo estratégico mayor. Como dijo un veterano diplomático en aquel momento: «Se equivocaron mucho al juzgar al hombre si pensaron que iba a ser dócil [...]. Se olvidaron de que cuando era un joven revolucionario llevaba bombas en el bolsillo». [98]

Paciencia estratégica

La revolución correctiva consolidó el poder de Sadat y le liberó del control de sus colegas. Pero seguía atado al legado de Nasser y a la realidad de Egipto, y limitado por dos imperativos contradictorios: para mantener la legitimidad popular tendría que retener el nasserismo y su vínculo con la imagen de Nasser; para invertir la suerte de Egipto, debería abandonar muchos elementos del programa de Nasser. Decidió, pues, reafirmar el programa nasserista al mismo tiempo que, poco a poco, y al principio de forma imperceptible, lo hacía girar en una nueva dirección. Siguiendo lo que parecía el curso establecido, ocultó sus verdaderas intenciones.

En un discurso ante la Asamblea Nacional poco después de su nombramiento, el 7 de octubre, Sadat anunció que «seguiría el camino de Gamal Abdel Nasser fuera como fuese y desde cualquier posición». Ratificando la política exterior de Nasser, sobre todo respecto a Israel, trataría de liberar las tierras árabes de la ocupación israelí, aumentar la unidad árabe y «salvaguardar, plenamente, los derechos del pueblo palestino». [99]

Aunque la política interior sería importante para el

restablecimiento del papel histórico de su país, Sadat estaba convencido de que su capacidad para resucitar un Egipto verdaderamente independiente dependería en última instancia de su política exterior. Pero, cuando llegó a la presidencia, no dio ninguna pista de que fuera a producirse un cambio fundamental en ella. Como sucesor y heredero de Nasser, no podía arriesgarse a una disociación drástica, aunque en lo más profundo de su mente lo estuviera considerando.

La primera medida de Sadat fue firmar un tratado de amistad con la Unión Soviética en mayo de 1971, un paso político que iba más allá de la medida estrictamente económica adoptada por Nasser en 1956 de aceptar la ayuda soviética para la presa de Asuán. En septiembre de ese mismo año, también hizo alusión al legado panárabe de Nasser al completar las formalidades para crear una federación con Libia y Siria. Y en todo momento mantuvo el aluvión de críticas, habitual en Nasser, hacia Israel y Estados Unidos:

> La parte principal es Estados Unidos, el guardián [de Israel, no Israel]. Nos desafía abiertamente en todo: desafía nuestra existencia, desafía nuestra dignidad, nuestra independencia, nuestra voluntad, todos los valores por los que nosotros y las generaciones pasadas luchamos tras la revolución del 23 de julio.[100]

Como muchas de las acciones de Sadat, esta última tenía un doble objetivo. Por un lado, aplacar el malestar soviético por la destitución y detención del prosoviético Ali Sabri en un momento en el que Egipto todavía dependía de la Unión Soviética para su equipamiento militar. Por el otro, era un medio para probar si la alianza soviética podía explotarse para convencer a Estados Unidos de que presionara a Israel, con el fin de lograr un acuerdo en Oriente Próximo sobre la base de las demandas árabes.

En la cumbre de Jartum, celebrada en 1967, los líderes árabes habían jurado no reconocer nunca a Israel, no llegar nunca a la paz con Israel y no negociar nunca con Israel. Durante sus primeros años de mandato, la posición de Sadat en su país no le permitió ninguna desviación de las normas de Jartum. Con ese fin, continuó entonces —y, si acaso, hizo aún más explícitos— los ataques nasseristas contra Israel y Estados Unidos. En un discurso de 1972 ante la Asamblea Nacional, afirmó: «Ese tipo de colonialismo armado que presenciamos en Israel desaloja a un pueblo de su tierra [...] el medio que utiliza para desalojarlo es el genocidio y la miseria». Por su parte, Estados Unidos, aunque «poderoso, fuerte y tiránico», también era sin embargo «impotente».[101] Cualesquiera que fueran sus ambiciones en su primer año como presidente, en asuntos de política exterior Sadat se limitó a seguir el camino marcado por su predecesor, por ejemplo, enviando diplomáticos de la ONU para que Israel participara indirectamente en la negociación de un alto el fuego provisional en el canal de Suez.

Sin embargo, a la vez que actuaba bajo esta apariencia de continuidad, Sadat también se embarcó en una «desnasserización» gradual. Aceleró con cautela la transición de Egipto hacia el capitalismo. También dirigió la elaboración de una nueva Constitución que, aunque mantenía la estructura institucional básica establecida en la revolución de 1952, que se apoyaba en un fuerte mando presidencial, añadía un mayor énfasis en los derechos democráticos y una mayor indulgencia con los grupos religiosos, en especial con los Hermanos Musulmanes, a muchos de los cuales liberó de la cárcel.

En política exterior, desde su posición privilegiada en el entorno más íntimo de Nasser y luego en la vicepresidencia, Sadat interpretó el final de su predecesor como una lección sobre la importancia de apreciar los límites. Con el cierre de Suez, y dada la implicación de Egipto en el mundo árabe,

Nasser había asumido tareas que superaban sus capacidades y no supo ver el valor del incrementalismo, incluso (o especialmente) en la persecución de objetivos ideológicos. Eso tuvo costes reputacionales, económicos y militares; además de un coste para la propia flexibilidad de Nasser, al atarlo a compromisos poco prácticos y rigideces ideológicas.

Con esta percepción, Sadat inició un primer tanteo de paz con Israel demasiado ambiguo para obtener resultados notables. En febrero de 1971 —apenas cinco meses después de llegar a la presidencia— ofreció reabrir el canal de Suez si Israel se retiraba de sus inmediaciones.[102,] [103] Podría decirse que esto supuso una retractación de la demanda de Egipto y el mundo árabe sobre la retirada total de Israel a las fronteras anteriores a 1967.

Israel interpretó la oferta como una maniobra para comprometer la línea Bar Lev, una serie de terraplenes fortificados a lo largo del borde oriental del canal de Suez. También se opuso al método indirecto de negociación utilizado por Sadat, que implicaba a funcionarios de la ONU como intermediarios, en general a través de un mediador designado por el secretario general de la ONU. Para mantener abiertos los canales con Israel, Sadat aceptó los acuerdos de alto el fuego temporal a lo largo del canal de Suez e, incluso cuando se incumplieron, se abstuvo de ordenar la reanudación de las hostilidades.[104]

Poco más de un año después, en julio de 1972, el gradualismo de Sadat fue sustituido por una medida drástica: la repentina expulsión de Egipto de unos veinte mil asesores soviéticos, sin avisar a Moscú ni consultar antes a ningún país occidental, tampoco a Estados Unidos, sobre la medida o sus consecuencias.[105] Aunque tardaron en revelarse todas las implicaciones de este cambio de estrategia, se convertiría en un punto de inflexión en la diplomacia de Oriente Próximo.

Retrospectivamente, parece que Sadat se había dado dos años para determinar si la confianza de Nasser en Moscú podía dar resultados tangibles. Por eso, tras la firma en mayo de 1971 de un tratado de amistad entre la Unión Soviética y Egipto, Brézhnev empezó a urgir a Nixon que acelerara los esfuerzos de paz en Oriente Próximo.

La propuesta de Brézhnev se realizó durante las fases finales de la guerra de Vietnam y antes de las cumbres de 1972 en Pekín (febrero) y Moscú (mayo), que redibujarían el mapa diplomático mundial. Teniendo esto en cuenta, la respuesta estadounidense fue la que también dimos a las partes de Oriente Próximo: que estábamos preparados para discutir los principios de un posible acuerdo, incluso en la cumbre de Moscú. El inicio de un proceso formal se basaría en el progreso de esas conversaciones.

La estrategia adoptada al principio de la Administración Nixon había comportado la creación de incentivos para que Egipto recurriera a la diplomacia estadounidense. La cumbre de Moscú había terminado con una declaración conjunta de principios que incluía un compromiso compartido de mantener la estabilidad en Oriente Próximo, el cual omitía cualquier llamamiento a la reanudación inmediata de las negociaciones activas. Esto, sumado a la negativa soviética a suministrar armas a Sadat en la medida que él consideraba adecuada, pareció consolidar la opinión de Sadat de que la asociación soviética carecía de utilidad.

Todos los estadistas importantes que he conocido —con la posible excepción de De Gaulle— habrían implementado una nueva estrategia de manera gradual, en etapas que permitieran retractarse si no resultaban eficaces. Por el contrario, Sadat hizo un viraje radical que solo podía sostenerse con un movimiento audaz.

La tensión entre los funcionarios egipcios y los soviéticos

llevaba años acumulándose.[106] El espectáculo de los extranjeros infligiendo humillaciones a los egipcios había impresionado a Sadat desde que era niño. Cuando en 1972 el líder soviético Leonid Brézhnev exigió una explicación por la expulsión de los asesores soviéticos, Sadat le escribió: «Nos miráis como si fuéramos un país atrasado, cuando nuestros oficiales se han formado en vuestras academias».[107] En sus memorias, Sadat reflexiona: «Quería decirles a los rusos que la voluntad de Egipto era totalmente egipcia; quería decirle al mundo entero que somos siempre nuestros propios amos».[108]

Egipto seguiría aceptando la ayuda económica de los soviéticos, y estos, decididos a mantener un mínimo de influencia, siguieron proporcionándola. Pero Sadat había logrado su propósito: demostrar que Egipto era capaz de actuar de forma autónoma y no como el mero vasallo de una superpotencia lejana.

Con la expulsión del personal soviético de Egipto, Sadat eliminó un obstáculo importante para la participación estadounidense en un proceso de paz. Con la disminución de la influencia soviética, la vía diplomática a través de Estados Unidos parecía el camino natural.

Sin embargo, la política exterior está tan influida por los intangibles como por las circunstancias objetivas. En Washington, Sadat seguía estando mal considerado. Sus primeras medidas públicas como presidente contradecían sus propuestas privadas, que en cualquier caso eran demasiado indirectas y sutiles para sugerir una apertura futura a un diálogo transformador. Mi valoración personal de él no había mejorado sustancialmente desde su ascenso a la presidencia. En febrero de 1973, como parte del contacto inicial de Sadat, su asesor de seguridad nacional, Hafiz Ismail, visitó Washington y me invitó a El Cairo, si nuestras conversaciones progresaban. Garabateé una nota a un colega: «¿Sería descortés preguntar

cuál es el segundo premio?».

El acercamiento era poco atractivo en varios planos. En vista de las frecuentes declaraciones de Sadat contra Estados Unidos durante 1971 y 1972, El Cairo no parecía un lugar prometedor para la negociación. Además, la visita de Hafiz Ismail a Washington se produjo apenas un mes después del Acuerdo de París, que ponía fin a la guerra de Vietnam. Por esa época, Nixon también había prometido a Golda Meir, la primera ministra israelí, que no habría otra negociación con Israel sobre una serie de cuestiones tan aparentemente intratables hasta después de las próximas elecciones israelíes, previstas entonces para finales de octubre. Parecía que el objetivo de Sadat era implicar a Estados Unidos en la elaboración de un nuevo acuerdo en Oriente Próximo en los términos árabes existentes, que empezaba con la retirada incondicional de Israel a las fronteras de 1967 como preludio de las negociaciones sobre su reconocimiento. Los soviéticos no lo habían conseguido para Nasser, y varios líderes árabes, que no habían podido lograrlo por la fuerza, se negaban a hacerlo mediante el diálogo.

El reto fundamental que presentaba el proceso de paz árabe-israelí de entonces era que ambas partes exigían una concesión irrevocable como condición para iniciar las negociaciones. Los países árabes requerían que Israel aceptara volver a las fronteras anteriores a la guerra de 1967; Israel insistía en que las negociaciones fueran directas, cosa que sus adversarios rechazaban alegando que esto constituiría su reconocimiento.

A pesar de estos obstáculos, Nixon aceptó mantener una conversación tentativa con Hafiz Ismail. En la reunión, que tuvo lugar el 23 de febrero de 1973, Ismail manifestó explícitamente qué significaba que Sadat hubiera expulsado a los soviéticos: Egipto estaba dispuesto a normalizar la relación con Estados Unidos. Nixon confirmó su intención de explorar esa posibilidad de buena fe y terminó resumiendo su

concepción de las dificultades en la negociación en Oriente Próximo como «la fuerza irresistible que se encuentra con un objeto inamovible». Sugirió que un acuerdo tendría que satisfacer tanto la demanda de soberanía egipcia como el imperativo de seguridad israelí. Sin embargo, teniendo en cuenta lo que denominó el «abismo entre las partes», consideró que sería prudente seguir un método gradual, que buscara soluciones provisionales y parciales, en lugar de intentar una resolución integral (aunque sin excluir categóricamente esta última opción).[109]

Nixon insistió en que la negociación real se llevara a cabo a través de la oficina del asesor de seguridad, lo cual ya se había convertido en el procedimiento habitual, y en que Ismail y yo debíamos iniciar la fase exploratoria de inmediato; y de hecho nuestras conversaciones comenzaron al día siguiente. Para permitir que las conversaciones se prolongaran y para enfatizar su carácter informal y confidencial, tuvieron lugar en una casa privada en un suburbio de Nueva York.

En nuestros diálogos, Hafiz Ismail repitió lo que ya le había dicho a Nixon: que Egipto estaba cansado de la situación de «no guerra, no paz» y que Sadat estaba dispuesto a restablecer las relaciones diplomáticas con Estados Unidos. Instó a Estados Unidos a participar de forma activa en el proceso de paz, y solo se desvió de los términos árabes establecidos al insinuar su disposición a explorar una paz por separado sobre la base de la retirada total de Israel. Ciñéndome al enfoque gradual sugerido por Nixon, esbocé algunos detalles sobre cómo podría funcionar eso.

Señalé que se trataba de un cambio significativo respecto a los métodos que hasta entonces habían caracterizado la diplomacia en Oriente Próximo. El enfoque predominante para la paz en Oriente Próximo era integral, e implicaba la resolución de todas las disputas sobre fronteras entre Israel y

sus vecinos, así como con los árabes palestinos. También preveía la celebración de una conferencia de paz que incluyera a los principales actores de la región, junto con representantes palestinos, con la participación de Estados Unidos y la Unión Soviética como grandes potencias facilitadoras y garantes del acuerdo proyectado.

Una estrategia paso a paso, por el contrario, trataría de desagregar la disputa entre israelíes y palestinos de la posibilidad de que se produjeran avances regionales en cuestiones concretas. Algunas de estas cuestiones estaban relacionadas con la soberanía (acuerdos jurisdiccionales y administrativos, la normalización de las relaciones y, en última instancia, el reconocimiento mutuo), mientras que otras lo estaban con la seguridad (la creación de regímenes de no proliferación, la lucha contra las redes terroristas y la garantía del libre flujo de recursos energéticos). Avanzar en estos asuntos prácticos, en lugar de vincularlos a la resolución final de un problema en buena medida psicológico e histórico, podía crear un impulso orgánico, al permitir que los actores regionales más interesados en la resolución de cuestiones particulares apoyaran el resultado.

Las conversaciones con Ismail no fueron concluyentes en cuanto a decisiones inmediatas, sobre todo porque en aquel momento, la primavera de 1973, un enfoque gradual estaba totalmente excluido por los acuerdos interárabes. Aun así, le expliqué cómo hacer algunos avances, por ejemplo, separando los criterios de soberanía egipcios e israelíes de los acuerdos sobre seguridad mutua. Ismail no recibió de nosotros un programa que aceptaba sus objetivos declarados, pero sí una imagen detallada y precisa de nuestra propuesta alternativa (que, al final, Sadat aceptaría).

Eso fue en febrero. En otoño —el 6 de octubre, para ser exactos— Sadat decidió, antes de volver a la diplomacia, dar

una sacudida que alteró la percepción que todos los países tenían de él.

LA GUERRA DE 1973

En julio de 1971, en una sesión del Congreso de la Unión Socialista Árabe, Sadat ya había declarado que no «aceptaría este estado de no guerra y no paz».[110] Había identificado el problema —el estancamiento con Israel—, pero es poco probable que, tan al principio su presidencia, hubiera tomado alguna decisión sobre cómo resolverlo. Más bien, seguía explorando varias maneras de mejorar su posición negociadora.[111]

No fue hasta algún momento de 1972 cuando decidió cambiar de estrategia, pero, en ese momento, no podía acercarse a un enfoque gradual en el mundo árabe y conservar un apoyo mínimo de la Unión Soviética si no realizaba algún acto espectacular para establecer su propia autenticidad.

Sadat decidió ir a la guerra. Tal vez esperara conseguir sus objetivos declarados de una sola vez. Pero es mucho más probable que iniciara las hostilidades con la esperanza de que estas legitimaran la alternativa de las opciones diplomáticas. Jehan al Sadat, su extraordinaria esposa, recordaba que él le explicó que la situación requería «una guerra más para ganar y empezar las negociaciones desde una posición de igualdad».[112] Las conversaciones con Ismail que tuvieron lugar en 1973 en la Casa Blanca le confirmaron a Sadat la disposición de Estados Unidos a implicarse, y también sus límites. Le convencieron de que, en el caso de no conseguir una victoria egipcia total, el enfoque gradual podía suponer un plan alternativo.

Durante más de un año, Sadat se preparó para la

constelación de fuerzas adecuada con el fin de «lograr una paz real».[113] En agosto de 1972, el periodista egipcio Mohamed Heykal describió este periodo como «una hemorragia constante para Egipto, una muerte sin heroísmo que está a punto de asfixiar al país».[114] Jehan al Sadat recordaba de ese periodo:

> Los soldados egipcios y los luchadores por la libertad continuaban muriendo en combates esporádicos a lo largo del canal de Suez. En la zona del canal, las ventanas de todas las casas y los faros de todos los coches seguían pintándose de azul oscuro para que no se viera ninguna luz durante los ataques aéreos. En El Cairo se seguían apilando sacos de arena delante de los edificios y en las ventanas de los museos y las tiendas se pegaba cinta adhesiva para minimizar los daños de las bombas. Durante esta época, que los historiadores llamarían de «no guerra, no paz», el ambiente era muy deprimente. Todos lo odiábamos y queríamos que terminara. Sobre todo Anwar.[115]

Decidido a esperar hasta que la situación evolucionara, de modo que su guerra fuera «la última guerra»,[116] Sadat hizo unos preparativos minuciosos. A mediados de 1972, tras la expulsión de los asesores soviéticos, ordenó la elaboración de planes militares. En octubre de 1972, cuando preguntó por los avances realizados, descubrió que sus generales, tal vez porque desconfiaban de las expectativas, ni siquiera habían empezado la tarea. Tras despedir al ministro de Guerra, Sadat reservó fondos adicionales y compró más armas a los soviéticos.[117] También proyectó en secreto un plan de guerra conjunto con el presidente sirio Hafez al Asad.[118]

Mientras preparaba su propio ejército, Sadat confundía al de Israel. Durante la primavera y el verano de 1973, Sadat provocó a los israelíes, amenazándoles con actuar, y luego los engañó para que se prepararan para el asalto. En dos ocasiones, las fuerzas de defensa israelíes se movilizaron, con el gran

gasto que eso conllevaba; y, en otras dos ocasiones, se dieron cuenta de que las alarmas eran falsas. En seis ocasiones distintas, Egipto realizó ejercicios militares aparentemente rutinarios pero que parecían una operación real. El día anterior a la invasión real, los aviones soviéticos que estaban evacuando a los diplomáticos de la Unión Soviética —un gesto que debería haber alertado a los israelíes y a Estados Unidos— fueron malinterpretados como parte de un entrenamiento soviético.[119] Después de la guerra de 1973, el entonces ministro de Defensa israelí, Moshe Dayan, respondiendo a la pregunta de por qué no se había movilizado en octubre, contestaría que Sadat «me lo hizo hacer en dos ocasiones, con un coste de diez millones de dólares cada vez. Así que, a la tercera vez, pensé que no iba en serio. Pero ¡me engañó!».[120]

En el otoño de 1973, Sadat se había pasado casi dieciocho meses configurando el panorama internacional para una guerra inminente. La flexibilidad pública sobre el tránsito del canal había mejorado su reputación internacional. La expulsión de los soviéticos había aumentado sus opciones diplomáticas y asegurado que los asesores no impedirían ni subvertirían sus planes. Las conversaciones tentativas con la Casa Blanca implicaban que entraba en la guerra teniendo una relación de trabajo con Washington. Debió calcular que Estados Unidos ayudaría a limitar las consecuencias de un revés militar y podría entrar en las negociaciones.

Basándose en consideraciones como estas, el 6 de octubre de 1973, Egipto y Siria lanzaron una ofensiva coordinada contra Israel. Sadat ya había pedido al pueblo egipcio, en enero de 1972, que se preparara para la «confrontación» y adoptara una ética de la paciencia:

> Tenemos por delante muchas privaciones y dificultades. Pero con la ayuda de Dios soportaremos las cargas y sacrificios. Nuestro pueblo

> dará, en la batalla, un ejemplo vivo de que es un gran pueblo, como lo es su historia, su larga civilización, su humanidad y sus ideales [...]. ¡Señor nuestro! Haz que nuestra fe sea la mejor y permanece con nosotros hasta la victoria.[121]

El primer día de la guerra, Sadat me comunicó, en calidad de secretario de Estado, que sus objetivos eran limitados y que pretendía facilitar las negociaciones de paz una vez terminadas las hostilidades. El segundo día de la guerra, le contesté: «Está librando la guerra con armas soviéticas. Tenga en cuenta que tendrá que llegar a la paz con la diplomacia estadounidense».[122]

Las fuerzas egipcias lograron el tipo de éxito militar que a Nasser se le había escapado; hicieron puentes de barcas en el canal de Suez y cruzaron la línea Bar Lev. Avanzaron hasta dieciséis kilómetros en el Sinaí, recuperando el territorio que Israel había tomado en 1967. Al mismo tiempo, las fuerzas sirias penetraron en las posiciones israelíes en los Altos del Golán. A medida que las dos fuerzas árabes avanzaban, equipadas en buena medida con armas soviéticas,[123] Israel sufrió importantes bajas y pérdidas de material.

El temprano éxito de los egipcios y los sirios sorprendió al mundo y todas las partes se enfrentaron a situaciones inesperadas. Sin embargo, paradójicamente, cuando la guerra estaba en pleno desarrollo, el Consejo de Seguridad de la ONU, que tenía la responsabilidad de preservar la paz, rehuyó proponer un alto el fuego. De los dos miembros más poderosos del Consejo, la Unión Soviética se oponía porque no quería impedir el avance árabe observado, mientras que Estados Unidos era reacio para no evitar un contraataque israelí. Los demás miembros estaban indecisos, fruto de una mezcla de temor e incertidumbre. Al final, el Consejo de Seguridad no se reuniría para votar un alto el fuego hasta que Estados Unidos y

la Unión Soviética hubieron acordado un texto el 22 de octubre, más de dos semanas después del estallido de la guerra.

Durante estas semanas, la crisis que afrontaba Nixon en su país llegó a un punto crítico. El mismo día del estallido de la guerra de 1973, el vicepresidente Spiro Agnew inició un proceso de dimisión como consecuencia de las actividades llevadas a cabo mientras era gobernador de Maryland (1967-1969). Este concluyó el 10 de octubre, coincidiendo con otra oleada de audiencias del Watergate para determinar qué conversaciones grabadas de Nixon debían hacerse públicas. Los esfuerzos de Nixon para impedir la publicación de estas cintas culminarían el 20 de octubre, cuando habían pasado dos semanas desde el inicio de la guerra en Oriente Próximo (y mientras yo estaba en Moscú negociando un alto el fuego), cuando pidió la dimisión del fiscal general y destituyó al fiscal especial. El revuelo resultante llevó a la apertura de un proceso de destitución contra el presidente.

A pesar de las dificultades internas, Nixon mantuvo el control de los asuntos exteriores. Al inicio de la guerra, estableció dos objetivos principales: acabar con las hostilidades lo antes posible y, como dije yo públicamente en su nombre, hacerlo «de una manera que nos permitiera contribuir notablemente a la eliminación de las condiciones que [habían] producido cuatro guerras entre árabes e israelíes en los [anteriores] veinticinco años».[124]

Sobre el terreno, la situación cambiaba casi a diario. El martes 9 de octubre —el cuarto día de la guerra y el día en que Nixon se ocupó de la dimisión formal de Spiro Agnew como vicepresidente— el embajador israelí, Simcha Dinitz, y el agregado militar, el general Mordechai Gur, se presentaron en la sala de mapas de la residencia de la Casa Blanca para informarme de que Israel había perdido cientos de tanques y muchas decenas de aviones en las primeras batallas en el canal

de Suez. Solicitaron un reabastecimiento inmediato y una visita de la primera ministra Meir a Washington para defender su causa.

Tras terminar con la dimisión de Agnew, Nixon accedió a satisfacer las necesidades inmediatas con cierta ayuda de urgencia. Ordenó un reabastecimiento inmediato de tres aviones diarios y una evaluación sobre la viabilidad de movilizar nuestra flota aérea civil. Para que Israel pudiera utilizar sus armas de reserva, Nixon prometió reponer todas las pérdidas después de la guerra.

El jueves 11 de octubre, Dinitz volvió a aparecer en la Casa Blanca con otro mensaje dramático: el jefe de Estado Mayor israelí, David Elazar, y el ministro de Defensa, Moshe Dayan, habían convencido a la primera ministra de que, ante el cinturón de misiles tierra-aire (SAM, por sus siglas en inglés) emplazado en la orilla occidental del canal que daba cobertura aérea al territorio situado a 24-32 kilómetros al este del canal, continuar con los ataques israelíes en el canal de Suez era demasiado costoso. Por lo tanto, Israel estaba dispuesto a aceptar un alto el fuego y nos pedía que lo organizáramos. [125] Para mejorar su posición negociadora, Israel abriría una ofensiva en el frente sirio, que era más vulnerable, lo que supondría un incentivo para que la Unión Soviética apoyara una solicitud de alto el fuego en el Consejo de Seguridad. Nixon accedió y nos pusimos en contacto con Reino Unido para presentar dicha resolución.

El Gobierno británico —representado por sir Alec Douglas-Home, secretario de Asuntos Exteriores— tomó la iniciativa. Pero, cuando el sábado 13 de octubre se le pidió a Sadat su consentimiento, nos sorprendió al decir que no, a menos que Israel se comprometiera a volver a las fronteras anteriores a junio de 1967. Otro acercamiento a través de Australia corrió la misma suerte.

El domingo 14 de octubre, los motivos de Sadat para estas negativas se hicieron evidentes: había decidido adentrarse más en el Sinaí con dos divisiones blindadas. Incitado bien por un exceso de confianza en su capacidad militar tras cruzar el canal, por un deseo de aliviar las presiones sobre su aliado Asad, o por una breve pérdida del sentido de la proporción, el hecho es que aventurarse más allá del territorio cubierto por el cinturón de SAM fue un revés desastroso. Entre la fuerza aérea israelí —liberada de las restricciones del cinturón de SAM— y los contraataques de los tanques israelíes, unos doscientos cincuenta tanques egipcios fueron eliminados. Esto, a su vez, permitió que los tanques israelíes hicieran retroceder al Tercer Ejército egipcio hacia el canal. En dos días de batalla, en medio de intensos combates, las fuerzas israelíes lograron cruzar el canal por su cuenta y empezaron a destruir el emplazamiento de los SAM soviéticos en la orilla occidental del canal. Mientras tanto, las fuerzas blindadas israelíes, que superaban los diez mil efectivos, empujaron a la retaguardia del Tercer Ejército, amenazando con su envolvimiento incluso a El Cairo.

En estas circunstancias, el general Saad Shazli, comandante de campo egipcio, instó a Sadat a trasladar al Tercer Ejército de la orilla oriental del canal a la occidental, para proteger a la población egipcia. Pero esto habría frustrado el plan general de Sadat, que respondió con dureza —«No entiendes la lógica de esta guerra»— y ordenó a Shazli que se mantuviera firme. Egipto solo necesitaba «diez centímetros» del Sinaí, dijo Sadat, para transformar la situación diplomática.[126]

El jueves 18 de octubre, con dos divisiones egipcias retirándose del Sinaí, Sadat pidió de repente un alto el fuego. La suerte de la batalla se había vuelto en su contra y necesitaba una pausa mientras aún conservaba una posición en el Sinaí.[127] Incluso mientras pedía el alto el fuego, reivindicaba una victoria psicológica: «El enemigo perdió el equilibrio y sigue

desequilibrado en este momento. La nación herida ha recuperado su honor y el mapa político de Oriente Próximo ha cambiado». En el mismo discurso, instó a Estados Unidos a unirse a Egipto en un proyecto de paz.[128] Por muy mala que fuera la situación militar de Sadat, su análisis de las opciones políticas seguía siendo correcta.

La crisis se extendió a la economía mundial el 17 de octubre, cuando la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) anunció un embargo de petróleo, cuyo fin era obligar a Estados Unidos y a sus aliados europeos a que presionaran a Israel para llegar a un acuerdo. El precio del barril de petróleo subió vertiginosamente, llegando a alcanzar el 400 por ciento del nivel anterior a la crisis.[129]

Al día siguiente, el embajador Anatoli Dobrynin y yo empezamos a discutir los términos de un alto el fuego para su posible presentación conjunta al Consejo de Seguridad. El 19 de octubre, Brézhnev me invitó a Moscú para completar las negociaciones de alto el fuego, y dos días después Estados Unidos y la Unión Soviética presentaron un documento conjunto ante el Consejo de Seguridad que el 22 de octubre fue aprobado por unanimidad.

El giro hacia el cese de las hostilidades se vio temporalmente desbaratado cuando el alto el fuego se rompió e Israel no pudo resistir la tentación de rodear la ciudad de Suez para cortar la ruta de suministro del Tercer Ejército. Las siguientes cuarenta y ocho horas fueron tensas. Los soviéticos protestaron por esta violación del alto el fuego que habíamos negociado en Moscú unos días antes, exigieron que una actuación conjunta de Estados Unidos y la Unión Soviética lo restableciera y amenazaron con una acción militar unilateral para imponerlo de nuevo. Sadat podría haber utilizado la presión soviética para sus propios fines, pero nunca recurrió a ella. Tras un enérgico rechazo estadounidense, los soviéticos sustituyeron una

propuesta que les permitía participar con observadores no combatientes para supervisar el alto el fuego. El resultado fue la Resolución 340 de la ONU, que preveía una Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas formada por observadores internacionales procedentes de miembros no permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU.[130]

Sadat aprovechó la oportunidad para hacer un gesto simbólico que expresaba su compromiso con un nuevo enfoque del conflicto. Desde el armisticio de 1948-1949, los funcionarios egipcios e israelíes nunca habían negociado cara a cara. Para sorpresa de todas las partes, Sadat informó entonces a los israelíes de que iba a enviar oficiales militares al kilómetro 80 de la carretera El Cairo-Suez para discutir los detalles de la Resolución 340 y organizar un reabastecimiento al Tercer Ejército egipcio, que estaba atrapado. (Por diversas razones técnicas, la negociación real se trasladó del kilómetro 80 al 101). Esto no supuso el reconocimiento formal, ni diplomático, de Israel; fue más bien un símbolo de la voluntad de Sadat de que Egipto emprendiera un nuevo rumbo.

Meir y sadat

Después de la guerra, el 1 de noviembre de 1973, la primera ministra Meir vino a Washington. De todos los dirigentes israelíes que he tratado, ninguno fue más difícil y ninguno me conmovió más.

Era única. Su rostro arrugado daba fe de la agitación de toda una vida liderando una nueva sociedad en un entorno extraño y amenazador. Israel, que subsistía en un pequeño trozo de tierra —precaria, excluida, amenazada por vecinos implacablemente hostiles—, había logrado sobrevivir a su historia por poco. Los recelosos ojos de Meir siempre parecían

atentos a desafíos inesperados, sobre todo de parte de sus impetuosos aliados estadounidenses. Ella consideraba que su misión era proteger lo que su pueblo, que durante dos mil años había soportado una existencia precaria en la diáspora, había invertido con una esperanza ferviente. Mi propia infancia en la Alemania de Hitler me permitía entender su inquietud endémica.

También reconocí entonces cierta actitud de justicia hacia nosotros. Como víctima de un ataque militar, su Gobierno se enfrentaba ahora a una situación en la que su aliado estadounidense, del que dependía pero que nunca parecía comprender del todo sus traumas, multiplicaba las exigencias de un proceso de paz.

Al ser judío, me trataba como a un sobrino favorito que, cuando no estaba de acuerdo con ella, la decepcionaba profundamente. Nuestra relación llegó a ser bastante familiar, lo suficiente para que yo la soliera llamar Golda, y aún piense así en ella. Mi esposa, Nancy, siempre decía que las discusiones que teníamos Golda y yo durante las cenas en casa de Golda en Israel eran de las actuaciones teatrales más dramáticas que había presenciado. Nancy no mencionaba cómo solían acabar: Golda y yo nos retirábamos a la cocina y buscábamos una solución.

Meir llegó a Washington en cuanto se presentó la primera oportunidad tras el alto el fuego. Estaba sobre todo descontenta, porque habíamos insistido en el reabastecimiento al Tercer Ejército egipcio, aunque siempre de suministros no militares. En realidad, no se quejaba de políticas específicas, sino del cambio de realidades estratégicas: la demostración de la vulnerabilidad israelí y el aparente surgimiento de Egipto como socio negociador de los estadounidenses. A ella se le pedía contención para permitir que el país que había atacado al suyo evolucionara en una dirección más pacífica. Para Meir,

esto no era una propuesta evidente:

> MEIR: No fuimos nosotros quienes empezamos la guerra, y aun así [...].
>
> KISSINGER: Primera ministra, nos enfrentamos a una situación muy trágica. Usted no empezó la guerra, pero se enfrenta a la necesidad de adoptar decisiones sensatas para proteger la supervivencia de Israel. A esto se enfrenta. Es mi honesto juicio como amigo.
>
> MEIR: Está diciendo que no tenemos elección.
>
> KISSINGER: Nos enfrentamos a la situación internacional que le he descrito.[131]

El hecho de que una nación pretenda la autonomía total es una forma de nostalgia; la realidad dicta que cualquier nación —incluso la más poderosa— debe adaptar su conducta a las capacidades y propósitos de sus vecinos y rivales. Al final Meir actuó en consecuencia, lo cual es un tributo a su liderazgo.

Durante su visita a Washington, la primera ministra Meir buscó dos resultados simultáneos: el consenso con su aliado indispensable y el consenso con su pueblo, que en su mayoría seguía conmocionado por el cambio de sus circunstancias y en el que mucha gente seguía siendo rotundamente beligerante. La supervisión del reabastecimiento por parte de la ONU significaba que podía llevarse a cabo sin la cooperación directa de los combatientes. En una cena en la embajada israelí, Meir hizo algunas críticas semipúblicas a la Administración estadounidense (tal vez para satisfacer a los asistentes, ministros y asesores israelíes presentes). Dejando a un lado estos reproches, al día siguiente me pasé por Blair House (la residencia de los invitados de Estado) para una reunión privada solo para asesores, en la que la primera ministra se mostró receptiva al reabastecimiento bajo las seis condiciones que yo expuse, entre ellas el inicio de las conversaciones sobre la retirada.[132] Los seis puntos también preveían el intercambio

de prisioneros de guerra al principio del proceso, una preocupación que para Israel era importante.

Ante la inminencia de las elecciones israelíes, al principio el gabinete de Meir se negó a autorizarla a aceptar estas condiciones mientras estaba en Washington. Pero para entonces entendíamos la política israelí lo bastante bien como para saber que la primera ministra no habría presentado ese programa si lo hubiera juzgado inaceptable. Su gabinete no la desautorizaría mientras estuviera en el cargo.

La visión que tenía Sadat de una nueva negociación no podría haberse impuesto sin la participación de Meir. Al entrar en las negociaciones, ella aceptaba la posibilidad de ceder territorio por primera vez en la historia de Israel. Al consentir el reabastecimiento no militar al Tercer Ejército, renunció a la posibilidad de que Israel lograra una victoria militar decisiva. Al mismo tiempo, creó la condición previa para el éxito de las negociaciones. Ignoró sus instintos en aras de un posible avance hacia la paz. Ni Sadat ni Meir habrían podido dar este primer paso sin el otro.

La reunión en el palacio de al Tahra

El 7 de noviembre de 1973, apenas cuatro días después de la visita de Meir, me reuní por primera vez con Sadat. Él había preparado el terreno para la diplomacia estadounidense al descartar una actuación militar soviética en la crisis por la violación del alto el fuego. El objetivo estratégico de Egipto al iniciar la guerra, descubrimos más tarde, era transformar psicológicamente la situación para conseguir una paz sostenible. La apertura de Sadat a la negociación transformó la opinión que teníamos de él. Dejó de parecernos un radical.

Hasta entonces, los movimientos de Sadat habían sido más

simbólicos que fundamentales. ¿Nos encontrábamos ante un planteamiento genuinamente nuevo o ante una variación táctica del modelo establecido? La exigencia árabe de que Israel regresara de inmediato a las fronteras anteriores a junio de 1967 seguía sobre la mesa como condición previa a la negociación. El reconocimiento de la legitimidad del Estado de Israel ni siquiera se había insinuado. La reunión podía llevar a un progreso gradual o a un punto muerto si Sadat insistía en un acuerdo integral.

Durante nuestras conversaciones había que resolver cuestiones importantes. La más inmediata era el reabastecimiento al Tercer Ejército, que se estaba produciendo de forma *ad hoc*. En segundo lugar estaba el objetivo de las negociaciones sobre la paz en Oriente Próximo, que se pedía en el alto el fuego pero que nunca se había definido formalmente. En tercer lugar estaba el futuro de las relaciones egipcio-estadounidenses, que técnicamente seguían en la misma situación que cuando Nasser rompió los lazos diplomáticos al final de la guerra de 1967.

El encuentro tuvo lugar en el palacio de al Tahra, en un suburbio de El Cairo que en su momento estuvo de moda y ahora se esforzaba por mantener las apariencias. Me llevaron a toda prisa hacia una veranda en la que había un montón de periodistas, acompañados por un número importante de empleados de Sadat. No había medidas de seguridad visibles.

En medio de este caos, una voz profunda de barítono dijo las palabras: «Bienvenidos, bienvenidos». Sin ninguna ceremonia formal, Sadat había llegado. Llevaba un uniforme militar de color caqui con un abrigo puesto sobre los hombros. (En El Cairo, el mes de noviembre puede ser bastante frío). Sin realizar una declaración inicial y deteniéndose solo para que los fotógrafos hicieran una breve ronda de fotos, me acompañó a una gran sala con puertas acristaladas que daban a un

extenso césped; se habían colocado sillas de mimbre para nuestros ayudantes.

Nos sentamos en un sofá situado frente a los jardines y ambos mostramos despreocupación, aunque éramos conscientes de que del resultado de esas conversaciones podía depender la naturaleza de las relaciones egipcio-estadounidenses, y probablemente de las árabe-estadounidenses, en el futuro inmediato. Sadat, que parecía muy relajado, llenó su pipa, la encendió y empezó la conversación diciendo que estaba deseando tener una reunión personal: «Tengo un plan para usted. Lo he llamado el Plan Kissinger».

Entonces, cruzó la sala hasta un caballete en el que se habían colocado mapas de situación. De pie, frente a ellos, se refirió a mis conversaciones previas con Hafiz Ismail. Como ya he señalado, yo había respondido a la propuesta de Ismail sobre una retirada completa de Israel del Sinaí sugiriendo acuerdos provisionales, para permitir la adaptación a un proceso de paz antes de tomar decisiones definitivas. Ismail había rechazado nuestra propuesta gradual; ahora Sadat la aceptaba y la llamaba Plan Kissinger. Sugirió que el primer paso fuera una retirada israelí de dos tercios del Sinaí, hasta una línea que fuera desde El Arish (una ciudad a unos treinta kilómetros de la frontera israelí y unos ciento cuarenta y cinco kilómetros del canal de Suez) hasta el parque nacional Ras Mohamad, en el extremo sur de la península del Sinaí.[133]

Fue una apertura sorprendente para una negociación que esperábamos larga y difícil, y no porque su sugerencia no tuviera precedentes (de hecho, era poco realista), sino porque articulaba la voluntad de estudiar fases de retirada provisionales. En ninguna ocasión parecida me había encontrado con un interlocutor que cediera terreno en su movimiento inicial. Todos los líderes árabes a los que les habíamos planteado la idea de un acuerdo provisional la

habían rechazado. Sadat la había aceptado antes incluso de que se le propusiera.

Pero Sadat debía saber que sería imposible convencer a los dirigentes de Israel de que se retiraran a una distancia semejante, que incluía los pasos estratégicos en el centro del Sinaí, al final de una guerra iniciada por Egipto. Para evitar que el diálogo con Sadat empezara con un bloqueo, le invité a que explicara las consideraciones que le habían llevado hasta el punto en el que nos encontrábamos.

Sadat, primero con prudencia y luego con creciente intensidad, describió sus propósitos. Estaba desilusionado con los soviéticos, que no habían podido o querido trabajar con Estados Unidos para lograr una paz en Oriente Próximo compatible con la dignidad de Egipto. El lenguaje del comunicado que puso fin a la cumbre de Moscú de 1972 había disipado cualquier duda sobre las prioridades soviéticas: no se arriesgarían a tensiones con Estados Unidos por Egipto. La decisión de expulsar a unos veinte mil asesores soviéticos se había tomado como un primer paso para restaurar la dignidad egipcia, y la guerra era su expresión ulterior. No había avisado con antelación de la expulsión y no había pedido a Estados Unidos ninguna recompensa posterior.

Sadat hablaba un inglés excelente, aunque algo forzado, preciso y formal; tal vez porque lo había aprendido él solo con periódicos, relatos breves y libros mientras estuvo en cárceles británicas durante la guerra.[134] Su exposición fue enérgica, con los ojos ligeramente entrecerrados, como si viera un horizonte lejano. Había llegado a la conclusión, dijo, de que no se podía avanzar sin contar con la buena voluntad estadounidense a largo plazo. Buscaría, por lo tanto, la reconciliación con Estados Unidos y una paz duradera para Oriente Próximo. Su búsqueda era la de un cambio de actitudes básicas, no de líneas en un mapa.

Me había dado su Plan Kissinger. ¿Cuál era el mío?, me preguntó.

El objetivo del diálogo, dije, era una paz duradera. Su durabilidad, sin embargo, dependería de que ambas partes se ganaran la confianza de la otra por etapas, lo que redundaría en la confianza en el propio proceso. Era imposible que un primer paso lograra la paz o la confianza. En el momento actual, continué, el Plan Kissinger de Sadat era demasiado ambicioso. Una línea de retirada más realista para las fuerzas israelíes estaría muy por debajo de su propuesta, en algún lugar al oeste de los pasos de Mitla y Gidi. Era probable que fueran necesarios varios meses para negociar. Haríamos todo lo posible para lograr el proceso de retirada, con vistas a continuarlo, y basar en él un proceso de paz.

Las conversaciones con Sadat se solían ver interrumpidas por pausas para reflexionar. Ahora, tras una de esas pausas, respondió con solo dos palabras: «¿E Israel?». Le respondí, de manera igualmente críptica, entregándole los seis puntos ideados con la primera ministra Meir.

Sadat miró el papel durante unos minutos y lo aceptó sin discutir. Nasser había sido imprudente, resumió, al tratar de acosar a Estados Unidos para que cooperara. El Tercer Ejército no era el centro de la cuestión entre Egipto y Estados Unidos. El objetivo de Sadat, por el contrario, era mantener una relación de confianza con Estados Unidos y la paz con Israel. Para expresarlo simbólicamente, después de nuestra reunión anunciaría lo que ni siquiera habíamos propuesto: el fin del boicot diplomático de Egipto a Estados Unidos, vigente desde 1967, mediante el establecimiento de una sección de intereses egipcios en Washington encabezada por un embajador. Este sería designado en diciembre de 1973. (Fue el mismo procedimiento que ya habíamos seguido ese mismo año para establecer relaciones con China). Las relaciones diplomáticas

plenas llegarían tras la conclusión de un acuerdo de retirada.

Estas declaraciones no se plantearon de forma condicional, ni como una exigencia de reciprocidad, sino como la descripción de un rumbo deseable. En contra de lo que, como supimos más tarde, era la opinión casi unánime de sus asesores, Sadat había decidido arriesgarse a aceptar la palabra de un secretario de Estado estadounidense que decía que su país facilitaría un progreso significativo de las negociaciones territoriales entre egipcios e israelíes durante un periodo de tres meses. En todo ese tiempo, el Tercer Ejército permanecería atrapado. Si algo salía mal, Sadat quedaría derrotado y Egipto humillado.

Un paso aparentemente menor —los suministros no militares al Tercer Ejército después de verse asediado— creó una oportunidad de cooperación preliminar y se convirtió en un símbolo de progreso hacia la paz. Mientras yo aún estaba en El Cairo, el subsecretario de Estado estadounidense, Joe Sisco, y el ministro de Asuntos Exteriores egipcio, Ismail Fahmy, dieron forma de tratado a los seis puntos elaborados con Meir en Washington y ahora aceptados por Sadat.

Al final de la visita, Sadat había logrado el propósito inicial de su osada apuesta: había roto el *statu quo* para abrir la posibilidad de negociar con Israel bajo los auspicios de Estados Unidos. Su propósito final era poner fin al conflicto con Israel, que había minado la energía y la confianza egipcias desde la guerra de junio de 1967. En su mente, la existencia de Israel no era una amenaza para la de Egipto; la guerra con Israel sí lo era. Esa amenaza podía reducirse y, en última instancia, eliminarse mediante un nuevo concepto de seguridad basado en un proceso de paz con el adversario de Egipto, en lugar de en su aniquilación.

Incluso las negociaciones exitosas dejan a veces en la memoria de los negociadores rastros incómodos de sus concesiones, que ensombrecen los esfuerzos futuros. La opinión

de Sadat sobre esta reunión figura en sus memorias:

> Nuestra primera sesión de las conversaciones duró tres horas. La primera hora me hizo sentir que estaba tratando con una mentalidad totalmente nueva, un nuevo método político [...]. Cualquiera que nos viera después de esa primera hora en el palacio de al Tahra habría pensado que éramos amigos desde hacía años. No tuvimos ninguna dificultad para entendernos y así acordamos un programa de acción de seis puntos, que incluía el compromiso de Estados Unidos de volver a la línea de alto el fuego del 22 de octubre en el marco de la retirada de las fuerzas.[135]

La disposición de Sadat a aceptar la retirada, además de los seis puntos, fue una rara ocasión en la que una de las partes de una negociación renuncia de manera unilateral a su prerrogativa de regateo. Pensaba que, al final, era más importante establecer la confianza y la buena voluntad que asegurarse concesiones inmediatas. Esa confianza mutua resultaría esencial, porque las partes apenas habían dado el primer paso en el largo camino que iban a recorrer.

De Ginebra a la retirada

Tras la reunión en el palacio de al Tahra, el siguiente paso obvio habría sido continuar de inmediato con el enfoque gradual. Pero el compromiso de Sadat con su aliado Asad de no llegar a un acuerdo por separado lo impidió. Además, en las conversaciones sobre el alto el fuego celebradas en Moscú, Estados Unidos había accedido a intentar una negociación integral de acuerdo con la Unión Soviética. En consecuencia, en diciembre de 1973 se reunió en Ginebra una Conferencia de Paz para Oriente Próximo.

La conferencia debía servir de foro para legitimar las

negociaciones posteriores. Todas las partes regionales fueron invitadas a las discusiones iniciales celebradas en Ginebra, así como Estados Unidos y la Unión Soviética en calidad de facilitadores del proceso de paz. Egipto estaba sometido a presiones políticas, que rayaban la obligación, para participar: se había unido a la declaración de Jartum en 1967, que rechazaba las negociaciones árabes con Israel por separado, como el propio Sadat había declarado antes y durante la guerra de 1973. Sadat, reconociendo el impulso de Egipto y sus aliados hacia la Conferencia de Ginebra, decidió asegurar unilateralmente su abandono.

Cansado de las disputas interárabes y receloso de los soviéticos, Sadat rechazó un enfoque integral, al temer que la multiplicación de los vetos impidiera el acuerdo y que las rivalidades de la Guerra Fría superaran a las prioridades árabes. Y, de hecho, cualquier perspectiva de acuerdo en Ginebra se disipó enseguida. Asad, de Siria, se negó a asistir. La participación de Jordania, que gobernaba en Cisjordania, fue motivo de controversia. La Unión Soviética estaba más preocupada por la evolución de la *détente* que por la negociación regional (o bien toleraba un enfoque gradual porque estaba convencida de que fracasaría). Así, la Conferencia de Ginebra entre Estados Unidos, la Unión Soviética, Israel, Egipto y Jordania se suspendió para permitir la exploración por separado de las cuestiones que la componían, que en cualquier caso había sido el plan de Sadat y de Estados Unidos.

Ahora todo dependía de que Egipto e Israel pudieran transformar las conversaciones tentativas en algo tangible. Eso exigía llegar a acuerdos sobre el alcance de la retirada israelí, sobre la definición entre las partes de las zonas de limitación de armamento, sobre el fin de los boicots árabes y sobre la forma de controlar y legitimar cualquier acuerdo.

La disposición de Israel a llevar a cabo su primera retirada de los territorios ocupados determinaría el resultado. Por esa razón, Moshe Dayan se convirtió en una figura clave. Dayan, que era lo más parecido a un militar profesional que permite el sistema israelí de ciudadano-soldado y se caracterizaba por el alcance y la agilidad de su intelecto, parecía hecho para guiar el inminente proceso de paz por la parte de Israel. Pero la ocasión le pilló melancólico. Engañado por los amagos de Sadat, el estallido de la guerra le había sorprendido y sabía que pagaría un precio político por haber juzgado mal la movilización. Tanto él como Meir habrían dejado sus cargos en junio de 1974.

Sin embargo, Dayan realizó su tarea con dignidad. Entendió el profundo significado que tenía la primera retirada territorial israelí de las fronteras de 1967. Y sabía que, aunque su participación personal estaba llegando a su fin, se encontraba al principio de un proceso que se esperaba que desarrollara su propio impulso.

El 4 de enero de 1974, en Washington, Dayan inició las negociaciones proponiendo una línea de retirada de entre unos veinte y treinta y dos kilómetros desde el canal de Suez, mucho menos de lo que Sadat había propuesto en su Plan Kissinger. Pero, según él, era la máxima concesión posible: si se ampliaba hacia el este, Israel perdería el control de la única carretera al oeste de los pasos que recorría el Sinaí de norte a sur. A Dayan no le interesaba asumir una línea más dura con fines negociadores y quería evitar maniobras políticas. En siete horas de discusión, que se desarrollaron durante dos días, expuso su propuesta en un elaborado mapa con nuevas líneas divisorias, que incluía zonas donde se limitaba el armamento.[136]

La semana siguiente, le entregué a Sadat el meticuloso mapa de Dayan. Nuestras reuniones sobre los detalles de la retirada se habían establecido en Asuán, una ciudad desértica a unos

seiscientos ochenta kilómetros al sur de El Cairo, donde Sadat pasaba el invierno. En nuestro primer encuentro, el 11 de enero, presentó dos propuestas sorprendentes. Aceptaría las líneas de retirada israelíes si yo me quedaba en la región para acelerar el resultado yendo y viniendo de Egipto a Israel. Luego se puso a sí mismo (y al equipo estadounidense) un plazo. Había programado una visita a sus hermanos árabes el siguiente fin de semana, el 18 de enero, para discutir el embargo de petróleo que la OPEP había impuesto a Estados Unidos durante la guerra de Octubre. Si para entonces se había concluido un acuerdo de retirada —y Sadat esperaba que fuera así—, instaría a finalizar el embargo. Aunque consideraba que algunas propuestas israelíes implicaban compromisos sobre la soberanía que no podían permitirse, esas cuestiones podían plantearse en una fase posterior de las negociaciones.

Mis viajes de ida y vuelta aceleraron las negociaciones de una manera sin precedentes. Hice siete entre el 11 y el 18 de enero;[137] en uno de ellos (12-13 de enero), Dayan propuso un complejo resumen del contenido de la desmilitarización dentro de las zonas de retirada.

El 14 de enero fue la única vez en nuestra relación que Sadat cambió una reunión planeada cara a cara por una conferencia con el equipo estadounidense (el embajador Hermann Eilts y Joe Sisco) sentado al otro lado de la mesa frente a él, Fahmy, el ministro de Exteriores, y Gamasy, el ministro de Defensa. Tal vez fuera un intento de compartir la responsabilidad de las decisiones dolorosas.

Esa ocasión acabó con un dramático enfrentamiento entre Sadat y sus colaboradores. La línea de retirada se ratificó sin controversias, pero la propuesta de Dayan de crear zonas de armamento limitado en el territorio desalojado por las fuerzas israelíes suscitó una enorme oposición. Sadat ya me había manifestado antes su firme convicción de que no se debía

permitir que un país extranjero, sobre todo un país extranjero en guerra con Egipto, prescribiera el despliegue de fuerzas egipcias para defender a Egipto en suelo egipcio. Ahora Fahmy y Gamasy estaban en desacuerdo por motivos parecidos, y en concreto por el límite propuesto de treinta tanques egipcios a lo largo del canal de Suez. Gamasy terminó enérgicamente su argumento así: «Ningún oficial egipcio que se respete a sí mismo firmará un acuerdo que contenga semejante disposición».

Sadat permaneció sentado en silencio durante unos instantes. Salió de ese estado pensativo y me hizo una pregunta extraña: «¿Podemos formar aquí un comité de trabajo de ambas partes?». (Se refería a todos los de la mesa, excepto él y yo). Cuando di mi aprobación, sugirió que el grupo desarrollara las restricciones de los armamentos y dejara la cuestión de los tanques para mí y para él. Luego me invitó a seguirle a una sala contigua.

Una vez a solas, me preguntó (refiriéndose al límite de los tanques en el canal de Suez): «¿Lo dice en serio [la primera ministra Meir]?».

Le respondí: «Ella está negociando. Pero usted tiene que decidir cuánto tiempo quiere dedicar a esta cuestión».

Sadat contestó: «Unámonos a los demás», sin decirme cuál era su decisión. En la mesa de conferencias, resolvió la polémica: «He aceptado treinta [como límite para los tanques egipcios en el canal]. Kissinger me conseguirá más, y tú, Gamasy, lo firmarás».

Había evitado un bloqueo inminente. El grupo de trabajo acordó los límites de las principales categorías de armas. Luego estos se pasaron al grupo técnico del kilómetro 101, creado al final de la guerra para aplicar lo negociado. Meir elevó entonces a más de cien el número de tanques egipcios permitidos en la orilla oriental del canal.

Este procedimiento de viajes no solo aceleró las decisiones, además permitió a Sadat profundizar y avanzar en el diálogo. Meir, dijo, entendería que el tamaño de la fuerza de tanques en el canal tenía sobre todo un significado simbólico:

> Si quisiera atacar, pondría mil tanques a lo largo del canal en una noche. Así que, como señal de mi compromiso con la paz, puedes transmitirle [a Meir] mi garantía de que no pondré tanques en el canal. Pero quiero que la primera ministra entienda que el futuro del acuerdo depende de factores psicológicos. Israel no debe ofender la dignidad de las fuerzas armadas egipcias con exigencias prepotentes. Puede decirle de mi parte que me he comprometido a seguir este camino.[138]

Durante el siguiente viaje (16 de enero), Sadat pidió un mapa con las zonas de limitación de armas propuestas por las fuerzas egipcias e israelíes en el Sinaí. Tachó sumariamente sus numerosas subdivisiones. En su lugar, trazó una simple línea que dividía las zonas en dos partes: una israelí y otra egipcia. Las limitaciones, dijo, debían establecerse en función de la distancia desde esas líneas hasta el canal, no de las fuerzas nacionales.

También propuso una idea ingeniosa para evitar debates sobre quién había cedido ante quién. Israel y Egipto, en lugar de describir el acuerdo como una serie de obligaciones mutuas, debían expresarlo como compromisos mutuos con el presidente de Estados Unidos. De esta forma, el acuerdo estaría indirectamente garantizado por Washington. Para subrayar el papel estadounidense en la supervisión, propuso la creación de dos unidades de inspección técnica de la ONU en el canal de Suez que utilizaran tecnología y personal estadounidense.[139] Solo hicieron falta dos viajes más para dar forma definitiva al primer acuerdo de retirada.

Tras meses de guerra y maniobras tácticas, Sadat no había

necesitado más que una semana de diálogo para crear una situación en la que ambas partes se atrevieran a pronunciar la palabra «paz». Después de aprobar el documento final del grupo de trabajo para que se enviara a Israel, añadió un mensaje para Meir sobre su compromiso con una paz genuina; se parecía a lo que había dicho durante la discusión sobre los límites de los tanques unos días antes:

> Debe tomar en serio mi palabra. Cuando manifesté mi iniciativa en 1971, lo dije en serio. Cuando amenacé con la guerra, lo dije en serio. Cuando ahora hablo de paz, lo digo en serio. Hasta ahora no habíamos mantenido ningún contacto. Ahora tenemos los servicios del doctor Kissinger. Utilicémosle y hablemos entre nosotros a través de él.[140]

Todavía faltaba un paso para el diálogo directo. La primera ministra israelí me recibió en la cama con gripe. «Eso es bueno», dijo lacónicamente. «¿Por qué lo hace?». Un día después, se decidió por una respuesta formal. Llevé el texto final del acuerdo a Sadat, junto con la contestación de Meir, su primer contacto oficial y directo con un jefe de Gobierno israelí. Un fragmento de su carta privada decía:

> Soy muy consciente de la importancia del mensaje que la primera ministra de Israel ha recibido del presidente de Egipto. Supone, de hecho, una fuente de gran satisfacción para mí y espero sinceramente que continúen estos contactos entre nosotros a través del doctor Kissinger y sean un punto de inflexión importante en nuestras relaciones.
>
> Por mi parte, haré todo lo posible para establecer la confianza y el entendimiento entre nosotros.
>
> Nuestros dos pueblos necesitan y merecen la paz. Estoy firmemente convencida de que la paz es el objetivo al que debemos dirigir todas nuestras energías.
>
> Permítame reiterarle lo que usted dijo en su mensaje: «Cuando hablo de paz permanente entre nosotros, lo digo en serio».[141]

Sadat acababa de leer la carta y de doblarla cuando un asistente entró en la habitación y le susurró algo al oído. Sadat se acercó a mí y me besó en ambas mejillas: «Acaban de firmar el acuerdo de retirada en el kilómetro 101. Hoy me quito el uniforme militar; espero no volver a ponérmelo salvo en ocasiones ceremoniales».

Añadió que partiría ese mismo día hacia las capitales árabes, donde explicaría lo que se había negociado. Le dije que yo iría esa tarde hacia Damasco para continuar el proceso gradual con Asad, aliado de Sadat en la guerra y socio en el acuerdo árabe de 1967 que negaba la posibilidad de negociar la paz con Israel. Era importante para la posición de Sadat en el mundo árabe que se hicieran algunos avances en nombre de Siria.

Sadat, aunque aprobaba la diplomacia, tenía otra idea: «Sería bueno que pasara un día en Luxor para experimentar la grandeza de la historia y —añadió tras una de sus pausas— su fragilidad».

La dimensión siria

De todos los individuos cuyos perfiles aparecen en este libro, Sadat fue aquel cuya visión filosófica y moral constituyó un mayor avance para su época y contexto. El presidente sirio Hafez al Asad, por el contrario, adoptó un enfoque puramente práctico. Despiadado y muy inteligente, aspiraba a liderar el mundo árabe al tiempo que era consciente de su incapacidad para conseguirlo.

Siria, a diferencia de Egipto, tenía una historia relativamente corta de autogobierno. Siglos de conquistas y divisiones, de logros que se alternaban con catástrofes, habían reducido la importancia del país y la confianza en sí mismo necesarias para actuar de forma autónoma. Asad, que carecía de la fe de Sadat

en las capacidades internas de su país, mantuvo a Siria en enfrentamientos con su entorno internacional mediante la tenacidad, la fuerza de voluntad y la astucia.

Damasco es al mismo tiempo el origen del nacionalismo árabe moderno y un ejemplo de su frustración a manos de los extranjeros. Asad me dijo en una ocasión que, antes de la Primera Guerra Mundial, Siria había sido traicionada por Turquía, luego por Reino Unido y Francia, y después de la Segunda Guerra Mundial por Estados Unidos al apoyar al Estado de Israel. Por lo tanto, no tenía ningún incentivo para establecer una relación de cooperación con Estados Unidos y no hizo ningún esfuerzo por implicar a Siria en las propuestas occidentales de paz. Estaba indignado por los esfuerzos que Sadat había llevado a cabo de forma unilateral, hasta el punto de negarse a recibir al presidente egipcio en Damasco tras el acuerdo de retirada, aceptando en su lugar el informe de Sadat sobre el primer viaje en el aeropuerto.

Pero Asad estaba dispuesto a promover los intereses específicos de Siria. En concreto, quería recuperar el territorio situado a lo largo de la carretera de Damasco que Israel había conseguido en la ofensiva final de la guerra de Octubre, y aplicar la retirada militar del acuerdo del Sinaí a los Altos del Golán, ocupados por Israel desde 1967.

Nuestro diálogo consistió, pues, en discusiones muy detalladas sobre acuerdos militares. Ningún lenguaje elevado impulsó el proceso. Se trataba de una progresión práctica que a veces había que rescatar de las crisis que el propio Asad provocaba. En una ocasión, describí la táctica negociadora de Asad como si se acercara al borde de un precipicio y saltara de él de vez en cuando, contando con la presencia de un árbol que detuviera su caída y le permitiera volver a subir.

Utilizando como modelo los principios del acuerdo del Sinaí sobre la separación de las fuerzas, pero sin el acelerador de la

visión moral de Sadat, Asad hizo que las negociaciones sirias y los viajes de ida y vuelta duraran treinta y cinco días de negociaciones paso a paso. Cada reunión en Damasco conllevaba tres etapas, todas presididas por Asad: una discusión inicial y extensa a solas con él, únicamente con mi intérprete; una sesión con los asesores militares de Asad; y una reunión con los ministros civiles. (Excluía a su intérprete de la primera reunión para poder limitar lo que sabían sus subordinados del informe que yo traía de Jerusalén). Era un estilo de toma de decisiones enrevesado, pero le permitía distribuir la información como le pareciera oportuno. Asad también hacía que las reuniones fueran muy largas, de modo que los dirigentes israelíes no encontraban explicación para esa duración y estaban en vilo.

En la noche del trigésimo cuarto día, Asad llevó la situación a un punto en el que la ruptura parecía inevitable. Ya habíamos redactado el comunicado que anunciaba el fin de las negociaciones y literalmente yo me dirigía a la puerta para salir de nuestra supuesta reunión final, cuando Asad encontró la manera de reanudar el debate. Entonces dedicó cinco horas a negociar lo ya negociado y al final nos mantuvo regateando hasta la noche.

Al final, los sirios exprimieron hasta la última gota: la línea de demarcación se ajustó unos cientos de metros en una dirección neutral. Básicamente, Israel se retiraría de los territorios situados a dieciséis kilómetros al sur de Damasco y de la ciudad de Quneitra. Las fuerzas enfrentadas y sus armas estarían separadas casi cincuenta kilómetros, de modo que las armas pesadas no pudieran llegar a la línea del adversario. [142] Las garantías de cumplimiento, como en el acuerdo egipcio, se hicieron en una carta de las partes dirigida al presidente de Estados Unidos.

No hace falta decir que los viajes de negociación sirios no

terminaron con el mismo sentimiento elevado que su equivalente egipcio. El acuerdo entre Siria e Israel fue una negociación brutal entre adversarios que apenas adaptaron su posición relativa. Asad optó por seguir las soluciones prácticas de Sadat, pero rechazó su marco moral. Sin embargo, aunque no se mencionara la naturaleza de la paz, Asad estuvo dispuesto a llegar a acuerdos concretos que dificultaban mucho el inicio de una guerra. Esas disposiciones realistas, sin rastro de emoción, eran a la vez prácticas y observables.

Al final, las disposiciones del llamado Acuerdo del Golán fueron duraderas, en parte porque, aunque Asad podría haberlas roto, nunca lo hizo. A pesar de su orgullo y astucia, al final aceptó —en la práctica— una forma indirecta y silenciosa de reconocer a Israel. Para un radical tuvo que ser un proceso extremadamente duro aceptar esa posibilidad. Su creencia en la enemistad con Israel era más intensa que la de Sadat, por lo que su camino fue más difícil y su progreso, menor. Pero, al igual que Meir desde el otro extremo del telescopio, había vislumbrado la virtud del final del conflicto.

Asad no podría haber logrado ni sus propósitos externos ni su cambio interno si no hubiera sido por la iniciativa de Sadat. Pero sí contribuyó de manera sustancial, aunque lo hiciera mediante la persecución de objetivos más mundanos, a la resolución gradual de las disputas regionales. Y, paradójicamente, la capacidad de Asad de quitarle cualquier idealismo a la negociación hizo políticamente posible que Sadat continuara el camino para hacer realidad su visión.

Un paso más hacia la paz: el acuerdo del Sinaí II

Tras el acuerdo de retirada sirio, Sadat esperaba volver al proceso de paz con Israel. El siguiente paso lógico habría sido

un acuerdo sobre Cisjordania, en la orilla occidental del río Jordán, ocupada por Israel en la guerra de junio de 1967. Pero esa vía quedó descartada por la política interna árabe.[143] Aunque Cisjordania había estado bajo el gobierno *de facto* de Jordania, ni formaba parte de este país ni era soberana. Y, el 28 de octubre de 1974, poco después del acuerdo con Siria, la Liga Árabe designó a la OLP como el único representante legítimo de los palestinos. Esto aseguraba que cualquier intento de Israel de retirarse de Cisjordania mediante una negociación con el rey Husein de Jordania provocaría un conflicto civil inmediato en el mundo árabe. E Israel no estaba dispuesto a tratar con la OLP, que había jurado su destrucción.

Cisjordania quedó de este modo fuera de la diplomacia gradual. Otra negociación entre Egipto e Israel, sobre una mayor retirada israelí del Sinaí, parecía la única vía factible para avanzar.

Sin embargo, eso tuvo que esperar hasta que el impacto de la dimisión de Nixon, en agosto de 1974, fuera asimilado. Había que dejar tiempo para que el presidente Gerald Ford se informara internamente y reuniera a su propio personal de la Casa Blanca. En su primera declaración pública me nombró secretario de Estado, asegurando así la continuidad.

En realidad, la garantía más importante de continuidad era la personalidad del nuevo presidente. Criado y educado en Michigan, Ford encarnaba las cualidades más admirables del corazón de Estados Unidos: el patriotismo, la confianza en el compañerismo y en los propósitos estadounidenses, y un extraordinario sentido común. De acuerdo con los principios de paz para Oriente Próximo que habían evolucionado durante el mandato de su predecesor, estaba ante todo comprometido con la superación de las divisiones internas de Estados Unidos.

Israel también había experimentado un cambio de líderes. La primera ministra Meir había sobrevivido a las elecciones del

diciembre anterior, pero las críticas públicas por supuestos fallos en el preludio de la guerra de 1973 la convencieron de apartarse. Su sucesor fue Isaac Rabin, el primer *sabra* (israelí de nacimiento) en convertirse en primer ministro de la nación. Rabin había sido comandante del ejército israelí en la guerra de 1967 y sus victorias le habían convertido en un héroe nacional. Al igual que Sadat, era un soldado que había dirigido sus aspiraciones a trascender la guerra. En un conmovedor discurso como primer ministro, dijo:

> Como antiguo militar [...] siempre recordaré el silencio del momento previo: la quietud cuando las manecillas del reloj parecen avanzar, cuando el tiempo se acaba y en otra hora, otro minuto, estallará el infierno.
>
> En ese momento de gran tensión, justo antes de que el dedo apriete el gatillo, justo antes de que la mecha comience a arder; en la terrible quietud del momento, aún hay tiempo para preguntarse, para preguntarse a solas: ¿es realmente imperativo actuar? ¿No hay otra opción? ¿Ningún otro camino?[144]

Rabin era tan diferente de Meir como cabía imaginar. Ella había llegado a Israel como una pionera. Para ella, cada centímetro cuadrado del territorio israelí se había ganado con sangre y, por lo tanto, era sagrado; según esta mentalidad, cambiar tierras por la paz era cambiar lo absoluto por lo muy posiblemente efímero. Para Rabin, nacido en el país, la maravilla de la existencia de Israel parecía menos relevante que las necesidades de su supervivencia. En su opinión, basada en milenios de historia judía, la precariedad histórica de Israel solo podía superarse vinculando a su pueblo con sus vecinos árabes. Muy inteligente y culto, Rabin consideraba el proceso de negociación desde un punto de vista analítico. Para él, el enfoque gradual era una preferencia que él expresaba como «un trozo de tierra por un trozo de paz».

La versión intelectual del enfoque paso a paso que desarrolló Rabin aún no se había expresado plenamente a principios de 1975, cuando él y Sadat empezaron a explorar negociaciones tentativas según el modelo del Sinaí a través de la mediación estadounidense.[145] Las primeras etapas fueron tranquilas: los dos hombres estaban comprometidos con la idea de la paz y acordaron un enfoque gradual y en varias etapas. Para el siguiente paso, ambos se inclinaron por otra retirada israelí: Sadat para continuar el viaje por separado de Egipto hacia la paz, Rabin para familiarizar a su díscolo gabinete con los hechos de la vida internacional.

En marzo de 1975, Rabin envió una carta a Sadat a través de mí. Expresaba a su manera creencias similares a las que Meir había escrito en enero de 1974:

> Siempre he tenido la firme convicción de que Egipto, en virtud de su herencia cultural, su fortaleza, su tamaño e influencia, cuenta con una voz destacada en el esfuerzo para pacificar nuestra región. Por lo que me ha transmitido el doctor Kissinger, así como por sus declaraciones públicas, tengo la seguridad de que usted está decidido a realizar arduos esfuerzos para lograr una solución.
>
> Yo, por mi parte, estoy decidido a hacer todos los esfuerzos posibles para promover la paz entre nosotros, y con este espíritu expreso el deseo de que aún logremos alcanzar un acuerdo que haga honor a nuestros dos pueblos.[146]

Cuando le entregué la carta, Sadat me preguntó a quién se le había ocurrido. Admití que yo la había alentado. A continuación preguntó: «¿La han escrito ellos? Eso es aún más importante». Respondí sinceramente que la carta la había redactado Rabin. Al día siguiente, Sadat pidió verme a solas y dio la siguiente respuesta oral:

> Mi postura es que la fuerza nunca volverá a desempeñar un papel en

> las relaciones entre nuestros dos pueblos. Yo intentaré controlar al pueblo árabe si Rabin controla al pueblo israelí. Estoy resuelto a llevar a cabo la retirada definitiva a las líneas acordadas solo por medios pacíficos. Si se organiza una conferencia en Ginebra después de la firma de este acuerdo, no tocaré en Ginebra este acuerdo ni cambiaré nada entre nosotros. Asegúrele a Rabin de mi parte que no sueño con resolver esto en Ginebra. Cualesquiera sean los problemas, no utilizaré la fuerza. Estoy dispuesto a reunirme con Rabin siempre que se ponga fin a la ocupación israelí del territorio egipcio.[147]

La idea que entonces estaba sobre la mesa era otra retirada israelí, esta vez más allá de los pasos del centro del Sinaí. A cambio, Rabin esperaba una declaración egipcia de no beligerancia. Pero surgió un problema con la fórmula «un trozo de tierra por un trozo de paz»: concretamente, que la paz no era tan divisible como la tierra. Sadat no estaba preparado para declarar el fin total de las hostilidades, pero estaba dispuesto a aceptar que no cometería una serie de actos beligerantes definidos en una lista. Los pasos hacia la paz que Egipto debía proponer para que se produjera la retirada israelí más allá de los pasos resultaron controvertidos en Israel, y debían ser algo más que una fraseología emotiva. En la medida en que las palabras pudieran lograrlo, no cabía pensar mayor garantía contra las pesadillas de Israel que la comunicación de Sadat con Rabin a través de la mediación estadounidense. Pero la historia judía había demostrado que las garantías por sí solas no protegían de la tragedia; la fragilidad de los designios humanos requería disposiciones legales o constitucionales para garantizar su eficacia.

El gabinete y el Parlamento israelíes tenían que aprobar un acuerdo para el que Rabin, como todos sus predecesores, solo poseía una pequeña mayoría: sesenta y cinco de ciento veinte votos.[148] Las divisiones dentro del gabinete —manifestadas sobre todo por el ministro de Defensa, Shimon Peres (que más

tarde sería la principal paloma de Israel, pero que en esa época era un partidario de la línea dura)— también podían poner en peligro cualquier plan de paz.

En marzo de 1975 ya había un borrador del tratado. Pero aún tenía elementos imprecisos que debían explicitarse, sobre todo en lo relativo al estado de beligerancia. El 18 de marzo, en respuesta a las objeciones de Rabin, Sadat y Fahmy se comprometieron a que Egipto no utilizaría la fuerza incluso si el proceso de paz fracasaba. Sadat también prometió, tanto a Israel como en una carta al presidente estadounidense, que no atacaría a Israel si este hacía la misma promesa a Egipto y de la misma forma. Y Sadat aceptó de manera explícita que los pasos del Sinaí de los que se retiraría Israel serían controlados por las fuerzas de la ONU en lugar de ser entregados a Egipto.

Sin embargo, el gabinete israelí aún no estaba listo para aceptar lo que antes de la guerra de 1973 se habría considerado el cumplimiento de sus deseos. Yigal Alon, el ministro de Asuntos Exteriores, se había opuesto por completo a las negociaciones con Egipto y prefería las conversaciones con Jordania sobre Cisjordania. El ministro de Defensa, Peres, un viejo rival de Rabin, seguía defendiendo la línea dura, rechazando de manera categórica la idea de renunciar al control de los pasos del Sinaí por cualquier cosa que no fuera un compromiso explícito de no beligerancia.

Sadat pensaba que no podía comprometerse formalmente a poner fin a las hostilidades sin romper los vínculos de Egipto con el mundo árabe, así que los negociadores israelíes buscaron como sustituto una lista multiplicada de contingencias. De esta forma, Sadat podía conceder la esencia de la «paz» punto por punto sin utilizar la frase.

Al final, estos trozos de paz resultaron insuficientes para el trozo de tierra previsto. Las negociaciones se rompieron, por esos matices, a finales de marzo de 1975. Los viajes de la

negociación se detuvieron. Fue, como me dijo Rabin, «una tragedia griega».[149]

El presidente Ford nunca se había involucrado en la diplomacia de Oriente Próximo, pero estaba muy familiarizado con los elementos militares gracias a su trabajo en el Comité de Servicios Armados de la Cámara de Representantes. Se reunió con Rabin y con Sadat. El encuentro con Sadat pareció afectado por el gafe de las reuniones presidenciales con los líderes árabes, porque las cuestiones nacionales superaron de repente a los problemas en Oriente Próximo. La primera vez que Sadat se reunió con Nixon, el Watergate estaba en su apogeo, y Nixon dimitió seis semanas después. El fin de semana que conoció a Sadat, Ford se vio obligado a despedir a su secretario de Defensa, James Schlesinger, y al director de la CIA, William Colby, con el fin de despejar el camino para la campaña presidencial de 1976. Hubo que dedicar bastante tiempo a asegurarle a Sadat la constancia de la Administración de Ford.

Ford se tomó mal la suspensión de las negociaciones. Sin ocultar su inquietud, que yo compartía, había decidido dar tiempo a Rabin para que concluyera el debate interno israelí. Esto lo facilitó Peres, que había cambiado y ahora apoyaba el siguiente paso, siempre que el sistema de inspección de la ONU mejorara, situándose cerca del centro del Sinaí. Sadat ofreció otro incentivo, al proponer que los puestos de alerta en el Sinaí fueran atendidos por estadounidenses y al decirle a su ministro de Exteriores: «Esta es una propuesta importante. Los estadounidenses serían testigos. Sería una garantía total para los israelíes».[150]

El 1 de septiembre de 1975 se llegó a un acuerdo. No generó la euforia del primer acuerdo de retirada, pero fue sustancialmente más importante. Egipto e Israel estaban equilibrando las necesidades militares con las condiciones políticas. Ambas partes declararon que, en determinadas

cuestiones definidas, no se utilizaría la fuerza. Israel renunció a los pasos.[151] Egipto renunció al uso de la fuerza contra Israel en una serie de circunstancias, comprometiéndose incluso a no apoyar a Siria en otro ataque a Israel. Estas medidas definirían las percepciones mutuas de Israel y de Egipto. Sadat y Rabin buscaban una solución integral, no para toda la región, sino básicamente entre ellos.

Las opciones de ambas partes se estrecharon a consecuencia de sus logros: en el caso de Sadat, por su creciente acercamiento al límite de lo que su pueblo podía entender o soportar, y, en el caso de Rabin, por su desplazamiento gradual hacia una nueva definición de la paz que ya no era una cuestión de trozos de tierra.

El viaje de Sadat a Jerusalén

Tanto Israel como Egipto comprendían el poco espacio que les quedaba para alcanzar otro acuerdo provisional en el Sinaí. Pero a finales de 1976, poco antes de las elecciones en Estados Unidos, empezaron a explorar otro paso, que consistiría en trazar una línea desde El Arish a Ras Muhammad, dentro del territorio israelí, a más de treinta kilómetros de la frontera. De hecho, se trataba de la misma «línea Kissinger» que Sadat había propuesto en nuestra primera reunión casi tres años antes. Si Ford hubiera ganado las elecciones, la línea El Arish-Ras Muhammad habría sido su primera medida de política exterior como presidente, en contrapartida por el fin de las hostilidades.

En el último año de la Administración Ford y el primero de la de Jimmy Carter, Sadat intentó que Estados Unidos compartiera su visión de una paz más amplia. En agosto de 1976, le dijo a Hermann Eilts, el embajador estadounidense, que esperaba que pronto llegara una nueva propuesta

estadounidense y que, si esta no llegaba, animaría a los israelíes a «poner todas las cartas sobre la mesa».[152]

Durante la campaña electoral de 1976, el equipo de Carter se había comprometido a lograr un acuerdo general entre Israel y todos sus vecinos árabes, que debía alcanzarse en una conferencia con todas las partes, en la que el futuro de Palestina sería el asunto clave. La toma de posesión del presidente Carter en enero de 1977 puso fin, pues, a la estrategia estadounidense de seguir un proceso gradual.

El 3 de abril de 1977, convencido de que «los estadounidenses tienen más del 99 por ciento de las cartas de la partida», Sadat presentó un plan de paz al recién investido presidente Carter.[153] Al reiterar la necesidad de un Estado palestino y la retirada de Israel a las fronteras de 1967, Sadat dijo que él estaba dispuesto a reconocer formalmente a Israel y que no se opondría a la ayuda o las garantías que Estados Unidos diera al futuro Estado palestino.[154]

Nada podría haber estado más lejos de las intenciones de Sadat —o de los israelíes— que una conferencia multilateral sobre Oriente Próximo, ni, por supuesto, el intento de llegar a un acuerdo integral. Por un lado, cualquier reunión de esa naturaleza daría pie a propuestas para que se restablecieran las fronteras previas al estado de 1947, que ningún partido político israelí aceptaba, por lo menos en lo que concernía a Cisjordania; el plan de partición de 1947 proponía una línea en Cisjordania a menos de quince kilómetros de la carretera entre las dos principales ciudades de Israel, Tel Aviv y Haifa, y más cerca aún del aeropuerto Ben Gurion, el único centro internacional de Israel. Por otro lado, una conferencia con la presencia de todas las partes también resucitaría la cuestión de la presencia de la OLP —que Israel se negaba a contemplar— y el problemático asunto de la participación soviética. Sadat seguía oponiéndose a una conferencia amplia porque habría

vuelto a establecer la influencia soviética en Oriente Próximo, dando a Siria poder de veto sobre la diplomacia egipcia y amenazado su idea de cómo podía alcanzarse la paz de manera gradual.

Sin embargo, al presidente Carter no le convenció la propuesta que Sadat hizo en abril y le molestó la resistencia de los egipcios a su enfoque integral. Para vencer las objeciones de Sadat, el 21 de octubre de 1977, Carter le pidió directamente que apoyara la conferencia.[155] Temeroso de que el presidente le obligara a embarcarse en una acción diplomática en la que los hostiles soviéticos y los suspicaces aliados árabes bloquearan sus propuestas, Sadat saltó directamente a los objetivos últimos. Si iba a alcanzarse un rediseño duradero de la relación entre Egipto e Israel, haría falta otro golpe al sistema. Sadat escribió más tarde que los intentos de Carter de impulsar la paz «encaminaron por primera vez mis ideas hacia la iniciativa que iba a adoptar».[156]

El discurso de Sadat durante la apertura del nuevo Parlamento egipcio, el 9 de noviembre de 1977, fue una respuesta a la carta de Carter, que incluyó la conocida alusión a «ir hasta los confines de la tierra para encontrar la paz»[157] Esta vez, con todo, añadió una breve mención a una hipotética visita a Israel: «A Israel le sorprenderá oírme decir que no me niego a ir a su casa, a la propia Knéset, para hablar de paz con ellos».[158]

Sadat enterró la referencia a la Knéset entre menciones positivas sobre la Conferencia de Ginebra que había propuesto Carter,[159] que no se atrevió a rechazar. En un gesto hacia Yasir Arafat, el líder de la OLP, que se encontraba entre el público, insistió en que entre las partes negociadoras de esa conferencia estarían representantes palestinos, un requisito que sabía que los israelíes no aceptarían. Aunque la seriedad de su compromiso con la paz era evidente,[160] casi nadie se dio

cuenta de que en realidad estaba sugiriendo la idea de una visita a Israel y que no tenía la intención de ir a Ginebra.

Sin embargo, el primer ministro israelí, Menachem Begín, recogió el mensaje de Sadat. Begín había sustituido a Rabin como primer ministro en mayo de 1977. Tras emigrar de Polonia en 1942, primero había ejercido como líder de Irgún, una unidad paramilitar clandestina, y después estuvo tres décadas en la oposición política. Tenía una concepción inflexible y legalista de las negociaciones. Pero no descartaba una «paz vinculante» con Egipto, siempre que no incluyera las fronteras previas a 1967.[161] El 15 de noviembre —quizá de buena fe, o tal vez para poner a Sadat en desventaja ante la opinión pública mundial— Begín recogió la iniciativa e invitó formalmente al presidente egipcio a Jerusalén.[162]

Para asombro de todo el mundo, el 19 de noviembre, un sábado, justo después de que anocheciera—para respetar el sabbat—, el avión de Sadat aterrizó en Israel. Yo había llamado a Sadat el día anterior para felicitarle por su última y osada iniciativa de paz. Me pareció que estaba relajado y en paz consigo mismo. ¿Qué figura relevante israelí, me preguntó, creía que le iba a causar una mayor impresión? Él pensaba que probablemente fuera el apuesto Ezer Weizman, antiguo comandante de la fuerza aérea israelí y ahora ministro de Defensa en el Gobierno de Begín (y en su juventud miembro del clandestino Irgún). Sugerí que Dayan era una posibilidad. Ambos estábamos equivocados. Resultó que fue «la vieja» (Golda Meir), que se encontraba entre los líderes israelíes del comité de recepción que esperaba en el aeropuerto.[163]

El ambiente tras la llegada de Sadat era tenso: los israelíes medio se esperaban una emboscada, mientras que el equipo de seguridad de Sadat temía por su integridad. Los radicales de ambos bandos podrían haber utilizado ese momento histórico para acabar de una vez por todas con la iniciativa. Pero

algunos acontecimientos trascienden los cálculos ordinarios. La frialdad inicial se desvaneció cuando, con una fanfarria de trompetas, numerosos israelíes vitorearon y dieron la bienvenida al presidente egipcio. Era una visita que, antes, nadie se había atrevido a imaginar.

La mañana posterior a su llegada, un domingo, Sadat rezó en la mezquita de al Aqsa y después visitó la iglesia del Santo Sepulcro y Yad Vashem, el monumento conmemorativo y museo israelí del Holocausto. Luego, su primer acto oficial consistió en dirigirse a la Knéset. Su mera presencia en esa institución suponía un cuestionamiento radical de la posición histórica de los árabes. El discurso en sí, pronunciado en árabe clásico tradicional, descartó la consolidada retórica de arraigada enemistad. No consignó el logro de la paz a las tácticas de décadas de recriminación, sino a las almas de los adversarios:

> La franqueza me obliga a deciros lo siguiente:
>
> En primer lugar, que no he venido aquí para lograr un acuerdo separado entre Egipto e Israel [...] en ausencia de una solución justa para el problema palestino, nunca se producirá esa paz perdurable y justa en la que el mundo insiste. En segundo lugar, no he venido aquí ante vosotros a buscar una paz parcial, es decir, a acabar con el estado de beligerancia en este punto y postergar todo el problema para una fase posterior [...]. Igualmente, no he venido ante vosotros para un tercer acuerdo de retirada del Sinaí, los Altos del Golán o Cisjordania. Porque esto significaría, simplemente, que estamos retrasando la ignición de la mecha.
>
> He venido ante vosotros para que juntos construyamos una paz duradera basada en la justicia, que permita evitar el derramamiento de una sola gota de sangre de ambas partes. Es esa la razón por la que he proclamado mi disposición a ir hasta el último confín de la tierra. [164]

Acordar medidas parciales, dijo Sadat, solo significaría que

«somos demasiado débiles para portar las cargas y las responsabilidades de una paz duradera basada en la justicia». [165] Pero creía que ambas partes eran lo bastante fuertes para lograr esa paz. En el emotivo final del discurso, preguntó: «¿Por qué no tendemos nuestras manos con fe y sinceridad para que, juntos, podamos destruir esta barrera?». [166]

Sadat no definía la paz como una serie cerrada de condiciones, sino, ante todo, como un estado frágil, vulnerable, que había que enmendar y defender del renacimiento del conflicto con toda la tenacidad posible. «La paz —proclamó Sadat— no es el mero apoyo a unas líneas escritas. Es, más bien, la reescritura de la historia [...]. La paz es una gigantesca lucha contra toda ambición y todo capricho». [167]

Begín respondió con un discurso, que fue más allá de su habitual enfoque legalista, para superar la inercia del conflicto y aceptar toda la gama de opciones diplomáticas:

> El presidente Sadat sabe, y lo sabía antes de llegar a Jerusalén, que nuestra postura acerca de las fronteras permanentes entre nosotros y nuestros vecinos difiere de la suya. Sin embargo, pido al presidente de Egipto y pido a todos nuestros vecinos: no descartéis las negociaciones sobre ninguna cuestión en absoluto. Propongo, en nombre de la abrumadora mayoría del Parlamento, que todo sea negociable [...]. Todo es negociable. Ninguna parte debería decir lo contrario. Ninguna parte debería presentar condiciones previas. Llevaremos a cabo las negociaciones con respeto. [168]

El viaje de Sadat a Jerusalén fue una rara ocasión en la que el mero hecho de que se produzca un acontecimiento constituye una interrupción de la historia y de esa forma se transforma el ámbito de lo posible. Fue su revolución última, más trascendente y más fiel al espíritu de su liderazgo que el golpe de 1952, la «corrección» de abril de 1971, la expulsión de los soviéticos de julio de 1972 o la guerra de Octubre de 1973

y sus consecuencias posteriores. La visita marcó la plenitud del nacionalismo particular de Sadat, que entendía la paz como una forma de liberación interior.

El tortuoso camino hacia la paz

La guerra de Octubre le había costado a Egipto más de diez mil vidas, entre ellas la del hermano menor de Sadat, un piloto de combate caído en el ataque a un aeropuerto militar israelí. Para Israel, las cifras habían sido de más de dos mil seiscientos fallecidos y más de siete mil heridos.[169] Durante uno de los viajes de negociación, me reuní con Sadat en un hospital militar egipcio y me dijo cuánto había sufrido su país por la guerra y que no necesitaba más mártires.[170]

Los cuatro años siguientes demostraron que Sadat había puesto un obstáculo inicial demasiado alto para ambas partes. Las primeras recriminaciones procederían del mundo árabe. Antes de la visita a Jerusalén, la última reunión entre un jefe de Estado árabe y un líder sionista o israelí había tenido lugar en enero de 1919, cuando el emir Faisal se reunió con Chaim Weizmann.[171] Desde entonces, se habían librado cuatro guerras por los mismos principios que Sadat proclamó que estaba dispuesto a abandonar.

Aparte de los intereses inmediatos, los líderes se sentían personalmente traicionados porque Sadat no les había consultado. En el plano práctico, les preocupaba que su presencia en Jerusalén fortaleciera la posición negociadora de los israelíes.[172] Asad, de Siria, se mostró directamente desdeñoso. Cuando en 1975 le pregunté cuál era su alternativa, respondió con frialdad: «Estáis abandonando Vietnam; abandonaréis Taiwán. Y nosotros estaremos aquí cuando os canséis de Israel».[173]

Dentro del Gobierno de Sadat también había una importante oposición. El 15 de noviembre de 1977, el ministro de Asuntos Exteriores Fahmy dimitió en protesta por la decisión de visitar Jerusalén.[174] La presión de Estados Unidos sobre Israel aumentó. Cuando, el 19 de noviembre, Begín llamó a Carter para confirmar la llegada de Sadat a Jerusalén, Carter le dijo: «Seguro que ha visto que Fahmy ha dimitido. Es necesario que Sadat vuelva a casa con algún logro. Ha corrido muchos riesgos».[175] En vista de esta historia, es curioso que, tras su visita, Sadat fuera acusado en ocasiones de ir a Jerusalén para molestar a Washington. De hecho, trató de hacer justo lo contrario.

En julio de 1977, la Libia de Muamar el Gadafi (por el que Sadat no sentía más que desprecio) había provocado una breve guerra con Egipto por la insistencia de Sadat en buscar la paz con Israel y su rechazo a la propuesta de Gadafi de unirse con Libia. Más tarde, Gadafi describió las acciones de Sadat como una «traición a la nación árabe».[176] Siria y la OLP expresaron una indignación parecida en un comunicado conjunto:

> [La visita de Sadat] junto con el plan Sadat-Begín, no tiene otro objetivo que imponer un *fait accompli* a la nación árabe y así invalidar todos los esfuerzos genuinos de alcanzar una paz justa basada en la retirada total de todos los territorios árabes ocupados.[177]

Un «plan Sadat-Begín» formal era, en ese momento, tan solo una fantasía. Sin embargo, en una conferencia en Trípoli, en diciembre de 1977, Siria, Argelia, Yemen del Sur, Libia y la OLP describieron las acciones de Sadat como «alta traición».[178] Allí decidieron aplicar las punitivas leyes de boicot contra Israel a cualquier entidad egipcia que comerciara con Israel.[179] Poco después, Egipto rompió sus relaciones con

cinco Estados árabes y la OLP.

Sadat tenía la esperanza de que la visita a Jerusalén se complementaría con la relación exclusiva que tenían Israel y Estados Unidos y lanzaría las negociaciones de paz a una nueva fase que permitiera llegar a un acuerdo más robusto y permanente.[180] También previó que un frente árabe dividido daría a Israel nuevas oportunidades para negociar.[181] Pero, en el transcurso del año siguiente, Begín y Sadat solo lograron dar pasos dubitativos hacia la paz. En diciembre de 1977, Begín correspondió a la visita a Jerusalén con una visita a la ciudad egipcia de Ismailía, pero el único resultado de la cumbre fue un acuerdo para llevar a cabo reuniones entre expertos militares y políticos de las dos partes, que pronto quedaron en nada.

Begín, como Sadat, había empezado siendo un revolucionario. A diferencia de Sadat, era el jefe de Gobierno de un país cuyos vecinos rechazaban su derecho a existir. Luchó con tenacidad por cuestiones de simbología y de lenguaje. En 1975, en respuesta al argumento de que Israel tenía que ceder territorio para ser reconocido por sus vecinos árabes, espetó que el pueblo israelí «no necesita legitimidad [...]. Existimos. Por lo tanto, somos legítimos».[182] Begín tenía una preocupación aún más profunda que el reconocimiento; temía, más que sus predecesores, que Sadat pusiera en peligro la relación entre Israel y Estados Unidos que garantizaba su existencia.[183]

En marzo de 1978, Sadat escribió a Begín con unas palabras que recordaban la fórmula con la que Nixon se había dirigido a Hafiz Ismail en febrero de 1973: «La seguridad no debería darse a expensas de la tierra o la soberanía». Egipto ya había reconocido ese principio, escribió Sadat, en lo tocante a la existencia de Israel, y haría lo que pudiera para convencer a los árabes y la comunidad internacional de ello. Pero Israel tendría

que actuar de acuerdo con el mismo principio: en lo tocante a los árabes palestinos, no podía «plantear las cuestiones en términos de tierra y soberanía» y, con respecto a Egipto, no podía exigir el sacrificio de «la tierra y la soberanía» a cambio de la paz. Sadat sugería que podía alcanzarse la seguridad como un equilibrio estable, una armonía acordada, mantenida sobre todo gracias a la superación de fórmulas establecidas y basada en una concepción de la justicia arraigada en la perspectiva del beneficio mutuo y en el logro de una visión compartida de la paz.

Las dos partes no lograron ponerse de acuerdo ni siquiera después de la renovada participación estadounidense en la primavera de 1978. La frustración de Sadat aumentó, como lo hizo el distanciamiento de sus colegas, que sentían que su compromiso con la paz se había vuelto demasiado predominante.

Exasperado, Sadat pidió a Carter que se uniera a la mesa de negociación. El presidente respondió con una invitación, tanto para Begín como para él, a una reunión en Camp David en septiembre de 1978. Al inicio de las conversaciones, que se prolongaron del 5 al 17 de septiembre, las negociaciones bilaterales entre las partes seguían siendo tan tensas que Carter y el secretario de Estado, Cyrus Vance, tuvieron que mediar para ponerlas en marcha.

Sadat tenía problemas incluso dentro de su delegación. Como le dijo a un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores:

> Los del Ministerio de Asuntos Exteriores tenéis la impresión de que entendéis la política. En realidad, sin embargo, no entendéis absolutamente nada. Por lo tanto, no prestaré la menor atención a vuestras palabras ni a vuestros informes. Soy un hombre cuyas acciones están regidas por la más elevada estrategia, que vosotros sois incapaces de percibir o comprender.[184]

No resulta sorprendente que Kamel, el sucesor de Fahmy como ministro de Exteriores, también dimitiera poco después de la conclusión de los Acuerdos de Camp David.[185] Desde el momento en que pisó Jerusalén, Sadat se había comprometido irrevocablemente con la paz entre Egipto e Israel. En el transcurso de doce días de negociaciones, modificó de manera sustancial los elementos de la agenda tradicional árabe.

Tres meses antes de la guerra de Octubre, en 1973, Sadat había rechazado abruptamente las ideas de Estados Unidos acerca de la apertura del canal de Suez:

> Ninguna solución parcial, ninguna solución separada solo con Egipto, ninguna negociación sea la que sea [...]. Mi iniciativa [para abrir el canal de Suez] no estaba concebida en absoluto como una solución parcial o gradual, y no era un fin en sí misma. Lo que dije fue: dejadme poner a prueba vuestras intenciones acerca de la retirada de Israel, para que yo me convenza de que era cierto que completaría su retirada [...]. Cuando se establezca la fecha de la evacuación final, entonces despejaré el canal. Pero ¡no hoy![186]

Cinco años más tarde, en Camp David, Sadat aceptó un acuerdo que, aunque dejaba para el futuro la consumación de su espíritu moral, contenía pasos detallados que se adoptarían de inmediato y otros que se darían más adelante. A pesar de las persistentes diferencias, este se basaba en la confianza que se había ido acumulando, gradual y mutuamente, en el transcurso de los cuatro años anteriores. Ambas partes acordaron renunciar al uso de la fuerza, normalizar las relaciones, firmar un tratado de paz bilateral y permitir la presencia continuada de fuerzas de la ONU en el canal de Suez. Israel acordó retirarse por completo del Sinaí.

El enfoque progresivo había logrado casi todo lo que querían conseguir en una gran conferencia los defensores de un enfoque integral. Al mismo tiempo, la estrategia de Sadat había

alcanzado los objetivos nacionales de Egipto y, más allá de eso, la definición de los principios para la paz y el equilibrio en la región. Israel, por su lado, logró cerrar con un vecino el acuerdo vinculante permanente que había buscado con *todos* ellos en sus décadas de existencia. Israel también accedió a explorar las negociaciones para un tratado de paz con Jordania, así como a iniciar unas negociaciones separadas sobre el estatus final de Cisjordania y Gaza; a permitir que se formara una autoridad palestina de autogobierno; y a incluir a los palestinos en las negociaciones sobre su futuro, de una manera que satisficiera tanto los sustantivos requisitos árabes como los requisitos procedimentales israelíes.

Sadat y Begín compartieron el Premio Nobel de la Paz de 1978 por los Acuerdos de Camp David. El 10 de diciembre de 1978, en su discurso de aceptación, Sadat reiteró su visión de la paz: incluso este triunfo, dijo, no era más que un «fin» provisional en un proceso mucho más largo para obtener la «seguridad [...] la libertad y la dignidad [...] para todos los pueblos de la región». Una paz definitiva y duradera —aún no alcanzada— sería «indivisible» y «general». La paz que él deseaba no se limitaba a «salvar al hombre de la muerte con armas destructivas», también libraba a la humanidad de «los males de la carencia y la miseria».[187] Terminó diciendo:

> La paz es una construcción dinámica en la que todos deberían poner su parte, añadir un nuevo ladrillo. Va mucho más allá de un acuerdo formal o un tratado, trasciende a una palabra aquí o allá. Esa es la razón por la que requiere políticos que dispongan de visión e imaginación y que, más allá del presente, miren hacia el futuro.[188]

Entre la conclusión de los Acuerdos de Camp David y la firma del tratado de paz se produjo un intervalo de seis meses. En ese periodo, siguieron las negociaciones y Sadat dio pasos

adicionales para ofrecer garantías a Israel: aceptó que Egipto dejaría de reclamar un «papel especial» en Gaza y que no se opondría a que Israel recibiera una garantía de Estados Unidos por la pérdida de petróleo en el pequeño campo petrolífero del Sinaí.[189] Finalmente, el 26 de marzo de 1979, después de que la Knéset israelí y la Asamblea del Pueblo egipcia dieran su aprobación, se firmó el tratado de paz en el jardín de la Casa Blanca.

Dos meses más tarde, Begín y Sadat se reunieron en El Arish para transferir el control de la ciudad de los israelíes a los egipcios. Observaron cómo soldados egipcios e israelíes se abrazaban y se comprometían con la paz. Begín recordaría la escena en una carta a Sadat:

> Hemos aprendido a transformar el tratado en una realidad viva de paz, amistad y cooperación. Al afirmar esto no puedo evitar mencionar, con el sentimiento más profundo, el encuentro del que fuimos testigos, juntos, en El Arish, entre los soldados, los inválidos de guerra de Egipto e Israel, que se dijeron unos a otros, y a nosotros: «Basta de guerra». Qué escena tan única y conmovedora.[190]

El desmoronamiento

La invocación de Sadat de una vieja asociación, «la hermandad de Ismael e Isaac», no logró despertar la imaginación de quienes, en ambas partes, era más necesario que la cumplieran. Justo después de que Egipto e Israel acordaran el marco de Camp David, y antes de que firmaran el tratado bilateral que normalizaba las relaciones diplomáticas, quedó claro que Israel retomaría la construcción de asentamientos en Cisjordania y Gaza en cuanto expirara la suspensión de los trabajos por tres meses.[191] Sadat escribió a Begín a finales de noviembre de

1978 pidiendo un calendario para la transferencia de la autoridad «a los habitantes de Cisjordania y Gaza».[192] Begín respondió con una lista de los incumplimientos de Egipto de sus propios compromisos.

Begín interpretó que la redacción del tratado de paz no requería que las fuerzas de defensa de Israel se retiraran de Cisjordania o Gaza y que no se había concedido a los palestinos el estatus de entidad política, sino el de consejo administrativo.[193] El 30 de julio de 1980, la Knéset proclamó de nuevo que Jerusalén era la capital de Israel. Sadat protestó y propuso, en su lugar, una administración unificada de Jerusalén, pero con una soberanía dividida. Begín respondió que la ciudad era indivisible.[194] En una carta que Begín recibió el 15 de agosto de 1980, Sadat escribió que bajo esas circunstancias sería imposible retomar las negociaciones.[195]

Si bien Israel cuestionaba determinadas estipulaciones, el mundo árabe se oponía a toda la agenda de los Acuerdos de Camp David. Los árabes consideraban que el tratado de paz era una violación del acuerdo de la Liga Árabe de 1950 sobre defensa conjunta y cooperación económica, que prohibía a todos los miembros acordar la paz con Israel por separado.[196] Algunos líderes árabes relevantes repudiaron los Acuerdos de Camp David por no establecer el estatus final de Cisjordania y Gaza, y por no incluir a la OLP en las negociaciones.[197] El rey Husein de Jordania denunció el tratado con vehemencia y dijo que estaba «absolutamente destrozado» por las acciones de Sadat.[198] El 31 de marzo de 1979, la Liga Árabe suspendió la pertenencia de Egipto y decidió trasladar su sede de El Cairo a Túnez. En diciembre de 1979, la Asamblea General de las Naciones Unidas votó, por ciento dos votos a favor y treinta y siete en contra, condenar los Acuerdos y otros «pactos parciales» con el argumento de que ignoraban los derechos de los palestinos. Casi todos los

miembros de la Liga Árabe que no habían roto ya las relaciones diplomáticas con Egipto lo hicieron entonces.

La oposición externa árabe alimentó la hostilidad contra Sadat que ya existía en Egipto. Tras la guerra de 1973, al haber cruzado el canal de Suez, el presidente había ganado legitimidad política para deshacerse del legado de Nasser. En la primavera de 1974, presentó su ley nacional más emblemática, la *infitah*, o medida de «puerta abierta», que liberalizó la economía de Egipto. La *infitah* pretendía atraer la ayuda y la inversión extranjeras y provocar un boom económico.

La ayuda llegó: entre 1973 y 1975 los Estados árabes dieron a Egipto más de cuatro mil millones de dólares. Y el apoyo económico estadounidense también se multiplicó, alcanzando los mil millones de dólares anuales en 1977.[199] Esa cifra, que se acercaba a la paridad cuantitativa con la ayuda estadounidense a Israel, era mayor que la ayuda de Estados Unidos a toda América Latina y el resto de África sumadas.[200] Pero, aunque la tasa de crecimiento del PIB de Egipto aumentó, del 1,5 por ciento en 1974 al 7,4 por ciento en 1981,[201] nunca llegó a producirse el boom de inversión y productividad previsto. Egipto no consiguió desarrollar el capital local.[202] Los créditos a corto plazo tenían tipos de interés de hasta el 20 por ciento, y el 90 por ciento de los fondos utilizados en proyectos públicos procedía del exterior.[203] En enero de 1977, cuando Sadat trató de reducir los subsidios a alimentos básicos como el pan, estallaron disturbios en todo el país, con manifestaciones que reunieron a treinta mil personas solo en El Cairo.[204]

Las políticas económicas de Sadat también crearon una clase notable de extranjeros acomodados. Los grupos militantes islámicos, compuestos en gran medida por miembros de clase media o media baja, optaron por la protesta y la oposición explícitas.[205] Algunos de los detractores más acérrimos de

Sadat eran Hermanos Musulmanes a los que el presidente había liberado de la cárcel sin ser consciente del grado en que muchos de ellos, durante su estancia en prisión, se habían convertido en sus enemigos.[206]

Los dos grupos militantes islámicos más poderosos del momento, Anatema y exilio (*al-Takfir wal-Hijra*) y la Organización de Liberación Islámica (*Munazzamat al-Tahrir al-Islami*), que se dedicaban a luchar contra la influencia occidental y el sionismo, también se opusieron a los intentos de paz de Sadat,[207] interpretaron su discurso en la Knéset de noviembre de 1977, en el que describió a Israel como un «hecho establecido», como el reconocimiento del Estado israelí, y por lo tanto una contravención de la doctrina islámica.[208] La propuesta de Sadat de construir una iglesia, una mezquita y una sinagoga en el monte Sinaí, que se había dado a conocer en el verano de 1978,[209] fue denunciada por blasfema. Los fundamentalistas se oponían también de manera acérrima a los proyectos legislativos de Sadat que promovían los derechos de las mujeres, las llamadas «leyes de Jehan» por el nombre de su joven esposa, medio inglesa, que defendía el control de la natalidad y la liberalización de las leyes del divorcio.

La oposición se convirtió en violencia. En julio de 1977 un grupo fundamentalista secuestró y ejecutó a uno de los exministros de Sadat.[210] En respuesta, Sadat aprobó unas leyes que promulgaban la sentencia de muerte para todo aquel que perteneciera a una organización armada secreta.[211] Jehan al Sadat, que entonces estudiaba un máster, se alarmó por la seguridad de su marido. Como recordaría en sus memorias:

> Me pregunté si Anwar era consciente de lo mucho que estaban contra él. Mi marido tenía asesores e informes de inteligencia, pero yo tenía más acceso a la gente [...]. A veces Anwar visitaba las

universidades, pero yo veía todos los días a los fundamentalistas con mis propios ojos. Y, a diferencia de algunos asesores, yo no sentía miedo de hacerle llegar información desfavorable. «El fundamentalismo está creciendo, Anwar», le advertí durante el otoño de 1979. «Si no actúas pronto, pueden hacerse con la fuerza política necesaria para acabar con todo lo que tú defiendes».[212]

Las tensiones en Egipto empeoraron tras la conclusión formal de la paz. En 1979, la Liga Árabe declaró el final de su ayuda económica, así como de los préstamos de bancos privados y las exportaciones de petróleo a Egipto.[213] La Revolución iraní puso a Sadat contra los islamistas, que celebraron el ascenso del ayatolá Jomeini. Sadat y el sah se habían convertido en amigos personales mientras el primero aún era vicepresidente, y el segundo le había concedido ayuda financiera tras la guerra de 1973 y reservas de petróleo durante un periodo de escasez en 1974.[214] Y siguió apoyando a Sadat después del viaje a Jerusalén.[215] En 1980, Sadat daría la bienvenida a Egipto al sah exiliado, cuando su refugio en Panamá se vio amenazado por peticiones de extradición de los iraníes.[216]

Los problemas internos de Sadat se vieron agravados por la inquietud entre los revolucionarios de 1952, que desde entonces habían gobernado apoyándose en el prestigio del ejército y la capacidad de Nasser de suscitar pasiones entre las masas. Aunque Sadat llevó a cabo algunas reformas políticas —por ejemplo, sustituir en 1976 el sistema de partido único por unas elecciones multipartidistas y utilizar referéndums para sortear a la Asamblea Nacional—, no había alterado en lo fundamental la constitución del Gobierno de los Oficiales Libres, que consagraba el gobierno autoritario, y también había mantenido el dominio de la élite militar. Al percibir el aumento de la oposición, Sadat, aislado, siguió su táctica habitual de enfrentarse a sus oponentes de manera directa. Restringió la

libertad de expresión, disolvió los sindicatos de estudiantes y prohibió las incitaciones al extremismo religioso.[217]

En el proceso, Sadat redujo el grupo de quienes le rodeaban y se encontró con un dilema clásico. Cuanto más profundo era el conflicto con la mayoría ideológica, y menores sus apoyos, más precaria se volvía su situación. En septiembre de 1981, después de un verano de violencia entre musulmanes y coptos, Sadat llevó a cabo detenciones masivas y encarceló a más de mil quinientos activistas.[218] Llegó a detener al papa copto y al guía supremo de la Hermandad Musulmana.[219]

El crecimiento continuado del extremismo religioso planteaba una paradoja fundamental para el programa interno de Sadat. Como dijo un observador contemporáneo, «cuanto más liberal y democrático quiere ser [Sadat] para llevar a cabo su sueño, más atento debe mostrarse, y más activo, ante las demandas populares de volver a la tradición del islam».[220] Su búsqueda del sueño de la reconciliación se convirtió en la elección del martirio.

El asesinato

De niño, Sadat había admirado la lucha de los patriotas egipcios por la independencia. Le gustaba una leyenda en particular, la de Zahran, un joven egipcio al que los británicos habían sentenciado a la horca. Mientras otros se dejaban llevar mansamente hacia su destino, Zahran caminó hasta el cadalso con la cabeza alta y proclamó desafiante: «Muero por liberar Egipto». La hija de Sadat, Camelia, escribió que, durante toda su vida, su padre había modelado su conducta a partir del ejemplo de Zahran.[221]

El 6 de octubre de 1981, Egipto celebraba el octavo aniversario de la guerra de Octubre. Sadat estaba sentado en

una tribuna desde la que pasaba revista al desfile militar, cuando de repente uno de los camiones redujo la velocidad y se paró. Un grupo de soldados —fundamentalistas dentro del ejército egipcio, entre ellos un miembro de la Yihad Islámica que había escapado de las últimas detenciones— empezó a disparar a Sadat. Mataron al presidente y a otras diez personas.

Sadat había creído que Egipto alcanzaría la libertad primero mediante la independencia y después mediante la reconciliación histórica. Su objetivo era resucitar un antiguo diálogo entre judíos y árabes, basado en su idea de que sus historias estaban condenadas a entrelazarse. Fue precisamente esta creencia en la compatibilidad y la coexistencia de sociedades basadas en distintas fes religiosas lo que a sus oponentes les parecía intolerable.

Justo después del ataque, el primer ministro Begín elogió la visita de Sadat a Jerusalén y declaró que había sido «asesinado por los enemigos de la paz». Y añadió:

> Su decisión de venir a Jerusalén y la recepción que le dedicaron el pueblo, la Knéset y el Gobierno de Israel será recordada como uno de los grandes acontecimientos de nuestro tiempo. El presidente Sadat no prestó atención a los insultos y la hostilidad, y siguió adelante con sus intentos de abolir el estado de guerra con Israel y llegar a la paz con nuestra nación. Era un camino difícil.[222]

El funeral de Sadat se celebró el 10 de octubre. El presidente Reagan, que acababa de sobrevivir a un intento de asesinato, no pudo asistir. En su lugar —y como símbolo del respeto estadounidense— mandó a los presidentes Nixon, Ford y Carter, junto con el secretario de Estado, Alexander Haig, el secretario de Defensa, Caspar Weinberger, y la embajadora en Naciones Unidas Jeane Kirkpatrick. Como cortesía especial, me sumó a la delegación, aunque entonces yo me dedicaba a la

vida privada.

El funeral fue un acontecimiento extraño: estuvo muy controlado por las fuerzas de seguridad y en el ambiente seguía habiendo una sensación de shock. Las calles estaban tranquilas; no se vio la expresión pública de dolor que había acompañado el funeral de Nasser. La identidad del grupo responsable de su asesinato aún no se había esclarecido, pero era evidente que había sido un complot de alto nivel, al menos dentro del ejército.[223] Esto significaba que los importantes invitados que se encontraban en el cortejo fúnebre —entre ellos los tres expresidentes estadounidenses, Begín, Lee Kuan Yew, el príncipe de Gales, el ex primer ministro británico James Callaghan, el secretario de Asuntos Exteriores británico, lord Carrington, el presidente francés François Mitterrand y el expresidente Valéry Giscard d'Estaing, el canciller alemán Helmut Schmidt y Hans-Dietrich Genscher, ministro de Asuntos Exteriores de Alemania, y la presidenta del Parlamento Europeo Simone Veil—[224] tuvieron que ser protegidos como objetivos potenciales.

Solo dos días antes, unos insurgentes habían intentado tomar un cuartel de la seguridad regional en el sur de El Cairo. El Gobierno libio, que celebró la muerte del presidente Sadat, estaba difundiendo falsas informaciones sobre otros episodios de violencia en Egipto. Cuando varios cientos de dolientes intentaron sumarse al cortejo, los guardias dispararon al aire para mantenerlos a raya.

Las alrededor de cien personalidades invitadas habían sido reunidas en una tienda en los mismos terrenos donde se había llevado a cabo el desfile en el que fue asesinado Sadat. Después de una espera que superó con creces la hora, caminamos tras el féretro siguiendo la misma ruta que había hecho el desfile militar cuatro días antes, pasando junto al lugar en el que había sido asesinado Sadat de camino a su entierro.

El aire escalofriante del funeral era un eco de las inestables perspectivas para Oriente Próximo. La conducta de Sadat había reflejado la confianza que él tenía en que sus homólogos podían escoger su mismo camino; su muerte simbolizaba el castigo que quizá tuvieran que sufrir. Mientras algunos regímenes radicales —ejemplificados por el reinado de violencia política de Gadafi, que patrocinaba el terrorismo desde Escocia hasta Berlín— oprimían a partes del mundo árabe, los partidarios de la moderación se encontraban en peligro. Como dije la noche de su muerte, «Sadat quitó de nuestros hombros la carga de muchas incertidumbres difíciles», [225] una carga que ahora tendrían que asumir otros. [226]

El epitafio de Sadat contiene un verso del Corán: «Y no deis por muertos a quienes han sido muertos en el camino de Alá; están vivos y reciben provisión junto a su Señor». Debajo de eso se lee: «Héroe de la guerra y la paz. Vivió por la paz y se convirtió en mártir por sus principios». [227]

Con ocasión de una visita a Egipto en abril de 1983, presenté mis respetos a la tumba de Sadat. Yo era el único doliente presente.

Epílogo: el legado incumplido

Anwar Sadat es conocido sobre todo por el tratado de paz con Israel que le dio a Egipto. Su plan último, sin embargo, no era un tratado de paz, por relevante que fuera ese logro, sino una modificación histórica en el patrón de comportamiento de Egipto y un nuevo orden en Oriente Próximo como contribución a la paz en el mundo.

Desde su juventud, reconoció que Egipto, como consecuencia de su historia, no estaba más preparada para ser una provincia subyugada que para ser el líder ideológico del mundo árabe. Su

fuerza residía en su aspiración a una identidad eterna.

La situación geográfica de Egipto entre el mundo árabe y el Mediterráneo era, potencialmente, tanto un activo como un pasivo. Sadat imaginaba Egipto como una nación islámica *pacífica*, con el poder suficiente para ser socia de su hasta entonces enemigo, en lugar de dominarlo o ser dominado por él. Comprendía que una paz justa solo podía lograrse a través de una evolución orgánica y el reconocimiento de los intereses mutuos, no mediante la imposición de potencias foráneas. Y la culminación del proceso sería una aceptación universal de esos principios.

La visión general de Sadat estaba demasiado desacompasada de la de sus colegas y contemporáneos para ser sostenible. Lo que le sobrevivió fueron los elementos prácticos que él consideraba efímeros.

En el Oriente Próximo moderno, la contienda esencial sigue con nosotros: es una competición entre defensores de un orden religioso o ideológicamente plural —quienes consideran que sus convicciones personales y comunes son compatibles con un sistema basado en Estados— y quienes repudian a Sadat, empeñados en la articulación de una teología o ideología que abarque todos los aspectos de la vida. Mientras las ambiciones imperiales amenazan con engullir a Estados enteros —y las insurgencias los dividen desde dentro—, la visión de Sadat de un orden internacional entre Estados soberanos, basado en intereses nacionales definidos en términos morales, podría ser un baluarte contra el desastre.

En un discurso pronunciado en mayo de 1979 en la Universidad Ben Gurion, que le concedió un título honorario, Sadat pidió un renacimiento del espíritu de tolerancia relativa de la edad de oro del islam medieval. Dijo:

> El reto que tenemos ante nosotros no consiste en lograr una victoria

aquí o allá, consiste en construir una estructura viable para la paz, para vuestra generación y las generaciones futuras. El fanatismo y la superioridad moral no son una respuesta a los complejos problemas actuales. La respuesta es la tolerancia, la compasión y la magnanimidad.

No seremos juzgados por las posiciones intransigentes que adoptemos, sino por las heridas que curemos, las almas que salvemos y el sufrimiento que eliminemos.[228]

Uno de los principales objetivos de Sadat era demostrar la independencia inherente de Egipto. En una cena privada, que tuvo lugar después de que terminara nuestra relación oficial, señalé que los estadounidenses con los que él había trabajado habían contraído con él una deuda de gratitud, por hacernos parecer mejores de lo que éramos. Con cierto énfasis, Sadat respondió que no había hecho su trabajo por su reputación ni por la de otros. Se había embarcado en su misión para restaurar la dignidad y la esperanza del pueblo egipcio y establecer una referencia para la paz en el mundo. Como dijo en marzo de 1979, durante la ceremonia de la firma del tratado de paz egipcio-israelí:

Que no haya más guerras ni derramamiento de sangre entre árabes e israelíes. Que no haya más sufrimiento ni se denieguen más derechos. Que no haya más desesperación ni pérdida de la fe. Que no haya más lamentos de madres por la pérdida de sus hijos. Que ningún joven desperdicie su vida en un conflicto del que nadie se beneficia. Trabajemos juntos hasta que llegue el día en que conviertan sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en herramientas para la poda. Y Alá invita a la morada de la paz y guía a quien quiere al camino recto. [229]

Pero Sadat no se limitó a «expresar» su civilización; la modificó y la ennobleció. Por mucho que reverenciara el pasado épico, su logro más insigne fue trascender el patrón de

la historia reciente de Egipto. De un modo semejante, cuando estuvo prisionero había trascendido el encierro abriéndose a un cambio moral y filosófico. En sus memorias reflexionó sobre esos años:

> En la celda 54, a medida que mis necesidades materiales eran cada vez menores, los vínculos que me habían unido al mundo natural empezaron a desaparecer, uno tras otro. Mi alma, que se había deshecho de las cargas terrenales, se liberó y levantó el vuelo como un pájaro que se alza hacia el espacio, hacia las regiones más lejanas de la existencia, hacia el infinito [...]. Mi pequeño yo dejó de existir y la única entidad reconocible fue la totalidad de la existencia, que aspiraba a una realidad más elevada, trascendental.[230]

Con este espíritu, más adelante, construyó puentes entre las percepciones egipcias e israelíes y sus posturas negociadoras iniciales, cuyas diferencias eran inconmensurables. Comprendió que una mentalidad de suma cero no haría más que congelar un *statu quo* tan contrario al interés nacional egipcio como a la causa de la paz. Después tuvo la extraordinaria valentía de hacer realidad esa revolución.

En su intento, contó con importantes socios israelíes. La geografía de Israel no se prestaba a gestos heroicos. Pero a los líderes israelíes que cooperaron con Sadat —Golda Meir, Isaac Rabin y Menachem Begín— les conmovió su visión de la paz.[231] Rabin, en particular, articuló una idea de paz paralela a la de Sadat. Con motivo del acuerdo de paz jordano de 1994, dijo al Congreso estadounidense:

> En la Biblia, nuestro libro sagrado, se menciona la paz, en sus varias formas, 237 veces. En la Biblia, de la que extraemos nuestros valores y nuestras fortalezas, en el Libro de Jeremías, encontramos una lamentación por Raquel la Matriarca. Dice: «Reprime del llanto tu voz, y de las lágrimas tus ojos; porque salario hay para tu trabajo, dice

Jehová».

No reprimiré el llanto por quienes se han ido. Pero en este día de verano en Washington, sentimos que nuestro trabajo será recompensado, como predijo el profeta.[232]

Rabin y Sadat murieron a manos de asesinos que se oponían a los cambios que podía acarrear la paz.

Poco después del asesinato de Sadat, escribí que era demasiado pronto para juzgar si había «iniciado un movimiento irreversible en la historia» o se había relegado a sí mismo al destino del antiguo faraón Akenatón, «que soñó con el monoteísmo en mitad de la panoplia de deidades egipcias, un milenio antes de que eso fuera aceptado por la humanidad».[233] Cuarenta años más tarde, el duradero tratado de paz entre Egipto e Israel, el acuerdo paralelo entre Israel y Jordania, incluso el de retirada con Siria y más recientemente los Acuerdos de Abraham —una serie de normalizaciones diplomáticas entre Israel y las naciones árabes firmadas en verano y otoño de 2020— son una reivindicación de Sadat. Es más, incluso en los casos en los que al final no se ha cerrado un acuerdo formal, el tiempo se ha llevado las arenas engañosas para dejar al descubierto la dura roca de la verdad de Sadat.

Al principio de nuestra relación, a veces me pregunté si Sadat estaba jugando una partida que duraría mucho más tiempo del que él disponía. Una vez que hubo cumplido con sus objetivos inmediatos, ¿podría haber regresado a sus convicciones anteriores o haber alcanzado una percepción distinta, de más envergadura?

La única versión de Sadat de la que puedo hablar con confianza es la que conocí. Pasamos horas juntos en las varias negociaciones que describo en este capítulo y en muchas noches durante el resto de su vida, manteniendo conversaciones amistosas más abstractas pero igualmente

edificantes. El Sadat que yo conocí había pasado de una visión estratégica a una profética. El pueblo egipcio no le pedía más que un regreso a las fronteras previas a la guerra. Lo que él les dio, empezando por su discurso en la Knéset, fue una visión de paz universal, que creo que fue su encarnación definitiva y la culminación de sus convicciones.

Nuestra última conversación tuvo lugar en agosto de 1981 en un vuelo de Washington a Nueva York, tras su primer encuentro con el presidente Reagan. Para entonces, en siete años había conocido a cuatro presidentes estadounidenses, cada uno con un programa modificado. Estaba visiblemente cansado. Pero de repente se volvió hacia mí y me habló de un proyecto simbólico al que tenía especial aprecio. «El marzo que viene, el Sinaí volverá a nuestras manos», dijo. «Habrá una gran celebración. Tú ayudaste a dar el primer paso y deberías venir a celebrar con nosotros». Luego hizo una de sus largas y pensativas pausas, mientras la empatía se imponía a la euforia. «No, no deberías», prosiguió:

> Será muy doloroso para los israelíes cedernos este territorio. Al pueblo judío le provocaría mucho dolor verte en El Cairo celebrando con nosotros. Deberías venir un mes después. Entonces tú y yo podremos ir solos en coche al monte Sinaí, donde quiero construir una sinagoga, una mezquita y una iglesia. Eso será una conmemoración mejor.[234]

Sadat fue asesinado en un desfile para celebrar el acontecimiento crucial que él había puesto en marcha y que transformó Oriente Próximo. No vivió para ser testigo de la devolución del Sinaí por parte de Israel que él había propiciado. Las casas de rezo que había imaginado en el monte Sinaí todavía no se han construido. Su visión de paz aún espera su encarnación.

Pero Sadat fue paciente y sereno. Su perspectiva era la del antiguo Egipto, que consideraba que la culminación era la apertura de la eternidad.

5

Lee Kuan Yew

La estrategia de la excelencia

Una visita a Harvard

El 13 de noviembre de 1968, Lee Kuan Yew, el primer ministro de Singapur, que entonces tenía cuarenta y cinco años, llegó a la Universidad de Harvard para lo que describió como un «mes sabático».[1] Singapur se había independizado solo tres años antes, pero Lee era su primer ministro desde 1959, cuando, en el ocaso del Imperio británico, la ciudad obtuvo la autonomía.

Lee declaró al *Harvard Crimson* —el periódico de los estudiantes— que su objetivo era «hacerse con ideas nuevas, conocer mentes estimulantes, volver cargado con una nueva dosis de entusiasmo por mi trabajo» y añadió, con un toque de humildad: «Pretendo estudiar todo lo que, durante los últimos diez años, he estado haciendo *ad hoc*, sin la formación adecuada».[2][3]

Enseguida le invitaron a reunirse con el cuerpo docente del Centro Littauer de Harvard (ahora la Escuela de Gobierno John F. Kennedy), formado por profesores de administración pública, economía y desarrollo. En ese momento, los estadounidenses sabían poco de Lee y del pequeño y recién creado país al que representaba. En esencia, el profesorado pensaba que nuestro invitado lideraba un partido semisocialista y un Estado poscolonial. Así, cuando Lee se sentó en la larga mesa oval, mis

colegas reunidos para la ocasión, en su mayoría progresistas, le recibieron con cordialidad, como a un espíritu afín.

Lee, un hombre compacto, que irradiaba energía, no perdió el tiempo con palabras insustanciales o comentarios introductorios. En su lugar, preguntó al profesorado su opinión sobre la guerra de Vietnam.[4] Mis colegas, que manifestaron una apasionada oposición al conflicto y al papel que desempeñaba Estados Unidos en él, estaban principalmente en desacuerdo sobre si el presidente Lyndon B. Johnson era un «criminal de guerra» o solo un «psicópata». Después de que hablaran unos cuantos profesores, el decano del Littauer invitó a Lee a expresar sus opiniones, sonriendo de una manera que sin duda anticipaba su aprobación.

Con sus primeras palabras, Lee fue directamente al grano: «Me ponen enfermo». Después, sin ni siquiera intentar congraciarse, procedió a explicar que Singapur, un pequeño país situado en una parte del mundo tumultuosa, dependía para su supervivencia de que Estados Unidos confiara en su misión de ofrecer seguridad global y fuera lo bastante poderoso para enfrentarse a los movimientos guerrilleros comunistas que pretendían, con el apoyo de China, debilitar a las jóvenes naciones del Sudeste Asiático.

No fue una súplica de ayuda ni una apelación a la virtud. La respuesta de Lee fue un desapasionado análisis de la realidad geopolítica de su región. Describió lo que consideraba el interés nacional de Singapur: conseguir viabilidad económica y seguridad. Dejó claro que su país haría lo que pudiera para lograr ambos objetivos, consciente de que Estados Unidos tendría sus propias razones para tomar decisiones sobre cualquier clase de ayuda. Invitó a sus interlocutores a unirse a él, no tanto en una ideología común como en una exploración conjunta de lo que era necesario.

Para asombro del profesorado de Harvard, Lee describió una

visión del mundo carente de animosidad antiamericana y resentimiento posimperial. Ni culpaba a Estados Unidos de los retos a los que se enfrentaba Singapur, ni esperaba que los solucionara. Más bien, buscaba la buena voluntad estadounidense para que Singapur, que no tenía petróleo ni otros recursos naturales, pudiera crecer gracias al cultivo del que dijo que era su principal recurso: la calidad de su gente, cuyo potencial solo podría desarrollarse si no se la abandonaba frente a la insurgencia comunista, la invasión por parte de los países vecinos o la hegemonía china. Poco antes, ese mismo año, Harold Wilson, el primer ministro británico, había anunciado la retirada de todas las fuerzas «al este de Suez», lo que implicaba el cierre de una enorme base de la Royal Navy que había sido un pilar de la economía y la seguridad de Singapur. Lee, por lo tanto, pretendía que Estados Unidos le echara una mano para poder hacer frente a las dificultades que se avecinaban. No enmarcó su tarea en las categorías morales que dominaban en la Guerra Fría, sino más bien como un elemento en la construcción de un orden regional, en cuyo mantenimiento Estados Unidos debería desarrollar su propio interés nacional.

Una de las cualidades esenciales de un estadista es la habilidad de no dejarse llevar por las tendencias del momento. El comportamiento de Lee en ese lejano seminario de Harvard fue instructivo no solo por la claridad de su análisis —sobre la posición de Estados Unidos y de Singapur en el mundo—, sino también por su valentía para ir contra corriente, una cualidad que demostraría muchas veces a lo largo de su carrera.

El gigante de Liliput

Los logros de Lee fueron distintos de los de otros líderes que se

abordan en este libro. Los demás representaban a un gran país con una cultura que se había formado a lo largo de siglos, e incluso de milenios. Para esos líderes, que intentaban guiar a su sociedad desde un pasado conocido hacia un futuro cambiante, el éxito se medía en función de su capacidad para dirigir la experiencia histórica y los valores de su sociedad de modo que alcanzara su potencial.

La habilidad política de Lee Kuan Yew se desarrolló a partir de unos orígenes distintos. Cuando se convirtió en el líder de una Singapur independiente, en agosto de 1965, se hizo cargo de un país que nunca antes había existido y, por lo tanto, no tenía más pasado político que el de súbdito imperial. Los logros de Lee fueron superar la experiencia de su nación, establecer una concepción clara de sí misma ideando un futuro dinámico a partir de una sociedad compuesta por grupos étnicos divergentes y transformar una ciudad asolada por la pobreza en una economía de primer orden. En el proceso, se convirtió en un hombre de Estado de talla mundial y alguien cuyo consejo buscaban las grandes potencias. Richard Nixon dijo que tenía «la capacidad de alzarse por encima de los resentimientos actuales y pasados, y de pensar sobre la naturaleza del nuevo mundo venidero».[5] Margaret Thatcher afirmó que era «uno de los hombres de Estado más dotados del siglo XX».[6]

Lee consiguió todo esto enfrentándose a desventajas supuestamente paralizantes. El territorio de Singapur era de «unos 580 kilómetros cuadrados con la marea baja», como le gustaba decir, más pequeño que el de Chicago.[7] Carecía de los recursos naturales más básicos, como suficiente agua potable. Incluso las lluvias tropicales —su principal fuente interna de agua potable en el momento de la independencia— eran un regalo ambiguo, porque disolvían los nutrientes del suelo e imposibilitaban la agricultura productiva.[8] La población de Singapur, de 1,9 millones de personas, era,

comparada con los estándares globales, minúscula y estaba desgarrada por las tensiones existentes entre tres grupos étnicos distintos: los chinos, los malayos y los indios. Estaba rodeada de Estados mucho más grandes y poderosos, en especial Malasia e Indonesia, que envidiaban su puerto de aguas profundas y su ubicación estratégica junto a las rutas comerciales marítimas.

Con estos orígenes poco propicios, Lee inició una tarea épica de liderazgo que transformó Singapur en uno de los países más exitosos del mundo. Una isla malárica situada en el extremo más meridional de la península de Malaca se convirtió, en una sola generación, en el país más rico per cápita de Asia y en el centro comercial *de facto* del Sudeste Asiático. Hoy, de acuerdo con casi cualquier indicador de bienestar humano, se encuentra en el percentil mundial más alto.

A diferencia de otros países cuya persistencia a través de las convulsiones de la historia se da por sentada, Singapur no sobreviviría a menos que rindiera al máximo posible, como Lee advertía una y otra vez a sus compatriotas. Como escribió en sus memorias, Singapur no era «un país natural, sino uno hecho por el hombre».[9] Precisamente porque no tenía un pasado como nación, no había ninguna garantía de que tuviera un futuro; su margen de error, pues, se mantenía siempre cercano a cero. «Me preocupa que los singapurenses asuman que Singapur es un país normal», diría varias veces, más adelante.[10] «Si no contamos con un Gobierno y un pueblo que se diferencien del resto de nuestros vecinos [...] Singapur dejará de existir».[11]

En el intento de conformarse y sobrevivir como nación, la política interior y exterior de Singapur tenían que estar muy entrelazadas. Había tres requisitos: un crecimiento económico que mantuviera a la población, la suficiente cohesión interna para permitir políticas ambiciosas y una política exterior lo

bastante ágil para sobrevivir entre colosos internacionales como Rusia y China y vecinos codiciosos como Malasia e Indonesia.

Lee también tenía la conciencia histórica necesaria para ejercer un verdadero liderazgo. «Las ciudades-Estado no tienen un buen historial de supervivencia», observó en 1998.[12] «La isla de Singapur no desaparecerá, pero la nación soberana en que se ha convertido, capaz de hacer su propio camino y desempeñar su papel en el mundo, podría desvanecerse».[13] Para él, la trayectoria de Singapur tenía que ser una curva muy ascendente sin final a la vista; de lo contrario, se arriesgaba a ser engullida por las zonas interiores menos desarrolladas o por la gravedad de sus retos económicos y sociales. Lee enseñaba una especie de física global en la que las sociedades debían luchar de manera constante para evitar la entropía. El pesimismo tienta a los líderes, señaló en una reunión privada de líderes mundiales en mayo de 1979, cuando Singapur se encontraba en las primeras fases de crecimiento, pero «tenemos que luchar para dejarlo atrás. Tienen que presentar una manera creíble, verosímil, de que podamos mantenernos a flote».[14]

En Lee, las alarmantes advertencias sobre la amenaza de extinción iban en paralelo a una imaginación igualmente vívida sobre el potencial de su país. Si, antes de convertirse en realidad, todo gran logro es un sueño, el suyo era de una audacia asombrosa: concebía un Estado que no se limitaría a sobrevivir, sino que florecería gracias a su insistencia en la excelencia. Para Lee la excelencia significaba mucho más que el rendimiento individual: su búsqueda debía permear a toda la sociedad. Fuera trabajando para el Gobierno, en negocios, la medicina o la educación, la mediocridad y la corrupción no eran aceptables. En caso de infracción no había una segunda oportunidad, y existía muy poca tolerancia con el fracaso. De este modo, Singapur logró ser conocida en todo el mundo por

su extraordinario rendimiento colectivo. La sensación de éxito compartido, según Lee, ayudaría a que su sociedad se trabara, a pesar de la falta de una religión, etnia o cultura universalmente compartidas.

El obsequio definitivo que Lee hizo a su pueblo multiétnico fue su implacable fe en que sus gentes eran su mayor recurso, que tenían la capacidad de explotar posibilidades que estaban en su interior aunque no supieran que existían. También se dedicó a alentar una confianza comparable en sus amigos y conocidos extranjeros. No solo era persuasivo porque fuera un observador sutil de la política regional del Sudeste Asiático, sino porque su herencia china, sumada a su educación en la Universidad de Cambridge, le hacía comprender de una manera excepcional la dinámica de la interacción entre Oriente y Occidente, uno de los ejes fundamentales de la historia.

En el transcurso de su vida, Lee insistió en describir sus aportaciones como la simple liberación de las capacidades que había en su sociedad. Sabía que para triunfar su búsqueda tenía que convertirse en un patrón duradero, no un *tour de force* personal. «Cualquiera que crea que es un estadista tiene que visitar a un psiquiatra», dijo en una ocasión.[15]

Con el tiempo, el éxito que Singapur alcanzó bajo el liderazgo de Lee acabó llevando a China a estudiar su estrategia y emular sus planes. En 1978, cuando Deng Xiaoping llegó a la ciudad-Estado, esperaba ver un páramo y ser recibido por una multitud de ciudadanos de etnia china. Deng había pasado dos días en Singapur en 1920, de camino a París, y en los años transcurridos la información que había recibido sobre la ciudad procedía en su mayoría de un séquito obsequioso que tendía a presentar a los líderes singapurenses como los «lacayos del imperialismo americano».[16] Pero los habitantes de etnia china que Deng se encontró en Singapur mantenían una lealtad firme a la joven nación. Los refulgentes rascacielos y las

inmaculadas avenidas que encontró Deng supusieron un estímulo y un modelo para las reformas de China en la era posterior a Mao.

Juventud imperial

Lee Kuan Yew nació en septiembre de 1923, cuando apenas había pasado un siglo desde que sir Stamford Raffles, vicegobernador de la colonia británica de Sumatra, estableciera un puesto comercial en la pequeña isla cercana al estrecho de Malaca que los locales conocían como «Singa Pura», que significa «Ciudad León» en sánscrito. Fundada por Raffles en 1819, Singapur era técnicamente gobernada desde Calcuta como parte de la «India exterior», aunque la limitada tecnología de la comunicación de la época daba una libertad considerable a los administradores coloniales instalados en la isla. Tras ser declarada puerto libre por Londres —y enriquecida por las exportaciones de recursos naturales procedentes del territorio continental malayo—, el nuevo puesto remoto creció rápidamente, atrayendo a comerciantes y buscadores de fortuna del Sudeste Asiático y de más lejos. A partir de 1867, Singapur, como colonia de la corona, se puso bajo jurisdicción directa de la Oficina Colonial de Londres.[17]

Multitud de individuos de etnia china se desplazaron a Singapur y pronto se convirtieron en mayoría. Algunos procedían de la cercana península de Malaca y del archipiélago indonesio, otros huían del caos y la pobreza de la China del siglo XIX, asolada por las crisis. Entre este último grupo estaba el bisabuelo de Lee, que en 1863 viajó a Singapur desde la provincia de Cantón, en el sur de China. Malayos, indios, árabes, armenios y judíos se instalaron por igual en el dinámico puerto, dando a la ciudad un carácter políglota. En la década

de 1920, la Malaya británica producía casi la mitad de la goma y un tercio del estaño del mundo, que se exportaban a través del puerto de Singapur.[18]

En el momento en que nació Lee, Singapur también se había convertido en una piedra angular de la estrategia militar británica en Asia. Reino Unido había sido aliado de Japón desde 1902, hasta el punto de haber llamado en 1915 a los marines japoneses para que le ayudaran a aplastar un motín del ejército indio en Singapur.[19] Pero en 1921 el Almirantazgo estaba inquieto por el creciente poder de Japón y decidió construir una importante base naval en Singapur, con el fin de convertirla en «el Gibraltar de Oriente».[20] A pesar del auge de Japón, en el mundo de la infancia de Lee el Imperio británico parecía al mismo tiempo invencible y eterno. «No se hablaba de ningún resentimiento», recordaría décadas más tarde; «el estatus superior de los británicos en el gobierno y la sociedad era algo que se daba por sentado».[21]

La familia de Lee prosperó durante el gran crecimiento de la década de 1920. Influidos por un abuelo particularmente anglófilo, los padres de Lee dieron el infrecuente paso de poner a sus hijos nombres ingleses además de los chinos. El de Lee era «Harry». Desde los seis años, se educó en escuelas de lengua inglesa.[22]

A pesar de estas influencias inglesas, la educación de Lee fue tradicionalmente china. Se crio con su familia extendida —junto con siete primos— en la casa de su abuelo materno, donde sus padres compartían una sola habitación con sus cinco hijos. Gracias a estas experiencias de la infancia y a las influencias culturales confucianas, desde muy pronto se grabaron en su mente la devoción filial, la frugalidad y el valor de la armonía y la estabilidad.

Sus padres no eran profesionales con formación y sufrieron el golpe de la Gran Depresión de 1929. Lee escribió en sus

memorias que su padre, un comerciante de la Shell Oil Company, con frecuencia «llegaba a casa de mal humor después de perder al blackjack [...] y exigía alguna de las joyas de mi madre para empeñarla y así poder regresar y probar suerte de nuevo».[23] Ella siempre se negaba, protegiendo así la educación de los hijos, que, a su vez, la adoraban y sintieron durante toda su vida la obligación de cumplir sus elevadas expectativas».[24]

A los doce años, Lee, que era un estudiante inteligente aunque en ocasiones rebelde, se graduó el primero de su clase en la escuela primaria, lo que le valió la admisión en la Institución Raffles, junto con ciento cincuenta de los mejores estudiantes de todas las etnias y las clases de Singapur y la Malaya británica que habían sido admitidos exclusivamente por sus méritos; entre ellos se encontraba la señorita Kwa Geok Choo, que fue la única joven admitida.[25] Entonces, como ahora, la Institución Raffles era la escuela secundaria en lengua inglesa más rigurosa de Singapur y el centro de formación de la futura élite de la ciudad. Tenía por fin preparar a los sujetos coloniales más capaces para los exámenes de admisión de las universidades británicas. Más tarde, al conocer a los líderes de la Commonwealth de todo el mundo, Lee siempre «descubría que ellos también habían pasado por la misma formación, con los mismos libros de texto, y que podían recitar los mismos pasajes de Shakespeare».[26] Todos eran parte de la «cómoda red de contactos [...] alimentada por el sistema educativo del Reino Unido colonial».[27]

Consciente del prometedor futuro académico de su hijo, y lamentando no haber sido más ambiciosos con sus carreras, los padres de Lee le animaron a estudiar Medicina o Derecho. Él, obedientemente, hizo planes para estudiar Derecho en Londres y quedó primero de Singapur y la Malaya británica en los exámenes superiores de acceso a Cambridge.[28] Pero en 1940,

con el estallido de otra guerra mundial en Europa, Lee decidió que sería mejor quedarse en Singapur y estudiar en el Raffles College (ahora la Universidad Nacional de Singapur), donde le habían concedido una beca completa.[29]

Lee destacó académicamente durante el primer año, compitiendo con la señorita Kwa por el primer puesto en varias asignaturas. Cuando retomó su sueño de estudiar Derecho en Inglaterra, se propuso conseguir una beca de la Reina, que cubría los costes de la educación universitaria en Reino Unido. Dado que esa beca solo se concedía a dos estudiantes de las colonias del Estrecho (Malaca, Penang y Singapur) cada año, Lee siempre estaba nervioso por si la señorita Kwa y el mejor estudiante de otra escuela conseguían las dos primeras plazas, dejándole a él en Singapur.[30]

Llegarían preocupaciones mayores. En diciembre de 1941, los japoneses bombardearon la Flota del Pacífico de Estados Unidos en Pearl Harbor, Hawái, y al mismo tiempo atacaron la Malaya británica, Hong Kong y Singapur. Dos meses después, en febrero de 1942, la ciudad fue conquistada por Japón, en lo que Winston Churchill llamaría «el peor desastre y la mayor capitulación de la historia británica». Lee, que entonces tenía dieciocho años, lo describiría más tarde como «el primer punto de inflexión de mi vida», al comparar la despavorida salida de las familias burguesas británicas con el sufrimiento estoico de sus súbditos coloniales y los ochenta mil soldados británicos, australianos e indios que habían sido capturados por los japoneses. Para Lee y otros muchos singapurenses, «el aura de abrumadora superioridad con la que los británicos nos tenían esclavizados se rompió, y nunca se restableció».[31]

La ocupación posterior fue brutal. La economía de Singapur, dependiente del comercio, estaba ahogada por la guerra, y su población, desmoralizada por unas condiciones casi de inanición. Las autoridades japonesas cambiaron el nombre de

las calles y los edificios públicos, retiraron la estatua de bronce de Raffles de la plaza de la Emperatriz e impusieron su calendario imperial.[32] El propio Lee se libró por poco de la muerte, después de que las tropas japonesas lo detuvieran arbitrariamente en una redada masiva de hombres chinos, la mayoría de los cuales fueron ejecutados sumariamente, sobre todo los que tenían las manos suaves o gafas, que se identificaban como «intelectuales» que podían ser leales a Reino Unido. Decenas de miles de personas fueron masacradas.[33] Lee quedó libre, hizo un curso de japonés de tres meses y encontró trabajo, primero como empleado en una empresa japonesa, luego como traductor de inglés en el Departamento de Propaganda japonés y, por último, como corredor de joyas en el mercado negro.[34] Durante los años de la guerra, aprendió que «la clave de la supervivencia era la improvisación», una lección que conformaría su enfoque pragmático y experimental para gobernar Singapur.[35]

Cuando acabó la guerra, Lee consiguió por fin una beca de la Reina para estudiar Derecho en Cambridge, donde se licenció con los máximos honores. La señorita Kwa, a la que Lee había empezado a cortejar durante la guerra, siguió el mismo camino, y en diciembre de 1947 ambos se casaron discretamente en Stratford-upon-Avon.[36] «Choo», como la llamaba Lee, era una mujer extraordinaria, con una rara combinación de brillantez y sensibilidad. Se convirtió en el ancla indispensable de su vida, no solo en un sentido cotidiano, sino sobre todo como un apoyo emocional e intelectual que impregnaba todas sus actividades públicas. En el Raffles College, ella se había especializado en literatura, leyendo desde «Jane Austen hasta J. R. R. Tolkien, desde *Historia de la guerra del Peloponeso* de Tucídides hasta *La Eneida* de Virgilio», como reflejaría Lee más tarde.[37] Tras su éxito en Cambridge, regresaron a Singapur y cofundaron un bufete de abogados, Lee & Lee.

Durante los años que pasó en Cambridge, las ideas de Lee fueron firmemente socialistas y anticolonialistas, incluso antibritánicas. En parte, era algo personal: en los hoteles de Inglaterra a veces le rechazaban por el color de su piel,[38] pero sobre todo tenía que ver con lo que más tarde llamó la «agitación en el aire». Las luchas por la independencia de India, Birmania y otras colonias llevaron a Lee a preguntarse: «¿Y por qué no la Malaya británica, que entonces incluía a Singapur?».[39] Convencido de que «el estado del bienestar era la forma más elevada de sociedad civilizada», Lee admiraba las reformas de posguerra del Gobierno laborista del primer ministro Clement Attlee, así como de las políticas económicas estatistas del primer ministro indio Jawaharlal Nehru.[40]

Lee empezó a ser conocido en Reino Unido cuando hizo campaña por un amigo del Partido Laborista que se presentaba al Parlamento. Subido en la parte trasera de un camión, en la pequeña ciudad de Totnes, en Devon, pronunció uno de sus primeros discursos públicos y aprovechó su condición de súbdito británico para defender el autogobierno de la Malaya británica. Sus argumentos presagiaron su estilo posterior, más práctico que ideológico: la independencia sería más exitosa si el movimiento independentista y la madre patria la llevaban a cabo cooperativa y gradualmente. Lee cerró su discurso con un llamamiento a la razón y al interés propio de los británicos:

> Incluso si no os importa nada la equidad o la justicia social para los pueblos coloniales, entonces, por vuestro propio interés, vuestro propio bienestar económico, por los dólares que sacáis de la Malaya británica y vuestras otras colonias, restituid un gobierno que cuente con la confianza de estas gentes, que entonces cooperarán de buena gana y estarán dispuestas a crecer dentro de la Commonwealth y el Imperio británicos.[41]

Mientras Lee estudiaba en Inglaterra, Singapur sufría las desgarradoras perturbaciones de la posguerra. Hasta bien entrada la primavera de 1947, los alimentos estuvieron racionados y la tuberculosis descontrolada. El Partido Comunista Malayo y sus aliados sindicales organizaban huelgas que dañaban aún más la economía.[42]

En agosto de 1950, cuando Lee volvió a Singapur, persistían dos grandes problemas: la vivienda y la corrupción. Solo un tercio de los singapurenses tenía una casa adecuada y el ritmo de la construcción no satisfacía la demanda. Después de que las tiendas cerraran por el día, era habitual que los empleados durmieran en el suelo.[43] La corrupción, desbocada durante el dominio británico, se había visto exacerbada por las condiciones propias de la guerra.[[44]] La inflación debilitó el poder adquisitivo del salario de los funcionarios, haciendo que los chanchullos fueran más tentadores.[45]

Lee había regresado con la intención de ejercer la abogacía, pero enseguida se vio arrastrado a la política de Singapur. Su talento se vio recompensado de inmediato: en 1954, con treinta y un años, fundó el Partido de Acción Popular (PAP); en cinco años, galvanizado por la imponente energía de Lee, el PAP dominaba el panorama político de la isla. Cyril Northcote Parkinson, que ocupaba la cátedra Raffles de Historia en la Universidad de Malaya en Singapur, describió el posicionamiento político de Lee durante esos años como «lo más a la izquierda posible, sin llegar al comunismo, y más a la izquierda en las palabras que en los hechos».[46] Con un potente mensaje socialdemócrata, el PAP hizo hincapié en el fracaso de las autoridades coloniales a la hora de proporcionar servicios públicos decentes y un gobierno limpio y eficiente. Los candidatos del PAP hacían campaña con camisa blanca de

manga corta y sin corbata; lo que pretendía ser al mismo tiempo una forma práctica de adaptarse al clima tropical de Singapur y un símbolo de su compromiso con un gobierno honesto.[47][48] En mayo de 1959, Londres concedió a la ciudad el autogobierno en todos los asuntos excepto la política exterior y la defensa. Después de que el PAP se asegurara una mayoría parlamentaria en las elecciones de ese mes, Lee fue nombrado primer ministro, cargo que ocupó hasta que se retiró en noviembre de 1990, más de tres décadas después.[49]

En el periodo de autogobierno inmediatamente posterior, Singapur tuvo tres regímenes constitucionales distintos en pocos años: fue colonia de la corona británica entre 1959 y 1963, formó parte de una nueva confederación llamada Malasia entre 1963 y 1965, y fue un Estado soberano e independiente después de 1965. Durante este periodo, casi al final de la dominación colonial, fue cuando se sentaron las bases del Estado moderno de Singapur. Lee reunió a un gabinete impresionante —al que pertenecían el economista Goh Keng Swee (nombrado ministro de Finanzas) y el periodista S. Rajaratnam (nombrado ministro de Cultura)— que elaboró planes para mejorar las condiciones sociales de la ciudad.[50]

El nuevo Consejo de Vivienda y Desarrollo (HDB, por sus siglas en inglés) pronto empezó a construir proyectos residenciales en altura y a gran escala, con el fin de que todos los singapurenses pudieran tener acceso a una vivienda asequible básicamente del mismo tipo; los residentes tenían derecho a comprar sus pisos al HDB a un precio establecido. Lee puso al frente del consejo a un empresario competente y dinámico, Lim Kim San; bajo su dirección, se construyeron más viviendas en tres años que las que habían construido los británicos en los treinta y dos anteriores.[51] Con el tiempo, Singapur se convirtió en una sociedad de propietarios totalmente urbana, lo cual proporcionaba a todas las familias

una participación en el futuro del país en forma de vivienda.[52] Como señaló Lee en sus memorias, la estrecha vinculación de la prosperidad económica individual con el bienestar del Estado también «garantizaba la estabilidad política», que a su vez reforzaba el crecimiento económico.[53] Al mismo tiempo, un sistema de cuotas raciales y de ingresos en los distritos de viviendas de Singapur puso, primero, un límite a la segregación étnica y después la eliminó de manera progresiva. Al vivir y trabajar juntos, los singapurenses de diferentes etnias y religiones empezaron a desarrollar una conciencia nacional.

Lee actuó con la misma rapidez para erradicar la corrupción. Un año después de tomar posesión, su Gobierno aprobó la Ley de Prevención de la Corrupción, que imponía penas severas a la corrupción en todos los niveles de la Administración y limitaba las garantías procesales para los sospechosos de aceptar sobornos. Bajo su liderazgo, la corrupción se reprimió de forma rápida e implacable.[54] También sometió todas las inversiones extranjeras a un intenso escrutinio, realizando personalmente algunas de las inflexibles gestiones de su administración. La rigurosa aplicación de las leyes de Singapur reforzó su reputación de lugar honesto y seguro para hacer negocios.

Para lograr sus objetivos, Lee penalizó a los funcionarios por sus fallos, en lugar de incentivarlos aumentando sus salarios; de hecho, al principio su Gobierno redujo los sueldos.[55] Hasta 1984, cuando Singapur ya se había enriquecido, Lee no adoptó su emblemática política de fijar el salario de los funcionarios en el 80 por ciento de un salario comparable en el sector privado.[56] Como resultado, los funcionarios del Gobierno de Singapur se convirtieron en unos de los mejor pagados del mundo. El éxito en la lucha contra la corrupción sigue siendo la «base moral del gobierno [del PAP]», como ha señalado un destacado académico singapurense.[57]

En Singapur, la corrupción no solo se entiende como una

falta moral de los individuos implicados, sino como una infracción del código ético de la comunidad, que pone énfasis en la excelencia meritocrática, el juego limpio y la conducta honorable.[58] El país suele clasificarse como uno de los menos corruptos del mundo, cumpliendo los objetivos que Lee fijó para él.[59,] [60] Como Lee observó más tarde: «Necesitas hombres con buen carácter, buena cabeza, fuertes convicciones. Sin eso, Singapur no lo conseguirá».[61]

El hecho de reducir la corrupción permitió invertir en programas gubernamentales que garantizaron una mejora sustancial de la vida de los singapurenses y proporcionaron una situación de partida justa basada en la igualdad de oportunidades. Entre 1960 y 1963, el gasto en educación se multiplicó casi por diecisiete y la población escolar aumentó un 50 por ciento.[62] En los primeros nueve años del PAP en el poder, Lee destinó casi un tercio del presupuesto de Singapur a la educación, una proporción extraordinaria en comparación con los países vecinos o, de hecho, con cualquier país del mundo.[63]

El énfasis en la calidad de vida se convirtió en un aspecto definitorio del estilo de Singapur. Tras iniciar en 1960 una campaña de rayos X contra la tuberculosis, el país hizo de la salud pública una de sus prioridades.[64] Como han observado George Shultz y Vidar Jorgensen, «la ciudad-Estado gasta solo el 5 por ciento del PIB en sanidad, pero obtiene unos resultados sanitarios bastante mejores que los de Estados Unidos, que gasta el 18 por ciento del PIB en salud. En Singapur la esperanza de vida es de 85,2 años, frente a los 78,7 en Estados Unidos».[65] En el transcurso de una generación, Singapur de transformó y pasó de ser un lugar marginal plagado de enfermedades a una metrópolis del primer mundo, mientras reducía de manera constante la parte de los costes correspondiente al Gobierno.[66]

Para orquestar esta revolución en la gobernanza, Lee estableció una red de lo que denominó «instituciones parapolíticas» que sirvieran de correa de transmisión entre el Estado y sus ciudadanos. Los centros comunitarios, los comités consultivos de ciudadanos, los comités de residentes y, más tarde, los ayuntamientos, prestaban actividades recreativas, resolvían pequeñas reclamaciones, ofrecían servicios como guarderías y difundían información sobre las políticas gubernamentales.[67] El PAP desempeñó un papel importante en estas instituciones, desdibujando los límites entre el partido, el Estado y el pueblo.[68] Por ejemplo, Lee creó casi cuatrocientas guarderías cuyo personal estaba formado solo por miembros del PAP.[69]

Mediante una combinación de servicio público y lo que Lee describió como una hábil «lucha callejera» política, el PAP siguió consolidándose tras las elecciones de 1959 y, de nuevo, en torno a las de 1963.[70] En 1968, Lee había aplastado en gran medida a sus competidores; la oposición boicoteó esas elecciones y el PAP obtuvo casi el 87 por ciento de los votos y todos los escaños legislativos, cincuenta y ocho. Después de eso, el PAP continuó casi sin oposición. Uno de los motivos de su incesante fuerza era el sistema electoral de Singapur, heredado de Reino Unido, un sistema de escrutinio mayoritario uninominal que no considera el voto de las minorías. Otro fue que Lee utilizó el sistema legal para aislar a sus oponentes políticos y limitar los medios de comunicación hostiles.[71] Describía su lucha con las figuras de la oposición como «un combate sin armas en el que todo vale, en una contienda en la que el ganador se lleva todo».[72]

A Lee le preocupaba mucho el orden público. Cuando llegó al poder, en Occidente aún no había surgido la contracultura ni se había producido una relajación general de la moral, pero más tarde se referiría a esto como una libertad desbocada. «Como

sistema total, creo que hay partes de él totalmente inaceptables», le dijo a Fareed Zakaria en 1994:

> La ampliación del derecho del individuo a comportarse como le plazca, o a portarse mal, se ha producido a expensas de una sociedad ordenada. En Oriente, el objetivo principal es tener una sociedad bien ordenada, para que todo el mundo pueda disfrutar al máximo sus libertades. Esta libertad solo puede existir en un Estado ordenado y no en un Estado natural de disensión y anarquía.[73]

Cuando Lee estaba construyendo Singapur, no creía que una ciudad-Estado pudiera valerse por sí misma. Por eso, dedicó su mayor esfuerzo a salvaguardar la inminente independencia de Singapur respecto a Reino Unido uniéndose a Malaya en una federación. Creía que «la geografía, la economía y los vínculos de parentesco» creaban la base para una unidad natural entre los dos territorios, y convocó un apresurado referéndum sobre la fusión para septiembre de 1962.[74] Con el fin de movilizar a la población singapurense, realizó una serie de treinta y seis emisiones de radio en el transcurso de un mes: doce guiones, todos grabados en tres idiomas: mandarín, malayo e inglés.[75] Sus dotes oratorias consiguieron un apoyo abrumador para su plan en la votación popular. Un año después, el 16 de septiembre de 1963 —el día que Lee cumplía cuarenta años— Singapur y Malaya se unieron en otra federación llamada Malasia.

La unión fue cuestionada de inmediato desde dentro y desde fuera. El presidente indonesio Sukarno, codicioso del acrecentado potencial de Malasia, que soñaba con unir a los pueblos malayos en un único país y contaba con el apoyo de Moscú y Pekín, lanzó la *Konfrontasi*, una guerra no declarada con combates en la selva y terrorismo que dejó cientos de muertos en ambos bandos. Para Singapur, el suceso más

dramático del conflicto fue el bombardeo, el 10 de marzo de 1965, de la MacDonald House —el primer edificio de oficinas con aire acondicionado del sudeste de Asia— llevado a cabo por marines indonesios, que mató a tres personas e hirió a más de treinta.

Dentro de Malasia, muchos políticos malayos desconfiaban de Lee, a pesar de los esfuerzos del PAP para reducir las tensiones comunitarias en Singapur y promover el malayo como lengua nacional.[76] Temían que su dinámica personalidad y sus evidentes dotes políticas eclipsaran las suyas, lo cual llevaría a la etnia china a dominar la nueva federación.

Los líderes malayos contrarios a Lee avivaron los violentos disturbios étnicos en Singapur, primero en julio y luego en septiembre de 1964, en los que hubo docenas de muertos y cientos de heridos. El desencadenante aparente de los disturbios fue la demolición de aldeas malayas (*kampongs*) para dejar sitio a viviendas públicas, pero la participación del oportunismo de los chovinistas étnicos y los comunistas también fue evidente.[77]

En consecuencia, menos de dos años después de su unión, Singapur y Malasia volvieron a separarse, desgarradas por un intenso partidismo y tensiones étnicas. La independencia de Singapur se produjo en agosto de 1965, no como resultado de una lucha de liberación interna, sino debido a la abrupta decisión de Malasia de echar a su pequeño vecino del sur.

La expulsión dejó al país insular completamente solo, una situación que Lee no había esperado ni buscado. Anunció el fracaso de la unión al borde de las lágrimas. «Cada vez que recordemos este momento [...] será un momento de angustia», dijo en una conferencia de prensa en la que, algo inusual en él, le costó mantener la compostura, casi sobrepasado por la enorme tarea que tenía ante sí. En sus memorias, Lee escribió

que Singapur se había convertido en «un corazón sin cuerpo» como resultado de la separación. «Éramos una isla china en un mar malayo —continuó—. ¿Cómo íbamos a sobrevivir en un entorno tan hostil?».[78] Fue el recuerdo de este nadir lo que, durante el resto de su vida, le provocó la sensación de que su país tenía que sobresalir, porque caminaba por una cuerda floja perpetua entre la supervivencia y la catástrofe.

Construir una nación

En 1970, cinco años después de la independencia de Singapur, el historiador Arnold Toynbee predijo que la ciudad-Estado, en general, se había «convertido en una unidad política demasiado pequeña para ser viable por más tiempo», y que, en concreto, era poco probable que Singapur durara como Estado soberano.[79] Por mucho que Lee respetara a Toynbee, no compartía el fatalismo del académico.[80] Su respuesta al cuestionamiento de Toynbee fue crear una nueva nación con los diversos pueblos que las mareas de la historia habían depositado en las costas de Singapur.

Solo lo que Lee consideraba «un pueblo fuertemente trabado, resistente y adaptable»[81] —un pueblo unido por un sentimiento nacional— podría soportar las múltiples pruebas de la independencia y protegerse de dos pesadillas abrumadoras: el desorden interno y una agresión extranjera. El reto al que se enfrentaba Lee no era principalmente una tarea tecnocrática. Los sacrificios podían imponerse por la fuerza, pero solo se mantendrían si existía un sentimiento de pertenencia común y un destino compartido.

«No contábamos con los ingredientes de una nación, los factores elementales —reflexionó Lee más tarde—: una población homogénea, una lengua común, una cultura común y

un destino común».[82] Para dar vida a la nación singapurense, Lee actuó como si ya existiera y la reforzó con políticas públicas. Al final de la conferencia de prensa del 9 de agosto de 1965, en la que anunció la independencia, estableció una elevada misión para su pueblo:

> No hay nada de qué preocuparse [...]. Muchas cosas seguirán como siempre. Pero manténganse firmes, estén tranquilos.
>
> En Singapur vamos a tener una nación multirracial. Daremos ejemplo. Esta no es una nación malaya; esta no es una nación china, esta no es una nación india. Todo el mundo tendrá su lugar [...].
>
> Y, por último, déjennos a nosotros, los verdaderos singapurenses —ahora no puedo llamarme malasio— [...] unámonos, con independencia de la raza, el idioma, la religión y la cultura.[83]

La preocupación inmediata de Lee era construir un ejército capaz de disuadir nuevas agresiones por parte de Indonesia.[84] La separación de Malasia había dejado a Singapur sin un regimiento leal propio, y no tenía líderes que supieran cómo formar un ejército desde cero; el competente Goh Keng Swee, ahora ministro de Defensa, no había sido más que cabo en el Cuerpo de Voluntarios de Singapur durante la rendición británica a los japoneses en 1942.[85] (Cuando Lee acudió a la apertura del primer Parlamento singapurense en diciembre de 1965, soldados malasios le habían «escoltado» desde su despacho hasta la sesión).[86] Para hacer el reto aún más difícil, la mayoría china de la isla no tenía tradición militar —una profesión que en Singapur había estado históricamente dominada por la etnia malaya—, lo que podía convertir la defensa en un polvorín racial.

Justo después de la independencia, Lee recurrió al presidente de Egipto, Gamal Abdel Nasser, y al primer ministro de India, Lal Bahadur Shastri, y les pidió que enviaran instructores militares. Reacios a enemistarse con Indonesia y Malasia,

ambos rechazaron la petición. En respuesta, Lee tomó la audaz decisión de aceptar una oferta de ayuda de Israel, a pesar de la reacción que esto podía provocar entre la importante población musulmana de Singapur y de la región. Para atajar esa amenaza, Lee decidió simplemente no anunciar la presencia de los israelíes. A cualquiera que preguntara, se le diría que los nuevos asesores militares de Singapur eran «mexicanos».[87]

Resultó ser una combinación inspirada, porque, a grandes rasgos, los dilemas de seguridad de Singapur reproducían los de Israel. Ambos eran países con pocos recursos y sin profundidad estratégica, rodeados de otros países más grandes con tentaciones revanchistas. Lee adoptó el modelo israelí; un ejército permanente pequeño pero muy profesional, que se apoyaba en una reserva constituida por toda la sociedad y capaz de movilizarse con rapidez. Todos los hombres jóvenes de Singapur, con independencia de su origen, debían cumplir un periodo de servicio militar y luego realizar regularmente un entrenamiento como reservistas en el campamento. Lee veía «beneficios políticos y sociales» en el servicio nacional, porque contribuía a crear un sentimiento de unidad nacional y fomentaba la igualdad social entre las divisiones étnicas.[88]

En 1966, Indonesia amplió el reconocimiento diplomático a Singapur, que había demostrado su resistencia frente a la *Konfrontasi*.[89] En 1971, el país había formado diecisiete batallones de servicio nacional y otros catorce batallones de reserva. A pesar de la enorme presión presupuestaria, Lee encontró financiación para adquirir con rapidez las fuerzas aéreas y navales necesarias para que la estrategia de disuasión contra sus vecinos resultara creíble. A continuación, hizo hincapié en la última tecnología y el entrenamiento riguroso como «multiplicadores de fuerza» que compensaran el espacio limitado y el escaso número de soldados de la isla. En una generación, las fuerzas armadas de Singapur se convirtieron en

las más capaces del Sudeste Asiático, una fuente de orgullo y unidad nacional, así como de admiración extranjera, incluida la del Departamento de Defensa de Estados Unidos.

A diferencia de muchos otros líderes poscoloniales, Lee no intentó reforzar su posición enfrentando a las diversas comunidades del país. Por el contrario, confió en la capacidad de Singapur para fomentar un sentimiento de unidad nacional más allá de sus grupos étnicos contradictorios. A pesar de la intensa violencia interétnica que precedió a la independencia, Lee se enfrentó a las fuerzas centrífugas inherentes a la composición de Singapur y desarrolló una identidad nacional cohesionada. Como dijo en 1967:

> Solo cuando se le ofrece a un hombre —sin distinciones basadas en diferencias étnicas, culturales, lingüísticas o de otra clase— la oportunidad de pertenecer a esta gran comunidad humana, se le ofrece un camino pacífico hacia el progreso y hacia un nivel superior de vida humana.[90]

La estrategia de Lee no era reprimir la diversidad de Singapur ni menospreciarla, sino canalizarla y gestionarla. Cualquier otra opción, afirmó, haría imposible la gobernanza.[91]

Su iniciativa más innovadora fue la política lingüística. ¿Cómo gobernar una ciudad-Estado en la que el 75 por ciento de la población hablaba varios dialectos chinos, el 14 por ciento hablaba malayo y el 8 por ciento tamil? Tras el fracaso de la unión con Malasia, Lee dejó de ser partidario de hacer del malayo la lengua nacional. Sin embargo, que el mandarín fuera la lengua oficial era «impensable», según él, ya que «el 25 por ciento de la población que no era china se rebelaría».[92] El inglés había sido durante mucho tiempo la lengua de trabajo del Gobierno, pero pocos singapurenses lo hablaban como

lengua materna, a diferencia de Lee.[93,][94] Su solución fue una política de educación bilingüe: se exigió a las escuelas en lengua inglesa que enseñaran mandarín, malayo y tamil, mientras que se obligaba al resto de las escuelas a impartir clases de inglés. La Constitución de Singapur recogía cuatro lenguas oficiales: el malayo, el mandarín, el tamil y el inglés.[95] Como dijo Lee en 1994:

> Si hubiera intentado imponer la lengua inglesa al pueblo de Singapur me habría enfrentado a rebeliones por todas partes [...]. Pero le ofrecí a todos los padres la opción del inglés y su lengua materna, en el orden que eligieran. Fruto de su libre elección, y de las recompensas del mercado durante un periodo de treinta años, hemos acabado con el inglés en primer lugar y la lengua materna en el segundo. En una universidad cuyo idioma original era el chino, hemos cambiado del chino al inglés. Si se hubiera obligado a hacer este cambio en cinco o diez años, en lugar de hacerlo a lo largo de treinta años —y por libre elección—, habría sido un desastre.[96]

Ser un país de habla inglesa también supuso un beneficio económico. En la década de 1960, Singapur destacaba entre las economías en desarrollo rivales por su clara orientación anglófila. La decisión de Lee de conservar la estatua de Raffles preservó una figura no sectaria de su pasado como símbolo nacional unificador.[97] Además, señaló al mundo que Singapur estaba abierto a los negocios y no a las recriminaciones.[98]

«QUE JUZGUE LA HISTORIA»

La ruptura con Malasia obligó a Lee a reorientar su enfoque, inicialmente socialista, hacia necesidades pragmáticas. Para que Singapur sobreviviera como Estado, su economía tenía que

crecer. Para que tuviera éxito como nación, los frutos de ese crecimiento debían repartirse de manera equitativa entre su población, con independencia del origen étnico. Y, para seguir teniendo presencia internacional, tenía que ganar influencia entre las principales potencias, sobre todo Estados Unidos y China.

«Hay libros que te enseñan cómo construir una casa, cómo reparar motores, cómo escribir un libro», recordaría Lee muchos años después:

> Pero no he visto ningún libro sobre cómo construir una nación a partir de un grupo dispar de inmigrantes procedentes de China, la India británica y las Indias Orientales neerlandesas, o sobre cómo lograr que su gente se gane la vida, cuando su antiguo papel económico como centro comercial de la región está desapareciendo. [99]

Las experiencias de Lee durante la Segunda Guerra Mundial, la lucha por el poder político en Singapur y la separación de Malasia le habían proporcionado ideas sobre el buen gobierno de los Estados que ningún curso de formación podría haberle enseñado. Sus viajes y conversaciones con líderes extranjeros resultaron trascendentales; en 1965, había visitado más de cincuenta países y desarrollado opiniones firmes sobre los motivos de sus diferentes resultados.[100] «Una nación no solo es grande por su tamaño», dijo en 1963. «Es la suma de la voluntad, la cohesión, la resistencia, la disciplina de su pueblo y la calidad de sus líderes lo que le asegura un lugar honorable en la historia».[101]

Esa es la razón por la que Lee adoptó «Que juzgue la historia» como su máxima de actuación. Rechazó el comunismo

porque implicaba el desmantelamiento de instituciones existentes que funcionaban. Asimismo, su preferencia por la economía de mercado se basaba en la observación de que producía mayores tasas de crecimiento.[102] Cuando años más tarde, en una cena en mi casa, un invitado estadounidense le felicitó por haber incluido principios feministas en el desarrollo de Singapur, Lee discrepó. Dijo que había incorporado a las mujeres a la fuerza laboral por razones prácticas. Singapur no habría podido alcanzar sus objetivos de desarrollo sin ellas. Lo mismo, añadió, ocurría con su política de inmigración, que trataba de convencer a extranjeros con talento para que se establecieran en su país. El propósito no era una noción teórica de los beneficios del multiculturalismo, sino las necesidades del crecimiento de Singapur y de su, de lo contrario, difícil demografía.

El pensamiento de Lee tiene una fuerte vena utilitaria, como demostró en su discurso del Primero de Mayo de 1981:

> Cualquier Gobierno racional quiere el máximo bienestar y progreso para el mayor número de sus ciudadanos. Para conseguirlo, los sistemas o los métodos, y los principios o las ideologías en los que se basan sus medidas políticas, difieren. Desde la Revolución Industrial, hace dos siglos, se está produciendo una especie de darwinismo entre los sistemas de gobierno. Se está determinando qué sistema ideológico-religioso-político-social-económico-militar prevalecerá debido a su eficacia para proporcionar el máximo bien al máximo número de personas de una nación.[103]

Construir una economía

Una de las primeras pruebas importantes a las que se enfrentó la capacidad de adaptación de Singapur tuvo lugar en enero de 1968, cuando Reino Unido, sacudido por la devaluación de la

libra y debilitada por los conflictos en Oriente Próximo, decidió dejar de tener presencia militar al este de Suez. En el debate de la Cámara de los Comunes del año anterior, el primer ministro Harold Wilson había citado el «Recessional» (traducido al español como «Fin de oficio») de Rudyard Kipling en un vano intento de defender la existencia de la base británica en Singapur; ahora parecía una profecía del declive imperial de Reino Unido:

> *A lo lejos, se desvanece nuestra armada;*
> *en las dunas y los cabos se apaga el fuego:*
> *¡Mirad, toda nuestra pompa pasada*
> *es una con la de Nínive y Tiro!*[104]

El cierre de la base naval y la salida de las tropas británicas, previstos para 1971, amenazaban con provocar la pérdida de una quinta parte del producto nacional bruto de Singapur.[105]

Lee buscó asesoramiento externo y recurrió al doctor Albert Winsemius, un economista neerlandés que había visitado Singapur por primera vez en 1960, invitado por Goh Keng Swee en el marco de una misión del Programa de Desarrollo de la ONU.[106] En comparación con los países occidentales, Singapur era pobre. Pero, en la década de 1960, sus salarios eran los más altos de Asia.[107] Winsemius advirtió que, para industrializar el país, había que reducir los salarios y hacer la fabricación más eficiente, adoptando tecnología y formando a los trabajadores. Propuso dar prioridad a la manufactura textil, seguida de la electrónica simple y la reparación de barcos, un paso intermedio hacia la construcción naval. Lee y Goh (otra vez ministro de Finanzas entre 1967 y 1970) siguieron su consejo.[108] Con los británicos de salida, Winsemius avisó de que Singapur no podía aspirar a la autosuficiencia total ni

depender de vínculos regionales. Al no poder contar con un mercado común con Malasia, como había ocurrido entre 1963 y 1965, tendría que operar en una esfera más amplia.

Durante los años siguientes, Lee, Goh y Winsemius trabajaron de forma conjunta para recalibrar la economía singapurense. Mientras otros dirigentes de países recién independizados rechazaban a las corporaciones multinacionales, Lee las buscaba. Cuando, más tarde, se le preguntó si esas inversiones extranjeras constituían una «explotación capitalista», replicó con practicidad: «Todo lo que teníamos era mano de obra [...]. Así que ¿por qué no, si ellos quieren explotar nuestra mano de obra? Son bienvenidos».[109] Para atraer inversión extranjera, Singapur se embarcó en un proyecto para mejorar la calidad de su mano de obra y, al mismo tiempo, dotarse de la apariencia y las instalaciones de una ciudad de primera clase. Como me dijo Lee en 1978: «Nadie invertirá en una causa perdedora, debe parecer una causa ganadora».[110]

Lograr que la ciudad fuera medioambientalmente sostenible se convirtió en una de las principales prioridades: reducir la contaminación atmosférica, plantar árboles y diseñar infraestructuras que tuvieran en cuenta la luz natural. Lee también se aseguró de que los turistas y los inversores que visitaban la ciudad recibieran servicios de alta calidad. El Gobierno organizó campañas de concienciación pública para promover una vestimenta, un comportamiento y una higiene adecuados. Los singapurenses (o, para el caso, los extranjeros) podían ser multados por cruzar mal la calle, no utilizar la cisterna del váter o tirar basura. Lee llegó a pedir un informe semanal sobre la limpieza de los baños del aeropuerto de Changi, que, para muchos viajeros, era su primera impresión de Singapur.[111]

La estrategia funcionó. Décadas más tarde, Lee contaría que,

después de convencer a Hewlett-Packard de que estableciera una oficina en Singapur, que se inauguró en abril de 1970, le siguieron otras empresas internacionales.[112,][113]

En 1971, la economía de Singapur creció más de un 8 por ciento anual.[114] En 1972, las multinacionales empleaban a más de la mitad de la mano de obra del país y representaban el 70 por ciento de la producción industrial.[115] En 1973, Singapur se había convertido en el tercer centro de refinación de petróleo del mundo.[116] Diez años después de la independencia, la inversión extranjera en el sector manufacturero había pasado de ciento cincuenta y siete millones a más de tres mil setecientos millones de dólares.[117]

A principios de 1968, el ambiente en el Parlamento de Singapur era pesimista y temeroso. Nadie creía que la isla pudiera sobrevivir a la salida del ejército británico. Tiempo después, Lee admitió que los años entre 1965 y la retirada programada en 1971 fueron los más angustiosos de su mandato.[118] Sin embargo, cuando los británicos se fueron, el país fue capaz de absorber el impacto económico; el desempleo no aumentó.[119] En contra de todas las expectativas y la opinión generalizada, la determinación de Lee de adaptarse al cambio hizo que Singapur tuviera una trayectoria asombrosa.

Para continuar atrayendo inversiones, la productividad tenía que seguir aumentando. Con ese fin, al principio Lee pidió a los trabajadores que aceptaran una reducción temporal de los salarios en aras del crecimiento a largo plazo.[120] Dio máxima prioridad a la educación. Y con frecuencia revisó al alza los objetivos industriales y sociales de la nación. Como dijo Lee en su mensaje del Primero de Mayo de 1981:

> El mayor logro del movimiento obrero de Singapur ha sido transformar el fervor revolucionario del periodo anticolonialista (es

decir, la hostilidad hacia los empleadores expatriados) de la década de 1950 en una conciencia de la productividad (la cooperación con la dirección, tanto singapurense como expatriada) en la década de 1980. [121]

Durante tres décadas, Lee llevó a Singapur a niveles de desarrollo cada vez más altos: de la subsistencia a la manufactura, y de esta a los servicios financieros, el turismo y la innovación de alta tecnología.[122] En 1992, al recordar el pasado, me dijo que, si le hubiera preguntado en 1975 —momento en el que ya había atraído cantidades sustanciales de inversión extranjera a Singapur—, aún no habría predicho la magnitud del futuro éxito de su país.

Lee y estados unidos

Lee dejó atónitos a mis colegas de Harvard en 1968 con su defensa de la participación estadounidense en Indochina. Si la evolución política en el Sudeste Asiático hubiera llamado antes la atención de los profesores, se habrían dado cuenta de que Lee llevaba años exponiendo el mismo mensaje. De hecho, estaba convencido del papel indispensable que Washington desempeñaba en el futuro de Asia, lo que le llevó a realizar dos importantes visitas a Estados Unidos en otros tantos años.

En su primera visita de Estado a Washington, en octubre de 1967, el presidente Johnson presentó a Lee en una cena en la Casa Blanca como «un patriota, un brillante líder político y un estadista de la Nueva Asia».[123] Lee, con su habitual franqueza, aprovechó la oportunidad que le brindaban las reuniones de alto nivel para explicar a sus anfitriones que el drama de Vietnam tenía sus antecedentes en decisiones estadounidenses que se remontaban a más de una década y

media. Ante el vicepresidente Hubert Humphrey, comparó la crisis de Vietnam con un largo viaje en autobús: Estados Unidos se había saltado todas las paradas en las que podría haberse bajado; la única opción ahora era seguir hasta el destino final. [124]

En las décadas siguientes, presidentes y primeros ministros de todo el mundo admirarían a Lee tanto por su sinceridad como por su inteligencia. La sutileza y precisión de sus análisis y la fiabilidad de su conducta lo convirtieron en un consejero para muchos de los que él mismo dependía. ¿Cómo consiguió el líder de una pequeña y vulnerable ciudad-Estado ejercer una influencia tan significativa sobre tantos líderes en el extranjero? ¿Cuál era su perspectiva y cómo se aplicaba ese marco en los momentos de crisis?

En cierto sentido, Lee Kuan Yew se encontraba en una búsqueda permanente del orden mundial. Entendió que el equilibrio de poder global no solo era el producto de fuerzas anónimas, sino de entidades políticas vivas, cada una repleta de historias y culturas individuales, y cada una obligada a evaluar sus oportunidades. El mantenimiento del equilibrio, del que también dependía el florecimiento de Singapur como nación comercial, no solo requería que los principales países se compensaran entre sí, sino un grado de comprensión de sus diversas identidades y las perspectivas derivadas de ellas. Por ejemplo, en 1994 Lee señaló:

> Al observar las sociedades a lo largo de milenios se descubren ciertos patrones básicos. La civilización estadounidense es, desde los padres peregrinos, una basada en el optimismo y el crecimiento de un gobierno ordenado. La historia de China es la del auge y caída de sus dinastías, la del fortalecimiento y debilitamiento de las sociedades. Y en toda esa inestabilidad, la familia, la familia extensa, el clan, ha proporcionado al individuo una especie de bote salvavidas. Las civilizaciones se han derrumbado, las dinastías han sido arrasadas por

> hordas conquistadoras, pero este bote salvavidas permite a la civilización [china] seguir adelante y llegar a la siguiente fase.[125]

Lee era respetado por líderes de Estados mucho más poderosos que el suyo en un grado único porque aportaba ideas que les permitían entender sus propios retos fundamentales. La lectura que hacía Lee de los asuntos exteriores se basaba, al igual que su análisis de las necesidades internas de Singapur, en su percepción de la realidad objetiva. Las preferencias subjetivas no influían en sus valoraciones, que invariablemente iban al grano. Algunos líderes tratan de impresionar a sus interlocutores, demostrando su dominio de los pequeños detalles; Lee, cuyo conocimiento de los hechos era considerable, poseía una cualidad más valiosa: la capacidad de reducir un asunto a su esencia.

Al igual que los obstáculos que acompañaron el nacimiento de Singapur habían sido experiencias definitorias en la vida política de Lee, luego, durante el resto de su carrera, hizo especial hincapié en la evolución interna de otros países a la hora de evaluar su relevancia en el orden mundial. Había dos países fundamentales en la valoración que hacía Lee de la supervivencia de Singapur y su lugar en el mundo: Estados Unidos y China. Definió la relación con Estados Unidos modestamente en un brindis por el presidente Richard Nixon durante una cena en la Casa Blanca en abril de 1973:

> Somos un país muy pequeño situado estratégicamente en el extremo más meridional de Asia, y allí, cuando los elefantes se desmandan, si eres un ratón y no conoces los hábitos de los elefantes, puede encontrarte en una situación desagradable.[126]

Un discurso de mayo de 1981 también refleja su clarividencia y lucidez con respecto al sistema soviético:

> Treinta y seis años después del final de la Segunda Guerra Mundial sabemos que, en la pugna entre la democracia occidental de libre empresa/libre mercado y la economía dirigida/distribución controlada comunista, el sistema comunista está perdiendo. No puede cumplir con lo prometido [...].
>
> A menos que esta contienda termine en una destrucción mutua con armas nucleares, el resultado que veremos será la supervivencia de ese sistema que es superior a la hora de proporcionar mayor seguridad y mayor bienestar económico/espiritual a sus miembros. Si Occidente puede impedir que los soviéticos obtengan un botín fácil gracias a su superioridad militar, el sistema de libre mercado, con iniciativas e incentivos personales, demostrará ser claramente superior al sistema de mercado planificado/controlado centralmente.[127]

Diez años después, tras el colapso de la Unión Soviética, el punto de vista de Lee se convertiría en una opinión generalizada; en aquel momento, pocos percibían la inminencia de la decadencia soviética.

Lee detectó en el pueblo estadounidense una generosidad y una apertura de espíritu inusuales, que le recordaban a algunos aspectos de sus compromisos confucianos. En el periodo de posguerra inmediato, observó, Estados Unidos no había abusado de su monopolio nuclear:

> Cualquier nación antigua y establecida habría asegurado su supremacía tanto tiempo como hubiera podido. Pero Estados Unidos se propuso levantar a sus enemigos derrotados para mantener a raya a una fuerza maligna, la Unión Soviética, y provocó un cambio tecnológico al transferir generosa y libremente la tecnología a los europeos y los japoneses, permitiendo que en treinta años se conviertan en competencia [...]. Cierta grandeza de espíritu nacida del miedo al comunismo, sumada al idealismo estadounidense, propició esto.[128]

Cuando, tras las reformas de Deng, la atención geopolítica de Lee se desplazó de la amenaza de la subversión maoísta a la

más complicada interacción entre las grandes estrategias de China, la Unión Soviética y Estados Unidos —y más tarde a la gestión de China como una fuerza económica y política muy empoderada—, sus valoraciones cambiaron en consecuencia. Pero nunca alteró la idea del papel indispensable de Estados Unidos en la seguridad y el progreso del mundo y en especial del Sudeste Asiático. Lee no era sentimentalmente «proamericano» ;no era en absoluto sentimental. Podía encontrar una cantidad saludable de críticas al planteamiento de la política y la geopolítica de Estados Unidos. Dejó constancia de que sus primeras impresiones sobre los estadounidenses habían sido «contradictorias»:

> Admiraba su capacidad de acción, pero compartía la opinión de la clase dirigente británica de la época de que los estadounidenses eran brillantes y audaces y tenían una enorme riqueza, pero a menudo la utilizaban mal. No era cierto que todo lo que se necesitaba para solucionar un problema fuera aportar recursos [...]. Tenían buenas intenciones, pero eran muy torpes y carecían de sentido de la historia. [129]

Con la guerra de Vietnam, Lee afinó su idea: no solo se volvió importante que coincidieran el apoyo al poder estadounidense y la comprensión y el fomento de los propósitos estadounidenses; ahora era imperativo alistar a Estados Unidos en la defensa de la estabilidad en Asia. Con la salida de Reino Unido de Asia, Estados Unidos se había convertido en un elemento esencial como equilibrador de las complicadas y violentas fuerzas que dificultaban la estabilidad en la región. Lee, educado en Cambridge, a quien en una ocasión el ministro de Asuntos Exteriores británico, George Brown, le había dicho que era «el más inglés al este de Suez»,[130] adoptó una actitud hacia Estados Unidos que se parecía a la de Churchill cuando este estableció la «relación especial» de Reino Unido

con Estados Unidos. Lee participó, en la medida que pudo, en el proceso de toma de decisiones estadounidense sobre asuntos que afectaban al Sudeste Asiático. Sin embargo, en su caso, la relación la establecía un líder asiático de una pequeña ciudad-Estado poscolonial.

Lee pensaba que las grandes cualidades norteamericanas, la magnanimidad y el idealismo, eran insuficientes por sí solas; se requería una visión geopolítica complementaria para que Estados Unidos pudiera cumplir su papel. La sensibilidad ante la tensión existente entre los ideales nacionales y las realidades estratégicas era esencial. Lee temía que la tendencia de Estados Unidos a una política exterior moralista se convirtiera en neoaislacionismo cuando se enfrentara a la decepción por la manera en que funcionaba el mundo. Un énfasis excesivo en las aspiraciones democráticas podría obstaculizar su capacidad para empatizar con los países menos desarrollados que, por necesidad, daban prioridad al progreso económico por encima de la ideología.

Lee expuso este punto de vista con su característico estilo: una combinación de historia, cultura y geografía pertinente y adaptada a las preocupaciones contemporáneas; un conocimiento de los intereses de su interlocutor; y una manifestación elocuente despojada de palabrería, asuntos ajenos o cualquier rastro de súplica. En 1994, insistió en que el realismo debía basarse en una clara distinción moral entre el bien y el mal:

> Ciertos aspectos básicos de la naturaleza humana no cambian. El hombre necesita un cierto sentido moral del bien y del mal. Existe algo llamado maldad, y no es el resultado de ser una víctima de la sociedad. Si eres, simplemente, un hombre malvado, propenso a hacer cosas malas, hay que evitar que sigas haciéndolas.[131]

Lee presentó su liderazgo ante el mundo como el de alguien que opera dentro de su contexto cultural y es capaz de relacionar los acontecimientos regionales con el resto del mundo. Por lo general analítico y prescriptivo, utilizó la información obtenida de su red de contactos y de sus largos viajes para responder preguntas y ofrecer consejo. «Cuando viajo —escribió Lee— observo cómo funciona una sociedad, una administración. ¿Por qué son buenos?».[132]

Después de dejar el cargo de primer ministro, en 1990, recordarle a Estados Unidos sus responsabilidades se convirtió en una obsesión. Durante la Guerra Fría, la principal preocupación de Lee había sido que Estados Unidos desempeñara un papel importante en el mantenimiento del equilibrio *mundial* frente a la amenaza rusa. Tras el colapso de la Unión Soviética, su atención se desplazó a la importancia crucial que tenía Estados Unidos en la definición y el mantenimiento del equilibrio *asiático*. En un discurso pronunciado en Harvard en 1992, en el momento álgido del triunfalismo estadounidense posterior a la Guerra Fría, advirtió que el equilibrio geopolítico se alteraría mucho si Estados Unidos se replegaba, se cobrara el «dividendo de la paz» de la pos Guerra Fría y debilitaba sus responsabilidades mundiales:

> Mi generación de asiáticos, que ha vivido la última guerra, sus horrores y miserias, y que recuerda el papel de Estados Unidos en cómo Japón resurgió de las cenizas de esa guerra como un ave fénix, hasta alcanzar la prosperidad, y en las economías recién industrializadas y la ASEAN [las siglas en inglés de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático], sentirán un profundo pesar si el mundo se vuelve muy diferente porque Estados Unidos se convierte en un actor menos importante en el nuevo equilibrio.[133]

En 2002, señaló que «apagar fuegos» a escala global no era equivalente a que Estados Unidos entendiera y utilizara su

considerable influencia para generar una estabilidad mundial duradera.[134] Al considerar la política exterior en términos de planeamiento estratégico, definió el equilibrio de las grandes potencias como la clave del orden internacional y, sobre todo, de la seguridad y prosperidad de Singapur. «Solo queremos el máximo espacio para ser nosotros mismos —dijo en 2011—. Y la mejor manera de conseguirlo es que los grandes "árboles" nos dejen espacio; con el que queda entre ellos tenemos suficiente. [Si] un gran árbol nos cubre, no tenemos espacio».[135]

Lee admiraba a Estados Unidos y le inquietaban sus oscilaciones. Respetaba y temía a China por su búsqueda decidida de objetivos. De la proximidad histórica con China y la necesaria amistad con Estados Unidos, Lee extrajo la seguridad y el futuro de Singapur.

Lee y China

Lee previó la potencial hegemonía de China en Asia. En 1973 —cuando se consideraba que China estaba económicamente atrasada— él ya decía: «China estará a la altura. Es solo cuestión de tiempo».[136] En 1979, sin embargo, todavía esperaba que esta mantuviera una posición relativamente débil a medio plazo:

> El mundo imagina a China como un gigante. Es más bien una medusa blanda. Tenemos que ver qué se puede hacer con sus recursos [y] sus dos debilidades: el sistema comunista y la falta de formación y conocimiento práctico. Ahora, me temo que los chinos no son lo bastante fuertes como para desempeñar el papel que deseamos [para] ellos, el de contrarrestar a los rusos. No temo una China fuerte; temo que los chinos sean demasiado débiles. Si queremos ser libres para elegir a nuestros socios en el progreso es necesario un equilibrio. Les

llevará entre quince-veinte, treinta-cuarenta años.[137]

En aquel periodo, la actitud de Lee hacia el auge de China era ambivalente, porque Singapur tenía «objetivos contradictorios»: hacer que China fuera lo bastante fuerte para intimidar al Vietnam comunista (lo cual él pensaba que supondría un «alivio»), pero no tan fuerte como para poder agredir a Taiwán.[138] Pero, incluso en ese momento de relativa debilidad de China, Lee alertó de la determinación del país y la perturbación que podía desencadenar: «No sé si los dirigentes [chinos] pueden comprender del todo la naturaleza de la transformación que les espera si tienen éxito. Una cosa es segura: quieren tener éxito».[139]. Su predicción coincidía bastante con la manera en que se dice que un gran estratega de un tiempo previo, Napoleón, veía a China: «Dejemos que China duerma, porque cuando despierte sacudirá el mundo».[140]

Pero ¿cuándo? En 1993, la opinión de Lee había evolucionado. El auge de China ya no era algo lejano; se había convertido en el principal reto de la época. «La magnitud del desplazamiento de China en el equilibrio mundial es tal que el mundo debe encontrar un nuevo equilibrio en treinta o cuarenta años» dijo. «No se puede actuar como si se tratara de otro mero gran actor», añadió. «Se trata del mayor actor en la historia del hombre».[141] Algunos años más tarde, desarrolló esta idea:

> A falta de una gran catástrofe imprevisible que provoque el caos o vuelva a dividir China en muchos feudos de señores de la guerra, es solo cuestión de tiempo que el pueblo chino se reorganice, reeduque y se forme para aprovechar al máximo la ciencia y la tecnología modernas.[142]

El planteamiento de Lee respecto a China, al igual que su

análisis de Estados Unidos, no era sentimental. Si, según Lee, el problema de Estados Unidos residía en sus vacilaciones entre un idealismo insuficientemente reflexivo y los habituales ataques de inseguridad, el que planteaba China era el resurgimiento de un modelo imperial tradicional. Los milenios durante los cuales China se imaginó a sí misma como el «reino del Medio» —el país que ocupaba el centro del mundo— y clasificaba a los demás Estados como tributarios sin duda habían dejado un legado en el pensamiento chino y favorecían una tendencia a la hegemonía. «En este momento, creo que el resultado estadounidense es el mejor para nosotros», dijo a un entrevistador en 2011:

> No veo a los chinos como una potencia benigna, como sí veo a los estadounidenses. Quiero decir, dicen *bu cheng ba* (no será hegemónico). Si no estás preparado para ser hegemónico, ¿por qué sigues diciéndole al mundo que no vas a ser hegemónico?[143]

Decidido a resistirse a las políticas desestabilizadoras de China durante la época de Mao y, más tarde, a alejar cualquier impresión de que Singapur, al tener una mayoría china, debía considerarse naturalmente alineado con la madre patria, Lee había declarado durante mucho tiempo que Singapur sería el último país de la ASEAN en establecer relaciones diplomáticas con Pekín. (Además, Singapur había confiado en las inversiones y los conocimientos prácticos de Taiwán para desarrollar sus industrias, empezando por la textil y la del plástico).[144] Tras la apertura de Occidente a China durante la década de 1970, Lee fue fiel a su palabra. Reafirmó que Singapur era autónomo, tanto respecto a sus vecinos como a las superpotencias. En 1975, ignoró una invitación de Zhou Enlai para visitar China, decisión que hizo que Lee y Zhou, que estaba enfermo, nunca se conocieran. Singapur no reconoció de forma oficial a la

República Popular China hasta 1990.

En noviembre de 1978, sin embargo, Lee recibió en Singapur al líder supremo de China, Deng Xiaoping. Ese acontecimiento marcó el inicio de la relación contemporánea entre Singapur y China. Para simbolizar la importancia que concedía a esta visita, Lee dispuso que se colocaran un cenicero y una escupidera delante del entonces líder chino, que era un ávido fumador, a pesar de que las leyes de Singapur prohibían fumar (y de su fuerte alergia al humo).

En ese viaje, la agenda de Deng era crear oposición a la Unión Soviética y, entre los países del Sudeste Asiático, al Vietnam unificado; a Lee le preocupaba principalmente disminuir las tendencias autoritarias de la política china hacia Singapur. Le explicó a Deng que las emisiones de radio procedentes de China destinadas a radicalizar a la diáspora china en el Sudeste Asiático dificultaban la cooperación con Pekín. Le pidió que detuviera la propaganda; en dos años, se fue acabando de manera gradual.[145] Años después, Lee identificó a Deng como uno de los tres líderes mundiales que más admiraba (los otros dos eran Charles de Gaulle y Winston Churchill). Deng, en su opinión, «fue un gran hombre porque hizo que China pasara de ser un Estado quebrado, que habría implosionado como la Unión Soviética, a lo que es hoy, un país en vías de convertirse en la mayor economía del mundo».[146]

Según Ezra Vogel, distinguido sinólogo y biógrafo de Deng, cuando visitó Singapur, este aún estaba indeciso respecto a su política económica, pero la visita «contribuyó a reforzar la convicción de Deng sobre la necesidad de hacer reformas fundamentales».[147] El mes siguiente, anunció su política de puertas abiertas, según la cual se crearon zonas económicas especiales en la costa china para acoger la inversión extranjera directa. Como observó Vogel: «Deng encontró en el ordenado Singapur un modelo de reforma atractivo» y envió allí a

emisarios «para aprender planeamiento urbano, gestión pública y cómo controlar la corrupción».[148]

Durante el periodo de dominio de Deng, Lee empezó a hacer visitas anuales a China —antes incluso de su pleno reconocimiento— para estudiar su desarrollo urbano y su reforma agrícola y establecer contactos con los principales funcionarios. Lee advirtió a Zhao Ziyang, primer ministro chino y más tarde secretario general del Partido Comunista de China, que la apertura necesaria para el crecimiento económico no tenía por qué producirse a expensas de los «valores confucianos». En una reflexión posterior, que comenzaba con la repetición de la frase de Deng Xiaoping «cruzar el río tanteando las piedras», Zhao dijo que Lee había «acortado nuestra travesía del río».[149]

El consejo de Lee se manifestaría en la creación de un parque industrial singapurense en Suzhou, una antigua ciudad china cercana a Shanghái famosa por sus hermosos jardines chinos tradicionales. Inaugurado en 1994, el parque se concibió para integrar las prácticas de gestión de Singapur con la mano de obra local, acelerando así la industrialización y atrayendo capital extranjero a China. Los fondos soberanos de inversión de Singapur, Temasek Holdings y GIC (antes Corporación de Inversión del Gobierno de Singapur), se convirtieron en grandes inversores en China.

En 1989, Lee se unió a la mayor parte de Occidente y condenó la represión de las protestas estudiantiles en la plaza de Tiananmén por parte de los dirigentes chinos. Denunció la brutalidad de los métodos y calificó su coste humano de inaceptable.[150] Pero también estaba convencido de que una implosión política en China sería un riesgo terrible para el mundo, ya que plantearía una serie de peligros que la desintegración de la Unión Soviética no tardaría en ilustrar. Como dijo Lee más tarde, comparando los dos casos:

> Deng era el único líder en China con la posición política y la fuerza para revertir las políticas de Mao [...]. Veterano de la guerra y la revolución, vio en los manifestantes estudiantiles de Tiananmén un peligro que amenazaba con sumir de nuevo a China en la confusión y el caos, postrada durante otros cien años. Había vivido una revolución y en Tiananmén reconoció los primeros indicios de una. Gorbachov, a diferencia de Deng, solo había leído sobre la revolución, y no reconoció las señales de peligro del inminente colapso de la Unión Soviética.[151]

Después de Tiananmén, pareció que las reformas económicas de China vacilaban. Solo se reactivaron tras la «gira por el sur» de Deng en 1992, un viaje de un mes, épico e influyente, por varias ciudades del sur en el que el dirigente chino, de ochenta y siete años y nominalmente retirado, volvió a defender persuasivamente la liberalización económica.

Entre estados unidos y china

Para Estados Unidos, el mensaje de Lee sobre China era aleccionador y, en un sentido más profundo, indeseable: con una nueva superpotencia, el país se vería obligado a compartir su posición preeminente en el Pacífico occidental y, quizá, en el mundo entero. «Tiene que convivir con una China más grande», dijo Lee en 2011, y esto resultaría «completamente novedoso para Estados Unidos, porque ningún país ha sido nunca lo bastante grande como para desafiar su posición. China será capaz de hacerlo en veinte o treinta años».[152]

Esa evolución sería dolorosa para una sociedad con el sentido de excepcionalismo que tenía la estadounidense, advirtió Lee. Pero la prosperidad estadounidense también se debía a factores excepcionales: «La buena suerte geopolítica, la abundancia de recursos y la energía de los inmigrantes, un generoso flujo de

capital y tecnología desde Europa, y dos amplios océanos que mantenían los conflictos del mundo alejados de las costas estadounidenses».[153] En el mundo venidero, cuando China se convirtiera en una formidable potencia militar con tecnología punta, la geografía no proporcionará ninguna protección a Estados Unidos.

Lee anticipó que el cambio inminente cuestionaría el equilibrio internacional imperante y haría que la posición de los Estados intermedios fuera precaria. Julius Nyerere, antiguo primer ministro de Tanzania, había advertido a Lee: «Cuando los elefantes luchan, la hierba acaba pisoteada». A lo que Lee, que como hemos visto era aficionado a las analogías de elefantes, respondió: «Cuando los elefantes hacen el amor, la hierba también acaba pisoteada».[154,][155] Lee creía que la mejor opción para los objetivos de estabilidad y crecimiento de Singapur sería una relación cordial pero fría entre las dos superpotencias. Pero, en sus interacciones con Washington y Pekín, no actuó tanto como un defensor nacional de su país, sino como un guía filosófico para los dos imponentes gigantes.

En sus reuniones con los líderes chinos, Lee solía presentar argumentos en sintonía con sus traumas históricos y los exponía con una emoción poco habitual. En 2009, advirtió a la generación en alza de líderes chinos que no había experimentado las privaciones y cataclismos de sus mayores, pero que sentía un profundo resentimiento por el lugar que ocupaba en el mundo:

> Esta generación [mayor] ha pasado un infierno: el Gran Salto Adelante, el hambre, la inanición, casi el enfrentamiento con los rusos [...] la Revolución Cultural enloquecida [...]. No tengo ninguna duda de que esta generación quiere un ascenso pacífico. Pero ¿y los nietos? Piensan que ya han llegado, y si empiezan a demostrar su fuerza, tendremos una China muy diferente [...]. Los nietos nunca escuchan a los abuelos.

> El otro problema es más crucial: si empiezas creyendo que el mundo no se ha portado bien contigo, que te ha explotado, que los imperialistas te han devastado, han saqueado Pekín, te han hecho todo esto [...] esto no es bueno. No vais a volver a la antigua China, cuando erais la única potencia del mundo hasta donde sabíais [...]. Ahora, sois una de las muchas potencias, muchas de ellas más innovadoras, inventivas y resistentes.[156]

A Estados Unidos Lee le dio un consejo equivalente, no «tratar desde el principio a China como un enemigo», no sea que «desarrolle una contraestrategia para acabar con Estados Unidos en el Asia Pacífico». Advirtió que, de hecho, los chinos podían estar considerando ya ese escenario, pero que una inevitable «pugna entre los dos países por la supremacía en el Pacífico occidental [...] no tiene por qué llevar un conflicto».[157] En consecuencia, Lee aconsejó a Washington que incorporara a Pekín a la comunidad internacional y aceptara a «China como un Estado grande, poderoso y en auge» con «un asiento en la sala de juntas». En lugar de presentarse como un enemigo ante sus ojos, Estados Unidos debía «reconocer [a China] como una gran potencia, celebrar su regreso a una posición de respeto y la restauración de su glorioso pasado, y proponer formas concretas de trabajar juntos».[158]

Lee consideraba que la Administración Nixon había practicado este tipo de acercamiento y describía al presidente Nixon como «un estratega pragmático». En el mundo inminente, la postura de Estados Unidos debía ser «comprometerse con China, no contenerla», pero de una manera que «además establezca discretamente las piezas para un plan alternativo en el caso de que China no juegue según las reglas, como un buen ciudadano global». De esta forma, si los países de la región se sintieran alguna vez obligados a «tomar partido, el lado americano del tablero debería incluir a Japón, Corea, la ASEAN, India, Australia, Nueva Zelanda y la

Federación Rusa».[159]

Fui testigo de las presentaciones que hizo Lee a ambos lados del Pacífico. Sus interlocutores estadounidenses, aunque en general eran receptivos a su análisis geopolítico, tendían a preguntarle su opinión sobre cuestiones inmediatas, como el programa nuclear norcoreano o la situación de las economías asiáticas. También estaban convencidos de que al final China se acercaría a los principios y las instituciones políticas estadounidenses. Sus interlocutores chinos, por su parte, acogieron con satisfacción los argumentos de Lee sobre que su país debía ser tratado como una gran potencia y que las diferencias, incluso a largo plazo, no hacían necesario un conflicto. Pero, debajo de sus modales educados, se percibía cierta incomodidad por el hecho de que un chino extranjero les hablara sobre los principios de la conducta china.

Lee imaginó un escenario apocalíptico para la guerra entre Estados Unidos y China. Las armas de destrucción masiva garantizaban la devastación; más allá de eso, no podían definirse objetivos bélicos significativos, en concreto las características de la «victoria». Así que no es casualidad que, hacia el final de su vida, sus llamamientos a China se dirigieran con insistencia a la generación que nunca había experimentado la confusión vivida por la suya y que podía ser demasiado dependiente de la tecnología o el poder:

> Es vital que la generación más joven de chinos, que solo ha vivido un periodo de paz y crecimiento en China y no ha experimentado su tumultuoso pasado, sea consciente de los errores que cometió su país como resultado de la arrogancia y los excesos de la ideología. Tienen que impregnarse de las actitudes y los valores adecuados para afrontar el futuro con humildad y responsabilidad.[160]

Lee nunca se cansó de recordar a sus interlocutores que la

globalización significaba que todas las naciones —incluidas (tal vez especialmente) las que habían creado el sistema y escrito sus reglas— tendrían que aprender a vivir en un mundo competitivo.[161] En el transcurso de su vida, la globalización solo se había desarrollado definitivamente con el colapso de la Unión Soviética y el auge de China. En ese mundo, la gran prosperidad al lado de la gran necesidad generaría pasiones inflamables.[162] «El regionalismo ya no es la mejor solución —dijo en 1979—. La interdependencia es la realidad. Es un solo mundo».[163] La interconexión global, creía, podía beneficiar a todos si se manejaba con sensatez.

A fin de cuentas, como me dijo en 2002, el propio compromiso de Singapur con el mundo era la principal razón por la que su desarrollo había superado al de China.[164] Lee pensaba que el final de la Guerra Fría había provocado dos fenómenos contradictorios: la globalización y la potencial rivalidad estratégica entre Estados Unidos y China, con el riesgo de una guerra catastrófica. Donde muchos solo detectaban peligro, él afirmaba la indispensabilidad de la contención mutua. Estados Unidos y China tenían la obligación fundamental de invertir por igual esperanza y acción en la posibilidad de un resultado exitoso.

Lee fue de los pocos que predijo en una fase temprana los dilemas que la evolución de China plantearía tanto para esta como para Estados Unidos. Inevitablemente, las dos naciones acabarían chocando. ¿Conduciría esta nueva relación a una confrontación cada vez mayor, o sería posible transformar una conducta conflictiva en un análisis conjunto de los requisitos necesarios para la coexistencia pacífica?

Durante décadas, Washington y Pekín proclamaron este último objetivo. Pero hoy, en la tercera década del siglo XXI, parece que ambos han dejado de intentar dar a la coexistencia un aspecto operativo y se dirigen en cambio en una rivalidad

más aguda. ¿Se encamina el mundo hacia un conflicto como en el periodo previo a la Primera Guerra Mundial, cuando Europa construyó inadvertidamente una máquina diplomática catastrófica que hizo que cada crisis sucesiva fuera más difícil de resolver hasta que al final estalló, destruyendo la civilización tal y como se percibía entonces? ¿O redescubrirán los dos colosos una definición de la coexistencia que sea coherente con la concepción que cada parte tiene de su grandeza y sus intereses fundamentales? El destino del mundo moderno depende de la respuesta.

Lee fue uno de los pocos líderes respetados a ambos lados del Pacífico, tanto por su perspicacia como por sus logros. Comenzó su carrera desarrollando un concepto de orden para una pequeña isla insignificante y su entorno, y dedicó sus últimos años a apelar a la sabiduría y la contención de los países capaces de provocar una catástrofe global. Aunque él nunca hubiera hecho tal afirmación sobre sí mismo, el viejo realista había asumido el papel de conciencia del mundo.

El legado de Lee

Tras su largo mandato, Lee renunció al cargo de primer ministro en noviembre de 1990. Con el fin de facilitar una transición estable y controlada, se fue distanciando poco a poco del gobierno cotidiano. Con el título, primero, de ministro principal y luego de ministro mentor, siguió siendo influyente, pero cada vez menos visible según transcurría el mandato de los dos primeros ministros que le sucedieron.[165]

Una evaluación del legado de Lee debe comenzar con el extraordinario crecimiento del producto interior bruto per cápita de Singapur, que pasó de 517 dólares en 1965 a 11.900 dólares en 1990 y 60.000 dólares en la actualidad (2020).[166]

El PIB anual creció una media del 8 por ciento hasta bien entrada la década de 1990.[167] Se trata de uno de los éxitos económicos más notables de la época moderna.

A finales de la década de 1960, en general se pensaba que los líderes poscoloniales debían proteger sus economías de las fuerzas del mercado internacional y desarrollar industrias locales autónomas mediante una intensa intervención estatal. Algunos de ellos, como expresión de su reciente liberación y movidos por impulsos nacionalistas y populistas, incluso se sintieron obligados a acosar a los extranjeros que habían fijado su residencia en su suelo durante la época colonial. El resultado, como escribió Richard Nixon, fue que:

> Vivimos una época en la que a menudo se juzga a los líderes más por la estridencia de su retórica y el color de su política que por el éxito de sus medidas políticas. Sobre todo en el mundo en desarrollo, demasiadas personas se han ido a la cama por la noche con los oídos llenos pero el estómago vacío.[168]

Lee llevó a Singapur en la dirección opuesta y atrajo a las corporaciones multinacionales al abrazar el libre comercio y el capitalismo, y al insistir en el cumplimiento de los contratos comerciales. Valoró su diversidad étnica como un activo especial y trabajó con tesón para evitar que fuerzas externas intervinieran en las disputas internas, ayudando así a preservar la independencia de su país. Mientras la mayoría de sus homólogos adoptaron una postura de no alineación en la Guerra Fría —que, en la práctica, solía significar una aquiescencia *de facto* con los planes soviéticos—, Lee apostó su futuro geopolítico a la fiabilidad de Estados Unidos y sus aliados.

Al trazar el camino para una nueva sociedad, Lee concedió una importancia decisiva a la centralidad de la cultura.

Rechazó la creencia —sostenida tanto en las democracias liberales de Occidente como en el bloque comunista liderado por la Unión Soviética— de que las ideologías políticas eran fundamentales para definir la evolución de una sociedad y que todas las sociedades se modernizarían de la misma manera. Por el contrario, Lee dijo: «Occidente cree que el mundo debe seguir [su] desarrollo histórico. [Pero] la democracia y los derechos individuales son ajenos al resto del mundo».[169] La universalidad de las reivindicaciones liberales le resultaba tan inconcebible como la idea de que algún día los estadounidenses decidieran seguir a Confucio.

Sin embargo, no creía que esas diferencias entre civilizaciones fueran insuperables. Las culturas debían coexistir y adaptarse unas a otras. Hoy, Singapur sigue siendo un Estado autoritario, pero el autoritarismo *per se* no era el objetivo de Lee: era un medio para conseguir un fin. Tampoco lo era la autocracia familiar. Goh Chok Tong (que no estaba emparentado con Goh Keng Swee) fue primer ministro desde noviembre de 1990 hasta agosto de 2004. El hijo de Lee, Lee Hsieng Loong —cuya competencia nadie pone en duda—, sucedió a Goh y ahora se está retirando del cargo de primer ministro para que en el próximo ciclo electoral pueda determinarse un sucesor. Ambos llevaron a su país por el camino que Lee había trazado.

En Singapur las elecciones no son democráticas, pero no carecen de importancia. Si en las democracias el descontento se expresa mediante la posibilidad de un cambio electoral, en Singapur Lee y sus sucesores han utilizado las votaciones como una evaluación de resultados que informa a quienes están en el poder de la eficacia de sus medidas, dándoles así la oportunidad de ajustar sus políticas en función de lo que juzgan de interés público.

¿Había una alternativa? ¿Podría haber tenido éxito una

estrategia diferente, más democrática y pluralista? Lee pensaba que no. Creía que, al principio, cuando Singapur avanzaba hacia la independencia, las fuerzas sectarias que habían desgarrado a muchos otros países poscoloniales suponían un peligro. En su opinión, los Estados democráticos con importantes divisiones étnicas corren el riesgo de sucumbir a las políticas identitarias, que tienden a acentuar el sectarismo. [170] Un sistema democrático funciona permitiendo que una mayoría (definida de diversas maneras) forme un Gobierno a través de las elecciones, y luego se forme otro Gobierno cuando la opinión política cambia. Pero, cuando las opiniones —y las divisiones— políticas están determinadas por definiciones inmutables de la identidad y no por diferencias políticas fluidas, la perspectiva de cualquier resultado de este tipo disminuye en proporción a la magnitud de la división; las mayorías tienden a convertirse en permanentes, y las minorías intentan escapar del sometimiento mediante la violencia. Según Lee, la gobernanza funcionaba de manera más efectiva como una unidad pragmática de colaboradores estrechos sin ataduras ideológicas, que valoraba la competencia técnica y administrativa y buscaba implacablemente la excelencia. Para él, la piedra de toque era el sentido de servicio público:

> La política exige a una persona ese extra, un compromiso con el pueblo y los ideales. No se trata de un simple trabajo. Es una vocación, no muy diferente del sacerdocio. Tienes que querer a la gente, tienes que querer cambiar la sociedad y mejorar su vida.[171]

¿Qué pasará, entonces, mañana? La cuestión clave para el futuro de Singapur es si el continuo progreso económico y tecnológico llevará a una transición democrática y humanista. Si los resultados del país decayeran —y eso hiciera que los votantes buscaran protección en la identidad étnica—, las

elecciones del sistema singapurense correrían el riesgo de convertirse en una autentificación del dominio étnico de un único partido.

Para los idealistas, lo que pone a prueba una estructura es su relación con normas inmutables; para los estadistas, la adaptabilidad a las circunstancias históricas. Según este último criterio, hasta ahora el legado de Lee Kuan Yew ha tenido éxito. Pero los estadistas también deben ser juzgados por la evolución de sus modelos fundacionales. Tarde o temprano el margen para el cambio popular se convertirá en un componente esencial de la sostenibilidad. ¿Se puede concebir un equilibrio mejor entre la democracia popular y el elitismo modificado? Este será el reto definitivo de Singapur.

Al igual que a mediados de la década de 1960, cuando se creó Singapur, ahora el mundo vuelve a encontrarse en un periodo de incertidumbre ideológica sobre cómo construir una sociedad de éxito. La democracia de libre mercado, que tras el colapso de la Unión Soviética se autoproclamó el orden más viable, se enfrenta simultáneamente a modelos alternativos externos y a la disminución de la confianza interna. Otros sistemas sociales se reivindican a sí mismos como mejores para desbloquear el crecimiento económico e inculcar armonía social. La transformación de Singapur bajo el liderazgo de Lee ignoró estos conflictos. Evitó los dogmas rígidos que él mismo tachó de «teorías personalistas». En su lugar, concibió lo que insistía en llamar el excepcionalismo singapurense.[172]

Lee era un improvisador incansable, no un teórico del gobierno. Adoptó medidas políticas que creía que tenían posibilidades de funcionar y las revisó cuando vio que no era así. Experimentó constantemente, tomó ideas de otros países e intentó aprender de sus errores. No obstante, se aseguró de no

dejarse deslumbrar por el ejemplo de los demás; Singapur, más bien, no debía dejar de preguntarse si estaba alcanzando los objetivos que le imponía su singular geografía y le permitía su especial composición demográfica. Como él mismo decía: «Nunca fui prisionero de una teoría. Me guiaron la razón y la realidad. La prueba de fuego que aplicaba a cualquier teoría o ciencia era ¿funcionará?».[173] Tal vez Kwa Geok Choo le había enseñado el dicho de Alexander Pope: «Dejemos que los tontos discutan sobre las formas de gobierno; la mejor es la que se administre mejor».[174]

Lee fundó una nación y estableció un modelo de Estado. Según las categorías establecidas en la introducción, fue tanto un profeta como un estadista. Concibió la nación y luego se esforzó por crear incentivos para que su Estado se desarrollara mediante un rendimiento excepcional en un futuro en evolución. Lee consiguió institucionalizar un proceso creativo. ¿Se adaptará a la noción cambiante de la dignidad humana?

El filósofo español Ortega y Gasset afirmó que el hombre «no tiene naturaleza, lo que tiene es historia».[175] A falta de una historia nacional, Lee Kuan Yew inventó la naturaleza de Singapur a partir de su visión del futuro y escribió su historia sobre la marcha. Al hacerlo, demostró la contundencia de su convicción en que la prueba definitiva para un estadista radica en tomar decisiones mientras viaja «por un camino no marcado hacia un destino desconocido».[176]

Lee, la persona

«Fueron las circunstancias las que me crearon», dijo Lee a un entrevistador tres años antes de su muerte.[177] En concreto, aclaró, su educación en una familia china tradicional era lo que explicaba su personalidad y le había convertido en «un

confuciano inconsciente»:[178]

> La filosofía subyacente es que, para que, una sociedad funcione bien, debes considerar los intereses de la masa del pueblo, la sociedad tiene prioridad sobre los intereses del individuo. Esta es la principal diferencia con el principio estadounidense, [que subraya] los derechos básicos del individuo.[179]

Para Lee, el ideal confuciano era ser un *junzi*, un caballero, «leal a su padre y a su madre, fiel a su esposa, [que] educa bien a sus hijos, [y] trata de forma adecuada a sus amigos», pero que es sobre todo un «buen ciudadano leal a su emperador».[180]

Lee se negaba con firmeza a participar en charlas sociales. Creía que había venido al mundo para lograr el progreso de su sociedad y, en la medida de lo posible, del mundo entero. No estaba dispuesto a perder el tiempo que se le había asignado. En sus cuatro visitas a nuestra casa de fin de semana en Connecticut, siempre trajo a su esposa y normalmente a una de sus hijas. Yo, previo acuerdo, organizaba comidas con líderes y pensadores que trabajaban en temas que le interesaban, así como con algunos amigos personales comunes. Lee aprovechaba estas ocasiones para informarse sobre los asuntos estadounidenses. En dos ocasiones, a petición suya, le llevé a actos políticos locales: uno, la recaudación de fondos para un candidato al Congreso; el otro, una reunión en un ayuntamiento. Le presenté simplemente, como él me pidió, como un amigo de Singapur.

Cuando yo visitaba a Lee, él invitaba a dirigentes de países vecinos, así como a socios de alto nivel, a una serie de seminarios. Había una cena y una discusión con él a solas, cuya duración dependía de los asuntos que más nos motivaban a cualquiera de los dos en ese momento, pero nunca era breve.

Las reuniones tenían lugar en el Istana, un majestuoso edificio gubernamental en el centro de Singapur. En mis muchos viajes allí, Lee nunca me invitó a su casa; tampoco he conocido ni he oído hablar de alguien que recibiera ese gesto; una actitud similar a la de De Gaulle en Colombey, cuya única excepción fue la visita de Adenauer.

Nuestra amistad incluyó a otro secretario de Estado, George Shultz, y a Helmut Schmidt, que fue canciller de Alemania entre 1974 y 1982.[181] Nos reuníamos en grupo (a veces solo tres de nosotros, cuando las agendas de Shultz o Schmidt se interponían): primero en Irán en 1978 y luego en Singapur en 1979, en Bonn en 1980, y en el porche de la casa de Shultz en Palo Alto poco después de su nombramiento como secretario de Estado en 1982.[182] Los cuatro asistimos también a un retiro en los bosques de secuoyas que hay al norte de San Francisco: Schmidt, que casualmente compartía el desdén de Lee por las conversaciones triviales, acudió como invitado de Shultz y de Lee a través de mí. Aunque nuestros puntos de vista sobre políticas específicas no siempre coincidían, compartíamos un compromiso: «Siempre nos decimos la verdad absoluta», como le dijo Schmidt a un periodista alemán.[183] Las conversaciones con Lee eran un voto de confianza personal; una señal de la relevancia que tenía el interlocutor para él, que si no se centraba en una vida monástica.

En mayo de 2008, Choo, la querida esposa y compañera de Lee durante sesenta años, sufrió un derrame cerebral que la dejó prisionera en su propio cuerpo, incapaz de comunicarse. Este calvario duró más de dos años. Cada noche, cuando estaba en Singapur, Lee se sentaba junto a su cama para leerle en voz alta libros y, a veces, poemas, entre ellos los sonetos de Shakespeare, que él sabía que a ella le gustaban.[184] A pesar de la falta de pruebas, él tenía fe en que ella le entendía. «Sigue despierta por mí», le dijo a un entrevistador.[185]

En los meses posteriores a la muerte de Choo, en octubre de 2010, Lee dio un paso sin precedentes e inició una serie de conversaciones telefónicas conmigo en las que hizo referencia a su duelo, y en concreto al vacío que había dejado en su vida la muerte de su esposa. Le pregunté si alguna vez había hablado de su soledad con sus hijos. «No —respondió—, como cabeza de familia es mi deber ayudarlos, no apoyarme en ellos». Tras la muerte de Choo, la efervescencia de Lee disminuyó. Su inteligencia se mantuvo, pero su cualidad de impulsor desapareció. Hasta el final, cumplió con lo que consideraba sus deberes, pero, sin su máxima inspiración, la alegría había desaparecido de su vida.

Aunque yo consideraba a Lee un amigo desde hacía casi medio siglo, él era muy reservado a la hora de expresar cualquier vínculo personal. Lo más cerca que estuvo de hacerlo fue una dedicatoria no solicitada que inscribió en 2009 en una fotografía en la que aparecían Choo y él: «Henry, tu amistad y apoyo tras nuestro encuentro fortuito en Harvard, en noviembre de 1968, han marcado una gran diferencia en mi vida. Harry». Tanto en la amistad como en la política, Lee dejó que lo significativo hablara por sí mismo; la elaboración verbal solo disminuiría su importancia.

Cuando Lee Kuan Yew murió en marzo de 2015, veinticinco años después de dejar el cargo de primer ministro, dignatarios de todo el mundo se reunieron en Singapur para ofrecerle sus últimos respetos. Asistieron muchos jefes de Gobierno asiáticos, entre ellos los primeros ministros de Japón, India, Vietnam e Indonesia, así como el presidente de Corea del Sur. China estuvo representada por el vicepresidente Li Yuanchao; Estados Unidos por el expresidente Bill Clinton, Tom Donilon, antiguo consejero de Seguridad Nacional, y por mí. Todos nos habíamos reunido con frecuencia con él para tratar cuestiones importantes de la vida política.

Lo más conmovedor de las exequias fue que demostraron el vínculo que había surgido entre el pueblo de Singapur y el fundador de su nación. Durante los tres días que duró el velatorio de Lee, cientos de miles de personas desafiaron a los torrenciales monzones para hacer cola y rendir homenaje a su féretro. Los canales de noticias de la televisión ponían rótulos para informar a los dolientes de cuánto tiempo tenían que esperar para presentar sus respetos; nunca fue inferior a tres horas. A partir de una amalgama de razas, religiones, etnias y culturas, Lee Kuan Yew había forjado una sociedad que trascendía su propia vida.

Lee quería que su legado inspirara el progreso, no que lo inhibiera. Por eso pidió que su casa de Oxley Road fuera demolida tras su muerte, para evitar que se convirtiera en un santuario conmemorativo.[186] Su objetivo era que Singapur desarrollara los líderes y las instituciones pertinentes para los retos que tenía por delante y que se concentrara en su futuro en lugar de en el culto al pasado. «Todo lo que puedo hacer —dijo a un entrevistador— es asegurarme de que, cuando me vaya, las instituciones sean buenas, sólidas, limpias y eficientes, y que haya un Gobierno preparado que sepa lo que tiene que hacer».[187]

En cuanto a su propio legado, Lee fue, como siempre, analítico y poco sentimental. Se permitió cierto arrepentimiento, también por algunas de sus actuaciones como líder nacional. «No digo que todo lo que hice fuera correcto —declaró a *The New York Times*—, pero todo lo que hice fue por un propósito honorable. Tuve que hacer algunas cosas desagradables, encerrando a personas sin un juicio».[188] Citando un proverbio chino —un hombre no puede ser juzgado hasta que su ataúd esté cerrado—, dijo: «Cerrad el ataúd, y luego decidid».[189]

Hoy, en Occidente el nombre de Lee Kuan Yew está cayendo

en el olvido. Sin embargo, la historia es más larga que la biografía contemporánea, y las lecciones extraídas de su experiencia siguen siendo urgentes.

El orden mundial actual está siendo desafiado al mismo tiempo desde dos frentes: el desmoronamiento de regiones enteras en las que las pasiones sectarias han desbordado las estructuras tradicionales y la intensificación del antagonismo entre grandes potencias cuyas reivindicaciones de legitimidad entran en conflicto. Lo primero amenaza con crear un caos cada vez mayor; lo segundo, con una sangría catastrófica.

La habilidad política de Lee es relevante para ambas circunstancias. La obra de su vida es un testimonio de la posibilidad de evocar el progreso y un orden sostenible a partir de las condiciones menos prometedoras. Su conducta, tanto en Singapur como en la escena mundial, es un tutorial sobre cómo fomentar la comprensión y la coexistencia en medio de perspectivas y orígenes diversos.

Más importante aún, su liderazgo ilustra que los mejores determinantes del destino de una sociedad no son ni su riqueza material ni otras medidas convencionales de poder, sino la calidad de su pueblo y la visión de sus líderes. Como dijo Lee: «Si solo eres realista, te vuelves pedestre, plebeyo, y fracasarás. Por lo tanto, debes ser capaz de elevarte por encima de la realidad y decir: “Esto también es posible”».[190]

6

Margaret Thatcher

La estrategia de la convicción

Una líder muy poco común

Pocos líderes definen la época en la que gobiernan. Sin embargo, entre 1979 y 1990, ese fue el excepcional logro de Margaret Thatcher. Como primera ministra de Reino Unido, se liberó de las cadenas que habían constreñido a sus predecesores, en concreto de la nostalgia por las glorias imperiales perdidas y la eterna decepción por el declive nacional. El Reino Unido que surgió gracias a su liderazgo fue, a ojos del mundo, un país renovado y optimista y, para Estados Unidos, un socio fiable durante los últimos años de la Guerra Fría.

Cuando Thatcher llegó al poder, sin embargo, su éxito parecía de todo menos seguro; de hecho, no se esperaba que aguantara mucho tiempo en él. Cuando arrebató el control del Partido Conservador a una directiva exclusivamente masculina que había tolerado su presencia bajo presión, su capital político era escaso. Su historial previo en el Gobierno había pasado desapercibido; tampoco tenía una gran base de seguidores en el país y su experiencia en las relaciones internacionales era casi nula. No solo era la primera mujer en Reino Unido que llegaba a primera ministra; en aquel momento era, además, una inusual líder del Partido Conservador que procedía de la clase

media. En todos los sentidos, era una completa *outsider*.

La singular forma en que Thatcher entendía el liderazgo fue su principal recurso en estas circunstancias poco propicias. Sus éxitos solo pueden entenderse gracias a su fortaleza personal. Así describía sucintamente Ferdinand Mount, que dirigió la unidad de políticas públicas del 10 de Downing Street (1982-1983), las reformas de Thatcher: «Lo notable no es su originalidad, sino su implementación. La valentía política no reside en ponerlas en práctica, sino *en crear las condiciones* que hacen posible ponerlas en práctica». [1]

Aunque no desempeñé ningún cargo de gobierno durante el mandato de Thatcher, tuve la suerte de ser testigo de su liderazgo gracias a una amistad que duró casi cuatro décadas.

Thatcher y el sistema británico

Para entender el auge de Margaret Thatcher y sus años en el poder —así como su caída—, es conveniente comprender primero el sistema político británico. Los estadounidenses tienden a ver su sistema presidencial como una sucesión de líderes. En Estados Unidos, los votantes, al menos hasta el reciente endurecimiento de las diferencias partidistas, solían entender los partidos políticos como entes que encarnaban las preferencias de la sociedad. Los presidentes ganaban las elecciones intuyendo cuáles eran esas preferencias, defendiéndolas y proyectándolas en el futuro. Los partidos políticos británicos, por el contrario, están rigurosamente institucionalizados; una victoria electoral sirve, primero, para dar al partido poder en el Parlamento y para, como consecuencia de lo anterior, elegir a un nuevo primer ministro. Como explicó Thatcher en 1968, en un discurso ante el ala de educación del Partido Conservador: «La característica esencial

del sistema constitucional británico no es que haya alternancia en la figura del líder del partido, sino que haya políticas alternativas y todo un gobierno alternativo preparado para asumir el poder».[2] Esas políticas, además, se suelen desarrollar en el programa del partido, que en Reino Unido es un elemento fundamental en la campaña electoral.

El primer ministro, por lo tanto, se encuentra dentro del partido al que pertenece y, en cierto sentido, por debajo de él. A diferencia del sistema presidencial estadounidense, en el que el poder legítimo para tomar decisiones va de abajo arriba, el sistema de gabinete británico da más importancia a los ministros, que representan los rangos más altos del partido; la autoridad se mueve en ambas direcciones entre el primer ministro y su gabinete. Los ministros —aunque siempre son nombrados por el jefe de Gobierno— son al mismo tiempo gestores burocráticos, partidarios (reales o nominales) del primer ministro y, a veces, también aspirantes al liderazgo. Dentro del gabinete, la discrepancia de un grupo influyente o las maquinaciones de una personalidad magnética pueden limitar la capacidad del primer ministro para abordar sus objetivos políticos. En algunas situaciones extraordinarias, la dimisión de un ministro del gabinete puede poner en riesgo la permanencia en el poder del primer ministro.

Pese a que la autoridad del primer ministro emana formalmente de la reina o el rey, en la práctica reside sobre todo en el mantenimiento de la disciplina del partido; es decir, en su capacidad para conservar una mayoría parlamentaria al tiempo que se asegura la confianza de las bases del partido. Si en Estados Unidos la separación de poderes aísla al ejecutivo de la presión directa del legislativo, en Reino Unido las ramas ejecutiva y legislativa están en buena medida entrelazadas. Los primeros ministros británicos no solo son vulnerables durante las elecciones generales, también pueden ser destituidos por un

voto de confianza en el Parlamento o un motín dentro del partido. Lo primero no es habitual, porque si un primer ministro pierde el voto de confianza se convocan elecciones generales y los miembros del Parlamento tendrían que defender su escaño. Las peleas internas por el liderazgo del partido son menos raras. Si los parlamentarios creen que su líder es cada vez más impopular —lo que pone en riesgo su asiento en las siguientes elecciones generales—, puede que intenten reemplazarle por uno nuevo.

Cuando el partido y el primer ministro están en consonancia y cuentan con una mayoría sólida, el sistema funciona sin contratiempos. Si los primeros ministros se desvían de la ortodoxia o proyectan una imagen de debilidad ante el Parlamento o la opinión pública, entonces deben congraciarse tanto con su gabinete como con el partido para no perder su apoyo. En el sistema estadounidense, un liderazgo débil puede sobrevivir gracias a que el ejecutivo cuenta con un mandato fijo de cuatro años; en el sistema británico, sin embargo, mantener la posición ejecutiva requiere que el líder haga uso de toda su fortaleza, convicción, dominio de lo esencial y poder de persuasión. El fracaso a la hora de convencer a los compañeros de que apoyen sus políticas puede resultar catastrófico, así que un primer ministro también debe ser ágil, si no quiere que una medida rechazada augure el final de su suerte política.

En noviembre de 1974, Margaret Thatcher le disputó el liderazgo del Partido Conservador a Edward Heath. Heath había perdido las elecciones generales de febrero de 1974 y, por lo tanto, su cargo de primer ministro. Normalmente, tras una derrota electoral, el primer ministro saliente también dimite como líder de partido. Pero Heath no lo hizo y siguió como líder del partido incluso después de una segunda derrota electoral consecutiva en octubre de 1974, porque confiaba en

que las relaciones que había cultivado durante más de una década le protegieran de cualquier desafío serio. Por eso, cuando Thatcher se presentó, se esperaba que la contienda fuera una mera formalidad que acabaría reafirmando la autoridad de Heath en el partido. Para sorpresa de muchos, su desafío fue un éxito.

El tirón electoral de Heath era escaso y la derecha conservadora vio la oportunidad de reorientar el partido. Después de que dos aspirantes del partido, Keith Joseph y Edward du Cann, decidieran no presentarse, Joseph apoyó a Thatcher, su amiga y aliada intelectual. Thatcher se convirtió así en la candidata por defecto de la derecha y la preferida, aunque con cierto recelo, por el centro. Tras ganar a Heath por once votos en la primera ronda, venció al centrista Willie Whitelaw en la segunda con un amplio margen, convirtiéndose en la primera mujer líder de un gran partido europeo.

Tras hacerse con el liderazgo del partido, un periodista le preguntó a Thatcher: «¿Qué cualidad le gustaría que estuviera exhibiendo [*sic*] más el Partido Conservador bajo su liderazgo? Ella respondió: «Ganar [...] la cualidad de ganar». El periodista insistió: «¿Qué clase de cualidad filosófica?». «Solo ganas si defiendes ciertas cosas», dijo Thatcher de forma espontánea. «Una sociedad libre con el poder bien repartido entre sus ciudadanos y no concentrado en manos del Estado —continuó —. Y un poder que se apoye en una amplia distribución de la propiedad privada entre los ciudadanos y los súbditos y no en manos del Estado».[3] Estas serían las ideas fundamentales que, más tarde, como primera ministra, Thatcher traduciría en políticas entre 1979 y 1990 y por las que se haría famosa.

Los retos por delante: Reino Unido en la década de 1970

Cuando Thatcher asumió el cargo en mayo de 1979, Reino Unido pasaba por un mal momento. El país, como escribió en sus memorias, «había perdido la fuerza y la confianza».[4] Los desafíos a los que se enfrentaba eran muy reales, pero el obstáculo psicológico no era menos cierto: la creencia generalizada de que los mejores días del país ya habían pasado.

En 1945, Reino Unido había salido victorioso tras seis años de guerra, pero estaba exhausto y arruinado. Durante la posguerra, sus relaciones exteriores con otros países estuvieron marcadas por una serie de decepciones. La solidaridad con Estados Unidos durante la guerra se vio reemplazada por la constatación, con cierto malestar, de que Washington iba a hacerse con la preeminencia mundial de Reino Unido. Apenas semanas después de la victoria aliada, Reino Unido sufrió la humillación de que se cancelara el generoso programa de Préstamos y Arriendo de Estados Unidos y se sustituyera por un préstamo con condiciones comerciales que no se podía permitir.

El creciente poder de Estados Unidos, sumado a la pérdida de estatus de Reino Unido, dio paso a nuevas realidades geopolíticas. En su famoso discurso de 1946 en Fulton, Missouri, Winston Churchill no solo habló de cómo el «telón de acero» caía sobre toda Europa, además propuso una «relación especial» entre Reino Unido y Estados Unidos. Churchill esperaba consolidar una alianza que asegurara la influencia británica en el mundo más allá de lo que el poder del país, por sí solo, se podía permitir, lo que en la práctica significaba pedir *prestado* el poder de Estados Unidos a través de una estrecha relación consultiva. Si bien una valoración anglo-americana compartida de la amenaza soviética contribuyó a establecer unos nuevos fundamentos para la alianza transatlántica, en esta fase de la posguerra ya era dolorosamente evidente que no sería una asociación entre iguales.

En 1956, el equilibrio de poder resultante, que para Reino Unido ya resultaba decepcionante, se volvió evidente y humillante. En julio de ese mismo año, el presidente egipcio Gamal Abdel Nasser nacionalizó el canal de Suez. Tres meses después, durante la invasión anglo-francesa de Egipto para recuperar el canal, Reino Unido se topó con la fuerza de la nueva superpotencia estadounidense y fracasó. El presidente Eisenhower tenía poca paciencia con los intentos británicos de revivir sus prerrogativas imperiales, y menos aún con la invasión de una zona estratégicamente clave sin ninguna consulta previa. La presión financiera que llevó a cabo puso fin rápidamente a la aventura anglo-francesa y supuso un golpe devastador para las aspiraciones mundiales de ambas naciones. Escarmentado, Reino Unido retiró sus tropas y redujo su papel internacional. La lección perdurable que aprendieron muchos miembros de la clase política británica fue que en el futuro nunca harían enfadar a los estadounidenses.

Las cargas de la descolonización en el extranjero y una economía cada vez más disfuncional en casa deterioraron aún más la situación de Reino Unido. En 1967, el Gobierno laborista de Harold Wilson se vio obligado a devaluar la libra esterlina; un año después, con el país asolado por recurrentes crisis financieras, Wilson anunció la retirada de todas las tropas británicas al este de Suez. El antiguo actor mundial se veía ahora forzado a retirarse a la escena regional. La última estrofa del poema «Homenaje a un Gobierno», de Philip Larkin (1969), capta bien el estado triste y melancólico de Reino Unido:

El año que viene seremos un país
que repatrió a los soldados por falta de dinero.
Las estatuas seguirán alzándose en las mismas
plazas amortiguadas por los árboles, y serán casi las mismas.
Nuestros hijos no sabrán que el país es diferente.

Si algo tenemos ahora esperanzas de dejarles, es dinero.[5]

Mientras disminuía la influencia mundial de Reino Unido, el permanente atractivo del paradigma atlántico se topó con otra posibilidad, la de mantener una relación más estrecha con la Europa continental. Durante aquellos años, Reino Unido demostró una confusión respecto a su identidad general que, en ocasiones, rayaba la esquizofrenia. Antes de la debacle de Suez, el primer ministro Anthony Eden había rechazado la participación británica en lo que acabaría siendo el Tratado de Roma de 1957, el precursor de la actual Unión Europea. El año siguiente, sin embargo, el sucesor de Eden, Harold Macmillan, decidió embarcar a Reino Unido en un rumbo proeuropeo,[6] al mismo tiempo que trataba de mantener una estrecha relación de defensa con Estados Unidos. En 1963, y de nuevo en 1967, Reino Unido buscó unirse tardíamente a la Comunidad Económica Europea (CEE), pero descubrió que el presidente francés Charles de Gaulle había vetado su intento. Entonces, se hizo famosa la afirmación que había hecho en 1962 Dean Acheson, antiguo secretario de Estado, según la cual Reino Unido había «perdido un imperio, pero todavía no ha encontrado un papel»[7]. E hirió el orgullo británico, porque sonaba muy cierta.

Edward Heath, que fue nombrado primer ministro en 1970, trató de convertir el rumbo proeuropeo iniciado por Macmillan en el principio rector de la política exterior británica. La entrada de Reino Unido en la CEE en 1973 fue el mayor logro de Heath, pero también supuso un obstáculo a las relaciones entre Estados Unidos y Reino Unido.

El presidente Nixon había celebrado la victoria de Heath en las urnas, porque lo prefería a Harold Wilson, cuyo Partido Laborista identificaba con el Partido Demócrata estadounidense. En realidad, tanto el Partido Laborista de

Wilson como el de su sucesor, James Callaghan, respetaron sin reservas la «relación especial», sobre todo en lo referente a la OTAN y las relaciones entre Occidente y el Este, y creyeron en una capacidad de disuasión nuclear británica independiente. Sin embargo, Michael Stewart, el primer ministro de Exteriores laborista al que Nixon conoció, se había enfrentado a él en la Casa Blanca por la intervención de Estados Unidos en Vietnam, y la mala impresión perduró.[8]

Durante sus años fuera del Gobierno, Nixon había estrechado su relación con Heath y esperaba que la amistad continuara cuando los conservadores volvieran al poder. En febrero de 1973, Nixon todavía hablaba con afecto de Heath como «un amigo en Europa [...] el único de verdad que tenemos».[9] Por desgracia, esos sentimientos no eran recíprocos. Como resultado de los repetidos vetos de De Gaulle a la adhesión de Reino Unido a la Comunidad Europea, Heath había aprendido la lección de que el primer ministro británico tenía que ser un «buen europeo». Como consideraba la relación especial con Estados Unidos un obstáculo para ese objetivo, se esforzó, al menos en sus manifestaciones públicas, por reducir los vínculos que se habían fomentado durante más de una generación. Solo cuando Heath perdió las elecciones en febrero de 1974 empezó el nuevo Gobierno laborista a restablecer la asociación. Así pues, quedaba por ver si los conservadores, en caso de regresar al poder, recuperarían el alejamiento que había mantenido Heath en los últimos años o volverían a sus históricas raíces atlantistas.

Las inseguridades que Reino Unido mostró en su política exterior durante este periodo se agravaron con el escándalo Watergate, la crisis nacional estadounidense que provocó la dimisión de Nixon. Tras esta, el Congreso impuso límites a la autoridad ejecutiva, lo que a su vez dificultó los intentos de llevar a cabo una estrategia aliada para la Guerra Fría. Los

soviéticos aprovecharon la oportunidad y se embarcaron en un renovado aventurerismo. En 1975, Moscú intervino militarmente en Angola con los cubanos como subsidiarios. Los soviéticos también demostraron su fuerza en Yemen del Sur y Afganistán sin provocar una respuesta occidental efectiva.

En 1976, la Unión Soviética empezó a desplegar misiles nucleares de alcance medio SS-20 en países del Pacto de Varsovia, generando la mayor amenaza para la doctrina defensiva de la OTAN en una generación. El sistema armamentístico equivalente de la OTAN —compuesto por misiles terrestres de alcance medio— todavía estaba en desarrollo; los Estados miembro europeos tendrían dificultades para recabar el apoyo público necesario para su posible despliegue. Europa, por lo tanto, confió en buena medida su doctrina de defensa a la viabilidad del «paraguas nuclear» estadounidense. En otras palabras, los planificadores militares soviéticos tenían que asumir que los dirigentes estadounidenses responderían a un conflicto militar convencional en el teatro europeo haciendo uso de su arsenal intercontinental de largo alcance. Una escalada de esta naturaleza habría invitado presumiblemente a un contraataque nuclear soviético, no solo en Europa sino en Estados Unidos, lo que habría puesto seriamente en duda la credibilidad de la disuasión ampliada, como se ha visto en los capítulos de Adenauer (página 78) y de De Gaulle (página 159).

A finales de la década de 1970, además, los europeos se sentían cada vez más atraídos por el movimiento antinuclear, lo que dificultaba mucho que sus líderes basaran sus políticas de seguridad en la disuasión nuclear. La respuesta más significativa fue el despliegue de misiles balísticos estadounidenses de alcance intermedio en suelo europeo, un anatema para el movimiento por el desarme nuclear.[10] Los manifestantes estaban a favor de buscar un acuerdo con los

soviéticos y, sin duda, un giro hacia posturas neutrales en el conflicto entre Occidente y el Este.

En la década de 1970, con todo, el mayor reto de Reino Unido era su economía moribunda. Ahogada por una baja productividad y unos impuestos onerosos, la economía británica creció por detrás de sus competidores durante gran parte de la década. La elevada inflación de ese periodo causó enfrentamientos entre empresarios y sindicatos; cuando los trabajadores vieron que el aumento de los precios se comía sus ingresos, presionaron para obtener salarios más altos, intensificando el ciclo inflacionario. La presión del conflicto cada vez mayor entre el Gobierno y el Sindicato Nacional de Mineros (NUM, por sus siglas en inglés) llevó a Heath a declarar la semana laboral de tres días a partir del 1 de enero de 1974. Las retransmisiones televisivas se cortaban a las diez y media de la noche; se restringió el uso comercial de la electricidad a tres días por semana, para seguir teniendo carbón mientras los mineros hicieran huelga. A principios de marzo, se eligió un nuevo Gobierno laborista. El primer ministro Harold Wilson acordó de inmediato subir los salarios de los mineros un 35 por ciento.[11]

La crisis económica, sin embargo, acababa de empezar. En 1976, Reino Unido vivió la humillación de tener que pedir al Fondo Monetario Internacional un préstamo de emergencia de tres mil novecientos millones de dólares (casi dieciocho mil millones de dólares de 2020). Los precios al consumidor, que en 1967 habían crecido a un ritmo estable del 2,5 por ciento, subieron hasta el 24,2 por ciento en 1975; un récord en la historia económica moderna de Reino Unido. El siguiente año, pareció que la economía británica se había estabilizado, pero el respiro duró poco, lo que creó una oportunidad histórica para la nueva líder de la oposición, Margaret Thatcher.

A finales de 1978, la inflación había vuelto con fuerza. En

noviembre, la filial británica de la Ford Motor Company aumentó un 17 por ciento el sueldo de sus trabajadores en huelga, contraviniendo el límite del 5 por ciento a las subidas salariales impuesto por el Gobierno laborista (liderado entonces por James Callaghan). La estrategia gubernamental de imponer controles de salarios y precios para combatir la inflación fue un desastre.

El enero siguiente, en todo Reino Unido las temperaturas medias estuvieron por debajo de cero, en lo que fue el tercer invierno más frío del siglo XX. Envalentonados por la subida salarial del 17 por ciento de Ford, los conductores de camiones empezaron una huelga ilegal el 3 de enero de 1979. No solo no acudieron a trabajar, sino que usaron sus vehículos para bloquear carreteras, puertos y refinerías de petróleo. Los consumidores, temerosos de que hubiera escasez, vaciaron los estantes de las tiendas de alimentación en lo que se convirtió en una profecía de escasez autocumplida.

Las condiciones empeoraron cuando las huelgas se propagaron al sector público: el servicio de trenes dejó de funcionar; los autobuses se quedaron parados. Leicester Square, el centro del barrio de los teatros de Londres, se transformó en un enorme basurero improvisado. Las llamadas de emergencia no se respondían y, en más de una localidad, los muertos se quedaban sin enterrar.[12]

Esta fue la amarga cosecha de una generación de líderes británicos que había asumido como principal tarea la gestión ordenada de la decadencia. Para salir de esta penosa situación, la nación pronto recurriría a un tipo de líder muy distinto.

El ascenso desde Grantham

En 1948, Margaret Roberts, recién licenciada en Química por la

Universidad de Oxford, se postuló para un puesto de investigación en la Imperial Chemical Industries (ICI). La rechazaron. En la evaluación interna de su candidatura se podía leer: «Esta mujer es testaruda, obstinada y peligrosamente terca».[13] Tres décadas después, la intuición de esas mismas cualidades fue lo que convenció a los británicos de elegir a «esta mujer» para solucionar los problemas a los que se enfrentaba su nación.

Nacida en 1925 en Grantham, una ciudad de mercado, Margaret Roberts fue educada en una familia estricta y metodista que valoraba el trabajo duro, la integridad y las enseñanzas bíblicas. El domingo se dedicaba por completo a la iglesia. Margaret y su hermana mayor, Muriel, iban a rezar y a la escuela dominical por la mañana y a menudo volvían por la tarde a la iglesia para recibir más clases y rezar. Su padre, Alfred Roberts, era un pastor laico metodista. El hogar de los Roberts era modesto; estaba formado por unas pocas habitaciones encima de la tienda de alimentación de Alfred y no tenía agua caliente ni baño dentro.

Poco antes de su undécimo cumpleaños, Margaret se matriculó, gracias a una beca, como estudiante en la Escuela para Niñas Kesteven y Grantham, un selecto colegio de secundaria en el que sobresaldría académicamente. Cuando, años después, le concedieron un título de nobleza, eligió llamarse «baronesa Thatcher de Kesteven» en lugar de «de Grantham» como homenaje a la escuela que le había formado como persona. Fue durante aquellos años de instrucción —en abril de 1939, para ser precisos— cuando la familia Roberts acogió a Edith Mühlbauer, una chica judía de diecisiete años procedente de Viena que se carteaba con Muriel. Poco después de la ocupación nazi de Austria, los padres de Edith escribieron a Alfred Roberts y le pidieron si podía conseguir una visa para su hija, y Edith acabó viviendo con ellos brevemente, antes de

mudarse con otra familia de Grantham a una situación más cómoda. Más adelante, los padres de Edith tuvieron la oportunidad de huir de Austria, y con el tiempo se asentaron en Brasil. Este y otros recuerdos de la infancia —como la costumbre semanal de la madre de Margaret de hacer pan para dárselo discretamente a familias necesitadas— reforzaron la importancia constante del mandamiento bíblico «amarás a tu prójimo como a ti mismo» en su educación.[14]

Después de un excelente rendimiento académico en la escuela secundaria, Margaret Roberts fue admitida en la Universidad de Oxford, donde se convirtió en la presidenta de la Asociación Conservadora de la Universidad de Oxford. Tras un breve periodo como investigadora química, aprobó las pruebas para colegiarse como abogada. Pero, aunque hubiera empezado a aventurarse lejos del hogar de sus padres en Grantham, siempre llevó consigo los valores que le inculcaron su familia y su fe: disciplina, frugalidad, compasión y apoyo práctico.

En el Reino Unido de la década de 1950, la política era un ámbito bastante inhóspito para las mujeres. Gracias a su determinación y persistencia, y a una buena dosis de encanto, la señora Thatcher (como pasó a llamarse en 1951 tras casarse con Denis Thatcher, un empresario que siempre la apoyó) se aseguró la candidatura para un escaño conservador seguro y, en 1959, ya había sido elegida para el Parlamento por un distrito electoral del norte de Londres.

En 1960, con treinta y cuatro años, Thatcher dio su primer discurso en la Cámara de los Comunes. El objetivo de este era doble: primero, defender la legislación que proponía y, segundo, presentarse ante sus compañeros y el país. El segundo objetivo lo logró enseguida, saltándose cualquier introducción o floritura inicial: «Este es el discurso de una principiante —dijo—. Pero sé que el distrito electoral de Finchley, al que

tengo el honor de representar, no esperaría de mí otra cosa que no fuera ir directa al grano y explicar el asunto ante la Cámara».[15]

Thatcher, que habló sin la ayuda de notas, explicó lo que consideraba un problema constitucional serio. En aquel momento, era habitual que los representantes locales electos recurrieran a maniobras procedimentales para impedir que los miembros de la sociedad asistieran a las reuniones de los ayuntamientos. Entonces, como ahora, los ayuntamientos eran los responsables de supervisar los colegios, las bibliotecas, la vivienda pública y la recogida de basuras; los servicios públicos esenciales cotidianos. Sin acceso directo, señaló Thatcher, los ciudadanos dependían de la prensa para informarse, pero esta también estaba excluida. En su opinión, el acceso público a estas reuniones era un tema de principios básicos:

> En Inglaterra y en Gales, las autoridades locales gastaron el año pasado mil cuatrocientos millones de libras; en Escocia, algo más de doscientos millones de libras. Esas cantidades no son insignificantes, incluso en relación con el presupuesto nacional [...] el primer objetivo de dejar entrar a la prensa es que podamos saber cómo se gasta ese dinero. En segundo lugar, cito el informe del Comité Franks: «La publicidad es la mejor y más efectiva forma de control ante cualquier actuación arbitraria».[16]

El proyecto fue aprobado y sigue vigente en todo Reino Unido. Thatcher volvería recurrentemente al tema de la vigilancia fiscal a lo largo de su carrera en la función pública.

De este modo empezó el ascenso de Thatcher por la escala parlamentaria; en cada peldaño, su competencia y su compromiso dejaron una huella evidente. Al mismo tiempo, forjó una posición en la derecha del espectro político que a menudo no concordaba con la línea más moderada del liderazgo conservador. Aunque no sería hasta más tarde cuando

se definió a sí misma como una «política de convicciones», su estilo extraordinariamente directo ya era evidente. Como dijo en 1968 sobre la relación entre los votantes y los políticos:

> Si el votante sospecha que el político solo hace promesas para conseguir su voto, lo despreciará; pero, si esas promesas no se cumplen, puede que lo rechace. *Creo que los partidos y las elecciones son algo más que listas rivales de promesas diversas; de hecho, si no fuera así, apenas valdría la pena preservar la democracia* [énfasis en el original]. [17]

Cuando el Partido Conservador volvió al poder en 1970 con Heath al frente, Thatcher formó parte del gabinete por primera vez como ministra de Educación y Ciencia. Generó polémica de inmediato, en parte por la intensidad con la que actuaba. En un intento de redirigir fondos hacia inversiones educativas más prometedoras, redujo algunos presupuestos hinchados, entre ellos, notoriamente, un programa de leche gratuita para los niños de primaria, lo que le valió el apodo de «Milk Snatcher» (ladrona de leche). También revertió el intento laborista de ordenar el cierre de escuelas de secundaria selectivas y contribuyó a que se aprobara una legislación de libre mercado para hacer que la investigación científica fuera más competitiva.

Sin embargo, la disposición de Heath a aceptar el consenso estatista desilusionó a Thatcher. Convencida de que el *statu quo* económico era insostenible, recurrió a amigos del Instituto de Asuntos Económicos (IEA, por sus siglas en inglés), un *think tank* de libre mercado, que le inició en las ideas de Frédéric Bastiat, F. A. Hayek y Milton Friedman. Adquirir por sí sola esos conocimientos sobre economía habría sido un logro intelectual admirable para cualquiera, pero más aún para una asentada política de mediana edad. Mientras, en política

exterior, los instintos de Thatcher también chocaban con los de Heath, que daba prioridad a Europa por encima de una relación estrecha con Estados Unidos.[18] Tras darse cuenta de que sus diferencias eran de fondo, Thatcher esperó a que Heath perdiera las elecciones generales de octubre de 1974 para disputarle el liderazgo del partido.

Su decisión de postularse, dado que se esperaba que perdiera casi con toda seguridad, fue una exhibición de valentía y convicción. Al elegirla como líder en febrero de 1975, los conservadores, que desde hacía mucho habían estado liderados por hombres aristocráticos, no solo se sorprendieron a sí mismos, sino a buena parte del mundo occidental. El partido de Winston Churchill, Anthony Eden y Harold Macmillan lo dirigía ahora la hija de un tendero.

Pese al valor novedoso que tenía la elección de Thatcher, se esperaba que su mandato fuera breve. Como asesor de seguridad nacional del presidente Gerald Ford, yo tampoco fui inmune a esta creencia generalizada. En mayo de 1975, destaqué las credenciales del yerno de Winston Churchill, Christopher Soames, quien pensaba que probablemente se convertiría en «un gran líder conservador» en el futuro. Mi pronóstico para la líder de ese momento era menos optimista: «No creo que Margaret Thatcher dure mucho».[19]

Si bien mi valoración de sus expectativas no fue nada perspicaz, mi evaluación de su carácter demostró resistir el paso del tiempo. Conocí a Thatcher en 1973, cuando era ministra de Educación. La reunión se celebró a petición de mi futura esposa, Nancy Maginnes, que a raíz de un estudio educativo que estaba realizando para el gobernador de Nueva York, Nelson Rockefeller, había consultado a Thatcher. Impresionada, Nancy me sugirió que me reuniera con ella por mi cuenta.

Mi petición se encontró con bastante resistencia por parte de

Heath, que entonces intentaba distanciar a Reino Unido de Estados Unidos. Sin embargo, conseguí organizar una reunión informal gracias a un amigo. Volví a ver a Thatcher a finales de 1973 y en febrero de 1975, días después de que hubiera vencido a Heath y asumido el liderazgo del partido.

Desde la primera reunión, la vitalidad y el compromiso de Thatcher fijaron en mi mente su idea de liderazgo. Casi cualquier otro político de la época defendía que, para ganar las elecciones, había que hacerse con el centro político. Thatcher no estaba de acuerdo. Ese planteamiento, afirmaba, equivalía a la subversión de la democracia. La búsqueda del centro no era más que una receta para la vacuidad; los distintos argumentos, por el contrario, tenían que chocar y generar así opciones reales para el votante.

Otro suceso que ayudó a formar nuestra floreciente amistad fue la visita de Thatcher a Washington en septiembre de 1977. La actitud del presidente Jimmy Carter ante cualquier tipo de conservador, fuera más rotundo o más moderado, recordaba a la de Nixon respecto al Partido Laborista. En consecuencia, la acogida de Carter a la líder del Partido Conservador fue cortés pero distante. Zbigniew Brzezinski, el asesor de seguridad nacional, aconsejó a Carter «alegar una agenda muy cargada» para no reunirse con Thatcher; el presidente lo agradeció.[20] Como resultado, Thatcher fue tratada con menos atenciones de lo que ella esperaba, dado su aprecio por Estados Unidos.

Nancy y yo la invitamos a cenar una noche, junto con otras personalidades de Washington de ambos partidos, una ocasión informal que marcó la pauta de nuestros siguientes encuentros. Después de convertirse en primera ministra, Thatcher me solía invitar para hablar en privado (entonces, yo ya no desempeñaba ningún cargo) e intercambiar opiniones sobre temas internacionales, o simplemente para cotejar las ideas predominantes en su Ministerio de Asuntos Exteriores. Si había

alguien más presente, era normalmente un asesor muy cercano; rara vez se invitaba a nuestras reuniones a miembros del gabinete. A partir de 1984, Charles Powell, el asesor de política exterior de Thatcher, y uno de los funcionarios públicos a los que Reino Unido debe su prestigio, se convirtió en una figura clave de esos encuentros.[21] Discreto, muy inteligente y modestamente patriota, Powell había sido transferido desde el Ministerio de Asuntos Exteriores después de una brillante carrera diplomática que le había llevado a Helsinki, Washington, Bonn y Bruselas. Se convirtió en amigo de Thatcher para siempre y la apoyó en su difícil retirada.

Poco después de convertirse en la líder del Partido Conservador, Thatcher describió a grandes rasgos su pensamiento en una reunión conmigo durante un tradicional desayuno inglés en el Claridge's. Elocuente y reflexiva, dejó claro que su ambición no era otra que la de transformar el país. No pretendía hacerlo mediante una postura intermedia y vaga, sino elaborando un programa que lograría que la postura intermedia viera las cosas como lo hacía ella. Su retórica y sus políticas marcarían un claro contraste con el pensamiento serio y convencional que, en su opinión, habían condenado a Reino Unido al estancamiento.

Más adelante, tras ganar las siguientes elecciones, llevaría a cabo esas reformas fundamentales para superar el pensamiento convencional, la doctrina de la complacencia y la pasividad dominante con respecto a las devastadoras consecuencias de la inflación, el poder de los sindicatos o la ineficiencia de las empresas públicas.

Para Thatcher no había ninguna vaca sagrada, y mucho menos obstáculos insalvables. Cada medida política debía ser examinada. No era suficiente, sostenía, que los conservadores limaran las aristas del socialismo; tenían que reducir el Estado antes de que la economía británica colapsara de una forma

catastrófica. En el ámbito de la política internacional, Thatcher era apabullantemente honesta sobre su falta de experiencia, y confesaba que todavía no se había formado una serie de ideas propias con detalle. Pero dejó claro que creía apasionadamente en la «relación especial» con Estados Unidos.

Al articular sus opiniones de la manera más clara y contundente posible, Thatcher quería desplazar el centro de gravedad político en su dirección. Y confiaba en que el pueblo británico reconociera la diferencia entre unos principios firmes y las modas pasajeras. «No habrían existido grandes profetas, ni grandes filósofos en la vida, ni nada grande a lo que seguir, si quienes postulaban sus ideas hubieran salido y dicho: "Hermanos, seguidme, creo en el consenso"». [22]

Nuestras reuniones continuaron mucho después de que Thatcher dejara el cargo y durante el resto de su vida. Cuento nuestra relación de esta manera para insistir en los siguiente: a diferencia del presidente de Estados Unidos, el primer ministro británico no tiene la capacidad de imponerse al gabinete y mantener su gobierno. Thatcher era consciente de esos límites. Para compensar esta situación, recurría de forma discreta a amigos de Reino Unido y de todo el mundo para debatir su visión y sus opciones.

Un marco para el liderazgo

Con el tiempo, las ideas de Thatcher sobre política exterior se irían definiendo, gracias, en buena medida, a unos hábitos de estudio extraordinariamente diligentes —por ejemplo, leía y anotaba informes hasta bien entrada la noche— y a la costumbre de organizar, durante los fines semana, seminarios con profesores universitarios e intelectuales sobre las tendencias a largo plazo. Algunas de sus convicciones

estratégicas, como la inviolabilidad de la soberanía del Estado nación, fueron evidentes desde nuestras primeras reuniones. Defensora implacable de la autodeterminación, creía en el derecho de los ciudadanos a elegir su forma de gobierno y en la responsabilidad que tenían los Estados de ejercer la soberanía en el nombre de estos.

Thatcher pensaba que la soberanía británica estaba inextricablemente vinculada a la singular historia del país, a su integridad geográfica y a su independencia ferozmente protegida. Aunque rara vez hablaba en términos abstractos, en la práctica suscribió la idea general de que la soberanía de las naciones individuales era decisiva para la estabilidad entre ellas, una noción que se remontaba a la Paz de Westfalia de 1648. Creía en el derecho de todo país a mantener una gobernanza basada en sus propias leyes y a actuar de acuerdo con sus intereses sin intromisiones ilegítimas. «Aunque creo firmemente en el derecho internacional —señaló en sus memorias—, no me gusta recurrir innecesariamente a la ONU, porque eso sugiere que los Estados soberanos carecen de la autoridad moral suficiente para actuar en su propio nombre». [23]

La lógica de estas convicciones derivó en un apoyo incondicional a una defensa nacional fuerte. Según Thatcher, la disuasión creíble era la única garantía real de paz y de la conservación de la soberanía westfaliana. En la práctica, esto significaba que habría que restablecer las capacidades militares de Occidente antes de mantener negociaciones fructíferas con la Unión Soviética.

A Thatcher también le motivaba una firme convicción anticomunista, alimentada en parte por la creencia de que el expansionismo soviético suponía una amenaza existencial para Occidente. No dudaba en expresar que la subyugación del individuo en el comunismo era intrínsecamente inmoral. A lo

largo de su carrera, promovió de manera activa la democracia liberal como un sistema moralmente superior y se convirtió en una paladina de la libertad.

El idealismo de Thatcher tenía límites importantes; en concreto, la existencia de una Unión Soviética con armas nucleares. En ese momento, Reino Unido tenía mucha menos capacidad para actuar unilateralmente en el mundo que antes de la Segunda Guerra Mundial. La soberanía nacional solo podía defenderse a través de una alianza estrecha con Estados Unidos. La idea de Churchill de una relación especial con Estados Unidos incluía una sustancial dosis de realismo: Reino Unido podía magnificar su influencia si adaptaba sus políticas a las estadounidenses. Esa relación no tenía una estructura formal específica, pero sí había ciertos patrones de conducta. Ambos países desarrollaron una estrecha cooperación en inteligencia durante la Segunda Guerra Mundial y la continuaron durante la Guerra Fría, cuando invitaron a Australia, Canadá y Nueva Zelanda a lo que se convertiría en la alianza de inteligencia llamada de los «Cinco Ojos». En privado, los líderes estadounidenses y británicos se consultarían antes de tomar decisiones importantes; en público, alabarían su amistad histórica. Los diplomáticos británicos se volvieron excepcionalmente hábiles a la hora de hacerse partícipes en el proceso de la toma de decisiones estadounidense, y consiguieron que los responsables políticos de Estados Unidos tuvieran sentimientos de culpa si ignoraban las propuestas de los británicos.

Ningún primer ministro británico mantuvo un compromiso más profundo con la relación transatlántica que Margaret Thatcher. Como líder de la oposición, hizo suya la misión de reconstruir la relación con Estados Unidos tras los decepcionantes años de Heath. Creía en la indispensabilidad del liderazgo estadounidense para el bienestar tanto de Reino

Unido como del mundo. Como me dijo en una ocasión: «Todo lo que debilitaba a Estados Unidos debilitaba al mundo libre». [24] Más allá de esta consideración práctica, Thatcher admiraba genuinamente a Estados Unidos. Creía que ambos países, herederos de muchos valores compartidos y una historia común, debían participar en un proyecto conjunto para revitalizar la alianza occidental. Bajo su mandato, Reino Unido no fue tanto un beneficiario como un socio en esa empresa conjunta.

Si bien el liderazgo de Thatcher se guio por principios, nunca permitió que la abstracción dominara sus decisiones. Su fortaleza residía en una fuerza de voluntad indomable, que su gran encanto personal hacía efectiva. Parte de su talento como líder residía en la capacidad de adaptarse a los dictados de la realidad sin renunciar a una visión a más largo plazo. Decidida a lograr un cambio efectivo, aceptó resultados que solo eran una etapa en un proceso más largo. Como observó Charles Powell: «Como un buen oficial de la marina, ella sabía cuándo retirarse sigilosamente para evitar derrotas tácticas, pero siempre mantuvo su objetivo último y luchó para conseguirlo». [25] Para ella, actuar de forma imperfecta siempre era mejor que no hacer nada.

La reformista de la economía

Fuera de Reino Unido, Thatcher es recordada como una presencia imponente en la escena internacional. Pero los británicos la eligieron, sobre todo, para reformar el país. Su victoria no estaba asegurada: en otoño de 1978, eran imprevisibles los dramáticos sucesos que acabarían con el Gobierno laborista. Pero, gracias a la economía que había estudiado por su cuenta, Thatcher estaba intelectualmente

preparada para aprovechar las oportunidades políticas cuando se presentaron. Entendió la fuente de los males británicos y propuso soluciones convincentes que le harían ganar las elecciones generales de mayo de 1979.

Si se compara con los rigurosos estándares de la teoría hayekiana, el programa económico de Thatcher tal vez fue lento e incompleto. Pero, considerado en el contexto de la política electoral, su estrategia fue decisiva, inusualmente abierta a la experimentación y, en última instancia, hizo historia. El nuevo Gobierno de Thatcher, decidido a acabar con la inflación, subió los tipos de interés al 17 por ciento, un nivel que podía llevar el país a la recesión y que, hasta la fecha, supone un récord.

Y llegó la recesión. En 1980, el producto interior bruto se contrajo un 2 por ciento. Cientos de miles de personas sin trabajo tuvieron que recurrir a ayudas para el desempleo. Aun cuando la opinión pública y los miembros del Partido Conservador —incluso dentro de su gabinete— eran cada vez más escépticos con sus reformas, Thatcher mantuvo su resolución de acero. Al principio, no era tan coherente en privado como en sus apariciones públicas, pero poco a poco su determinación política empezó a imponerse. Apoyó las propuestas de reforma del canciller del Exchequer, Geoffrey Howe, defraudando a políticos que, como el ministro de Empleo, Jim Prior, apostaban por el consenso. A pesar de una intensa presión pública para que cambiara de rumbo, en la conferencia anual del Partido Conservador de octubre de 1980, Thatcher afirmó: «La dama no tiene intención de cambiar». Haciéndose eco de las ideas de Hayek sobre el tema —pero infundiéndoles un estilo más agudo, a partes iguales moral y patriótico—, Thatcher consideraba la inflación como una amenaza para el interés nacional. «La inflación destruye naciones y sociedades igual que hacen los ejércitos invasores —

dijo a los conservadores—. La inflación es el padre del desempleo. Es el ladrón invisible de quienes han ahorrado». [26]

Thatcher no dio marcha atrás en su política monetaria, incluso cuando los resultados provisionales fueron impopulares. Su perseverancia era muy llamativa, más aún cuando, a diferencia de Estados Unidos, donde los tipos de interés los fija un banco central independiente, en el Reino Unido de Thatcher la responsabilidad última de fijar los tipos de interés la tenía el Tesoro (hasta 1997), por lo que esta recaía directamente en el primer ministro.[27]

En 1982, la economía británica había vuelto a crecer. Pero el desempleo siguió aumentando hasta bien entrado 1984, año en que Thatcher se enfrentó a otra crisis nacional que le exigiría toda la habilidad política, perspicacia y sangre fría que pudo reunir.

En marzo de 1984, Arthur Scargill, el líder del Sindicato Nacional de Mineros (NUM, por sus siglas en inglés), anunció una huelga contra la Junta Nacional de Carbón, la corporación pública encargada de gestionar las minas estatales británicas. Durante el mandato de Thatcher, la junta había cerrado las minas menos productivas. Aunque Scargill nunca sometió a votación el apoyo de los miembros del sindicato, la huelga continuaría durante un año. En ese tiempo, más de mil agentes de policía resultaron heridos durante los violentos enfrentamientos con los «piquetes móviles» de los mineros en huelga, que se desplazaban para impedir que otros mineros que no hacían huelga pudieran entrar en los lugares de trabajo.

Aunque los mineros contaban con la simpatía generalizada de la sociedad, esta también rechazó tanto la violencia generada por la huelga como que Scargill no convocara una votación antes de iniciarla. Thatcher, decidida a no quedarse atrapada como le había ocurrido a Heath una década antes,

empezó a acumular carbón, lo que le permitió mantenerse firme. Como resultado, la red eléctrica de Reino Unido no experimentó los apagones que sí se habían producido durante las anteriores huelgas de mineros. Los meses pasaron y poco a poco los trabajadores empezaron a volver al trabajo.

En un momento dado, durante la huelga, desayuné con el antiguo primer ministro Harold Macmillan, un conservador tradicional y heredero de una editorial familiar. Macmillan me dijo que veía con buenos ojos la valentía de Thatcher durante la huelga de mineros, y añadió que no tenía otra opción. Aun así, reconoció que «yo habría sido incapaz de hacerlo», y me explicó que recordaba, cuando era un joven oficial en la Primera Guerra Mundial, haber mandado a «los padres y los abuelos [de aquellos mineros] a los parapetos» de las trincheras en Francia.[28] No habría tenido el coraje para llevar a cabo la batalla de resistencia humana que Thatcher estaba librando ahora.

En marzo de 1985, tras haber perdido veintiséis millones de días de trabajo, la huelga terminó. En *Statesman's Manual*, de Samuel Taylor Coleridge, un texto de referencia para quienes hacen de la política su vocación, el poeta romántico señala que «no es una debilidad poco común entre aquellos que tienen el honor de conocer a los grandes atribuir los sucesos nacionales a personas concretas [...] en lugar de a la verdadera causa inmediata, el estado predominante de la opinión pública».[29] Sin embargo, en el caso de Thatcher, ella casi siempre estuvo preparada para enfrentarse a la opinión pública con el fin de conformar los hechos y, al final, arrastrar el sentimiento ciudadano hacia ella.

Las reformas de Thatcher cambiaron Reino Unido de forma irreversible. Durante su mandato, los conservadores acabaron con los controles de divisas, eliminaron las comisiones comerciales fijas y abrieron el mercado de valores británico a

los *traders* extranjeros, lo que se acabaría conociendo como el «Big Bang», lo cual a finales de la década de 1980 convirtió al país en un centro financiero internacional. Las políticas conservadoras también limitaron el gasto público, aunque no consiguieron hacerlo de golpe. Los impuestos sobre los ingresos y la inversión se redujeron; el impuesto al consumo aumentó. Se privatizaron British Telecom, British Airways, British Steel y British Gas. El número de británicos que poseían acciones bursátiles casi se cuadruplicó.[30]

Thatcher también estaba decidida a aplicar la lógica de la privatización a la vivienda pública. Elaboró el programa «derecho a comprar» que permitió a más de un millón de inquilinos de viviendas municipales convertirse en propietarios con unas condiciones favorables. Al traducir el eslogan de la «democracia de propietarios» en políticas operativas, contribuyó a que la clase obrera acumulara riqueza. Bastantes de estos nuevos propietarios se convirtieron en votantes conservadores, lo que ilustró su máxima de que una buena medida política puede generar nuevos votantes. Cuando los críticos le acusaron de abogar por los valores victorianos, Thatcher les devolvió la acusación:

> Winston [Churchill] fue quien mejor lo expresó. Queréis una escalera, ascendente, para cualquiera, sin importar cuál sea su origen, si puede subir, pero [también] una red de seguridad básica por debajo para que nadie se caiga. Ese es el carácter británico [...].
>
> La compasión no consiste en ponerse en pie y dar un discurso en el mercado sobre lo que los gobiernos deberían hacer. Depende de cómo estés dispuesto a llevar tu propia vida y de cuánto estés dispuesto a dar de lo que tienes a los demás.[31]

Thatcher vivió según los principios que defendía. Firme defensora del libre mercado, también estaba orgullosa de que su Gobierno hubiera mejorado la calidad de los servicios

sociales. Esto era especialmente patente en su estrategia para el Servicio Nacional de Salud (NHS, por sus siglas en inglés), la joya de la corona de las reformas laboristas que durante la posguerra había llevado a cabo el primer ministro Clement Attlee. Thatcher, pese a su marcada preferencia por las soluciones de mercado, nunca consideró en serio privatizar el NHS. Al contrario, mientras recortaba el gasto en otros lugares, *aumentó* la financiación del NHS. Esto era posible, no dudó en aclarar, gracias a la riqueza creada por la liberalización de la empresa privada:

> El Servicio Nacional de Salud está seguro en nuestras manos [...] este funcionamiento de los servicios sociales habría sido imposible de conseguir sin una industria eficiente y competitiva que creara la riqueza que necesitamos. La eficiencia no es el enemigo, sino el aliado, de la compasión.[32]

Thatcher había asumido el poder tras años de un evidente declive nacional. En 1980, la inflación había alcanzado el 18 por ciento, pero en 1990, cuando dejó el cargo, se había reducido al 8 por ciento. Entre 1993 y 2020 se ha mantenido en torno al 2 por ciento. De igual modo, el desempleo pasó de un máximo del 12 por ciento en 1984 a un 7 por ciento en 1990, mientras que durante el mismo periodo los ingresos se duplicaron con creces, pasando de 7.805 dólares per cápita a 19.095 dólares per cápita (todas las cifras en dólares de 2020). En 1983, casi cien mil trabajadores abandonaron Reino Unido, pero en 1990 cada año llegaban más de doscientos mil.[33] El número de días de trabajo perdidos por los conflictos laborales pasó de 29,5 millones en 1979 a 1,9 millones en 1990.[34] Reino Unido no solo volvía a funcionar, sino que el giro económico que concibieron Thatcher y sus capaces asesores había devuelto a Reino Unido su posición en el mundo.

Gracias al éxito de sus reformas económicas Thatcher ganó influencia política, lo que le dio más recursos y mayor flexibilidad para lograr sus objetivos en política exterior y aumentar el gasto en defensa. Mientras la economía mejoraba, consiguió que el Partido Conservador obtuviera tres victorias electorales consecutivas. Por otro lado, Thatcher nunca consiguió un amplio consenso que apoyara sus reformas económicas, ni siquiera después de que empezaran a verse los resultados. Era admirada por muchos, querida por algunos, pero disgustaba a gran parte de la clase obrera y los intelectuales de izquierdas por los excesivos sacrificios realizados durante el periodo de reformas. En 1988, la percepción de Thatcher como alguien sin corazón se reavivó cuando defendió la «tasa a la comunidad» (un impuesto fijo para financiar los gobiernos locales), que desencadenó protestas generalizadas y contribuyó a su futura caída política.

Sin embargo, Thatcher tuvo una influencia duradera en las opiniones económicas del votante medio y de las élites políticas. Cuando el Gobierno del «Nuevo Laborismo» de Tony Blair fue elegido en 1997 —siete años después de que Thatcher abandonara el poder— le escribí una carta felicitándola por haber sentado la base de este importante giro de la izquierda:

> Nunca pensé que te felicitaría por una victoria laborista en unas elecciones británicas, pero no me puedo imaginar nada que reafirme más tu revolución que el programa de Blair. Me parece que está más a la derecha que el Gobierno conservador que precedió al tuyo.[35]

Thatcher seguía dolida por las circunstancias que le habían obligado a dejar el poder, pero en esta ocasión consiguió animarse. «Creo que tu análisis es el correcto —contestó— pero ¡convertir al rival político en alguien elegible, y luego elegido, no era la estrategia que tenía en mente!».[36]

Dos semanas después de que Blair asumiera el cargo —y para gran consternación del ala izquierda del partido—, este invitó a Thatcher a tomar el té en Downing Street.[37] Era evidente que el propósito de la reunión era pedirle consejo sobre la próxima cumbre europea, pero también había mucho de admiración personal.[38] Diez años después, Gordon Brown, el sucesor de Blair, volvió a hacer una invitación similar en sus primeros tres meses como primer ministro. En esa ocasión, Thatcher fue vista saliendo de la residencia del primer ministro con un ramo de flores.[39] Era la prueba de que había logrado el objetivo que se había propuesto en la nefasta década de 1970: crear un nuevo centro.

En defensa de la soberanía: el conflicto de las Malvinas

Thatcher consideraba que era su deber defender los intereses británicos en el mundo, ya fuera cerca o lejos, y proteger la capacidad de Reino Unido de mantener la Alianza Atlántica. Expresó el punto de vista británico sobre estos temas de manera elocuente y fue incansable a la hora de buscar oportunidades para las empresas británicas en el extranjero, e inflexible en su defensa de los súbditos británicos. En abril de 1982, su disposición a actuar según estas convicciones fue puesta a prueba cuando Argentina invadió las islas Malvinas (islas Falkland, en inglés), que eran territorio británico desde 1833. Para que la soberanía —es decir, la autoridad última sobre un territorio definido— mantuviera su significado, tenía que actuar. Como escribió más adelante, el ataque argentino suponía una «crisis del honor británico».[40]

Sin embargo, en la ONU, cuyos documentos fundacionales habían consagrado la westfaliana igualdad soberana de los Estados, la defensa de la soberanía esgrimida por Thatcher fue

puesta en duda. Para muchos nuevos miembros de la ONU, que habían logrado la independencia oponiéndose al colonialismo, la invasión argentina de las Malvinas parecía un mero episodio de descolonización pendiente desde hacía mucho tiempo. Por lo tanto, era poco probable que ni siquiera los miembros del sistema westfaliano apoyaran la postura de Thatcher y su visión de lo que estaba en cuestión en unas islas casi deshabitadas del Atlántico Sur.

Además, a pesar de la estima que sentía Ronald Reagan por Thatcher y su larga relación con Reino Unido, la Administración estadounidense fue ambivalente, como lo fue el apoyo dentro de la OTAN. Por el contrario, el presidente francés François Mitterrand entendió la contundencia del argumento de Thatcher y le aseguró: «Debes ser consciente de que otros compartimos tu oposición a este tipo de agresión». [41]

Sus críticos describieron la gestión de Thatcher durante la crisis de la Malvinas como inflexible, sorda a cualquier esfuerzo de llegar a un acuerdo y empecinada. De hecho, su proceder durante el conflicto se basó en la decisión de mantenerse firme por principio, pero también reflejó un inteligente entendimiento de cuándo la realidad objetiva requería cierta flexibilidad diplomática, sobre todo en la relación con Washington.

Las islas Malvinas se encuentran a unos 485 kilómetros de la Argentina continental. Su importancia estratégica reside en su proximidad al cabo de Hornos, la punta meridional del continente americano, y en que, junto con el estrecho de Magallanes, ha sido uno de los pasos históricos entre el Atlántico y el Pacífico. En el siglo XVIII, Francia, Gran Bretaña y España se disputaron el control de estas islas; la colonia cambió de manos con frecuencia dependiendo del resultado de las distintas guerras europeas. A principios de la década de 1830,

las islas se gobernaban desde Buenos Aires, la capital de la recién independizada Argentina. Reino Unido las ocupó en enero de 1833 y mantuvo su posesión desde entonces. A principios de la década de 1980, por lo tanto, hacía más de ciento cincuenta años que los habitantes de las Malvinas era súbditos de la corona británica según la ley internacional, aunque Argentina siguiera reclamando su soberanía.

El general Leopoldo Galtieri, que en diciembre de 1981, en medio del caos económico y una importante violencia que amenazaba con una guerra civil, se convirtió en presidente de Argentina tras un golpe de Estado militar, decidió aumentar su apoyo público reivindicando la antigua reclamación de su país sobre las Malvinas. El 2 de abril de 1982, Argentina invadió las islas, que apenas contaban con defensas, y enseguida las sometió.

La noticia de la invasión conmocionó al Gobierno británico. «No podía creerlo —escribiría Thatcher después, insistiendo en que—: esta era nuestra gente, nuestras islas».[42] Pero su instinto de actuar se encontró con muy poca ayuda por parte de sus asesores. El Ministerio de Asuntos Exteriores no veía posible una vía diplomática y el ministro de Defensa, John Nott, advirtió de que una acción militar para recuperar las islas, a más de once mil kilómetros de distancia, era imposible.

Una de las funciones decisivas del liderazgo es inspirar a los socios más allá de lo que ellos mismos consideran posible. Haciendo uso de su característica confianza en sí misma, Thatcher impulsó a su Gobierno. «Tendrás que recuperarlas», le dijo a Nott. Cuando él le insistió en que era imposible, simplemente repitió: «Tienes que hacerlo».[43]

La negativa de Thatcher a aceptar un no como respuesta quedó justificada cuando el primer lord del Mar, sir Henry Leach, encontró la manera de avanzar. Aconsejó a Thatcher que reuniera una fuerza especial naval capaz de hacer el

trabajo, aunque el riesgo que se asumiría era considerable. Ella le dio instrucciones para llevar a cabo los preparativos necesarios. Si bien esta decisión no le obligaba a una solución militar, dejaba abierta esa posibilidad mientras Thatcher agotaba todas las opciones diplomáticas planteadas por los escépticos miembros del gabinete y sus aliados estadounidenses.

Tras establecer la estrategia, Thatcher la aplicó de inmediato. Afirmó en público sus principios y juró solemnemente defenderlos. El sábado, un día después de la invasión, se convocó un debate de urgencia en la Cámara de los Comunes. Thatcher explicó su postura con claridad: «Por primera vez en muchos años, el territorio soberano británico ha sido invadido por una potencia extranjera [...] debo decirle a la Cámara que las islas Malvinas y sus dominios siguen siendo territorio británico». En definitiva, no era un asunto colonial, sino una afrenta al orgullo nacional y a la soberanía de Reino Unido. Con tono desafiante, concluyó: «Ninguna agresión ni ninguna invasión pueden cambiar esta realidad. El objetivo del Gobierno es que las islas sean liberadas de la ocupación y devueltas a la administración británica lo antes posible».[44]

Thatcher había manifestado inequívocamente su determinación al descartar la posibilidad de una retirada.

La primera ministra esperaba que la reacción del aliado más importante y poderoso de Reino Unido, Estados Unidos, fuera positiva. La posición de Washington, sin embargo, resultó bastante más conflictiva.

A principios de 1982, la relación anglo-americana, impulsada por la elección, en 1980, del presidente Ronald Reagan, era buena. Reagan y Thatcher se reunieron por primera vez en 1975, poco después de que ella se convirtiera en la líder del partido y mientras él preparaba la campaña para las primarias presidenciales republicanas de 1976. El encuentro fue un gran

éxito. Ambos aspirantes, cuyas trayectorias ideológicas eran similares, se dieron cuenta de que coincidían en muchas cuestiones políticas. También conectaron personalmente: «Que sepas que tienes un entusiasta seguidor aquí, en las "colonias"», le escribió Reagan poco después.[45]

Los vínculos transatlánticos se fortalecieron cuando Reagan llegó a la presidencia. En febrero de 1981, Thatcher se convirtió en la primera aliada europea en visitar Washington, donde asistió a una impresionante cena de Estado en la Casa Blanca; y, en un honor diplomático poco habitual, ella organizó una cena para Reagan en la embajada británica la noche siguiente. Reagan recordaba aquella noche en su diario como una «ocasión realmente cálida y hermosa» y añadía que «creo que existe una verdadera amistad entre la primera ministra, su familia y nosotros; sin duda así lo sentimos nosotros y estoy seguro de que ellos también».[46] Al principio de su mandato, Reagan apoyó las reformas económicas de Thatcher y los dos se unieron para adoptar una estrategia más asertiva en las relaciones entre Occidente y el Este.

A pesar de la rejuvenecida cercanía entre Washington y Londres, Estados Unidos también mantenía vínculos importantes con Argentina. Con Reagan, las relaciones con la Junta argentina habían mejorado y Buenos Aires se había unido a Washington en un intento claro —y más tarde encubierto— de ayudar a las fuerzas de la oposición anticomunistas (la Contra) frente al régimen sandinista de Nicaragua, respaldado por la Unión Soviética. Algunos líderes estadounidenses temían que cualquier apoyo a Reino Unido en el conflicto de las Malvinas pudiera poner en riesgo esta iniciativa conjunta con Argentina y debilitar la posición estadounidense en el Tercer Mundo subdesarrollado. Este contexto se complicó aún más cuando la CIA advirtió de que, si el Gobierno de Galtieri sufría una derrota militar, era probable

que fuera reemplazado por un «régimen militar muy nacionalista que establecería lazos militares con la Unión Soviética».[47]

Ante estas presiones contradictorias, la Administración estadounidense adoptó una senda dividida y a veces contradictoria. Bajo la dirección de Caspar Weinberger —un conservador entregado— el Pentágono proporcionó a Reino Unido una gran cantidad de material militar que era muy necesario desde el inicio del conflicto. Gran parte de esta ayuda se realizó de manera encubierta, porque el Departamento de Estado, dirigido por el secretario de Estado Alexander Haig, se opuso a que su país apoyara públicamente a Reino Unido. Haig, que trataba de evitar una ruptura con Argentina, intentó mediar en el conflicto. Y, aunque sus simpatías estaban del lado británico, Reagan aceptó que el secretario de Estado realizara viajes diplomáticos entre Londres y Buenos Aires.

Cuando Haig me informó de sus planes, le dije en privado que tenía dudas serias, pese a mi propia experiencia con este tipo de diplomacia en Oriente Próximo. Entonces, los viajes habían sido entre ciudades que estaban separadas apenas unos cientos de kilómetros; en la crisis del Atlántico Sur había más de once mil kilómetros entre ambas capitales. En Oriente Próximo no solo se podían tomar decisiones de un día para otro, lo que permitía adaptarse a cualquier contingencia, sino que los líderes de ambas partes se habían comprometido a hacer avances. En cambio, en la crisis de las Malvinas tanto Thatcher como la Junta argentina habían adoptado una posición fija, lo que descartaba un acuerdo en el que ambos cedieran. Era muy probable que Thatcher aceptara la mediación para satisfacer los deseos estadounidenses y ganar tiempo para que su flota llegara a las Malvinas. Si la mediación hubiera amenazado su visión de la soberanía británica, sin duda la habría rechazado.

Thatcher esperaba que Estados Unidos se pusiera del lado de su país sin dudarlo. La iniciativa de Haig, por lo tanto, fue un golpe desagradable. Aunque seguía convencida de que su postura —el restablecimiento de la soberanía británica en la Malvinas— era la correcta, ahora estaba obligada a considerar medidas que implicaban llegar a acuerdos. Aceptó escuchar las propuestas estadounidenses para lograr un resultado arbitrado y no insistir públicamente en que la solución solo podía ser de carácter militar. Pero, aunque esas iniciativas diplomáticas se intentaron, el envío, el 5 de abril, de una fuerza especial naval británica aumentó la presión sobre Argentina. Muy pendiente de la opinión pública estadounidense —por no mencionar la necesidad de mantener un amplio apoyo y mantener la apariencia de flexibilidad en su país—, Thatcher consideró varias opciones que implicaban poner las Malvinas bajo un régimen de administración fiduciaria de la ONU.

A finales de abril, los viajes diplomáticos fracasaron debido a la intransigencia argentina. A medida que aumentaba la probabilidad de un conflicto militar, se intensificó la presión para encontrar una solución negociada. Durante una visita a Londres a principios de mayo, conocí los límites de la flexibilidad diplomática de Thatcher.

Meses antes de la crisis de las Malvinas, el ministro de Exteriores, lord Carrington, me había invitado a dar un discurso en el 200.º aniversario de la fundación del Ministerio de Asuntos Exteriores británico. En la fecha fijada, sin embargo, Carrington no seguía en el cargo. El aparente fracaso del Ministerio de Asuntos Exteriores para prever o impedir la invasión de las Malvinas había suscitado una gran ira en la bancada conservadora. Siguiendo una larga tradición, aunque no fuera en absoluto una universalmente cumplida, Carrington había decidido aceptar la responsabilidad de los fallos del Gobierno con su dimisión, protegiendo así a la primera

ministra y al resto del gabinete. Carrington, la quintaesencia del honor, no era personalmente culpable. Según su concepción del deber, la dimisión era la única medida apropiada.[48]

De hecho, en el año previo a la crisis, Carrington se había opuesto con determinación a la decisión británica que acabaría provocando la agresión argentina: la retirada planeada del rompehielos HMS Endurance del teatro de la Malvinas, que había propuesto el ministro de Defensa Nott como medida para ahorrar hasta 2,5 millones de dólares al año. Carrington sostuvo que Argentina interpretaría este movimiento «como un paso en una estrategia británica que tiene por objetivo reducir el apoyo a las islas Malvinas».[49] El 9 de febrero de 1982, en un debate en la Cámara de los Comunes sobre el HMS Endurance, Thatcher apoyó imprudentemente a Nott en vez de a Carrington. Pero el precio de desbaratar la disuasión en el Atlántico Sur fue elevado, porque el coste de la guerra de las Malvinas ascendió a más de siete mil millones de dólares en total. Como escribió el historiador Andrew Roberts sobre esta decisión: «Pocas veces se ha demostrado con más crudeza la verdad de que un gasto relativamente alto en defensa representa una buena relación calidad-precio, porque el combate siempre es mucho más caro que la disuasión».[50]

Tras la salida de Carrington, el bicentenario del Ministerio de Asuntos Exteriores tuvo lugar bajo la dirección de Francis Pym, el nuevo ministro de Exteriores. Yo había dejado mi cargo cinco años antes, así que mi visita era privada, pero aun así se me dispensaron atenciones oficiales: una comida con Pym y altos funcionarios, seguido de un té por la tarde con Thatcher.

Durante la comida, la discusión se centró en los supuestos compromisos que habían surgido durante los viajes diplomáticos de Haig. No existía un consenso sobre los detalles, ni indicios de cualquier otra alternativa, más allá de algún tipo de acuerdo. Mientras tomaba el té en el 10 de Downing Street,

le pregunté a Thatcher cuál de los nuevos enfoques prefería. «¡No voy a ceder en ningún acuerdo! —gritó—. ¿Cómo puedes, mi viejo amigo? ¿Cómo puedes decir esas cosas?». Estaba tan enfurecida que no me atreví a explicarle que la idea no era mía, sino del jefe de su diplomacia.

Su postura, me explicó Thatcher, era una cuestión estratégica y de principios. Por eso le había decepcionado que su aliado más estrecho le hubiera ofrecido una mediación en respuesta a un ataque no provocado en territorio británico. En mi discurso de esa tarde, titulado «Reflexiones sobre una alianza», apoyé la postura de Thatcher en la crisis de la Malvinas. Estados Unidos haría mal en abandonar a un aliado tan cercano, al igual que hizo en Suez en 1956:

> No debe desautorizarse la postura estratégica o la autoestima de un aliado estrecho en una cuestión que él considere de vital importancia. Es un principio de no poca relevancia contemporánea. En este sentido, la crisis de las Malvinas acabará fortaleciendo la cohesión occidental. [51]

Sin embargo, en algunas ocasiones, algunas ideas a las que en un principio Thatcher se había resistido acababan llegando a un punto de aparente aceptación. Eso ocurrió con su postura sobre las Malvinas. Permitió que su posición negociadora evolucionara poco a poco, mientras Argentina, absurdamente, no mostraba ninguna intención de actuar de la misma manera. En el momento en que se hizo lo que se consideró la última oferta británica, comunicada a través del secretario general de la ONU, Javier Pérez de Cuéllar, el 17 de mayo,[52] Thatcher había aceptado que la ONU administrara las islas a cambio de la retirada de Argentina. La soberanía de las Malvinas sería un tema que se discutiría en el futuro. Estas concesiones, hechas en gran medida para asegurarse el apoyo estadounidense, le

habían llevado muy lejos de su insistencia inicial en restablecer el *statu quo* anterior.

¿Se basaba su «última» propuesta en un análisis frío y racional? ¿O había un elemento maquiavélico en la postura de Thatcher? Es posible que, tras ser testigo de la intransigencia argentina durante las negociaciones, hubiera concluido que las posibilidades de que Galtieri aceptara una oferta eran escasas. Tal vez la oferta fuera un plan alternativo si la flota que entonces se acercaba a las Malvinas sufría unas pérdidas inasumibles. Con un resultado tan incierto, y buscando la autoridad que concedía una solución negociada por la ONU, asumió un riesgo considerable.

Si Buenos Aires hubiera aceptado su propuesta, Thatcher se habría enfrentado a la hercúlea tarea de persuadir a la Cámara de los Comunes de que aceptara ese acuerdo, o de convencer a la ONU de que cediera a Reino Unido la administración de la isla cuando se resolviera la disputa. Si hubiera ocurrido esto, creo que ella habría llevado las negociaciones a una posición que permitiera a la fuerza especial británica lograr su objetivo inicial: restablecer la soberanía británica. Por suerte para ella, le salió bien la jugada: el 18 de mayo, los argentinos rechazaron categóricamente la oferta británica. Tres días más tarde, las fuerzas británicas iniciaron el asalto.

Cuando empezaron los combates, la victoria británica no estaba en absoluto asegurada. La fuerza especial británica, con unas líneas de abastecimiento increíblemente largas y recursos limitados en el teatro de operaciones, era bastante vulnerable. Además, Argentina había adquirido misiles franceses Exocet, que fueron muy efectivos contra los barcos británicos. Si hubieran alcanzado a uno de los dos portaviones, el HMS Hermes o el HMS Invincible, la situación británica se habría vuelto precaria.

Thatcher era muy consciente de estos riesgos y de las

potenciales bajas humanas. Mientras en público proyectaba una imagen de implacable dureza, en privado sentía profundamente cada pérdida. Su biógrafo autorizado recoge que, tras la noticia de un ataque argentino, Denis Thatcher encontró a su esposa sentada al borde de la cama, llorando: «¡Oh, no, no! ¡Otro barco! ¡Mis jóvenes!».[53] Al final de la guerra, había mandado doscientas cincuenta y cinco cartas escritas a mano a las familias de los soldados británicos caídos en combate.[54]

El *modus operandi* de Thatcher como líder de un país en guerra consistió en establecer unos parámetros y dejar luego que los oficiales al mando dirigieran la campaña como consideraran conveniente, mientras ella les apoyaba políticamente con firmeza. Uno de esos parámetros fue una zona de exclusión de doscientas millas náuticas que rodeaba las Malvinas, declarada el 30 de abril por el Gobierno británico. Dentro de ella, cualquier barco argentino podía ser atacado sin advertencia previa. Esta regla fue puesta a prueba pronto, y hubo que tomar una decisión: el 1 de mayo, el crucero argentino General Belgrano fue visto bordeando la zona de exclusión. Al día siguiente, Thatcher ordenó el hundimiento del Belgrano, a pesar de que ya se había desplazado a unos sesenta y cinco kilómetros de la zona.[55] Murieron más de trescientos marineros argentinos. Si bien su decisión produjo una gran controversia, lo cierto es que la posición del Belgrano representaba una amenaza latente para las fuerzas especiales británicas que se acercaban a las Malvinas.

Al acabar el 21 de mayo, el primer día de combate terrestre, cinco mil soldados británicos habían desembarcado en las islas. A partir de entonces, la postura de Thatcher se endureció, pese al aumento de la presión internacional para un alto el fuego. Ahora, con sangre británica derramada tanto en la tierra como en el mar, Thatcher volvió a su postura inicial y se negó a consentir nada que no fuera el restablecimiento completo de la

soberanía.

Esta actitud no fue bien recibida en Washington, porque sus aliados latinoamericanos presionaban cada vez más para que se pusiera fin a la guerra. Por un momento, pareció que las demandas de soberanía británica habían cruzado el límite de los intereses nacionales estadounidenses. El 31 de mayo, mientras el ejército británico avanzaba sobre Puerto Argentino (Port Stanley, en inglés), la capital de las islas, se convenció al presidente Reagan de que llamara a Thatcher y apelara a su magnanimidad. Ella se mantuvo firme: «No voy a entregar mis islas ahora —le dijo a Reagan—. No he perdido a alguno de mis mejores barcos y algunos de mis mejores hombres para irme tranquilamente bajo un alto el fuego sin la retirada de los argentinos».[56] Reagan optó, mientras continuaba la descarga retórica de Thatcher, por no responder a la esencia de su argumento. Estados Unidos no volvió a intentar ralentizar el avance británico. Otro signo de la fortaleza subyacente de la relación entre Estados Unidos y Reino Unido, según reveló más tarde John Lehman, antiguo secretario de la Armada estadounidense, fue que Reagan había acordado que, si la Royal Navy perdía un portaviones, Estados Unidos le prestaría el USS Iwo Jima, un buque de asalto anfibio (o portahelicópteros) que podía alojar los cazas Sea Harrier que despegan en vertical. «Dale a Maggie todo lo que necesite para hacer esto», le dijo Reagan a Caspar Weinberger, el secretario de Defensa.[57]

Tras una intensa lucha, las fuerzas invasoras argentinas se rindieron el 14 de enero. La victoria de Reino Unido fue total y tuvo un valor simbólico incalculable. Junto con las decisivas reformas económicas que Thatcher había implementado en casa, la victoria en las Malvinas transformó la posición de Reino Unido en la escena mundial. Como ella misma dijo:

> Hemos dejado de ser una nación en retirada. Hemos encontrado una renovada confianza, surgida de las batallas económicas en casa y puesta a prueba y comprobada a casi trece mil kilómetros de distancia [...] nos alegramos de que Reino Unido haya reavivado ese espíritu que le ha motivado durante tantas generaciones en el pasado y que hoy ha empezado a arder con la misma intensidad que antes.[58]

En Estados Unidos, la reacción fue más ambivalente. El apoyo de Reagan a la política de Thatcher dañó las relaciones con Argentina, que puso fin abruptamente a la colaboración con Washington. Pero, para otros países, el panorama general resultó más favorable. Thatcher, al demostrar su credibilidad en el campo de batalla, también había fortalecido la postura occidental en la Guerra Fría. Su política hizo una distinción crucial entre los asuntos coloniales y los retos estratégicos, y situó claramente las Malvinas en la segunda categoría.

Las negociaciones sobre Hong Kong

Poco después de la guerra de las Malvinas, Thatcher se vio obligada a enfrentarse a otro reto cuyo origen era el pasado colonial británico: el futuro de Hong Kong.

Aunque en realidad la isla de Hong Kong como tal había sido considerada territorio británico desde 1842, Reino Unido gobernaba los Nuevos Territorios que la rodeaban solo como parte de un acuerdo según el cual China se los arrendaba durante noventa y nueve años. Este pacto expiraba en 1997. Pekín rechazó las reclamaciones históricas acerca de estos acuerdos e insistió en que *ambos* territorios debían volver a estar bajo control chino en 1997, dos años antes de que el Partido Comunista Chino (PCC) celebrara el quincuagésimo aniversario de su victoria sobre las fuerzas nacionalistas de

Chiang Kai-shek.

China consideraba que el gobierno británico de Hong Kong y los Nuevos Territorios era una aberración histórica. La postura británica se basaba en tres acuerdos: el Tratado de Nankín (1842), por el cual China cedió la isla de Hong Kong a perpetuidad; la Convención de Kowloon (1860), por la cual China cedió de igual manera la península vecina; y la Convención para la Extensión del Territorio de Hong Kong (1898), por la cual los Nuevos Territorios se arrendaban durante noventa y nueve años. Thatcher creía que la reclamación británica estaba bien fundamentada en el derecho internacional. China, por su parte, declaraba que estos tratados se habían firmado bajo presión, por lo que las reclamaciones británicas eran igual de legítimas que si Londres hubiera tomado las islas por la fuerza.

Yo conocía las ideas de China sobre este asunto, porque las había oído en conversaciones con Zhou Enlai, jefe de la diplomacia china y primer ministro de Mao Zedong entre 1949 y 1975, y en mayor profundidad en diálogos con Deng Xiaoping, líder supremo de China entre 1978 y 1989. Durante estas conversaciones, que trataban sobre todo de las relaciones entre Estados Unidos y China, Hong Kong solo se mencionaba de forma tangencial. Deng insistía en que China sería paciente en las negociaciones, pero que no cedería en el asunto de la soberanía, que se identificaba con la inviolabilidad del territorio chino. Aceptaría, sin embargo, cierto tipo de autonomía para Hong Kong si, con eso, se facilitaba la reunificación con Taiwán.

En 1982, con la fecha de vencimiento del arriendo de los Nuevos Territorios en el horizonte, China comunicó públicamente su intención de ampliar las negociaciones para incluir también la isla de Hong Kong. Thatcher, animada por el éxito en las Malvinas, había adoptado una posición inamovible

que rechazaba cualquier cesión de soberanía británica, sobre todo en relación con Hong Kong.

También se oponía con determinación a que los ciudadanos británicos quedaran sometidos al gobierno del Partido Comunista. Dada su creencia en que todo sistema comunista —chino, soviético o cualquier otro— subvertía la libertad individual, Thatcher pensaba que no se podía confiar en Pekín para que respetara los derechos de los ciudadanos de Hong Kong. En una ocasión, hablando con ella, se quejó del grado de crueldad al que podía llegar Deng Xiaoping;[59] durante otra reunión en Hong Kong (mantenida en un avión privado para evitar interceptaciones) no me quedó ninguna duda de su opinión negativa sobre los dirigentes chinos en general.

Sin embargo, las opciones políticas de Thatcher eran limitadas. A diferencia de las Malvinas, aquí no había ninguna posibilidad de una solución militar: frente el Ejército Popular de Liberación, Hong Kong no podía defenderse. Habría que negociar y encontrar una solución; de fondo, sin embargo, acechaba la evidencia de que, si ambas partes llegaban a un punto muerto, China podía resolver la cuestión unilateralmente.

La táctica de Thatcher era reservarse la opción de ser flexible. En las primeras conversaciones, evitó hablar de soberanía e intentó que los chinos prometieran que Reino Unido seguiría administrando Hong Kong. Este acuerdo, sostuvo, era la única forma de retener la confianza de las empresas internacionales, algo que en ese momento era vital para la prosperidad de Hong Kong y que seguiría siéndolo después de 1997.

En septiembre de 1982, Thatcher fue a Pekín con este planteamiento. Pero las tensas reuniones que mantuvo con Deng y el primer ministro Zhao Ziyang (que después sería secretario general del Partido Comunista) supusieron para ella

una lección sobre la realidad china. Tanto en público como en privado, a Thatcher no solo se le informó de que el asunto de la soberanía no era negociable, sino que la continuación de la administración británica estaba fuera de discusión. Pekín permitiría que el sistema capitalista de Hong Kong continuara, pero solo bajo protección china. Como observó después un funcionario británico, para los chinos, «a la hora de la verdad, la soberanía era más importante que la prosperidad».[60]

Thatcher tenía pocas opciones a las que agarrarse. Al salir de su entrevista con Deng, tropezó en los escalones del Gran Salón del Pueblo. La superstición china lo consideró un mal augurio. En menos de diez días, la bolsa de Hong Kong cayó un 25 por ciento.

La respuesta inicial de Thatcher fue insistir aún más, como presencié en una cena de trabajo que tuvo lugar en el 10 de Downing Street aquel noviembre. El objetivo de la reunión era conocer mi opinión sobre cómo los británicos «podíamos jugar bien nuestras cartas en las negociaciones con los chinos sobre el futuro de Hong Kong».[61]

Según lo recuerdo, sin embargo, el tema de la discusión fue bastante diferente. Aunque los funcionarios británicos debían haberle informado previamente de que pensaban que habría que ceder la soberanía de Hong Kong, ella no demostró que lo supiera. Al principio, rechazó sin más la cesión de la soberanía y afirmó con rotundidad que nunca renunciaría a Hong Kong. Su instinto se oponía totalmente a la entrega de la isla, con su singular estilo de vida chino-británico. La primera modificación de esa postura fue que Reino Unido solo negociaría sobre los Nuevos Territorios, donde, a diferencia de su dominio vitalicio en Hong Kong, Londres solo contaba con un arrendamiento que vencía al cabo de poco.

En esa ocasión, entre nuestros compañeros de mesa estaban el ministro de Asuntos Exteriores, Pym, el subsecretario

permanente de Estado de Exteriores, sir Antony Acland, y el gobernador de Hong Kong, sir Edward Youde. Los diplomáticos respondieron a los argumentos de Thatcher. Admiré su calculada persistencia mientras una oleada tras otra de vehemencia thatcheriana cruzaba la mesa. Ni el equipo del Ministerio de Asuntos Exteriores ni Youde flaquearon. Si bien yo no participé en este debate interno, sí contesté a la pregunta de Thatcher sobre una supuesta autonomía. Aludiendo a mis conversaciones con Deng, señalé que China podría estar interesada en mantener cierto grado de autonomía para Hong Kong, con el objetivo de mantener la credibilidad del principio «un país, dos sistemas» para el futuro de Taiwán. Pero, en mi opinión, Deng no cedería en la cuestión del principio de soberanía. Transcurrió gran parte de la reunión antes de que, poco a poco, pudieran apreciarse en la primera ministra ciertos destellos de retractación. Al final de la cena, Thatcher había admitido, con mucha reticencia, que todo estaba abierto a discusión, es decir, que tanto el futuro de la isla de Hong Kong y de Kowloon como el de los Nuevos Territorios se negociaría de forma conjunta.

Recuerdo esta cena como una síntesis de la evolución de Thatcher durante las negociaciones sobre Hong Kong. Al igual que con la crisis de las Malvinas, intentó no hacer concesiones de ningún tipo, pero al final aceptó estudiarlas. Sin embargo, esta vez era diferente: sus concesiones no eran solo maniobras tácticas contra un enemigo torpe y no había fuerza británica que pudiera salvar a Hong Kong.

En marzo de 1983, Thatcher tomó una decisión. Escribió en privado a Zhao para decirle que estaba preparada para recomendar al Parlamento británico que se devolviera la soberanía de todo Hong Kong a China, siempre que se llegara a un acuerdo entre Reino Unido y China sobre la futura organización administrativa, para asegurar la prosperidad y la

estabilidad de la isla. La correspondencia allanó el camino para las conversaciones formales que requerirían concesiones sucesivas y muy reñidas. Entre ellas, la aceptación por parte de los británicos de la condición china de que el vínculo administrativo británico con Hong Kong se acabara en 1997.

En sus memorias, Thatcher recuerda una conversación con Deng Xiaoping que evidencia la tensión durante las negociaciones:

> Dijo que los chinos podían entrar en Hong Kong y tomarla ese mismo día si quisieran. Yo repliqué que claro que podían hacerlo; yo no les detendría. Pero eso provocaría el derrumbe de Hong Kong. El mundo vería entonces lo que significaba un cambio del gobierno británico al chino [...]. Por primera vez, pareció desconcertado.[62]

En diciembre de 1984, Thatcher y Zhao firmaron la Declaración Conjunta Chino-Británica, según la cual la transferencia de soberanía tendría lugar el 30 de junio de 1997. El tratado no solo abordaba las condiciones establecidas de la soberanía, sino, excepcionalmente, un proceso de cincuenta años durante el cual el territorio pasaría de ser una posesión británica a un elemento supuestamente autónomo del Estado chino. Al finalizar el traspaso, estipulaba el acuerdo, la soberanía china sobre Hong Kong coexistiría con la condición contingente y subjetiva de «autonomía» durante un periodo de cincuenta años. Pero, si se producía cualquier choque entre las dos, prevalecería la soberanía china. El éxito funcional del acuerdo de los cincuenta años dependía, por lo tanto, de la percepción de que todas las partes cumplían sus condiciones.

Sin embargo, las percepciones de las dos partes ya eran divergentes cuando se estaba redactando el acuerdo, y esas diferencias se consolidaron con el paso del tiempo. El hecho de que la transición definitiva se realizara sin problemas al final

de los cincuenta años del periodo de autonomía dependería de que la evolución de China hasta ese momento fuera reconciliable con el legado británico. Al mismo tiempo, era poco probable que China aceptara la devolución final de Hong Kong con instituciones políticas que consideraba vestigios del colonialismo.

La conservación provisional de las instituciones de Hong Kong aseguró cierto nivel de participación democrática para sus residentes y restableció la confianza en su centro financiero, la base de la riqueza del territorio. Aunque, sin duda, el acuerdo no era lo que Thatcher habría querido, había evaluado la situación con sensatez. Una postura más dura podía haber llevado a los británicos a la irrelevancia; una más complaciente habría condenado cualquier esperanza de Hong Kong de ser autónomo.

Para los negociadores británicos, la fama de intransigente de Thatcher era un activo considerable. Los negociadores experimentados agradecen tener a su lado a un tercero, aparentemente irracional, con quien hay que ratificar cualquier acuerdo. Thatcher desempeñó este papel con habilidad, permitiendo que sus negociadores aseguraran a sus homólogos chinos su deseo de llegar a un acuerdo sobre determinados puntos, al tiempo que mencionaban su temor a entrar en conflicto con la formidable primera ministra, cuyas convicciones sobre el asunto eran bien conocidas.

El método de Thatcher —intransigencia de cara al público para fortalecer a sus negociadores, acompañada de un diálogo en privado para garantizar el interés común de ambas partes sobre un Hong Kong próspero— mantuvo la influencia británica en una situación de debilidad. Su postura también demostró que, incluso en las disputas en las que Reino Unido estaba en una posición de inferioridad, había un punto que no se podía cruzar. En los últimos años de la administración

británica de Hong Kong, después de haber dejado el cargo, volvió a la isla a menudo y apoyó con firmeza a Chris Patten, el último gobernador británico, en su intento de incorporar instituciones y procesos más representativos en la colonia antes de entregarla.

Muchas veces los acuerdos diplomáticos se finalizan con garantías de perdurabilidad. La evolución de la autonomía de Hong Kong, sin embargo, no cumplió con las expectativas británicas. Thatcher y sus negociadores se comprometieron firmemente con la preservación de las instituciones parecidas a las británicas y con conceptos del Estado de derecho, y trataron de conseguirlos con habilidad y determinación thatcheriana. Lograron una definición de autonomía que duró veintidós de los cincuenta años estipulados. El acuerdo sobre la autonomía terminó porque la evolución nacional china divergía cada vez más de las expectativas que predominaban cuando Deng formuló el concepto «un país, dos sistemas». Además, en cualquier entrega de un territorio colonial, el país receptor está más centrado en su propia trayectoria que en el legado de los colonizadores.

En este conflicto entre soberanía y autonomía, la segunda ha quedado muy restringida. Las incertidumbres que ahora se ciernen sobre el futuro de Hong Kong recuerdan a la advertencia que Thatcher le hizo a Deng: allí donde la libertad se ve amenazada, ¿puede perdurar el dinamismo económico? De esta surgen inexorablemente otras preguntas. Allí donde los acuerdos se derogan de manera prematura, ¿puede mantenerse la confianza estratégica? ¿Aumentará la evolución de Hong Kong las tensiones entre China y las democracias occidentales? ¿O se encontrará la manera de que Hong Kong pueda participar en un diálogo sobre el orden mundial y la coexistencia política?

Ningún asunto de Estado afectó tan directamente a Margaret Thatcher como el conflicto de Irlanda del Norte, los seis condados que siguieron formando parte de Reino Unido tras la partición de Irlanda en 1921. Paradójicamente, sin embargo, ningún otro asunto le provocó tantas dudas durante su mandato.

Thatcher se negaba a rendirse ante las tácticas intimidatorias del Ejército Republicano Irlandés (IRA, por sus siglas en inglés), frustrando así sus exigencias de que Irlanda del Norte fuera absorbida por la República de Irlanda, formada por los veintiséis condados del sur. A través de cumbres diplomáticas, mejoró mucho las relaciones entre Irlanda y Reino Unido. En 1985, logró cerrar el histórico Acuerdo Anglo-Irlandés, cuyo objetivo era seguir trabajando para acabar con lo que se llamó los «*Troubles*»: el violento conflicto que, desde hacía décadas, enfrentaba a los unionistas norirlandeses mayoritariamente protestantes con los nacionalistas mayoritariamente católicos.

La actuación de Thatcher fue aún más sorprendente si se tiene en cuenta que, apenas unas semanas antes de ser nombrada primera ministra, en mayo de 1979, Airey Neave, el hombre que iba a ser su secretario de Estado para Irlanda del Norte, fue asesinado por un grupo escindido del IRA. El asesinato de este amigo tan cercano y héroe de la Segunda Guerra Mundial reafirmó el primer instinto de Thatcher sobre la estrategia a seguir en Irlanda del Norte: reforzar la seguridad y, al mismo tiempo, presionar a la república irlandesa para que combatiera el terrorismo. Se dio cuenta de que los terroristas seguían una lógica estratégica. Más tarde, al reflexionar sobre esa situación, dijo que ella había entendido su estrategia como «el uso calculado de la violencia —y de la amenaza de violencia— para lograr fines políticos», y especificó: «En el caso

del IRA, ese fin es la coerción de la mayoría del pueblo de Irlanda del Norte, que ha manifestado su deseo de seguir dentro de Reino Unido, en un Estado irlandés único».[63]

En Irlanda del Norte, como en todas partes, el terrorismo era la manera de proceder de los débiles. Los simpatizantes del IRA eran una minoría dentro de una minoría. Utilizaban una violencia salvaje para provocar que el Gobierno británico hiciera concesiones o respondiera con una brutalidad exagerada que llevara a la minoría católica de Irlanda del Norte hacia posturas nacionalistas. El asesinato de Neave no logró desestabilizar a Thatcher, cuyas simpatías siguieron estando del lado de la mayoría protestante y unionista de Irlanda del Norte; una postura reforzada por su persistente rencor hacia la República de Irlanda por su neutralidad durante la Segunda Guerra Mundial.[64]

El 27 de agosto de 1979, el IRA sometió a la nueva primera ministra a dos pruebas más. Primero mató a dieciocho soldados británicos en una emboscada en las afueras de Warrenpoint, un pueblo del norte de Irlanda, y después asesinó a lord Mountbatten, primo de la reina y antiguo jefe de Estado Mayor de la Defensa. Mountbatten no fue la única víctima de este último ataque, también murieron su nieto de catorce años, un barquero de quince años y la viuda lady Brabourne. Thatcher lloró a los muertos, pero no cedió a la provocación. En su lugar, autorizó que su Gobierno siguiera manteniendo encuentros regulares con el Gobierno irlandés para buscar una solución pacífica.

Un año después, el IRA volvería a intentar desestabilizar las negociaciones. El 27 de octubre de 1980, los reclusos del IRA que estaban en la prisión de Maze, en Irlanda del Norte, empezaron una huelga de hambre. Las protestas de uno u otro tipo habían empezado en 1976, cuando el Gobierno laborista había sacado a estos presos de la «categoría especial» que

Heath les había concedido dos años antes. Tal vez estos esperaban que Thatcher siguiera el ejemplo de su predecesor conservador, pero ella enseguida se dio cuenta de lo que estaba en juego. Aceptar la exigencia de los reclusos de ser tratados como «prisioneros políticos» legitimaría su causa y complicaría el control de la cárcel.[65]

Cuando, a principios de diciembre de 1980, la agencia de inteligencia exterior británica (MI6) reactivó discretamente sus conexiones secretas con el IRA, descubrió que algunos de sus líderes estaban a favor de acabar con la huelga. Se le pasó esta información a Thatcher. Aunque ella no estaba dispuesta a hablar con el IRA directamente, dijo que, si se ponía fin a la huelga de hambre, aceptaría hacer concesiones «humanitarias» —por ejemplo, libertad para reunirse durante los fines de semana y vestir «ropa de civil» durante los días laborables— a *todos* los reclusos de Irlanda del Norte, fueran o no del IRA.[66] El 18 de diciembre, los presos cancelaron la huelga y el Gobierno de Thatcher anunció las nuevas medidas. Ningún recluso murió a causa de la huelga y la entereza de Thatcher ante la presión mejoró su reputación.

Sin embargo, la calma duró poco. El 1 de marzo de 1981, Bobby Sands, líder de los presos del IRA en Maze, de veintiséis años, anunció otra huelga de hambre y reiteró su exigencia de que los reclusos del IRA fueran tratados como prisioneros políticos. Thatcher no se inmutó. «No existen el asesinato político, ni las bombas políticas, ni la violencia política», dijo Thatcher en un discurso en Belfast el 5 de marzo, e insistió: «Solo existen el asesinato criminal, las bombas criminales y la violencia criminal. No cederemos en esto. No habrá estatus político».[67] Las líneas de la batalla quedaron trazadas.

Luego, en un extraordinario golpe de suerte para el IRA, quedó vacante un escaño parlamentario en un distrito electoral muy nacionalista de Irlanda del Norte. Sands presentó su

candidatura y, desde su celda, se convirtió en el primer candidato afiliado al partido nacionalista Sinn Féin que conseguía un asiento en el Parlamento británico desde 1955. Cuando, el 5 de mayo, la segunda huelga de hambre acabó con su muerte, estallaron disturbios en toda Irlanda del Norte y la presión sobre el gobierno de Thatcher aumentó. Decenas de miles de personas asistieron al funeral de Sands en Belfast.

La huelga de hambre de otros encarcelados continuó durante el verano. A pesar de la presión adicional de la Iglesia católica y de Tip O'Neill, el presidente de la Cámara de Representantes estadounidense, Thatcher mantuvo su postura, que contaba con un gran apoyo entre la sociedad británica. Cuando, durante un turno de preguntas en la Cámara de los Comunes, se le insistió en el final de Sands, contestó con sarcasmo: «El señor Sands era un delincuente convicto. Eligió quitarse la vida. Su organización no le permitió tomar esta decisión a muchas de sus víctimas».[68] En total, diez presos murieron antes de que el resto se rindiera el 3 de octubre. Con gran dureza, Thatcher sacrificó la compasión por el deber.

Irlanda, miembro no permanente del Consejo de Seguridad de la ONU entre 1981 y 1982, había empeorado su relación con Reino Unido al criticar abiertamente la guerra de las Malvinas en las Naciones Unidas. Sin embargo, Thatcher autorizó a altos funcionarios para que llevaran a cabo negociaciones con el fin de recuperar la confianza mutua. Los secretarios de gabinete de sus respectivos países, Dermot Nally por Irlanda y Robert Armstrong por Reino Unido, se encargaron de dirigir el comité del Consejo Intergubernamental Anglo-Irlandés, que Thatcher y su homólogo irlandés habían creado en 1981. La perseverancia y dedicación de Nally y Armstrong contribuyeron a que la relación superara ese momento difícil. Al principio no consiguieron gran cosa, pero tras las elecciones de junio de 1983, en las que los conservadores ampliaron su mayoría en el

Parlamento, Thatcher y el taoiseach (primer ministro) irlandés, Garret FitzGerald, mantuvieron una comunicación regular, lo que les permitió superar problemas como la huida de treinta y ocho reclusos de la prisión de Maze en septiembre o el atentado del IRA contra los grandes almacenes Harrods en el centro de Londres en diciembre, que mató a seis personas, entre ellas tres policías, e hirió a noventa más.

Cuando otra bomba del IRA estalló en el Gran Hotel de Brighton a primera hora de la mañana del 12 de octubre de 1984, Thatcher estaba despierta en su suite. Acababa de terminar la edición de su discurso para la conferencia del Partido Conservador del día siguiente. Sin heridas, pero cubierta de polvo, se puso un traje azul marino y, a las cuatro de la madrugada, ya estaba hablando ante las cámaras. «La conferencia se va a celebrar, como siempre», informó a la nación.[69] Al día siguiente, por la tarde, su presencia ante el atril fue la mejor prueba de que el atentado había fracasado:

> No solo fue un intento de alterar y cancelar nuestra conferencia; también fue un intento de incapacitar al Gobierno de su majestad, elegido democráticamente. La magnitud de la indignación que todos hemos compartido, y el hecho de que estemos reunidos aquí, ahora, —conmocionados, pero serenos y decididos— es una señal no solo de que este ataque ha fracasado, sino de que cualquier intento del terrorismo de acabar con la democracia fracasará.[70]

Thatcher dio las gracias a los primeros en acudir a la escena del atentado y expresó su solidaridad con quienes se habían visto afectados. Luego, con su habitual estilo práctico, anunció que su discurso iba a tratar de los mismos asuntos de siempre: «Una o dos cuestiones sobre política exterior», así como dos temas económicos «elegidos para su consideración especial —el desempleo y la huelga de los mineros».[71] Justo después del discurso, visitó a las víctimas del atentado que habían sido

hospitalizadas.

«Hoy no hemos tenido suerte —dijo el IRA en un comunicado en el que se responsabilizaba de la autoría del atentado—, pero, recordad, nosotros solo tenemos que tener suerte una vez. Vosotros tenéis que tener suerte siempre».[72] Cinco personas murieron en el atentado, entre ellas un miembro del Parlamento, y treinta resultaron heridas, algunas de gravedad. Si los terroristas hubieran tenido una información más precisa sobre la ubicación de la primera ministra, es probable que se hubiera encontrado entre las víctimas.

Thatcher se negó a permitir que el intento de asesinarla del IRA pusiera en riesgo las negociaciones con la República de Irlanda. Tras una breve pausa, las cumbres se reanudaron. El 25 de julio de 1985, el gabinete británico aprobó un borrador del Acuerdo Anglo-Irlandés. La fórmula consistía en que Reino Unido permitía que Irlanda desempeñara un papel formal consultivo en los asuntos de Irlanda del Norte a cambio de que Dublín aceptara moderar sus aspiraciones a reclamar la provincia (que se habían incluido en los artículos 2 y 3 de la Constitución irlandesa de 1937).

Al firmar el acuerdo, FitzGerald y Thatcher estaban reconociendo la realidad. Irlanda acordó formalmente que «cualquier cambio en el estatus de Irlanda del Norte solo se produciría con el consentimiento de una mayoría del pueblo de Irlanda del Norte», y se señalaba que en ese momento esta misma mayoría prefería permanecer en Reino Unido.[73] Reino Unido aceptó que, debido a la importante minoría católica en la provincia, a la república irlandesa se le daría la oportunidad de ejercer una influencia significativa en Irlanda del Norte. La importancia del acuerdo residió en que orientaba la influencia de Irlanda por canales legítimos —como la nueva Conferencia Intergubernamental— sin socavar la soberanía británica.

La Cámara de los Comunes aprobó el acuerdo con 473 votos a favor y 47 en contra, demostrando que el apoyo británico era tan masivo como el rechazo de los unionistas de Irlanda del Norte. Thatcher y FitzGerald firmaron oficialmente el documento en el castillo de Hillsborough, en Irlanda del Norte, el 15 de noviembre de 1985. Durante los meses siguientes, en los condados del Ulster de mayoría protestante estallaron manifestaciones, que dedicaron su mayor odio a Thatcher.[74] Los unionistas norirlandeses del Parlamento británico renunciaron en grupo a sus escaños como señal de protesta. Mientras tanto, los simpatizantes de Dublín en Washington celebraron la concesión británica a la República de Irlanda de un papel consultivo formal en los asuntos norirlandeses. No en vano, Thatcher le confió más tarde a FitzGerald: «Tú te has quedado con la gloria, yo con los problemas».[75]

Si bien el acuerdo mejoró permanentemente las relaciones anglo-irlandesas, no consiguió frenar la violencia del IRA, que se intensificó a finales de la década de 1980 y siguió sin parar hasta principios de la de 1990. En sus memorias, Thatcher tildó su enfoque como «decepcionante». «Nuestras cesiones aislaron a los unionistas sin conseguir el nivel de cooperación en seguridad que cabría haber esperado —escribió en 1993, y concluía que—: en vista de esta experiencia, sin duda es el momento de buscar un enfoque alternativo».[76]

No se consiguió la paz en la región hasta el Acuerdo del Viernes Santo de 1998. Este pacto, sucesor del Acuerdo Anglo-Irlandés de Thatcher, era mucho más ambicioso, y aun así generó menos rencor entre los unionistas. Tres de los cuatro principales partidos unionistas lo apoyaron.[77] El acuerdo estableció una legislatura descentralizada y un ejecutivo con reparto de poderes en Irlanda del Norte, lo que garantizaba que tanto nacionalistas como unionistas estarían representados en el gobierno regional. Y, como su parte del acuerdo, la

República de Irlanda eliminó de la Constitución la reivindicación territorial de Irlanda del Norte.

El legado irlandés de Thatcher está lleno de ironías. Nunca desarrolló una visión propia sobre Irlanda del Norte y dejó que fuera Robert Armstrong, el secretario del gabinete, el que dirigiera las negociaciones. Aun así, el Acuerdo Anglo-Irlandés fue un gran logro diplomático, que no habría sido posible si ella no hubiera ocultado a los líderes unionistas la esencia de las negociaciones. Porque, si estos la hubieran conocido, es probable que los trabajadores protestantes hubieran hecho huelga y paralizado la provincia.[78]

Al final, la paz que ella buscaba se consiguió mediante el diálogo directo entre las facciones norirlandesas. Y fue el trabajo de Thatcher el que ayudó a establecer las condiciones necesarias para esas negociaciones. Por lo tanto, la decepción que manifestaría más adelante sobre la política que su Gobierno llevó a cabo al otro lado del mar de Irlanda parece injustificada. Su visión se aproximó a los límites de lo posible en una región profundamente dividida por cuestiones religiosas y marcada por un amargo legado de violencia. A pesar de los retos aparentemente insuperables, sentó las bases para una generación de relativa paz en Irlanda del Norte.

Verdades fundamentales: la «relación especial» y la Guerra Fría

En la época de Thatcher, las relaciones entre el Este y Occidente se debatían en buena medida en términos absolutos. Para los realistas, la Guerra Fría acabaría convenciendo a los líderes soviéticos de que sus intentos de dividir y vencer a la alianza de la OTAN eran fútiles. Los idealistas, por su parte, insistían en que el asunto era ideológico: el comunismo sería derrotado cuando se demostrara que su filosofía era

intelectualmente insolvente y políticamente inútil.

Thatcher tuvo una gran influencia en el resultado de la Guerra Fría porque sintetizaba las verdades rivales de realistas e idealistas. Insistió en la importancia fundamental de la defensa nacional, la disuasión nuclear independiente y la cohesión aliada, principios de los que nunca se desvió. Sin embargo, su pensamiento evolucionó y se convenció de que la mejor manera de preservar la paz y defender los valores occidentales era explorar la coexistencia con la Unión Soviética. Nunca le tentaron las perspectivas de apaciguamiento; hija de una generación que había aprendido las lecciones de Múnich, quiso combinar una defensa firme con negociaciones constructivas. Además, entendió la importancia de la diplomacia pública, que le valió una entusiasta acogida popular en sus visitas oficiales a países del Este como Hungría y Polonia.

La gestión de las relaciones entre el Este y Occidente —el principal reto de la política exterior en la época de Thatcher— requería un enfoque más abierto que el que se necesitaba para las Malvinas o Hong Kong, donde el objetivo de su liderazgo era sobre todo proteger los intereses británicos. En sus primeros días como líder conservadora, su premisa de gobierno fue que los soviéticos suponían una amenaza cada vez mayor para Occidente. A principios de 1976, tres años antes de convertirse en primera ministra, censuró a los soviéticos de una forma que llamó la atención. «Los rusos tienen la inclinación de dominar el planeta —insistió— y están haciéndose rápidamente con los medios para convertirse en la nación imperial más poderosa que ha visto el mundo». En lugar de intentar rebajar las tensiones, sostuvo, Moscú está mejorando sus capacidades militares, ampliando su influencia en el globo de una manera que «amenaza por completo nuestra forma de vida». Continuó advirtiendo de que el «avance [soviético] no es irreversible si

tomamos ahora las medidas necesarias».[79]

En esta impactante llamada a las armas, Thatcher expuso su manifiesto personal para la Guerra Fría e incluyó un agudo juicio sobre el liderazgo soviético:

> Los hombres del politburó soviético no tienen que preocuparse de las fluctuaciones de la opinión pública. Anteponen las armas a la comida, mientras que nosotros anteponemos todo a las armas. Saben que son una superpotencia en un único sentido: el sentido militar. Son un fracaso en términos económicos y humanos.[80]

Estrella Roja, el periódico del Ministerio de Defensa soviético, respondió llamando a Thatcher la «Dama de Hierro». El mote, que pretendía ser una comparación poco favorecedora con Bismarck, produjo el efecto opuesto; de hecho, en la historia de la propaganda hay pocos autogoles tan espectaculares y duraderos. Thatcher se tomó la pretendida ofensa como una insignia de honor, que se convirtió en su sobrenombre característico. Tres años antes de que fuera elegida primera ministra, la Unión Soviética, sin pretenderlo, había convertido a una desconocida líder de la oposición en una figura de importancia mundial.

La oposición de Thatcher a la Unión Soviética no solo derivaba del temor británico a una agresión de esta; estaba profundamente arraigada en un pronunciado rechazo al control estatal y la negación de la dignidad humana inherente al sistema comunista. En su juventud, le había afectado mucho la imposición del telón de acero. La creación de Estados satélites que orbitaban alrededor del sol soviético había reforzado su idea de que las relaciones entre el Este y Occidente constituían una lucha decisiva entre la tiranía y la libertad. La doctrina que en 1968 describió públicamente el líder del Partido Comunista soviético, Leonid Brézhnev, afirmaba el derecho de los

soviéticos a defender a los partidos comunistas de cualquier lugar —en especial los gobernantes totalitarios de Europa del Este— que estuvieran amenazados por su propio pueblo.[81] Como a Thatcher le gustaba recordar a sus audiencias, Brézhnev había descrito su postura con una honestidad brutal, al mantener que «el triunfo total del socialismo en todo el mundo es inevitable».[82] Thatcher nunca dudó en comparar esta desmesurada ambición con el historial de Occidente:

> Nosotros no pretendemos la dominación, o la hegemonía en ninguna parte del mundo [...]. Por supuesto, estamos dispuestos a luchar la batalla de las ideas con todo el vigor a nuestro alcance, pero no tratamos de imponer nuestro sistema a los demás.[83]

Thatcher entendió que solo con retórica no se pondría fin a la Guerra Fría, ni Occidente se mantendría unido. Las relaciones entre el Este y Occidente debían reconfigurarse. Y esa era una tarea impensable sin el apoyo y el liderazgo de Estados Unidos. Tal vez fuera esta la principal de las muchas razones de su compromiso con la revitalización de los vínculos transatlánticos, el centro de su política exterior.

En septiembre de 1975, poco después de convertirse en la líder del partido, Thatcher visitó Estados Unidos. En suelo estadounidense, destacó los ideales compartidos —en concreto, el ejercicio de la libertad individual— en los que basaba su visión de la relación entre los dos países. En un discurso en el Club Nacional de Prensa de Washington, trató de sacudir el pesimismo que amenazaba con paralizar al mundo libre animando a los presentes con un mensaje centrado tanto en la moralidad como en la eficacia:

> La verdadera razón por la que creo en el futuro de Reino Unido y de Estados Unidos es porque la libertad bajo la ley, la esencia de nuestras Constituciones, es algo que honra la dignidad humana y, al mismo

> tiempo, ofrece las oportunidades económicas que brindan una mayor prosperidad a nuestro pueblo; una prosperidad personal basada en la elección individual. En definitiva, funciona incomparablemente mejor que otros sistemas.[84]

El «otro» gran sistema al que se refería era, por supuesto, el comunismo. Su percepción de la Guerra Fría combinaba la conciencia de la primacía del poder estadounidense con una firme convicción de que Reino Unido había sido, durante más de cuarenta años, un contrapeso para el carácter ocasionalmente voluble de la política exterior estadounidense y de que aún podía desempeñar un papel internacional clave.

Desde hacía mucho tiempo, la postura internacional de Reino Unido se había caracterizado por un lúcido análisis de la naturaleza humana en bruto y una alta consideración de sus contribuciones a la historia.[85]

En la tradición política británica, el concepto de equilibrio de poder se consideraba un axioma. Los líderes británicos del siglo XIX y de principios del XX —la cima de la influencia británica— reconocieron la importancia de mantener alianzas con al menos una parte del continente europeo, así como con bases en otros lugares del mundo. No dudaron en intervenir cuando creyeron que era necesario para defender su concepción multipolar del orden internacional.[86] Esto, junto con la dominante fuerza naval británica, había generado en sus ciudadanos una perspectiva global, y en sus políticos, una ética del compromiso permanente con el extranjero.[87] Por el contrario, hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, la perspectiva estadounidense había considerado los logros en política exterior como «soluciones» prácticas pero inconexas con poco valor prescriptivo para el futuro. A partir de esta lógica, Estados Unidos desarrolló aversión a las responsabilidades permanentes, así como una actitud vacilante en sus

compromisos externos.

Cuando Thatcher asumió el poder, estaba decidida a reforzar el motivo original de esta alianza, cuyo mejor ejemplo había sido la solidaridad angloamericana durante la Segunda Guerra Mundial. Estaba dispuesta a apoyar los esfuerzos diplomáticos estadounidenses en la Guerra Fría, pero también insistió en que el Gobierno británico hiciera aportaciones a la dirección de la política estadounidense. Con ese objetivo apoyó la respuesta del presidente Carter ante la invasión soviética de Afganistán en 1979. Pero fue durante la presidencia de Reagan cuando se desarrolló y floreció una verdadera alianza.

La estrategia de Reagan con los soviéticos no podía ser más sencilla: «Nosotros ganamos, ellos pierden».[88] La visión de Thatcher era más matizada, pero admiraba la asertividad, la energía y el optimismo que aportaba Reagan a la lucha. Ante todo, compartía su compromiso con los valores democráticos. Ella le alentó todo lo que pudo, mientras que Reagan, por su parte, fue consciente del valor que tenían los consejos de una *outsider* fiable e ideológicamente compatible.

Las doctrinas comunistas continuaron dominando la política soviética. La invasión de Afganistán en diciembre de 1979 fue un recordatorio de su aventurerismo. Thatcher siguió centrándose en la importancia de una fuerte defensa nacional y en reforzar la cohesión de la OTAN. Apoyó, además, los intentos de Reagan de mejorar la credibilidad de la Alianza.

En 1982, Thatcher convenció a Reagan para que suministrara a Reino Unido, con unas condiciones económicas favorables, el nuevo misil balístico Trident II para submarinos. Tenía la esperanza de garantizar el futuro de la disuasión nuclear independiente de Reino Unido. La misma convicción le llevó a guiar la respuesta de la OTAN ante el despliegue soviético de misiles de alcance intermedio SS-20 que apuntaban hacia Europa, así como el posterior debate dentro de la Alianza sobre

si aceptar los misiles crucero y los Pershing estadounidenses como fuerza de oposición. El 14 de noviembre de 1983, los misiles crucero de alcance intermedio llegaron a Reino Unido; ese mismo mes las armas también se enviarían a Alemania Occidental. El apoyo de Thatcher a una fuerza de oposición efectiva ante el despliegue de misiles soviéticos había dado fruto.

Aunque el movimiento antinuclear había sufrido una derrota táctica, encontró un improbable simpatizante en Reagan. El presidente, que en una ocasión había descrito las armas nucleares como «totalmente irracionales, totalmente inhumanas [y] buenas para nada excepto para matar», sentía una inquebrantable repugnancia por ellas. Su mayor obligación como presidente, pensaba, era lograr un mundo sin armas nucleares. En marzo de 1983, para sorpresa de todos, Reagan anunció la Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI, por sus siglas en inglés), un plan para desarrollar un escudo defensivo con armas en el espacio capaz de interceptar y anular los misiles balísticos intercontinentales soviéticos (ICBM, por sus siglas en inglés). En palabras de Reagan, el SDI contribuiría a que el mundo «empiece a lograr el objetivo definitivo de eliminar la amenaza que suponen los misiles nucleares estratégicos». [89]

Thatcher albergaba dudas sobre si el sistema SDI era tecnológicamente factible y sobre si podría alcanzar el enorme potencial que Reagan esperaba de él. Temía que el plan de Reagan fuera más allá de lo razonable y dirigió sus esfuerzos a lo que consideró una tarea más práctica, la de asegurar la defensa de Europa. Además, temía que un sistema SDI imperfecto pudiera socavar la lógica de una disuasión nuclear independiente británica.

Entre el compromiso personal de Reagan y sus propias dudas, Thatcher optó, y no era la primera vez, por una ambigüedad constructiva. En público, hizo todo lo posible por alabar el SDI,

aunque siguió manteniendo su atención en el componente de investigación, que apoyó por principio. Consideraba que el despliegue real del SDI, un asunto mucho más controvertido, debía quedar relegado a un futuro lejano, que era una cuestión para las futuras negociaciones dentro de la Alianza y con la Unión Soviética.

En diciembre de 1984, en un diálogo sincero con Reagan en Camp David, Thatcher dejó claro cuáles eran sus preocupaciones. Aunque Reagan no tenía intención de renunciar a su idea fundamental, hizo una concesión crucial. En un comunicado de prensa emitido al final de su encuentro, Thatcher anunció la conformidad de Reagan con que «las pruebas y el despliegue del SDI tendrían que ser, en vista de las obligaciones del tratado, objeto de negociación».[90] El Pentágono se opuso con vehemencia a esta promesa, que iba más allá de cualquier cosa que la Administración hubiera pactado con anterioridad. Pero esta medida no solo proporcionaba cierta confianza a los preocupados miembros de la OTAN, también demostraba la duradera cercanía de la relación entre Estados Unidos y Reino Unido. Thatcher consideró, más que ningún otro líder europeo, que su tarea era servir de intérprete entre los aliados de ambos lados del Atlántico. Al mismo tiempo, siguió apoyando el aumento del gasto de defensa en su país.

La actitud de Thatcher hacia el SDI reflejaba la ambivalencia de los aliados europeos y, al mismo tiempo, las singulares circunstancias británicas. Todos los aliados de la OTAN confiaban en la garantía nuclear estadounidense, al mismo tiempo que temían una guerra nuclear que devastara sus territorios. Les inquietaba cualquier nuevo sistema armamentístico que pudiera limitar la disposición estadounidense a cumplir su promesa o que afectara a la ecuación nuclear. La principal preocupación de Thatcher

provenía de su compromiso con la protección de la disuasión nuclear independiente de Reino Unido. Las armas nucleares se habían desarrollado en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial con la cooperación de la comunidad científica británica. Por eso Reino Unido tenía cierto derecho moral a reclamar la ayuda estadounidense para desarrollar sus propias armas nucleares o para adquirir armas nucleares de Estados Unidos. En septiembre de 1944, Roosevelt y Churchill habían llegado a un pacto secreto en Hyde Park, Nueva York, para continuar la cooperación en materia nuclear después de la guerra. Tras un periodo agitado en la relación al principio de la posguerra, en 1958 los dos países cerraron el Acuerdo de Defensa Mutua entre Estados Unidos y Reino Unido, que sigue siendo una referencia para la cooperación entre Estados en materia de armas nucleares. Estados Unidos aceptó suministrar armas nucleares a la Royal Air Force hasta que la disuasión nuclear británica fuera lo bastante potente, cooperar con Reino Unido en tecnología nuclear submarina y permitir transferencias de uranio enriquecido y plutonio. El tratado sigue vigente.

El compromiso británico con el desempeño de un papel nuclear fue algo constante en los gabinetes de ambos partidos. Dio a Reino Unido la capacidad de resistir el chantaje nuclear, como ocurrió cuando la Unión Soviética insinuó una amenaza nuclear durante la crisis de Suez en 1956. También le proporcionó la capacidad de negociar competentemente en las discusiones sobre control de armas. En el lado estadounidense, esa actitud no siempre fue compartida debido a la preocupación del país por la proliferación nuclear. Sin embargo, una minoría de nosotros creía que una capacidad nuclear británica beneficiaba a largo plazo a los intereses estadounidenses, porque reforzaba a un socio del otro lado del Atlántico con el que tradicionalmente se habían compartido

objetivos. También dificultaba aún más que los soviéticos pudieran leer, o anticipar, la reacción de la OTAN ante una posible crisis.

Un problema en Granada

El deseo de Thatcher de mantener una relación anglo-estadounidense estrecha no invalidaba la defensa de los derechos británicos incluso frente a Reagan, pese a lo mucho que lo respetaba. Un ejemplo dramático de esto se produjo en octubre de 1983, tras la invasión estadounidense de la isla caribeña de Granada. Después de que una facción marxista radical se hiciera con el poder de la isla, que era miembro de la Commonwealth británica, la Administración Reagan trató de revertir el golpe de Estado mediante una intervención militar. Como los primeros tanteos sugirieron que los británicos se opondrían a esa decisión, la Casa Blanca decidió excluir a Thatcher de las deliberaciones. Se le contaron los planes estadounidenses apenas unas horas antes de que se llevaran a cabo.

Granada se había liberado de la condición de colonia británica después de elegir la independencia en febrero de 1974. Sin embargo, al permanecer dentro de la Commonwealth, la reina aún era la jefa de Estado y el Gobierno británico se seguía sintiendo responsable de su soberanía. Una objeción más ardiente era la humillación que sintió Thatcher al descubrir que su aliado más estrecho había actuado contra una nación de la Commonwealth sin consultarle. Peor aún, la invasión se produjo apenas unos días antes del despliegue de los misiles nucleares de alcance intermedio estadounidenses en Reino Unido. Si no se podía confiar en que Estados Unidos consultara a Reino Unido antes

de la invasión de una pequeña isla del Caribe, ¿cómo se le iba a confiar el uso de misiles en suelo británico?

Thatcher rechazó las atentas disculpas de Reagan e hizo público su desacuerdo: «Nosotros, en los países occidentales, las democracias occidentales, utilizamos nuestra fuerza para defender nuestra forma de vida [...] [no] para entrar en los países de otros pueblos», dijo en la BBC, sin andarse con rodeos cuando explicó que, «si anuncias una nueva ley según la cual allá donde reine el comunismo [...] entrará Estados Unidos, entonces vamos a tener guerras realmente terribles en todo el mundo».[91] Tras los comentarios de Thatcher, Robert «Bud» McFarlane, asesor de seguridad nacional de Estados Unidos, envió una nota al secretario del gabinete británico lamentando que la declaración hubiera sido «inusualmente dura» y subrayando «la profunda decepción» de la Administración por su postura.[92]

Mientras tanto, en Granada los acontecimientos avanzaban a buen ritmo. Cuatro días después de la invasión del 25 de octubre, los estadounidenses habían derrocado a la junta militar que gobernaba la isla; en diciembre, Estados Unidos ya se había retirado del territorio. La Constitución prerrevolucionaria había sido restablecida y se habían convocado elecciones democráticas.

Tras recordarle a la Administración estadounidense que no podía dar por hecho el apoyo británico, Thatcher decidió que el revés de Granada no se prolongara y se procedió al despliegue de misiles de rango intermedio en suelo británico.

Un cambio estratégico: el compromiso entre este y occidente

En diciembre de 1983, cuatro días antes de Navidad, Thatcher me invitó a cenar al 10 de Downing Street. Aunque no nos

detuvimos en lo ocurrido recientemente en el Caribe, la encontré desanimada por el estado de las relaciones entre el Este y Occidente. Moscú parecía «sin rumbo», dijo, y señaló que apenas podía acordarse de «una situación en la que hubiera habido al mismo tiempo tanta incertidumbre y tan poca comunicación».[93]

Aquel septiembre, los soviéticos habían derribado un avión comercial surcoreano (el vuelo 007 de Korean Air) que se había desviado y entrado involuntariamente en su espacio aéreo. La cruel respuesta de Moscú a la tragedia aumentó las tensiones y convenció a Occidente de que no se podía conseguir demasiado del diálogo con el secretario general soviético, Yuri Andropov, cuya salud se sabía que estaba deteriorándose. En noviembre, cuando los misiles estadounidenses de alcance intermedio empezaban a llegar a suelo europeo, los soviéticos abandonaron las negociaciones sobre el control de armas en Ginebra. El aislamiento soviético se había vuelto tan absoluto como su intransigencia.

Aquella noche, en respuesta a su desasosiego, le pregunté si tenía la intención de alentar un nuevo diálogo entre el Este y Occidente, y, si así era, cuál era la mejor manera de iniciarlo. Resultó que su cabeza ya se estaba moviendo en esa dirección.

Al final de la era Brézhnev, con la gerontocracia soviética más rígida que nunca, Thatcher había evitado conscientemente cualquier compromiso. Solo tras su segunda victoria electoral, en junio de 1983, empezó a replantearse formalmente las relaciones entre el Este y Occidente y a avanzar en ese sentido.

Durante el fin de semana del 8 de septiembre, Thatcher organizó un seminario con expertos en la Unión Soviética en Chequers, la casa de campo oficial del primer ministro. El propósito declarado de la reunión era ambicioso: «Considerar la estrategia del Gobierno en los asuntos internacionales con vistas a establecer objetivos claros para los próximos años».

[94] Al principio, el Ministerio de Asuntos Exteriores trató de que acudieran al retiro expertos de sus propias filas, pero Thatcher se negó. Como escribió en respuesta a la lista de asistentes propuesta: «Quiero [...] personas que hayan estudiado Rusia de verdad —la mente rusa— y que tengan la experiencia de haber vivido allí. Más de la mitad de la gente de esta lista sabe menos que yo».[95] Al final, se invitó a ocho especialistas soviéticos, siete de ellos profesores universitarios. Uno de los asistentes, Archie Brown, un profesor de Instituciones Soviéticas en Oxford, sugirió que Thatcher contactara con un líder prometedor que pertenecía a los rangos más jóvenes del liderazgo soviético, Mijaíl Gorbachov, a quien describió como «el miembro más preparado del politburó y probablemente el más abierto».[96]

Thatcher fue receptiva a esta propuesta. Las actas oficiales del seminario señalaron: «Se acordó que el objetivo sería establecer contactos poco a poco durante los próximos años».[97]

Cuando más tarde, en septiembre, Thatcher visitó a Reagan en Washington, le habló de sus reflexiones. Si bien no «debemos engañarnos sobre el verdadero carácter soviético —le dijo al presidente—, al mismo tiempo tenemos que vivir en el mismo planeta que los soviéticos. Por lo tanto, el asunto clave es cuáles serán nuestras relaciones futuras». Ella estaba a favor de establecer «relaciones normales». Reagan contestó que estaba de acuerdo.[98]

Al igual que Thatcher, Reagan había llegado al poder decidido a enfrentarse a los soviéticos. Pero, a diferencia de muchos de sus partidarios —y algunos de los miembros de su equipo— su aversión a las armas nucleares le predisponía a las negociaciones sobre el control de armas. En marzo de 1981, poco después de sobrevivir a un intento de asesinato, Reagan había escrito a Brézhnev desde el hospital sugiriéndole iniciar

un nuevo diálogo.

George Shultz, que fue nombrado secretario de Estado en julio de 1982, alentó ese contacto. El febrero siguiente, a instancias de Shultz y a pesar de la vehemente oposición de su asesor de seguridad nacional y el secretario de Defensa, Reagan aceptó reunirse con el embajador soviético Anatoli Dobrynin. «Algunos de los miembros del NSC [Consejo de Seguridad Nacional] son demasiado rígidos y no creen que deba hacerse ningún acercamiento a los soviéticos», escribió Reagan en su diario ese abril. «Creo que yo también soy rígido y nunca me dejaré apaciguar —continuaba Reagan—, pero quiero intentarlo y que vean que el mundo puede ser mejor si demuestran con sus actos que quieren llevarse bien con el mundo libre».[99]

Thatcher, que compartía por completo esta posición, trató de cultivarla dentro de la Administración Reagan. Una relación más constructiva con la Unión Soviética, sin embargo, requería un socio dispuesto en Moscú. Tras la muerte de Andropov en febrero de 1984, Konstantín Chernenko ascendió al liderazgo, pero el *apparátchik* de setenta y dos años, que tenía un enfisema y estaba enfermo del corazón, no le dio a Thatcher muchas esperanzas de una mejora inmediata en las relaciones.

La idea crucial de Thatcher consistía en dejar de lado a Chernenko y a su generación y, en su lugar, fijarse en los posibles sucesores. Por indicación suya, el Ministerio de Asuntos Exteriores británico elaboró una lista con tres jóvenes miembros del politburó: Grigori Romanov, Víktor Grishin y Mijaíl Gorbachov. Invitar a Gorbachov, de quien ya le habían hablado, era lo que tenía más sentido, dado su puesto de presidente del Comité de Relaciones Exteriores en la legislatura soviética.[100] Pero Chernenko todavía era el jefe de Estado y había que seguir el protocolo diplomático. Thatcher organizó que Gorbachov fuera invitado a Reino Unido como jefe de una

delegación parlamentaria soviética de visita, una apertura aparentemente inocua que le permitiría conocerle y tomarle la medida.

Gorbachov aceptó y llegó a Reino Unido, junto con su mujer, Raisa, en diciembre de 1984. Durante una comida en Chequers, Thatcher y él empezaron a discutir intensamente sobre los beneficios relativos del sistema capitalista frente al comunista. El registro de su conversación privada recuerda que Thatcher «no deseaba tener el poder de ordenar a todo el mundo dónde debía trabajar y qué debía recibir». Gorbachov respondió que él «entendía el sistema británico, pero el sistema soviético era superior».[101] La discusión continuó en esta línea, sin que ninguno de los participantes cediera. Al acercarse el final de la reunión, no había surgido ninguna iniciativa o acuerdo. A pesar del aparente *impasse*, sin embargo, esta comida resultaría una de las reuniones más trascendentales del mandato de Thatcher.

Como ella misma escribió más adelante, reconoció que, si bien las observaciones de Gorbachov repetían el conocido dogma marxista, «su personalidad no podría haber sido más diferente del rígido ventrilocuismo del *apparátchik* soviético medio». Ese mismo día, algo más tarde, Thatcher «entendió que era el estilo, mucho más que la retórica marxista, lo que expresaba la esencia de su personalidad».[102] Le pareció que Gorbachov era inherentemente más flexible que sus predecesores. Y, como siempre, no dudó en manifestar su opinión. «Soy prudentemente optimista», le dijo a la BBC al día siguiente, y añadió una frase que se volvería famosa: «Me gusta el señor Gorbachov. Creo que podemos trabajar juntos».[103]

Sin embargo, en la visita que hizo con Reagan a Camp David en diciembre, adoptó un tono más cauteloso. Sí, Gorbachov era encantador y estaba «abierto a hablar y debatir», según recoge el registro de la reunión de la Casa Blanca. Pero Thatcher también señaló que «cuanto más encantador es el adversario,

más peligroso».[104] Esta preocupación no restaba valor a su conclusión principal. Como más tarde dijo Reagan: «Me contó que creía que había una oportunidad para una gran apertura. Por supuesto, resultó que estaba en lo cierto».[105]

Cuando, tras la muerte de Chernenko, en marzo de 1985, Gorbachov se convirtió en secretario general, creció el apoyo a la evaluación positiva que había hecho Thatcher del nuevo líder soviético. También lo hizo la presión sobre Reagan para que participase en una primera cumbre con él. La línea más dura de su Administración se opuso enérgicamente. Esta insistió en que la presión implacable acabaría provocando el colapso del sistema soviético y que buena parte de la cohesión aliada podía perderse por ese diálogo. Shultz, por el contrario, reforzó el deseo instintivo de Reagan de reunirse con el nuevo líder soviético.

Mi opinión, como le conté a Thatcher, era que los esfuerzos de Reagan durante su primer mandato para reforzar a Estados Unidos y ganarse el respeto soviético le habían dado en el segundo una fuerte posición negociadora.[106] Al principio del verano, Reagan había tomado una decisión y anunció la preparación de una cumbre con Gorbachov en Ginebra ese noviembre. Fue un momento decisivo. En la mejor tradición de la «relación especial», Margaret Thatcher fue una socia fiable y una consejera, que aportó a la Administración estadounidense una opinión independiente y bien informada. Reagan basó gran parte de su estrategia negociadora en Ginebra en una carta de Thatcher, no solicitada e inusualmente detallada, fechada el 12 de septiembre de 1985. En ella, le aconsejaba cómo relacionarse con Gorbachov.[107] En ese momento, al mediar entre Reagan y Gorbachov, Thatcher se encontraba en la cumbre de su influencia internacional.

El entusiasmo de Thatcher por el diálogo con Gorbachov aumentó a finales de la década de 1980, cuando él se embarcó

en un amplio programa de reformas nacionales. Para la izquierda europea, el discurso de Gorbachov sobre las reformas y la apertura —*glasnost* y *perestroika*— bastó para debilitar la premisa thatcheriana de una amenaza soviética permanente. El movimiento antinuclear encontró nuevos motivos para defender el desarme total. Esas palabras eran un anatema para Thatcher, que nunca se cansó de reiterar a sus colegas europeos las virtudes de combinar la flexibilidad diplomática con la necesidad de una fuerte defensa y la conciencia de una amenaza soviética continua.

En este contexto, surgió una grave crisis en las relaciones trasatlánticas. En octubre de 1986, Reagan y Gorbachov se reunieron en Reikiavik, Islandia, donde decidieron apostar por la idea del presidente estadounidense de un mundo sin armas nucleares. Lo que se había presentado como un encuentro informal para preparar una cumbre de verdad en Washington acabó con una serie de intercambios de una magnitud rara vez coreografiada —y mucho menos improvisada— en la escena internacional.

Gorbachov había llegado a Reikiavik dispuesto a acordar enormes recortes en el arsenal nuclear soviético y con la esperanza de convencer a Reagan no solo de que hiciera lo mismo, sino de que abandonara la Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI). A puerta cerrada, los dos líderes discutieron los mayores recortes planteados nunca, en un *crescendo* que llevó a Reagan a sugerir que acordaran eliminar progresiva y totalmente las armas nucleares. «Podemos hacerlo —confirmó Gorbachov—. Podemos eliminarlas».[108] El diálogo llegó a un punto en el que se preparó un borrador de memorando para evaluar su efecto.

Las conversaciones acabaron fracasando por el asunto del SDI. Gorbachov insistió en que durante los siguientes diez años el SDI se limitara al laboratorio. Reagan, convencido de que el

SDI era una protección necesaria, incluso en un mundo sin armas nucleares, y que probarlo en el espacio exterior era fundamental, se negó. El presidente estadounidense acabó con el bloqueo abruptamente, abandonando la reunión y dando al traste con el acuerdo provisional de abolir todas las armas nucleares, que ya se había redactado.

Más o menos una década después, le pregunté a Anatoli Dobrynin, que era asesor de política exterior de Gorbachov durante el encuentro de Reikiavik, por qué los negociadores soviéticos no habían aceptado el punto principal: congelar y después reducir mutua y drásticamente el número de armas. El asunto de las pruebas en el espacio exterior podría haberse pospuesto para una reunión sucesiva, una conferencia técnica, por ejemplo, en Ginebra. «Porque no teníamos a nadie en la sala que supiera demasiado de estrategia nuclear —contestó— y porque nunca pensamos que Reagan fuera a irse de la habitación».[109]

Thatcher estaba muy preocupada. Al instar a Reagan a tratar con Gorbachov, no había pensado en la posibilidad de que ese compromiso pudiera cambiar por completo la política de defensa de Estados Unidos y Reino Unido. En una reunión que tuvimos dos meses después de Reikiavik, la encontré muy nerviosa por el curso de los acontecimientos. La cumbre había supuesto un «terremoto» que pondría en riesgo «todo el buen trabajo hecho por la Administración Reagan» para mejorar las relaciones entre Estados Unidos y sus aliados europeos, dijo. Al intentar socavar el duradero acuerdo de la OTAN sobre el papel de las armas nucleares, Reagan había estado muy cerca de deslegitimar uno de los pilares de la alianza transatlántica.

Thatcher creía que en ese momento su reto era contribuir a que el presidente adoptara una posición más segura. Me dijo que estaba «decidida a dejar a un lado Reikiavik».[110] Su idea inicial fue envolver ese mensaje en elogios afectuosos. El día

después de la cumbre, llamó a Reagan a la Casa Blanca y empezó la conversación diciéndole que lo había «hecho increíblemente bien en Reikiavik». La cumbre, en su opinión, «parecía una trampa soviética» y era fundamental «culpar a Gorbachov del bloqueo de las negociaciones». Cuando pasó a la ofensiva, advirtió a Reagan que defender la completa eliminación de las armas nucleares sería «equivalente a rendirse, por lo que debemos tener mucho mucho cuidado».

Su petición dejó indiferente a Reagan. Cuando Thatcher reiteró que le preocupaba que, si las armas nucleares se eliminaban, «los soviéticos —con su superioridad convencional — pudieran arrasar Europa», Reagan contestó que «estaba seguro de que podrían desarrollar una estrategia para derrotar a los soviéticos», dando a entender que creía que eso podía conseguirse con medios militares convencionales.[111]

Nada de esto era lo que Thatcher quería oír. Se dio cuenta de que, en un asunto como el de la eliminación de las armas nucleares, tan profundamente arraigado en la mente de Reagan, este nunca retrocedería, al menos no directamente. Así que cambió de táctica. Su nueva herramienta de persuasión fue una visita a Camp David organizada con anterioridad, que tendría lugar en noviembre de 1986, un mes después de Reikiavik. Aconsejada por su veterano asesor, Charles Powell, Thatcher decidió no pedirle a Reagan que renunciara a lo que ya se había comprometido en Reikiavik. En lugar de eso, su objetivo fue «elegir los puntos de Reikiavik que podíamos aceptar e insistir en que tuvieran prioridad», me dijo entonces. «Por lógica, todo lo demás debía dejarse de lado, aunque no se abandonara de manera explícita».[112]

Para gran alivio de Thatcher, Reagan se mostró receptivo. Los dos acordaron dar prioridad a un Tratado sobre Fuerzas Nucleares de Rango Intermedio (INF, por sus siglas en inglés) que, además, incluiría un recorte del 50 por ciento de las armas

ofensivas estratégicas y la prohibición de las armas químicas. No se mencionaron los elementos más radicales del paquete de Reikiavik, que ahora pasaban al ámbito de la consideración activa.

Este planteamiento tuvo costes. Al apoyar el Tratado INF, parecía que Thatcher daba su bendición al objetivo final de Reagan de eliminar las armas nucleares en Europa; algo que quedaba muy lejos del resultado que ella prefería. Sin embargo, cuando más tarde me explicó su decisión, dijo: «Para mantener la disuasión nuclear, para impedir que Estados Unidos negociara la retirada de sus armas nucleares estratégicas y garantizar que nosotros recibiríamos los [misiles] Trident, aceptamos el mal menor del Tratado INF».[113]

Thatcher sabía cuándo aferrarse a una idea muy arraigada y cuándo aceptar una nueva realidad y, según sus palabras, «poner buena cara».[114] El comunicado conjunto elaborado al final de su visita a Camp David también reafirmaba la dependencia de la OTAN de una disuasión nuclear efectiva y el apoyo continuado de Reagan al sistema Trident de Reino Unido. Respecto a la postura pública sobre la disuasión nuclear, este comunicado representó, de hecho, un regreso retórico a las normas previas a Reikiavik. Como le dije entonces a Thatcher, ella era «la única persona de fuera de Estados Unidos a la que el presidente escuchaba».[115] Era importante que ella siguiera aconsejándole, comprensivamente, aunque no siempre estuvieran de acuerdo.

Los argumentos de Thatcher también se beneficiaron del debilitamiento de la Administración tras el escándalo Irán-Contra, cuando se descubrió que varios funcionarios habían utilizado los ingresos de la venta no autorizada de armas estadounidenses a Irán para financiar la insurgencia de la Contra frente al régimen sandinista marxista-leninista en Nicaragua. Como amiga de Reagan y su firme defensora,

Thatcher entendió que debía ayudarle a seguir adelante. También le hizo un gran servicio a Occidente al reafirmar los fundamentos de la doctrina de defensa de la OTAN. Pero el episodio de Reikiavik, además de demostrar la cercanía de las relaciones anglo-americanas, también evidenció sus límites. En los asuntos donde el desequilibrio de fuerzas entre los aliados era un factor relevante —y las convicciones presidenciales especialmente firmes—, los lazos emocionales e históricos podían deshilacharse y Estados Unidos insistiría en perseguir sus preferencias de manera unilateral.

La defensa de la soberanía kuwaití: la crisis del golfo

Durante el liderazgo de Thatcher, la opinión británica no solo se escuchó en asuntos relacionados con la OTAN y con la Guerra Fría, sino con disputas en todo el planeta. Cuando el Irak de Sadam Husein invadió y ocupó su país vecino, Kuwait, en agosto de 1990, no era algo obvio que Reino Unido fuera a desempeñar un papel especial. Las capacidades operacionales británicas se habían reducido mucho desde que un suceso parecido tuvo lugar en 1961. Entonces, Abd al Karim Qasim, un brigada del ejército que había ascendido al poder tras derrocar a la monarquía iraquí, amenazó la integridad territorial de Kuwait, que se había independizado hacía poco. En ese momento, Reino Unido desplegó soldados y barcos para contener a Qasim, cumpliendo su palabra de garantizar la defensa de su antigua colonia.

Para Thatcher, Sadam Husein era un despiadado dictador como el general Galtieri; al igual que con el líder argentino, apaciguar a Husein solo serviría para envalentonarlo. Si no se respondía a la agresión, la integridad del sistema internacional se vería debilitada. Veía con desaprobación los episodios

históricos en los que Reino Unido había decidido calmar a los agresores. Al reflexionar sobre el acuerdo de Múnich de 1938, que contribuyó a desencadenar la Segunda Guerra Mundial, comentó: «El peor escenario para la política exterior británica es cuando entrega territorios ajenos, como los Sudetes o Checoslovaquia».[116] Desde el principio del conflicto en Kuwait —al igual que con las Malvinas— Thatcher decidió que el único camino honorable era restaurar el *statu quo* anterior. La claridad moral que aportó acabó teniendo un efecto importante en la toma de decisiones de la Administración estadounidense durante la crisis.

La primera reacción del presidente George H. W. Bush ante la crisis fue de cautela. Al hablar con la prensa desde la Casa Blanca la mañana del 2 de agosto, Bush se mostró prudente y declaró que «no contemplaba» desplegar tropas en la región. Pero luego dijo que «no comentaría ninguna opción militar, aunque ya se hubiera acordado».[117] Justo después de las declaraciones de Bush, el Consejo de Seguridad Nacional se reunió para discutir el asunto. Sus miembros se inclinaron por aceptar la invasión como un hecho consumado.[118]

Por casualidad, mucho antes de que estallara esta crisis, Thatcher había aceptado una invitación para aparecer junto al presidente Bush en una conferencia en Aspen, Colorado, la tarde del 2 de agosto. El tiempo que pasaron juntos en Aspen resultaría realmente trascendental, tanto para Oriente Próximo como para la relación entre Estados Unidos y Reino Unido y los principios del orden mundial. La relación de Thatcher con Bush no era tan cercana como la que había tenido con Reagan, pero Bush entendía su valor. Charles Powell, que acompañó a Thatcher a Aspen, señaló que los dos líderes estaban «muy de acuerdo» sobre Kuwait, aunque Thatcher insistía más que Bush en la urgencia de ordenar una respuesta militar.[119]

Aquella tarde, en la conferencia de prensa conjunta con

Thatcher, Bush habló primero. Con el ceño fruncido, la voz templada y las manos metidas en los bolsillos del traje, el presidente estadounidense desprendía cautela. Contó que había hablado por teléfono con los líderes de Oriente Próximo, expresó su «preocupación» por la agresión iraquí y exigió una «solución pacífica».[120] Tras dar las gracias a Bush por acogerla en Colorado, Thatcher no perdió el tiempo y pasó a la «cuestión principal», como había hecho en su primer discurso ante el Parlamento treinta años antes:

> Irak ha violado y controla el territorio de un país que es miembro pleno de las Naciones Unidas. Es totalmente inaceptable. Y, si se permite que esto perdure, muchos otros pequeños países nunca podrán sentirse seguros.[121]

Pese a que Thatcher eligió estas palabras con tacto, lo que causó una impresión inmediata no fue tanto lo que dijo sino la manera en que lo dijo. Habló en ráfagas cortas, con énfasis y total convicción. Estaba, simplemente, en su elemento como líder.

Cuando, el 5 de agosto, Bush volvió a la Casa Blanca, su postura se había endurecido de forma significativa. «Considero seriamente nuestra decisión para revertir esta agresión —dijo, y añadió—: Esto no durará».[122] Una semana después, mientras hablaba con Charles Powell, atribuí buena parte del cambio en el tono del presidente a la presencia de Thatcher. «El equipo de la Casa Blanca fue a Aspen pensando que no se podía hacer demasiado, pero volvió dispuesto y decidido».[123]

Visto *a posteriori*, creo que Bush ya había evolucionado hacia una postura más dura antes de llegar a Aspen, pero sus conversaciones allí con Thatcher reforzaron sus instintos. Ese mismo mes, ella ofreció a Bush un impulso similar tras la aprobación de una resolución de la ONU que permitía el uso de

la fuerza para interceptar a los petroleros que trataran de infringir las sanciones contra Irak. «No es momento de vacilar», le insistió. El tono firme que Thatcher contribuyó a establecer durante los primeros días del conflicto fue un factor importante en la liberación final de Kuwait.

Si bien Thatcher fue rápida a la hora de defender la soberanía kuwaití, era reacia a concederle a la ONU un papel principal en la liberación del país. Aceptó la Resolución 660 del Consejo de Seguridad de la ONU, aprobada el día después de que Kuwait fuera invadida, que condenaba la agresión iraquí y exigía una retirada inmediata; sin embargo, veía la posibilidad de una mayor participación de la ONU con un mucho escepticismo. Cuando quedó claro que la retirada iraquí no se conseguiría solo mediante la diplomacia, se resistió a buscar una resolución adicional del Consejo de Seguridad que autorizara el uso de la fuerza. Si cualquier acción militar requería un mandato del Consejo de Seguridad, afirmó, se sentaría un precedente que socavaría el derecho a la defensa inherente del principio de soberanía nacional.

Como cuestión práctica, también quería mantener la máxima libertad de acción posible sobre la manera de liberar Kuwait. En ese punto, contó al principio con el apoyo del presidente Bush: «Ella no quiere volver a la ONU por el uso de la fuerza; yo tampoco», escribió Bush en su diario a principios de septiembre.[124]

Al final, sin embargo, sus intenciones fueron víctimas de la situación interna en Estados Unidos. Bush entendió la resistencia del Congreso y de la sociedad a llevar a cabo acciones militares sin el apoyo de la ONU. En Reino Unido, Thatcher no se enfrentaba a limitaciones equivalentes y así, en privado, se opuso enérgicamente a una resolución adicional de la ONU. Pero las necesidades internas de Estados Unidos prevalecieron. A principios de noviembre de 1990, se dio por

vencida. Por razones que no tenían nada que ver, sin embargo, se vería obligada a dejar su cargo apenas unas semanas después.

Los límites del liderazgo: Alemania y el futuro de Europa

Los grandes estadistas operan en el límite exterior de lo que se suele considerar posible; en vez de repetir como un loro la ortodoxia que define su tiempo, investigan sus fronteras. Durante toda su carrera, Thatcher desafió los dictados del pensamiento convencional, demostrando un liderazgo que cambió los términos del debate.

En ocasiones, sin embargo, la confianza que tenía en su capacidad para lograr lo aparentemente imposible estuvo fuera de lugar. Tras la caída del Muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989, Thatcher se salió de la prudencia y la flexibilidad que normalmente le funcionaban. En lugar de encaminar a Occidente hacia una política de unificación alemana y anclar una Alemania unida a la OTAN, estuvo cada vez más en desacuerdo con sus colegas atlánticos.

Para Thatcher, la caída del Muro de Berlín era claramente un motivo de celebración. Asimismo, el colapso posterior de los regímenes comunistas en toda Europa del Este representaba la culminación del desmantelamiento de la órbita de satélites soviéticos, algo en lo que había trabajado durante todo su mandato. Pero le preocupaba mucho el corolario lógico de la desaparición del telón de acero: es decir, que la Alemania Oriental y la Occidental, divididas artificialmente tras la Segunda Guerra Mundial, se unificaran.

La inquietud de Thatcher sobre la reunificación alemana tenía una base legítima. En 1871, la última vez que una Alemania recién unificada había entrado en el sistema

internacional, Benjamin Disraeli lo calificó como «el mayor acontecimiento político» desde la Revolución francesa.[125] Una serie de crisis que surgieron tras la retirada de Bismarck en 1890, que culminaron en el estallido de la Primera Guerra Mundial en agosto de 1914, demostraría la clarividencia del estadista británico. Una Alemania unida volvería a alterar, inevitablemente, el equilibrio de poder en Europa. Y Thatcher no era la única que creía que las implicaciones de ese cambio requerían una consideración atenta.

Thatcher había quedado marcada por su experiencia, cuando era una niña, de la Segunda Guerra Mundial, y dudaba de que la conducta asertiva y expansionista de Alemania se hubiera acabado con la derrota de Hitler. Desconfiaba de lo que percibía como un inmutable carácter nacional alemán. En sus momentos pesimistas, temía que no se hubieran exorcizado todos los demonios del pasado de Alemania. «Para entender a un hombre —se dice que afirmó Napoleón en una ocasión— tienes que entender cómo era el mundo cuando tenía veinte años». Thatcher cumplió los veinte en 1945.

No tenía reparos en manifestar su escepticismo. En una cena a la que ambos asistimos en Toronto, en el marco de la cumbre del G-7 de 1988,[126] cité a Bismarck en un brindis por ella, sugiriendo que lo mejor que podía hacer un estadista era tocar el borde del manto de Dios y caminar con Él unos pasos. Thatcher, que apenas había estado escuchando, preguntó qué manto había propuesto que cogiera. Cuando el anfitrión le explicó que yo había citado a Bismarck, ella contestó: «¿Bismark?, ¿el alemán?». A la respuesta afirmativa del anfitrión, contestó: «Hora de irse a casa».

A medida que aumentaba el impulso para llevar a cabo una rápida unificación, Thatcher siguió oponiéndose con determinación. Mientras otros líderes dudaban si hacer públicas sus dudas, ella asumió la actitud contraria. En vez de

pensar en la unificación, sostenía que la atención debía centrarse en establecer una verdadera democracia en Alemania Oriental, e insistía que dos Estados alemanes democráticos podían seguir existiendo indefinidamente uno al lado del otro. Y, para subrayar su preocupación por que una Alemania unida volviera una vez más a pretender dominar Europa, añadió otro argumento: la unificación alemana podría desbaratar el experimento histórico de reformas de Mijaíl Gorbachov, algo que envalentonaría a las facciones más extremistas de Moscú para expulsarlo del poder.

Estos argumentos encontraron poco apoyo incluso entre los aliados de Thatcher. La Administración Bush consideraba que la reunificación era la consecuencia natural de la victoria occidental en la Guerra Fría. Días antes de la caída del Muro de Berlín, Bush no dejó ninguna duda sobre su posición: «No comparto la preocupación que tienen algunos países europeos por una Alemania reunificada —dijo a *The New York Times*— porque creo que el compromiso de Alemania y su reconocimiento de la importancia de la alianza es inquebrantable».[127]

Los líderes europeos como el presidente francés François Mitterrand, quien al principio había compartido sus dudas, empezaron a aceptar la reunificación con sigilo, al mismo tiempo que intentaban definir las condiciones en las que tendría lugar. Cuando me reuní con Thatcher en Londres el 10 de enero, le pedí que hiciera lo mismo. Fue imposible convencerla. El registro de nuestra conversación ilustra su postura inflexible: «La primera ministra dice que en las relaciones internacionales uno nunca puede considerar nada inevitable. Su punto de partida era establecer lo mejor para los intereses británicos y después intentar que sucediera».[128]

Estos sentimientos eran loables, pero en enero de 1990 no servían de sustituto a una política fuertemente vinculada a la

inminente realidad de Europa. Su liderazgo, que tantas veces había estado marcado por la agilidad creativa y un firme entendimiento de la realidad, ahora daba muestras de rigidez. Sin el impulso pragmático que le había funcionado tan bien en crisis anteriores, Thatcher se quedó con una política que no era mucho más que una oposición ineficaz. Su propuesta de dejar algunas fuerzas soviéticas para estabilizar Alemania Oriental después de la reunificación era inviable.[129] Los alemanes, con el respaldo de Estados Unidos y la aquiescencia francesa, siguieron adelante. Thatcher quedó marginada y debilitada.

La unificación alemana se entrelazó aún más con el proyecto más amplio de la integración europea. En el continente, la idea predominante era que una Alemania unida se controlaría mejor si estaba vinculada estrechamente a la Comunidad Europea. El canciller Helmut Kohl apoyó esta idea y estuvo dispuesto a aportar los sacrificios alemanes a la empresa; su ministro de Asuntos Exteriores, Hans-Dietrich Genscher, recordó el llamamiento del novelista Thomas Mann a «no crear una Europa alemana, sino una Alemania europea».[130]

Thatcher no estaba de acuerdo con esa estrategia. La numerosa población y el potencial económico de Alemania le garantizarían un peso sustancial, si no dominante, en cualquier estructura europea integrada. Creía que el poder alemán *de facto* no podría ser neutralizado por medios legales o institucionales. Y estaba convencida de que la integración de Alemania en Europa afianzaría el poder alemán en lugar de contenerlo. Al final, se demostró que tenía parte de razón, porque el progreso económico alemán le ha permitido tener una influencia dentro de la Unión Europea mayor que la de cualquier otro Estado miembro. Pero, en la cuestión fundamental del carácter y las políticas alemanas, estaba equivocaba. Adenauer transformó Alemania y su legado, y el país ha seguido siendo un miembro integral de la alianza

occidental desde la unificación en octubre de 1990.

Europa, los problemas sin fin

Era la agenda de la integración europea en su totalidad, y no solo la reunificación alemana, lo que no se correspondía con la visión del mundo de Thatcher. Como defensora de la soberanía parlamentaria, consideraba que la transferencia de poderes de las naciones-Estado a las instituciones supranacionales europeas, ocupadas por burócratas no electos, suponía una derogación de los derechos democráticos y soberanos.

La estrategia de Thatcher había sido la de promover la liberalización económica en Europa sin avanzar en la integración política. Intentar mantener este equilibrio se convertiría en su principal dilema en política exterior. En 1984, tras años de meticulosas negociaciones, había conseguido una importante victoria política en Bruselas, que concedía a Reino Unido un «reembolso» anual que reducía dos tercios la contribución de Reino Unido al presupuesto europeo. En 1986 había aceptado el Acta Única Europea para construir un mercado único (de hecho, la habían redactado principalmente los británicos). No fue capaz de prever, sin embargo, que el Acta se utilizaría para llevar la «votación por mayoría cualificada» a los consejos europeos, lo que aceleraba la pérdida de poder de las capitales europeas. Como reconocería más adelante en sus memorias:

> Ahora es posible ver el periodo de mi segundo mandato como primera ministra como aquel en el que la Comunidad Europea, sutil pero decididamente, cambió de dirección y pasó de ser una comunidad de libre comercio, pocas regulaciones y naciones-Estado soberanas que cooperaban libremente a un sistema estatista y

centralista.[131]

Se había creado el escenario para un conflicto —tanto entre Londres y Bruselas como dentro del Partido Conservador— que duraría más de una generación.

Cómo gestionar la relación de Reino Unido con Europa siempre es una cuestión eterna y, para el líder del Partido Conservador, además, peligrosa. Desde Margaret Thatcher en noviembre de 1990 a Theresa May en julio de 2019, cuatro primeros ministros conservadores encallaron en los bajíos de la relación con Europa.[132]

La primera señal de la dificultad de Thatcher para controlar la división de su partido en torno a Europa llegó con la dimisión del ministro de Defensa, Michael Heseltine, en enero de 1986. La disputa era, en teoría, sobre Westland, la única empresa británica que seguía fabricando helicópteros, pero en realidad era sobre las ambiciones de Heseltine de sustituir a Thatcher como primera ministra. La empresa estadounidense Sikorsky había manifestado su interés de convertirse en accionista minoritario de Westland, con la esperanza de transformar la empresa británica, que era poco rentable, inyectándole capital. Era una opción que apelaba a las convicciones de libre mercado de Thatcher, así como a las atlantistas.

Pero Heseltine abogaba por una solución estatista y europea. Según su plan, la empresa británica con dificultades se uniría a un consorcio de empresas de defensa británicas, francesas, alemanas e italianas. A aquello le siguió una pelea en la que Downing Street trató de desacreditar a Heseltine, lo que desató un breve periodo de agitación que amenazó el control de Thatcher sobre el Partido Conservador. Al final, Heseltine dimitió y Sikorsky rescató a Westland.

Heseltine, que era carismático, rico y muy ambicioso, se

posicionó como el sucesor proeuropeo de Thatcher. La brasa de su insurgencia, carente de sutileza, ardería discretamente en la segunda fila durante años antes de generar un incendio en noviembre de 1990.

Para entonces, se había acumulado mucha yesca. Los gigantes políticos conservadores vacilaban sobre su postura respecto a Europa. Reino Unido se había unido en 1973, con Heath, a la Comunidad Económica Europea (CEE). Pero en 1979 el país rechazó formar parte del inminente Mecanismo de Tipos de Cambio (MTC), un vago precursor del euro que exigía a los países participantes que mantuvieran sus tipos de cambio dentro de un cierto rango del valor de la Unidad Monetaria Europea (ECU). Este, a su vez, se determinó en función del peso de las monedas de los países miembros de acuerdo con el tamaño de sus economías.

Las encarnizadas peleas por la CEE, el MTC y el ECU habían dividido al gabinete británico y debilitado de manera constante el liderazgo de Thatcher. Ella rechazó la posibilidad de que Reino Unido se uniera al MTC en 1985, pero a principios de 1987 el canciller del Exchequer, Nigel Lawson, encontró una solución alternativa: sin la aprobación de Thatcher, se había asegurado de que la libra esterlina «siguiera como una sombra» al marco alemán a un tipo determinado. Pero en noviembre de 1987 Thatcher se enteró de este acuerdo tácito y lo canceló a principios de 1988.[133]

En este contexto de planes cada vez más ambiciosos para la integración europea, así como de una división irreparable en el Partido Conservador, Thatcher aceptó una invitación para dar un discurso sobre el futuro del continente en el Colegio de Europa en Brujas, Bélgica. Consciente de que su audiencia, compuesta de aspirantes a eurócratas, no era la natural para su mensaje euroescéptico, empezó su discurso con una broma. «Si ustedes creen algunas de las cosas que se han dicho y escrito

sobre mis ideas acerca de Europa —dijo con una amplia sonrisa — ¡esto sería como invitar a Gengis Kan a hablar sobre las virtudes de una coexistencia pacífica!».[134] Al igual que Gengis Kan, sin embargo, Thatcher había ido a conquistar. Esa broma sería toda su deferencia.

En lugar de presentar un elogio de la idea de Europa, Thatcher prescribió sus límites. En ese sentido, el «discurso de Brujas» puede entenderse como una declaración de independencia de sus críticos dentro del Gobierno. La Comunidad Europea, según Thatcher, debía seguir cinco «principios rectores»: basarse en «una cooperación voluntaria y activa entre Estados soberanos independientes»; «abordar los problemas actuales de una manera *práctica*»; «fomentar el emprendimiento»; «no ser proteccionista»; y «mantener una defensa fiable a través de la OTAN».[135]

Con «práctica», Thatcher se refería a optimizada, políticamente responsable, una burocracia europea promercado que regulara poco y se centrara en los problemas urgentes en lugar de en grandes planes. De acuerdo con esto, su visión de Europa se basaba en el mantenimiento de las distintas naciones-Estado:

> Tratar de suprimir la condición de nación y concentrar el poder en el centro resultaría muy perjudicial y pondría en peligro los objetivos que queremos lograr. Europa será más fuerte precisamente porque tiene a Francia como Francia, a España como España y a Reino Unido como Reino Unido, cada uno con sus costumbres, tradiciones e identidad. Sería estúpido intentar que encajaran en un retrato robot de personalidad europeo».[136]

Charles de Gaulle habría suscrito este pasaje palabra por palabra.

El origen del escepticismo de Thatcher con la centralización, tan importante en el discurso de Brujas, era su estudio de

Hayek antes de convertirse en primera ministra. Cuando habló en Brujas, ya tenía experiencia en la implementación de reformas en Reino Unido, por ejemplo, la privatización de la industria y la vivienda pública. Eran iniciativas que habían tenido éxito, en buena medida, porque devolvían el poder del Estado a la empresa privada. En su opinión, los promotores del proyecto europeo estaban ignorando las principales lecciones económicas de la época. En su discurso se refirió a ellos directamente al observar:

> De hecho, es irónico que justo cuando otros países que, como la Unión Soviética, han tratado de dirigir todo desde el centro están aprendiendo que el éxito depende de descentralizar el poder y las decisiones, hay quien dentro de la Comunidad parece querer moverse en la dirección contraria. Nosotros, en Reino Unido, no hemos reducido con éxito el tamaño del Estado para que ahora se nos imponga a nivel europeo un super-Estado europeo que ejerza un nuevo dominio desde Bruselas.[137]

Esta declaración estaba pensada para sorprender, y logró el efecto deseado. Representaba un rechazo directo al discurso que tres meses antes había pronunciado Jacques Delors, el presidente de la Comisión Europea. En él, el socialista francés había sugerido que, en diez años, las legislaturas nacionales delegarían hasta el 80 por ciento de la toma de decisiones económica en el Parlamento Europeo.[138] Thatcher no podría haberse enfadado más.

El discurso de Brujas también contenía una reflexión inteligente, aunque menos recordada, sobre el significado de la civilización europea y el lugar que ocupa Reino Unido en ella. Tocaba dos de sus grandes convicciones: su simpatía por quienes luchaban por la libertad en Europa oriental y su profunda admiración por Estados Unidos. La Comunidad Europea era «una manifestación de la identidad europea»,

observó, pero «no la única». Luego pasó del análisis imparcial a la exhortación apasionada, y continuó:

> No debemos olvidar nunca que, al este del telón de acero, a las personas que antaño disfrutaban plenamente de la cultura, la libertad y la identidad europeas se les han arrancado sus raíces. Siempre consideraremos a Varsovia, Praga y Budapest grandes ciudades europeas. Tampoco debemos olvidar que los valores europeos han contribuido a hacer de los Estados Unidos de América el valiente defensor de la libertad en que se ha convertido.[139]

Las palabras de Thatcher fueron proféticas. Varsovia, Praga, Budapest y Berlín Este pronto regresarían a Europa. Y la prosperidad del continente, entonces como ahora, ha dependido de la seguridad proporcionada por Estados Unidos, en sí mismo una gran extensión de la civilización europea.

Esta es la razón por la que el discurso de Thatcher en Brujas acabaría ocupando un lugar en el canon de la oratoria británico: no solo porque es fundamental en su propia biografía, sino por su presciencia y su clara articulación de las duraderas tensiones entre la identidad británica y la integración europea.

La caída

El efecto inmediato que tuvo el discurso de Brujas fue, sin embargo, alejar aún más a Thatcher de sus compañeros de gabinete. No se trataba de algo secundario. Señalaba un endurecimiento de las diferencias en política económica igual de preocupante que episodios similares sobre política exterior y de defensa. Como ya se ha explicado, el sistema británico eleva a los miembros del gabinete a los escalones más altos del partido, lo que significa que la autoridad fluye entre el primer

ministro y el gabinete en ambas direcciones. La buena disposición personal entre los dos, pues, es un elemento fundamental para que el Gobierno funcione de manera eficaz.

En junio de 1989, un domingo por la mañana, horas antes de que Thatcher hablara en la cumbre de la Comunidad Europea en Madrid, el canciller del Exchequer, Nigel Lawson, y el ministro de Asuntos Exteriores, Geoffrey Howe, la visitaron en el 10 Downing Street. Se produjo una situación extraña en el gobierno británico: dos de los ministros más poderosos del Gobierno de Thatcher amenazaron con dimitir si la primera ministra se negaba a proponer una fecha límite para unirse formalmente al MTC, lo que implicaba que ella renunciara a su política monetaria independiente para el país. Thatcher anotó atentamente sus exigencias y expresó su deseo de moderar su postura sobre el tema, pero se negó a dar en público una fecha límite.

Poco después de volver de Madrid, Thatcher degradó a Howe a líder de la Cámara de los Comunes, aunque suavizó el golpe nombrándole vice primer ministro, un puesto poco definido. Thatcher fue más misericordiosa con Lawson, a quien le permitió mantener el cargo. Pero Lawson dimitiría por la política de los tipos de cambio, así como por la negativa de Thatcher de despedir a su asesor económico principal, Alan Walters, cuyas opiniones públicas, según Lawson, estaban socavando su autoridad.

En octubre de 1990, sin embargo, John Major, el recién llegado canciller del Exchequer, obligó a Thatcher a consentir que Reino Unido se uniera el MTC. El 30 de octubre, en un discurso en la Cámara de los Comunes, Thatcher defendió este movimiento al mismo tiempo que rechazaba «total y absolutamente» la unión económica y monetaria, que consideraba «una manera encubierta de encaminarse hacia una Europa federal». Thatcher, furiosa con su gabinete y decidida a

anticipar nuevos desafíos a sus políticas, pareció encontrar inspiración en las palabras con las que Dios avisó a Job: «Hasta aquí llegarás, pero no más allá». Presentó a Jacques Delors como su némesis y recordó que «él quería que el Parlamento Europeo fuera un cuerpo democrático de la Comunidad, quería que la Comisión fuera el Ejecutivo y que el Consejo de Ministros fuera el Senado». Su respuesta fue muy clara: «¡No, no y no!».[140]

«¡No, no y no!», pronunciado en voz baja pero con énfasis, se convertiría en otra de las expresiones inmortales de Thatcher. Pero, antes, contribuyó a hacer caer a su Gobierno, que estaba perdiendo apoyo por la adopción de la impopular «tasa a la comunidad» (un impuesto conocido como «*poll tax*» aplicado por los gobiernos locales).

Dos días después, Geoffrey Howe dimitió de su puesto en el gabinete por «asuntos tanto de fondo como de forma», como explicaría el 13 de noviembre en su discurso ante la Cámara de los Comunes. La política de Thatcher respecto a la unión económica y monetaria, sostuvo en su discurso de dimisión, «aumentaba el riesgo de que tanto ella como los demás se extraviaran». El discurso de Howe fue una obra maestra, salpicada de cumplidos ambiguos. Tras aplaudir «el coraje y el liderazgo» de Thatcher ante una Cámara fascinada, después pasó directamente a señalar su postura, recordando la creencia de Harold Macmillan en que Reino Unido

> debía ubicarse y mantenerse dentro de la Comunidad Europea. Consideró esencial entonces, como lo es ahora, no distanciarnos de las realidades del poder; no retirarnos a un gueto de sentimentalismo sobre nuestro pasado, disminuyendo así nuestro control sobre nuestro destino en el futuro.[141]

Encendiéndose cada vez más, Howe describió la retórica de

Thatcher sobre Europa como «trágica» y «preocupante». Después adoptó un tono más de pena que de ira:

> La tragedia es —y es para mí personalmente, para mi partido, para todo nuestro pueblo y para mi muy honorable amiga, una verdadera tragedia— que la aparente actitud de la primera ministra hacia Europa esté suponiendo un riesgo cada vez mayor para el futuro de nuestra nación. Corremos el riesgo de que se minimice nuestra influencia y se maximicen nuestras posibilidades de quedarnos fuera una vez más. En el pasado, pagamos un alto precio por llegar tarde y malgastar oportunidades en Europa. No podemos permitir que vuelva a pasar. Si nos aislamos por completo, como partido o como nación, de Europa, las consecuencias serán incalculables y muy difíciles de corregir.[142]

La conclusión de Howe dejaba claro que no veía un futuro constructivo para la nación bajo el liderazgo de Thatcher. Al aludir a un «conflicto» entre la lealtad a su amiga la primera ministra y la lealtad «a lo que yo percibo como los verdaderos intereses de la nación», llegó a la conclusión de que no era posible seguir trabajando en el Gobierno. Afirmó haberse «peleado» mucho con esta decisión, instó a los demás compañeros de partido a «considerar sus propias respuestas» y seguir su ejemplo para hacer lo «correcto para mi partido y mi país».[143] Esta llamada para que «los demás» en el Partido Conservador reconsideraran su lealtad al Gobierno de Thatcher bendijo implícitamente su destitución. La mañana siguiente, Michael Heseltine presentó su desafío al liderazgo.

La crisis se produjo en un mal momento para Thatcher. Tenía que visitar Irlanda del Norte el 16 de noviembre y después viajar a París para una conferencia de la Comisión sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE, por sus siglas en inglés) que duraría tres días, del 19 al 21 de noviembre. Esos días serían los últimos de la campaña por el nuevo liderazgo del Partido Conservador. Pese al desafío, Thatcher decidió

cumplir sus compromisos y viajar.

Como alguien ajeno, observé esta sorprendente contienda por el liderazgo desde lejos y me sorprendió la decisión de Thatcher. Tal vez sobrepasando los límites que había establecido previamente —que siempre habían confinado mis opiniones a la política exterior— llamé a Charles Powell, que entonces ya era un amigo cercano, y le pregunté por qué Thatcher se ausentaba del campo en plena batalla. Era cierto que la conferencia representaba un momento muy prometedor tras la Guerra Fría: Bush y Gorbachov iban a reunirse con sus homólogos europeos y hablar sobre el futuro del continente. Pero sin duda habría sido más prudente que Thatcher se hubiera quedado en Reino Unido a defender su posición ante sus titubeantes partidarios.

Mi sugerencia no fue bien recibida. Thatcher creía que su deber estaba en la escena mundial. Cancelar la conferencia para solucionar una disputa dentro del Partido Conservador habría indicado, según ella, una peligrosa falta de confianza. Aunque impregnada de carácter, su decisión resultó desastrosa.

Thatcher dejó el control de su campaña a lo que solo puede describirse como una panda de incompetentes poco entregados. La tarde del 20 de noviembre, sus asistentes le informaron en la embajada británica en París de que el resultado de la primera vuelta había sido: «No tan bueno como cabría esperar y no lo bastante bueno».[144] Había ganado con doscientos cuatro votos a favor frente a los ciento cincuenta y dos de Heseltine, y dieciséis abstenciones. Según las oscuras reglas del Partido Conservador, sin embargo, había quedado por debajo de la supermayoría necesaria; si dos partidarios de Heseltine la hubieran apoyado a ella, habría ganado. Ahora sería necesaria una segunda vuelta. Thatcher, poniendo buena cara ante las cámaras, dijo a los periodistas que claro que se presentaría a la votación.

Los sucesos desfavorables que se sucedieron en las siguientes cuarenta y ocho horas tuvieron un aire de tragedia shakespeariana. Toda la buena voluntad que se había acumulado en su gabinete a lo largo de los años se agotaba. A la misma convicción, el mismo espíritu combativo y el encanto que antes le habían hecho ganar aliados, ahora se le sumaba una terquedad que le costó amigos y partidarios. Mientras Heseltine disfrutaba de la atención mediática, algunos de los leales a Thatcher empezaron a dudar y a desertar. El gabinete se planteó la posibilidad de lanzar un candidato para frenar a Heseltine, que podía ser John Major o el ministro de Exteriores Douglas Hurd.

Durante toda la noche y el día siguiente, Thatcher presenció cómo su suerte retrocedía. Se entrevistó con los miembros del gabinete uno a uno. Todos le dijeron que, aunque por supuesto personalmente la apoyaban, por desgracia no volvería a ganar otra votación. A medianoche del 21 de noviembre, tras darse cuenta de la realidad, Thatcher decidió dimitir. A las nueve de la mañana siguiente, anunció formalmente su decisión al gabinete. Como le dije entonces a Powell, sentí su dimisión como algo «peor que la muerte de un familiar».[145]

Para la mayoría de los analistas estadounidenses, la caída de Thatcher era desconcertante. La magnitud de sus logros a escala mundial y el importante apoyo que tenía en Estados Unidos hacían difícil entender por qué sus compañeros del Partido Conservador la habían echado. El presidente Bush se enteró de la noticia durante un viaje a Arabia Saudí, donde estaba visitando a las tropas de coalición que se estaban agrupando para expulsar a las fuerzas iraquíes de Kuwait, y se sintió afectado. El general Norman Schwarzkopf habló por muchos amigos de Reino Unido cuando le preguntó a su homólogo británico: «¿Qué clase de país tenéis, que se echa al primer ministro en medio de una guerra?».[146]

Igual de llamativo para los observadores fue la elegancia que Thatcher demostró en público a pesar del dolor que sentía. Por la mañana, había anunciado su intención de dimitir; esa misma tarde estaba obligaba a enfrentarse a un voto de no confianza en el Parlamento. Los laboristas habían convocado la votación para aprovechar el caos en las filas conservadoras. Lo que Thatcher dijo aquella tarde fue, en palabras del líder liberal demócrata Paddy Ashdown, una «representación perfecta». Hizo una entusiasta defensa de las políticas de su Gobierno —y, por extensión, de su propio liderazgo— y preguntó: «Cuando la retórica vacía [de los laboristas] se ha desvanecido, ¿cuáles son los verdaderos motivos para convocar esta moción ante la Cámara?». Su respuesta fue implacable:

> No puede ser una queja sobre la posición de Reino Unido en el mundo. Es merecidamente alta, en buena medida gracias a nuestra contribución para acabar con la Guerra Fría y propagar la democracia en Europa oriental y la Unión Soviética, logros que se celebraron en la reunión histórica en París de la que volví ayer.
>
> Tampoco puede ser por la economía del país. Estamos pagando nuestras deudas, incluidas las deudas contraídas por el Partido Laborista [...].
>
> Lo que en realidad hay que decidir [...] es la mejor manera de aprovechar los logros de la década de 1980, cómo llevar adelante las políticas conservadoras durante la de 1990 y cómo sumar a las tres victorias en las elecciones generales una cuarta, que sin duda conseguiremos.[147]

También en esto, Thatcher fue clarividente. John Major ganaría a Heseltine en la pugna por el liderazgo y conseguiría una cuarta victoria consecutiva para los conservadores en las elecciones generales de 1992.

La semana siguiente, Thatcher tuvo que responder por última vez a las preguntas del Parlamento. Cuando se repasa esta

sesión, lo que resulta más sorprendente son los halagos que recibe Thatcher de políticos que no eran del Partido Conservador. Por ejemplo, James Molyneaux, el político unionista norirlandés, aprovechó la oportunidad para reflexionar, con cierto arrepentimiento, sobre sus enfrentamientos previos sobre el Acuerdo Anglo-Irlandés:

> ¿Se acuerda la primera ministra de un importante debate que tuvo lugar en noviembre de 1985, cuando las relaciones entre nosotros eran un poco tensas? ¿Se acuerda de cómo me dirigí a ella con un «millones de nuestros conciudadanos británicos de toda la nación piensan que la primera ministra tiene que hacer una contribución decisiva al destino de la nación»? ¿Es consciente ahora la primera ministra de que la inmensa mayoría de esa gente desea que esa contribución continúe? [148]

Thatcher renunció a la oportunidad de ponerse de parte de un adversario y respondió con elegancia: «El honorable caballero es sin duda muy generoso».

Al día siguiente, el 28 de noviembre de 1990, Margaret y Denis Thatcher abandonaron el 10 de Downing Street. Su última declaración como primera ministra fue, en un gesto muy característico de ella, un agradecimiento al personal que trabajaba en la residencia.

Epílogo

El renacimiento que experimentó Reino Unido gracias a Thatcher fue un proyecto económico y espiritual. Cuando se convirtió en primera ministra, la decadencia nacional no solo se debía a una economía renqueante. El declive era una creencia colectiva, autorreafirmante y, en última instancia, debilitadora. Sus sellos distintivos eran una inflación alta, un

crecimiento bajo y los conflictos laborales que paralizaban el país. El centro político del Reino Unido de la década de 1970 no estaba funcionando.

Como líder de la oposición, Thatcher rechazó el agotado consenso y conjuró una visión optimista del futuro. Y luego, cuando se convirtió en primera ministra, llevó a su sociedad a un lugar en el que nunca antes había estado. Esto exigía coraje y carácter: coraje para alejarse de una manera tan radical de los lugares comunes de la época; carácter para mantener el rumbo de forma coherente mientras su dura medicina provocaba intensas quejas de los pacientes.

Thatcher demostró una y otra vez su calma y un compromiso inquebrantable con sus convicciones. También cuando las condiciones eran ambiguas, había grandes riesgos y el apoyo público parecía disminuir. Nunca se retractó de su estrategia, al comienzo de su mandato, de reducir la oferta de dinero para frenar la inflación. Llevó adelante una respuesta contundente ante la agresión en las Malvinas. Y aseguró el suministro de energía para Reino Unido durante la huelga de mineros, defendiendo sus políticas incluso cuando la opinión pública amenazaba con volverse contra ellas.

Por supuesto, la tenacidad por sí sola rara vez basta para tener éxito. Para mantener su estrategia de renovar Reino Unido, Thatcher tuvo que conseguir apoyos dentro del Partido Conservador, sobre todo para la reforma del país, que era inherentemente más polarizadora que la movilización contra un enemigo externo. Su retórica tuvo un efecto en sus seguidores que recuerda la descripción que hizo Isaiah Berlin de las palabras de Churchill para animar a la nación durante la Segunda Guerra Mundial:

> Tan hipnótica era la fuerza de sus palabras, tan poderosa su fe, que los envolvió en su hechizo con la intensidad de su elocuencia y les

pareció que expresaba en verdad lo que había en sus corazones y en sus mentes. Sin duda estaba ahí, pero dormida hasta que él la despertó en ellos.[149]

Del mismo modo, en la época de Thatcher el desánimo ante la disfunción de Reino Unido ya estaba en el aire, y su logro fue canalizarlo para la causa de la reforma del país. Su retórica movilizó el apoyo suficiente en su ala del Partido Conservador para sostener su ambiciosa agenda, con lo que el centro político quedaría realineado durante décadas. Mantuvo el equilibrio entre una fuerte presencia del Gobierno en la sociedad y la libertad individual en la economía. Tal vez no era un programa que la mayoría de los conservadores de la época habrían defendido, pero sin duda eran los ideales que el partido había seguido en otros momentos de su historia.[150] En el proceso, Thatcher creó nuevas coaliciones de votantes que tradicionalmente no habían votado a los conservadores, lo que le permitió ganar tres elecciones consecutivas y sentar las bases para la cuarta, poco después de su retirada. Había visto el futuro, e hizo que este sucediera.

Por supuesto, no le faltaron enemigos. A veces, incluso los conservadores acusaron a Thatcher de traicionar los principios básicos del partido. Era, por supuesto, una *outsider*: una mujer de formación científica, que provenía de la clase media y cuyo padre era tendero. Aun así, sus acciones, por muy disruptivas que fueran, hablaban de un compromiso total con el partido. En lugar de traicionar sus principios, ella trabajaba incondicionalmente para reconstruirlos.

Los ideales de Thatcher recordaban a los de los grandes líderes conservadores desde Disraeli: la preservación de Reino Unido, el compromiso internacional basado en principios democráticos y la gobernanza interna basada en la autonomía individual. Todo eso complementado con el reconocimiento del

consenso británico de posguerra sobre la necesidad de un servicio sanitario y un estado de bienestar estables.

En los asuntos internacionales, aunque al principio no consideró valiosas las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, cambió de idea cuando conoció a Mijaíl Gorbachov y consideró que era el momento de avanzar. Con la vista siempre puesta en el largo plazo, se implicó con Gorbachov en cuestiones relevantes y confió en que esa apertura al diálogo acabaría fortaleciendo la posición del Occidente democrático.

Thatcher tampoco vio ningún tipo de conflicto entre sus principios de libre mercado y la obligación de proteger el medioambiente. Fue una gran defensora del Protocolo de Montreal, uno de los pocos tratados internacionales que ha sido universalmente elogiado y muy eficaz. Thatcher merece su parte de mérito por la notable recuperación de la capa de ozono en las últimas décadas. Hacia el final de su mandato, se convirtió en una de las primeras líderes mundiales en alertar con insistencia sobre los peligros del cambio climático. En 1988, en un discurso en la Royal Society reconoció que, a pesar de todos los beneficios que pudiera haber tenido la revolución industrial, también era cierto que la humanidad había «empezado de manera inconsciente un inmenso experimento con su propio planeta».[151] Si bien solucionar este enorme problema, cada vez más importante, quedaría en manos de las generaciones más jóvenes, al menos Thatcher intentó marcar el camino.

La política exterior de Thatcher dejó el decisivo legado de la importancia de la asociación entre británicos y estadounidenses dentro de la Alianza Atlántica. La revitalización de la «relación especial» aseguró su influencia en la escena mundial. En la década de 1980, no había nada en los recursos naturales, el desempeño económico o las proezas militares de Reino Unido que justificara su condición de superpotencia. Sin embargo,

gracias a su contundente personalidad, su habilidoso apoyo cuando era necesario y su relación con el presidente Reagan, Thatcher actuó como si Reino Unido estuviera a la par que Estados Unidos. Y en la mayoría de los casos, la Administración Reagan actuó como si fuera así.

Algunos líderes se adaptan a su retirada de la política con cierta facilidad y elegancia. A veces su figura incluso crece y escriben un nuevo y convincente capítulo de su vida. La que pronto sería lady Thatcher no fue uno de esos líderes. Vivió por sus ideas y, una vez fuera del Gobierno, le costó encontrar algo tan significativo como los retos a los que se enfrentó durante sus años en el 10 de Downing Street.

Yo seguí llamándola cada vez que iba a Londres, incluso en los años en los que la enfermedad ya había nublado su mente. A pesar de su temible reputación, debida en gran parte a su actitud en los debates sobre principios, conmigo siempre fue la amabilidad personificada. Hasta nuestra última visita, la encontré indefectiblemente elegante, considerada y digna.

En esas últimas ocasiones, cuando me sentaba frente a una preciada amiga de más de tres décadas, veía a una líder que se había enfrentado a las pruebas de la vida con valentía y elegancia. Aunque se había convertido en una mera observadora política, para millones de sus conciudadanos e innumerables seguidores en el extranjero siempre sería una gran figura histórica: una reformista de la economía de importancia duradera, una primera ministra ennoblecida por su determinación y audacia cuando la soberanía británica estuvo amenazada, la Dama de Hierro del mundo occidental. Todos los que la trataron reconocían su dureza exterior; todos podían sentir la fuerza interna que la guiaba por las tribulaciones del liderazgo. En su presencia, pocos podían escapar de su calidez y encanto personal.

Para sus críticos, a veces la fortaleza de Thatcher ocultaba

sus cualidades humanas. Pero su excepcional dureza coexistió con un atributo pasado por alto, pero que es la esencia de su liderazgo: el amor por su país. La llegada al poder de Thatcher tuvo que ver, sin duda, con su convicción excepcionalmente fuerte y su impulso competitivo; la disciplina y el cálculo le ayudaron a mantenerlo. Pero solo el amor por su país y su pueblo pueden explicar cómo ostentó el poder y todo lo que consiguió con él. El hecho de que la reina Isabel II decidiera asistir a su funeral —un honor que hasta entonces no había concedido a ningún otro primer ministro excepto Winston Churchill— es una prueba de la influencia histórica de Thatcher. El último himno que se cantó en su funeral en la catedral de San Pablo, el 17 de abril de 2013, reflejaba su visión:

> *Juro por ti, patria mía, sobre todas las cosas terrenales,*
> *entero, completo y perfecto, el servicio de mi amor*:
> *el amor que no hace preguntas, el amor que soporta las pruebas,*
> *que deja sobre el altar a los mejores y más amados*.[152]

Conclusión

La evolución del liderazgo

De la aristocracia a la meritocracia

Estas páginas han trazado el efecto recíproco que tuvieron seis líderes en las circunstancias históricas, y el de las circunstancias históricas en el papel de cada uno. Konrad Adenauer, Charles de Gaulle, Richard Nixon, Anwar Sadat, Lee Kuan Yew y Margaret Thatcher: cada uno transformó su sociedad y todos contribuyeron al surgimiento de un nuevo orden mundial.

A los seis líderes les afectó profundamente el dramático medio siglo en el que Europa, que durante cuatrocientos años había dado forma al desarrollo de la historia mientras dominaba una parte cada vez mayor del globo, consumió gran parte de su propia esencia en dos guerras mundiales que fueron, en realidad, una guerra civil europea. Luego ayudaron a conformar el periodo posterior, en el que hubo que reorganizar las economías, redefinir las estructuras nacionales y reordenar las relaciones internacionales. Los seis se enfrentaron también a los retos de la Guerra Fría y a las disrupciones provocadas por la descolonización y la globalización. Todo eso sigue teniendo repercusión hoy en día.

El periodo en el que crecieron estos líderes fue transformativo en un sentido cultural: tanto las estructuras políticas como las sociales de Occidente estaban pasando irreversiblemente de un modelo de liderazgo hereditario y

aristocrático a uno de clase media y meritocrático. Cuando se hicieron adultos, lo que persistía de la aristocracia se combinaba con el incipiente paradigma del mérito, ampliando al mismo tiempo la base de la creatividad social y expandiendo su alcance.

En la actualidad, los principios y las instituciones meritocráticos son tan habituales que dominan nuestro lenguaje y nuestro pensamiento. Como sucede, por ejemplo, con la palabra «nepotismo», que implica que alguien favorece a sus parientes y amigos, sobre todo al designar cargos de responsabilidad. En el mundo premeritocrático, el nepotismo era omnipresente —de hecho, era lo habitual—, pero no se consideraba que su práctica implicase una ventaja injusta: al contrario, las relaciones de sangre eran una fuente de legitimidad.

Tal como la concibieron en un principio los filósofos de la Grecia antigua, la aristocracia significaba «el gobierno de los mejores». La justificación moral de este gobierno, categóricamente no hereditario, era que un aspecto de la vida humana que se daba por hecho —la desigualdad natural de los atributos— se aprovechaba para el bien público. El «mito de los metales» de Platón retrataba un orden político aristocrático basado en lo que ahora se llama «movilidad social». En su relato, los jóvenes (incluidas las chicas) con alma de «oro», aunque hubieran nacido de padres de «bronce» o «plata», podían ascender en función de sus talentos naturales.[1]

Sin embargo, como sistema social que configuró la historia de Europa a lo largo de los siglos, la aristocracia adquirió un significado totalmente distinto: una nobleza hereditaria que otorgaba a sus líderes poder y estatus. Los defectos de la aristocracia en su versión hereditaria —como el riesgo de caer en la corrupción o la ineficiencia— se siguen recordando hoy en día. Menos recordadas son sus virtudes.

En primer lugar, los aristócratas no pensaban que hubieran adquirido su estatus gracias al esfuerzo. La posición era inherente, no se ganaba. Así, aunque había vagos e incompetentes, el aspecto creativo de la aristocracia estaba ligado a la ética de la *noblesse oblige*, como en la frase «a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará». Como los aristócratas no lograban por sí mismos su posición social, los mejores se sentían obligados a dedicarse al servicio público o a mejorar la sociedad.

En el ámbito de las relaciones internacionales, los líderes de las diferentes naciones pertenecían a esta clase social y compartían una sensibilidad que trascendía las fronteras nacionales. De ahí que, en general, estuvieran de acuerdo en qué constituía un orden internacional legítimo. Esto no impedía los conflictos, pero contribuía a limitar su gravedad y a facilitar su resolución. Los conceptos de soberanía, equilibrio, igualdad jurídica de los Estados y equilibrio de poder —que fueron las señas de identidad del sistema de Westfalia— se desarrollaron en un mundo de prácticas aristocráticas.

La cruz de la política exterior aristocrática eran el exceso de confianza en la intuición y un orgullo que invitaba al estancamiento. Con todo, en las negociaciones en las que la posición se consideraba un derecho de nacimiento, se esperaba el respeto mutuo entre los competidores e incluso entre los adversarios (aunque no siempre estaba garantizado), y la flexibilidad no estaba inhibida por un compromiso previo con el éxito perpetuo, por muy a corto plazo que fuera la cuestión. Las políticas podían juzgarse en función de una concepción compartida del futuro, en lugar de la obligación de evitar incluso los reveses temporales.

Como resultado, en el mejor de los casos, una aristocracia podía mantener un sentido de la excelencia que era antitético a las tentaciones demagógicas que a veces aquejan a la

democracia popular. En la medida en que una aristocracia estuviera a la altura de sus valores de moderación y servicio público desinteresado, sus líderes tenderían a rechazar la arbitrariedad del mandato personal y gobernarían, por contra, a través del estatus y la persuasión moral.

Durante el siglo XIX y principios del XX, las asunciones en las que se basaba la aristocracia hereditaria fueron desapareciendo debido al declive de las creencias religiosas, los movimientos, desencadenados por la Revolución francesa, hacia una mayor igualdad política y los cambios de riqueza y estatus que supuso la floreciente economía de mercado. Entonces, repentina e inesperadamente, la Primera Guerra Mundial puso de manifiesto la incongruencia entre, por un lado, los decadentes valores políticos aristocráticos y, por el otro, las nuevas realidades tecnológicas. Si bien los primeros habían subrayado el imperativo de la moderación y la evolución pacífica, las segundas magnificaron la destructividad de la guerra. El sistema se vino abajo en 1914, cuando las crecientes pasiones nacionales dejaron de lado las salvaguardias previas, permitiendo que la tecnología proporcionara los medios para un nivel de conflicto en constante aumento, que durante más de cuatro años de guerra de desgaste socavó las instituciones existentes.

En *Cómo se fraguó la tormenta*, Winston Churchill señaló que la Primera Guerra Mundial había sido un conflicto «no de gobiernos, sino de pueblos», en el que la sangre y el alma de Europa se derramaron «con ira y matanzas».[2] Al final de la guerra, Churchill pudo escribir:

> Atrás quedaron los días de los tratados de Utrecht y Viena, cuando los estadistas y los diplomáticos aristocráticos, vencedores y vencidos por igual, se reunían en una disputa cortés y respetuosa y, en ausencia del estrépito y el griterío de la democracia, podían remodelar unos

sistemas en cuyos fundamentos todos estaban de acuerdo. Los pueblos, llevados por sus sufrimientos y las doctrinas masivas en las que se inspiraron, se alzaron, por decenas de millones, para exigir que la retribución se cobrara en su totalidad.[3]

Dado que los líderes europeos no habían sido capaces de impedir la inminente catástrofe, ni de contenerla una vez que había estallado, la Primera Guerra Mundial erosionó la confianza en la élite política y dejó tras de sí a unos líderes debilitados que en algunos países clave serían derrocados y sustituidos por gobernantes totalitarios. Al mismo tiempo, el acuerdo de paz de 1918 no fue lo bastante coherente con valores muy aceptados como para inducir a un compromiso con el nuevo orden, y resultó estratégicamente endeble, porque no debilitó lo suficiente a las partes derrotadas como para anular su capacidad de venganza. Esto tuvo muchas consecuencias; la más trascendental fue la Segunda Guerra Mundial.

En ambas guerras mundiales, la movilización general de los pueblos, el control de sus energías y la explotación de sus antipatías mutuas fueron la consecuencia más temprana y sombría del ascenso de la clase media. Pero, cuando hubo pasado la conmoción de la segunda guerra de los Treinta Años (1914-1945), esta transformación social resultó ser compatible con la estabilidad internacional y la alta política. Un mundo de Estados-nación seguros de sí mismos, en los que la clase media ejercía la mayor parte del poder político y cultural, logró producir líderes cuya política fue responsable y creativa.

Dos fuerzas sociales relacionadas, la meritocracia y la democratización, permitieron e institucionalizaron el ascenso de líderes de clase media. Uno de los gritos de guerra de la Revolución francesa fue «la carrera abierta al talento». A partir de mediados del siglo XIX, la adopción en Occidente de unos principios e instituciones meritocráticos —como exámenes de

acceso, escuelas secundarias y universidades selectivas, y políticas de contratación y promoción basadas en estándares profesionales— creó nuevas oportunidades para que los individuos con talento procedentes de la clase media entraran en política. Al mismo tiempo, la ampliación del derecho al voto también desplazó el centro de gravedad social y político hacia la clase media.

Ninguno de los seis líderes abordados en este volumen procedía de la clase alta. El padre de Konrad Adenauer había sido suboficial del ejército prusiano y luego empleado; su hijo ascendió por los niveles de educación estándar del Imperio alemán. Los dos abuelos de Charles de Gaulle habían estudiado y eran adinerados, pero su padre era maestro de escuela; el hijo fue el primero de la familia en servir en niveles altos del Gobierno. Richard Nixon fue el producto de una educación de clase media baja en el sur de California. Anwar Sadat, hijo de un empleado público, tuvo que conseguir una referencia que apoyara su solicitud de ingreso en la academia militar egipcia. Lee Kuan Yew, nacido de padres singapurenses chinos que habían descendido socialmente, recurrió a becas en Singapur y Reino Unido para proseguir su educación. Margaret Thatcher se graduó en una escuela que seleccionaba a sus alumnos y era hija de un tendero. Fue la segunda persona de clase media (después de Edward Heath) y la primera mujer que se convirtió en líder del Partido Conservador británico. Ninguno de ellos gozó de una situación de partida que hiciera pensar en su futuro renombre.

Sus orígenes humildes les permitieron desafiar las categorías políticas convencionales de *insider* y *outsider*. Tanto Sadat como De Gaulle eran oficiales militares que llegaron al poder debido a una crisis en sus países; Nixon y Adenauer eran políticos experimentados y conocidos que, aun así, pasaron años en el desierto político. De los seis, Thatcher y Lee llegaron al poder

de la forma más ortodoxa —a través de la política de partidos en un sistema parlamentario—, pero cuestionaron constantemente la ortodoxia imperante. Al igual que sus predecesores aristocráticos del siglo XIX, pero a diferencia de muchos de sus contemporáneos del siglo XX, lo que más les preocupaba no era la ventaja táctica a corto plazo. Sus orígenes y experiencias lejos del poder les concedieron perspectiva y les facilitaron articular el interés nacional y trascender la opinión generalizada de su época.

Las instituciones que les habían permitido aprovechar su talento desde muy jóvenes, cada vez más meritocráticas, habían surgido a la sombra de la aristocracia, y a menudo como consecuencia de la guerra. El Estado Mayor alemán y la burocracia eficiente y no nepotista de Alemania tenían sus antecedentes en las reformas prusianas adoptadas tras la conmoción de las derrotas en el campo de batalla durante las guerras napoleónicas. De Gaulle asistió a Saint-Cyr, la academia militar fundada por Napoleón en 1802 para desarrollar un cuerpo de oficiales profesional. Otra de estas *grande écoles*, el selectivo y elitista Institut d'Études Politiques («Sciences Po»), se fundó después de que la guerra franco-prusiana (1870-1871) evidenciara las deficiencias del liderazgo político y administrativo francés, deficiencias que se solventarían cultivando el talento de la siguiente generación.

La Revolución Industrial también influyó en el creciente énfasis en la educación, como sostiene el historiador económico David Landes: «Las viejas ventajas —los recursos, la riqueza, el poder— se devaluaron y la mente se impuso a la materia. A partir de entonces, el futuro estaba abierto a todos aquellos que tuvieran el carácter, las manos y el cerebro adecuados».[4] Al conceder el éxito cada vez más a la inteligencia y al esfuerzo, en lugar de al derecho de nacimiento, la educación se convirtió en el camino por excelencia para progresar.

Gracias a estos cambios, los seis líderes pudieron asistir a exigentes escuelas secundarias (la mayoría de ellas selectivas, y todas ellas de espíritu público, si no administradas directamente por el Gobierno). La competencia por las notas altas en los exámenes y las becas era un aspecto importante de la vida. A partir de la escuela secundaria, y en algunos casos hasta la universidad, se les enseñaba una amplia gama de asignaturas, sobre todo de humanidades, como si se les estuviera preparando para los desafíos del liderazgo, para los que son indispensables ser consciente de la historia y la capacidad de lidiar con la tragedia. Sobre todo, recibieron una educación que les ayudaría a entender el mundo, la psicología de los demás y a sí mismos.

La revolución meritocrática afectó a casi todos los aspectos de la vida y dio valor a los logros y a la aspiración de tener una carrera que trascendiera los orígenes familiares.[5] El ideal de excelencia, procedente de la era aristocrática previa, se conservó y, si acaso, se le dio un énfasis nuevo y más intenso, más individualista. Como observó Thatcher en 1975: «La oportunidad no significa nada a menos que incluya el derecho a ser desigual y la libertad de ser diferente».[6] Las universidades y las carreras se abrieron progresivamente (aunque todavía de forma imperfecta) a las mujeres, a las minorías étnicas y raciales y a quienes no procedían de la élite. Las sociedades se beneficiaron de la diversidad intelectual resultante y de la apertura a diferentes estilos de liderazgo.

Estos factores permitieron a los líderes descritos en este volumen combinar cualidades aristocráticas con ambiciones meritocráticas. La síntesis consagró el servicio público como una tarea digna, lo que fomentó las aspiraciones al liderazgo. Tanto el sistema escolar como el conjunto de la sociedad en la que crecieron daban especial importancia al rendimiento académico, pero ambos, por encima de todo, ponían mucho

énfasis en el carácter. En consecuencia, las prioridades en las que fueron educados los seis líderes iban más allá de sus títulos y calificaciones en los exámenes; esto, aunque importante, no se consideraba un fin en sí mismo. De ahí las recurrentes referencias de Lee al *junzi*, o caballero confuciano, y el esfuerzo de De Gaulle por convertirse en «un hombre de carácter». La educación no era una mera credencial que se obtenía en la juventud y se dejaba de lado: era un esfuerzo sin fin de dimensiones tanto intelectuales como morales.

Entre los valores propios de la clase media de los que los seis líderes se impregnaron desde la infancia estaban la disciplina personal, la superación personal, la caridad, el patriotismo y la confianza en sí mismos. En sus sociedades, la fe, que abarcaba la gratitud por el pasado y la confianza en el futuro, se daba por sentada. La igualdad ante la ley se estaba convirtiendo en una expectativa consolidada.

A diferencia de sus antepasados aristocráticos, estos líderes tenían un arraigado sentido de la identidad nacional, que inspiraba su convicción de que la ambición más elevada era servir a sus conciudadanos a través del liderazgo del Estado. No se consideraban «ciudadanos del mundo». Aunque Lee hubiera realizado sus estudios universitarios en Reino Unido y Nixon se enorgulleciera del alcance de sus viajes antes de ser presidente, ninguno adoptó una identidad cosmopolita. Para ellos, el privilegio de la ciudadanía implicaba la responsabilidad de ejemplificar las virtudes particulares de su nación. Servir a su pueblo y encarnar las mejores tradiciones de su sociedad era un gran honor. El historiador y crítico social Christopher Lasch describió bien los efectos positivos de este sistema de valores, tal como se manifestó en el contexto estadounidense:

> Cualesquiera que sean sus defectos, el nacionalismo de la clase media proporcionó una base común, unas normas comunes, un marco

de referencia común sin el que la sociedad se deshace en poco más que facciones enfrentadas, como bien entendieron los Padres Fundadores de Estados Unidos: una guerra de todos contra todos.[7]

Otro factor que tuvieron en común todos los líderes (excepto Lee) fue una devota educación religiosa: católica en el caso de Adenauer y De Gaulle, cuáquera en el de Nixon, musulmana suní en el de Sadat y metodista en el de Thatcher. A pesar de las diferencias entre estas fes, todas cumplieron de igual manera ciertos propósitos seculares: la práctica del autocontrol, la reflexión sobre las faltas y la orientación hacia el futuro.[8] Estas costumbres religiosas contribuyeron a inculcar el autodominio y la preferencia por la visión a largo plazo, dos atributos esenciales de la capacidad de gobierno que estos líderes ejemplificaron.

Verdades difíciles

¿Qué tenía en común el liderazgo meritocrático de estas seis figuras? ¿Qué lecciones se pueden aprender de sus experiencias?

Todos eran conocidos por su franqueza y a menudo decían verdades duras. No confiaron el destino de sus países a la retórica puesta a prueba por las encuestas y los grupos de discusión. «¿Quién creen que perdió la guerra?», preguntaba Adenauer con contundencia a los miembros del Parlamento que se quejaban de las condiciones impuestas por los aliados que habían ocupado Alemania tras la guerra. Nixon, que fue de los primeros en utilizar las modernas técnicas de marketing en la política, se sentía orgulloso cuando hablaba sin necesidad de notas, gracias a su dominio de los asuntos mundiales, y de forma directa y sincera. Sadat y De Gaulle, que mantenían

hábilmente la ambigüedad política, hablaban en cambio con una claridad y viveza excepcionales cuando querían encaminar a sus pueblos hacia sus objetivos finales. Lo mismo hacía Thatcher.

Todos estos líderes tuvieron una aguda percepción de la realidad y una visión poderosa. Los líderes mediocres son incapaces de distinguir lo significativo de lo ordinario; tienden a verse sobrepasados por el aspecto inexorable de la historia. Los grandes líderes intuyen los requisitos intemporales del arte de gobernar y distinguen, entre los muchos elementos de la realidad, aquellos que contribuyen a unas elevadas perspectivas de futuro y deben ser promovidos de otros que deben ser gestionados y, en caso extremo, quizá solo soportados. Así, tanto Sadat como Nixon heredaron de sus predecesores dolorosas guerras y trataron de superar las arraigadas rivalidades internacionales e iniciar una diplomacia creativa. Thatcher y Adenauer consideraron que una fuerte alianza con Estados Unidos sería lo más ventajoso para sus países; Lee y De Gaulle optaron por un grado menor de alineamiento, que era el adecuado para ajustarse a las circunstancias cambiantes.

Los seis podían ser audaces. Actuaron con decisión en asuntos de importancia fundamental para la nación, incluso cuando las condiciones —en su país o internacionales— sin duda parecían desfavorables. Thatcher envió una fuerza especial de la Royal Navy para recuperar las islas Malvinas, que habían sido invadidas por Argentina, incluso cuando muchos expertos dudaban de la viabilidad de la expedición y mientras Reino Unido seguía sumido en una crisis económica devastadora. Nixon inició una apertura diplomática hacia China y negociaciones sobre el control de armas con la Unión Soviética antes de que se hubiera completado la retirada de Vietnam y en contra de la opinión generalizada. La frase que solía repetir De Gaulle, como ha observado su biógrafo Julian

Jackson, era «siempre he actuado como si...», es decir, como si Francia fuera más grande, estuviera más unida y se sintiera más segura que en la realidad.[9]

Todos entendieron la importancia de la soledad.[10] Sadat mejoró sus hábitos de reflexión en la cárcel, al igual que hizo Adenauer durante su exilio interior en una abadía. Thatcher tomó algunas de sus decisiones más trascendentes mientras revisaba sus documentos a solas a primera hora de la mañana. La casa de De Gaulle en el remoto pueblo de Colombey-les-Deux-Églises se convirtió en una parte intrínseca de su vida. Nixon a menudo se alejaba físicamente de la Casa Blanca y se retiraba al edificio de oficinas ejecutivas Eisenhower, a Camp David o a San Clemente. Lejos de los focos y las cámaras y de la carga cotidiana de mando, estos líderes sacaban partido a la quietud y la reflexión, sobre todo antes de tomar decisiones importantes.

Algo que sorprendentemente tuvieron en común los seis líderes —y es una paradoja— fue su carácter divisivo. Quisieron que sus pueblos siguieran el camino que ellos lideraban, pero no se esforzaron por lograr el consenso ni lo esperaron. La controversia era la consecuencia inevitable de las transformaciones que pretendían. Hay un ejemplo de la presidencia de De Gaulle que es ilustrativo. En enero de 1960, durante los disturbios en Argelia conocidos como la «semana de las barricadas», yo me encontraba en París reunido con altos cargos de la defensa francesa. Al referirse a cómo estaba gestionando De Gaulle la situación, un oficial me dijo: «Siempre que aparece, divide al país». Pero al final fue De Gaulle quien superó la crisis de Argelia y devolvió a su país una visión compartida de propósito nacional, al igual que había sacado a la nación francesa de la humillación que había supuesto la capitulación en la Segunda Guerra Mundial.

Del mismo modo, un líder no puede emprender reformas

económicas fundamentales, como hizo Thatcher, o buscar la paz con enemigos históricos, como hizo Sadat, o construir desde cero una sociedad multiétnica de éxito, como hizo Lee, sin molestar a intereses arraigados y enemistarse con ciertos grupos. La aceptación por parte de Adenauer de las restricciones que acompañaron a la ocupación alemana de posguerra provocó que sus críticos políticos le vituperaran. De Gaulle sobrevivió a innumerables enfrentamientos —y los provocó—, pero su última gran actuación pública fue desescalar las protestas de estudiantes y sindicatos que habían llevado a Francia al borde de la revolución en mayo de 1968. Sadat fue convertido en un mártir no solo por conseguir la paz entre su pueblo y el de Israel, sino, sobre todo, porque la justificó con principios que algunos consideraban heréticos. No todo el mundo admiró a estos seis líderes, ni durante sus años de gobierno ni después, ni estuvo de acuerdo con sus políticas. En todos los casos, se enfrentaron a resistencias, a menudo por motivos honorables y a veces por parte de distinguidas figuras de la oposición. Ese es el precio de hacer historia.

La meritocracia vacilante

Hay indicios de que las condiciones que contribuyeron a crear a los seis líderes abordados en este libro se enfrentan, al menos en Occidente, a su propia decadencia evolutiva. El patriotismo cívico que antaño daba prestigio el servicio público parece haber sido superado por el faccionalismo identitario y el cosmopolitismo competitivo. En Estados Unidos, cada vez más licenciados universitarios aspiran a convertirse en ejecutivos corporativos para viajar por todo el mundo o en activistas profesionales; un número bastante menor piensa en ser un líder de la política o la función pública, a nivel regional o nacional.

Algo falla cuando la relación entre la clase dirigente y gran parte de la sociedad se define por la hostilidad y la desconfianza mutuas.

Las escuelas de secundaria y las universidades occidentales siguen formando muy bien a activistas y técnicos; pero se han desviado de su misión de formar ciudadanos y, entre ellos, los potenciales estadistas. Tanto los activistas como los técnicos desempeñan papeles importantes en la sociedad y llaman la atención sobre sus problemas y los diversos medios para corregirlos. Pero la educación humanista, amplia y exigente, que formó a las anteriores generaciones de líderes ha pasado de moda. La formación del técnico tiende a ser preprofesional y cuantitativa; la del activista, hiperespecializada y politizada. Ninguna de las dos ofrece demasiada historia o filosofía, las fuentes tradicionales de la imaginación del estadista.

Unas excelentes calificaciones en los exámenes y un admirable currículum llevan a la élite actual a «creer que se ha ganado su poder, y que lo posee por derecho y no por privilegio», según Yuval Levin, teórico de la política y un perspicaz observador de la vacilante meritocracia actual.[11] Estamos sustituyendo una «noción fría y estéril del intelecto por una comprensión amable y enérgica del carácter como medida de valor».[12] El problema más profundo, en su opinión, se encuentra en la conducta de las élites:

> Los estadounidenses se han vuelto escépticos con las pretensiones de legitimidad de nuestras élites, no solo porque sea muy difícil entrar en el estrato superior de la sociedad estadounidense (que lo es), sino porque parece que a quienes están en ese nivel se les permite hacer lo que quieran [...]. El problema, en otras palabras, no son necesariamente las reglas de entrada, sino la falta de reglas una vez se ha entrado. Precisamente porque nuestras élites no piensan en sí mismas como una aristocracia, no creen que necesiten reglas o limitaciones.[13]

Mientras que los aristócratas del siglo XIX entendían que se esperaba mucho de ellos y los meritócratas del siglo XX aspiraban a valores de servicio, las élites actuales no hablan tanto de obligación como de autoexpresarse o de su propio progreso. Más aún, se están formando en un entorno tecnológico que desafía las cualidades del carácter y el intelecto que históricamente han servido para vincular a los líderes con su pueblo.

ALFABETIZACIÓN PROFUNDA Y CULTURA VISUAL

El mundo contemporáneo se encuentra en medio de una transformación de la conciencia humana. Es tan generalizada que resulta casi imperceptible. Este cambio —impulsado por las nuevas tecnologías que condicionan nuestra experiencia del mundo y cómo recibimos la información— se ha desarrollado en buena medida sin que se conozcan sus efectos a largo plazo, entre ellos las implicaciones para el liderazgo. En estas condiciones, leer un libro complejo con atención y abordarlo críticamente se ha convertido en un acto tan contracultural como lo era memorizar un poema épico en la era previa, basada en la imprenta.

Si bien internet y las innovaciones que le acompañan son maravillas técnicas incuestionables, se debe prestar mucha atención al equilibrio entre los hábitos mentales constructivos y los corrosivos que fomenta la nueva tecnología.[14] De la misma manera que la anterior transición de la cultura oral a la escrita reportó al mismo tiempo los beneficios de la alfabetización y empequeñeció las artes de la poesía recitada y la narración oral, el cambio contemporáneo de la cultura impresa a la visual conlleva tanto pérdidas como ganancias.

¿Qué podemos perder en una época dominada por la imagen? La cualidad recibe muchos nombres —erudición,

pensamiento serio e independiente—, pero el mejor término para designarla es «alfabetización profunda», que el ensayista Adam Garfinkle define como «[la inmersión en] un escrito largo, de manera que se prevea la dirección y la intención del autor».[15] Omnipresente y penetrante, aunque invisible, la alfabetización profunda fue la «radiación de fondo» del periodo en el que los seis líderes que aparecen en este libro se hicieron adultos.

A quienes les interesa la política, la alfabetización profunda les proporciona la cualidad que Max Weber denominó «proporción», o «la capacidad de permitir que la realidad te afecte mientras mantienes la calma interior y la compostura».[16] La lectura intensa puede ayudar a los líderes a desarrollar la distancia mental, respecto de los estímulos externos y las personalidades, que mantiene el sentido de la proporción. Cuando se combina con la reflexión y el entrenamiento de la memoria, proporciona además un almacén de conocimiento detallado y minucioso a partir del cual los líderes pueden razonar mediante analogías. En un sentido más profundo, los libros presentan una realidad que es razonable, secuencial y ordenada, una que puede dominarse, o al menos gestionarse, mediante la reflexión y la planificación.[17] Y, en lo que quizá sea aún más importante para el liderazgo, la lectura genera una «madeja de conversación intergeneracional», fomentando el aprendizaje con sentido de la perspectiva.[18] Por último, leer es una fuente de inspiración.[19] Los libros recogen las hazañas de líderes que en su momento fueron muy audaces, así como, a modo de advertencia, las de aquellos que osaron demasiado.

Sin embargo, mucho antes de que acabara el siglo XX, la prensa escrita había perdido su antigua influencia. Esto dio lugar, entre otras cosas, a «un tipo diferente de persona que es elegida como líder, que puede presentarse a sí misma y a sus programas de manera refinada», como observó Lee Kuan Yew

en 2000. Y añadió:

> La televisión por satélite me ha permitido seguir la campaña presidencial estadounidense. Estoy asombrado por la manera en que los profesionales de los medios de comunicación pueden dar una imagen nueva a un candidato y transformarlo, al menos superficialmente, en una personalidad diferente. Ganar unas elecciones se convierte, en gran medida, en una competición de presentación y publicidad.[20]

Al igual que los beneficios de la era impresa eran inextricables de sus costes, lo mismo ocurre con la era visual. Con pantallas en todos los hogares, el ocio es omnipresente, y el aburrimiento, una rareza. Es más, la injusticia visualizada resulta más visceral que la injusticia descrita; en Estados Unidos, la televisión desempeñó un papel fundamental en el movimiento por los derechos civiles. Sin embargo, los costes de la televisión son importantes, ya que privilegia la exhibición emocional frente al autocontrol, lo que cambia el tipo de personas y de argumentos que se toman en serio en la vida pública.

El cambio de la cultura impresa a la visual continúa con la consolidación actual de internet y las redes sociales, que conllevan cuatro sesgos que dificultan que los líderes desarrollen las mismas capacidades que tenían en la era de la impresión. Estas son la inmediatez, la intensidad, la polaridad y la conformidad.

Aunque internet hace que las noticias y los datos sean accesibles con mayor inmediatez que nunca, este exceso de información apenas ha conseguido que estemos individualmente más informados, y mucho menos que seamos más sabios. Cuando el «coste» de acceder a la información se vuelve insignificante, como ocurre con internet, los incentivos para recordarla se debilitan. Si bien el hecho de olvidar una

información concreta puede no ser importante, la incapacidad sistemática de asimilarla supone un cambio en la percepción y un debilitamiento de la capacidad de análisis. Los hechos rara vez se explican por sí solos; su significado e interpretación dependen del contexto y la relevancia. Para que la información se transforme en algo parecido a conocimiento debe situarse en el contexto más amplio de la historia y la experiencia.

Por regla general, las imágenes «hablan» en un registro más emocional que las palabras. La televisión y las redes sociales se apoyan en imágenes que inflaman las pasiones, lo que amenaza con superar a los líderes con una combinación de emoción personal y colectiva. Las redes sociales, en particular, han animado a los usuarios a convertirse en asesores políticos preocupados por la imagen. Todo esto engendra una política más populista que celebra más las declaraciones que se perciben como auténticas que los extractos refinados de la era de la televisión, por no hablar de la producción más analítica de la prensa.

Los artífices de internet pensaron en su invento como un medio ingenioso para conectar el mundo; en realidad, también ha dado lugar a una nueva forma de dividir a la humanidad en tribus enfrentadas. La polaridad y la conformidad se apoyan y refuerzan mutuamente: alguien es empujado a un grupo, y luego el grupo controla su pensamiento. No es una sorpresa que en muchas plataformas de redes sociales contemporáneas los usuarios se dividan en «seguidores» e «influyentes»; no hay «líderes».

¿Cuáles son las consecuencias para el liderazgo? En las circunstancias actuales, la pesimista evaluación de Lee sobre las consecuencias de los medios visuales es relevante: «De un proceso así, dudo que pueda surgir un Churchill, un Roosevelt o un De Gaulle».[21] No es que los cambios en la tecnología de las comunicaciones hayan vuelto imposible el liderazgo

inspirado y el pensamiento profundo sobre el orden mundial, sino que en una época dominada por la televisión e internet, los líderes reflexivos deben luchar contra la corriente.

Los valores subyacentes

Hoy en día, el mérito suele entenderse como una combinación de intelecto y esfuerzo. Es una idea muy limitada. Sin embargo, la concepción previa de Thomas Jefferson de la «aristocracia natural» se apoyaba en una base diferente y quizá más sostenible: la fusión de «virtud y talento».[22] Para que una élite política preste un servicio público significativo, son esenciales tanto la educación como el carácter.

Como hemos visto, los líderes que influyeron en la historia del mundo recibieron una educación estricta y humanista. Esa educación empieza en un entorno formal y continúa durante el resto de la vida, a través de la lectura y el debate con los demás. Ese paso inicial rara vez se da ahora —pocas universidades ofrecen educación en el arte de gobernar, de manera explícita o implícita— y el aprendizaje durante la vida resulta más difícil a medida que los cambios en la tecnología debilitan la alfabetización profunda. Así, para que la meritocracia se revitalice, la educación humanística tendría que recuperar su importancia e incluir materias como la filosofía, la política, la geografía humana, las lenguas modernas, la historia, el pensamiento económico, la literatura e incluso, tal vez, la antigüedad clásica, cuyo estudio fue durante mucho tiempo la cuna de los estadistas.

Y dado que el carácter es esencial, una concepción más profunda del liderazgo meritocrático también abarcaría la definición de la virtud que da el politólogo James Q. Wilson: «Unos hábitos de actuación moderada; en concreto, actuar con

la debida contención de los impulsos propios, la debida consideración por los derechos de los demás y la razonable preocupación por las consecuencias a largo plazo».[23] Desde la juventud hasta la vejez, la centralidad del carácter —la más indispensable de las cualidades— es un reto interminable, tanto para los líderes como para los estudiosos del liderazgo. Un buen carácter no asegura el éxito en el mundo, ni el triunfo en el gobierno, pero proporciona una base firme en la victoria y consuelo en el fracaso.

Estos seis líderes serán recordados por las cualidades que se asociaron a ellos y que definieron su influencia: Adenauer por su integridad y persistencia, De Gaulle por su determinación y visión histórica, Nixon por su comprensión de una situación internacional interconectada y su fortaleza a la hora de tomar decisiones, Sadat por la elevación espiritual con la que forjó la paz, Lee por su imaginación en la fundación de una nueva sociedad multiétnica, Thatcher por su liderazgo basado en principios y en su tenacidad. Todos demostraron un valor extraordinario. Nadie podría poseer todas estas virtudes a la vez; los seis líderes las combinaron en diferentes proporciones. Su liderazgo se identificó tanto con sus atributos como con sus logros.

El liderazgo y el orden mundial

Desde el final de lo que estas páginas han descrito como la segunda guerra de los Treinta Años (1914-1945), la comunicación instantánea y la revolución tecnológica se han combinado para dar un nuevo significado y una nueva urgencia a dos cuestiones cruciales a las que se enfrentan los líderes: ¿qué es imperativo para la seguridad nacional? ¿Y qué se necesita para una coexistencia internacional pacífica?

A lo largo de la historia, estas preguntas han tenido respuestas distintas. Aunque han existido innumerables imperios, las aspiraciones de un orden mundial estaban limitadas a regiones específicas, tanto por la geografía como por la tecnología. Ocurrió así incluso en los imperios romano y chino, que albergaron una gran variedad de sociedades y culturas. Eran órdenes regionales que se presentaban a sí mismos como órdenes mundiales.

A partir del siglo XVI, la explosión de la tecnología, la medicina y la organización económica y política amplió la capacidad de Occidente para proyectar su poder y sus sistemas de gobierno en todo el mundo.[24] Desde mediados del siglo XVII, se desarrolló en Europa el sistema westfaliano, basado en el respeto a la soberanía y la ley internacional. Ese sistema, que se consolidó en todo el mundo tras el fin del colonialismo, permitió el surgimiento de Estados que, tras deshacerse del dominio occidental, insistieron en desempeñar un papel en la definición, y a veces en el cuestionamiento, de las reglas del orden mundial establecido.

Hace tres siglos, en su ensayo *Sobre la paz perpetua*, el filósofo Immanuel Kant escribió que la humanidad estaba destinada a la paz universal, ya fuera a través de la perspicacia humana o a través de conflictos de una magnitud y capacidad de destrucción tales que no dejarían otra alternativa. Las posibilidades que enunciaba eran demasiado absolutas; el problema del orden internacional no se ha planteado como una disyuntiva. En la historia reciente, la humanidad ha vivido en un equilibrio entre la seguridad relativa y la legitimidad que establecían, e interpretaban, sus líderes.

En ningún periodo anterior fueron más graves y catastróficas las consecuencias de un desequilibrio. La era contemporánea introdujo un nivel de destructividad que ha permitido a la humanidad acabar con la propia civilización. Esto se refleja en

las grandes estrategias que se establecieron en este periodo, resumidas en la famosa expresión «destrucción mutua asegurada» (MAD, por sus siglas en inglés, que en ese idioma significa «loco»). Estas estrategias se desarrollaron no tanto para lograr una victoria tradicional como para prevenir la guerra, y es evidente que no se concibieron para el conflicto —que se sabía que era potencialmente suicida—, sino para la disuasión. Poco después de Hiroshima y Nagasaki, el riesgo de desplegar armas nucleares se volvió incalculable; la apuesta estaba desconectada de las consecuencias.

Durante más de siete décadas, aunque las armas avanzadas han ido ganando en potencia, complejidad y precisión, ningún país ha pensado en utilizarlas de verdad, ni siquiera en conflictos con países sin armas nucleares. Como ya se ha explicado, tanto la Unión Soviética como Estados Unidos han aceptado derrotas frente a países que no tienen armas nucleares sin recurrir a sus armas más mortíferas. Estos dilemas de la estrategia nuclear nunca han desaparecido; se han transformado cuando otros Estados también han desarrollado armas avanzadas y cuando la distribución esencialmente bipolar de las capacidades destructivas que hubo durante la Guerra Fría ha sido sustituida por un caleidoscopio de opciones de alta tecnología más complicado y potencialmente menos estable.

Las armas cibernéticas y las aplicaciones de la IA (como los sistemas de armas autónomos) agravan los peligros existentes. A diferencia de las armas nucleares, las armas cibernéticas y la inteligencia artificial están por todas partes, son relativamente baratas de desarrollar y es tentador utilizarlas. Las armas cibernéticas combinan la capacidad de impacto masivo con la posibilidad de ocultar la atribución de los ataques. La inteligencia artificial es capaz incluso de operar sin humanos, lo que permite que las armas se lancen por sí solas basándose

en sus propios cálculos y en su capacidad para elegir objetivos con un discernimiento casi absoluto. Dado que el umbral para su uso es tan bajo, y su capacidad destructiva tan grande, recurrir a estas armas —o incluso amenazar de manera formal con ellas— puede convertir una crisis en una guerra, o transformar una guerra limitada en una nuclear mediante una escalada involuntaria o incontrolable. El impacto de la tecnología revolucionaria hace que la aplicación plena de estas armas sea catastrófica, al tiempo que hace que su uso limitado sea difícil o hasta incontrolable. Todavía no se ha inventado la diplomacia que permita amenazar de manera explícita con su uso sin el riesgo de una acción preventiva en respuesta. Las exploraciones sobre el control del armamento han quedado empequeñecidas por estas enormidades.

Ha sido una paradoja que, en la era de la alta tecnología, las operaciones militares reales se hayan limitado a las armas convencionales o al despliegue táctico de armas de alta tecnología a pequeña escala, como los ataques con drones o los ciberataques. Al mismo tiempo, se espera poder contener las armas avanzadas mediante una destrucción mutua asegurada. Este patrón es demasiado precario para el futuro a largo plazo.

La historia sigue imponiendo cargas de manera implacable, ya que la revolución tecnológica ha ido acompañada de una transformación política. En el momento de escribir esto, el mundo asiste al regreso de la rivalidad entre grandes potencias, magnificada por la difusión y el avance de tecnologías sorprendentes. Cuando, a principios de la década de 1970, China emprendió su reincorporación al sistema internacional, su potencial humano y económico era enorme, pero en comparación su tecnología y su poder real eran limitados. En el tiempo transcurrido desde entonces, la creciente capacidad económica y estratégica de China ha obligado a Estados Unidos a enfrentarse por primera vez en su historia a un competidor

geopolítico cuyos recursos se pueden comparar con los suyos. Es una tarea tan inusual para Washington como para Pekín, que históricamente ha tratado a las naciones extranjeras como tributarias del poder y la cultura chinos.

Cada parte se considera excepcional, pero de forma diferente. Estados Unidos actúa bajo la premisa de que sus valores son universalmente aplicables y acabarán adoptándose en todas partes. China espera que la singularidad de su civilización y sus impresionantes resultados económicos lleven a otras sociedades a mostrar respeto por sus prioridades. Tanto el impulso misionero de Estados Unidos como el sentido de distinción cultural de China implican cierta subordinación del uno al otro. Por la naturaleza de sus economías y su alta tecnología, cada nación está afectando —en parte por impulso, pero sobre todo intencionadamente— a lo que la otra ha considerado hasta ahora sus intereses fundamentales.

La China del siglo XXI parece lanzada a un papel internacional al que cree que tiene derecho por sus logros durante milenios. Estados Unidos actúa para proyectar poder, resolución y diplomacia en todo el mundo, con el fin de mantener un equilibrio global basado en su experiencia de posguerra, y responde a los desafíos tangibles y conceptuales a ese orden. Para los líderes de cada parte, estos requisitos de seguridad parecen evidentes. Y cuentan con el apoyo de la opinión pública. Pero la seguridad es solo una parte de la ecuación. La cuestión clave para el futuro del mundo es si los dos colosos pueden aprender a combinar la inevitable rivalidad estratégica con el concepto y la práctica de la coexistencia.

En cuanto a Rusia, es obvio que carece del poder de mercado, el peso demográfico y la diversificada base industrial de China. Rusia, que abarca once husos horarios y cuenta con pocas fronteras defensivas naturales, ha actuado de acuerdo con sus propios imperativos geográficos e históricos. La política

exterior rusa transforma un patriotismo místico en un derecho imperial, con una permanente percepción de inseguridad que en esencia se deriva de la antigua vulnerabilidad del país a las invasiones a través de la llanura de Europa del Este. Durante siglos, sus líderes autoritarios han intentado aislar el vasto territorio de Rusia imponiendo un cinturón de seguridad en su difusa frontera. Hoy la misma prioridad vuelve a manifestarse en la agresión a Ucrania.

El impacto mutuo que han tenido estas sociedades ha sido conformado por sus valoraciones estratégicas, que surgen de su historia. El conflicto ucraniano es un buen ejemplo. Tras la desintegración de los Estados satélites soviéticos de Europa oriental y su surgimiento como naciones independientes, todo el territorio entre la línea de seguridad establecida en el centro de Europa hasta la frontera nacional rusa quedó abierto a un nuevo diseño estratégico. La estabilidad dependía de si la nueva disposición podía calmar los históricos temores europeos de dominación rusa, así como la tradicional preocupación rusa por las ofensivas de Occidente.

La geografía estratégica de Ucrania ilustra estas preocupaciones. Si Ucrania entrara en la OTAN, la línea de seguridad entre Rusia y Europa se situaría a menos de quinientos kilómetros de Moscú, eliminando de hecho la histórica zona de separación que salvó a Rusia cuando Francia y Alemania intentaron ocuparla en siglos sucesivos. Si la frontera de seguridad se estableciera en el lado occidental de Ucrania, las fuerzas rusas estarían muy cerca de Budapest y Varsovia. Por lo tanto, la invasión de Ucrania en febrero de 2022, una flagrante violación de la ley internacional, es, en esencia, el fruto de un diálogo estratégico fallido, o bien de uno mal acometido. La experiencia de dos entidades nucleares enfrentadas militarmente —incluso aunque no recurran a sus armas definitivas— subraya la urgencia del problema

fundamental.

La relación triangular entre Estados Unidos, China y Rusia acabará reanudándose, aunque Rusia estará debilitada tras haber demostrado el límite de su capacidad militar en Ucrania, y por el rechazo generalizado a su conducta y el alcance e impacto de las sanciones en su contra. Pero conservará las capacidades nuclear y cibernética para los escenarios apocalípticos.

En las relaciones entre Estados Unidos y China, el dilema es si dos conceptos diferentes de grandeza nacional pueden aprender a coexistir en paz y cómo lograrlo. Con Rusia, el reto es si el país puede conciliar la visión que tiene de sí mismo con la autodeterminación y la seguridad de los países situados en lo que durante mucho se ha llamado su «extranjero cercano» (sobre todo en Asia central y Europa del Este), y hacerlo como parte de un sistema internacional y no mediante la dominación.

Ahora parece posible que, durante un periodo de tiempo indeterminado, el orden liberal y universal basado en normas, por muy noble que sea el concepto, pueda ser sustituido en la práctica por un mundo disociado, al menos en parte. Esta división fomenta la búsqueda de esferas de influencia en los márgenes. Si ocurriera así, ¿cómo podrán operar los países que no están de acuerdo con las reglas de conducta global en un diseño de equilibrio acordado? ¿Acaso el intento de dominar superará el análisis de la coexistencia?

En un mundo en el que la tecnología es cada vez más formidable y puede inspirar o desmantelar la civilización humana, no existe una resolución final, por no hablar de una militar, para la competencia entre grandes potencias. La carrera tecnológica desenfrenada, justificada por la ideologización de una política exterior en la que cada parte está convencida de la intención malévola de la otra, corre el riesgo de crear un ciclo catastrófico de sospechas mutuas como el que inició la Primera

Guerra Mundial, pero con consecuencias incomparablemente mayores.

Así, todas las partes están obligadas ahora a reexaminar sus principios básicos de comportamiento internacional y a relacionarlos con las posibilidades de coexistencia. Los líderes de las sociedades de alta tecnología, en concreto, tienen el imperativo moral y estratégico de llevar a cabo, tanto dentro de su país como con los países potencialmente enemigos, un debate permanente sobre las implicaciones de la tecnología y sobre cómo limitar sus aplicaciones militares. El tema es demasiado importante como para ignorarlo hasta que surjan las crisis. Al igual que hicieron los diálogos sobre el control de armas que contribuyeron a la contención durante la era nuclear, los análisis de alto nivel sobre las consecuencias de las tecnologías incipientes podrían fomentar la reflexión y promover hábitos de autocontrol estratégico recíproco.

Una ironía del mundo contemporáneo es que una de sus glorias —el auge revolucionario de la tecnología— ha sucedido con tanta rapidez, y con tanto optimismo, que ha rehuido la reflexión sobre sus peligros. Y los intentos de comprender sus capacidades han sido inadecuados. Los tecnólogos desarrollan dispositivos asombrosos, pero han tenido pocas oportunidades de estudiar y estudiar y hacer una evaluación comparativa de sus implicaciones en el marco de la historia. Con demasiada frecuencia, los líderes políticos no comprenden de forma adecuada las implicaciones estratégicas y filosóficas de las máquinas y los algoritmos que tienen a su disposición. Al mismo tiempo, la revolución tecnológica está afectando a la conciencia humana y a la percepción de la naturaleza de la realidad. La última gran transformación comparable, la Ilustración, sustituyó la era de la fe por experimentos repetibles y deducciones lógicas. Ahora, eso está siendo sustituido por la dependencia de los algoritmos, que funcionan al revés, dando

resultados que necesitan una explicación. Indagar estas nuevas fronteras requerirá un esfuerzo comprometido de los líderes con el fin de reducir, e idealmente cerrar, las brechas existentes entre los mundos de la tecnología, la política, la historia y la filosofía.

En el primer capítulo de estas páginas, se describían como pruebas de liderazgo la capacidad de análisis, la estrategia, el valor y el carácter. Los retos a los que se enfrentaron los líderes de este libro eran tan complejos como los contemporáneos, aunque de menor alcance. El criterio por el que se juzga a un líder en la historia sigue siendo el mismo: trascender las circunstancias mediante la visión y la dedicación.

No es necesario que los líderes de las grandes potencias contemporáneas desarrollen una visión detallada sobre cómo resolver de inmediato los dilemas aquí descritos. Sin embargo, han de tener claro lo que hay que evitar y lo que no se puede tolerar. Los líderes sabios deben adelantarse a los retos antes de que den lugar a crisis.

La época actual se encuentra desorientada porque carece de una visión moral y estratégica. La inmensidad de nuestro futuro sigue desafiando la comprensión. Las cimas cada vez más pronunciadas y desorientadoras, las profundidades de las fosas oceánicas, los peligros de los bancos de arena exigen que quienes dirigen el barco tengan la creatividad y la fortaleza necesarias para guiar a las sociedades hacia destinos todavía desconocidos pero más esperanzadores.

El futuro del liderazgo

Las dos preguntas que Konrad Adenauer me planteó durante nuestro último encuentro, en 1967, tres meses antes de su muerte, han adquirido una nueva relevancia: ¿todavía hay

líderes capaces de llevar a cabo una verdadera política de gran alcance? ¿Sigue siendo posible hoy un verdadero liderazgo?

Tras analizar la vida de seis figuras trascendentales del siglo XX y las condiciones que permitieron sus logros, evidentemente el estudioso del liderazgo se pregunta si se podrían repetir actuaciones análogas. ¿Están surgiendo líderes con el carácter, el intelecto y la fortaleza necesarios para encarar los desafíos a los que se enfrenta el orden mundial?

La pregunta ya se ha formulado antes, y ha habido líderes que han estado a la altura de las circunstancias. Cuando Adenauer la planteó, Sadat, Lee y Thatcher eran casi desconocidos. Asimismo, pocos de los que presenciaron la caída de Francia en 1940 podían imaginar la renovación dirigida por De Gaulle a lo largo de tres décadas. Cuando Nixon abrió el diálogo con China, pocos contemporáneos intuyeron sus posibles consecuencias.

Maquiavelo, en sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, atribuye el empequeñecimiento del liderazgo a la lasitud social inducida por largos periodos de tranquilidad. Cuando las sociedades tienen la suerte de vivir tiempos pacíficos y permiten la lenta corrupción de las normas, el pueblo puede seguir «bien a un hombre que el autoengaño general juzga como bueno o a alguien que proponen hombres más proclives a desear favores especiales que el bien común».[25] Pero más tarde, bajo la influencia de «tiempos adversos» —siempre buenos maestros de realidades—, este engaño se destapa y el pueblo, por necesidad, se vuelve hacia quienes en tiempos tranquilos habían sido casi olvidados».[26]

Al final, las graves condiciones descritas aquí deben servir de impulso para que las sociedades exijan un liderazgo significativo. A finales del siglo XIX, Friedrich Engels predijo que el «gobierno de las personas» sería sustituido por la «administración de las cosas».[27] Pero la grandeza de la

historia reside en la negativa a abdicar en las fuerzas impersonales; sus elementos definitorios son —y deben seguir siendo— creados por los seres humanos. Max Weber describió las cualidades esenciales que son necesarias para un liderazgo transformador:

> El único hombre que tiene «vocación» para la política es aquel que tiene la certeza de que su espíritu no se quebrará si el mundo, mirado desde su punto de vista, resulta demasiado estúpido o ruin para aceptar lo que él desea ofrecerle, y que, ante toda esa obstinación, pueda seguir diciendo: «¡Incluso así! A pesar de todo».[28]

Los seis líderes de este libro desarrollaron cualidades semejantes, a pesar de que sus sociedades eran muy diferentes: la capacidad de comprender la situación en la que se encontraban sus sociedades, la habilidad para concebir una estrategia que gestionara el presente y conformara el futuro, la destreza para conducir a sus sociedades hacia propósitos elevados y la disposición para rectificar las deficiencias. La fe en el futuro era para ellos algo indispensable. Sigue siendo así. Ninguna sociedad puede seguir siendo grande si pierde la fe en sí misma o si cuestiona sistemáticamente la percepción que tiene de sí misma. Esto exige sobre todo estar dispuesto a ampliar la esfera de preocupación, del yo a la sociedad en general, y de evocar la generosidad del espíritu público que incentiva el sacrificio y el servicio.

Un gran liderazgo es el resultado de la colisión entre lo intangible y lo maleable, de lo que viene dado y de lo que se ejerce. Queda margen para el esfuerzo individual: ahondar en la comprensión histórica, perfeccionar la estrategia y mejorar el carácter. Hace mucho, el filósofo estoico Epicteto escribió: «No podemos elegir nuestras circunstancias externas, pero siempre podemos elegir cómo responder ante ellas».[29] La función del

líder es ayudar a guiar esa elección e inspirar a su gente durante su ejecución.

Agradecimientos

Este libro es lo que es en buena medida gracias a Stuart Proffitt, director editorial de Penguin Press UK y un editor extraordinario. Los editores atentos plantean cuestiones escurridizas y así inspiran a sus autores y sacan lo mejor de ellos. Stuart ha realizado esta tarea con aplomo, persistencia y sabiduría. Pocos han entendido —o cuestionado— mi pensamiento con una sutileza y un rango de conocimientos comparables. A lo largo de muchas llamadas de Zoom durante más de dos años, Stuart ha sido un socio indispensable en la concepción y ejecución de este libro.

Otro colaborador notable complementó la influencia de Stuart con una excepcional habilidad editorial. Neal Kozodoy revisó cada capítulo. Un genio a la hora de deshacer los nudos gordianos de la densa prosa y un profundo historiador aficionado, amplió la perspectiva y elevó la prosa.

Al igual que en los libros anteriores, me he beneficiado de colaboradores entregados que han estudiado el vasto material de partida. Matthew Taylor King me aconsejó con sensatez sobre el fondo y el estilo. Dejó su huella en cada capítulo y contribuyó a guiar el libro desde un punto intermedio con un compromiso y una percepción extraordinarios.

Eleanor Runde, que combina entusiasmo, eficiencia y un notable intelecto, llevó a cabo una valiosa investigación en la primera fase del libro y después volvió a tiempo parcial para hacer una perspicaz contribución al capítulo sobre Sadat. Vance Serchuk resultó útil e incisivo en el desarrollo y análisis del capítulo sobre Nixon. Ida Rothschild aportó una eficaz

labor de edición y juiciosos comentarios sobre la organización.

Meredith Potter, Ben Daus y Aaron MacLean presentaron investigaciones sobre el arte de gobernar en una fase inicial. Al principio, Joseph Kiernan y John Nelson realizaron una útil investigación de fondo. Austin Coffey fue muy valioso a la hora de reunir los capítulos principales para su publicación.

Los capítulos principales se sometieron a la revisión de distinguidos autores sobre estos temas cuyo trabajo admiro. Daniel Collings, que también realizó la investigación sobre Margaret Thatcher, revisó el texto completo de Thatcher junto con Charles Powell (lord Powell de Bayswater) y Charles Moore. El profesor Julian Jackson leyó con perspicacia el capítulo sobre De Gaulle, y el profesor Christopher Clark el capítulo sobre Adenauer. Martin Indyk, diplomático y académico, hizo comentarios agudos sobre el capítulo de Sadat. Estoy en deuda con todos ellos por su ayuda.

Charles Hill, diplomático veterano, colaborador y amigo durante medio siglo, contribuyó con notas incisivas y un enfoque especialmente útil de Richard Nixon. A lo largo de su notable carrera, Charlie hizo una contribución fundamental con su servicio al Departamento de Estado, a la Universidad de Yale y a la mejora de nuestra sociedad.

Varios amigos me permitieron abusar de su buena voluntad y les pedí un juicio crítico sobre cuestiones específicas. Entre ellos, Ray Dalio, Samantha Power, Joel Klein, Roger Hertog, Eli Jacobs y Bob Blackwill.

En los últimos años, Eric Schmidt ha ampliado mi perspectiva al introducirme en el mundo de la alta tecnología y la inteligencia artificial. Junto con Dan Huttenlocher, colaboramos en *The Age of AI*, que influyó en los debates estratégicos que aparecen en estas páginas.

En la preparación de este volumen —nuestra séptima colaboración—, Theresa Cimino Amantea volvió a demostrar

que es indispensable. A medida que el libro iba tomando forma, Theresa no solo descifró mi letra y volvió a reescribir los capítulos tras muchas rondas de revisiones con su característica diligencia y penetrante agudeza. También se encargó de los contactos con Penguin Press, la Agencia Wylie y mis lectores y redactores externos.

La incansable Jody Iobst Williams, otra colaboradora de confianza desde hace décadas, ayudó a escribir el texto durante un periodo crítico. Jessee LePorin y Courtney Glick gestionaron hábilmente mi agenda durante todo este proceso. Chris Nelson, Dennis O'Shea y Maarten Oosterbaan, de mi equipo personal, me proporcionaron una ayuda inestimable durante los largos periodos de reclusión impuesta por la pandemia y con muchos asuntos administrativos.

Ann Godoff, presidenta y directora de Penguin Press, retomó su función tradicional para gestionar asuntos importantes para la publicación estadounidense con la profesionalidad que la caracteriza. En Reino Unido, Richard Duguid, Alice Skinner y David Watson actuaron con gran destreza bajo la presión de los plazos, sobre todo en la corrección y el cotejo del manuscrito.

Andrew Wylie, mi agente literario durante muchos años, y su delegado en Reino Unido, James Pullen, me representaron en todo el mundo con un compromiso y una capacidad infatigables.

Este libro está dedicado a Nancy, mi esposa desde hace casi medio siglo. Ella ha llenado mi vida y le ha dado sentido. Como en mis otros libros, Nancy leyó y mejoró cada capítulo.

Sobra decir que, por supuesto, los fallos de este libro son solo míos.

Créditos de las imágenes

Capítulo 1. Konrad Adenauer, 1954. © *Arnold Newman/Getty Images*.

Capítulo 2. Charles de Gaulle, 1967. *Copyright © Raymond Depardon/ Magnum Photos*.

Capítulo 3. Richard Nixon, 1967. *Copyright © Burt Glinn/Magnum Photos*.

Capítulo 4. Anwar Sadat, 1978. © *Sahm Doherty/Getty Images*.

Capítulo 5. Lee Kuan Yew, 1968. *Copyright © Hulton-Deutsch Collection/ Corbis vía Getty Images*.

Capítulo 6. Margaret Thatcher, 1987. *Copyright © TASS vía Getty Images*.

Henry Kissinger analiza cómo seis líderes extraordinarios, a los que conoció de cerca, dieron forma a sus países y al mundo que hoy conocemos.
«Pretende ser un manual para los líderes de hoy y de mañana».
The New Statesman

Henry Kissinger, uno de los principales estrategas políticos del siglo XX, analiza en este nuevo libro los perfiles de seis de los líderes mundiales más fascinantes e influyentes del pasado reciente: Konrad Adenauer, Charles de Gaulle, Richard Nixon, Anwar Sadat, Lee Kuan Yew y Margaret Thatcher.

Todos ellos se formaron en un periodo en el que las instituciones establecidas se derrumbaban en Europa, las estructuras coloniales daban paso a estados independientes en

Asia y África y hubo que crear un nuevo orden internacional a partir de los vestigios del anterior.

Kissinger repasa el camino de De Gaulle para reconstruir la Francia postimperial, la rehabilitación llevada a cabo por Adenauer de una Alemania devastada por la guerra o el éxito del experimento de la pequeña ciudad Estado de Lee Kuan Yew en Singapur. El análisis de estos procesos sirve para mostrar las estrategias de gobierno de unos líderes que, impulsados por un alto sentido de Estado, se propusieron posicionar a sus respectivos países en el centro del tablero político mundial.

La perspectiva del autor no tiene parangón: es la de un historiador de primer orden que conoció y estuvo implicado en los acontecimientos que se relatan. La experiencia como alto representante público, el conocimiento personal de los protagonistas y la carrera política de Kissinger enriquecen un libro que atestigua cómo la combinación del carácter de los personajes y las circunstancias de cada situación es lo que acaba dando forma a la historia.

La crítica ha dicho:
«Siempre vale la pena escuchar a este sorprendente testigo de la historia».
Simon Heffer, *The Telegraph Book of the Year*

«Un estudio vital del poder en acción».
Publishers Weekly

«Según Kissinger, sus seis protagonistas demuestran que el liderazgo transformador de las grandes personas es más importante que las fuerzas impersonales a la hora de forjar la historia».

The Times

De Orden mundial se dijo:
«El mejor Kissinger, con su inimitable combinación de erudición».
Hillary Clinton

«Un fascinante e instructivo recorrido global por la búsqueda de la armonía. La clave del realismo en las relaciones internacionales de Kissinger, y el tema de este libro magistral, es que la humildad es importante no solo para las personas, sino también para los países, incluido Estados Unidos».
Walter Isaacson

«Un magnífico ensayo sobre el desorden político internacional».
luis Bassets, *LBabelia*

Henry Kissinger (Alemania, 1923), de origen judío alemán, fue Asesor Nacional de Seguridad y luego Secretario de Estado con Richard Nixon y Gerald Ford y ha asesorado a muchos otros presidentes estadounidenses sobre cuestiones de política internacional. En 1973 recibió el premio Nobel de la Paz, y también ha obtenido la medalla de la Libertad, entre otros muchos premios y honores. Es autor de numerosos libros sobre política internacional como *China* (Debate, 2013) u *Orden mundial* (Debate, 2016). Actualmente preside Kissinger Associates, Inc., una consultoría internacional.

Título original: *Leadership. Six Studies in World Strategy*

Primera edición: marzo de 2023

© 2022, Henry A. Kissinger
Todos los derechos reservados
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Ramón González Ferriz y Marta Valdivieso, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de la cubierta: © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1896-729-0

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: debatelibros
Twitter: @debatelibros

Instagram: @debatelibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: PenguinLibros

INTRODUCCIÓN

[1] Winston S. Churchill, *The Gathering Storm* (Winston S. Churchill, *The Second World War Book 1*), Boston, Houghton Mifflin, 1948, p. 284. [Hay trad. cast.: *La Segunda Guerra Mundial. Cómo se fraguó la tormenta*, vol. 1, trad. de Juan G. de Luaces, Barcelona, Orbis, 1989].

[2] Citado en Andrew Roberts, *Leadership in War*, Nueva York, Viking, 2019, p. 221. [Hay trad. cast.: *El liderazgo en guerra*, trad. de Diego Pereda, Madrid, Ciudadela Libros, 2022].

[3] Oswald Spengler, *The Decline of the West*, trad. de Charles Francis Atkinson, Oxford, Oxford University Press, 1932, p. 383. [Hay trad. cast.: *La decadencia de occidente*, 2 vols., trad. de Manuel García Morente, Madrid, Austral, 2011 y 2013].

[4] Charles de Gaulle, *The Edge of the Sword*, trad. de Gerard Hopkins, Nueva York, Criterion Books, 1960, pp. 20-21. [Hay trad. cast.: *El filo de la espada*, trad. de Salvador Balcells, Barcelona, Plaza & Janés, 1961]. El pasaje completo es: «Existe una estrecha analogía entre lo que sucede en la mente de un comandante cuando planifica una acción y lo que le ocurre al artista en el momento de la concepción. Este último no renuncia al uso de la inteligencia. Extrae de ella lecciones, métodos y conocimientos. Pero su poder de creación solo puede obrar si posee, además, una cierta facultad instintiva que llamamos inspiración, pues es la única que puede proporcionar el contacto directo con la naturaleza del que surge la chispa vital. Podemos decir del arte militar lo que Bacon dijo de las demás artes: “Son el producto del hombre añadido a la naturaleza”».

[5] Citado en Karl Joachim Weintraub, Ryerson Lecture de 1984, «With a Long Sense of Time...», *University of Chicago Magazine* 96, n.º 5 (junio de 2004), <https://magazine.uchicago.edu/0406/features/weintraub.shtml>. Para Huizinga, véase Johan Huizinga, *Het Aesthetishche Bestanddeel van Geschiedkundige Voorstellingen*, Haarlem, H. D. Tjeenk Willink & Zoon, 1905, pp. 31-32. [Hay trad. cast.: «El elemento estético de las representaciones históricas» [1905], en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n.º 9, 2005, pp. 91-107].

[6] Isaiah Berlin, «Te Sense of Reality», en *The Sense of Reality: Studies in Ideas and Their History*, Henry Hardy, ed., Princeton, Princeton University Press, 2019, pp. 29-30. [Hay trad. cast.: *El sentido de la realidad. Sobre las ideas y su historia*, trad. de Pedro Cifuentes, Madrid, Taurus, 2017].

[7] Thomas Mann, *The Magic Mountain* (trad. de 1927), citado en Charles Hill, *Grand Strategies: Literature, Statecraft, and World Order*, New Haven, Yale University Press, 2010, p. 211. [Hay trad. cast.: *La montaña mágica*, trad. de Mario Verdaguer, Barcelona, Debolsillo, 2001].

[8] Norman Angell, *The Great Illusion:A Study of the Relation of Military Power to National Advantage*, Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1910, p. 186, consultado en Proyecto Gutenberg: <https://www.gutenberg.org/files/38535/38535-h/38535-h.htm>. [Hay trad.cast.:*La gran ilusión*, trad. de S. Restrepo, París, Nelson and sons, 1913].

[9] *Ibid.*, p. 314.

[10] Nadège Mougel, «World War I Casualties», trad. de Julie Gratz, 2011, Centre Européen Robert Schuman, <http://www.centre-robertschuman.org/userfiles/files/REPERES%20%E2%80%93%20module% 201-1-1%20-%20explanatory%20notes%20%E2%80%93%20World%20 War%20I%20casualties%20%E2%80%93%20EN.pdf>.

[11] François Héran, «Lost Generations: the Demographic Impact of the Great War», *Population & Societies*, vol. 510, n.º 4 (2014), pp. 1-4.

[12] W. H. Auden, «September 1, 1939», <https://poets.org/poem/september-1-1939>.

[13] Museo Nacional de la Segunda Guerra Mundial, Nueva Orleans, «Research Starters: Worldwide Deaths in World War II», <https://www.nationalww2museum.org/students-teachers/student-resources/research-starters/research-starters-worldwide-deaths-world-war>.

[14] Roberts, *Leadership in War*, *op. cit.* p. xii.

[15] El origen de esta tipología es un ensayo de 1966 escrito para *Daedalus*, algunas de cuyas frases vuelven a aparecer aquí. Véase Henry A. Kissinger, «Domestic Structure and Foreign Policy», *Daedalus* 95, n.º 2 (primavera de 1966), pp. 503-529.

[16] Establecido en el siglo XVII tras la guerra de los Treinta Años, el sistema de Westfalia agrupó a los Estados supervivientes de ese conflicto. Se basó en el interés y la soberanía nacionales para sustituir el fundamento religioso o dinástico del periodo medieval anterior.

[17] «El hombre razonable se adapta al mundo: el irracionable se empeña en intentar adaptar el mundo a sí mismo. Por lo tanto, cualquier progreso depende del hombre irracionable», George Bernard Shaw, *Hombre y superhombre*, Madrid, Nabu Press, 2011.

[18] Tucídides, *The Peloponnesian War*, I, p. 138. Énfasis añadido. [Hay trad. cast.: *Historia de la guerra del Peloponeso*, 4 vols., trad. de Juan José Torres Esbarranch, Barcelona, Gredos, 2019-2022].

[19] Fernand Braudel, citado en Oswyn Murray, «Introduction», en Fernand Braudel, *The Mediterranean in the Ancient World*, Londres, Penguin, 2001.

1. KONRAD ADENAUER: LA ESTRATEGIA DE LA HUMILDAD

[1] Eugene Davidson, *The Death and Life of Germany*, Columbia, University of Missouri Press, 1999, p. 85. Richard Dominic Wiggers, «The United States and the Refusal to Feed German Civilians after World War II», en Béla Várdy y T. Hunt Tooley, eds., *Ethnic Cleansing in TwentiethCentury Europe*, Nueva York, Columbia University Press, 2003, p. 286.

[2] Konrad Adenauer, *Memoirs 1945-53*, trad. de Beate Ruhm von Oppen, Chicago, Henry Regnery Company, 1965, p. 56. [Hay trad. cast.: *Memorias (1945-1953)*, Madrid: Rialp, 1965].

[3] Charles Williams, *Adenauer:The Father of the New Germany*, Nueva York, Wiley, 2000, pp. 1-13, 16-17.

[4] *Ibid.*, p. 29.

[5] En 1917, el káiser Guillermo II cambió el título de alcalde de Colonia por el de señor alcalde (*Oberbürgermeister*). Véase Matthias Oppermann, «Biography of Konrad Adenauer», Fundación Konrad Adenauer (Konrad-Adenauer-Stiftung), archivo online, <https:// www.kas.de/en/ konrad-adenauer>.

[6] *Ibid.*, pp. 220-223.

[7] *Ibid.*, pp. 222-224.

[8] *Ibid.*, p. 237.

[9] *Ibid.*, pp. 238, 232-235.

[10] *Ibid.*, p. 250.

[11] Joseph Shattan, *Architects of Victory: Six Heroes of the Cold War*,

Washington D. C., The Heritage Foundation, 1999, p. 95.

[12] Williams, *Adenauer*, *op. cit.*, pp. 284-290.

[13] *Ibid.*, pp. 304-306.

[14] *Ibid.*, p. 314. Véase también Jeffrey Herf, *Divided Memory: The Nazi Past in the Two Germanys*, Cambridge, Harvard University Press, 1997, p. 213.

[15] Williams, *Adenauer*, *op. cit.*, pp. 312-313.

[16] Comité de zona (*Zonenausschuß*) de la CDU en la zona británica, «Aufruf!», 3 de enero de 1946, Fundación Konrad Adenauer, <https://www.konrad-adenauer.de/download_file/view_inline/831>.

[17] Henry A. Kissinger, memorándum para el presidente, «Subject: Visit of Chancellor Adenauer - Some Psychological Factors», 6 de abril de 1961, p. 2, <https://www.jfklibrary.org/asset-viewer/archives/JFKPOF/ 117a/JFKPOF-117a-008>.

[18] *Volkszählungsergebnisse von 1816 bis 1970*, Beiträge zur Statistik des Rhein-Sieg-Kreises, Siegburg, Archivbibliothek, 1980, Band 17 [*Datos del censo entre 1816 y 1970*, Publicaciones de estadísticas del kreis de Rin-Sieg, vol. 17].

[19] Williams, *Adenauer*, *op. cit.*, pp. 326-330.

[20] «Text of Occupation Statute Promulgated on 12th May 1949 by the Military Governors and Commanders in Chief of the Western Zones», *Official Gazette of the Allied High Commission for Germany*. n.º 1, Bonn-Petersberg, Alto Comisionado aliado para Alemania (23 de septiembre de 1949), pp. 13-15.

[21] Williams, *Adenauer*, *op. cit.*, pp. 332-333. Véase también Amos Yoder, «The Ruhr Authority and the German Problem», *The Review of Politics* 17, n.º 3, (julio de 1955), p. 352.

[22] «Speech by Konrad Adenauer, Chancellor of the Federal Republic, at a Reception Given by the Allied High Commissioners (September 21, 1949)», en *United States Department of State, Germany 1947-1949: The Story in Documents*, Washington D. C., U.S. Government Printing Office, 1950, p. 321, reeditado en Beata Ruhm von Oppen, ed., *Documents on Germany under Occupation, 1945-1954*, Londres y Nueva York, Oxford University Press, 1955, pp. 417-419; como se cita en <http://germanhistorydocs.ghi-dc.org/docpage.cfm?docpage_id=3194>.

[23] Dean Acheson, *Present at the Creation: My Years in the State Department*, Nueva York, Norton, 1969, p. 341.

[24] George C. Marshall, «Harvard Commencement Speech», 5 de

junio de 1947, <https://www.marshallfoundation.org/marshall/the-mars hallplan/marshall-plan-speech/>.

[25] Adenauer, *Memoirs 1945-53*, *op. cit.*, p. 147. El discurso lo pronunció el 23 de marzo de 1949 en Berna.

[26] Thomas Hörber, *The Foundations of Europe: European Integration Ideas in France, Germany and Britain in the 1950s*, Heidelberg, VS Verlag für Sozialwissenschaften, 2006, p. 141.

[27] Ronald J. Granieri, *The Ambivalent Alliance*, Nueva York, Berghahn Books, 2004, p. 34, citando a Herbert Blankenhorn, *Verständnis und Verständigung: Blätter eines politischen Tagebuchs*, Frankfurt, Propyläen Verlag, 1980, entrada del 15 de noviembre de 1949, p. 40.

[28] Citado en Hans-Peter Schwarz, *Konrad Adenauer*, vol. 1, trad. de Louise Willmot, Nueva York, Berghahn Books, 1995, p. 450. [Hay trad. cast.: *Adenauer (1876-1952). Del Imperio Alemán a la República Federal*, vol. 1, Santiago de Chile, Aguilar, 2003].

[29] Carta de Konrad Adenauer a Robert Schuman, 26 de julio de 1949, Centre Virtuel de la Connaissance sur l'Europe, Universidad de Luxemburgo (en adelante CVCE), <https://www.cvce.eu/obj/letter_from_ konrad_adenauer_to_robert_schuman_26_july_1949-en-a03f485c-0 eeb-4401-8c54-8816008a7579.html>.

[30] Ernst Friedlaender, «Interview des Bundeskanzlers mit dem Korrespondenten der Wochenzeitung», *Die Zeit*, 3 de noviembre de 1949, <https://www.cvce.eu/content/publication/1999/1/1/63e25bb4-c980 -432c-af1c-53c79b77b410/publishable_en.pdf>.

[31] *The New York Times*, 5 de diciembre de 1949.

[32] «Deutscher Bundestag – 18. Sitzung. Bonn, den 24. Und 25. November 1949», Fundación Konrad Adenauer, <https:// www.konradadenauer.de/seite/24-november-1949/>.

[33] Adenauer, *Memoirs 1945-53*, *op. cit.*, p. 256.

[34] Robert Schuman, «Declaration of May 9, 1950», Fundación Robert Schuman, *European Issue*, n.º 204, 10 de mayo de 2011, <https:// www.robert-schuman.eu/en/doc/questions-d-europe/qe-204-en.pdf>.

[35] Adenauer, *Memoirs 1945-53*, *op. cit.*, p. 260.

[36] «Entrevue du 23 mai 1950, entre M. Jean Monnet et le Chancelleur Adenauer», CVCE, p. 5, <https://www.cvce.eu/obj/compte_rendu_

de_l_entrevue_entre_jean_monnet_et_konrad_adenauer_23_mai_1950fr-24853ee7-e477-4537-b462-c622fadee66a.html>.

[37] Konrad Adenauer, carta a Robert Schuman, 23 de mayo de 1950, Bonn, CVCE, <https://www.cvce.eu/de/obj/ brief_von_konrad_ adenauer_an_robert_schuman_23_mai_1950-de-7644877d-6004-4ca68ec6-93e4d35b971d.html>.

[38] Konrad Adenauer, «Where Do We Stand Now?», discurso a los estudiantes de la Universidad de Bonn, febrero de 1951, Fundación Konrad Adenauer, <https://www.konrad-adenauer.de/seite/10-februar-1951-1/>.

[39] «Ratification of the ECSC Treaty», en *From the Schuman Plan to the Paris Treaty (1950-1952)*, CVCE, <https://www.cvce.eu/en/ recherche/ unit-content/-/unit/5cc6b004-33b7-4e44-b6db-f5f9e6c01023/3f50ad 11-f340-48a4-8435-fbe54e28ed9a/ Resources#f0f68935-5ee7-49a28dac-418932a47545_en&overlay>.

[40] *Ibid.*

[41] Michael Moran, «Modern Military Force Structures», *Council on Foreign Relations*, 26 de octubre de 2006, <https://www.cfr.org/back grounder/modern-military-force-structures>.

[42] Adenauer, *Memoirs 1945-53*, *op. cit.*, p. 193.

[43] «Aide Defends Adenauer's Stand», *The New York Times*, 25 de noviembre de 1950.

[44] Granieri, *The Ambivalent Alliance*, *op. cit.*, p. 56.

[45] Arnulf Baring, *Außenpolitik in Adenauers Kanzlerdemokratie*, Berlín, R. Oldenbourg, 1969, pp. 161-164.

[46] *Ibid.*

[47] «The Soviet Ministry for Foreign Affairs to the Embassy of the United States», Moscú, 24 de mayo de 1952, *Foreign Relations of the United States, 1952-1954*, vol. 7, parte 1, n.º 102, <https:// history.state.gov/historicaldocuments/frus1952-54v07p1/d102>.

[48] Al día siguiente se firmó el tratado en París.

[49] Citado en Granieri, *The Ambivalent Alliance*, *op. cit.*, p. 79.

[50] Gordon Alexander Craig, *From Bismarck to Adenauer: Aspects of German Statecraft*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1958, p. 110, citando a *Der Spiegel*, 6 de octubre de 1954, p. 5.

[51] Thomas A. Schwartz, «Eisenhower and the Germans», en Gunter Bischof y Stephen E. Ambrose, eds., *Eisenhower: A Centenary Assessment*, Baton Rouge, LSU Press, 1995, p. 215.

[52] Adenauer, *Memoirs 1945-53*, *op. cit.*, p. 456.

[53] Leo J. Daugherty, «Tip of the Spear: The Formation and Expansion of the Bundeswehr, 1949-1963», *Journal of Slavic Military Studies* 24, n.º 1 (invierno de 2011).

[54] Williams, *Adenauer*, *op. cit.*, pp. 392-409.

[55] *Ibid.*, pp. 410-423.

[56] Jeffrey Herf, *Divided Memory:The Nazi Past in the Two Germanys*, Cambridge, Harvard University Press, 1997, p. 282, citando a Konrad Adenauer, «Regierungserklärung zur jüdischen Frage und zur Wiedergutmachung», en *Der deutsch-israelische Dialog: Dokumentation eines erregenden Kapitels deutscher Außenpolitik, Teil 1, Politik*, vol. 1, Múnich, K. G. Sauer, 1987, pp. 46-47.

[57] *Ibid.*, pp. 1-47.

[58] Herf, *Divided Memory*, *op. cit.*, p. 288.

[59] *Ibid.*, p. 288, citando a Michael W. Krekel, *Wiedergutmachung: Das Luxemburger Abkommen vom 10. September 1952*, Bad Honnef-Rhöndorf, SBAH, 1996, p. 40.

[60] Williams, *Adenauer*, *op. cit.*, p. 534.

[61] «Adenauer Fêted by Eshkol; Wants Jews to Recognize Bonn's Good Will», *Jewish Telegraphic Agency*, 5 de mayo de 1966, <https://www.jta.org/archive/adenauer-feted-by-eshkol-wants-jews-to-recognizebonns-good-will>.

[62] *Ibid.*

[63] James Feron, «Adenauer Begins 8-Day Visit to Israel», *The New York Times*, 3 de mayo de 1966.

[64] «Adenauer Fêted by Eshkol», *op. cit.*

[65] Williams, *Adenauer*, *op. cit.*, p. 442.

[66] Felix von Eckardt, *Ein unordentliches Leben*, Düsseldorf, Econ-Verlag, 1967, p. 466.

[67] Keith Kyle, *Suez*, Nueva York, St Martin's Press, 1991, p. 467.

[68] Véase el capítulo 2, páginas 105-107 y 112-113.

[69] Véase el capítulo 2, página 104.

[70] Durante el mandato de Adenauer, Willy Brandt, alcalde del sector occidental de Berlín entre 1956 y 1966, se convirtió en una figura nacional en la Alemania Occidental. Brandt fue elegido canciller en 1969, cuando, a efectos prácticos, Berlín Este pasó a formar parte de la RDA.

[71] *Documents on Germany, 1944-1961*, Departamento de Estado:

Oficina de Historia, Washington D. C., U.S. Government Printing Office, 1961, p. 585.

[72] Kissinger, «Visit of Chancellor Adenauer», p. 4. Esto fue para preparar la primera reunión de Kennedy con Adenauer, que tuvo lugar el 12 de abril.

[73] Henry A. Kissinger, «Remarks at the American Council on Germany John J. McCloy Awards Dinner», 26 de junio de 2002, Henry A. Kissinger papers, parte II, serie III: Post-Government Career, caja 742, carpeta 10, Yale University Library Digital Repository.

[74] En la Administración Kennedy hubo un número sin precedente de académicos —entre ellos Arthur Schlesinger Jr., John Kenneth Galbraith y Carl Kaysen— con acceso directo al presidente. Más familiarizados con el ambiente informal de la universidad que con los intrincados sistemas de acceso mediante los cuales la diplomacia se protege a sí misma (y al país), a veces hicieron reflexiones públicas que en el extranjero se interpretaron como preferencias presidenciales. Esto complicó el diálogo con los líderes extranjeros.

[75] Niall Ferguson, *Kissinger 1923-1968: The Idealist*, Nueva York, Penguin Press, 2015, pp. 490-491, 906.

[76] *Ibid.*

[77] La sesión informativa tuvo lugar en el despacho del canciller en Bonn. Aunque nací en Alemania, por lo general en las conversaciones oficiales hablaba en inglés, pero no pedía un intérprete si mi interlocutor hablaba en alemán.

[78] Walter C. Dowling, «Telegram From the Embassy in Germany to the Department of State», Bonn, 17 de febrero de 1962, 2 p. m., *Foreign Relations of the United States, 1961-1963*, vol. XIV: *Berlin Crisis, 1961-1962*, <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1961-63v14/d298>.

[79] *Ibid.*

[80] Neil MacGregor, «Where Is Germany?», en *Germany: Memories of a Nation*, cap. 1, Nueva York, Knopf, 2015.

[81] Para una historia autorizada de la *Ostpolitik*, véase Timothy Garton Ash, *In Europe's Name: Germany and the Divided Continent*, Nueva York, Vintage, 1994.

[82] Véase el capítulo 2, páginas 111-112.

[83] Williams, *Adenauer*, *op. cit.*, pp. 503-519.

[84] Konrad Adenauer, discurso sobre las posibilidades de la

unificación europea, Bruselas, 25 de septiembre de 1956, CVCE, <https://www. cvce.eu/content/publication/2006/10/25/ea27a4e3-4883-4d38-8dbc5e3949b1145d/publishable_en.pdf>.

[85] Véase el capítulo 3, páginas 141-145.

[86] Barbara Marshall, *Willy Brandt: A Political Biography*, Londres, Macmillan, 1997, pp. 71-73.

[87] Helmut Schmidt, *Men and Powers:A Political Retrospective*, trad. de Ruth Hein, Nueva York, Random House, 1989, p. 4. [Hay trad. cast.: *Hombres y poder*, trad. de Manuel Vázquez, Barcelona, Plaza & Janés, 1989].

[88] Marion Gräfin Dönhoff, *Foe into Friend:The Makers of the New Germany from Konrad Adenauer to Helmut Schmidt*, trad. de Gabriele Annan, Nueva York, St. Martin's Press, 1982, p. 159.

[89] Helmut Schmidt murió en 2015. Pronuncié uno de los panegíricos en el funeral de Estado celebrado en Hamburgo. Ese día, la principal oradora fue la canciller Angela Merkel, líder de la Unión Demócrata Cristiana y jefa de una coalición entre la CDU y el SPD, una combinación que ilustraba cómo las divisiones internas que existían en Alemania en tiempos de Adenauer se habían superado. Yo resumí la contribución de Schmidt de la siguiente manera: «Helmut [Schmidt] vivió una época de transición: entre el pasado de Alemania como país ocupado y dividido y su futuro como la nación europea más poderosa; entre la preocupación por la seguridad y la necesidad de participar en la construcción de un orden económico mundial [...]». Véase Henry A. Kissinger, «Eulogy for Helmut Schmidt», 23 de noviembre de 2015, <https://www.henryakissinger.com/speeches/eulogy-for-helmut-schmidt/>.

[90] Blaine Harden, «Hungarian Moves Presaged Honecker Ouster», *The Washington Post*, 19 de octubre de 1989, <https://www.washingtonpost.com/archive/politics/1989/10/19/hungarian-move-presagedhonecker-ouster/4c7ff7bd-c0de-4e82-86ab-6d1766abec3c/>.

[91] Como se describe en el capítulo 6, páginas 380-382.

[92] Jeffrey A. Engel, *When the World Seemed New: George H.W. Bush and the End of the Cold War*, Nueva York, Mariner Books, 2017, pp. 371375.

[93] Angela Merkel, «Speech at the Konrad Adenauer Foundation on the 50th anniversary of Konrad Adenauer's Death», 25 de abril de 2017, <https://www.kas.de/de/veranstaltungen/detail/-/content/-wir-waeh

len-die-freiheit-1 >.

[94] «Der Abschied», *UFA-Wochenschau*, Das Bundesarchiv-Inhalt. «Ich habe den Wunsch... getan habe», <https://www.filmothek.bundesarchiv.de/video/584751?q=bundeswehr&xm=AND&xf%5B0%5D=_fulltext&xo%5B0%5D=CONTAINS&xv%5B0%5D=&set_lang=de>.

2. CHARLES DE GAULLE: LA ESTRATEGIA DE LA VOLUNTAD

[1] Discurso pronunciado por el general De Gaulle en el aeropuerto de Orly, a la llegada de Richard Nixon, presidente de Estados Unidos, el 28 de febrero de 1969.

[2] En 1967, el embajador francés me invitó a una audiencia con el presidente, pero, como era habitual en De Gaulle, había dejado la decisión en mis manos: «Si pasa por Francia, el presidente estará dispuesto a recibirle». Esto ocurrió poco después de la retirada de las tropas francesas del mando de la OTAN. Como no quería ofender a la Administración del presidente Johnson, muy a mi pesar rehuí la invitación.

[3] Véase Charles de Gaulle, *Complete War Memoirs*, Nueva York, Simon and Schuster, 1964, p. 80. [Hay trad. cast.: *Memorias de guerra*, trad. de Atalaire, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005].

[4] *Ibid.*, p. 84.

[5] Roger Hermiston, «No Longer Two Nations but One», blog *The Lion and Unicorn*, 4 de junio de 2016, <https://thelionandunicorn.wordpress.com/2016/06/04/no-longer-two-nations-but-one/>.

[6] Véanse De Gaulle, *Complete War Memoirs*, pp. 74-80; y Hermiston, «No Longer Two Nations but One», *op. cit.*

[7] Hermiston, «No Longer Two Nations but One», *op. cit.*

[8] Julian Jackson, *De Gaulle*, Cambridge, Harvard Belknap Press, 2018, pp. 128-133. De Gaulle hizo varias retransmisiones en los días siguientes.

[9] De la respuesta de De Gaulle a Pétain desde Londres. Véase *ibid.*, p. 134.

[10] *Ibid.* La fuente en la que se basa Jackson es René Cassin, *Les Hommes partis de rien: Le reveil de la France abattue (1940-1941)*, París,

Plon, 1975, p. 76.

[11] Bernard Ledwidge, *De Gaulle*, Nueva York, St. Martin's Press, 1982, p. 76. Citado en Jackson, *De Gaulle*, *op. cit.*, p. 135.

[12] Citado en Jackson, *De Gaulle*, *op. cit.*, p. 41.

[13] Citado en *ibid.*, p. 17.

[14] *Vers l'Armée de Métier*, 1934; la primera traducción al inglés se publicó en 1940 como *The Army of the Future*.

[15] Charles de Gaulle, proclamación fechada en julio de 1940, en *Discours et Messages*, vol. 1, París, Librairie Plon, 1970, p. 19. Citado también en Christopher S. Thompson, «Prologue to Conflict: De Gaulle and the United States, From First Impressions Through 1940», en Robert O. Paxton y Nicholas Wahl, eds., *De Gaulle and the United States: A Centennial Reappraisal*, Oxford, Berg, 1994, p. 19. Este sentimiento resultaba del todo coherente con la convicción de Churchill, expresada en el discurso «Lucharemos en las playas» del 4 de junio de 1940, de que «cuando sea la voluntad de Dios, el Nuevo Mundo, con todo su poder y su fuerza», llevaría a cabo «el rescate y la liberación del Viejo».

[16] Henry Kissinger, «The Illusionist: Why We Misread de Gaulle», *Harper's Magazine*, marzo de 1965.

[17] Charles de Gaulle, «1939, Notes sur les idées militaires de Paul Reynaud», *Lettres, Notes et Carnets, 1905-1941*, París, Éditions Robert Laffont, 2010, p. 886.

[18] Citado en Jackson, *De Gaulle*, *op. cit.*, p. 44.

[19] Walter Benjamin, *The Arcades Project*, Nueva York, Belknap Press, 2002. [Hay trad. cast.: *Libro de los pasajes*, trad. de Luis Fernández Castañeda *et al.*, Madrid, Akal, 2005].

[20] El cañón de campaña francés de 75 mm, fabricado por primera vez en 1897, fue una pieza de artillería revolucionaria que combinaba el largo alcance con una precisión extrema. Las armas reglamentarias francesas, como el fusil Chassepot 1866, eran excelentes fusiles de cerrojo que podían adaptarse a los cartuchos metálicos. Chris Bishop, «Canon de 75 modèle 1897», en *The Illustrated Encyclopedia of Weapons of World War II*, Londres, Amber Books, 2014; Roger Ford, *The World's Great Rifles*, Londres, Brown Books, 1998.

[21] Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers*, Nueva York, Random House, 1987, pp. 99,199.[Hay trad.cast.:*Auge y caída de las grandes potencias*, trad. de J. Ferrer Aleu, Barcelona, Debolsillo, 2003].

[22] *Ibid.*

[23] Ulrich Pfister y Georg Fertig, «The Population History of Germany: Research Strategy and Preliminary Results», documento de trabajo, Rostock, Max-Planck-Institut für demografische Forschung, 2010, p. 5.

[24] Rondo E. Cameron, «Economic Growth and Stagnation in France, 1815-1914», *The Journal of Modern History* 30, n.º 1 (marzo de 1958), p. 1.

[25] Nadège Mougel, *World War I Casualties*, informe del Centro Europeo Robert Schuman (2011).

[26] De Gaulle, *Vers l'armée de métier*, 1934. De Gaulle era teniente coronel en el momento de la publicación.

[27] Kissinger, «The Illusionist», *op. cit.*, p. 70; véase también «Address by President Charles de Gaulle on French, African and Algerian Realities Broadcast over French Radio and Television on June 14, 1960», en *Major Addresses, Statements and Press Conferences of General Charles de Gaulle: May 19, 1958 – January 31, 1964* (Nueva York: embajada francesa, 1964), p. 79, <https://bit.ly/3rEDU8w>.

[28] El pacto Molotov-Ribbentrop.

[29] Charles de Gaulle, *Memoirs of Hope: Renewal and Endeavor*, Nueva York, Simon and Schuster, 1971, p. 3. [Hay trad. cast.: *Memorias de esperanza*, 2 vols., trad. de Florentino Trapero, Madrid, Taurus, 1970-1971].

[30] *Ibid.*, p. 4.

[31] Dorothy Shipley White, *Seeds of Discord*, Siracusa, Syracuse University Press, 1964, p. 87.

[32] Jackson, *De Gaulle*, *op. cit.*, p. 138.

[33] Charles de Gaulle, transmisión radiofónica, 27 de agosto de 1940, <https://enseignants.lumni.fr/fiche-media/00000003432/le-general-de-gaulle-salue-le-ralliement-du-tchad-a-la-france-libre-audio.html#in fos>.

[34] Jackson señala: «Más tarde, De Gaulle insinuó en una o dos ocasiones que había contemplado el suicidio» (*De Gaulle*, *op. cit.*, p. 149).

[35] El juramento completo es este: «*Jurez de ne déposer les armes que lorsque nos couleurs, nos belles couleurs, flotteront sur la cathédrale de Strasbourg*».

[36] Citado en Jackson, *De Gaulle*, *op. cit.*, p. 170.

[37] De Gaulle, *Complete War Memoirs*, *op. cit.*, p. 192.

[38] *Ibid.*, p. 206.

[39] *Ibid.*, p. 195.

[40] *Ibid.*, p. 206.

[41] Jackson, *De Gaulle*, *op. cit.*, p. 183.

[42] *Ibid.*, p. 254.

[43] Charles de Gaulle, «Télégramme au vice-amiral Muselier, à SaintPierre-et-Miquelon»,24 de diciembre de 1941, en *Lettres, Notes et Carnets*, *op. cit.*, p. 1360.

[44] Véase Jean Lacouture, *De Gaulle, the Rebel 1890-1944*, Nueva York, Norton, 1990, p. 317.

[45] Benjamin Welles, *Sumner Welles*, Nueva York, St. Martin's Press, 1997, p. 288.

[46] Jackson, *De Gaulle*, *op. cit.*, p. 209.

[47] Esta posesión francesa había sido invadida por los británicos en mayo de 1942 sin que se hubiera avisado previamente a De Gaulle.

[48] El *Journal officiel* existe desde finales del Segundo Imperio (1869) y también se publicó durante toda la Tercera República; el Gobierno de Vichy tuvo su propia versión. Actualmente existe una versión digital.

[49] Charles de Gaulle, discurso pronunciado el 18 de junio de 1942 en el Royal Albert Hall de Londres, en el segundo aniversario de la formación de Francia Libre, en *Discours et Messages*, vol. 1, París, Librairie Plon, 1970, pp. 207-215.

[50] Las tres regiones costeras, Orán, Argel y Constantina fueron gobernadas como departamentos de Francia desde 1848 hasta 1957. Una cuarta, Bône, se sumó entre 1955 y 1957. Más allá de la costa, las regiones desérticas de Argelia nunca se consideraron parte de la «Francia metropolitana».

[51] Jackson, *De Gaulle*, *op. cit.*, pp. 210-211.

[52] «The Conferences at Washington, 1941-1942, and Casablanca 1943», *Foreign Relations of the United States*, 4 de febrero de 1943.

[53] Véase De Gaulle, *Complete War Memoirs*, *op. cit.*, p. 410.

[54] Jackson, *De Gaulle*, *op. cit.*, p. 215.

[55] *Ibid.*, p. 277.

[56] Citado en *ibid.*, p. 266.

[57] Jackson, *De Gaulle*, *op. cit.*, pp. 269-273. Véase también Lacouture, *De Gaulle, the Rebel*, *op. cit.*, pp. 446-450.

[58] Véase Jackson, *De Gaulle*, *op. cit.*, p. 276.

[59] De Gaulle, *Complete War Memoirs*, *op. cit.*, p. 429.

[60] Jackson, *De Gaulle*, *op. cit.*, p. 341.

[61] *Ibid.*, p. 315, citando a Henry L. Stimson y McGeorge Bundy, *On*

Active Service in Peace and War, Nueva York, Harper & Brothers, 1947, p. 549 (14 de junio de 1944).

[62] Discurso de De Gaulle en Bayeux, 14 de junio de 1944.

[63] Jackson, *De Gaulle*, *op. cit.*, p. 317.

[64] De Gaulle, *Complete War Memoirs*, *op. cit.*, p. 648.

[65] Jackson, *De Gaulle*, *op. cit.*, p. 326.

[66] Citado en *ibid.*, p. 327.

[67] *Ibid.*, p. 326.

[68] *Ibid.*, p. 331. Para más información sobre la disolución de la Resistencia, véase Jean Lacouture, *De Gaulle, the Ruler 1945-1970*, Nueva York, Norton, 1992, p. 25.

[69] Jackson, *De Gaulle*, *op. cit.*, p. 336.

[70] *Ibid.*, p. 350.

[71] Más tarde, los negociadores estadounidenses se verían expuestos a tácticas similares, pero con un giro especialmente siniestro, debido a la fama de vengativo de Stalin. Durante la Guerra Fría, poner a prueba la resistencia psicológica del adversario mediante la procrastinación se convirtió en algo casi habitual en la diplomacia entre el Este soviético y Occidente. Como también lo fue la prisa por llegar a acuerdos en la fase final (un buen ejemplo fue la cumbre entre Nixon y Brézhnev en Moscú en mayo de 1972); casi como si el plan y la autodisciplina, cultivados con diligencia durante meses de negociación, se vieran repentinamente superados por el miedo a que los frutos perseguidos con tanta paciencia pudieran ser arrebatados por un error fatal de cálculo de la capacidad de resistencia del adversario.

[72] Véase Jean Laloy, «À Moscou: entre Staline et de Gaulle, décembre 1944», *Revue des études slaves* 54, n.º 1-2 (1982), p. 152. Véase Jackson, *De Gaulle*, *op. cit.*, p. 350.

[73] De Gaulle, *Memoirs of Hope*, *op. cit.*, p. 3.

[74] Edmund Burke, *Reflections on the Revolution in France* (1790), en *The Works of the Right Honorable Edmund Burke* (1899), vol. 3, p. 359. [Hay trad. cast.: *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*, trad. de Carlos Mellizo, Madrid, Alianza, 2016].

[75] De Gaulle, *Complete War Memoirs*, *op. cit.*, p. 771.

[76] *Ibid.*, pp. 771-772.

[77] *Ibid.*, p. 776.

[78] *Ibid.*, p. 778.

[79] *Plutarch's Lives*, trad. de John Dryden, Nueva York, Penguin,

2001, vol. 1, «Life of Solon», p. 118. [Hay trad. cast.: *Vidas paralelas*, vol. 2, trad. de Aurelio Pérez Jiménez, Madrid, Gredos, 2008].

[80] De Gaulle, *Memoirs of Hope*, *op. cit.*, p. 6.

[81] Citado en Jackson, *De Gaulle*, *op. cit.*, p. 381.

[82] Citado en *ibid*.

[83] De Gaulle, *Complete War Memoirs*, *op. cit.*, p. 993.

[84] *Ibid.*, p. 977.

[85] Jackson, *De Gaulle*, *op. cit.*, p. 499.

[86] *Ibid.*, p. 418.

[87] De Gaulle, *Complete War Memoirs*, *op. cit.*, pp. 996-997.

[88] Citado en Charles G. Cogan, *Charles de Gaulle:A Brief Biography with Documents*, Boston, Bedford Books, 1996, p. 183.

[89] *Ibid.*, p. 185.

[90] *Ibid.*, pp. 186-187.

[91] *Ibid.*

[92] *Ibid.*, p. 187.

[93] Citado en *ibid.*, p. 185.

[94] JFK Library, President's Office File, «Memorandum of Conversation, President's Visit to Paris, May 31-June 2, 1961», memorando de la conversación entre Kennedy y De Gaulle en el palacio del Elíseo, 31 de mayo de 1961, <https://www.jfklibrary.org/asset-viewer/archives/JFKPOF/ 116a/JFKPOF-116a-004>.

[95] Henry Kissinger, *Diplomacy*, Nueva York, Touchstone, 1994, pp. 541-543. [Hay trad. cast.: *Diplomacia*, trad. de Mónica Utrilla, Barcelona, Ediciones B, 2010].

[96] «Proclamation of Algerian National Liberation Front (FLN), November 1, 1954», <https://middleeast.library.cornell.edu/content/ pro clamation-algerian-national-liberation-front-fln-november-1-1954>.

[97] Citado en Alistair Horne, *A Savage War of Peace: Algeria 19541962*, Nueva York, Penguin, 1978, p. 99.

[98] Agencia Central de Inteligencia (CIA), «Validity Study of NIE 71.2-56: Outlook for Algeria published 5 September 1956», CDG.P. CIA.1957.08.16.

[99] Citado en Jackson, *De Gaulle*, *op. cit.*, p. 447.

[100] Citado en «Eyes on Allies: De Gaulle the Key», *The New York Times*, 20 de mayo de 1962.

[101] *Major Addresses*, *op. cit.*, p. 6.

[102] Jackson, *De Gaulle*, *op. cit.*, p. 463.

[103] De Gaulle, *Memoirs of Hope*, *op. cit.*, p. 26.

[104] Horne, *Savage War of Peace*, *op. cit.*, p. 301.

[105] Véase *Ibid.*, p. L6333.

[106] De Gaulle, *Memoirs of Hope*, *op. cit.*, p. 54.

[107] *Ibid.*

[108] Memorándum de Henry Kissinger para el presidente, 16 de mayo de 1969, «Africa after De Gaulle», Richard Nixon Library, caja 447 [218].

[109] Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de la República Popular China, «Main Points of Chairman Mao's Conversation with Premier Abbas on September 30, 1960», trad. de David Cowhig, 4 de octubre de 1960, Centro Wilson y Public Policy Program Digital Archive, <http:// digitalarchive.wilsoncenter.org/document/117904>.

[110] JFK Library, «StaffMemoranda: Kissinger, Henry, February 1962: 13-28», <https://www.jfklibrary.org/asset-viewer/archives/JFKNSF/ 320/JFKNSF-320-025>.

[111] Jackson, *De Gaulle*, *op. cit.*, p. 501.

[112] *Ibid.*, p. 518.

[113] *Ibid.*, p. 519.

[114] «Address Given by Charles de Gaulle (29 January 1960)», Centre virtuel de la connaissance sur l'Europe, Universidad de Luxemburgo, <https://www.cvce.eu/en/obj/address_given_by_charles_de_gaulle_ 29_january_1960-en-095d41dd-fda2-49c6-aa91-772ebffa7b26.html>.

[115] «Speech Denouncing the Algiers Putsch: April 23, 1961», en Cogan, *Charles de Gaulle*, *op. cit.*, p. 196.

[116] Tal y como se narra en la novela de Frederick Forsyth de 1971 *El día del chacal*.

[117] «'Pieds-noirs': ceux qui ont choisi de rester», *La Dépêche*, 10 de marzo de 2012.

[118] «After 40 Years of Suffering and Silence, Algeria's 'Harkis' Demand a Hearing», *The Irish Times*, 31 de agosto de 2001.

[119] Citado en Cogan, *Charles de Gaulle*, *op. cit.*, p. 119.

[120] Jackson, *De Gaulle*, *op. cit.*, p. 585.

[121] De Gaulle, *Memoirs of Hope*, *op. cit.*, p. 176.

[122] Discurso del presidente De Gaulle el 31 de mayo de 1960, en *Major Addresses*, *op. cit.*, pp. 75, 78.

[123] Octava conferencia de prensa del general De Gaulle como

presidente de la República Francesa [en París, en el palacio del Elíseo, el 29 de julio de 1963], en *ibid.*, p. 234.

[124] *Major Addresses*, *op. cit.*, p. 159.

[125] Citado en Kissinger, *Diplomacy*, *op. cit.*, p. 606.

[126] *Ibid.*

[127] *Ibid.*, p. 605.

[128] Citado en *ibid.*, p. 575.

[129] Para la política de Estados Unidos, véase McGeorge Bundy, «NSAM 294 U.S. Nuclear and Strategic Delivery System Assistance to France», 20 de abril de 1964, National Security Action Memorandums, NSF, caja 3, LBJ Presidential Library, <https://www.discoverlbj.org/item/ nsf-nsam294>.

[130] Véase Wilfrid Kohl, *French Nuclear Diplomacy*, Princeton, Princeton University Press, 2016, p. 79.

[131] Este órgano tendría la responsabilidad de tomar decisiones conjuntas sobre todas las cuestiones políticas que afectaban a la seguridad mundial y de elaborar, y si fuera necesario poner en marcha, planes estratégicos, sobre todo los que implicaran la utilización de armas nucleares. También sería responsable de la organización de la defensa, en su caso, de regiones operativas individuales, por ejemplo, el Ártico, el Atlántico, el Pacífico y el océano Índico. Véase Kissinger, *Diplomacy*, *op. cit.*, p. 611.

[132] Henry Kissinger y Françoise Winock, «L'Alliance atlantique et l'Europe», *Esprit*, nueva época 359, n.º 4 (abril de 1967), p. 611.

[133] Mark Howell, «Looking Back: De Gaulle tells American Forces to Leave France», <https://www.mildenhall.af.mil/News/Article-Display/Article/272283/looking-back-de-gaulle-tells-american-forces-toleave-france/>. En agosto de 1958 se produjo el primer despliegue de armas nucleares estadounidenses en suelo francés (continental), aunque previamente se habían desplegado en el Marruecos francés. Robert Norris, William Arkin y William Burr, «Where They Were», *The Bulletin of the Atomic Scientists* (noviembre/diciembre de 1999), p. 29.

[134] *Major Addresses*, *op. cit.*, p. 226.

[135] Henry Kissinger, «Military Policy and Defense of the 'Grey Areas'», *Foreign Affairs* 33, n.º 3 (1955), pp. 416-428, doi:10.2307/20031108.

[136] «No Cities», discurso del secretario de Defensa McNamara, 9 de julio de 1962, <https://robertmcnamara.org/wp-content/uploads/

2017/04/mcnamara-1967-22no-cities22-speech-p.pdf>.

[137] Citado en Kissinger, *Diplomacy*, *op. cit.*, p. 615.

[138] *Ibid*.

[139] De Gaulle, *Complete War Memoirs*, *op. cit.*, p. 81.

[140] *Ibid*.

[141] *Ibid*.

[142] Julia Lovell, *Maoism: A Global History*, Nueva York, Knopf, 2019, p. 273. [Hay trad. cast.: *Maoísmo: una historia global*, trad. de Jaime Collyer, Barcelona, Debate, 2021].

[143] Jackson, *De Gaulle*, *op. cit.*, p. 721.

[144] El viaje a Baden-Baden sigue siendo un misterio. De Gaulle había ordenado que se notificara su presencia al Gobierno alemán. Y hubo testigos fiables que declararon que el equipaje de la familia estaba en el avión. En el caso de que no consiguiera convencer a Massu, ¿pensaba De Gaulle quedarse un tiempo mientras permitía que avanzara la negociación de Pompidou? Es inconcebible que De Gaulle se hubiera exiliado de manera permanente en Alemania. Es más probable que, sin Massu, hubiera esperado el resultado de la negociación de Pompidou y hubiese regresado después para enfrentarse al caos o al exilio interno (si Pompidou tenía éxito). Véanse «Secrecy Marked de Gaulle's Visit», *The New York Times*, 2 de junio de 1968; Henry Tanner, «Two Tense Days in Elysée Palace», *The New York Times*, 2 de junio de 1968.

[145] *Ibid*., p. 737.

[146] Citado en «World: A Glimpse of Glory, a Shiver of Grandeur», *Time*, 23 de noviembre de 1970.

[147] Una distinción comparable puede observarse en las casas de campo de Churchill y De Gaulle. Chartwell era un refugio donde la vida social y relajada podía reforzar la realización intelectual, y un entorno agradable fomentaba la conversación con amigos de confianza. Colombey-les-Deux-Églises era un refugio austero para la soledad y la reflexión.

[148] Charles de Gaulle, *The Edge of the Sword*, trad. de Gerard Hopkins, Westport, Greenwood, 1960, pp. 65-66. [Hay trad. cast.: *El filo de la espada*, Barcelona, Plaza & Janés, 1961]. Citado en Cogan, *Charles de Gaulle*, p. 218.

[149] Citado en Jackson, *De Gaulle*, *op. cit.*, p. 41.

[150] De Gaulle, *Complete War Memoirs*, *op. cit.*, pp. 997-998.

[151] «*Sans Anne, peut-être n'aurais-je jamais fait ce que j'ai fait. Elle m'a*

donné le cœur et l'inspiration». Pierrick Geais, «Récit: La véritable histoire d'Anne de Gaulle, la fille handicapée du Général», *Vanity Fair* (Francia), 3 de marzo de 2020.

3. RICHARD NIXON: LA ESTRATEGIA DEL EQUILIBRIO

[1] David Shambaugh, *China Goes Global: The Partial Power*, Nueva York, Oxford University Press, 2013, p. 39.

[2] Dale Van Atta, *With Honor: Melvin Laird in War, Peace, and Politics*, Madison, University of Wisconsin Press, 2008, pp. 271-273.

[3] «Memorandum from President Nixon to his Assistant for National Security Affairs», *Foreign Relations of the United States*, vol. 17: *China, 1969-1972*, n.º 147, Departamento de Estado: Oficina del Historiador, <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v17/d147>.

[4] Goodpaster no era asesor de seguridad nacional, pero ayudó a desarrollar los procedimientos del Consejo de Seguridad Nacional (NSC, por sus siglas en inglés). Véase C. Richard Nelson, *The Life and Work of General Andrew J. Goodpaster: Best Practices in National Security Affairs*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2016.

[5] «History of the National Security Council, 1947-1997», The White House Archives, <https://georgewbush-whitehouse.archives. gov/nsc/history.html#nixon>. David Rothkopf, *Running the World: The Inside Story of the National Security Council and the Architects of American Power*, Nueva York, Public-Affairs, 2006, pp. 84-85. A partir de 2017, la plantilla del NDC se limitó por ley a doscientas personas. Véase «The National Security Council: Background and Issues for Congress», Congressional Research Service, 3 de junio de 2021, p. 8, <https://crsreports. congress.gov/product/pdf/R/R44828>.

[6] Richard Nixon, *RN:The Memoirs of Richard Nixon*, Nueva York, Grosset & Dunlap, 1978, p. 390.

[7] Richard Nixon, «Remarks to Midwestern News Media Executives Attending a Briefing on Domestic Policy in Kansas City, Missouri», 6 de julio de 1971, <https://www.presidency.ucsb.edu/documents/re marks-midwestern-news-media-executives-attending-briefing-domes tic-policy-kansas-city>.

[8] *Ibid.*

[9] *Time*, 3 de enero de 1972.

[10] Aunque Europa era poderosa en términos agregados, no era una unidad poderosa.

[11] Henry Kissinger, *Diplomacy*, Nueva York, Simon and Schuster, 1994, pp. 38-40. [Hay trad. cast.: *Diplomacia*, trad. de Mónica Utrilla, Barcelona, Ediciones B, 2010].

[12] Woodrow Wilson, «Address of the President of the United States to the Senate», 22 de enero de 1917, <https:// www.digitalhistory.uh.edu/ disp_textbook.cfm?smtID=3&psid=3898>.

[13] Kissinger, *Diplomacy*, *op. cit.*, p. 709.

[14] «Text of President Nixon's Address at the 25th-Anniversary Session of the U.N.»., *The New York Times*, 24 de octubre de 1970.

[15] *Ibid.*

[16] Henry Kissinger, *White House Years*, Boston, Little, Brown, 1979, pp. 135-136.

[17] Richard Nixon a Melvin Laird, 4 de febrero de 1969. *Foreign Relations of the United States, 1969-1976*, vol. 1: *Foundations of Foreign Policy, 1969-1972*, Departamento de Estado: Oficina del Historiador, <https:// history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v01/d10>.

[18] Véase el capítulo 1, páginas 44-45.

[19] Richard Nixon, «Remarks to the North Atlantic Council in Brussels», 24 de febrero de 1969, <https://www.presidency.ucsb.edu/ documents/remarks-the-north-atlantic-council-brussels>.

[20] Jeffrey Garten, *Three Days at Camp David: How a Secret Meeting in 1971 Transformed the Global Economy*, Nueva York, HarperCollins, 2021, p. 4.

[21] *Ibid.*, pp. 9-10.

[22] *Ibid.*, p. 77.

[23] Ese domingo yo estaba viajando a París para las negociaciones con los norvietnamitas, descritas en el capítulo 3, páginas 155-160.

[24] *Ibid.*, p. 255.

[25] *Ibid.*, p. 250. Algunos periódicos alemanes importantes publicaron artículos en los que se afirmaba que «Estados Unidos casi ha declarado una guerra comercial» y que «el programa de Nixon [...] documenta la recaída de la potencia económica más fuerte del mundo en el nacionalismo y el proteccionismo».

[26] *Ibid.*, p. 308.

[27] Richard H. Immerman, «'Dealing with a Government of Madmen': Eisenhower, Kennedy, and Ngo Dinh Diem», en David L. Henderson, ed., *The Columbia History of the Vietnam War*, Nueva York, Columbia University Press, 2011, p. 131.

[28] Al hacerlo, Johnson se sumó a la escuela de pensamiento dominante, que sostenía que los retos comunistas en Asia eran de la misma naturaleza que los de Europa durante las décadas de 1940 y 1950 y, por lo tanto, se les podía hacer frente estableciendo líneas seguras tras las cuales el pueblo amenazado podía unirse en busca de su libertad.

[29] Harrison Salisbury, *Behind the Lines - Hanoi*, Nueva York, Harper & Row, 1967, p. 137.

[30] John W. Finney, «Plank on Vietnam Devised by Doves», *The New York Times*, 24 de agosto de 1968.

[31] «Defense Casualty Analysis System (DCAS) Extract Files, created ca.2001–4/29/2008, documenting the period 6/28/1950–5/28/2006», <https://aad.archives.gov/aad/fielded-search.jsp?dt=2513&cat=GP21&tf=F&bc=, sl>.

[32] No tengo recuerdos ni documentación sobre por qué se escogió este nombre en clave ni quién lo hizo.

[33] Richard Nixon, «Informal Remarks in Guam with Newsmen», 25 de julio de 1969, American Presidency Project, Universidad de California, Santa Barbara, <https://www.presidency.ucsb.edu/documents/in formal-remarks-guam-with-newsmen>.

[34] *Ibid*. Énfasis añadido.

[35] Richard Nixon, «Address to the Nation on the War in Vietnam», 3 de noviembre de 1969, American Presidency Project, Universidad de California, Santa Barbara, <https://www.presidency.ucsb.edu/documents/ address-the-nation-the-war-vietnam>.

[36] En junio, justo antes de que Nixon iniciara ese viaje alrededor del mundo, se había anunciado la retirada de treinta mil soldados. Esta reducción estaba concebida para preparar el terreno para la declaración de Guam, pero es probable que se produjera en un momento demasiado temprano de la estrategia.

[37] «Memorandum of Conversation», Washington, 20 de octubre de 1969, 3:30 p. m., *Foreign Relations of the United States, 1969-1976*, vol. 12: *Soviet Union, January 1969-October 1970*, n.º 93, Departamento de Estado: Oficina del Historiador, <https://history.state.gov/historicaldocuments/ frus1969-76v12/d93>.

[38] Nixon, «Address to the Nation on the War in Vietnam».

[39] El texto completo del memorando puede leerse en *White House Years*, páginas 1.480-1.482, y su continuación en la página 1482, con el siguiente fragmento: «Dado el historial de informes excesivamente optimistas sobre Vietnam de los últimos años, sería prácticamente imposible convencer al pueblo estadounidense de que el otro bando está sufriendo y, por lo tanto, con paciencia, el tiempo podría estar de nuestro lado. En primer lugar, no estamos seguros de nuestra posición relativa; ya hemos malinterpretado muchas veces los indicadores. En segundo lugar, aunque lleguemos a la conclusión de que la posición militar aliada es sólida, no sabemos cómo traducir eso a términos políticos, y las perspectivas políticas en Vietnam del Sur son mucho más inestables. En tercer lugar, la Administración se enfrenta a una sociedad estadounidense extremadamente escéptica y cínica; el presidente se resiste, con razón, a parecer optimista y a asumir la falta de credibilidad. Por último, para una parte importante y firme de los disidentes de este país, la solidez de la posición aliada es irrelevante: quieren el final de la guerra a cualquier precio». Véanse Kissinger, *White House Years*, *op. cit.*, p. 1.482, y «Memorandum from the President's Assistant for National Security Affairs (Kissinger) to President Nixon», Washington, 11 de septiembre de 1969, *Foreign Relations of the United States, 1969-1976*, vol. 6: *Vietnam, January 1969-July 1970*, n.º 119, Departamento de Estado: Oficina del Historiador, <https:// history.state.gov/ historicaldocuments/frus1969-76v06>.

[40] Véase el capítulo 3, páginas 170-171.

[41] «Address to the Nation», 25 de enero de 1972, The American Presidency Project, Universidad de California, Santa Barbara, <https:// www.presidency.ucsb.edu/documents/address-the-nation-making-public-plan-for-peace-vietnam>.

[42] «Vietnam War U.S. Military Fatal Casualty Statistics», National Archives, <https://www.archives.gov/research/military/vietnam-war/casualty-statistics#toc--dcas-vietnam-conflict-extract-file-record-countsby-incident-or-death-date-year-as-of-april-29-2008--2>.

[43] Richard Nixon, «Address to the Nation on the Situation in Southeast Asia», 8 de mayo de 1972.

[44] Citado en Kissinger, *White House Years*, *op. cit.*, p. 1.345.

[45] Mi argumento de que debía escoger entre llevar una pancarta de protesta ante la Casa Blanca o quedarse hasta el momento en que

acabáramos esa operación juntos convenció a Winston de no dimitir en protesta por la incursión de Estados Unidos en 1970 contra las bases de Hanói en Camboya.

[46] «Transcript of Kissinger's News Conference on the Status of the Cease-Fire Talks», *The New York Times*, 27 de octubre de 1972.

[47] «Act of the International Conference on Viet-Nam», *The American Journal of International Law* 67, n.º 3 (1973), pp. 620-622, <https://doi.org/10.2307/2199198>. Véase también, Henry Kissinger, *Years of Renewal*, Nueva York, Simon & Schuster, 1999, p. 485: «Hubo doce participantes: Estados Unidos, Francia, China, Reino Unido, Canadá, Unión Soviética, Hungría, Polonia, Indonesia, República Democrática de Vietnam (es decir, Vietnam del Norte), República de Vietnam (es decir, Vietnam del Sur) y Gobierno Revolucionario Provisional de la República de Vietnam del Sur (es decir, los comunistas sudvietnamitas)».

[48] *Cf*. Henry A. Kissinger, *Years of Upheaval*, Boston, Little, Brown, 1982, pp. 316-327.

[49] Asunciones comparables han regido, y sustentado, el acuerdo de armisticio coreano de 1953.

[50] «Vietnam - Supplemental Military Assistance (2)», Gerald R. Ford Presidential Library, caja 43, John Marsh Files, 28 y 20-21, <https://www. fordlibrarymuseum.gov/library/document/0067/12000897.pdf>: «El proyecto de ley [...] prohíbe más asistencia o ventas militares (incluidas las entregas) a Camboya después del 30 de junio de 1975». «Para la asistencia militar en el año fiscal 1974, Estados Unidos proporcionó unos 823 millones de dólares (y 235 millones de dólares adicionales de autorizaciones del año anterior), aproximadamente un tercio de la financiación del año anterior y aproximadamente la mitad de los 1.600 millones de dólares pedidos por la Administración [...]. Para asistencia económica en el año fiscal 1974, Estados Unidos proporcionó 333 millones de dólares (incluido un suplemento de 49 millones), aproximadamente un tercio menos que la cifra de 475 millones de dólares solicitada por la Administración». «H. J. Res. 636 (93rd): Joint resolution making continuing appropriations for the fiscal year 1974, and for other purposes», 1 de julio de 1973, <https://www.govtrack.us/congress/bills/93/hjres636/text>.

[51] Jeffrey P. Kimball, *The Vietnam War Files: Uncovering the Secret History of Nixon-Era Strategy*, Lawrence, University Press of Kansas, 2004, pp. 57-59.

[52] Hal Brands, «Progress Unseen: U.S. Arms Control Policy and the Origins of Détente, 1963-1968», *Diplomatic History* 30, n.º 2 (abril de 2006), p. 273.

[53] El 20 de abril de 1964 se alcanzó un modesto acuerdo para reducir conjuntamente el número de reactores nucleares estadounidenses y soviéticos y la cantidad de materiales fisionables, pero no se trató de un logro importante, ya que no se recogió en un tratado y no planteó ninguna limitación a las armas nucleares. Véase Brands, «Progress Unseen», *op. cit.*, pp. 257-258; «Summary» de *Foreign Relations of the United States, 19641968*, vol. 11: *Arms Control and Disarmament*, Departamento de Estado: Oficina del Historiador, <https:// history.state.gov/historicaldocuments/ frus1964-68v11/summary>.

[54] Kissinger, *White House Years*, *op. cit.*, p. 813.

[55] «Editorial Note», *Foreign Relations of the United States, 1969-1976*, vol. 13: *Soviet Union, October 1970-October 1971*, Departamento de Estado: Oficina del Historiador, <https://history.state.gov/ historicaldocuments/ frus1969-76v13/d234>.

[56] Hans M. Kristensen y Matt Korda, «Status of World Nuclear Forces», Federation of American Scientists, última actualización de mayo de 2021, <https://fas.org/issues/nuclear-weapons/status-world-nuclearforces/>.

[57] Sana Krasikov, «Declassified KGB Study Illuminates Early Years of Soviet Jewish Emigration», *The Forward*, 12 de diciembre de 2007.

[58] Mark Tolts, «A Half Century of Jewish Emigration from the Former Soviet Union: Demographic Aspects», artículo presentado para el Project on Russian and Eurasian Jewry, Centro Davis de Estudios Rusos y Euroasiáticos, Universidad de Harvard, 20 de noviembre de 2019.

[59] *Ibid.*

[60] Richard Nixon, «Asia after Viet Nam», *Foreign Affairs* 46, n.º 1 (octubre de 1967), p. 121, <https://cdn.nixonlibrary.org/01/wp-content/ uploads/2017/01/11113807/Asia-After-Viet-Nam.pdf>.

[61] Kissinger, *White House Years*, *op. cit.*, p. 181.

[62] «Memorandum from the President's Assistant for National Security Affairs (Kissinger) to President Nixon», *Foreign Relations of the United States, 1969-1976*, vol. 17: *China, 1969-1972*, Departamento de Estado: Oficina del Historiador, <https://history.state.gov/ historicaldocuments/ frus1969-76v17/d99>.

[63] «Memorandum of Conversation», 25 de octubre de 1970, *Foreign*

Relations of the United States, 1969-1976, vol. E-7: *Documents on South Asia, 1969-1972*, Departamento de Estado: Oficina del Historiador, <https:// history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76ve07/d90>.

[64] Richard Nixon, «Remarks to Midwestern News Media Executives», 6 de julio de 1971, The American Presidency Project, Universidad de California, Santa Barbara, <https://www.presidency.ucsb.edu/docu ments/remarks-midwestern-news-media-executives-attending-briefingdomestic-policy-kansas-city>.

[65] Citado en Kissinger, *White House Years*, *op. cit.*, p. 1.062.

[66] «Joint Statement Following Discussions with Leaders of the People's Republic of China», 27 de febrero de 1972, *Foreign Relations of the United States, 1969-1972*, vol. 17: *China, 1969-1972*, Departamento de Estado: Oficina del Historiador, <https://history.state.gov/historicaldo cuments/frus1969-76v17/d203>.

[67] «Memorandum of Conversation», 17-18 de febrero de 1973, *Foreign Relations of the United States, 1969-1976*, vol. 18: *China, 1973-1976*, Departamento de Estado: Oficina del Historiador, <https://history.state. gov/historicaldocuments/frus1969-76v18/d12>.

[68] Lee Kuan Yew, «Southeast Asian View of the New World Power Balance in the Making», Conferencia Jacob Blaustein n.º 1, 30 de marzo de 1973, pp. 1-3.

[69] Richard Nixon, «Remarks to Midwestern News Media Executives», 6 de julio de 1971.

[70] Resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas 242, 22 de noviembre de 1967, <https://documents-dds-ny.un.org/doc/RESOLUTION/GEN/NR0/240/94/PDF/NR024094.pdf?OpenEle ment>.

[71] Esto permitió a Egipto reunir sus fuerzas y crear las condiciones necesarias para la guerra de Octubre tres años después, bajo la protección de los misiles tierra-aire (SAM, por sus siglas en inglés).

[72] Martin Indyk, *Master of the Game: Henry Kissinger and the Art of Middle East Diplomacy*, Nueva York, Knopf, 2021, pp. 162-163.

[73] Kissinger, *White House Years*, *op. cit.*, pp. 579-580.

[74] Véase *ibid.*, p. 601.

[75] Indyk, *Master of the Game*, *op. cit.*, pp. 66-68.

[76] Véase Kissinger, *White House Years*, *op. cit.*, p. 605.

[77] Para un relato más detallado de estos acontecimientos, véase el capítulo 4, páginas 230-233.

[78] «Memorandum of Conversation», Washington, 10 de octubre de 1973, 9:05-10:36 a. m., *Foreign Relations of the United States, 1969-1976*, vol. 25: *Arab-Israeli Crisis and War, 1973*, n.º 143, Departamento de Estado: Oficina del Historiador, <https://history.state.gov/historicaldocuments/ frus1969-76v25/d143>.

[79] «Transcript of Telephone Conversation Between President Nixon and Secretary of State Kissinger», 14 de octubre de 1973, *Foreign Relations of the United States, 1969-1976*, vol. 25: *Arab-Israeli Crisis and War, 1973*, n.º 180, Departamento de Estado: Oficina del Historiador, <https:// history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v25/d180>.

[80] Para un relato más detallado, véase el capítulo 4, páginas 233-239.

[81] Resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas 338, 22 de octubre de 1973, <https://undocs.org/S/RES/338(1973)>.

[82] National Archives, Nixon Presidential Materials, NSC Files, Kissinger Office Files, caja 69, Country Files - Europe - USSR, Dobrynin / Kissinger, vol. 20, <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus 1969-76v15/d146>.

[83] Para un relato más detallado, véase el capítulo 4, páginas 261-267.

[84] Véase Eqbal Ahmad *et al.*, «Letters to the Editor: Home Rule for Bengal», *The New York Times*, 10 de abril de 1971; Chester Bowles, «Pakistan's Made-in-U.S.A. Arms», *The New York Times*, 18 de abril de 1971; y Benjamin Welles, «Senate Unit Asks Pakistan Arms Cutoff», *The New York Times*, 7 de mayo de 1971.

[85] Margaret MacMillan, *Nixon and Mao:The Week That Changed the World*, Nueva York, Random House, 2007, pp. 222-227.

[86] «Memorandum from the President's Assistant for National Security Affairs (Kissinger) to the President's Deputy Assistant for National Security Affairs (Haig)», 9 de julio de 1971, *Foreign Relations of the United States 1969-1976*, vol. 11: *South Asia Crisis, 1971*, n.º 97, p. 242, Departamento de Estado: Oficina del Historiador, <https:// history.state.gov/his toricaldocuments/frus1969-76v11/d97>.

[87] En las últimas fases del dominio pakistaní, con todo, se repitieron algunas de las atrocidades anteriores.

[88] Syed Adnan Ali Shah, «Russo-India Military Technical Cooperation», <https://web.archive.org/web/20070314041501/http://

www. issi.org.pk/journal/2001_files/no_4/article/4a.htm>.

[89] «Memorandum of Conversation», Washington, 9 de agosto de 1971, 1.15-2.30 p. m., *Foreign Relations of the United States, 1969-1976*, vol. 11: *South Asia Crisis, 1971*, n.º 117, pp. 316-317, <https:// history.state.gov/ historicaldocuments/frus1969-76v11/d117>.

[90] «Memorandum of Conversation», Washington, 11 de septiembre de 1971, 9.30-10.10 a. m., *Foreign Relations of the United States, 1969-1976*, vol. 11: *South Asia Crisis, 1971*, n.º 146, p. 408, <https:// history.state.gov/ historicaldocuments/frus1969-76v11/d146>.

[91] Resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas 307,21 de diciembre de 1971,<https://digitallibrary.un.org/ record/90799? ln=en>.

[92] Benjamin Welles, «Bangladesh Gets U.S. Recognition, Promise of Help», *The New York Times*, 4 de abril de 1972.

[93] «Agreement on Joint Commission on Economic, Commercial, Scientific, Technological, Educational and Cultural Cooperation», 28 de octubre de 1974, <https://mea.gov.in/bilateral-documents.htm? dtl/6134>.

[94] «Transcript of President Nixon's Address to Congress on Meetings in Moscow», *The New York Times*, 2 de junio de 1972.

4. ANWAR SADAT: LA ESTRATEGIA DE LA TRASCENDENCIA

[1] Eugene Rogan, *The Arabs: A History*, Nueva York, Basic Books, 2009, pp. 65-71, 82. [Hay trad. cast.: *Los árabes. Del Imperio otomano a la actualidad*, trad. de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, Barcelona, Crítica, 2018].

[2] Véanse, en general, Albert Hourani, *Arabic Thought in the Liberal Age: 1798-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983; Rogan, *The Arabs: A History*, *op. cit.*, pp. 88-89.

[3] Véanse John McHugo, *Syria: A History of the Last Hundred Years*, Nueva York, The New Press, 2015, pp. 39-40; Tarek Osman, *Islamism*, New Haven, Yale University Press, 2016, pp. 50-52; Majid Fakhry, *A History of Islamic Philosophy*, Nueva York, Columbia University Press, 2004, p. 349.

[4] Rogan, *The Arabs: A History*, *op. cit.*, pp. 124-131.

[5] Lawrence Wright, *Thirteen Days in September*, Nueva York, Vintage Books, 2015, pp. 13-14.

[6] Edward R. F. Sheehan, «The Real Sadat and the Demythologized Nasser», *The New York Times*, 18 de julio de 1971.

[7] Mohamed Heikal, *Autumn of Fury:The Assassination of Sadat*, Nueva York, Random House, 1983, capítulo 2, «Roots», pp. 7-11. [Hay trad. cast.: *Otoño de furia. El asesinato de Sadat*, trad. de Horacio González Trejo, Barcelona, Argos Vergara, 1983].

[8] Anwar Sadat, entrevistado por James Reston, *The New York Times*, 28 de diciembre de 1970.

[9] Sheehan, «The Real Sadat» *op. cit.*

[10] *Ibid.*

[11] Anwar Sadat, *In Search of Identity*, Nueva York, Harper & Row, 1977, p. 4.

[12] Eric Pace, obituario de Anwar Sadat, *The New York Times*, 7 de octubre de 1981.

[13] Mark L. McConkie y R. Wayne Boss, «Personal Stories and the Process of Change: The Case of Anwar Sadat», *Public Administration Quarterly* 19, n.º 4 (invierno de 1996), pp. 493-511.

[14] Véase, por ejemplo, sir Alfred Milner, *England in Egypt*, Londres, Edward Arnold, 1902.

[15] Rogan, *The Arabs: A History*, *op. cit.*, pp. 151, 164.

[16] El partido Wafd fue el principal partido político de Egipto y la vanguardia del movimiento independentista. Su laicismo era poco habitual; había adoptado el eslogan «la religión es para Dios y la nación es para todos».

[17] *Ibid.*, p. 169.

[18] *Ibid.*, p. 196.

[19] *Ibid.*, pp. 208-210.

[20] Steven A. Cook, *The Struggle for Egypt*, Nueva York, Oxford University Press, 2012, pp. 30-31.

[21] *Ibid.*, p. 117.

[22] En 1952, Sadat recordaba a al-Banna como «un hombre recto y honorable, que creo que desaprobaba los excesos cometidos por los Hermanos». Anwar Sadat, *Revolt on the Nile*, Nueva York, The John Day Company, 1952. Véase también Richard Paul Mitchell, *The Society of the Muslim Brothers*, Nueva York, Oxford University Press, 1969, reimp. 1993, p. 24.

[23] Jehan al Sadat, *A Woman of Egypt*, Nueva York, Simon and Schuster, 1987, pp. 92-93.

[24] Sadat, *In Search of Identity*, *op. cit.*, pp. 18-19, 24-26.

[25] *Ibid.*, p. 27.

[26] Raphael Israeli, *Man of Defiance: A Political Biography of Anwar Sadat*, Totowa, Barnes and Noble Books, 1985, pp. 16-25.

[27] Rogan, *The Arabs: A History*, *op. cit.*, pp. 267-268.

[28] Sadat, *In Search of Identity*, *op. cit.*, p. 303.

[29] *Ibid.*, p. 303.

[30] «Egypt Tense after Cairo's Mob Riots», Australian Associated Press, 28 de enero de 1952.

[31] Sadat, *In Search of Identity*, *op. cit.*, p. 108.

[32] Declaración de independencia de Sadat, tal como se cita en Cook, *Struggle for Egypt*, pp. 11-12.

[33] Selma Botman, «Egyptian Communists and the Free Officers», *Middle Eastern Studies* 22 (1986), pp. 362-364.

[34] Agencia Central de Inteligencia, «Memorandum for the Director: Subject: Thoughts on the Succession in Egypt», 29 de septiembre de 1970, 1, <https://www.cia.gov/readingroom/document/cia-rdp79r00904a001500020003-3>. Varios miembros de los Hermanos Musulmanes fueron ejecutados por su presunta participación. Steven A. Cook, «Echoes of Nasser», *Foreign Policy*, 17 de julio de 2013, <https://foreignpolicy.com/2013/07/17/echoes-of-nasser/>.

[35] Cook, *Struggle for Egypt*, *op. cit.*, pp. 60-61.

[36] Véase Don Peretz, «Democracy and the Revolution in Egypt», *Middle East Journal* 13, n.º 1 (1959), p. 27.

[37] «The New Egyptian Constitution», *Middle East Journal* 10, n.º 3 (1956), p. 304; véase también Mona El-Ghobashy, «Unsettling the Authorities: Constitutional Reform in Egypt», Middle East Research and Information Project (MERIP) (2003), <https://merip.org/2003/03/unsett ling-the-authorities/>.

[38] Véase Anthony F. Lang, Jr., «From Revolutions to Constitutions: The Case of Egypt», *International Affairs* 89, n.º 2 (2013), pp. 353-354.

[39] Robert L. Tignor, *Anwar al-Sadat: Transforming the Middle East*, Nueva York, Oxford University Press, 2015, pp. 45-51.

[40] Jon B. Alterman, «Introduction», en *Sadat and His Legacy*, Wash ington D. C., Washington Institute for Near East Policy, 1998, p. x, <https:// www.washingtoninstitute.org/media/3591>.

[41] Steven A. Cook, «Hero of the Crossing?: Anwar Sadat Reconsidered», *Council on Foreign Relations*, 7 de octubre de 2013, <https://www. cfr.org/blog/hero-crossing-anwar-sadat-reconsidered>.

[42] Peretz, «Democracy and the Revolution in Egypt», *op. cit.*, p. 32.

[43] Sadat, *In Search of Identity*, *op. cit.*, p. 75.

[44] Véanse, en general, Joseph Finklestone, *Anwar Sadat: Visionary Who Dared*, Londres, Frank Cass, 1996, pp. 38-61; Tignor, *Transforming the Middle East*, *op. cit.*, pp. 38-59.

[45] Nicholas Breyfogle, «The Many Faces of Islamic Fundamentalism: A Profile of Egypt», *Origins* (1993), p. 15, <https://origins.osu.edu/sites/default/files/migrated_files/origins%20-%20July%201993%20 - %20Egypt.pdf>.

[46] Jacob M. Landau, *Pan-Islam: History and Politics*, Londres, Routledge, 2015, p. 279; Martin Kramer, «Anwar Sadat's Visit to Jerusalem, 1955», en Meir Litvak y Bruce Maddy-Weizman, eds., *Nationalism, Identity and Politics: Israel and the Middle East*, Tel Aviv, The Moshe Dayan Center for Middle Eastern and African Studies, 2014, pp. 29-41, <https:// scholar.harvard.edu/files/martinkramer/files/sadat_jerusalem_1955. pdf>.

[47] Véanse Tawfig Y. Hasou, *The Struggle for the Arab World*, Londres, Routledge, 1985, pp. 75-84; Arthur Goldschmidt, Jr., *A Concise History of the Middle East*, Nueva York, Routledge, 1979, p. 73. Nasser creía de verdad que el Pacto de Bagdad representaba los intentos británicos y estadounidenses de controlar e influir en Oriente Próximo. Véase «Excerpts from Interview with President Gamal Abdel Nasser of the U.A.R.», *The New York Times*, 15 de febrero de 1970.

[48] Kramer, «Anwar Sadat's Visit to Jerusalem, 1955», nota 12 (citando a Heath Mason, primer secretario, despacho del 31 de diciembre de 1955, FO371/121476; <https://discovery.nationalarchives.gov.uk/details/ r/C2878966>).

[49] En 1958, mientras preparaba una visita a Irán, Sadat memorizó un proverbio persa. Se lo recitó al sah al final de su reunión; los dos se hicieron amigos de por vida. Camelia Anwar Sadat, «Anwar Sadat and His Vision», en *Sadat and His Legacy*, Washington D. C., Washington Institute for Near East Policy, 1998, p. 5, <https://www.washingtoninstitute.org/ media/3591>.

[50] Malcolm Kerr, «'Coming to Terms with Nasser': Attempts and Failures», *International Affairs* 43, n.º 1 (1967), p. 66.

[51] Rogan, *The Arabs: A History*, *op. cit.*, p. 287.

[52] Este fue el resultado de una reunión entre Nasser y Zhou Enlai en la Conferencia de Bandung de 1955; Zhou se había ofrecido a mediar entre Nasser y los soviéticos y los checos. Finklestone, *Anwar Sadat: Visionary Who Dared*, fragmentos sobre las opiniones y consejos de Sadat durante el régimen de Nasser, pp. 38-44, 46-47, 49, 53, 55-61.

[53] Cook, *Struggle for Egypt*, *op. cit.*, p. 67.

[54] William J. Burns, *Economic Aid and American Policy Toward Egypt: 1955-1981*, Albany, State University of New York Press, 1985, p. 106, citando a Eugene Black, Colección de historia oral John Foster Dulles, Universidad de Princeton, p. 15, <https://findingaids.princeton.edu/catalog/MC017_c0024>.

[55] Cook, *Struggle for Egypt*, *op. cit.*, p. 68.

[56] «Message From President Eisenhower to Prime Minister Eden», 5 de agosto de 1956, *Foreign Relations of the United States, 1955-1957*, vol. XVI: *Suez Crisis, July 26-December 31, 1956*, n.º 64, Departamento de Estado: Oficina del Historiador, <https://history.state.gov/historicaldocu ments/frus1955-57v16/d163>.

[57] Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas, *Economic Developments in the Middle East: Supplement to World Economic Survey, 1956* (1957), pp. 106-107, <https://www.un.org/en/development/desa/policy/wess/wess_archive/searchable_archive/1956_WESS_MiddleEast.pdf>.

[58] Michael Laskier, «Egyptian Jewry Under the Nasser Regime, 1956-70», *Middle Eastern Studies* 31, n.º 3 (1995), pp. 573-619.

[59] *Ibid.*, pp. 103-104.

[60] *Ibid.*, pp. 106-107.

[61] Karen Holbik y Edward Drachman, «Egypt as Recipient of Soviet Aid, 1955-1970», *Journal of Institutional and Theoretical Economics* (enero de 1971), p. 154 («dependencia creciente»); John Waterbury, *The Egypt of Nasser and Sadat*, Princeton, Princeton University Press, 1983, pp. 86, 397.

[62] «Aswan High Dam Is Dedicated by Sadat and Podgorny», *The New York Times*, 16 de enero de 1971; Holbik y Drachman, «Egypt as Recipient of Soviet Aid», *op. cit.*, pp. 143-144.

[63] Holbik y Drachman, «Egypt as Recipient of Soviet Aid», *op. cit.*, pp. 139-140; Banco Mundial, «GDP Growth (Annual %) - Egypt, Arab Rep»., <https://data.world-bank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.KD.ZG?

end = 1989&locations = EG&start = 1961 >.

[64] Waterbury, *The Egypt of Nasser and Sadat*, *op. cit.*, p. 298.

[65] *Ibid.*, p. 97.

[66] Sadat, *In Search of Identity*, *op. cit.*, p. 128; Tignor, *Transforming the Middle East*, *op. cit.*, p. 64.

[67] Dana Adams Schmidt, «Cairo Rules Out a Pro-U.S. Stand», *The New York Times*, 7 de junio de 1961.

[68] Sadat, *In Search of Identity*, *op. cit.*, p. 128.

[69] Peter Mansfield, «Nasser and Nasserism», *International Journal* 28, n.º 4 (otoño de 1973), p. 674.

[70] Fouad Ajami, «The Struggle for Egypt's Soul», *Foreign Policy*, 15 de junio 1979, <https://foreignpolicy.com/1979/06/15/the-struggle-for-egypts-soul/>.

[71] *Ibid.*

[72] Cook, *Struggle for Egypt*, *op. cit.*, p. 110.

[73] «Telegram from the Embassy in the United Arab Republic to the Department of State», El Cairo, 17 de diciembre de 1959, *Foreign Relations of the United States*, vol. XIII: *Arab-Israeli Dispute*, n.º 252, Departamento de Estado: Oficina del Historiador, <https://history.state.gov/ historicaldocuments/frus1958-60v13/d252>.

[74] «Telegram from the Department of State to Secretary of State Rusk in New York», Washington, 27 de septiembre de 1962, *Foreign Relations of the United States*, vol. XVIII: *Near East, 1962-1963*, n.º 59, Departamento de Estado: Oficina del Historiador, <https://history.state.gov/ historicaldocuments/frus1961-63v18/d59>; «Telegram from the Embassy in the United Arab Republic to the Department of State», El Cairo, 10 de octubre de 1962, *ibid.*, n.º 77, <https://history.state.gov/historicaldocu ments/frus1961-63v18/d77>; «Telegram from the Embassy in Saudi Arabia to the Department of State», Yeda, 30 de noviembre de 1963, *ibid.*, n.º 372.

[75] Waterbury, *The Egypt of Nasser and Sadat*, *op. cit.*, p. 320.

[76] Véase «Memorandum of conversation», Washington, 23 de febrero de 1966, 11.30 a. m., *Foreign Relations of the United States*, vol. XVIII: *Arab-Israeli Dispute, 1964-1967*, n.º 274, Departamento de Estado: Oficina del Historiador, <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus196468v18/d274> (nota: Sadat se reunió con el presidente Johnson); «Memorandum of conversation», Washington, 25 de febrero de 1966, 5.05 p. m., *Foreign Relations of the United States, Near East*

Region, vol. XXI, n.º 391, Departamento de Estado: Oficina del Historiador, <https://history.state. gov/historicaldocuments/ frus1964-68v21/d391>; «Telegram from the Embassy in the United Arab Republic to the Department of State», El Cairo, 28 de mayo de 1966, *Foreign Relations of the United States, 19641968*, vol. XVIII: *Arab-Israeli Dispute, 1964-1967*, n.º 296, Departamento de Estado: Oficina del Historiador, <https://history.state.gov/historical documents/ frus1964-68v18/d296>.

[77] Jehan al Sadat, *A Woman of Egypt*, *op. cit.*, p. 282.

[78] Sadat, *Revolt on the Nile*, (1952) *op. cit.*, p. 103.

[79] Sadat, entrevistado por James Reston, *The New York Times*, 28 de diciembre de 1970.

[80] Raphael Israeli, *The Public Diary of President Sadat*, vol. 1: *The Road to War (October 1970-October 1973)*, Leiden, E. J. Brill, 1978, p. 19, citando «January 8, 1971 - Address to the Faculty of Universities and Higher Institutions of Learning».

[81] Sadat, *Revolt on the Nile*, 1952, *op. cit.*, p. 27.

[82] Thomas W. Lippmann, «A Man for All Roles», *The Washington Post*, 26 de diciembre de 1977; James Piscatori, «The West in Arab Foreign Policy», en Robert O'Neill y R. J. Vincent, eds., *The West and the Third World*, Nueva York, St. Martin's Press,1990, p. 141.

[83] Israeli, *The Public Diary of President Sadat*, vol. 1, p. 11, citando «October 19, 1970 - Sadat's first public speech as president - address to military officers in the Suez Canal front».

[84] *Ibid.*, pp. 28-30, citando «January 15, 1971 - speech marking the completion of the Aswan Dam - delivered in the presence of Soviet President Podgorny, who was attending the ceremony».

[85] *Ibid.*, pp. 32-33, citando «February 16, 1971 interview with Newsweek Magazine - published February 22, 1971 in English».

[86] Finklestone, *Anwar Sadat: Visionary Who Dared*, *op. cit.*, p. 61.

[87] El siguiente material se basa en *Years of Upheaval* y *Years of Renewal*, y en algunos casos repite frases de ambos.

[88] «Nasser rotaba la vicepresidencia entre candidatos que no supusieran una amenaza, y así Sadat [...] se convirtió inesperadamente en presidente interino de Egipto», Kiki M. Santing, *Imagining the Perfect Society in Muslim Brotherhood Journals*, Berlín, de Gruyter, 2020, p. 119); «Antes de convertirse en presidente, se dice que a Sadat se le apodaba "Coronel Sí Sí"», Robert Springborg, *Family Power and Politics in Egypt*,

Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1982, reed. 2016, p. 187; Edward R. Kantowicz, *Coming Apart, Coming Together*, Grand Rapids, William B. Eerdmans, 2000, p. 371; David Reynolds, *One World Divisible*, Nueva York, Norton, 2001, p. 370.

[89] «A Gesture by U.S.: President Terms Loss Tragic - He Joins Fleet OffItaly», *The New York Times*, 29 de septiembre de 1970.

[90] Agencia Central de Inteligencia, «Thoughts on the Succession in Egypt».

[91] Memorando de Harold H. Saunders a Henry Kissinger, «Subject: The UAR Presidency», 8 de octubre de 1970, p. 1, <https://www.cia.gov/readingroom/document/loc-hak-292-3-14-9>.

[92] Agencia Central de Inteligencia, «Thoughts on the Succession in Egypt».

[93] Sadat, *In Search of Identity*, *op. cit.*, p. 125.

[94] Cook, *Struggle for Egypt*, *op. cit.*, p. 114.

[95] Raymond H. Anderson, «Sadat Is Chosen by Egypt's Party to Be President», *The New York Times*, 6 de octubre de 1970.

[96] Raymond H. Anderson, «Showdown in Egypt: How Sadat Prevailed», *The New York Times*, 23 de mayo de 1971. Como había predicho Sadat, la federación nunca se llevaría a la práctica.

[97] Cook, *Struggle for Egypt*, *op. cit.*, p. 122.

[98] Anderson, «Showdown», *op. cit.*

[99] Cook, *Struggle for Egypt*, *op. cit.*, p. 117.

[100] Sadat, discurso ante la nación, 13 de enero de 1972, <https://sadat.umd.edu/resources/presidential-speeches>.

[101] «Anwar Sadat, speech to the Second Session of the Egyptian People's Assembly», 15 de octubre de 1972, pp. 1-3, <https://sadat.umd. edu/resources/presidential-speeches>.

[102] La reapertura aún no se había producido porque, aunque habría proporcionado a Egipto un dinero que necesitaba mucho, requería un equipamiento del que ese país carecía y representaba una concesión importante a Israel y Europa, que dependían del canal para el tránsito de petróleo barato.

[103] Véase «Sadat Peace Initiative of 1971», 17 de enero de 1971, <https://sadat.umd.edu/sites/sadat.umd.edu/files/Announcement%20of%20Peace%20Initiative.pdf>.

[104] John L. Hess, «Deadline Comes and Cairo Waits», *The New York Times*, 16 de agosto de 1971.

[105] Martin Indyk, *Master of the Game: Henry Kissinger and the Art of Middle East Diplomacy*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2021, p. 91.

[106] Edward R. F. Sheehan, «Why Sadat Packed Offthe Russians», *The New York Times*, 6 de agosto de 1972.

[107] Thomas W. Lippman, *Hero of the Crossing: How Anwar Sadat and the 1973 War Changed the World*, Sterling, Potomac Books, 2016, p. 62, citando a Sadat, *In Search of Identity*, «Appendix I: Sadat, letter to Brezhnev, August 1972», p. 321.

[108] Sadat, *In Search of Identity*, *op. cit.*, p. 231.

[109] Texto completo: «Tal como lo ve el presidente, el gran problema está entre la soberanía egipcia y la seguridad israelí. Ambas partes, le pareció, estaban muy alejadas y sus posiciones eran muy rígidas. El presidente no cree que sea posible solucionar todo el problema de Oriente Próximo de una vez, y tal vez no sea resoluble. Manifestó que entendía el argumento de Ismail sobre que las soluciones provisionales acaban convirtiéndose en definitivas. El presidente dio su palabra de que su objetivo era una solución permanente, pero reiteró que no pensaba que fuera posible, en vista del abismo existente entre las partes, alcanzar dicha solución de inmediato. Por lo tanto, tal vez fuera necesario considerar pasos intermedios en el camino. Dijo que quizá los egipcios rechazaran este planteamiento, pero instó a Ismail a discutirlo con Kissinger y subrayó que estábamos comprometidos con una solución a largo plazo del problema. No debería pasarse por alto ninguna opción en nuestra búsqueda de una forma para avanzar hacia nuestro objetivo. El presidente dijo que esperaba que esta fuera la primera, y no la última, reunión. Debería ser el principio de un diálogo y, si no salía nada concreto, esperaba que Ismail no le dijera a Sadat que la iniciativa había fracasado. Una vez más, el presidente señaló lo delicado de las negociaciones a través del canal privado: deben mantenerse discretamente y en privado para que tengan éxito».

[110] «The President's Daily Brief, July 24, 1971», p. 3, <https://www.cia.gov/readingroom/document/0005992769>.

[111] Jehan al Sadat, *A Woman of Egypt*, *op. cit.*, pp. 282-283.

[112] Entrevista en *Yedioth Aharonoth*, 11 de junio de 1987.

[113] David Tal, «Who Needed the October 1973 War?», *Middle Eastern Studies* 52, n.º 5 (2016), p. 748, citando a Jehan al Sadat, entrevista en *Yedioth Aharonoth*, 6 de noviembre de 1987.

[114] Sheehan, «Why Sadat Packed Offthe Russians», *op. cit.*

[115] Jehan al Sadat, *A Woman of Egypt*, *op. cit.*, p. 282.

[116] Anthony Lewis, «Sadat Suggests Return of West Bank, Gaza as Peace Step», *The New York Times*, 11 de mayo de 1978.

[117] David Hirst y Irene Beeson, *Sadat*, Londres, Faber and Faber, 1981, p. 144; Israeli, *Man of Defiance*, p. 79.

[118] Moshe Shemesh, «The Origins of Sadat's Strategic Volte-face: Marking 30 Years since Sadat's Historic Visit to Israel, November 1977», *Israel Studies* 13, n.º 2 (verano de 2008), p. 45.

[119] Véanse Elizabeth Monroe y Anthony Farrar-Hockley, *The ArabIsraeli War, October 1973: Background and Events*, Londres, International Institute for Strategic Studies, 1975, p. 17; Henry Kissinger, *Years of Upheaval*, Boston, Little, Brown, 1982, p. 465.

[120] Sadat, *In Search of Identity*, *op. cit.*, pp. 241-242.

[121] *Ibid*.

[122] «Remarks by the Honorable Henry Kissinger», 4 de mayo de 2000, Cátedra Anwar Sadat para la Paz y el Desarrollo, Universidad de Maryland, <https://sadat.umd.edu/events/remarks-honorable-henrykissinger>.

[123] William B. Quandt, «Soviet Policy in the October 1973 War», Corporación Rand (1976), p. vi, <https://www.rand.org/content/dam/rand/pubs/reports/2006/R1864.pdf>.

[124] «Transcript of Kissinger's News Conference on the Crisis in the Middle East», *The New York Times*, 26 de octubre de 1973.

[125] Indyk, *Master of the Game*, *op. cit.*, p. 138.

[126] Sadat, *In Search of Identity*, *op. cit.*, p. 244.

[127] Cook, *Struggle for Egypt*, p. 131, citando a Saad el Shazly, *The Crossing of the Suez*, San Francisco, American Mideast Research, 1980, p. 106.

[128] «Me gustaría decir ante ustedes y ante el mundo que queremos que se fomente la política de *détente* y que tenga éxito [...]. Me gustaría decirle [al presidente Nixon] que nuestros objetivos al librar esta guerra son bien conocidos y no necesitan aclararse; y que, si quiere conocer nuestras exigencias de paz, entonces le presentaré nuestro proyecto de paz». Véase «Excerpts of a Speech Calling for an Arab-Israeli Peace Conference», 16 de octubre de 1973, p. 91, <https://sadat.umd.edu/resources/presidential-speeches>.

[129] Departamento de Estado de Estados Unidos, Oficina del Historiador, «OPEC Oil Embargo 1973-1974», <https://

history.state.gov/ milestones/1969-1976/oil-embargo>.

[130] Los detalles sobre la diplomacia de esta crisis se encuentran en el capítulo 3, páginas 186-189.

[131] «Memorandum of conversation», sábado, 3 de noviembre de 1973, 10.45 p. m.-1.10 a. m., The Blair House, Washington, <https:// nsarchive2.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB98/octwar-93b.pdf>.

[132] Los seis puntos eran estos: A. Egipto e Israel acuerdan cumplir escrupulosamente el alto el fuego solicitado por el Consejo de Seguridad de la ONU. B. Ambas partes acuerdan que empezarán de inmediato las conversaciones entre ellas para resolver la cuestión del regreso a las posiciones del 22 de octubre en el marco del acuerdo sobre la retirada y la separación de las fuerzas bajo los auspicios de la ONU. C. La ciudad de Suez recibirá suministros diarios de alimentos, agua y medicamentos. Todos los civiles heridos en la ciudad de Suez serán evacuados. D. No se impedirá la circulación de suministros no militares hacia la Ribera Oriental. E. Los puestos de control israelíes en la carretera El Cairo-Suez serán sustituidos por puestos de control de la ONU. Al final de la carretera de Suez, los oficiales israelíes podrán participar con la ONU en la supervisión del carácter no militar de los cargamentos en la orilla del canal. F. Tan pronto como se establezcan los puestos de control de la ONU en la carretera de El Cairo-Suez, se producirá el intercambio de todos los prisioneros de guerra, incluidos los heridos. Kissinger, *Years of Upheaval*, Boston, Little, Brown, 1982, p. 641.

[133] *Ibid*., pp. 1031-1038.

[134] Sadat, *In Search of Identity*, *op. cit.*, p. 43.

[135] *Ibid*., pp. 291-292.

[136] «Memorandum from the President's assistant for national security affairs [Kissinger] to President Nixon», Washington, 6 de enero de 1974, <https://history.state.gov/historicaldocuments/ frus1969-76v26/d1 #fn:1.5.4.4.8.9.12.4>.

[137] Empecé esos viajes de ida y vuelta en Egipto (11-12 de enero); luego Israel (12-13 de enero); luego Egipto (13-14 de enero); luego Israel (14-15 de enero); luego Egipto (16 de enero); luego Israel (16-17 de enero); y finalmente Egipto (18 de enero). Véase Departamento de Estado de Estados Unidos, Oficina del Historiador, «Travels of the Secretary, Henry A. Kissinger», <https://history.state.gov/ departmenthistory/travels/secre tary/kissinger-henry-a>.

[138] Kissinger, *Years of Upheaval*, *op. cit.*, p. 824.

[139] El acuerdo se volvió más complejo a medida que se traducía a un lenguaje formal. Así lo demostró la manera en que Sadat y yo describimos el avance al grupo de trabajo. Sadat me pidió que hablara por él:

«SADAT: Por favor, usted es mucho más inteligente.

KISSINGER: Pero no tan sabio. El presidente y yo no solo discutimos las disposiciones técnicas, sino también los pros y los contras de avanzar rápidamente frente a avanzar lentamente en Ginebra. Las disposiciones técnicas podrían ser mejores si se hicieran en Ginebra, pero evaluamos las ventajas de avanzar rápidamente.

SADAT: Esa es nuestra valoración.

KISSINGER: La línea egipcia defiende a Egipto; la línea israelí no defiende a Israel. Así que para los egipcios hacer retroceder su línea de defensa en territorio egipcio es políticamente inaceptable. Debo decir que este me parece un argumento muy persuasivo. Así que estoy preparado para volver a Israel con algo que nunca había escuchado: abandonar todas estas distinciones entre las zonas. Las fuerzas israelíes retrocederán hasta esta línea, y las fuerzas egipcias retrocederán hasta esta línea, y la línea egipcia está definida aquí, por lo que no es necesaria una retirada egipcia. Así que no describiremos los límites en términos de retirada, sino en términos de distancia entre la línea egipcia y el canal y la línea israelí. El segundo punto que me ha trasladado el presidente Sadat es que para Egipto resulta muy difícil firmar un documento que establezca limitaciones a sus fuerzas en su propio territorio.

SADAT: Muy cierto». Kissinger, *Years of Upheaval*, *op. cit.*, p. 826.

[140] *Ibid.*, p. 836.

[141] *Ibid.*, p. 844.

[142] La complejidad de este objetivo es evidente en esta propuesta de última hora de Estados Unidos: «Toda Quneitra quedará bajo administración siria.

Se trazará una línea a doscientos metros al oeste de Quneitra medida desde la línea de edificios del lado oeste de la carretera occidental. Esta línea estará marcada por una barrera física. La zona hacia el oeste de esta línea será desmilitarizada. La ONU garantizará su cumplimiento. Se permitiría a los civiles israelíes cultivar los campos de esta zona.

La línea militar israelí estará en la base oriental de las dos colinas clave, pero no se permitirá ningún arma en la cima de las colinas que pudiera disparar sobre Quneitra en línea recta. Esta garantía estaría incluida en una carta del presidente Nixon al presidente Asad. La línea al norte y al sur de Quneitra se enderezará para que Quneitra no quede rodeada por posiciones israelíes». Kissinger, *Years of Upheaval*, *op. cit.*, p. 1087.

[143] El académico y diplomático Martin Indyk sugiere que existió una oportunidad de obtener ese acuerdo antes de la cumbre de octubre. Véase *Master of the Game*, *op. cit.*, pp. 413-444.

[144] Isaac Rabin, *The Rabin Memoirs*, Berkeley, University of California Press, 1979, pp. 421-422.

[145] Se manifestó plenamente en los Acuerdos de Oslo de 1993 entre israelíes y palestinos, con sus tres fases de retirada de Cisjordania y Gaza.

[146] Carta de Isaac Rabin a Anwar Sadat, 12 de marzo de 1975, <https://catalog.archives.gov.il/wp-content/uploads/2020/02/12-31975-ויברתאדאסלבתכמ-HZ-5973_13.pdf>.

[147] Reelaborado a partir de notas manuscritas.

[148] «The Seventeenth Government», *The Knesset History*, <https://main.knesset.gov.il/EN/About/History/Pages/KnessetHistory.aspx?kns=7>.

[149] «Memorandum of conversation», conversación en la que participan Kissinger, Peres, Allon y Rabin, 22 de marzo de 1975, 6:35-8:14 p. m., despacho del primer ministro, Jerusalén, Gerald R. Ford Presidential Library and Museum, <https://www.fordlibrarymuseum.gov/library/ document/0331/1553967.pdf>.

[150] Henry Kissinger, *Years of Renewal*, Nueva York, Simon and Schuster, 1990, p. 437.

[151] La definición de la extensión de los pasos, en un principio

controvertida, se resolvió haciendo que asesores de la ONU y representantes de Israel y Estados Unidos recorrieran su longitud.

[152] *Ibid.*, p. 1054.

[153] Entrevista concedida por el presidente Anwar Al Sadat al periódico iraní *Etlaat*, 13 de junio de 1976, p. 722.

[154] Sadat, *In Search of Identity*, *op. cit.*, pp. 297-298.

[155] Carta de Carter a Sadat, 21 de octubre de 1977, <https://sadat.umd.edu/sites/sadat.umd.edu/files/Letter%20from%20President%20Jimmy%20Carter%20to%20Egyptian%20President%20Anwar%20Sadat1.pdf>.

[156] Sadat, *In Search of Identity*, *op. cit.*, p. 302.

[157] Eric Pace, obituario de Anwar el-Sadat, *The New York Times*, 7 de octubre de 1981.

[158] «Excerpts from the speech of H. E. President Mohamed Anwar el-Sadat to the People's Assembly», 9 de noviembre de 1977, <https://sadat.umd.edu/resources/presidential-speeches>.

[159] «Dado que "estamos a punto de ir a Ginebra", no era necesario celebrar una cumbre [árabe] para determinar una nueva estrategia», «Telegram from the Embassy in Egypt to the Department of State; Subj: Arab-Israeli Aspects of Sadat Nov 9 Speech», El Cairo, 10 de noviembre de 1977, <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1977-80v08/ d145>.

[160] «Telegram from the Embassy in Egypt to the Department of State», El Cairo, 10 de noviembre de 1977, <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1977-80v08/d145>.

[161] Hizo que Dayan, su ministro de Asuntos Exteriores, comunicara a Tuhami, el asesor de Sadat, en una reunión secreta celebrada en Marruecos antes del discurso de Sadat, que estaría dispuesto a retirarse por completo del Sinaí.

[162] «Prime Minister Begin's Letter of Invitation to President Sadat», 15 de noviembre de 1977, en *Israel's Foreign Policy - Historical Documents*, vols. 4-5: *1977-1979*, <https://www.mfa.gov.il/MFA/ForeignPolicy/MFA Documents/Yearbook3/Pages/69%20Prime%20Minister%20Begins%20letter%20of%20invitation%20to.aspx>.

[163] William E. Farrell, «Sadat Arrives to Warm Welcome in Israel, Says He Has Specific Proposals for Peace», *The New York Times*, 20 de noviembre de 1977.

[164] Anwar Sadat, «Egypt-Israel Relations: Address by Egyptian

President Anwar Sadat to the Knesset», 20 de noviembre de 1977, <https:// www.jewishvirtuallibrary.org/address-by-egyptian-president-anwar-sa dat-to-the-knesset>.

[165] *Ibid*.

[166] *Ibid*.

[167] *Ibid*.

[168] *Peace in the Making:The Menachem Begin-Anwar El-Sadat Personal Correspondence*, Harry Hurwitz y Yisrael Medad, eds., Jerusalén, Gefen Publishing House, 2011, «Begin Addresses the Knesset After Sadat», 20 de noviembre de 1977, p. 35.

[169] Abraham Rabinovich, *The Yom Kippur War:The Epic Encounter That Transformed the Middle East*, Nueva York, Schocken Books, 2004, pp. 497-498.

[170] Henry Kissinger, «Sadat: A Man with a Passion for Peace», *Time*, 19 de octubre de 1981, <http://content.time.com/time/subscriber/article/ 0,33009,924947,00.html>.

[171] Sabri Jiryis, «The Arab World at the Crossroads: An Analysis of the Arab Opposition to the Sadat Initiative», *Journal of Palestine Studies* 7, n.º 2 (invierno de 1978), p. 26.

[172] *Ibid*., pp. 30-40.

[173] Kissinger, *Years of Renewal*, *op. cit.*, p. 456.

[174] Fahmy creía que «Sadat había entregado todo lo que el ejército egipcio había ganado con gran esfuerzo y sacrificio sin consultar a nadie». Tignor, *Transforming the Middle East*, *op. cit.*, p. 144, citando a Fahmy.

[175] Departamento de Estado de Estados Unidos, Oficina del Historiador, «Memorandum of Telephone Conversation (Carter and Begín)», 17 de noviembre de 1977, <https://history.state.gov/historicaldocuments/ frus1977-80v08/d147>.

[176] Joseph T.Stanik, *El Dorado Canyon:Reagan's Undeclared War with Qaddafi*, Annapolis, Naval Institute Press, 2003, p. 64.

[177] Jiryis, «The Arab World at the Crossroads», *op. cit.*, pp. 29-30, citando la declaración del Congreso General del Pueblo tal como se publicó en *al-Safir*, 19 y 24 de noviembre de 1977.

[178] Marvin Howe, «Hard-Line Arab Bloc Is Formed at Tripoli», *The New York Times*, 6 de diciembre de 1977.

[179] Jiryis, «The Arab World at the Crossroads», *op. cit.*, pp. 30-35.

[180] Kissinger, *Years of Renewal*, *op. cit.*, p. 1057.

[181] *Ibid*., p. 354.

[182] James Feron, «Menachem Begin, Guerrilla Leader Who Became Peacemaker», *The New York Times*, 9 de marzo de 1992.

[183] Kissinger, «A Man with a Passion for Peace».

[184] Sadat, tal como se cita en Finklestone, *Anwar Sadat: Visionary Who Dared*, *op. cit.*, p. 249.

[185] Thomas Lippmann, «Sadat Installs New Government to Lead a Peaceful Egypt», *The Washington Post*, 6 de octubre de 1978.

[186] Israeli, *The Public Diary of President Sadat*, *op. cit.*, pp. 354-355, «May 1, 1973 - May Day speech at a mass rally at the Mahalla-al-Kubra stadium».

[187] Anwar Sadat, «Nobel Lecture», 10 de diciembre de 1978, <https:// www.nobelprize.org/prizes/peace/1978/al-sadat/lecture/>.

[188] *Ibid*.

[189] Finklestone, *Anwar Sadat: Visionary Who Dared*, *op. cit.*, p. 251; Wright, *Thirteen Days in September*, *op. cit.*, p. 354.

[190] Begín a Sadat, 18 de noviembre de 1979, Ministerio de Asuntos Exteriores de Israel, vol. 6: *1979-1980*, <https://www.mfa.gov.il/MFA/ForeignPolicy/MFADocuments/Yearbook4/Pages/53%20Letter%20 from %20Prime%20Minister%20Begin%20to%20President%20S.aspx>.

[191] Hedrick Smith, «After Camp David Summit, A Valley of Hard Bargaining», *The New York Times*, 6 de noviembre de 1978.

[192] *Peace in the Making*, *op. cit.*, pp. 95-97, carta de Sadat a Begín, 30 de noviembre de 1978.

[193] *Ibid*., pp. 85-86, 105.

[194] *Ibid*., p. 209, carta de Sadat a Begín, recibida el 15 de agosto de 1980; p. 224, carta de Begín a Sadat, 18 de agosto de 1980.

[195] *Ibid*., p. 216.

[196] M. Cherif Bassiouni, «An Analysis of Egyptian Peace Policy Toward Israel: From Resolution 242 (1967) to the 1979 Peace Treaty», *Case Western Reserve Journal of International Law* 12, n.º 1 (1980), <https:// scholarlycommons.law.case.edu/jil/vol12/iss1/2>.

[197] Judith Miller, «Hussein, in Egyptian Parliament, Condemns Camp David Accords», *The New York Times*, 3 de diciembre de1984.

[198] Smith, «After Camp David Summit».

[199] Jason Brownlee, «Peace Before Freedom: Diplomacy and Repression in Sadat's Egypt», *Political Science Quarterly* 126, n.º 4 (invierno de 2011-2012), p. 649.

[200] Burns, *Economic Aid and American Policy Toward Egypt*, *op. cit.*, p. 192.

[201] Banco Mundial, «GDP growth (annual %) - Egypt, Arab Rep».,
<https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.KD.ZG?end=1989&locations=EG&start=1961.YES>

[202] Henry F. Jackson, «Sadat's Perils», *Foreign Policy* 42 (primavera de 1981), pp. 59-69.

[203] Marvin G. Weinbaum, «Egypt's *Infitah* and the Politics of U.S. Economic Assistance», *Middle Eastern Studies* 21, n.º 2 (abril de 1985), p. 206; entrevista concedida por el presidente Anwar al Sadat al periódico iraní *Etlaat*, 13 de junio de 1976.

[204] Tignor, *Transforming the Middle East*, *op. cit.*, p. 140; Brownlee, «Peace Before Freedom», p. 651.

[205] Saad Eddin Ibrahim, «Anatomy of Egypt's Militant Islamic Groups: Methodological Note and Preliminary Findings», *International Journal of Middle East Studies* 12, n.º 4 (diciembre de 1980), p. 439.

[206] Saad Eddin Ibrahim, «Discussion», en *Sadat and His Legacy* (Washington D. C.: Washington Institute for Near East Policy, 1998), p. 103, <https://www.washingtoninstitute.org/media/3591>.

[207] Ibrahim, «Anatomy», *op. cit.*, p. 445.

[208] Jiryis, «The Arab World at the Crossroads», *op. cit.*, pp. 35-36.

[209] «Middle East: War of Words, Hope for Peace», *Time*, 7 de agosto de 1978, <http://content.time.com/time/subscriber/article/0,33009,948219,00.html>.

[210] Jackson, «Sadat's Perils», *op. cit.*, p. 64.

[211] Ibrahim, hablando en «Discussion: Sadat's Strategy and Legacy», *op. cit.*, p. 102.

[212] Jehan al Sadat, *A Woman of Egypt*, *op. cit.*, p. 415.

[213] Jackson, «Sadat's Perils», *op. cit.*, p. 65; Don Schanche y *LA Times*, «Arab Sanctions Leave Egypt Unshaken», *The Washington Post*, 2 de abril de 1979.

[214] «Después de que en 1969 un turista trastornado quemara la mezquita de al Aqsa, Nasser envió a Anwar como representante de Egipto para discutir con otros líderes musulmanes qué medidas tomar para proteger los lugares sagrados bajo ocupación israelí. A mi marido, las sugerencias del sah sobre este asunto le parecieron inconsistentes y así se lo dijo, en árabe, a los líderes. El sah respondió furioso. La disputa se calmó cuando Anwar, al darse cuenta de que, al ser traducidas al

francés para que el sah pudiera entenderlas, sus observaciones habían sonado más incendiarias, se dirigió a los miembros de la cumbre en persa. El sah, que era famoso por no reírse nunca y sonreír raramente, en esta ocasión se puso en pie con una sonrisa y aplaudió a Anwar. Se habían plantado las semillas de una amistad para siempre.“No puede haber amor más que después de la enemistad”, a Anwar le gustaba decirle al sah, citando uno de nuestros proverbios árabes». Jehan al Sadat, *A Woman of Egypt*, *op. cit.*, pp. 340-342.

[215] Jehan al Sadat recordaba: ««Iré a Arabia Saudí para preguntarle al rey Jalid y a los príncipes saudíes por qué se retrasan en apoyarle”, le dijo el sah a mi marido.“Deben reconocer que usted está trabajando por toda la zona, por una paz completa y justa y por la devolución de los derechos árabes”. El viaje del sah a Yeda resultaría inútil, pero Anwar nunca olvidaría hasta dónde había llegado su amigo por él, sin habérselo pedido» (*ibid.*, pp. 384-386).

[216] *Ibid.*, pp. 424-425.

[217] Richard L. Homan, «Opposition Parties Disbanding to Protest Sadat Crack-down», *The Washington Post*, 6 de junio de 1978; Brownlee, «Peace Before Freedom», *op. cit.*, p. 661; Jackson, «Sadat’s Perils», *op. cit.*, p. 64.

[218] William E. Farrell, «Sadat, with Anger and Sarcasm, Defends His Crackdown on Foes», *The New York Times*, 10 de septiembre de 1981.

[219] Brownlee, «Peace Before Freedom», *op. cit.*, p. 664.

[220] Raphael Israeli, «Sadat’s Egypt and Teng’s China: Revolution Versus Modernization», *Political Science Quarterly* 95, n.º 3 (1980), p. 364.

[221] Camelia Anwar Sadat, «Anwar Sadat and His Vision», en *Sadat and His Legacy*, Washington D. C., Washington Institute for Near East Policy, 1998), <https://www.washingtoninstitute.org/media/3591>.

[222] *Peace in the Making*, *op. cit.*, pp. 244-245.

[223] Henry Kissinger en *ABC News Nightline*, 6 de octubre de 1981, <https://www.youtube.com/watch?v=N1nCpbUKc4E>.

[224] Howell Raines, «3 Ex-Presidents in Delegation to Funeral but Reagan Is Not», *The New York Times*, 8 de octubre de 1981; «Officials from Around the World Attending Sadat’s Funeral», *The New York Times*, 10 de octubre de 1981.

[225] Kissinger en *ABC News Nightline*, 6 de octubre de 1981.

[226] Por poner un ejemplo, como me escribió en una ocasión el

difunto profesor y diplomático Charles Hill: «Con el asesinato de Sadat, Egipto abandonó su papel de Estado que negociaba con Israel en nombre de los palestinos».

[227] David B. Ottaway, «Body of Sadat is Laid to Rest in Tightly Controlled Funeral», *The Washington Post*, 11 de octubre de 1981, <https:// www.washingtonpost.com/archive/politics/1981/10/11/ body-of-sadatis-laid-to-rest-in-tightly-controlled-funeral/ c72f4903-7699-42a8-b0c777f063695e81/>.

[228] Anwar Sadat, «Address at Ben Gurion University», 26 de mayo de 1979, <https://mfa.gov.il/MFA/ForeignPolicy/MFADocuments/ Yearbook4/Pages/15%20Statements%20by%20Presidents%20Navon %20 and%20Sadat-%20and%20P.aspx>.

[229] <https://www.presidency.ucsb.edu/documents/remarks-president-carter-president-anwar-al-sadat-egypt-and-prime-minister-menahem-begin>.

[230] Sadat, *In Search of Identity*, *op. cit.*, pp. 79, 84-85.

[231] Kissinger, *Years of Renewal*, *op. cit.*, p. 458.

[232] Primer ministro Isaac Rabin, «Address to the United States Congress», 26 de julio de 1994, <https://mfa.gov.il/MFA/MFA-Archive/ Pages/ADDRESS%20BY%20PM%20RABIN%20TO%20THE%20 US %20CONGRESS%20-%2026-Jul-94.aspx>.

[233] Kissinger, *Years of Upheaval*, *op. cit.*, p. 651.

[234] «Remarks by the Honorable Henry Kissinger», 4 de mayo de 2000, Cátedra Anwar Sadat para la Paz y el Desarrollo, Universidad de Maryland, <https://sadat.umd.edu/events/remarks-honorable-henry-kissinger>.

5. LEE KUAN YEW: LA ESTRATEGIA DE LA EXCELENCIA

[1] Lee Kuan Yew, «Collins Family International Fellowship Lecture», pronunciada el 17 de octubre de 2000 en la Escuela de Gobierno John F. Kennedy de la Universidad de Harvard, <https://www.nas.gov.sg/ archivesonline/data/pdfdoc/2000101706.htm>. Véase también: Richard Longworth, «Asian Leader Begins Brief Sabbatical», *The Harvard Crimson*, 14 de noviembre de 1968, <https://www.thecrimson.com/ article/1968/ 11/14/asian-leader-begins-brief-sabbatical-plee/>.

[[2]] Longworth, «Asian Leader Begins Brief Sabbatical».

[3] Como escribió Lee: «Cuando llegué al cargo no tardé en descubrir que pocos de los problemas a los que me enfrentaba en el Gobierno no se los habían encontrado y resuelto ya otros gobiernos. De modo que adopté la práctica de descubrir quién más se había topado con el problema al que nosotros nos enfrentábamos, cómo lo había abordado y cuánto éxito había tenido». Lee Yuan Kew, *From Third World to First*, Nueva York, HarperCollins, 2000, p. 687. [Hay trad. cast.: *Del tercer mundo al primero*, Barcelona: Cambra Oficial de Comerç, Indústria i Navegació de Barcelona, 2008].

[4] Véase Lee Kuan Yew, *From Third World to First*, Nueva York, HarperCollins, 2000, pp. 460-461. [Hay trad. cast.: *Del tercer mundo al primero*, Barcelona, Cambra Oficial de Comerç, Indústria i Navegació de Barcelona, 2008].

[5] Richard Nixon, *Leaders:Profiles and Reminiscences of Men Who Have Shaped the Modern World*, Nueva York, Warner Books, 1982, p. 319. [Hay trad. cast.: *Líderes*, trad. de Inés de la Torres, Madrid, Torres de Papel, 2015].

[6] Margaret Thatcher, *Statecraft: Strategies for a Changing World*, Nueva York, HarperCollins, 2002, p. 117.

[7] Lee, «Collins Family International Fellowship Lecture».

[8] John Curtis Perry, *Singapore: Unlikely Power*, Nueva York, Oxford University Press, 2017, p. 6.

[9] Lee, *From Third World to First*, *op. cit.*, p. 3.

[10] Han Fook Kwang *et al.*, eds., *Lee Kwan Yew: Hard Truths to Keep Singapore Going*, Singapur, Straits Times Press, 2011, p. 19.

[11] *Ibid.*, p. 18.

[12] Lee, *From Third World to First*, *op. cit.*, p. 690.

[13] *Ibid.*

[14] «Aspen Meeting, May 6, 1979, 3.00 p.m., Singapore», Henry A. Kissinger papers, parte III, caja 169, carpeta 4, 12, Yale University Library, <http://findit.library.yale.edu/catalog/digcoll:1193313>.

[15] Han *et al.*, eds., *Hard Truths*, p. 390. Los entrevistadores de Lee fueron dos jóvenes periodistas singapurenses, Rachel Lin y Robin Chan.

[16] Ezra Vogel, *Deng Xiaoping and the Transformation of China*, Cambridge, Belknap Press, 2011, pp. 290-291.

[17] Perry, *Singapore*, *op. cit.*, p. 37.

[18] *Ibid.*, p. 124.

[19] *Ibid.*, p. 121.

[20] *Ibid.*, p. 124, para la fecha. Fred Glueckstein, «Churchill and the Fall of Singapore», *International Churchill Society*, 10 de noviembre de 2015, <https://winstonchurchill.org/publications/finest-hour/finest-hour169/churchill-and-the-fall-of-singapore/>.

[21] Lee Kuan Yew, *The Singapore Story*, Singapur, Times Editions, 1998, p. 51. [Hay trad. cast.: *Historia de Singapur*, Barcelona: Cambra Oficial de Comerç, Indústria i Navegació de Barcelona, 2008].

[22] *Ibid.*, p. 35.

[23] *Ibid.*, p. 34. Lee abre sus memorias con la imagen indeleble de su padre colgándole por las orejas en un balcón tras perder una de esas partidas.

[24] *Ibid.*

[25] *Ibid.*, pp. 35-38.

[26] *Ibid.*, p. 36.

[27] *Ibid.*, p. 43.

[28] *Ibid.*, p. 38.

[29] *Ibid.*

[30] *Ibid.*, pp. 39-40.

[31] Lee, «Collins Family International Fellowship Lecture». Perry recoge el sentimiento parecido de una mujer malaya en Singapur tras el regreso de las fuerzas británicas después de la guerra: «Sin duda nos alegramos de que los británicos hubieran regresado para liberarnos de los japoneses, pero apenas dimos importancia a su promesa de protegernos en el futuro [...] nuestros dioses tenían pies de barro». Perry, *Singapore*, *op. cit.*, p. 146.

[32] Perry, *Singapore*, *op. cit.*, p. 138.

[33] *Ibid.*, p. 140.

[34] *Ibid.*, pp. 61-66.

[35] *Ibid.*, p. 66.

[36] *Ibid.*, p. 115.

[37] Lee Kuan Yew, «Eulogy by Minister Mentor Lee Kuan Yew at the Funeral Service of Mrs Lee Kuan Yew», Oficina del Primer Ministro de Singapur, 6 de octubre de 2010.

[38] *Ibid.*, pp. 113-114.

[39] Lee, «Collins Family International Fellowship Lecture», 17 de octubre de 2000.

[40] *Ibid.*

[41] Lee Kuan Yew, «If I Were an Englishman», discurso en nombre de David Widdicombe, principios de febrero de 1950, en *Lee Kuan Yew: The Man and His Ideas*, Han Fook Hwang, Warren Fernandez y Sumiko Tan, eds., Singapur, Times Editions, 1998, p. 255.

[42] Constance Mary (C. M.) Turnbull, *A History of Modern Singapore*, Singapur, National University of Singapore Press, 2020, pp. 371-372.

[43] *Ibid.*, p. 382.

[44] Una comisión de 1879 había denunciado los sobornos generalizados en la policía. Véase Jon S. T. Quah, «Combating Corruption in Singapore - What Can Be Learned?», *Journal of Contingencies and Crisis Management* 9, n.º 1 (marzo de 2001), pp. 29-31.

[45] *Ibid.*, p. 30.

[46] Cyril Northcote Parkinson, *A Law Unto Themselves:Twelve Portraits*, Boston, Houghton Mifflin, 1966, p. 173.

[47] Su objetivo, según el sociólogo singapurense Beng Huat Chua, era «igualar, si no mejorar, el ascetismo y la abnegación de la izquierda radical». Véase Beng Huat Chua, *Liberalism Disavowed: Communitarianism and State Capitalism in Singapore*, Ithaca, Cornell University Press, 2017, p. 3.

[48] Perry, *Singapore*, *op. cit.*, p. 157.

[49] Lee, *The Singapore Story*, *op. cit.*, pp. 305-309, 319.

[50] Más tarde, Lee escribió sobre Goh, Rajaratnam y otros dos lugartenientes de confianza: «Todos eran mayores que yo y nunca se inhibieron de decirme lo que pensaban, sobre todo cuando me equivocaba. Me ayudaron a seguir siendo objetivo y equilibrado». Lee, *From Third World to First*, *op. cit.*, *p*. 686.

[51] Turnbull, *Singapore*, *op. cit.*, pp. 449-450.

[52] Lee, *From Third World to First*, *op. cit.*, p. 96.

[53] *Ibid.*, p. 105.

[54] Quah, «Combating Corruption in Singapore».

[55] Turnbull, *Singapore*, *op. cit.*, p. 429.

[56] Lee Kuan Yew, «How Much Is a Good Minister Worth?», discurso ante el Parlamento, 1 de noviembre de 1994, en *Lee Kuan Yew:The Man and His Ideas*, *op. cit.*, p. 331.

[57] Beng Huat Chua, *Liberalism Disavowed: Communitarianism and State Capitalism in Singapore*, Ithaca: Cornell University Press, 2017, p. 3.

[58] Muhamad Ali, «Eradicating Corruption - The Singapore Experience», presentado en el Seminario sobre Experiencias

Internacionales de Buena Gobernanza y Lucha Contra la Corrupción, febrero de 2000, p. 2.

[59] Transparencia Internacional, una organización sin ánimo de lucro con sede en Berlín, situó en 2020 a Singapur como el tercer país menos corrupto del mundo (posición compartida con Finlandia, Suiza y Suecia. Nueva Zelanda y Dinamarca empataron en el primer puesto). Véase «Corruption Perceptions Index» 2020, Transparencia Internacional, <https://www.transparency.org/en/cpi/2020/index/sgp>.

[60] Quah, «Combating Corruption in Singapore», *op. cit.*, p. 29.

[61] Lee, «How Much Is a Good Minister Worth?», *op. cit.*, p. 338.

[62] Turnbull, *Singapore*, *op. cit.*, p. 450.

[63] *Ibid.*, p. 495.

[64] *Ibid.*, p. 450.

[65] George P. Shultz y Vidar Jorgensen, «A Real Market in Medical Care? Singapore Shows the Way», *The Wall Street Journal*, 15 de junio de 2020, <https://www.wsj.com/articles/a-real-market-in-medical-caresingapore-shows-the-way-11592264057>.

[66] Lim Meng-Kim, «Health Care Systems in Transition II. Singapore, Part 1. An Overview of Health Care Systems in Singapore», *Journal of Public Health* 20, n.º 1 (1988), p. 19.

[67] Turnbull, *Singapore*, *op. cit.*, pp. 510-511.

[68] *Ibid.*

[69] Turnbull, *Singapore*, *op. cit.*, p. 511.

[70] Lee, *From Third World to First*, *op. cit.*, p. 112.

[71] Perry, *Singapore*, *op. cit.*, pp. 160, 250, 252.

[72] Lee, *From Third World to First*, *op. cit.*, p. 112.

[73] Fareed Zakaria, «Culture Is Destiny: A Conversation with Lee Kuan Yew», *Foreign Affairs* 73, n.º 2 (marzo/abril 1994), p. 111.

[74] Lee, *The Singapore Story*, *op. cit.*, pp. 16, 401-402.

[75] *Ibid.*, pp. 394-396.

[76] Perry, *Singapore*, *op. cit.*, p. 157.

[77] *Ibid.*, p. 164.

[78] Lee, *The Singapore Story*, *op. cit.*, p. 23.

[79] Arnold Toynbee, *Cities on the Move*, Nueva York, Oxford University Press, 1970, p. 55. [Hay trad. cast.: *Ciudades en marcha*, trad. de Mary Williams, Madrid, Altaya, 1999].

[80] Perry, *Singapore*, *op. cit.*, p. 197.

[81] Lee, *From Third World to First*, *op. cit.*, p. 7.

[82] Seth Mydans, «Days of Reflection for the Man Who Defined Singapore», *The New York Times*, 11 de septiembre de 2010.

[83] Lee Kuan Yew, «Transcript of a Press Conference on August 9, 1965», Archivo Nacional de Singapur, pp. 32-33, <https://www.nas.gov.sg/archivesonline/speeches/record-details/740acc3c-115d-11e3-83d50050568939ad>.

[84] Lee, *From Third World to First*, *op. cit.*, p. 6.

[85] *Ibid.*, p. 14.

[86] *Ibid.*, p. 11.

[87] *Ibid.*, p. 15.

[88] *Ibid.*, p. 19.

[89] *Ibid.*, p. 228.

[90] Transcripción del discurso pronunciado por el primer ministro en una reunión de la Consulta sobre Juventud y Formación de Líderes, patrocinada por la Conferencia Cristiana de Asia Oriental, celebrada en la Iglesia Metodista de Queen Street el 10 de abril de 1967.

[91] «Aspen Meeting, January 30, 1980, 3.30 p.m., Germany», Henry A. Kissinger papers, parte III, caja 169, carpeta 11, 10-11, Yale University Library, <http://findit.library.yale.edu/catalog/digcoll:1193221>.

[92] Lee Kuan Yew, *My Lifelong Challenge: Singapore's Bilingual Journey*, Singapur, Straits Times Press, 2012.

[93] Lee hablaba malayo e inglés desde la infancia. Se esforzó por aprender mandarín; empezó en la adolescencia, lo retomó a finales de la veintena y siguió trabajando con un tutor hasta bien entrados los ochenta años. Para ampliar su base política, empezó a aprender hokkien y a pronunciar discursos en este dialecto al final de la treintena. Véanse John Curtis Per r y, *Singapore: Unlikely Power*, Nueva York, Oxford University Press, 2017, p. 192; Lee Kuan Yew, *My Lifelong Challenge: Singapore's Bilingual Journey*, Singapur, Straits Times Press, 2012, pp. 32-41; y Lee Kuan Yew, «Clean, Clear Prose», discurso dirigido a altos funcionarios en el Centro Regional de Idiomas, 27 de febrero de 1979, en *Lee Kuan Yew:The Man and His Ideas*, Singapur, Times Editions, 1998, p. 327.

[94] *Ibid.*, p. 53.

[95] Constitución de la República de Singapur, artículo 153A.

[96] Zakaria, «Culture Is Destiny», *op. cit.*, p. 120.

[97] Perry, *Singapore*, *op. cit.*, p. 166. Lee incluso mandó hacer una copia de la estatua en mármol sintético y la colocó en un lugar

destacado del paseo marítimo de Singapur.

[98] Véase Lee, *From Third World to First*, *op. cit.*, p. 50.

[99] *Ibid.*, p. 3.

[100] Lee Kuan Yew, «Make Sure Every Button Works», discurso ante altos funcionarios en el Teatro Victoria, 20 de septiembre de 1965, en *Lee Kuan Yew:The Man and His Ideas*.

[101] Lee Kuan Yew, discurso en la gran manifestación y desfile del Día de la Solidaridad con Malasia en Padang, 31 de agosto de 1963, p. 4, <https://www.nas.gov.sg/archivesonline/speeches/record-details/740957c6-115d-11e3-83d5-0050568939ad>.

[102] «Aspen Meeting, January 17, 1978», Henry A. Kissinger papers, parte III, caja 168, carpeta 31, 12-13, Yale University Library, <http://findit.library.yale.edu/catalog/digcoll:1193335>.

[103] Lee Kuan Yew, «Prime Minister's May Day Message, 1981», 1 de mayo de 1981, <https://www.nas.gov.sg/archivesonline/data/pdfdoc/lky19810501.pdf>.

[104] Perry, *Singapore*, *op. cit.*, p. 152; y Rudyard Kipling, «Recessional», The Poetry Foundation, <https://www.poetryfoundation.org/ poems/46780/recessional>.

[105] «British Withdrawal from Singapore», *Singapore Infopedia*, Consejo Nacional de Bibliotecas de Singapur, <http://eresources.nlb.gov.sg/ infopedia/articles/SIP_1001_2009-02-10.html>.

[106] Perry, *Singapore*, *op. cit.*, p. 165.

[107] *Ibid.*, p. 157.

[108] *Ibid.*, p. 167. Lee viajó a Malta, Reino Unido y Japón para estudiar los astilleros.

[109] Citado en *Lee Kuan Yew:The Man and His Ideas*, *op. cit.*, p. 109.

[110] «Aspen Meeting, January 18, 1978», Henry A. Kissinger papers, parte III, caja 168, carpeta 32, 2, Yale University Library, <http://findit.library.yale.edu/catalog/digcoll:1193198>.

[111] Perry, *Singapore*, *op. cit.*, p. 196.

[112] A Hewlett-Packard le impresionó mucho el «servicio de ventanilla única» del Consejo de Desarrollo Económico de Singapur, que ayudaba a las empresas a trasladarse. «Si les preguntabas por algo, lo tenías en tu mesa al día siguiente», dijo un ejecutivo. Citado en Edgar H. Schein, *Strategic Pragmatism:The Culture of Singapore's Economic Development Board*, Cambridge, MIT Press, 1996, p. 20.

[113] Memorando de conversación, sala de reuniones del gabinete, el

Istana, Singapur, 18 de enero de 2003, 3.40 p. m.

[114] «World Economic Survey, 1971», Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de la ONU (Nueva York: ONU, 1972), <http://www.un.org/en/development/desa/policy/wess/wess_archive/1971wes.pdf>.

[115] Turnbull, *Singapore*, *op. cit.*, p. 491.

[116] *Ibid.*, p. 491.

[117] *Lee Kuan Yew:The Man and His Ideas*, *op. cit.*, pp. 111-112.

[118] Lee, *From Third World to First*, *op. cit.*, p. 691.

[119] *Ibid.*, p. 63.

[120] Lee Kuan Yew, «Eve of National Day Broadcast 1987», 8 de agosto de 1987, <https://www.nas.gov.sg/archivesonline/speeches/recorddetails/73fa03f6-115d-11e3-83d5-0050568939ad>.

[121] Lee, «Prime Minister's May Day Message, 1981».

[122] Transcripción de la conversación entre el primer ministro Lee Kuan Yew y cinco corresponsales extranjeros, grabada en la SBC el 9 de octubre de 1984, <https://www.nas.gov.sg/archivesonline/speeches/rec ord-details/7422b2ea-115d-11e3-83d5-0050568939ad>.

[123] Lyndon Johnson, «Remarks of Welcome at the White House to Prime Minister Lee of Singapore», 17 de octubre de 1967, <https://www.presidency.ucsb.edu/documents/remarks-welcome-the-whitehouse-prime-minister-lee-singapore>.

[124] Hubert Humphrey, «Memorandum from Vice President Humphrey to President Johnson: Meeting with Prime Minister Lee Kuan Yew of Singapore», 18 de octubre de 1967, Departamento de Estado, Oficina del Historiador.

[125] Zakaria, «Culture Is Destiny», *op. cit.*, p. 115.

[126] Lee Kuan Yew, «Exchange of Toasts between the President and Prime Minister Lee Kuan Yew of Singapore», 4 de abril de 1973, p. 7, <https://www.nas.gov.sg/archivesonline/speeches/record-details/7337d52d-115d-11e3-83d5-0050568939ad>.

[127] Lee, «Prime Minister's May Day Message, 1981».

[128] Zakaria, «Culture Is Destiny», *op. cit.*, pp. 124-125.

[129] Lee, *From Third World to First*, *op. cit.*, p. 451.

[130] «Obituary: Lee Kuan Yew», *The Economist*, 22 de marzo de 2015, <https://www.economist.com/obituary/2015/03/22/lee-kuanyew>.

[131] Zakaria, «Culture Is Destiny», *op. cit.*, p. 112.

[132] *Lee Kuan Yew:The Man and His Ideas*, *op. cit.*, pp. 230, 233.

[133] Lee Kuan Yew, «East Asia in the New Era: The Prospects of Cooperation», discurso pronunciado en la Conferencia del Centro Fairbank de la Universidad de Harvard, Nueva York, 11 de mayo de 1992. Tal como se cita en Graham Allison y Robert D. Blackwill, eds., *Lee Kuan Yew:The Grand Master's Insights on China, the United States, and the World*, Cambridge, Centro Belfer de Ciencia y Asuntos Internacionales/The MIT Press, 2012, p. 41.

[134] «Lee Kuan Yew, remarks to the U.S. Defense Policy Board, May 2, 2002», archivo privado de Henry Kissinger, p. 3.

[135] Han *et al.*, eds., *Hard Truths*, *op. cit.*, p. 313.

[136] Lee Kuan Yew, «Southeast Asian View of the New World Power Balance in the Making», Jacob Blaustein Lecture n.º 1, 30 de marzo de 1973, p. 12, <https://www.nas.gov.sg/archivesonline/speeches/recorddetails/73377f87-115d-11e3-83d5-0050568939ad>.

[137] «Aspen Meeting, May 7, 1979, Singapore», Henry A. Kissinger papers, parte III, caja 169, carpeta 5, 3, Yale University Library, <http://findit.library.yale.edu/catalog/digcoll:1193268>.

[138] *Ibid.*, p. 6.

[139] *Ibid.*, p. 4.

[140] Peter Hicks, «"Sleeping China" and Napoleon», Fundación Napoléon, <https://www.napoleon.org/en/history-of-the-two-empires/articles/ava-gardner-china-and-napoleon/>.

[141] Nicholas D. Kristof, «The Rise of China», *Foreign Affairs* 72, n.º 5 (noviembre/diciembre 1993), p. 74.

[142] Lee Kuan Yew, «Asia and the World in the 21st Century», discurso pronunciado en el Foro del siglo XXI, Pekín, 4 de septiembre de 1996.

[143] Han *et al.*, eds., *Hard Truths*, *op. cit.*, p. 310.

[144] Lee, «Collins Family International Fellowship Lecture».

[145] Vogel, *Deng Xiaoping*, *op. cit.*, p. 292.

[146] Han *et al.*, eds., *Hard Truths*, *op. cit.*, p. 389.

[147] Vogel, *Deng Xiaoping*, *op. cit.*, p. 291.

[148] *Ibid.*

[149] Citado en Emrys Chew y Chong Guan Kwa, *Goh Heng Swee: A Legacy of Public Service*, Singapur, World Scientific Publishing Co., 2012, p. 17.

[150] Lee, *From Third World to First*, *op. cit.*, p. 626.

[151] *Ibid.*, pp. 627-628.

[152] Resumen de la conversación entre Lee Kuan Yew y John Thornton en el Foro Global FutureChina, Singapur, 11 de julio de 2001. Tal como se cita en Allison y Blackwill, eds., *Lee Kuan Yew*, p. 42.

[153] Nathan Gardels, «The East Asian Way - with Air Conditioning», *New Perspectives Quarterly* 26, n.º 4 (otoño de 2009), p. 116.

[154] En 1973, Lee había dicho sobre la *détente* entre Estados Unidos y la Unión Soviética: «Es de esperar que las naciones medianas y pequeñas, cuyos intereses pueden verse afectados, estén preocupadas por los peligros de la diplomacia directa entre las superpotencias, porque las diferencias entre las superpotencias que se resuelven por encima de ellas bien pueden solucionarse a su costa». Lee Kuan Yew, «Southeast Asian View of the New World Power Balance in the Making», Jacob Blaustein Lecture n.º 1, 30 de marzo de 1973, p. 8.

[155] Citado en Henry A. Kissinger, *Years of Renewal*, Nueva York, Simon and Schuster, 1999, p. 1057.

[156] Ronda de preguntas a Lee Kuan Yew en la cena de gala del quinto aniversario de la Escuela de Políticas Públicas Lee Kuan Yew, Singapur, 2 de septiembre de 2009, tal como se cita en Allison y Blackwill, eds., *Lee Kuan Yew*, *op. cit.*, pp. 47-48.

[157] Entrevista del autor, en Allison y Blackwill, eds., *Lee Kuan Yew*, *op. cit.*, p. 43.

[158] *Ibid*., p. 45.

[159] Lee Kuan Yew, «America and Asia», discurso pronunciado en la ceremonia de entrega del premio Artífice del Nuevo Siglo, Washington D. C., 11 de noviembre de 1996, tal como se cita en Allison y Blackwill, eds., *Lee Kuan Yew*, *op. cit.*, p. 41.

[160] Lee Kuan Yew, «Shanghai's Role in China's Renaissance», discurso pronunciado en el Foro de Shanghái de 2005, Shanghái, 17 de mayo de 2005, tal como se cita en Allison y Blackwill, eds., *Lee Kuan Yew*, *op. cit.*, p. 48.

[161] «Aspen Meeting, June 10, 1978, Iran», Henry A. Kissinger papers, parte III, caja 169, carpeta 2, 61-2, Yale University Library, <http:// findit.library.yale.edu/catalog/digcoll:1193349>.

[162] «Aspen Meeting, May 6, 1979, Singapore», Henry A. Kissinger papers, parte III, caja 169, carpeta 3, 11, Yale University Library, <http:// findit.library.yale.edu/catalog/digcoll:1193222>.

[163] *Ibid*.

[164] Lee Kuan Yew, declaraciones ante el Consejo de Política de

Defensa de Estados Unidos, 2 de mayo de 2002, p. 1.

[165] El segundo fue su hijo, lo que debilitó un poco el aspecto simbólico de su retiro.

[166] Datos de libre acceso del Banco Mundial, «PIB per cápita (US$ a precios actuales) - Singapore», <https://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.PCAP.CD?locations=SG>.

[167] Datos de libre acceso del Banco Mundial, «Crecimiento del PIB (% anual) - Singapore», <https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.KD.ZG?locations=SG>.

[168] Nixon, *Leaders*, *op. cit.*, p. 310.

[169] «Aspen Meeting, June 9, 1978, Iran», Henry A. Kissinger papers, parte III, caja 169, carpeta 1, 33-34, Yale University Library, <http://findit.library.yale.edu/catalog/digcoll:1193199>.

[170] El ejemplo de Sri Lanka resultó instructivo para Lee: «Si crees en lo que solían decir los estadounidenses o británicos progresistas, debería haberse desarrollado. Pero no fue así». Lee Kuan Yew, «How Much is a Good Minister Worth?», discurso ante el Parlamento, 1 de noviembre de 1994, en *Lee Kuan Yew:The Man and His Ideas*, *op. cit.*, p. 338.

[171] *Ibid.*, p. 336.

[172] Lee, *From Third World to First*, *op. cit.*, p. 688.

[173] *Ibid.*, p. 687.

[174] Alexander Pope, tercera epístola de *An Essay on Man* [*Ensayo sobre el hombre*] (1733-1734).

[175] José Ortega y Gasset, *History as a System, and Other Essays Toward a Philosophy of History*, trad. de Helene Weyl, Nueva York, W. W. Norton & Company, Inc., 1962, p. 217. [Hay trad. cast.: *Historia como sistema y otros ensayos de filosofía*, Madrid, Alianza, 1987].

[176] Lee, *From Third World to First*, *op. cit.*, p. 9.

[177] Han *et al.*, eds., *Hard Truths*, *op. cit.*, p. 388.

[178] Tom Plate, *Conversations with Lee Kuan Yew*, Singapur, Marshall Cavendish Editions, 2015, p. 203.

[179] Colin Campbell, «Singapore Plans to Revive Study of Confucianism», *The New York Times*, 20 de mayo de 1982.

[180] Tom Plate, *Conversations with Lee Kuan Yew: Citizen Singapore: How to Build a Nation*, Singapur, Marshall Cavendish, 2010, p. 177.

[181] Véase el capítulo 1, páginas 46-47.

[182] Hubo reuniones en Irán en 1978 (con Kissinger, Lee y Shultz, pero sin Schmidt, en la primera «mesa redonda de Aspen»); en Singapur

en 1979 (con Kissinger, Lee y Shultz, pero sin Schmidt); en Alemania en 1980 (con Kissinger, Lee y Schmidt, pero sin Shultz); y en Tokio en 1982 (con Kissinger, Lee y Schmidt, pero sin Shultz). La primera vez que nos reunimos los cuatro fue en el verano de 1982, en California. Véase Matthias Nass, «Four Very Powerful Friends: Lee Kuan Yew, Helmut Schmidt, Henry Kissinger, George Shultz», *The Straits Times*, 21 de julio de 2012, <https://www.straitstimes.com/singapore/4-very-powerful-friends-leekuan-yew-helmut-schmidt-henry-kissinger-george-shultz>.

[183] Matthias Nass, «Vier Freunde», *Die Zeit*, 5 de julio de 2012, p. 4, <https://www.zeit.de/2012/28/Vier-Freunde/seite-4>.

[184] Perry, *Singapore*, *op. cit.*, p. 237; y Seth Mydans, «Days of Reflection for the Man Who Defined Singapore», *The New York Times*, 11 de septiembre de 2010. Todo ello a pesar de que en 1968 Lee proclamó: «La poesía es un lujo que no podemos permitirnos».

[185] Seth Mydans, «Days of Reflection».

[186] Por desgracia, esto es ahora objeto de una disputa pública dentro de la familia Lee.

[187] Lee Kuan Yew, entrevista con Mark Jacobson, 6 de julio de 2009, tal como se cita en Allison y Blackwill, eds., *Lee Kuan Yew*, *op. cit.*, p. 149.

[188] Mydans, «Days of Reflection».

[189] *Ibid*.

[190] Lee, «How Much Is a Good Minister Worth?», *op. cit.*, p. 331.

6. MARGARET THATCHER: LA ESTRATEGIA DE LA CONVICCIÓN

[1] Ferdinand Mount, «Thatcher's Decade», *The National Interest* 14 (invierno 1988/1989), p. 15. Énfasis añadido.

[2] Margaret Thatcher, conferencia en el Centro Político Conservador, 11 de octubre de 1968, <https://www.margaretthatcher.org/document/101632>.

[3] Margaret Thatcher, conferencia de prensa tras conseguir el liderazgo conservador, 11 de febrero de 1975, <https://www.margaretthat cher.org/document/102487>.

[4] Margaret Thatcher, *The Downing Street Years*, Londres, HarperCollins, 1993, p. 5. [Hay trad. cast.: *Los años de Downing Street*,

Madrid, Aguilar, 2012].

[5] Philip Larkin, *Collected Poems*, Nueva York, Farrar, Straus, and Giroux, 2003, p. 141. [Hay trad. cast.: «Homenaje a un Gobierno», en *Poesía reunida*, trad. de Damián Alou, Barcelona, Lumen, 2014].

[6] Véase Peter Hennessy, *Having It So Good: Britain in the Fifties*, Londres, Penguin, 2007, capítulos 12 y 13.

[7] Citado en Kathleen Burk, *Old World, New World:The Story of Britain and America*, Londres, Little Brown, 2007, p. 608.

[8] Wilson también se había negado a enviar tropas a Vietnam, a pesar de las peticiones de Johnson.

[9] Grabaciones de Nixon, 3 de febrero de 1973, 840-12, Biblioteca y Museo Presidencial de Richard Nixon, Yorba Linda, California.

[10] Odd Arne Westad, *The Cold War: A World History*, Nueva York, Basic Books, 2017, pp. 520-521. [Hay trad. cast.: *La Guerra Fría. Una historia mundial*, trad. de Alejandro Pradera e Irene Cifuentes, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018].

[11] BBC News, «1974: Miners' Strike Comes to an End», On This Day: 6 de marzo de 1974, <http://news.bbc.co.uk/onthisday/hi/dates/stories/march/6/newsid_4207000/4207111.stm>.

[12] Christopher Kirkland, *The Political Economy of Britain in Crisis: Trade Unions and the Banking Sector*, Londres, Palgrave Macmillan, 2017, p. 76.

[13] BBC News, «In Quotes: Margaret Thatcher», 8 de abril de 2013, <https://www.bbc.com/news/uk-politics-10377842>.

[14] Levítico 19:18, tal como lo citan Jesús, Marcos 12:31 y Mateo 22:39.

[15] Margaret Thatcher, discurso en la Cámara de los Comunes,5 de febrero de 1960, <https://www.margaretthatcher.org/document/101055>.

[16] *Ibid*. El Comité Franks presentó un informe en 1957 que destacaba la necesidad de ejercer la apertura, la equidad y la imparcialidad en los tribunales británicos. El comité se formó en respuesta al escándalo de Crichel Down y a una falta general de sistema en la gobernanza; la mayoría de las recomendaciones particulares del comité se aplicaron posteriormente en la Ley de Tribunales e Investigaciones de 1958.

[17] Thatcher, conferencia en el Centro Político Conservador, 11 de octubre de 1968.

[18] Las opiniones proestadounidenses de Thatcher en esta época coexistieron con la postura que mantendría posteriormente en su carrera, más entusiasta con Europa. Por ejemplo, apoyó la permanencia de Reino Unido en el Mercado Común en el referéndum de 1975.

[19] Memorando de conversación, «May 9 1975, Ford, Kissinger», caja 11, Consejo de Seguridad Nacional, Biblioteca Ford, Ann Arbor, Michigan.

[20] Charles Moore, *Margaret Thatcher: From Grantham to the Malvinas*, Nueva York, Knopf, 2013, p. 367.

[21] El hermano de Powell, Jonathan, desempeñaría un papel similar para Tony Blair.

[22] Margaret Thatcher, entrevista con Brian Walden para London Weekend Television, 16 de enero de 1983, <https://www.margaretthatcher.org/document/105087>.

[23] Thatcher, *The Downing Street Years*, *op. cit.*, p. 821.

[24] Véase Charles Powell a Anthony C. Galsworthy, «Prime Minister's Meeting with Dr Kissinger: Political Matters», 3 de diciembre de 1986, Archivo Nacional de Reino Unido, PREM 19/3586, p. 1, <https://discovery.nationalarchives.gov.uk/details/r/C16481832>.

[25] Correspondencia personal con Charles Powell, 4 de enero de 2021.

[26] Margaret Thatcher, discurso en la Conferencia del Partido Conservador, 10 de octubre de 1980, <https://www.margaretthatcher.org/ document/104431>.

[27] El Banco de Inglaterra obtuvo el control de la política monetaria en 1997 —lo que significaba que podía fijar los tipos de interés y emplear la expansión cuantitativa de forma autónoma— y se hizo formalmente independiente en 1998, con Tony Blair como primer ministro.

[28] Recuerdo personal del autor.

[29] Samuel Taylor Coleridge, *The Statesman's Manual*, Londres, Gale and Fenner, J. M. Richardson and Hatchard, 1816, p. 16.

[30] Chris Edwards, «Margaret Thatcher's Privatization Legacy», *Cato Journal* 37, n.º 1 (2017), p. 95.

[31] Thatcher, entrevista con Brian Walden para London Weekend Television, 16 de enero de 1983.

[32] Margaret Thatcher, discurso en la Conferencia del Partido Conservador, 12 de octubre de 1984, <https://

www.margaretthatcher.org/ document/105763>.

[33] Datos de libre acceso del Banco Mundial.

[34] Oficina Nacional de Estadística de Reino Unido (ONS), «Labour Disputes in the UK: 2018», <https://www.ons.gov.uk/employmentandlabourmarket/peopleinwork/workplacedisputesandworkingconditions/articles/labourdisputes/2018>.

[35] Henry Kissinger a Margaret Thatcher, 6 de mayo de 1997.

[36] Margaret Thatcher a Henry Kissinger, 20 de mayo de 1997.

[37] Rachel Borrill, «Meeting between Thatcher and Blair 'worries' left wing MPs», *Irish Times*, 26 de mayo de 1997, <https://www.irishtimes.com/news/meeting-between-thatcher-and-blair-worries-leftwing-mps-1.75866>.

[38] Simon Jenkins, *Thatcher & Sons:A Revolution in Three Acts*, Londres, Penguin, 2006, p. 205.

[39] Mark Tran, «Thatcher Visits Brown for Tea at No. 10», *The Guardian*, 13 de septiembre de 2007.

[40] Margaret Thatcher, «Memoir of the Falklands War», <https://bit.ly/3nFSvQO>.

[41] Citado en Moore, *Margaret Thatcher: From Grantham to the Falklands*, *op. cit.*, p. 678.

[42] Thatcher, *The Downing Street Years*, *op. cit.*, p. 179.

[43] Citado en Moore, *Margaret Thatcher: From Grantham to the Falklands*, *op. cit.*, p. 666.

[44] Margaret Thatcher, 3 de abril de 1982, Hansard (transcripciones de los debates parlamentarios): 21/633.

[45] Ronald Reagan a Margaret Thatcher, 30 de abril de 1975, THCR 6/4/1/7, Churchill College, Cambridge, disponible a través de la Fundación Margaret Thatcher, <https://www.margaretthatcher.org/docu ment/110357>.

[46] Ronald Reagan, *The Reagan Diaries*, Douglas Brinkley, ed., Nueva York, HarperCollins, 2007, 27 de febrero de 1981, p. 5.

[47] «Monthly Warning Assessment: Latin America», 30 de abril de 1982, Programa CREST, Archivo de la CIA, consultado en el Archivo Nacional de College Park (NARA), Maryland.

[48] Meses después, le pregunté por qué no le había contado, ni siquiera a sus amigos, la tensa situación. Me contestó: «No tiene sentido aceptar la responsabilidad si después les susurras a tus amigos que en realidad no eres el responsable».

[49] Informe Franks (Revisión de las islas Falkland-Malvinas), presentado ante el Parlamento en enero de 1983, párrafos 114-118.

[50] Andrew Roberts, *Leadership in War*, Nueva York, Viking, 2019, p. 183. [Hay trad. cast.: *El liderazgo en guerra*, trad. de Diego Pereda, Madrid, Ciudadela, 2022].

[51] Henry A. Kissinger, «Reflections on a Partnership: British and American Attitudes to Postwar Foreign Policy», en *Observations: Selected Speeches and Essays, 1982-1984*, Nueva York, Little, Brown, 1985, p. 21.

[52] Moore, *Margaret Thatcher: From Grantham to the Falklands*, *op. cit.*, p. 727.

[53] *Ibid.*, p. 735.

[54] Roberts, *Leadership in War*, *op. cit.*, p. 193.

[55] *Ibid.*, p. 192.

[56] Conversación telefónica, Ronald Reagan y Margaret Thatcher, 31 de mayo de 1982, <https://www.margaretthatcher.org/document/205626>.

[57] Sam LaGrone, «Reagan Readied U.S. Warship for '82 Falklands War», *U.S. Naval Institute News*, 27 de junio de 2012, <https://news.usni. org/2012/06/27/reagan-readied-us-warship-82-falklands-war-0>.

[58] Margaret Thatcher, discurso en un mitin conservador en Cheltenham, 3 de julio de 1982, <https://www.margaretthatcher.org/docu ment/104989>.

[59] John Coles a John «J. E». Holmes, 15 de noviembre de 1982, Archivo Nacional de Reino Unido, PREM 19/3586.

[60] Roger Bone a John Coles, «Points to Make», 11 de noviembre de 1982, Archivo Nacional de Reino Unido, PREM 19/1053, disponible a través de la Fundación Margaret Thatcher, <https://www.margaretthatcher.org/document/138863>.

[61] Roger Bone a John Coles, «Future of Hong Kong: Recent Developments and the Prime Minister's Dinner with Dr Kissinger on 12 November», 11 de noviembre de 1982, Archivo Nacional de Reino Unido, PREM 19/1053, disponible a través de la Fundación Margaret Thatcher, <https://www.margaretthatcher.org/document/138863>.

[62] Thatcher, *The Downing Street Years*, *op. cit.*, p. 262.

[63] *Ibid.*, p. 383.

[64] Correspondencia personal con Charles Powell, 4 de enero de 2021.

[65] Moore, *Margaret Thatcher: From Grantham to the Falklands*, *op. cit.*, pp. 597-601.

[66] Este es un punto controvertido, ya que Thatcher mantuvo que nunca negoció con terroristas, pero sí toleró el vínculo del MI6 con el IRA y lo utilizó cuando lo consideró útil. Este relato procede de *ibid.*, pp. 599-600.

[67] Margaret Thatcher, discurso en Belfast, 5 de marzo de 1981, <https://www.margaretthatcher.org/document/104589>.

[68] Margaret Thatcher, Cámara de los Comunes, preguntas parlamentarias, 5 de mayo de 1981, <https://www.margaretthatcher.org/docu ment/104641>.

[69] Margaret Thatcher, entrevista televisiva para la BBC, 12 de octubre de 1984, <https://www.margaretthatcher.org/document/133947>.

[70] Thatcher, discurso en la Conferencia del Partido Conservador, 12 de octubre de 1984.

[71] *Ibid.*

[72] Citado en Charles Moore, *Margaret Thatcher: At Her Zenith: In London, Washington, and Moscow*, Nueva York, Vintage, 2015, p. 315.

[73] Artículo 1 del Acuerdo Anglo-Irlandés de 1985, <https://cain.ulster.ac.uk/events/aia/aiadoc.htm#a>.

[74] Ian Paisley, líder del Partido Unionista Democrático del Ulster, comparó públicamente a Thatcher con «una Jezabel que intentó destruir Israel en un día» y rezó en voz alta: «¡Oh, Dios, véngate con ira de esta mujer malvada, traicionera y mentirosa!». Incluso Enoch Powell, que había admirado la postura de Thatcher en la crisis de las Malvinas, y cuya buena opinión a ella le importaba, le preguntó si entendía «que el castigo por la traición es el desprecio público». Véase Charles Moore, *Margaret Thatcher: At Her Zenith: In London, Washington, and Moscow*, Nueva York, Vintage, 2015, pp. 333-338.

[75] Citado en *ibid.*, p. 336.

[76] Thatcher, *The Downing Street Years*, *op. cit.*, p. 415.

[77] El cuarto, el Partido Unionista Democrático de Paisley, se opuso formalmente al Acuerdo del Viernes Santo, pero siguió participando en las elecciones y ha sido el partido con más éxito electoral en Irlanda del Norte. Dos partidos nacionalistas, entre ellos el Sinn Féin, también firmaron el acuerdo.

[78] Véase Moore, *Margaret Thatcher:At Her Zenith*, *op. cit.*, pp.

333-338.

[79] Margaret Thatcher, discurso en el Ayuntamiento de Kensington, 19 de enero de 1976, <https://www.margaretthatcher.org/document/102939>.

[80] *Ibid*.

[81] Leonid Brézhnev, discurso el 13 de noviembre de 1968, <https:// loveman.sdsu.edu/docs/1968BrezhnevDoctrine.pdf>.

[82] «Excerpts from Thatcher's Address», *The New York Times*, 21 de febrero de 1985.

[83] Margaret Thatcher, discurso en una sesión conjunta del Congreso de Estados Unidos, 20 de febrero de 1985, <https://www.margaretthatcher.org/document/105968>.

[84] Margaret Thatcher, discurso en el National Press Club, 19 de septiembre de 1975, <https://www.margaretthatcher.org/document/102770>.

[85] Henry A. Kissinger, «The Special Relationship:'I Kept the British Better Informed than the State Department'», *Listener*, 13 de mayo de 1982.

[86] Henry A. Kissinger, discurso de apertura, Feria de Hong Kong, Hong Kong, 1983.

[87] Henry A. Kissinger, «We Live in an Age of Transition», *Daedalus* 124, n.º 3, *The Quest for World Order* (verano de 1995), pp. 99-110.

[88] Richard V. Allen, «The Man Who Won the Cold War», *Hoover Digest*, 30 de enero de 2000, <https://www.hoover.org/research/manwho-won-cold-war>.

[89] Ronald Reagan, discurso a la nación sobre defensa y seguridad nacional, 23 de marzo de 1983, Public Papers of the Presidents, The American Presidency Project, <https://www.presidency.ucsb.edu/documents/address-the-nation-defense-and-national-security>.

[90] Margaret Thatcher, conferencia de prensa tras las conversaciones en Camp David, 22 de diciembre de 1984, <https://www.margaretthatcher.org/document/109392>.

[91] Geoffrey Smith, *Reagan and Thatcher*, Londres, Bodley Head, 1990, p. 131.

[92] Robert McFarlane a Robert Armstrong, 7 de noviembre de 1983, Reino Unido: vol. v (11/1/83-6/30/84) [3 de 3], caja 91331, colección «Executive Secretariat, NSC: Country File», Biblioteca Reagan, Simi Valley, California.

[93] Esta cita procede del registro británico de nuestra reunión. Véase John Coles a Brian Fall, 21 de diciembre de 1983, Archivo Nacional de Reino Unido, PREM 19/3586.

[94] Citado en Archie Brown, *The Human Factor: Gorbachev, Reagan, and Thatcher, and the End of the Cold War*, Nueva York, Oxford University Press, 2020, p. 113.

[95] Citado en *ibid.*, p. 114.

[96] Citado en Moore, *Margaret Thatcher:At Her Zenith*, p. 110.

[97] *Ibid.*

[98] Memorando de conversación, Margaret Thatcher y Ronald Reagan, 29 de septiembre de 1983, «UK-1983-09/24/1983-10/10/1983», caja 90424, Peter Sommer Files, Biblioteca Reagan, Simi Valley, California.

[99] Reagan, *Reagan Diaries*, 6 de abril de 1983, p. 142.

[100] Moore, *Margaret Thatcher:At Her Zenith*, *op. cit.*, p. 229.

[101] Registro de una conversación privada con Mijaíl Gorbachov durante una comida, 16 de diciembre de 1984, Archivo Nacional de Reino Unido, PREM 19/1394, disponible a través de la Fundación Margaret Thatcher, <https://www.margaretthatcher.org/document/134729>.

[102] Thatcher, *The Downing Street Years*, *op. cit.*, p. 461.

[103] Margaret Thatcher, entrevista televisiva para la BBC, 17 de diciembre de 1984, <https://www.margaretthatcher.org/document/105592>.

[104] Memorando de conversación, Margaret Thatcher y Ronald Reagan, 22 de diciembre de 1984, «Thatcher Visit - December 1984 [1], RAC box 15, NSC: EASD», Biblioteca Reagan, Simi Valley, California.

[105] *Newsweek*, 3 de diciembre de 1990.

[106] Véase Charles Powell a Len Appleyard, 31 de julio de 1985, Archivo Nacional de Reino Unido, PREM 19/3586.

[107] Moore, *Margaret Thatcher:At Her Zenith*, *op. cit.*, pp. 266-268.

[108] Memorando de conversación en la casa Hofdi, 12 de octubre de 1986 (3.25-4.30 p. m. y 5.30-6.50 p. m.), The Reykjavik File, National Security Archive, Universidad George Washington, Washington D. C., <https://nsarchive2.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB203/Document15.pdf>.

[109] Entre los soviéticos presentes en la sala estaban Gorbachov y el ministro de Asuntos Exteriores Eduard Shevardnadze; los

estadounidenses eran Reagan y George Shultz.

[110] Esto está en el registro británico de nuestra reunión. Véase Charles Powell a Anthony C. Galsworthy, 3 de diciembre de 1986, «Prime Minister's Meeting with Dr Kissinger: Arms Control», Archivo Nacional de Reino Unido, PREM 19/3586.

[111] Resumen de una conversación telefónica con la primera ministra Thatcher, 13 de octubre 1986, «UK-1986-10/07/1986-10/19/1986», caja 90901, Peter Sommer Files, Biblioteca Reagan, Simi Valley, California.

[112] Véase Powell a Galsworthy, 3 de diciembre de 1986, «Prime Minister's Meeting with Dr Kissinger: Arms Control».

[113] Charles Powell a Anthony C. Galsworthy, 13 de septiembre de 1987, Archivo Nacional de Reino Unido, PREM 19/3586.

[114] *Ibid*.

[115] Véase Powell a Galsworthy, «Prime Minister's Meeting with Dr Kissinger: Political Matters».

[116] Citado en Charles Moore, *Margaret Thatcher: Herself Alone*, Nueva York, Knopf, 2019, p. 599.

[117] Citado en Jon Meacham, *Destiny and Power: The American Odyssey of George Herbert Walker Bush*, Nueva York, Random House, 2015, p. 424.

[118] *Ibid*., p. 425.

[119] Moore, *Margaret Thatcher: Herself Alone*, *op. cit*., pp. 602-603.

[120] George H.W. Bush y Margaret Thatcher, conferencia de prensa conjunta con el presidente Bush (invasión iraquí de Kuwait), 2 de agosto de 1990, <https://www.margaretthatcher.org/document/108170>.

[121] *Ibid*.

[122] George H. W. Bush, «Remarks and an Exchange with Reporters on the Iraqi Invasion of Kuwait», 5 de agosto de 1990, Public Papers of the Presidents.

[123] Charles Powell a Margaret Thatcher, 12 de agosto de 1990, Archivo Nacional de Reino Unido, PREM 19/3075, citado en Moore, *Margaret Thatcher: Herself Alone*, p. 607.

[124] Diario de George H. W. Bush, 7 de septiembre de 1990, citado en George H. W. Bush, *All the Best*, Nueva York, Scribner, 2013, p. 479.

[125] «Benjamin Disraeli on the "German Revolution"», 9 de febrero de 1871, <http://ghdi.ghi-dc.org/sub_document.cfm?document_id=1849>.

[126] Conrad Black, *A Matter of Principle*, versión de Google Books, 1966-1967, <https://bit.ly/3wk42YL>.

[127] *The New York Times*, 25 de octubre de 1989.

[128] Charles Powell a Stephen Wall, conversación del primer ministro con el doctor Kissinger, 10 de enero de 1990, Archivo Nacional de Reino Unido, PREM 19/3586.

[129] Moore, *Margaret Thatcher: Herself Alone*, *op. cit.*, pp. 512-522.

[130] Citado en Donald Edwin Nuechterlein, *America Recommitted: A Superpower Assesses Its Role in a Turbulent World*, Lexington, University Press of Kentucky, 2000, p. 187.

[131] Thatcher, *The Downing Street Years*, *op. cit.*, p. 536.

[132] Theresa May dimitió tras el fracaso de su acuerdo de retirada y David Cameron tras hacer campaña por la permanencia en el referéndum del Brexit. Si bien la rebelión interna no obligó a dimitir a John Major, su Gobierno se vio muy dañado tras la devaluación de la libra en 1992 y, durante años, estuvo prácticamente incapacitado por los «rebeldes de Maastricht».

[133] Moore, *Margaret Thatcher: Herself Alone*, capítulo 4: «The Shadow of Lawson», *op. cit.*, pp. 94-111.

[134] Margaret Thatcher, discurso ante el Colegio de Europa, 20 de septiembre de 1988, <https://www.margaretthatcher.org/document/107332>.

[135] *Ibid*.

[136] *Ibid*.

[137] *Ibid*.

[138] Jacques Delors, discurso ante el Parlamento Europeo, 6 de julio de 1988, <https://www.margaretthatcher.org/document/113689>.

[139] *Ibid*.

[140] Margaret Thatcher, intervención ante la Cámara de los Comunes sobre el Consejo Europeo de Roma, 30 de octubre de 1990, <https://www.margaretthatcher.org/document/108234>.

[141] Geoffrey Howe, presentación ante la Cámara de los Comunes, 13 de noviembre de 1990, <https://api.parliament.uk/historic-hansard/commons/1990/nov/13/personal-statement>.

[142] *Ibid*. Estas afirmaciones de Howe casi anticipan los argumentos del bando de la permanencia durante el referéndum del Brexit de 2016.

[143] *Ibid*.

[144] Moore, *Margaret Thatcher: Herself Alone*, *op. cit.*, p. 683.

[145] «Powell Record of Phone Conversation (Powell-Kissinger)», 22 de noviembre de 1990, <https://www.margaretthatcher.org/document/149456>.

[146] Citado en Moore, *Margaret Thatcher: Herself Alone*, *op. cit.*, p. 716.

[147] Margaret Thatcher, intervención sobre el voto de no confianza en el Gobierno de Su Majestad, 22 de noviembre de 1990, <https://www.margaretthatcher.org/document/108256/>.

[148] *Ibid.*

[149] Isaiah Berlin, «Winston Churchill in 1940», en Henry Hardy y Roger Hausheer, eds., *The Proper Study of Mankind:An Anthology of Essays*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1998, p. 618. [Hay trad. cast.: *El estudio adecuado de la humanidad: antología de ensayos*, trad. de Francisco González Aramburo *et al.*, Madrid, Turner, 2009].

[150] Ivor Crewe y Donald Searing, «Ideological Change in the British Conservative Party», *The American Political Science Review* 82, n.º 2 (junio de 1988), esp. pp. 362-368.

[151] Margaret Thatcher, discurso ante la Royal Society, 27 de septiembre de 1988, <https://www.margaretthatcher.org/document/107346>.

[152] «The Funeral Service of the Right Honorable Baroness Thatcher of Kesteven, St Paul's Cathedral, April 17, 2013», <https://www.margaretthatcher.org/document/200376>.

CONCLUSIÓN: LA EVOLUCIÓN DEL LIDERAZGO

[1] Platón, *The Republic of Plato*, trad. de Allan Bloom, Nueva York, Basic Books, 1991, pp. 93-96. [Hay trad. cast.: *La república*, trad. de Manuel Fernández-Galiano y José Manuel Pabón, Madrid, Alianza Editorial, 2013].

[2] Winston S. Churchill, *The Gathering Storm*, Boston, Houghton Mifflin,1948, p.4.[Hay trad.cast.:*La Segunda Guerra Mundial. Cómo se fraguó la tormenta*, vol. 1, trad. de Juan G. de Luaces, Barcelona, Orbis, 1989].

[3] *Ibid.*

[4] David Landes, *The Wealth and Poverty of Nations*, Nueva York,

Norton, 1998, p. 285. [Hay trad. cast.: *La riqueza y la pobreza de las naciones*, trad. de Santiago Jordán, Barcelona, Crítica, 2008].

[5] Véase, en general, Adrian Wooldridge, *The Aristocracy of Talent: How Meritocracy Made the Modern World*, Nueva York, Skyhorse Publishing, 2021.

[6] Margaret Thatcher, discurso en el Instituto de Estudios Socioeconómicos (INESC), 15 de septiembre de 1975, <https:// www.margaret thatcher.org/document/102769>.

[7] Christopher Lasch, *The Revolt of the Elites and the Betrayal of Democracy*, Nueva York, Norton, 1995, pp. 48-49. [Hay trad. cast.: *La rebelión de las élites y la traición a la democracia*, trad. de Francisco Javier Ruiz, Barcelona, Paidós Ibérica, 1996].

[8] Como observó Alexis de Tocqueville, los devotos están acostumbrados a «considerar durante una larga serie de años un objeto inmóvil hacia el cual marchan sin parar. Por medio de progresos imperceptibles aprender a reprimir mil pequeños deseos pasajeros [...]. Esto explica por qué los pueblos religiosos a menudo han realizado cosas tan duraderas. Resulta que al ocuparse del otro mundo han encontrado el gran secreto para lograr el éxito en este». Véase Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, trad. de Harvey C. Mansfield y Delba Winthrop, Chicago, The University of Chicago Press, 2000, p. 522. [Hay trad. cast.: *La democracia en América*, trad. de Raimundo Viejo, Madrid, Akal, 2007].

[9] Julian Jackson, *De Gaulle*, Cambridge, Harvard Belknap Press, 2018, p. 772.

[10] Véase William Deresiewicz, «Solitude and Leadership», *The American Scholar*, 1 de marzo de 2010, <https:// theamericanscholar.org/solitude-and-leadership/>.

[11] Las virtudes y los inconvenientes de la meritocracia, tal como se manifiesta ahora, han sido recientemente objeto de un amplio debate. *La tiranía del mérito*, de Michael Sandel, y *The Meritocracy Trap*, de Daniel Markovits, sostienen que la meritocracia —ya sea inherentemente o de la manera que ha evolucionado— deshumaniza y es excluyente. *The Aristocracy of Talent*, de Adrian Wooldridge, responde que la meritocracia sigue siendo una forma admirable, e incluso transformativa, de organizar las sociedades, pero que se ha vuelto rígida y necesita renovarse. *Virtue Politics*, de James Hankins, y los ensayos de Ross Douthat y Helen Andrews subrayan la importancia del carácter, los valores y los códigos de conducta en la configuración de la actuación de

las élites.

[12] Yuval Levin, «Making Meritocrats Moral», *American Purpose*, 7 de diciembre de 2021. Véase también Yuval Levin, *A Time to Build: From Family and Community to Congress and the Campus, How Recommitting to Our Institutions Can Revive the American Dream*, Nueva York, Basic Books, 2020.

[13] *Ibid*.

[14] Véase, en general, Marshall McLuhan, *Understanding Media: The Extensions of Man*, Nueva York, Signet Books, 1966. [Hay trad. cast.: *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*, trad. de Patrick Ducher, Barcelona, Paidós Ibérica, 2009].

[15] Garfinkle atribuye a la científica cognitiva Maryanne Wolf el concepto «lectura profunda» y lo desarrolla. Véase Adam Garfinkle, «The Erosion of Deep Literacy», *National Affairs*, n.º 43 (primavera de 2020), <https://nationalaffairs.com/publications/detail/the-erosion-ofdeep-literacy>.

[16] Max Weber, «Politics as a Vocation», en *The Vocation Lectures*, David Owen y Tracy B. Strong, eds., trad. de Rodney Livingstone, Indianapolis, Hackett Publishing Company, 2004, p. 77.

[17] Véase Neil Postman, *Amusing Ourselves to Death: Public Discourse in the Age of Show Business*, Nueva York, Penguin, 1985, p. 10. [Hay trad. cast.: *Divertirse hasta morir*, trad. de Enrique Odell, Barcelona, La Tempestad, 2012]. James Mattis, general retirado del Cuerpo de Marines y exsecretario de Defensa, también ha desarrollado estos puntos: «Si no has leído cientos de libros, eres un analfabeto funcional y serás incompetente, porque tus experiencias personales, por sí solas, no son lo bastante amplias como para sostenerte. Cualquier comandante que diga que está "demasiado ocupado para leer" va a llenar con sus tropas bolsas para cadáveres». James Mattis, *Call Sign Chaos*, Nueva York, Random House, 2019, p. 42.

[18] Garfinkle, «The Erosion of Deep Literacy».

[19] Charles Hill, veterano diplomático estadounidense y asesor de los secretarios de Estado, escribió un libro entero sobre la importancia de la literatura para el arte de gobernar: «La libertad de la literatura para explorar detalles interminables o profundos, retratar los pensamientos de personajes imaginarios y dramatizar grandes temas mediante tramas intrincadas, la acerca a la realidad de "cómo funciona realmente el mundo". Esta dimensión de la ficción es indispensable para el estratega,

que no puede, por la naturaleza del oficio, conocer todos los hechos, consideraciones y consecuencias potenciales de una situación en el momento en que debe tomarse una decisión, esté o no preparado». Véase Charles Hill, *Grand Strategies: Literature, Statecraft, and World Order*, New Haven, Yale University Press, 2010, p. 6.

[20] Lee Kuan Yew, «Collins Family International Fellowship Lecture», pronunciado el 17 de octubre de 2000 en la Escuela de Gobierno John F. Kennedy de la Universidad de Harvard, <https://www.nas.gov. sg/archivesonline/data/pdfdoc/2000101706.htm>.

[21] *Ibid*.

[22] Thomas Jefferson, carta a John Adams, 28 de octubre de 1813, en *The Life and Selected Writings of Thomas Jefferson*, Adrienne Koch y William Peden, eds., Nueva York, Random House, 1944, pp. 632-633.

[23] James Q. Wilson, *On Character*, Washington D. C., The AEI Press, 1995, p. 22.

[24] Niall Ferguson, *Civilization:The West and the Rest*, Nueva York, Penguin, 2012. [Hay trad. cast.: *Civilización*, trad. de Francisco Ramos, Barcelona, Debate, 2012].

[25] Nicolás Maquiavelo, *Discourses on Livy*, trad. de Julia Conaway Bondanella y Peter Bondanella, Oxford, Oxford University Press, 2009, p. 213. [Hay trad. cast.: *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, trad. de Ana Martínez Arancón, Madrid, Alianza Editorial, 2015].

[26] *Ibid*.

[27] Friedrich Engels, *Herr Eugen Dühring's Revolution in Science (Anti-Dühring)*, Nueva York, International Publishers, 1966, p. 307. [Hay trad. cast.: *Anti-Dühring: la revolución de la ciencia por el señor Eugen Dühring*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2022].

[28] Weber, «Politics as a Vocation», *op. cit.*, pp. 93-94.

[29] Epicteto, *Enchiridion*, en *The Art of Living:The Classic Manual on Virtue, Happiness, and Effectiveness*, trad. de Sharon Lebell, Nueva York, Harper-Collins, 1995, p. 10. [Hay trad. cast.: *Enquiridión*, trad. de Agustín López Tobajas, Palma de Mallorca, José J. Olañeta Editor, 2022].

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Liderazgo

Introducción

1. Konrad Adenauer

2. Charles de Gaulle

3. Richard Nixon

4. Anwar Sadat

5. Lee Kuan Yew

6. Margaret Thatcher

Conclusión: La evolución del liderazgo

Agradecimientos

Créditos de las imágenes

Sobre este libro

Sobre Henry Kissinger

Créditos

Notas